FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

LOS GRUPOS DE *FACEBOOK* SOBRE SUICÍDIO EN LA PROMOCIÓN DEL EFECTO PAPAGENO: Un Análisis Netnográfico

Tesis para aspirar al Grado de Doctor en Ciencias Sociales

Autor: Profº. Bruno Brandão Silva

Director: Drº. Omar Víctor Jerez

San Salvador de Jujuy- ARGENTINA

2025

AGRADECIMIENTOS

Con el corazón desbordado de gratitud, alzo mi voz para expresar aquello que las palabras, por más hermosas que sean, jamás podrán abarcar por completo. Mi alma se inclina en reverencia a Dios, el fundamento de mi existencia, la luz que guía cada paso, el soplo que me sostiene. Sea cual sea el camino, con espinas o flores, Él es la razón de mi ser, y a Él le estaré eternamente agradecido.

A mi madre, rindo mi más profundo homenaje. Mujer de fibra inquebrantable, tu coraje moldeó no solo lo que soy, sino también lo que anhelo ser. La educación que me diste no se limita a libros o lecciones; fue un legado de valores, de resiliencia, de amor incondicional. Cada logro mío es, en verdad, tuyo, pues fuiste tú quien nunca se rindió, quien cargó el peso de tantas batallas con una sonrisa en el rostro y fuerza en el corazón. Mamá, te amo con una devoción que trasciende el tiempo.

A mi padre, le ofrezco mi gratitud y mi honra. Sus consejos, tan amigables como realistas, resuenan en mí como un faro en las noches oscuras. Me orientan, me desafían, me recuerdan mantener los pies en la tierra y el corazón abierto. Su sabiduría es un tesoro que guardo, y su presencia, incluso en la memoria, es un consuelo que abriga mi alma.

A mi esposa, mi compañera de todas las horas, las palabras no bastan para expresar lo que siento. Eres el puerto seguro que acoge mis tormentas, la fuerza que me impulsa en las aventuras de la vida. Soportaste conmigo cada incertidumbre, cada sueño audaz, y cuidaste de nosotros con un amor que es, al mismo tiempo, delicado e indestructible. Mi amor por ti es eterno, y mi gratitud, infinita.

A mis hijos, mis mayores tesoros, les pido perdón por las ausencias, por el peso de mi estrés, por las veces en que mis asuntos aburridos nos robaron tiempo. Todo lo que hago es por ustedes, para que crean en el poder transformador del conocimiento, para que vean en los estudios el puente hacia un futuro que ustedes mismos construirán. Ustedes son mi razón, mi orgullo, mi esperanza.

A mis familiares y amigos, mi corazón se llena de afecto al recordar cada gesto, cada llamada, cada oído atento en los momentos en que lo necesité. Ustedes son los hilos que tejen la red que me sostiene, y estoy inmensamente agradecido por cada sonrisa compartida, por cada palabra de aliento, por cada instante de complicidad.

A ti, doctor Omar Jerez, mi gratitud es inmensa por haberme acogido, por embarcarte conmigo en esta aventura académica, por compartir tu sabiduría y caminar a mi lado con paciencia y dedicación. Tus consejos, siempre precisos e inspiradores, son como faros que

iluminan mi camino. Honro tu guía con el más profundo respeto, comprometiéndome a honrar tu confianza con mi mejor esfuerzo, buscando ser, cada día, un profesional más preparado y digno de tu legado.

A mis clientes, prometo honrar la confianza que depositan en mí. No deseo solamente ser mejor que ayer; quiero ser infinitamente mejor, para retribuir con excelencia el crédito que me otorgan.

Que estas palabras, aunque insuficientes, sean un reflejo del amor, la gratitud y la determinación que llevo conmigo. A todos ustedes, que cruzan mi camino y lo hacen un lugar más rico y significativo, mi eterno agradecimiento.

RESUMO

Esta investigación profundizó en el papel de los grupos de Facebook centrados en el suicidio como espacios de promoción del efecto Papageno, un fenómeno vinculado a narrativas mediáticas que enfatizan la resiliencia, la búsqueda de ayuda y alternativas al suicidio, actuando como factores protectores. A través de un enfoque netnográfico, se examinaron dinámicas de interacción en comunidades virtuales entre 2020 y 2024, centrándose en publicaciones, comentarios y reacciones de usuarios que compartían experiencias personales de vulnerabilidad y superación. La metodología combinó la observación participante y no participante, respaldada por el software ATLAS.ti para el análisis cualitativo de contenido, junto con herramientas como el Affective Norms for English Words (ANEW) para evaluar la carga emocional de términos clave. Se aplicó un enfoque hermenéutico para interpretar significados culturales y emocionales en los discursos, identificando patrones como la dualidad entre desesperación y esperanza, y la construcción de identidades colectivas en entornos digitales. Los resultados revelaron que estos grupos operan como microcosmos sociales donde coexisten contradicciones: por un lado, funcionan como redes de apoyo emocional al facilitar el intercambio de historias de resiliencia, ofrecer consuelo inmediato y crear un sentido de pertenencia mediante la solidaridad entre miembros anónimos. Ejemplos como relatos de superación de crisis («Hoy estoy aquí firme gracias a este grupo») ilustran cómo las narrativas positivas inspiran esperanza y fomentan la conexión social, alineándose con el efecto Papageno. Por otro lado, se identificaron limitaciones estructurales: la superficialidad de los vínculos sostenidos por lazos débiles típicos de interacciones en línea, la exposición a contenidos sensibles sin supervisión profesional y el riesgo de dependencia emocional en relaciones efímeras. Además, el análisis léxico-emocional destacó términos como «persona» (valencia ambivalente: gratitud vs. soledad) y «vida» (oscilación entre desesperanza y redención), reflejando tensiones entre agencia y vulnerabilidad en las narrativas.

La discusión resaltó la complejidad de estos espacios. Si bien las dinámicas de apoyo mutuo contrarrestan el aislamiento, especialmente en contextos donde el acceso a servicios de salud mental es limitado, la falta de regulación y la exposición a narrativas no moderadas pueden generar riesgos, como la normalización de ideaciones suicidas o la trivialización del sufrimiento. Se enfatizó la necesidad de una moderación ética que equilibre la libertad de expresión con la protección de los usuarios, evitando tanto la censura como la propagación de desinformación. Asimismo, se subrayó la importancia de integrar estrategias de prevención

basadas en evidencia, como la capacitación de moderadores en detección de señales de riesgo y la vinculación con recursos profesionales. En las consideraciones finales, se planteó que estos grupos no sustituyen los sistemas formales de salud mental, pero pueden complementarlos al ofrecer un primer nivel de contención emocional accesible y desestigmatizante. Se destacó la relevancia de políticas públicas que reconozcan el potencial de las redes sociales como herramientas de prevención, siempre que se articulen con protocolos de intervención coordinados y se fomente la alfabetización digital en salud mental. La investigación también señaló la urgencia de abordar desafíos éticos, como el manejo del anonimato, que, si bien protege la privacidad, dificulta la intervención en crisis, y la validación de información en entornos donde coexisten discursos científicos y pseudocientíficos.Como contribución clave, este trabajo demuestra que las comunidades digitales pueden ser aliadas en la prevención del suicidio al amplificar narrativas de resiliencia y reducir el estigma, pero su eficacia depende de diseños cuidadosos que prioricen la seguridad emocional, la calidad de las interacciones y la integración con redes de apoyo presenciales. Futuras investigaciones deberían explorar cómo escalar estas dinámicas positivas sin perder la autenticidad que las caracteriza, así como evaluar el impacto a largo plazo de la participación en estos grupos en la reducción de conductas suicidas, considerando variables culturales y socioeconómicas que modulan el acceso y la percepción de ayuda en entornos virtuales.

Palabras clave: Efecto Papageno. Prevención del suicidio. Grupos de Facebook. Resiliencia digital. Interacciones virtuales

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 7

1.REDES SOCIAIS Y CAPITAL SOCIAL: DINÁMICAS, INTERACCIONES Y TRANSFORMACIONES EN LA ESTRUCTURA SOCIAL CONTEMPORÁNEA.....27

2. REDES SOCIAIS E INTERAÇÕES: UMA ANÁLISE SOCIOLÓGICA DAS CONEXÕES, DINÂMICAS E ESTRUTURAS DE PODER.....48

2.1. DE LA WWW A FACEBOOK.....87

2.2. LOS GRUPOS DE FACEBOOK: ESPACIOS DIGITALES DE INTERACCIÓN, COMUNIDAD Y LAZOS SOCIALES.....104

3. EL SUICIDIO A TRAVÉS DE LA HISTORIA: NORMAS, VIRTUDES Y LA EVOLUCIÓN CULTURAL Y RELIGIOSA DE SU COMPRENSIÓN 138

3.1. NORMAS SOCIALES, SUICIDIO Y DINÁMICAS SOCIOCULTURALES.....154

3.2. EFECTO WERTHER.....201

3.3. EFECTO PAPAGENO 212

4. METODOLOGIA.....222

4.1.NETNOGRAFÍA…… 227

4.2.PRIMERA ETAPA: DEFINICIÓN Y SELECCIÓN DEL CAMPO DE ESTUDIO…… 241

4.3. SEGUNDA ETAPA: RECOLECCIÓN DE DATOS 242

4.4. TERCERA ETAPA: ANÁLISIS DE LOS DATOS.....254

4.5.CORPUS.....257

CONSIDERACIONES FINALES.....328

REFERENCIAS TESE.....333

INTRODUCCIÓN

La elección del tema "Los Grupos de Facebook sobre Suicidio en la Promoción del Efecto Papageno: Un Análisis Netnográfico" se fundamenta en la necesidad crítica de comprender cómo los entornos digitales, frecuentemente asociados con la difusión de riesgos (como el Efecto Werther), pueden paradójicamente servir como espacios de resiliencia y prevención del suicidio, según lo propuesto por el Efecto Papageno.

Como destacaron Niederkrotenthaler *et al.*, (2010), el Efecto Papageno surge cuando las narrativas mediáticas enfatizan estrategias de afrontamiento y recuperación, mitigando los comportamientos suicidas. Sin embargo, la aplicación de este concepto en redes sociales, especialmente en grupos de Facebook, requiere un análisis profundo que considere la interactividad y la coconstrucción de significados entre los usuarios, aspectos que van más allá de la mera exposición pasiva (Niederkrotenthaler *et al.*, 2010b).

Investigaciones recientes, como el estudio de Pirkis *et al.*, (2019), ya han señalado la existencia de una polarización significativa en los foros en línea, donde los contenidos pro-suicidio a menudo adquieren protagonismo. Sin embargo, este estudio subestima el potencial transformador de las comunidades digitales como agentes activos en la prevención del suicidio. Esta brecha ha comenzado a ser abordada por investigaciones como la de Arendt, Till y Niederkrotenthaler (2019), que exploran cómo la mediación de historias de superación en plataformas digitales puede actuar como un factor protector. Estos autores demostraron que, cuando los usuarios se involucraban activamente con narrativas de resiliencia, la ideación suicida tendía a disminuir. Este efecto se potenciaba mediante el denominado Efecto Papageno, que describe cómo la exposición a historias de recuperación y esperanza podía fomentar comportamientos positivos, como la búsqueda de ayuda.

Carmichael (2019) profundiza en esta perspectiva al analizar las redes sociales e identificar que la exposición a relatos de superación está asociada con un aumento en la búsqueda de ayuda profesional, especialmente entre los jóvenes. Aquí, el compromiso no es meramente pasivo: la interacción con estas narrativas parece funcionar como una estrategia positiva dentro de los grupos, promoviendo un cambio de actitud.

Los grupos de Facebook, caracterizados por niveles variables de moderación y por el anonimato parcial de sus participantes, presentan dinámicas únicas que desafían los modelos tradicionales de análisis mediático. Para capturar estos matices culturales e interacciones grupales, el enfoque metodológico de la netnografía (Kozinets, 2015) se vuelve fundamental.

A diferencia de los estudios cuantitativos que suponen efectos lineales (como el modelo clásico de contagio mediático), la netnografía permite una inmersión cualitativa en los contextos digitales, revelando cómo los usuarios moldean la actividad del entorno en el que están inmersos. En los grupos dedicados al suicidio, por ejemplo, se observa que la moderación y el tono de las discusiones desempeñan un papel crucial en la definición del impacto, ya sea positivo (Papageno) o negativo (Werther).

Una de las contribuciones más relevantes de la tesis discutida es la crítica a la visión dicotómica entre el Efecto Werther (imitación de comportamientos suicidas desencadenada por la exposición a contenidos sensacionalistas) y el Efecto Papageno. En lugar de tratar estos efectos como opuestos excluyentes, se sugiere que los entornos digitales operan en un continuo de influencia, donde el impacto depende del contenido, la interacción y el contexto. Mientras que Mesoudi (2019) refuerza el modelo de contagio social al destacar la imitación como un mecanismo central, Daine *et al.,* (2013) ofrecen una perspectiva complementaria en el análisis de foros de salud mental. Estos autores muestran que la curaduría colectiva de historias positivas, como estrategias de regulación emocional, puede reconfigurar las normas grupales, promoviendo el apoyo mutuo y transformando a los usuarios de receptores pasivos en co-creadores de narrativas preventivas.

Smith *et al.,* (2022) identifican la emergencia de guiones comunicativos que normalizan la vulnerabilidad. Estos guiones desvían el enfoque de discursos fatalistas hacia recursos de afrontamiento (coping), alineándose con las directrices de la OMS (2021) para una comunicación segura sobre el suicidio. Ejemplos prácticos incluyen la valorización de relatos personales y la recomendación de líneas de ayuda, reforzando una resiliencia colectiva.

La naturaleza ambigua de las redes sociales puede amplificar tanto el Efecto Werther como el Efecto Papageno. En los grupos de Facebook centrados en el suicidio, la moderación emerge como un factor determinante. Cuando estos espacios priorizan historias de resiliencia y estrategias de afrontamiento, como sugieren Niederkrotenthaler *et al.,* (2010), se convierten en un contrapeso al sensacionalismo típico de los medios tradicionales. Este potencial preventivo es aún más evidente en comunidades donde los propios usuarios asumen el papel de narradores, creando un ambiente de empatía e identificación.

Un ejemplo práctico de esta dinámica es presentado por Choi y Noh (2020), quienes analizaron el impacto de una cobertura responsable de los suicidios de celebridades. Al incluir recursos de ayuda y narrativas positivas, se observó un aumento en la búsqueda de apoyo en comunidades vulnerables. En los grupos de Facebook, este mecanismo se amplifica debido a

la cercanía entre los miembros, muchos de los cuales analizan experiencias personales, lo que fortalece el beneficio y el impacto de los mensajes.

El trabajo de Till, Arendt, Scherr y Niederkrotenthaler (2019) investigó cómo la exposición a contenidos específicos influye en la ideación suicida, con énfasis en el llamado Efecto Papageno, un fenómeno por el cual las narrativas de superación y resiliencia impactan los pensamientos suicidas al ofrecer modelos positivos de afrontamiento. El estudio destaca un hallazgo particularmente relevante: los artículos que combinan la experiencia de especialistas con relatos personales de superación tienen un impacto significativamente mayor en la reducción de la ideación suicida en comparación con contenidos genéricos o puramente informativos.

La presencia de especialistas otorga legitimidad al contenido, mientras que las experiencias personales añaden una capa de identificación emocional, haciendo que el mensaje sea más reconocible y confiable. Los relatos de crisis superadas proporcionan una guía práctica y emocional para individuos en situaciones similares, demostrando que la recuperación es posible y ofreciendo esperanza tangible.

La tesis también se alinea con la crítica posestructuralista que sostiene que el Efecto Papageno no es un fenómeno unidireccional, sino una construcción relacional mediada por identidades grupales. Investigaciones como la de De Choudhury *et al.*, (2023) demuestran que, en grupos de Facebook centrados en la salud mental, la eficacia de las narrativas de superación está intrínsecamente ligada a la percepción de similitud entre los miembros, lo que sugiere que los usuarios solo internalizan mensajes preventivos cuando los identifican como parte de su grupo de referencia.

La elección metodológica de la netnografía (Kozinets, 2015) se justifica no solo por su capacidad para capturar interacciones orgánicas, sino también por su alineación ética en contextos sensibles. A diferencia de los métodos experimentales criticados por reproducir dinámicas de poder entre el investigador y el participante (Markham, 2023), la netnografía prioriza la inmersión contextual y el consentimiento informado, incluso en espacios públicos en línea.

En los grupos de Facebook, los usuarios, a menudo jóvenes, crean contenidos orgánicos que reflejan sus realidades, haciendo que las narrativas sean más originales y relacionables. De acuerdo con el argumento de Pirkis, Blood, Beautrais, Burgess y Skehan (2006), la identificación con las historias es un factor clave en la influencia mediática sobre el suicidio. En estos grupos, la cercanía entre los miembros. frecuentemente anónima, pero emocionalmente intensa, potencia esta identificación, transformando el espacio virtual en una

herramienta de prevención activa. Así, a diferencia de lo que ocurre en los medios tradicionales, donde el control editorial puede limitar la profundidad de las narrativas, los grupos de Facebook ofrecen un entorno donde el Efecto Papageno se manifiesta de manera dinámica, orgánica y participativa, alineándose con la visión de Niederkrotenthaler *et al.*, (2010), según la cual la interacción activa con historias preventivas es más eficaz que una simple exposición pasiva.

La tesis avanza al demostrar que el Efecto Papageno en los grupos de Facebook no se limita a la mera exposición a historias individuales de superación, sino que emerge principalmente de la estructura de apoyo colectivo que estos grupos facilitan. Esta distinción es crucial para evitar la confusión conceptual entre el Papageno, un fenómeno mediático basado en narrativas preventivas, y los beneficios genéricos de los grupos de apoyo social.

La crítica central aquí es que el Efecto Papageno no equivale al funcionamiento de cualquier grupo social, sino que requiere la mediación activa de narrativas preventivas estructuradas, tal como lo definen Niederkrotenthaler *et al.*, (2022). Por ejemplo, en los grupos donde los miembros comparten estrategias de afrontamiento basadas en evidencia, se observa un efecto preventivo mayor que en aquellos grupos centrados únicamente en desahogos (Whitlock, Wyman y Moore, 2014).

Este trabajo sostiene que la exposición a narrativas de resiliencia colectiva y apoyo mutuo en entornos digitales puede potenciar el efecto Papageno, actuando como un factor protector contra conductas suicidas. Al analizar interacciones en grupos de apoyo emocional, se observa que la difusión de experiencias compartidas crea un ecosistema en el que el aislamiento se rompe mediante la identificación con pares, incluso entre desconocidos.

La percepción de pertenencia emerge cuando los individuos confrontan su propio dolor al reconocerlo en otros, diluyendo el estigma del fracaso personal. Este mecanismo neutraliza la idealización del suicidio, sustituyéndola por una reconstrucción del significado basada en pequeños logros diarios (como relatos de recuperación de la autoestima o reinserción profesional). Además, la reciprocidad en la acogida, donde ayudar y ser ayudado se convierten en actos indisociables. refuerza la noción de utilidad social, contrarrestando sentimientos de invisibilidad.

La dinámica de estos grupos también ilustra cómo la comunicación empática desafía la lógica individualista de las redes sociales tradicionales. En lugar de comparaciones tóxicas o la performatividad de la felicidad, se genera un espacio para la vulnerabilidad auténtica, permitiendo que las crisis sean resignificadas como etapas transitorias. Relatos de superación,

incluyendo el abandono de intentos extremos tras interacciones en el grupo, evidencian cómo la esperanza colectiva actúa como antídoto contra la desesperanza individual.

El efecto Papageno se manifiesta no solo en la prevención de actos suicidas, sino en la transformación de narrativas internas. Cuando la soledad se enfrenta con testimonios de resiliencia, se crea un puente entre el yo fracturado y el nosotros posible, demostrando que la recuperación, aunque no sea lineal, es siempre un horizonte alcanzable.

El primer capítulo de esta tesis explora cómo el capital social, definido por Bourdieu (2006) y Putnam (1996) como redes de relaciones que generan recursos colectivos y las redes sociales, analizadas por Barnes (1987) como estructuras de cohesión comunitaria, son fundamentales para comprender las dinámicas de prevención del suicidio en la era digital. Si en las comunidades tradicionales estudiadas por Barnes los lazos de parentesco y vecindad sostenían la integración social, en los grupos de Facebook sobre salud mental, el capital simbólico virtual (likes, comentarios, anonimato estratégico) y la reciprocidad emocional reconectan a individuos fragmentados, operacionalizando el efecto Papageno como antídoto contra la desesperanza.

La dinámica se ve amplificada por algoritmos que, aunque criticados por fomentar burbujas (Recuero, 2012), en grupos moderados intencionalmente, conectan a individuos con narrativas similares, creando puentes entre brechas estructurales (Burt, 1983), como desconexiones entre salud mental y apoyo social.

Si para Barnes (1987) las redes eran físicas y estables, y para Bourdieu (2006) el capital social era un activo de élites, los grupos de Facebook democratizan ambos conceptos. El efecto Papageno emerge cuando los algoritmos y la empatía humana convergen: cada publicación de superación es un lazo débil (Granovetter, 1973) que puede salvar una vida, y cada comentario de apoyo es un acto de regulación social horizontal. Así, defender el efecto Papageno en estos espacios es reconocer que, en sociedades digitales fragmentadas, el capital social no ha muerto, sino que simplemente ha migrado al feed.

La interdependencia entre individuo y colectivo encuentra eco en el concepto de capital social. Teorizado por Bourdieu (2006) como un conjunto de recursos vinculados a redes de relaciones y por Putnam (1996) como un bien colectivo generado por la confianza y la reciprocidad, el capital social adquiere matices estratégicos cuando se articula con la prevención del suicidio. Si Barnes (1987) mapeó la arquitectura de las redes sociales en comunidades tradicionales, donde los lazos de parentesco y vecindad sostenían la cohesión, Bourdieu (2006) y Putnam (1996) avanzan al demostrar cómo estas redes, cuando se

convierten en capital relacional, se transforman en herramientas de acción concreta: acceso a información, validación emocional y apoyo instrumental.

Cuando se relaciona con el suicidio, esta dinámica adquiere una urgencia existencial. Las redes de apoyo estructuradas, como grupos en línea moderados por pares o iniciativas comunitarias funcionan como amortiguadores sociales contra la desesperanza, identificando señales tempranas y conectando a los individuos con servicios especializados. No se trata solo de interacción, sino de orquestar relaciones como recursos tangibles, tal como un tejido social que, paradójicamente, tanto puede intensificar el aislamiento (Durkheim, 1897/2004) como revertirlo cuando se moviliza intencionalmente.

Como señala Joiner (2005), la desesperanza suicida surge no solo de la ausencia de vínculos, sino de la percepción aguda de ser una carga para otros (perceived burdensomeness) y de la fractura del sentido de pertenencia (thwarted belongingness). Aquí, las comunidades en línea moderadas por pares operan como espacios de validación recíproca, mitigando ambos factores al ofrecer un reconocimiento horizontal que, siguiendo a Bourdieu (1983), transforma el capital social en un recurso movilizable: no solo se tienen conexiones, sino que se activan para sostener la agencia individual.

No obstante, la eficacia de estas redes depende de su diseño intencional. Putnam (2000) distingue entre capital social bonding (lazos homogéneos) y bridging (conexiones heterogéneas): mientras los grupos de apoyo entre pares refuerzan la solidaridad interna (bonding), su impacto preventivo requiere vincularse a servicios especializados (bridging), evitando así la encapsulación emocional.

Esta articulación es crítica, pues, como advierte Turkle (2011), la conexión digital puede generar una ilusión de compañía que exacerba el aislamiento si no se traduce en acciones concretas. La clave, entonces, radica en cómo las iniciativas comunitarias, presenciales o virtuales equilibran la acogida emocional con la canalización hacia recursos tangibles (ej.: acceso a terapia, acompañamiento profesional), tal como propone la OMS (2014) en sus estrategias de prevención multicapa.

Esta paradoja revela un giro epistemológico: el mismo tejido social que Durkheim (1893) asoció con la anomia en sociedades modernas, fragmentadas por la pérdida de valores colectivos se transforma en un instrumento terapéutico cuando es reactivado por prácticas de cuidado colaborativo. Los profesionales de la salud mental, al integrar evidencias científicas y enfoques humanísticos, reformulan las intervenciones al aprovechar el potencial de estas redes.

La construcción de capital social en grupos de apoyo no se limita a ofrecer una escucha pasiva; opera como una tecnología de reconexión, donde cada miembro, al compartir estrategias de afrontamiento, se convierte en un agente activo en la prevención de crisis ajenas.

El capital social constituido por las redes de relaciones que garantizan el acceso a oportunidades (Bourdieu, 2006; Putnam, 1996), se revela fundamental para desactivar la soledad estructural que alimenta los pensamientos suicidas. La identificación temprana de riesgos y la garantía de un apoyo continuo dependen menos de intervenciones puntuales y más del mantenimiento de ecosistemas relacionales, donde la vulnerabilidad se recodifica como materia prima de la resiliencia colectiva.

Las redes sociales han surgido como instrumentos ambivalentes en el ámbito de las políticas públicas externas a la salud mental. Por un lado, han permitido la rápida difusión de información, como se observa en las campañas de Septiembre Amarillo[1], que cada año ganan gran visibilidad a través de publicaciones centradas en la prevención del suicidio. Por otro lado, esta capacidad de expansión se ve significativamente comprometida por características estructurales inherentes a las propias plataformas. Recuero (2012), en un análisis del contexto brasileño, esclareció estas características al destacar la formación de burbujas informativas, resultado de la acción de algoritmos que priorizan contenidos según los intereses y el historial de navegación de los usuarios. Así, los individuos que perciben la salud mental como una fragilidad tienden a ser expuestos a mensajes que refuerzan esta visión, mientras que aquellos que defienden la medicalización como única solución viable reciben en sus feeds un refuerzo similar.

Además, Recuero (2012) abordó el proceso de polarización discursiva, caracterizado por debates que se configuran como arenas de confrontación entre narrativas opuestas: por un lado, la visión que estigmatiza la salud mental como un signo de debilidad; por otro, una perspectiva que defiende la medicalización como la única respuesta viable. En este debate, los mensajes basados en evidencia científica a menudo quedan eclipsados, ya sea por la falta de

[1] El Setembro Amarillo es una campaña mundialmente reconocida que busca concienciar sobre la prevención del suicidio. La Organización Mundial de la Salud estableció el 10 de septiembre como el Día Mundial de Prevención del Suicidio. Este movimiento surgió tras el suicidio de Mike Emme, un joven de diecisiete años en Estados Unidos, conocido por su personalidad solidaria y su querido Mustang amarillo. Lamentablemente, ni su familia ni sus amigos percibieron las señales de que planeaba quitarse la vida. En su funeral, decidieron distribuir una cesta amarilla con cintas y el mensaje “Si necesitas ayuda, pide ayuda”. La iniciativa creció enormemente, extendiéndose por todo el país y, hoy, se practica a nivel global. Su principal objetivo es sensibilizar sobre la prevención del suicidio, alertando a la población acerca de la realidad de esta problemática en Brasil y en el mundo.

un atractivo emocional capaz de rivalizar con discursos polarizados o por la limitación del alcance impuesta por la segmentación algorítmica. Como resultado, aunque las redes sociales tienen el potencial de promover la salud mental, estas dinámicas intraplataforma restringen de manera significativa la eficacia de iniciativas bien intencionadas, comprometiendo su impacto real en los públicos objetivo.

En el ámbito institucional, la salud mental se ha beneficiado de la concepción del capital social al integrarse en políticas públicas de prevención e intervención. Instituciones y redes sociales han trabajado conjuntamente para garantizar el acceso a una atención adecuada para las personas en situación de riesgo. La actuación de organizaciones sociales y comunitarias ha sido significativa en la implementación de estas políticas, como señaló Uslaner (1999), al evidenciar la importancia de la confianza y la cooperación entre los miembros de la comunidad.

Lin (1999) y Putnam (2000) examinaron cómo los factores sociales y económicos se entrelazan para configurar la estructura de las políticas públicas en salud mental. La desigualdad social limita el acceso a servicios de calidad, convirtiendo el capital social en un recurso valioso para la inclusión de grupos estigmatizados. En este sentido, las redes de apoyo, tanto formales como informales, han sido ajustadas para contrarrestar estas disparidades, promoviendo la equidad al facilitar el acceso a recursos, fortalecer la cohesión comunitaria y mitigar las barreras impuestas por el estigma y la exclusión social (Lin, 1999; Putnam, 2000).

Burt (1983), con su teoría de los agujeros estructurales, señaló que los actores situados en las brechas de las redes sociales obtienen ventajas al conectar grupos distintos. En la discusión sobre el suicidio, este enfoque se traduce en oportunidades de integración entre sectores como la salud, la educación y la asistencia social, fortaleciendo redes de apoyo más cohesionadas y funcionales.

Smith (2015) observó que la digitalización de las redes sociales ha ampliado la movilización colectiva en torno a las causas sociales. En la prevención del suicidio, las plataformas digitales han sido desarrolladas para fomentar la concienciación y el compromiso, además de permitir la formación de grupos de apoyo virtuales. Un análisis del capital social reveló que las relaciones interpersonales se organizan en redes dirigidas a contener los riesgos suicidas. A su vez, Grishchenko (2002) y Light (2004) destacaron la importancia de normas claras para garantizar la privacidad y la seguridad en las interacciones en línea, una condición que ha sido fundamental para el funcionamiento eficaz de las políticas de salud mental en la era digital.

La salud mental y el suicidio, comprendidos como características tanto individuales como sociales, fundamentaron la formulación de políticas públicas mediante la colaboración entre diferentes sectores. La construcción de redes sociales de apoyo y el uso del capital social figuraron como herramientas eficaces para la reducción de las tasas de suicidio y el apoyo a individuos en situación de vulnerabilidad, según argumentó Shneidman (2001).

La organización social y las directrices públicas orientaron la constitución de redes sociales que contribuyeron al desarrollo colectivo. Ostrom y Ahn (2003) observaron que las interacciones sociales fueron delineadas por normas y reglas institucionales, influyendo en los niveles de confianza y cooperación. La relación entre capital social y crecimiento económico demostró que las redes facilitaron el flujo de recursos y redujeron costos, como señalaron Light (2004) y Grossman (2013). Sin embargo, las redes sociales digitales, al mismo tiempo que ampliaron la cooperación, también acentuaron exclusiones, como discutieron Resnick (2001) y Carnovale y Yeniyurt (2015). El capital social ofreció una capa de protección emocional contra los trastornos psicológicos.

El segundo capítulo de esta tesis posiciona su campo de análisis en Internet, con un enfoque en Facebook, una plataforma que se ha consolidado como un espacio privilegiado para investigar cómo las redes sociales digitales reconfiguran el capital social en contextos de vulnerabilidad. El análisis parte del origen de Internet, una tecnología que democratizó el acceso a la información y a las interacciones sociales, redefiniendo los contornos del capital social al transformar las conexiones virtuales en recursos de intercambio simbólico accesibles para diversos sectores sociales. Este proceso evidencia tanto el potencial inclusivo de las redes digitales como las tensiones paradójicas generadas por la desigualdad de acceso y uso, que moldean la formación de lazos sociales en entornos virtuales (Cecchin *et al.*, 2024).

En lo que respecta a los sectores sociales más propensos al suicidio o a conductas suicidas, las evidencias señalan grupos específicos marcados por vulnerabilidades sociodemográficas, económicas y psicológicas. Los jóvenes, especialmente estudiantes universitarios y de medicina, enfrentan altas tasas de comportamiento suicida debido a presiones académicas, aislamiento social y trastornos mentales, como la depresión y la ansiedad. Los adultos de mediana edad y los ancianos también presentan riesgos elevados, influenciados por problemas de salud física y mental, además de factores como el desempleo y las dificultades financieras. Los individuos no casados, divorciados o viudos muestran una mayor susceptibilidad en comparación con aquellos en relaciones estables, lo que refleja la importancia del apoyo social como un factor protector (Gangipogu *et al.*, 2023; Qin *et al.*, 2022).

La desigualdad socioeconómica y el estigma agravan las tasas de suicidio, particularmente en áreas de bajo nivel socioeconómico y entre grupos que enfrentan discriminación, como minorías étnicas y personas con trastornos mentales. La discriminación racial percibida, por ejemplo, está asociada con un mayor distrés psicológico e ideación suicida en adolescentes, mientras que el estigma en torno a la salud mental desincentiva la búsqueda de ayuda, especialmente en contextos de atención primaria. Además, factores como el sueño insuficiente y las adicciones conductuales intensifican las tendencias suicidas, especialmente entre los jóvenes, destacando la intersección entre condiciones biológicas y sociales en la vulnerabilidad al suicidio (Cahill *et al.,* 2024; Valenciano-Mendoza *et al.,* 2021).

La búsqueda de ayuda varía según las creencias, actitudes y barreras estructurales. Los adolescentes y jóvenes con mayor alfabetización en salud mental tienden a buscar apoyo profesional, aunque enfrentan obstáculos como el estigma y la falta de recursos. Las mujeres y los individuos con un apoyo social más sólido demuestran una mayor propensión a buscar ayuda, mientras que los hombres y los grupos en áreas socioeconómicamente desfavorecidas frecuentemente evitan los servicios formales. Las redes sociales digitales, como Facebook, emergen como espacios donde la búsqueda de apoyo informal es común, pero también donde persisten barreras subjetivas, como el miedo al juicio. Por lo tanto, las estrategias de prevención deben considerar las especificidades demográficas y culturales, promoviendo intervenciones que fortalezcan el capital social y reduzcan el estigma (Nakamura *et al.,* 2022).

El estudio de las conductas suicidas revela la complejidad de las interacciones entre factores individuales, sociales y estructurales. Los jóvenes, los individuos socioeconómicamente desfavorecidos y los grupos estigmatizados son particularmente vulnerables, mientras que la búsqueda de ayuda está moldeada por actitudes culturales y el acceso a redes de apoyo. Las plataformas digitales, como Facebook, al reconfigurar el capital social, ofrecen oportunidades para intervenciones que promuevan la inclusión y el apoyo, pero exigen enfoques que mitiguen los riesgos de exclusión y amplifiquen los factores protectores, alineándose con las necesidades de cada segmento social (Thompson *et al.,* 2024; Ongeri *et al.,* 2023).

As redes sociais digitais, como o Facebook, não provocaram uma diminuição significativa dos grupos de ajuda presenciais, mas os complementam, formando uma abordagem híbrida que potencializa o capital social. Embora a conveniência e o anonimato das plataformas virtuais possam atrair jovens e grupos estigmatizados, reduzindo a participação presencial em alguns casos, elas também funcionam como portas de entrada para

o suporte, promovendo conscientização, conectando indivíduos a serviços presenciais e oferecendo apoio contínuo. A integração entre encontros virtuais e presenciais é crucial para atender às necessidades de diferentes setores sociais, especialmente em contextos de vulnerabilidade, onde a combinação de laços presenciais e digitais amplia o acesso ao suporte e fortalece a resiliência comunitária (Thompson *et al.,* 2024; Putnam, 2000).

En estos espacios, el intercambio de experiencias y el apoyo mutuo no son meras coincidencias, sino expresiones concretas del capital social en acción. Siguiendo a Ostrom y Ahn (2003), las normas que rigen estos grupos como la prohibición de juicios o la exigencia de anonimato,crean un ecosistema de confianza, donde la información sensible circula con un propósito común: salvar vidas. No obstante, esta construcción no está exenta de contradicciones. Mientras que algunos miembros encuentran refugio en la empatía colectiva, otros enfrentan un aislamiento amplificado por la exclusión digital (Grishchenko, 2022; Resnick, 2001), revelando que la misma tecnología que une también puede fragmentar.

La identidad digital, como exploran Brandtzæg, Lüders y Skjetne (2010), adquiere matices peculiares en estos entornos. La curaduría de perfiles y la participación en grupos no solo reflejan quiénes somos, sino que también modulan quiénes podemos ser. La teoría del "número de Dunbar", revisitada por Wellman (2009), ayuda a descifrar esta paradoja: aunque Facebook permite miles de “amistades”, son los círculos íntimos, como los grupos de apoyo los que sostienen los lazos significativos.

Los administradores, siguiendo directrices estrictas (De Camargo, 2014; Malinem, 2021), actúan como arquitectos invisibles, garantizando que los debates sobre suicidio ocurran en entornos seguros. Sin embargo, la superficialidad inherente a muchas conexiones en línea, como advierte Wellman (2012), limita el potencial terapéutico de estas interacciones, exponiendo una tensión irreconciliable.

Las interacciones en Facebook trascienden la esfera individual, moldeando comportamientos colectivos de maneras impredecibles. Estudios como los de Wasko y Faraj (2000) y Van Dijck (2012) demuestran que los algoritmos de la plataforma no solo amplifican la información, sino que también orquestan opiniones, fortaleciendo los lazos sociales a escala global. Sin embargo, esta dinámica es ambivalente. Los grupos se convierten en redes de apoyo para comunidades vulnerables (Wang; Woo; Quek; Yang & Liu, 2012; Abjaude, Pereira; Zanetti & Pereira, 2020), pero por otro, la excesiva visibilidad y la accesibilidad indiscriminada de contenidos sensibles pueden intensificar crisis. La investigación de Andersen (2020) ilustra bien esta dualidad: Facebook mantiene "lazos débiles" (como

excompañeros o conocidos distantes), pero no logra reemplazar la profundidad de los vínculos presenciales, dejando a los usuarios navegando entre la multitud solitaria y el abrazo virtual.

Como espacio híbrido, Facebook es escenario de una negociación continua entre normas, identidades y poder. Santos (2016) y Mitchell (2024) destacan que la plataforma no solo refleja la sociedad, sino que la reconfigura, creando nuevas estructuras de pertenencia. Los grupos dedicados a la salud mental operan como microcosmos donde las identidades se forjan en el dolor compartido y en la esperanza colectiva (Aragão, Gubert y Vieira, 2021). Quinaud (2020) va más allá, mostrando que estos espacios son incubadoras de conocimiento colaborativo, donde las estrategias de afrontamiento se convierten en patrimonio común.

La ampliación del uso de grupos en Facebook como espacios de interacción y apoyo entre individuos con intereses convergentes ha demostrado ser un fenómeno relevante en la constitución de comunidades digitales. Santos (2016) demostró que tales interacciones fortalecieron los vínculos entre los participantes, propiciando redes de apoyo social que contribuyeron al bienestar psicológico y emocional. Westen (1991) argumentó que, a través de la construcción de la identidad social, fue posible comprender cómo los miembros de los grupos de Facebook se identificaban con determinadas causas, comunidades o narrativas colectivas, consolidando su sentido de pertenencia. Este aspecto refuerza la idea de que los grupos de Facebook operan no solo como espacios de intercambio de intereses, sino también como catalizadores de procesos identitarios y del fortalecimiento de la cohesión social.

La transformación de las interacciones sociales, mediada por las plataformas digitales, fue discutida por Van Dijck (2012), quien observó cómo estas plataformas, como Facebook, han cambiado las formas de organización social, destacando la importancia de los grupos en este proceso. Wasko y Faraj (2000) también resaltaron los grupos como fuentes de conocimiento colectivo y colaboración, permitiendo que los miembros compartan información y se apoyen mutuamente. Así, es posible observar que los grupos de Facebook son instrumentos para la construcción de identidad, el intercambio de conocimientos y la promoción de causas sociales o políticas, como la salud y la educación.

En el tercer capítulo se investiga la evolución conceptual del suicidio, desde las civilizaciones antiguas hasta las perspectivas interdisciplinarias de la actualidad, mostrando cómo los imperios, las religiones y las estructuras sociales influyeron en la manera en que se comprende este fenómeno. A lo largo de la historia, el suicidio ha sido interpretado de diversas formas, reflejando la rica pluralidad de valores culturales, religiosos, filosóficos y científicos que caracterizaron a diferentes sociedades y épocas.

El suicidio es un fenómeno complejo que trasciende al individuo, reflejando las interacciones entre las condiciones sociales y culturales en las que una persona está inmersa. Émile Durkheim (1893) transformó la comprensión del tema al proponer una visión sociológica, alejándose de la visión simplista de que el suicidio es únicamente un problema de salud mental individual. Su análisis demostró que el acto resulta de fallos en la integración y la regulación social, evidenciando la influencia de los colectivos en las decisiones individuales.

La taxonomía desarrollada por Durkheim (2004), que categorizó el suicidio en cuatro tipos distintos –egoísta, altruista, anómico y fatalista–, revela cómo diferentes configuraciones de cohesión social y normatividad influyen en las manifestaciones de este fenómeno. Waiselfisz (2013), al examinar minuciosamente la realidad brasileña, evidenció cómo la violencia estructural y las desigualdades sociales actúan como catalizadores determinantes en las tasas de suicidio. Su análisis meticuloso demostró que factores como la precariedad de las condiciones de vida, las limitaciones en el acceso a los servicios de salud y diversas formas de exclusión social constituyen un terreno fértil para el desarrollo del sufrimiento psicológico que frecuentemente precede al acto suicida.

La contribución de Waiselfisz (2013) fue más allá de la simple constatación, enfatizando la urgencia de políticas públicas integrales que contemplen la prevención del suicidio, considerando tanto los aspectos individuales como las estructuras sociales subyacentes. Paralelamente a la sociología, las contribuciones de la psicología han sido fundamentales para una comprensión más matizada del fenómeno suicida. Blumenthal (1988) y Shneidman (2001) emergieron como teóricos clave en la comprensión de los mecanismos psicológicos asociados al suicidio.

Shneidman (2001), a través de su "psicología del suicidio", elaboró un marco teórico que concibe el acto suicida como una respuesta extrema a un sufrimiento psíquico intolerable, donde la muerte se percibe como la única vía de escape ante un dolor emocional abrumador. Blumenthal (1988) enriqueció este enfoque al destacar la centralidad de la vulnerabilidad emocional y los trastornos mentales como factores precipitantes del comportamiento suicida, subrayando cómo las intervenciones tempranas pueden interrumpir eficazmente la progresión de este proceso potencialmente letal.

La investigación de Mann, Maia & Sá (2024) dio un paso importante en la comprensión del suicidio al aportar una visión neurobiológica al debate. Demostraron cómo factores biológicos, como los trastornos psiquiátricos y las predisposiciones genéticas, están

relacionados con el comportamiento suicida. Los problemas con los neurotransmisores, junto con condiciones como la depresión y el trastorno bipolar, no envejecen solos: los factores sociales y psicológicos también entran en juego. Integrar estas tres dimensiones (biológica, psicológica y social) ayuda a obtener una visión más completa del problema y abre caminos para una prevención que combine diferentes enfoques.

El marco teórico desarrollado por Durkheim (1999, 2004) sobre las tipologías del suicidio –egoísta, altruista, anómico y fatalista– permitió comprender las motivaciones subyacentes a este fenómeno. El suicidio egoísta se manifestó en la desconexión del individuo con la estructura social, caracterizada por la ausencia de vínculos significativos. El suicidio altruista, en cambio, derivó de la sobrecarga de las exigencias sociales, culminando en actos motivados por valores como el honor o el sacrificio. Ambas manifestaciones están relacionadas con la intensidad de las relaciones sociales en vectores opuestos.

El suicidio anómico se correlacionó con períodos de desregulación social, como recesiones económicas y transformaciones abruptas en la sociedad. La anomia, caracterizada por la ausencia de parámetros normativos claros, resultó en desorientación y pérdida de referencia. Durkheim (1999) destacó la vulnerabilidad de las sociedades económicamente desarrolladas a esta tipología, evidenciada por el aumento de las tasas de suicidio durante la Gran Depresión de 1929. El suicidio fatalista, a menudo relegado en los análisis, se manifestó en la regulación excesiva y la opresión sistemática, como en los regímenes esclavistas y autoritarios.

Sartre (2021) abordó el suicidio como un gesto que expone la libertad absoluta del ser humano, ya que, en un universo desprovisto de sentido el "en-sí"–, le corresponde al individuo, el "para-sí", forjar significado en medio del caos. Esta libertad, sin embargo, conlleva una carga ética ineludible: al optar por extinguir su propia existencia, el individuo rechaza la apertura de su proyecto existencial, configurando lo que Sartre denominó "mala fe". Este concepto describe una negación encubierta de la libertad, disfrazada como una huida de la angustia existencial, en la que el sujeto evade la responsabilidad de construir su propio sentido.

Heidegger (2024), por su parte, examinó el suicidio desde la noción del ser-para-la-muerte, o "Sein-zum-Tode", interpretándolo no como un ataque a la vitalidad, sino como una expresión radical de la confrontación con la finitud. La angustia, o Angst, surge del enfrentamiento con la incertidumbre del ser, transformándose de un susurro en un trueno que resuena en la existencia. El suicidio representa un intento de apropiarse de la muerte, pero el filósofo advierte que el desafío no reside en aceptar la muerte como una sombra constante,

sino en evitar precipitarse hacia ella con un gesto abrupto, que interrumpe la autenticidad del ser.

Las visiones de Sartre (2021) y Heidegger (2024) convergen en su análisis del suicidio como un acto profundamente vinculado a la condición existencial, aunque divergen en sus énfasis. Mientras Sartre lo interpreta como un reflejo de la libertad individual que, en su extremo, puede derivar en una negación ética de la responsabilidad, Heidegger lo sitúa como un enfrentamiento con la finitud que desafía la autenticidad del ser. Ambas visiones filosóficas enriquecen la comprensión del suicidio al destacar su dimensión ética y ontológica, revelando cómo el acto trasciende la desesperación individual para interpelar los fundamentos de la existencia humana en un cosmos desprovisto de respuestas últimas.

Camus (2019), en El mito de Sísifo, tejió una trama entre la vida, la muerte y el enfrentamiento con el absurdo existencial, entendido como el choque entre el anhelo humano de sentido y la indiferencia del universo. Para el autor, el suicidio no es una respuesta al absurdo, sino una rendición ante su fuerza implacable. Propone, en cambio, la revuelta: abrazar el absurdo sin sucumbir, extrayendo significado de la libertad, la pasión y la obstinación incansable, al igual que Sísifo, quien transformó el peso de su piedra en un testimonio de resistencia.

Tierney (2014), posiblemente basado en estudios antropológicos o sociológicos, reveló las múltiples caras culturales del suicidio. En las tradiciones japonesas, como el seppuku, el acto adquirió un matiz de resistencia ética o afirmación de dignidad. En contraste, bajo la influencia de las religiones abrahámicas, prevaleció una condena moral que lo etiquetó como transgresión o debilidad. Esta diversidad refleja concepciones distintas sobre la vida, la muerte y la autonomía, dejando huellas en las políticas públicas y en las estrategias de prevención del suicidio.

Félix *et al.*, (2016) expuso las fisuras en el sistema de salud brasileño en lo que respecta a la acogida de individuos en riesgo de suicidio. Además de la asociación con trastornos como la depresión y la ansiedad, se señalaron obstáculos severos: la escasa preparación de los profesionales para descifrar señales de alerta, la fragilidad de la red psicosocial ejemplificada por la insuficiencia de los CAPS y el estigma social que alejó a muchos de buscar ayuda, como si la vulnerabilidad fuera un peso que esconder.

Coelho (2013) se centró en las vías de detección precoz y en la articulación de la salud mental en el sistema de atención a quienes se recuperaron en estado de fragilidad. La formación de profesionales en la identificación de intenciones de riesgo y la construcción de una red de apoyo psicosocial se consolidaron como pilares fundamentales para contener el

aumento de las tasas de suicidio, en un esfuerzo metódico por tejer apoyo donde no había asistencia.

La multiplicidad del fenómeno suicida, evidenciada a través de los análisis sociológicos durkheimianos, las aproximaciones psicológicas de Shneidman (2001) y las contribuciones integradas de Mann, Maia y Sá (2024), demandó una comprensión que trascendiera las explicaciones reduccionistas. La conjunción entre factores individuales, neurobiológicos y estructuras socioculturales determinó los patrones de vulnerabilidad y resiliencia, mientras que las redes sociales emergieron como estructuras fundamentales de la organización humana.

En el cuarto capítulo, el objeto de estudio es el análisis de los conceptos de Efecto Werther y Efecto Papageno. El capítulo explora cómo este fenómeno, también llamado "suicidio por contagio", fue estudiado por sociólogos como David Phillips en 1974, quien constató aumentos en las tasas de suicidio tras coberturas sensacionalistas en los medios de comunicación, evidenciando el poder sugestivo de historias ampliamente difundidas.

Introducido en 2010 por Thomas Niederkrotenthaler, este concepto sugiere que las narrativas mediáticas o culturales que destacan la superación, la resiliencia y la búsqueda de ayuda pueden reducir la incidencia de suicidios, funcionando como un factor protector. El capítulo detalla cómo estudios empíricos, como los de Niederkrotenthaler (2010), demostraron que los reportajes responsables, enfocados en historias de recuperación e información sobre apoyo psicológico, tienen el potencial de inspirar esperanza y alentar a las personas en riesgo a buscar ayuda en lugar de imitar actos destructivos.

La teoría de Papageno adquirió matices distintos al centrarse en los grupos, especialmente en situaciones delicadas como el suicidio. Istel y Baker (1927) delinearon el concepto de Papageno, extraído de la ópera La flauta mágica de Mozart, y lo aplicaron a la prevención del suicidio, resaltando el valor de las redes de apoyo y de las alternativas para afrontar la vida. El personaje Papageno, en su trayectoria, encarnó el poder de la conexión social y el apoyo mutuo, factores que resultaron decisivos para superar la tentativa de abandonar la existencia. En los grupos de Facebook, los miembros intercambiaron experiencias, tejieron lazos de solidaridad y buscaron caminos para enfrentar tormentas emocionales. Así, la narrativa de Papageno resonó en las redes sociales digitales, entrelazándose con el apoyo comunitario y la prevención del suicidio, al abrir espacios para que los individuos construyeran amparo y soluciones ante adversidades psicológicas.

Buch (2009) y Nock *et al.,* (2010) ampliaron esta perspectiva al evidenciar el impacto de los mensajes de esperanza y resiliencia difundidos por los medios de comunicación, con la

intención de frenar la propagación de comportamientos suicidas. Niederkrotenthaler *et al.*, (2010a, 2010b, 2017, 2018, 2019, 2021) investigaron cómo la exposición a los medios modeló las actitudes frente al suicidio, ya sea de forma negativa, a través de la imitación el llamado Efecto Werther, o de manera positiva, cuando se sustentaba en narrativas preventivas, denominadas por el autor como Efecto Papageno. Buscaron demostrar que las historias centradas en el apoyo social y en alternativas al suicidio atenuaron la tendencia a la reproducción de actos suicidas, ofreciendo un contrapeso al contagio

Till, Strauss, Sonneck y Niederkrotenthaler (2015), así como Till *et al.,* (2018), analizaron la eficacia del efecto Papageno al constatar que las intervenciones basadas en redes de apoyo y en opciones más allá del suicidio resultaron fundamentales para la salud mental. Estas estrategias demostraron ser particularmente efectivas en entornos mediáticos, donde las representaciones del sufrimiento y el suicidio, aunque predominantes y susceptibles de incitar la imitación, también ofrecieron una oportunidad para romper el ciclo a través de mensajes de recuperación y solidaridad.

Arendt, Till y Niederkrotenthaler (2016), seguidos por publicaciones posteriores (2018a, 2018b), documentaron cómo las campañas mediáticas y las narrativas de superación sirvieron para presentar alternativas al suicidio, especialmente entre grupos vulnerables. Estas iniciativas proporcionaron modelos de resolución de conflictos y resaltaron el valor de la empatía y el respaldo psicológico, consolidando el papel del efecto Papageno en la prevención.

La investigación adquirió relevancia tanto social como científica al articular redes sociales, salud mental y prevención del suicidio, un fenómeno de salud pública con efectos ampliamente sentidos. El suicidio figuró entre las principales causas de muerte a nivel global, lo que justificó su priorización en los estudios contemporáneos. El análisis de cómo los grupos en Facebook operaron en la prevención, en relación con el efecto Papageno, reveló posibilidades para abordar este desafío de manera más accesible y eficaz.

Istel y Baker (1927) fundamentaron el efecto Papageno al demostrar que las historias de superación, marcadas por el apoyo social y soluciones alternativas, funcionaron como un antídoto contra la imitación suicida. Esta idea cobró fuerza en la era digital con la creación de comunidades virtuales que ofrecían espacios de acogida y fraternidad. El enfoque netnográfico de estas dinámicas en plataformas como Facebook contribuyó a esclarecer el impacto de las interacciones en línea en la prevención del suicidio.

Niederkrotenthaler *et al.*, (2010a, 2010b, 2017) y Till *et al.,* (2018) identificaron que las narrativas sobre el suicidio, en algunos casos, desencadenaron el llamado “contagio

suicida". Sin embargo, estudios como los de Till, Strauss, Sonneck y Niederkrotenthaler (2015) y Arendt, Scherr, Niederkrotenthaler y Till (2018b) establecieron que las historias preventivas, enmarcadas dentro del efecto Papageno, contrarrestaron estos riesgos al ofrecer ejemplos de resiliencia y apoyo comunitario. Las dinámicas en los grupos de Facebook se configuraron como una extensión digital de estas estrategias, facilitando el acceso a redes de apoyo y la difusión de relatos esperanzadores.

El tema destaca por su capacidad de generar conocimiento sobre las intersecciones entre redes sociales y salud mental. Investigaciones realizadas por Nock *et al.,* (2010), Waiselfisz (2013) y la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2021) reforzaron el peso de la intervención social en la prevención del suicidio. Además, teorías sociológicas y psicológicas, como las de Durkheim (1999, 2004) y Bernice y Pescosolido (1999), destacaron cómo los factores comunitarios influyen en las decisiones relacionadas con el suicidio. Al aplicar estas referencias a los grupos en plataformas digitales, se amplió el conocimiento sobre cómo las comunidades virtuales se constituyen en redes de apoyo práctico.

El creciente uso de las redes sociales, especialmente entre los jóvenes, hace aún más relevante estudiar cómo estas plataformas pueden servir como herramientas para la prevención del suicidio. Como afirman autores como Cai, Junus, Chang & Yip (2022), el potencial de las redes sociales para influir en el bienestar emocional y psicológico de los individuos es innegable. El análisis de la dinámica de los grupos de Facebook en la promoción del efecto Papageno no solo responde a una necesidad científica, sino también a una demanda social, ofreciendo un enfoque más accesible y eficaz para la prevención del suicidio, especialmente entre las generaciones más jóvenes.

La originalidad de esta tesis no radica solo en el uso de la netnografía como metodología de investigación, sino también en el análisis del efecto Papageno en redes sociales, específicamente en los grupos de Facebook. La investigación es de gran relevancia, ya que revela cómo estas plataformas se han convertido en espacios para compartir historias de superación, donde el impacto de las narrativas motivacionales va más allá de la pasividad, como comúnmente se ha descrito en estudios anteriores. En lugar de simplemente consumir contenido, los participantes de estos grupos se convierten en agentes activos: comentan, leen, reaccionan y usan emojis, generando un intercambio continuo y fortaleciendo las conexiones sociales.

La dinámica interactiva trae una novedad al estudio del efecto Papageno, mostrando que las personas no solo reciben pasivamente historias de superación, sino que participan activamente, ayudando a crear significado y apoyo social. El impacto de estas historias va

más allá de los individuos, formando una red de apoyo mutuo. En ella, los participantes encuentran un refugio emocional y, al mismo tiempo, se sienten motivados a continuar interactuando con la comunidad.

Al integrar estos elementos, la tesis se propone llenar una brecha en la literatura, mostrando cómo el apoyo social en plataformas digitales puede estructurarse de manera más dinámica e interactiva, ampliando el alcance del efecto Papageno en tiempos de crisis emocional y riesgo de suicidio. La investigación busca analizar si las interacciones y los contenidos compartidos en grupos de Facebook relacionados con el suicidio tienen un impacto positivo en la prevención del comportamiento suicida, específicamente si promueven el efecto Papageno.

El objetivo general de la tesis es analizar la influencia de los grupos de Facebook sobre el suicidio en la promoción del efecto Papageno. Los objetivos específicos fueron: comprender las conexiones, dinámicas y estructuras de poder presentes en las interacciones en redes sociales, a partir de un análisis sociocultural; entender las reflexiones filosóficas, sociológicas y culturales sobre el suicidio, explorando sus múltiples enfoques a lo largo del tiempo; observar los grupos de Facebook como espacios digitales de interacción, investigando la formación de comunidades y la construcción de lazos sociales y culturales; y reflexionar sobre la evolución histórica de la comprensión del suicidio, analizando las normas, virtudes e influencias culturales y religiosas que han moldeado su significado. La problemática que guiará esta tesis es: ¿Cuál es la influencia de los grupos de Facebook sobre el suicidio en la promoción del efecto Papageno?

Para ello, los objetivos específicos incluyen comprender el concepto del efecto Papageno; observar las diferentes formas de interacción social entre grupos, como el intercambio de experiencias, el apoyo emocional y el intercambio de información sobre recursos de ayuda; investigar cómo estas interacciones ayudan a crear un ambiente acogedor; examinar la influencia de los mensajes de los miembros sobre el suicidio y la búsqueda de ayuda; y reflexionar sobre si la participación en estos grupos está asociada con la reducción de la ideación suicida y el aumento en la búsqueda de apoyo profesional.

La investigación en netnografía sigue un método bien estructurado, garantizando un análisis cuidadoso y detallado de las interacciones en comunidades virtuales. Primero, definí claramente la pregunta que yo queria responder, para dar dirección al trabajo. Luego, busqué la forma sistemática de comunidades virtuales que tuviera sentido para el estudio, utilizando herramientas de búsqueda en línea para encontrar grupos relacionados con el tema. Elegí aquellos con bastante actividad, un buen número de participantes activos y diversidad entre

los miembros, dando preferencia a los que tenían interacciones ricas, capaces de ofrecer una visión más profunda desde el punto de vista social y cultural.

La metodología fue particularmente relevante para el análisis de grupos en Facebook orientados a la prevención del suicidio y al efecto Papageno. El método hermenéutico se basó en el ciclo interpretativo "parte-todo", en el cual los datos fueron sometidos a sucesivas lecturas y relecturas para identificar patrones temáticos, emociones expresadas y dinámicas de apoyo mutuo. Las interacciones, como manifestaciones de sufrimiento y comentarios solidarios, fueron examinadas para comprender su impacto en la reducción de pensamientos suicidas y en la promoción de factores protectores asociados al efecto Papageno.

La recolección de datos se realizó entre agosto y diciembre de 2024. Se analizaron publicaciones de diez miembros seleccionados en función de la recurrencia y relevancia de sus interacciones. Las publicaciones y comentarios fueron capturados mediante impresiones digitales y almacenados en archivos organizados. Usé la observación participante, en la que el investigador actuó como observador activo, registrando y analizando las interacciones en los grupos estudiados. Para garantizar la privacidad de los participantes, toda la información fue anonimada, siguiendo directrices éticas rigurosas.

La particularidad con la hermenéutica dio un refuerzo en la interpretación de los datos, sacando a la luz las sutilezas más subjetivas de las experiencias compartidas. El estudio hace una contribución importante a lo que ya se sabe sobre salud mental e interacciones en línea, mostrando cómo las comunidades virtuales pueden ayudar en el apoyo emocional y en la prevención del suicidio.

En mi investigación, fue necesario observar las publicaciones de los miembros de los grupos, todos identificados por seudónimos, enfocándome en los relatos públicos sobre cómo superaron la depresión y los pensamientos suicidas. Compilé estos datos con capturas de pantalla, organicé todo en archivos, transcribí y los cargué en ATLAS.ti para realizar un análisis de sentimientos detallado. Inmediatamente, clasifiqué el contenido en códigos como 'Sentimiento: Positivo', 'Negativo' y 'Neutro'. En los mensajes positivos, analicé la frecuencia de las palabras usando el propio programa. Decidí centrarme en los sustantivos porque nombran cosas, sentimientos, acciones e ideas; son ellos los que realmente llevan el peso de lo que el texto quiere comunicar, a diferencia de las preposiciones, artículos o conjunciones, que solo ayudan a enlazar las partes o a dar estructura. Los sustantivos muestran los temas, objetos o conceptos, ya sean concretos o más abstractos, que aparecen en los datos.

En ATLAS.ti, el análisis de frecuencia de palabras (disponible mediante herramientas como la "Lista de palabras" o "Nube de palabras") me permitió identificar qué términos

aparecían con mayor recurrencia en el conjunto de datos, como entrevistas, documentos o transcripciones. Los sustantivos, al ser los "núcleos" de significado, tendieron a destacar en este análisis. Por ejemplo, en un estudio sobre educación, sustantivos como "escuela", "profesor", "alumno" o "aprendizaje" suelen tener alta frecuencia, revelando los enfoques principales del corpus de datos. Esta identificación me ayudó a mapear patrones, establecer códigos (codes) y desarrollar categorías de análisis.

El análisis preliminar lo complementé con una revisión detallada y una interpretación hermenéutica, mediante la cual exploré los significados subyacentes a las emociones específicas, revelando trayectorias de resiliencia. La netnografía, combinada con la generación de nubes de palabras en ATLAS.ti y el análisis afectivo mediante el Affective Norms for English Words (ANEW), me permitió integrar elementos cuantitativos y cualitativos, mapeando patrones lingüísticos y dimensiones emocionales (valencia, emociones y dominancia) multilingües. Los resultados, detallados en las descripciones a continuación, destacan la riqueza de las interacciones digitales y sus implicaciones para la investigación cualitativa, ampliando mi comprensión de las dinámicas socioculturales en el ciberespacio relacionadas con el presente objeto de investigación.

1.REDES SOCIAIS Y CAPITAL SOCIAL: DINÁMICAS, INTERACCIONES Y TRANSFORMACIONES EN LA ESTRUCTURA SOCIAL CONTEMPORÁNEA

El concepto de redes sociales surgió a principios del siglo XX para describir las interacciones complejas entre individuos dentro de sistemas sociales. En 1954, el antropólogo John Barnes (1987) consolidó el término "red social" al investigar las interacciones interpersonales que moldeaban e influían en la estructura social de una comunidad en la isla de Bremnes, Noruega. En su investigación, Barnes (1987) distinguió tres tipos de redes: las redes fluidas, asociadas al trabajo y a las relaciones profesionales; las redes resultantes, vinculadas a la esfera doméstica; y las redes inestables, caracterizadas por vínculos que se transforman a lo largo del tiempo, siendo estas relevantes para comprender la intersección entre la política y otras esferas sociales.

Las redes vinculadas a la esfera doméstica, como aquellas formadas por lazos incontestables y de alianzas, generalmente establecidas entre miembros de una familia o entre individuos que equilibran relaciones afectivas y de convivencia cercana, presentan alta cohesión y baja fluidez, funcionando como sistemas de apoyo social y emocional, además de impactar en la transmisión de valores culturales, tradiciones y recursos materiales. La

estabilidad de estas conexiones facilita el mantenimiento de relaciones de confianza, siendo características fundamentales para la estructuración de las dinámicas familiares y comunitarias (Marteleto, 2001).

Las redes inestables, según Barnes (1987), se configuran por vínculos más frágiles y están sujetas a los cambios del tiempo. Estas redes son frecuentemente moldeadas por intereses temporales, objetivos específicos o condiciones contextuales que alteran la proximidad o la frecuencia de las interacciones entre los individuos. Están marcadas por la inestabilidad de las conexiones dentro de esas redes, lo que las hace menos cohesionadas, pero altamente dinámicas, permitiendo una mayor adaptación a los cambios sociales y económicos. Barnes (1987) destacó que las redes inestables son particularmente importantes para comprender cómo las relaciones sociales mediadas por intereses estratégicos se intersecan con la esfera política.

Por lo tanto, las redes inestables funcionan como canales de negociación, movilización y articulación, conectando diferentes grupos e individuos con objetivos comunes. Además, estas redes atraviesan frecuentemente fronteras entre dominios sociales, económicos y políticos, revelando interdependencias estructurales que no son evidentes en redes más estáticas (Filho, 2008). Así, las redes inestables se vuelven indispensables para el análisis teórico, como el surgimiento de alianzas políticas, la formación de coaliciones estratégicas y la difusión de ideas que influyen en la organización social y el poder político (Guerra, 2000).

La afirmación del estudio de las redes sociales durante las décadas de 1950 y 1960 estuvo marcada por el colectivo para integrar enfoques empíricos y teóricos, por lo que convergió hacia una comprensión más amplia de las interacciones humanas. En este período, la escuela de Manchester se dedicó a comprender las conexiones sociales en micro y mesoescala, explicando cómo los patrones de relación moldean estructuras sociales más amplias (Silva; Fialho; Saragoça, 2013).

Los trabajos de Elisabeth Bott (1957) y Clyde Mitchell (1974) son hitos específicos en el análisis de redes sociales. Las investigaciones realizadas por Bott (1957) destacaron la influencia de las redes sociales sobre los roles conyugales, demostrando que la estructura de las conexiones interpersonales afecta directamente la segregación o integración de los roles en el ámbito familiar.

Bott (1957) defendió que la densidad y la interconexión de las redes sociales implican la creación de valores y normas compartidas, definiendo patrones de interacción que influyen en las relaciones dentro del hogar. Por su parte, Mitchell (1974) se centró más en las dinámicas entre las personas, enfocándose en las interacciones en organizaciones y

comunidades. Observó que estas interacciones pueden ser de dos tipos: instrumentales, cuando el objetivo es realizar tareas específicas, o comunitarias, relacionadas con el apoyo emocional entre los miembros de un grupo.

Un análisis de redes sociales muestra que factores como la conectividad y la densidad tienen un gran peso en los flujos de comunicación y en la colaboración dentro de las organizaciones, como señalaron Dustdar y Hoffmann (2007). La forma en que los grupos se organizan cambia la frecuencia de las interacciones y la densidad de las redes, impactando directamente lo que sucede internamente, según Rytina y Morgan (1982). Además, construir una identidad colectiva fuerte ayuda a fortalecer las conexiones con redes externas y facilita el intercambio de conocimientos, lo que favorece interacciones más colaborativas, como sugirió Molina (2001).

Bott (1957) destacó que las redes sociales altamente densas e interconectadas refuerzan los roles familiares más tradicionales, mientras que las redes menos cohesionadas permiten mayor flexibilidad en los roles conyugales. Paralelamente, Mitchell (1974) evidenció que las relaciones formales e informales son estructurantes en el comportamiento organizacional, creando la cohesión social y facilitando la colaboración en grupos. Para Bott (1957), las interacciones refuerzan las dinámicas sociales mediante la confianza y la reciprocidad, favoreciendo comportamientos de ciudadanía organizacional.

Aunque los estudios de Bott (1957) y Mitchell (1974) hayan previsto indicaciones fundamentales para el análisis de redes sociales, sus contribuciones deben ser revisadas a la luz de las transformaciones contemporáneas. La globalización y la comunicación digital han reconfigurado las dinámicas interpersonales, permitiendo nuevas formas de interacción y redes más heterogéneas. Estas interacciones amplían los horizontes de las relaciones sociales, exigiendo investigaciones adicionales sobre sus impactos en la estructura social.

En la década de 1970, el campo de análisis de redes sociales alcanzó avances importantes con las contribuciones de Harrison White (1981) y Ronald Burt (1983). White (1981), al frente de un grupo de investigadores de Harvard, creó modelos matemáticos dinámicos para describir estructuras sociales en términos cuantitativos, desplazando el enfoque de análisis del individuo a las posiciones estructurales profundas dentro de las redes. Burt (1983), por su parte, formuló la Teoría de los Huecos Estructurales, que señaló las ventajas estratégicas de las posiciones ubicadas en huecos estructurales, como el acceso exclusivo a recursos e información.

os modelos matemáticos desarrollados por White (1981) fueron creados para capturar efectos sociológicos relevantes, como la influencia interpersonal y la homofilia, refinando la

comprensión de interacciones complejas. La integración de sistemas de control en el análisis de redes, a partir de estas bases, permitió representaciones más precisas de comportamientos y preferencias individuales (Souza & Quandt, 2008).Por su parte, la teoría de Burt (1983) demostró cómo los individuos localizados en huecos estructurales acceden a recursos diversos mediante la creatividad. La ausencia de confianza entre los socios dificulta la ejecución y la sostenibilidad (Hanneman & Riddle, 2005).

La Teoría de los Huecos Estructurales también introduce conceptos como las funciones de los intermediarios, que conectan grupos distintos y facilitan el flujo de información, y medidas como el tamaño efectivo y la redundancia. Estos análisis cuantifican los beneficios de mantener huecos estructurales, destacando la relevancia de los lazos no redundantes para el acceso a nueva información (Muscillo, 2023).

En el inicio del desarrollo de las teorías de redes sociales, Radcliffe-Brown (1940) destacó las relaciones sociales como componentes fundamentales para comprender las prácticas culturales y las funciones sociales, y presentó el concepto de red social total, describiendo la estructura social como una red de relaciones definidas institucionalmente, involucrando a todos o a parte de los miembros de una sociedad.

Para Radcliffe-Brown (1940), la existencia de una estructura social podría aislarse y compararse con otras, mediante la identificación de relaciones institucionales específicas. Radcliffe-Brown (1940) utilizó una noción de red de manera metafórica, refiriéndose a la imagen de interconexiones sociales en las características específicas de las conexiones. Mitchell (1974), por su parte, advirtió que la metáfora de red social es insuficiente para captar aspectos como la ausencia de vínculos, la intensidad, el estatus o los roles sociales, y sugirió que la reflexión sobre los límites del uso analítico de la noción de redes, que se restringe a una representación simplista de "nudos" y "líneas", compromete la comprensión plena de las interacciones sociales.

En la metáfora de Radcliffe-Brown (1940), la red social es abarcativa, englobando a todos los miembros de una sociedad, independientemente del observador. No obstante, la centralidad de ciertos miembros o relaciones sería una construcción aconsejada del proceso investigativo.

Barnes (1987), al delinear parámetros para el análisis de redes, enfatizó la relevancia de elementos como el tamaño de la red, definido por el número de unidades, los impactos derivados de las conexiones indirectas y las categorías involucradas. Aunque la concepción de Radcliffe-Brown (1940) introdujo la idea de una red abarcativa, que incorpora la totalidad de los vínculos sociales, las investigaciones posteriores privilegiaron las redes parciales. Las

interacciones de carácter específico se muestran especialmente fecundas para la comprensión de dinámicas sociales particulares.

En el campo de las redes parciales, también conocidas como redes de ego, se destacó la capacidad de focalizar los vínculos directos entre un individuo central (ego) y las conexiones inmediatas (alteraciones). Estas redes privilegian la comprensión de las interacciones y los flujos sociales que orbitan alrededor del individuo, proporcionando insumos importantes para la comprensión de la organización relacional dentro de situaciones sociales más amplias (Marques, 2012).

Radcliffe-Brown (1940), al introducir el concepto de "red total", concibió la estructura social como un sistema de relaciones interconectadas que abarca todos los lazos sociales de una sociedad o de segmentos específicos de ella. No obstante, las interacciones humanas dirigieron la mayoría de los estudios empíricos hacia redes parciales, posibilitando la identificación de patrones relacionales más específicos. Inspirado en el funcionalismo durkheimiano, Radcliffe-Brown (1940) describió la sociedad como un organismo vivo, en el cual las relaciones sociales aseguran el equilibrio colectivo.
La identificación de grupos cohesionados, denominados cliques, emerge como un aspecto analítico indispensable en la investigación de las redes parciales. Los cliques involucran agrupamientos de individuos interconectados de manera intensa y directa, funcionando como canales estratégicos para la difusión de información y recursos. El estudio de la composición y organización de estos agrupamientos permite la formulación de inferencias sobre la cohesión interna, la densidad de las interacciones y las propiedades estructurales subyacentes (Pascotto; Farina; Rodrigues & Dugo, 2013).

Barnes (1987) amplió esta visión al redefinir las redes sociales como conjuntos de relaciones interpersonales, al distinguir entre redes "cerradas", caracterizadas por alta densidad de relaciones, y redes "abiertas", marcadas por una mayor dispersión y flexibilidad cultural. La idea de una red social total emerge como una representación amplia de la realidad social, conectando individuos y revelando dinámicas culturales, políticas y religiosas a través de interacciones mediadas por figuras centrales conocidas como "alfa", que es un parámetro utilizado para explorar propiedades espectrales, estructurales y dinámicas de estas representaciones, las cuales pueden aplicarse para modelar y analizar redes complejas, incluidas las redes sociales (Souza, 2019).

En el seminal artículo "The Strength of Weak Ties" (1973), Mark Granovetter revolucionó la sociología de las redes al demostrar que los lazos débiles (conexiones ocasionales, como compañeros de trabajo o conocidos distantes) son tan o más estratégicos

que los lazos fuertes (vínculos íntimos, como la familia o amigos cercanos) para la movilidad social y el acceso a oportunidades. Su estudio empírico con profesionales en busca de empleo reveló una paradoja:

Lazos fuertes: Generan cohesión y confianza, pero circulan información redundante (por ejemplo, un desempleado difícilmente descubrirá vacantes nuevas a través de amigos cercanos, que comparten el mismo círculo social);

Lazos débiles: Funcionan como puentes entre grupos desconectados, permitiendo el flujo de información no redundante (por ejemplo, un contacto distante en otra empresa puede informar sobre una vacante inaccesible para la red cercana).

Además, Granovetter (1973) analizó dos líneas de pensamiento sobre el comportamiento humano: la visión supersocializada, defendida por los sociólogos, y la subsocializada, asociada a la economía. La primera, en la que el individuo es visto como fuertemente influenciado por normas y valores sociales al tomar decisiones, sugiere que la sociedad moldea las elecciones individuales (Li *et al.*, 2012). La segunda, por otro lado, trata al individuo como un agente aislado, que toma decisiones exclusivamente basadas en sus propios intereses, sin considerar las interacciones sociales. Aunque ambas visiones abordan la idea de atomización,

Granovetter (2007) propuso una tercera vía, en la que los individuos son influenciados por las redes sociales. Para él, las decisiones y comportamientos no son completamente independientes ni exclusivamente moldeados por normas sociales, sino interconectados por las interacciones sociales, siendo estas redes fundamentales para la formación de acciones económicas que involucran tanto deseos individuales como conexiones sociales.

Para Granovetter (1973), las redes sociales, a través de mecanismos informales, actúan por medio de la confianza y protección de comportamientos oportunistas sin depender de estructuras jerárquicas. Además, destacó que las redes sociales ejercen presión sobre los agentes, especialmente debido al riesgo de transmisión de comportamientos inadecuados, lo que puede generar vergüenza y fortalecer acciones cooperativas basadas en la confianza (Krippner, 2004). Este proceso evidencia que la cooperación y las relaciones de confianza emergen de las dinámicas propias de las redes sociales, sin necesidad de imponer un poder centralizado (Recuero, 2012).

La integración de las formulaciones teóricas de Radcliffe-Brown (1940) con los enfoques contemporáneos revela un diálogo productivo entre las ideas estructurales clásicas y los enfoques modernos. Mientras que el pensamiento del autor se centra en los roles sociales y las interacciones funcionales dentro de una estructura organizada y cohesionada, las redes y el

análisis relacional consideran las dinámicas sociales desde un prisma más fluido. Arturo Escobar (2007) analizó las redes sociales no solo como estructuras, sino como campos de lucha política y reinvención cultural. La visión pos-estructuralista y decolonial enfatiza cómo los movimientos sociales (por ejemplo: los indígenas latinoamericanos, las comunidades afrocolombianas) utilizan las redes para desafiar los modelos hegemónicos de desarrollo y afirmar epistemologías alternativas.

Al dialogar con Radcliffe-Brown (1940), pionero del estructural-funcionalismo, que veía las redes como mecanismos de estabilidad social, Escobar subverte, pues para él las redes son espacios de desestabilización creativa, donde los actores marginados reconfiguran el poder y la identidad. Mientras que Radcliffe-Brown (1940) veía las estructuras sociales como sistemas para mantener el equilibrio, Escobar (2007) las interpreta como arenas de disputa ontológica. McDonald, Davis y Shen (2024) destacaron que las plataformas digitales fomentan el intercambio de conocimiento, facilitando colaboraciones entre actores diversos. La teoría de los "lazos débiles", implementada por Granovetter (1973) y revisada por Sundararajan (2020) y Robins (2023), destacó que las conexiones menos cercanas son más eficaces para acceder a nuevas oportunidades, como empleos, en comparación con los vínculos más estrechos, que tienden a ser redundantes.

Esta dinámica refleja las nuevas configuraciones de las redes sociales digitales en el mundo contemporáneo. Para Uhlik (2011), los lazos débiles, aunque caracterizados por vínculos menos intensos, son eficaces en la difusión de información. Su efectividad da amplitud de alcance y formación de conexiones inéditas, contrastando con los lazos fuertes, que limitan las interacciones redundantes en círculos cercanos (Wellman, 2009).

Sin embargo, la propagación de la información está condicionada por la estructura de la red, y en ciertas circunstancias, las estrategias basadas en la selección criteriosa de conexiones pueden superar la dependencia exclusiva de los lazos débiles, revelando las dinámicas informacionales en diferentes situaciones (Krupel, 2004).

La difusión de información en las redes sociales está determinada por la estructura relacional que conecta sus "nodos". Aunque los puntos débiles son ampliamente reconocidos por su eficacia en la difusión a gran escala, su utilización preferencial no siempre garantiza una mayor velocidad de propagación (Noberg & Horne, 2024).

Estrategias más dirigidas, que consideran tanto la naturaleza de las redes como los objetivos específicos de circulación de la información. Investigaciones como las de Huang, Lin & Chen (2024) destacaron la importancia de los lazos débiles para la difusión de

información, pero refuerzan que la efectividad de este proceso depende de variables contextuales y estructurales, que otorgan a cada red sus características particulares.

Los puntos débiles actúan en el intercambio de consejos técnicos y en la resolución de problemas, incluso cuando no existen vínculos personales directos entre los agentes involucrados. La efectividad de estas interacciones está directamente asociada con la diversidad de las fuentes de información y la articulación con los objetivos organizacionales (Constant, 1996). En redes sociales digitales, por ejemplo, hay evidencias que indican que una selección convocada de conexiones puede favorecer una transmisión de información más ágil que estrategias basadas exclusivamente en lazos débiles (Zhao *et al.*, 2010).

Además, la evolución temporal de las redes impacta directamente en la dinámica de estas interacciones. Los lazos fuertes, marcados por interacciones frecuentes y mayor densidad, tienden a restringir el flujo de información en grupos densamente conectados. En cambio, la selección estratégica de redes tiene el potencial de superar barreras comunicacionales, especialmente en redes de baja conductancia, promoviendo una mayor integración entre los componentes y optimizando la eficiencia en la difusión de información (Sundararajan, 2020).

Investigaciones como las realizadas por Smith (2015) evidencian que la configuración estructural de las redes sociales va más allá de la simple difusión de información, desempeñando un papel clave en la reconfiguración de las interacciones sociales. Las plataformas digitales, especialmente Facebook que será abordado en mayor detalle, transformaron significativamente las dinámicas relacionales, atenuando las fronteras entre las esferas públicas y privadas.

Aunque Radcliffe-Brown (1940) no tuviera la misma perspectiva sobre sus redes sociales, las concepciones sobre las estructuras sociales proporcionan un marco teórico relevante para comprender las interacciones contemporáneas, contribuyendo al debate sobre las transformaciones en las prácticas relacionales.

La Teoría del Actor-Red, también denominada Sociología de la Traducción, se enfoca en el análisis de las conexiones entre sociedad y tecnología, buscando comprender los procesos por los cuales los artefactos tecnológicos se legitiman e incorporan a colectivos sociales y organizaciones. Formulada por Michel Callon (1986) y Bruno Latour (1987), la Teoría del Actor-Red parte del constructivismo al enfatizar la interdependencia entre agentes humanos y no humanos en la constitución de redes sociotécnicas. Las especificidades sociales emergen de la interacción continua entre los agentes, en los que se encuentran insertos, siendo el resultado de relaciones dinámicas y contingentes.

Las redes no se limitan a arreglos fijos, sino que reflejan una estructura en constante transformación, compuesta por relaciones que se estabilizan o se reconfiguran conforme las interacciones se desarrollan. El carácter híbrido de estas asociaciones, al integrar entidades de naturalezas específicas, otorga relevancia al examen de las dinámicas sociales y culturales (Baiocchi; Graizbord & Rodríguez-Muñiz, 2013).

Al comprender los vínculos sociotécnicos como resultado de procesos de traducción, Callon (1986) y Latour (1987) indican que la legitimación de una tecnología o práctica no ocurre exclusivamente por su funcionalidad intrínseca, sino por los intereses y representaciones dentro de la red. La formación de estas alianzas implica la movilización de discursos, valores y recursos, evidenciando la coproducción entre materialidad y significado social. Así, las interacciones configuran no solo el comportamiento de los agentes involucrados, sino también los propios contornos estructurales de las formaciones sociales contemporáneas.

La posición que un individuo ocupa en una red social, junto con la naturaleza de las relaciones que establece, ejerce un impacto directo sobre su capacidad de acceso a información estratégica. Las redes de mayor diversidad ofrecen caminos inéditos hacia oportunidades, pero el valor más significativo de las conexiones reside en vínculos no redundantes. Estos vínculos, al viabilizar interacciones con grupos diferentes y al proporcionar información única, amplían el potencial de intercambios sociales e informacionales, fomentando el dinamismo de las redes y la circulación de conocimiento (Scott, 2012).

La redundancia en las redes emerge de la cohesión, cuando los contactos directos están fuertemente interconectados, y de la equivalencia estructural, donde los contactos comparten información similar. Burt (1983) argumentó que, aunque los individuos insertados en círculos sociales homogéneos tienen acceso rápido a la información, están poco expuestos a nuevas ideas. Para obtener una visión más amplia, se vuelve imperativo que un actor establezca vínculos con diferentes grupos, llenando vacíos estructurales en la red (Scott & Carrington, 2011).

Mitchell (1974) caracterizó esta estructura como "red egocéntrica delimitada", enfatizando la importancia de las relaciones para comprender una sociedad compleja. Las redes egocéntricas reveladas en individuos en estructuras sociales más amplias, desempeñando una función en la cohesión social, especialmente en áreas urbanas, centradas en el ego, se configuran como una herramienta analítica para investigar la distribución del capital social.

El concepto de capital social ha ganado creciente prominencia, siendo ampliamente explorado en diversas disciplinas de las ciencias sociales y humanas. Más recientemente, se ha aplicado al examen de cuestiones sociales contemporáneas, como el compromiso cívico y los beneficios económicos derivados de las interacciones sociales (Portes, 2014; Hussain; Hussain; Hussain; Jabeen; Nurunnabi, 2020).

En el estudio del capital social, se destacan dos enfoques principales. El primero se concentra en las conexiones entre individuos, evidenciando cómo estas redes facilitan el intercambio de recursos e información en el ámbito comunitario (Uslaner, 1999). Los valores compartidos, que vinculan a los individuos mediante normas y bienes comunes (Hooghe & Stolle, 2003). Así, las normas sociales emergen como un elemento central, demostrando cómo los intereses e identidades comunes refuerzan la cohesión social en las interacciones contemporáneas (Grishchenko, 2022).

El concepto de capital social, desarrollado inicialmente por Hanifan (1916) y posteriormente sistematizado por Pierre Bourdieu (2006), corresponde al conjunto de recursos sociales disponibles para un individuo, implicando su inserción en redes de relaciones interpersonales que, a su vez, permiten la realización de acciones y la influencia sobre otras personas e instituciones.

Bourdieu (2006) consolidó el análisis del capital social en el campo de la Sociología, definiéndolo como el conjunto de recursos actuales y potenciales ligados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de interconocimiento y reconocimiento mutuo (Matos, 2009). En otras palabras, Bourdieu (2006) describió el capital social como un activo derivado de las conexiones de un individuo con redes de relaciones propositivas, estas redes compuestas por agentes que tienen propiedades comunes, que son tanto observadas por externos como por los propios individuos involucrados.

Esta concepción de Bourdieu (2006) pone de manifiesto la dualidad del capital social, al destacar su capacidad para generar desigualdades, especialmente cuando se combina con otros tipos de capital, como el económico y el cultural. En su análisis, Bourdieu (2006) mostró cómo las redes de relaciones sociales dan a los individuos no solo oportunidades de ascenso social, sino también acceso a recursos humanos. Al respecto, las redes de relaciones fueron concebidas como estrategias deliberadas de inversión en sociabilidad, lo que hace que el concepto de capital social sea particularmente relevante en la actualidad, cuando las redes sociales digitales han ampliado significativamente el alcance y las posibilidades de interacción humana.

La reflexión sobre las redes sociales y el capital social lleva a una comprensión de la dinámica de las interacciones interpersonales, evidenciando que tales relaciones no representan un repertorio estático de recursos, sino un flujo en permanente transformación, resultado de las conexiones que, al reconfigurarse, generan nuevas posibilidades dentro del sistema relacional. Las vinculaciones entre individuos, al manifestarse como mecanismos propulsores de acceso a oportunidades, se revelan como vectores de movilidad social, ya que amplían la circulación de recursos simbólicos y materiales (Sargis-Roussel, C., Belmondo & Deltour 2017).

Según Portes (2014), las interacciones sociales, al ser concebidas como trayectorias que viabilizan el tránsito de posibilidades, actúan como estructurantes en el tejido social, en la medida en que favorecen la ampliación de metas tanto a nivel individual como colectivo. La dinámica relacional sugiere que el capital social, lejos de ser un inventario inmutable, refleja la fluidez de los intercambios sociales, estando intrínsecamente sujeto al carácter procesual de las conexiones determinadas dentro de una colectividad.

El concepto de capital social, delineado por Coleman (2000), privilegió los efectos derivados de la estructura social y sus beneficios para individuos específicos. Sin embargo, sus análisis no abordaron los orígenes de estos efectos, pero destacaron aspectos como la confianza, la información que mejora la búsqueda de recursos, las ventajas vinculadas a la participación en organizaciones, normas sociales, sanciones, obligaciones y relaciones de autoridad. Tales dimensiones ejemplifican las diversas manifestaciones del capital social, destacando su alcance (Bhandari & Yasunobu, 2009).

A pesar de las críticas que atribuyen a la obra de Coleman (2000) una inclinación hacia estructuras tradicionales, como la familia y la religión, su contribución teórica sigue siendo relevante, al demostrar el carácter productivo del capital social para alcanzar objetivos que serían inalcanzables sin su presencia.

Las asociaciones formales e informales, Robert Putnam (1996) amplió el concepto de capital social al articularlo con las dinámicas de participación cívica. En su análisis, las redes sociales promueven hábitos de cooperación, solidaridad y compromiso colectivo, fortaleciendo la confianza y mejorando la eficiencia de las interacciones sociales y políticas. En el estudio de las comunidades italianas, Putnam (1996) evidenció que la confianza funciona como un factor de superación del individualismo oportunista, favoreciendo la cooperación colectiva y retroalimentando la acumulación de capital social. Este proceso se configura como un ciclo virtuoso de desarrollo político y social, en el cual la interacción entre

confianza, normas y redes sociales elimina incertidumbres y fomenta la cooperación, llevando a una toma de decisiones colectivas más eficaz.

Un ejemplo significativo de esta dinámica está representado en la estructuración de iniciativas como el microcrédito, que sustituye garantías físicas por relaciones basadas en confianza y reciprocidad. Estos elementos destacan cómo el capital social actúa como una infraestructura relacional, al facilitar la cooperación y viabilizar la obtención de beneficios compartidos. Sin embargo, Durston (2003) y Robinson (2003) señalaron que el capital social, cuando se concentra en grupos específicos, genera exclusión y perpetúa desigualdades, limitando la distribución equitativa de beneficios.

El capital social en la facilitación del acceso a recursos, los cuales, en otras circunstancias, serían inalcanzables, consolida su relevancia. Tal recurso opera como un sistema de "notas de crédito" sociales, en el que la asistencia es frecuentemente retribuida en bases no inmediatas, pero fundamentada en la confianza construida a lo largo de las relaciones sociales (Grossman, 2013). Además, aunque el capital físico y el humano tienen carácter individual, sus efectos son amplificados por el colectivo, generando transformaciones que fomentan acciones colaborativas, como se demuestra en diversas prácticas sociales (Araujo & Easton, 1999; Kay & Hagan, 2003).

Así, el capital social, al transformar interacciones interpersonales, promueve transformaciones que repercuten en el fortalecimiento de las acciones colectivas y en la construcción de lazos comunitarios (Ivana, 2017). Cuando se inserta en comunidades, el capital social posibilita la circulación de capital humano y físico. El primero, compuesto por conocimientos y habilidades adquiridas a través de la educación, presenta complejidad en su transferencia, aunque proporciona beneficios colectivos sustanciales (Lin, 1999).

El capital físico se refiere a los bienes materiales y herramientas concebidos para ampliar la capacidad productiva, siendo tangible y observable en formas como máquinas, equipos e infraestructura, que favorecen la producción de bienes y servicios. En contraposición, el capital humano corresponde a las competencias, saberes y capacidades asimiladas por los individuos, permitiendo actuaciones más eficaces. Intangible, se manifiesta en las inversiones en educación, formación y salud, elevando la calidad y el potencial productivo de los sujetos. La diferenciación social del capital está vinculada a las conexiones interpersonales y a las normas de confianza y reciprocidad presentes en las redes sociales (Motta, 2008).

El capital social se configura como una inversión cuyos retornos reverberan positivamente en el tejido social (Lin, 2002). Las redes de sociabilidad ejercen una función

central en la validación de las credenciales individuales, ampliando la circulación y el alcance del capital social a través de interacciones y vínculos establecidos. Los lazos sociales mediados por conocidos en común refuerzan la identidad colectiva, al mismo tiempo que facilitan el acceso a redes más amplias y heterogéneas (Light, 2004). Además, en su interfaz con el escenario político, el capital social fomenta la movilización y la cooperación colectiva, mientras que su fragilidad compromete la participación activa en procesos comunitarios (Hazleton & Kennan, 2000).

El concepto de capital social, introducido por Coleman (2000), resultó ser ampliamente aplicable en diferentes áreas, siendo comprendido tanto como causa como consecuencia de las interacciones sociales (Resnick, 2001). Bourdieu y Wacquant (1992) describieron el capital social como el conjunto de recursos acumulados a través de las redes, cuya confiabilidad proviene de lazos de confianza mutua, variando según la naturaleza de las conexiones entre los individuos. Diversos beneficios relacionados con el capital social son identificados en la literatura, abarcando mejoras en la salud pública, reducción de la criminalidad y mayor eficiencia en los mercados financieros (Adler & Kwon, 2002). En los Estados Unidos, Putnam (1996) informó un declive en las expresiones de capital social, resultando en desorden social, menor participación cívica y aumento de la desconfianza interpersonal. El fortalecimiento del capital social se reveló como un vector de movilización colectiva y compromiso comunitario, como señalaron Helliwell y Putnam (2004).

A pesar de que, en ciertas circunstancias, ha generado efectos adversos, su contribución a las dinámicas sociales fue ampliamente considerada como positiva, al tejer redes que sustentaron acciones conjuntas. En el ámbito individual, el capital social trabajado como un puente para el acceso a los recursos disponibles en las redes de interacción, abarcando desde información hasta apoyo emocional y cooperación en iniciativas colectivas, según informó Paxton (1999).

Granovetter (1973) destacó que los lazos externos al círculo íntimo abrieron puertas a oportunidades estratégicas, como información privilegiada y perspectivas profesionales. Bargh y McKenna (2004), por su parte, establecieron que diferentes vínculos – con amigos o vecinos, por ejemplo – desarrollaron para el bienestar psicológico, reflejado en mayor autoestima y satisfacción con la vida, resonando las conclusiones de Helliwell y Putnam (2004).

Putnam (1996) clasificó el capital social en dos vertientes principales: el de puente y el de enlace. El primero abarca relaciones superficiales, marcadas por intercambios ligeros que facilitan la circulación de información sin exigir un involucramiento emocional intenso.

El segundo, de enlace, se refiere a vínculos profundos, como amistades sólidas y lazos familiares, donde el apoyo emocional fue más palpable. Se añadió además el "capital social suspendido", relacionado con la preservación de conexiones a lo largo de las transiciones de la vida, muchas veces viabilizado por las redes sociales digitales.

Ostrom y Ahn (2003) posicionaron la confianza y la reciprocidad como pilares del capital social, moldeados tanto por la calidad de las relaciones interpersonales como por la interacción entre redes e instituciones. Así, el capital social personal se configura como el potencial proveniente de la red de relaciones de un individuo, aliado a la habilidad de movilizarla en pro de objetivos tanto individuales como colectivos.

El análisis de las redes sociales resultó pertinente en la contemporaneidad, sobre todo por el intercambio de información y recursos que propiciaron. Fiske (1992) sugirió que, además de centrarse en las redes centradas en el ego, también se debería considerar el panorama social más amplio. Las relaciones interpersonales se estructuraron en torno a intercambios y normas sociales que orientaron comportamientos, generando una cohesión reflejada en el orden social vigente. Las redes de ego, por su parte, se enfocaron en los vínculos directos entre el individuo y sus contactos, examinando la extensión y la densidad de estas conexiones, aspectos que resultaron fundamentales para el flujo de información y el apoyo social, como corroboraron Carnovale y Yeniyurt (2015).

Lyda Judson Hanifan (1916) conoció el concepto de capital social, en la relevancia de los lazos comunitarios para mejorar las condiciones de vida y consolidar las relaciones sociales. Se argumentó que el capital social surgió de las interacciones entre miembros de una comunidad en torno a propósitos compartidos, resultando en debates constructivos y soluciones colectivas. Jane Jacobs (2000), en *Muerte y Vida de las Grandes Ciudades*, asoció el concepto con las redes de relaciones que sustentaron la autogestión de barrios cohesionados, destacando la permanencia de los individuos en una localidad como factor determinante para tal cohesión. Loury (1977), al abordar desigualdades raciales, vinculó el capital social al papel de la familia y la comunidad en la formación de competencias para la inserción de jóvenes negros en el mercado de trabajo, evidenciando el peso de los factores sociales en las trayectorias individuales.

Portes (2014) situó el capital social en la capacidad de los individuos de acceder a beneficios a través de redes sociales. Lin (1999) lo definió como una inversión en relaciones que aseguraron retorno en recursos, potenciando acciones instrumentales o expresivas: las primeras orientadas a la obtención de nuevos medios, las segundas a la conservación de lo ya

poseído. Para Adler y Kwon (2002), a diferencia de otros capitales, el capital social exigía renovación continua, escapando a mediciones rígidas.

Fulkerson y Thompson (2008) lo dividieron en dos vertientes: como recurso, relacionado con el acumulado de poder y reputación, y como factor normativo, asociado a la organización de acciones colectivas a favor de beneficios mutuos, ofreciendo una lectura que enriqueció los debates en las ciencias sociales.

De manera análoga al capital físico y humano, el capital social se consolidó como un activo dinámico, cuya continuidad se ancló en la interacción ininterrumpida entre los actores, como establecieron Adler y Kwon (2002). Se manifestó en una dualidad de formas: a veces como vector de acciones colectivas y ventajas compartidas, a veces como instrumento en la concentración de poder y la perpetuación de desigualdades, Fulkerson y Thompson (2008) ilustraron tales dinámicas, abarcando desde la lucha contra la pobreza hasta el fomento de emprendimientos, con desarrollos que variaron en sintonía con las condiciones sociales e institucionales predominantes.

Al final de la primera década de los años 2000, la teoría del capital social se consolidó como un paradigma dominante entre los científicos sociales, extrapolando los límites de la sociología y alcanzando campos como la administración. Fulkerson y Thompson (2008) observaron que tal ampliación atestiguó su pertinencia en análisis interdisciplinarios. En el escenario brasileño, Helal y Neves (2007) constataron que individuos con mayor capital social, proveniente de su inserción en organizaciones sociales, mostraron una mayor probabilidad de superar la línea de pobreza mediante ingresos suficientes.

Rigo y Oliveira (2008), por otro lado, revelaron que, en comunidades marcadas por privaciones y expectativas frustradas, el capital social generado por la acción de actores institucionales relevantes resultó insuficiente para revertir patrones de apatía y desaliento. Serafim y Andion (2010) señalaron que las organizaciones religiosas forjaron una variante singular de capital social, mientras que Ducci y Teixeira (2011) notaron que las redes sociales de emprendedores posibilitaron el acceso a recursos que moldearon la creación y expansión de negocios.

Fukuyama (1996) concibió el capital social como la capacidad derivada de la prevalencia de confianza en una sociedad o en sus segmentos, transmitida frecuentemente por vías culturales. Tal permitía reunir sus ideas al sistema, viendo la sociedad como un sistema entrelazado por subsistemas, donde el capital social emergió como fruto de procesos culturales intrínsecos. Para Fukuyama (1996), la asimilación de virtudes como lealtad, honestidad y confiabilidad se configuró como fundamento para la formación de asociaciones

y la cooperación, caracterizando el capital social como un recurso adecuado a individuos beneficiados a través de redes de interacción y colaboración.

La intersección entre el capital social y la economía industrial también fue abordada por Fukuyama (1996), quien sostuvo que las sociedades con elevado capital social revelaron mayor disposición para crear organizaciones privadas lucrativas. Las asociaciones voluntarias destacaron como piezas fundamentales en el sostén del sistema económico, evitando su estancamiento o colapso. Además, Fukuyama (1996) argumentó que las sociedades impregnadas de confianza social se ajustaron con mayor agilidad a las transformaciones tecnológicas y de mercado, posicionando el capital social como un recurso estratégico en la división global del trabajo.

Fukuyama (1995) correlacionó las disparidades en las estructuras industriales con la presencia de capital social, que facilitó la cooperación y la formación de nuevos grupos y asociaciones empresariales. La comparación entre organizaciones familiares y flexibles delineó una visión dicotómica funcionalista, que excluyó la posibilidad de coexistencia entre tales categorías. Para Fukuyama (1995), la ausencia de lazos familiares robustos o de asociaciones espontáneas favoreció el surgimiento de organizaciones criminales, en la demanda por renovación periódica del capital social para evitar su agotamiento.

La análisis del capital social revela tanto su potencial transformador como sus contradicciones intrínsecas. Para Putnam (2000), la forma de capital social de unión promueve la interacción entre individuos con afinidades, pero también intensifica antagonismos sociales, generando una tensión dialéctica entre semejanzas y diferencias. Estas ambigüedades son objeto de críticas, como señaló Urteaga (2013), quien destacó la circularidad conceptual y los desafíos de aplicación práctica, especialmente en el ámbito sindical. La construcción de redes densas y sostenidas, fundamental para el fortalecimiento sindical, se ve dificultada por estas contradicciones, según Jarley (2005). Aún así, el capital social puede revitalizar los movimientos laborales, siempre y cuando se superen los desafíos impuestos por su estructura.

De manera complementaria, Fukuyama (1995) asoció el capital social al desarrollo económico, identificándolo como pilar para el emprendimiento colectivo y la generación de riqueza. Sin embargo, reconoció que los mismos valores que fomentan la cooperación pueden ser instrumentalizados de manera perjudicial, como en las organizaciones criminales. Al igual que en Putnam (1996), Fukuyama (1995) abordó la dualidad del capital social, resaltando que su impacto depende de las dinámicas específicas en las que está inserto.

Teniendo como base a Durkheim (2004), Fukuyama (1995) utilizó sus principios para destacar la formación económica y social de diversas naciones, reafirmando de manera epistemológica que combina principios empiristas y funcionalistas bajo un enfoque positivista. Tsai y Ghoshal (1998) argumentaron que el capital social abarca múltiples aspectos de la sociedad, como los lazos interpersonales, las relaciones de confianza y los sistemas de valores que facilitan las acciones de los individuos. El concepto de capital social en Fukuyama (1995) y Coleman (2000) reflejó y enfatizó la funcionalidad para alcanzar objetivos económicos y sociales. Fukuyama (1995) asoció el capital social al desarrollo económico, posicionándolo como un requisito previo para el emprendimiento colectivo y la generación de riqueza.

De manera complementaria, Coleman (2000) adoptó una visión sistémica y utilitarista, destacando el capital social como un mecanismo que facilita las acciones colectivas y crea obligaciones útiles entre los agentes. Su análisis considera la interdependencia de diferentes niveles de la sociedad y explora cómo las relaciones sociales generan "crédito" y confianza, elementos que aumentan la eficacia de las acciones y la obtención de resultados positivos.

El utilitarismo, basado en el principio de utilidad de Bentham (1979), se caracteriza por la evaluación de las acciones según su capacidad para promover el placer y evitar el dolor, resultando en el aumento de la felicidad colectiva. Bentham (1979) estableció que este principio es una base lógica e incuestionable para decisiones éticas y sociales, orientadas a maximizar los beneficios y minimizar los perjuicios.

El utilitarismo se identifica en autores como Bourdieu (2006) y Coleman (2000). Para Bourdieu (2006), el capital social es concebido como un recurso estratégico que los individuos o grupos pueden invertir para obtener ventajas económicas o simbólicas. El utilitarismo destaca la instrumentación de las redes sociales en la generación de beneficios individuales o grupales, aunque es menos predominante en su obra en comparación con su enfoque crítico y sistémico. Coleman (2000), por su parte, refuerza la funcionalidad del capital social al tratarlo como un mecanismo para aumentar la eficacia de las acciones colectivas, enfatizando su valor práctico en las relaciones sociales. Su visión utilitarista está presente en el análisis de la confianza y las obligaciones sociales como herramientas que permiten obtener resultados beneficiosos para los agentes involucrados.

Nahapiet y Ghoshal (1998) adoptaron la visión racionalista cartesiana para analizar el capital social, descomponiéndolo en tres dimensiones interrelacionadas: estructural, relacional y cognitiva. La dimensión estructural se enfoca en el patrón de conexiones sociales entre los individuos, facilitando el acceso a recursos e información. La dimensión relacional se centra

en las relaciones estratégicas específicas, como la confianza y la confiabilidad, que apoyan la cooperación para alcanzar objetivos comunes. Por último, la dimensión cognitiva aborda los recursos compartidos de conocimiento y significados, promoviendo una visión común dentro de la organización.

El capital social aumenta la eficiencia de las acciones y reduce el oportunismo, minimizando la necesidad de monitoreo constante. Esto contribuye a la adaptabilidad y el aprendizaje organizacional. Sin embargo, se ha confirmado que los fuertes lazos sociales también pueden restringir el flujo de información, generando posibles consecuencias negativas (Korkeila & Hamari, 2020).

Además, Nahapiet y Ghoshal (1998) argumentan que el capital social es fundamental para la creación de capital intelectual y para las ventajas competitivas de las empresas, siendo más prevalente en las organizaciones que en el mercado en su conjunto. Sus conclusiones están respaldadas por investigaciones empíricas realizadas en una multinacional de electrónicos, lo que refuerza la validez del modelo propuesto y sugiere áreas para futuras investigaciones.

Tsai y Ghoshal (1998) enriquecen este análisis al detallar cómo diferentes dimensiones de este concepto interactúan para generar beneficios tangibles. La estructura social, según los autores, actúa como una base que proporciona acceso a recursos e información esenciales, creando condiciones desarrolladas para la cooperación y el intercambio. Las relaciones basadas en la confianza establecen un soporte mutuo que fortalece los lazos entre los individuos, permitiendo una dinámica de reciprocidad más sólida. Además, los conocimientos compartidos emergen como un factor que incentiva acciones relacionadas con los objetivos colectivos, beneficiando a la organización de manera amplia.

Las discusiones sobre el capital social siguieron dos corrientes teóricas distintas, como destacó Moran (2005). La primera, la consideración estructural, se refiere a la posición del individuo dentro de una red de relaciones, así como a la configuración de esta red (Burt, 1983). La segunda, señalada como relacional, se enfoca en el contenido de las relaciones, incluyendo elementos como la confianza, las normas y las obligaciones (Bourdieu, 2006; Coleman, 2000; Putnam, 1996). Nahapiet y Ghoshal (1998), al incorporar estas dos vertientes, propusieron un concepto de capital social, dividiéndolo en tres dimensiones interrelacionadas, cuya análisis se basa tanto en la estructura de las redes como en el contenido de las interacciones sociales.

Las tres dimensiones del capital social propuestas por Nahapiet y Ghoshal (1998) están interrelacionadas y son fundamentales para comprender las redes sociales en las

interacciones humanas. La dimensión estructural se refiere a la configuración de la red social y al patrón de conexiones entre los actores, analizando cómo la estructura de los lazos sociales influye en el acceso a recursos e información. La dimensión relacional, por su parte, se enfoca en los activos embebidos en las relaciones sociales, como la confianza, las normas de reciprocidad y las obligaciones mutuas, destacando la calidad de las interacciones y su impacto en el comportamiento colectivo.

La dimensión cognitiva está relacionada con códigos, narrativas y sistemas de significados compartidos, que promueven la comprensión mutua, la cooperación para la interacción y el intercambio de conocimiento. Juntas, estas dimensiones contienen una estructura integral para analizar las redes sociales y su impacto (Korkeila & Hamari, 2020). El concepto de capital social, tal como lo formularon Nahapiet y Ghoshal (1998), no solo facilita la cooperación dentro de los grupos, sino que también contribuye a la creación de nuevos conocimientos, especialmente en empresas e instituciones que pueden obtener ventajas competitivas fomentando redes sociales sólidas, basadas en la confianza y el intercambio de valores y objetivos comunes. La teoría presenta una comprensión que va más allá de la simple existencia de vínculos, destacando la importancia de la confianza, las normas compartidas y las redes que posibilitan la cooperación, elementos que, juntos, son valiosos para la cohesión social y el desarrollo de las comunidades (Sampaio, 2024).

El capital social involucra recursos insertados en las redes sociales de los individuos, los cuales pueden ser accesados para ampliar sus oportunidades y capacidades (Van Bakel & Horak, 2024). El concepto, que emergió de discusiones sobre el compromiso cívico y la participación comunitaria en las décadas de 1980 y 1990, ha evolucionado a lo largo del tiempo hacia un campo de estudio más robusto, que implica un análisis más detallado de las relaciones sociales de desarrollo y bienestar.

En el desarrollo, el capital social destacó en grupos de autoayuda, donde las condiciones de confianza mutua y reciprocidad promueven intervenciones más eficaces en las áreas de salud y seguridad económica. Este capital se configura como una base indispensable para la acción colectiva, permitiendo la movilización de recursos para enfrentar desafíos locales y lograr un desarrollo sostenible (Schiff, 1992).

El capital social contribuye a la eficacia de la comunicación en el campo de la salud, promoviendo mejoras tanto en los aspectos individuales como en las comunidades de salud (Zhou, 2022). Sin embargo, es imperativo destacar que, aunque el capital social puede generar beneficios sustanciales, también tiene el potencial de perpetuar desigualdades, especialmente

cuando el acceso a las redes no es equitativo, lo que marginaliza a determinados segmentos de la sociedad (Korkeila & Hamari, 2020).

La interacción entre salud y capital social constituye un área de creciente relevancia dentro de la sociología, evidenciando cómo las redes y los vínculos comunitarios influyen en los resultados de salud. Los niveles elevados de capital social en las comunidades están asociados a mejoras significativas en la salud física y mental, de los lazos comunitarios en la promoción del bienestar (Magro-Montañés, Pabón-Carrasco, Romero-Castillo, Ponce-Blandón & Jiménez-Picón, 2024).

La elevación del capital social en los vecindarios está vinculada a mejores resultados en salud física, como la reducción en el uso de tabaco y mejoras en los índices de salud de gestantes (Ross & Mirowsky, 2001). Las redes sociales robustas reducidas para el fortalecimiento del bienestar mental, la satisfacción con la vida y la reducción de síntomas depresivos. La relación entre capital social y salud no se caracteriza por una linealidad simple; varía según factores como edad, sexo y otros determinantes, lo que indica que el capital social, por sí solo, no garantiza buenos resultados en salud (Magro-Montañés, Pabón-Carrasco, Romero-Castillo, Ponce-Blandón & Jiménez-Picón, 2024).

El capital social cognitivo tiende a ser más relevante en la promoción de la salud que el capital social estructural, evidenciando la importancia de las relaciones personales y la confianza dentro de las redes sociales (Colletta & Cullen, 2000). Aunque el capital social se constituye como un determinante de salud, es necesario considerar su interacción con una serie de otros factores.

La confianza interpersonal es reconocida como un elemento fundamental de un patrón cultural que favorece la activación política y la movilización de los individuos, ampliando la responsabilidad pública en el sistema político. En ausencia de confianza interpersonal, las probabilidades de movilización colectiva son significativamente reducidas y, sin la participación activa de los ciudadanos, la democracia se vuelve más vulnerable, comprometiendo sus supuestos beneficios para la sociedad (Zak & Knack, 2001).

Las dimensiones del capital social son exploradas por Tsai y Ghoshal (1998) como elementos que interactúan de maneras distintas. La dimensión estructural se enfoca en la posición de los contactos de un actor dentro de una red social, ofreciendo ventajas como acceso al empleo, información y recursos específicos. La dimensión relacional, por su parte, se refiere a los activos que sostienen las relaciones interpersonales, como la confianza y la confiabilidad, lo que permite que un actor con estas cualidades obtenga apoyo para alcanzar sus objetivos.

La dimensión cognitiva está relacionada con atributos como una visión compartida y un conjunto de valores comunes, factores que facilitan la acción colectiva en pro del bienestar de la organización. Así, la concepción utilitarista de los autores se refleja en el enfoque en las ventajas originadas por la estructura social, en el alcance de metas a través de la confianza y en los significados compartidos que benefician a la organización (Magro-Montañés, Pabón-Carrasco, Romero-Castillo, Ponce-Blandón & Jiménez-Picón, 2024).

Tsai y Ghoshal (1998) ampliaron la teoría propuesta por Nahapiet y Ghoshal (1998) al discutir las interrelaciones entre estas dimensiones del capital social. De acuerdo con Nahapiet y Ghoshal (1998), las dimensiones estructurales y relacionales están conectadas por el hecho de que los lazos de interacción social pueden fomentar la confianza y la confiabilidad. De manera similar, la dimensión relacional y la dimensión cognitiva se interrelacionan en la medida en que las relaciones basadas en la confianza pueden ser reforzadas por valores comunes y una visión compartida.

La relación entre la dimensión cognitiva y la dimensión estructural ocurre por la influencia de las interacciones sociales tanto en la creación de objetivos y valores comunes como en el intercambio de estos elementos dentro de una organización (Van Bastelaer, 1999). Cada una de estas dimensiones contribuye a la existencia y el fortalecimiento de las otras, para el resultado global: el capital social. El carácter sinérgico también se evidencia en la afirmación de que la presencia de una dimensión potencia los resultados de las demás (Zak & Knack, 2001).

El capital social, por lo tanto, se presenta como un recurso fundamental que moldea los resultados tanto individuales como colectivos a través de las redes de relación que los individuos mantienen (Bourdieu, 2006), lo cual es eficaz para comprender las influencias de las interacciones sociales en diversas esferas de la vida, como la salud, el éxito económico y el bienestar mental (Putnam, 2000).

El capital social ejerce una influencia significativa en la formación de la salud mental en diversos grupos y escenarios, siendo capaz de reducir los impactos negativos, especialmente en situaciones de estrés o discriminación. La relación entre capital social y salud mental es compleja, siendo moldeada por factores como la resiliencia comunitaria, la discriminación y las necesidades específicas de diferentes grupos etarios (Han & Lee, 2015). El capital social local, caracterizado por la conexión económica y el compromiso voluntario, en la mitigación de los efectos adversos de daños habitacionales resultantes de desastres.

Este impacto positivo fue evidenciado después del huracán Harvey, cuando los elementos del capital social contribuyeron significativamente a la reducción del sufrimiento

psicológico y a la mejora de la salud mental entre los residentes afectados. Estudios, como el de Raker y Smiley (2024), indican que el capital social está asociado a menores riesgos de enfermedades mentales, aunque la literatura sobre el tema sigue en expansión.

A pesar de su asociación con resultados positivos, el capital social también presenta una dualidad: al mismo tiempo que promueve el bienestar, también puede generar exclusión de determinados grupos dentro de las redes sociales. Esta ambivalencia resalta tanto su potencial de inclusión como su capacidad de marginalizar a ciertos individuos, lo cual debe ser cuidadosamente considerado en las discusiones sobre sus efectos (Putnam, 2000).

2. REDES SOCIAIS E INTERAÇÕES: UMA ANÁLISE SOCIOLÓGICA DAS CONEXÕES, DINÂMICAS E ESTRUTURAS DE PODER

La interacción social, tal como se aborda en la sociología, revela una red compleja de intercambios que entrelazan a los individuos, moldeando tanto la subjetividad como la estructura de las relaciones sociales. Este fenómeno, que ocurre en la intersección entre el interior y el exterior del sujeto, se fundamenta en la interacción continua entre las dinámicas internas del organismo y sus relaciones con el ambiente. La constitución del "yo" es, por lo tanto, un proceso dinámico y abierto, permeado por interacciones que trascienden un solo nivel, extendiéndose desde el plano interindividual hasta el intrapsíquico (Bottero, 2009). Dan Zahavi (2014), inserto en la tradición fenomenológica, investiga la auto-representación mínima, es decir, el "yo" pre-reflexivo, y la forma en que la distinción entre "yo" y "otro" emerge de procesos cognitivos e intersubjetivos. La simulación mental de estados ajenos, conocida como teoría de la simulación, y el contagio emocional, como la resonancia afectiva, sirven de base para la empatía y la comprensión social.

Además, destaca la corporeidad, subrayando el cuerpo como mediador de la experiencia subjetiva, permitiendo que el "otro" ocurra a través de gestos, expresiones e interacciones físicas. La intersubjetividad primaria también se presenta como un punto central, demostrando que la conciencia del "yo" surge en contraste con la del "otro" desde los primeros estadios del desarrollo infantil (Bottero, 2009).

Por su parte, Georg Simmel (1995), aunque poco referenciado en la psicología cognitiva, ofrece contribuciones valiosas al discutir la sociología de las interacciones. Para él, la subjetividad se construye dentro de redes de interacciones sociales, en las que cada acción individual genera efectos de interacción recíproca, como ocurre con las normas sociales que refuerzan ciertos comportamientos. La dinámica evidencia la tensión entre autonomía

individual e influencia social, en la que procesos como la imitación y diferenciación se vuelven fundamentales para la formación del sujeto.

El énfasis de Simmel (1995) en las microinteracciones, como los intercambios verbales y gestos, sugiere que el "yo" se define en relación con el "otro" en los detalles de las interacciones cotidianas. Su noción de interacción recíproca dialoga con mecanismos como el aprendizaje por refuerzo social y la regulación emocional basada en correlaciones, evidenciando que la imitación no es un acto mecánico, sino un proceso cognitivo mediado por expectativas sociales internalizadas.

John Dewey (1886), por su parte, anticipa principios que hoy dialogan con la neurociencia contemporánea al proponer que la experiencia es una transacción dinámica entre el sujeto y el ambiente, y que la subjetividad emerge de este proceso continuo de interacción. Su visión sobre los hábitos como patrones adaptativos moldeados por el ambiente se adecúa con conceptos modernos de plasticidad neuronal y aprendizaje basado en la experiencia. Además, la idea de que toda acción genera consecuencias que retroalimentan el sistema individuo-ambiente encuentra resonancia en modelos cognitivos de procesamiento top-down y bottom-up.

La neurociencia actual refuerza y expande estas ideas al demostrar cómo los procesos internos, como la actividad del córtex prefrontal en la toma de decisiones, y externos, como las respuestas sensoriales a estímulos ambientales, interactúan. La regulación de la dopamina, por ejemplo, no está restringida a las respuestas a recompensas externas, sino que influye en la autoevaluación subjetiva. De la misma manera, las neuronas espejo ayudan a explicar cómo la imitación y la empatía tienen fundamentos biológicos, estableciendo conexiones con las reflexiones de Zahavi (2014) sobre la corporeidad.

La subjetividad como un fenómeno relacional emerge de las interacciones sociales de Simmel, de la corporeidad de Zahavi (2014) y de las transacciones con el ambiente descritas por Dewey (1886). Se trata de un proceso multinivel que abarca dimensiones neuronales, como las redes de modo predeterminado asociadas con la autorreflexión, cognitivas, como la teoría de la mente, y socioculturales. Además, la subjetividad se revela como adaptativa, siendo constantemente moldeada por retroalimentaciones continuas, que involucran mecanismos como la metacognición y la regulación emocional influenciada por normas sociales.

En el desarrollo infantil, el enfoque interdisciplinario se hace aún más evidente. Un niño aprende a distinguir "yo" y "otro" a partir de la imitación, sustentada por las ideas de Zahavi (2014) y corroborada por las neuronas espejo, del feedback social, como lo discute

Simmel (1995) al considerar la aprobación o desaprobación de los cuidadores, y de la plasticidad neuronal, destacada por Dewey (1886) y la neurociencia, que muestra el fortalecimiento de sinapsis asociadas con interacciones exitosas. Así, la subjetividad no es estática, sino un fenómeno dinámico y emergente, reconfigurado continuamente por experiencias internas y externas.

La idea de interacción social se extiende aún a las relaciones más complejas, como las triangulares, en las que el individuo, otro sujeto y un objeto común generan dinámicas de competencia o cooperación. La capacidad de interpretar la mirada del otro, por ejemplo, no es solo una habilidad cognitiva, sino también una habilidad social, permitiendo al sujeto identificar las intenciones e intereses del otro, formando así la base de interacciones sociales más profundas (Kelley & Stahelski, 1970).

En cuanto a la interacción emocional, va más allá del mero contagio emocional, que se limita a reproducir comportamientos similares. La interacción emocional verdadera involucra una compleja negociación entre los sentimientos de cada sujeto, siendo un proceso que requiere empatía y la capacidad de modular las propias emociones en respuesta al otro. La empatía no se traduce en una simple reproducción de las emociones del otro, sino en la capacidad de comprender y respetar las diferencias emocionales, permitiendo una interacción que no borra la identidad del sujeto (Hatfield; Carpenter & Rapson, 2014).

Este proceso de interacción emocional puede ampliarse al nivel social y moral, según se discute en la obra de Adam Smith (199) sobre los sentimientos morales. Smith (199) expuso que las interacciones entre el donante, el receptor y un observador externo forman la base para los juicios morales, siendo que el equilibrio entre las emociones de estos tres sujetos constituye la moralidad. Esta interacción, que puede analizarse desde el prisma de los intercambios sociales, ilustra cómo las normas y regulaciones sociales son, en gran parte, construidas y mantenidas por interacciones entre diferentes sujetos y observadores.

La sociología, a través del análisis de las interacciones sociales, busca comprender cómo estas dinámicas moldean la estructura de las relaciones humanas y las normas culturales. Las interacciones sociales no se limitan a aspectos individuales, sino que abarcan también las influencias colectivas que generan identidad y comportamiento (Offer, 1989). El concepto de interacción social es, así, una clave para entender cómo los individuos se comunican, forman grupos e influyen en las estructuras sociales, desde los actos más simples de comunicación hasta las complejas dinámicas de poder, control y regulación social (Blau, 2017).

En términos prácticos, la interacción social se manifiesta en diferentes formas. La distinción entre interacciones de corto y largo plazo, coordinadas o conflictivas, directas o indirectas, refleja la diversidad de intercambios que ocurren en los diferentes ámbitos de la vida social (Bottero, 2009). En ambientes educativos, por ejemplo, las interacciones sociales tienen un impacto significativo en los resultados de aprendizaje, promoviendo tanto la cooperación como la construcción de conocimiento compartido. Además, en el caso del control social, como en instituciones militares o comunidades reguladas, las interacciones sociales son mediadas por mecanismos de conformidad que aseguran el mantenimiento del orden social (Lenkauskaitė; Colomer & Bubnys, 2020).

Por lo tanto, el análisis de las interacciones sociales en la sociología involucra no solo el estudio de las formas de esas interacciones, sino también las consecuencias que generan en las esferas individuales, sociales y culturales. La interacción social, con su capacidad de moldear la subjetividad y de regular las normas sociales, es un pilar fundamental para comprender la dinámica de las sociedades humanas (Knorr, 1981).

La sociología de las relaciones sociales de Weber (1977), al definir una interacción social como caracterizada por una orientación mínima mutua de las acciones de los individuos, revela la amplitud de las interacciones humanas. Weber (1977) no limitó la definición de las relaciones cooperativas, sino que se expande para incluir conflictos y hostilidad, aspectos frecuentemente desatendidos en enfoques que tratan tales dinámicas como la ruptura de las relaciones sociales. Las relaciones sociales no surgen exclusivamente dentro de un dominio social unificado, sino que también pueden ocurrir entre diferentes partes, reflejando una pluralidad de intereses (Graham *et al.,* 2011).

Las interacciones sociales son componentes fundamentales para la estructura y el funcionamiento de las sociedades, influyendo tanto en los comportamientos individuales como en los resultados colectivos, que abarcan una diversidad de formas de comunicación y relación y que moldean la dinámica social, esenciales para el desarrollo, la estabilidad y la unión de las instituciones socioculturales (Van Wormer & Besthorn, 2017).

La interacción social, cuando se define como un proceso de orientación mutua de la acción, implica que la reciprocidad sea la base para comprender las razones, el desarrollo y las consecuencias de la propia acción. No se puede afirmar que toda acción humana constituya una interacción social (Blumer, 1969).

Los intentos de delimitar el concepto de interacción social y distinguirlo de otros conceptos están estrechamente relacionados con la distinción propuesta por Max Weber (1977) entre comportamiento, acción y acción social. El concepto más amplio,

“comportamiento”, abarca todos los tipos de acciones y reacciones humanas, sean estas conscientes o inconscientes, planeadas o no. Así, el concepto de comportamiento también incluye los procesos fisiológicos puramente reflejos, que siguen el patrón estímulo-respuesta (por ejemplo, gritar en reacción al dolor).

Para Weber (1977), el comportamiento se convierte en acción cuando se le atribuye un significado subjetivo (como en el caso de expresar dolor al emitir un grito). La acción social se refiere a los procesos en los que los individuos atribuyen significado a su modo de actuar, formulando hipótesis mutuas, mediante anticipaciones, identificación o asunción de roles, sobre el significado que el otro actor atribuirá a esa acción.

De acuerdo con este criterio de reciprocidad, los procesos de acción se distinguen de los de interacción social, ya que, en este último, el significado subjetivo se transforma en un significado socialmente intercambiado o acordado (Koch, 2020). Esto no implica que los procesos de constitución mutua de significado social ocurran siempre de manera explícita, ni que la atribución de significado deba ser negociada desde cero en cada acción; puede ser sostenida por tradiciones culturales, convenciones tácitas o costumbres. Por lo tanto, aunque comportamiento y acción se diferencian conceptualmente por el criterio del significado subjetivo, lo que distingue la acción social (interacción) de la acción es la atribución mutua de significado, un significado que se construye durante el propio proceso (Arienti, 2009).

Aunque ni esta distinción conceptual entre comportamiento, acción y acción social (interacción), ni el concepto relacionado de significado han sido universalmente aceptados, la distinción entre comportamiento y acción social es ampliamente reconocida. Así, se puede hacer una primera distinción general entre teorías del comportamiento y teorías de la acción (Coleman, 2000).

El supuesto reduccionista de Homans (1977) generó una controversia entre sociólogos, resultando en una división entre defensores de una "microteoría" y de una "macroteoría" de la acción social. Los primeros, vinculados al llamado individualismo metodológico, parten del principio de que la acción social es reducible a la acción individual. Los segundos, por otro lado, sostienen que la acción social, a diferencia de la acción individual, puede explicarse exclusivamente con base en fenómenos sociales. Como ocurre con muchos debates científicos, esta cuestión se ha fundamentado en una "oposición superficial y estereotipada", generando serios malentendidos (Berger; Luckmann, 2003).

Parto del supuesto de que una característica distintiva de la interacción social es la reciprocidad en las orientaciones de acción (hipótesis de la reciprocidad), por lo tanto, concluyo que las razones, el desarrollo y las consecuencias de la interacción no deben

buscarse en procesos individuales, ni en procesos extra-individuales o pre-individuales, sino en el transcurso mismo de la interacción. Además, al aceptar que la repetición y sucesión de los procesos de acción mutua determinan la formación de estructuras más o menos estables, considero que este carácter constructivo o productivo constituye otro rasgo distintivo de la interacción social (hipótesis de construcción y producción). Para referirme a esta constitución de la sociedad dentro y mediante procesos de acción mutua, retomo el término *Vergesellschaftung*, propuesto por Georg Simmel (1995).

Reconozco que la relación entre el concepto de Vergesellschaftung, de Simmel (1995), y las teorías de la acción social, surge de mi intento por comprender las dinámicas entre los individuos y las estructuras sociales. Sigo la propuesta de Simmel al entender que las formas sociales se originan en las interacciones entre individuos, configurando un proceso continuo que moldea la sociedad (Abels; Abels, 2019). Este proceso me permite enfatizar la reciprocidad de las interacciones, un aspecto que también encuentro en las teorías de la acción, al abordar la productividad y los resultados de las relaciones sociales.

Al estudiar estas teorías, observo que buscan explicar o interpretar tales dinámicas, aunque divergen en su enfoque: algunas se concentran en el análisis del comportamiento individual en interacción, mientras que otras destacan las estructuras sociales como condiciones que orientan la acción. Desde mi perspectiva, la contribución de Simmel (1995), al resaltar el carácter dinámico y fluido del *Vergesellschaftung*, ofrece un punto de equilibrio entre estas aproximaciones, ya que reconoce tanto la agencia individual como la influencia de las estructuras sociales (Peters, 2014).

Entiendo que las interacciones humanas no ocurren de forma aislada, sino que repercuten en la creación de patrones sociales y culturales que moldean el tejido social (Taştan & Aksoy, 2020). En mi análisis, la modernidad, caracterizada por su fragmentación y aceleración, resignifica la forma en que las acciones individuales y colectivas se interconectan, lo que refuerza la necesidad de teorías capaces de contemplar simultáneamente los niveles individual y estructural.

Desde esa lógica, interpreto que Simmel (1995) dialoga con las teorías de la acción al sugerir que las interacciones sociales operan como base para la formación de normas y estructuras, sin dejar de lado las influencias mutuas entre los individuos y las condiciones sociales que guían sus decisiones. Esta integración me ha permitido desarrollar una comprensión más amplia de las interacciones humanas y de la sociedad contemporánea.

Considero, por tanto, que las teorías de la acción deben ser evaluadas en función de su capacidad para abordar estas dos características fundamentales de la interacción social: la

reciprocidad y la productividad. No obstante, observo que en la práctica los teóricos de la acción tienden a establecer puntos de referencia para el análisis, explicando la acción social desde los individuos en interacción (teorías individualistas de la acción) o desde las estructuras sociales generadas por esas interacciones (teorías estructurales de la acción) (Deshon & Gillespie, 2005).

En este segundo caso, entiendo que las estructuras se analizan como condiciones para la acción social. Identifico, además, una tercera vertiente que surge del intento de integrar ambos enfoques en una sola teoría, como sugiere Giddens (179). Por otro lado, noto que las teorías sociológicas de la acción también pueden clasificarse según su estatus metodológico. De hecho, no todos los enfoques buscan explicar la acción social y construir una teoría; muchos se centran en interpretarla o en desarrollar marcos conceptuales que permitan su descripción analítica (Knorr, 1981).

Talcott Parsons (1976) desarrolló un modelo analítico para comprender la acción humana, en el que los individuos toman decisiones moldeadas por componentes interdependientes: la definición cognitiva de la situación, la evaluación de las alternativas disponibles y la inversión afectiva, o catexia[2], en los objetos y sujetos involucrados. La catexia, o inversión afectiva, refleja el involucramiento emocional del actor con los elementos de la acción. El vínculo, por su parte, puede intensificar el compromiso e influir directamente en los resultados. En las relaciones sociales, los lazos emocionales entre individuos frecuentemente moldean los comportamientos y las decisiones, destacando la relevancia de los aspectos subjetivos en el tejido de las interacciones humanas (Izard, 2013).

La acción no ocurre en un vacío de voluntad personal, sino que está orientada por normas y valores socialmente establecidos. Así, el acto de elección refleja una articulación, juicio y emoción, resultando en patrones de comportamiento a las dinámicas sociales (Surel, 2000).

La definición cognitiva de la situación emerge como el primer paso en el proceso decisional, en el que el actor interpreta y reconoce las posibilidades que lo rodean. Tal interpretación delinea el horizonte de las elecciones viables, influenciando la dirección de la acción. En la vida cotidiana, por ejemplo, los consumidores moldean sus preferencias

---

[2] Catexia, en la teoría psicoanalítica, es la inversión de energía psíquica en personas, objetos o ideas. Este concepto, descrito como una "carga" de afecto o motivación, puede ser dirigida, desplazada o retirada de ciertos elementos psíquicos, a menudo influenciada por deseos inconscientes. Es fundamental para comprender la dinámica del inconsciente y los procesos emocionales en el psicoanálisis.

alimentarias a partir de la calidad, disponibilidad y costo, un proceso que revela cómo la cognición está arraigada en la estructura y las decisiones prácticas (Nestle *et al.*, 1998).

La polaridad entre afectividad y neutralidad afectiva resalta el equilibrio entre el involucramiento emocional y la postura racional y desapegada, una tensión que se manifiesta tanto en relaciones interpersonales como en decisiones institucionales (Järvi & Kohvakka, 2017). Por otro lado, el contraste entre particularismo y universalismo evidencia la influencia de las relaciones específicas frente a las normas generales, indicando cómo las interacciones cercanas y los patrones abstractos moldean actitudes y comportamientos (De Blasio; Scalise & Sestito, 2021).

Las cualidades atribuidas, vinculadas a las características sociales heredadas, se oponen a las adquiridas, que se conectan al individuo, marcando el enfrentamiento entre lo dado y lo construido en la formación de identidades. La oposición entre difusividad y especificidad resalta la amplitud o el enfoque de las relaciones, reflejando la diferencia entre enfoques generales y acciones dirigidas. El dilema entre los intereses comunitarios y los intereses individuales expone el enfrentamiento constante entre lo colectivo y el ego, destacando las dinámicas de cooperación y conflicto en las relaciones humanas (White, 2008).

Mientras que la estructura de Parsons (1976) buscó consolidar la centralidad de las normas sociales en la conformación de las acciones, teorías más recientes tensionan esta visión, sugiriendo que la agencia individual. El acto de elegir, para Talcott Parsons (1976), no se origina de una voluntad aislada del individuo, sino que está guiado por normas y valores que permeabilizan la sociedad. Sus orientaciones de acción se presentan como pares dicotómicos, representando dilemas que reflejan las tensiones inherentes a la interacción social: afectividad versus neutralidad afectiva, particularismo versus universalismo, cualidades atribuidas versus adquiridas, difusividad versus especificidad, intereses de la comunidad versus intereses individuales. Este marco permite observar las decisiones humanas como desafíos estructurados, moldeados por fuerzas sociales que delimitan caminos y restringen alternativas, convirtiendo las elecciones en elementos del tejido cultural (De Blasio; Scalise & Sestito, 2021). La intersección entre estructura y agencia emerge, entonces, como un campo de debate en el que las fuerzas externas y las motivaciones internas dialogan de manera compleja y continua, revelando la multiplicidad de factores que atraviesan el comportamiento humano (Cohen, 1989).

Esta perspectiva complementaria permite avanzar más allá de las dicotomías parsonianas, abrazando las ambivalencias que atraviesan la experiencia humana y expandiendo la comprensión de la acción más allá de los límites propuestos. Es en este

espacio de articulación donde se abre la posibilidad de reevaluar los dilemas de la acción, reconociéndolos como representaciones dinámicas y no como fijaciones reduccionistas de un universo social (De Blasio; Scalise & Sestito, 2021).

Parsons (1976) ejemplificó esto, en particular, en el análisis de la acción profesional y en la investigación comparativa sobre modernización. Los límites de aplicabilidad de la tipología de acción weberiana y las variables estructurales de Parsons (1976) están, por un lado, ligados al hecho de que la orientación de la acción se concibe en términos de medios y fines (Gerhards, 2001), y, por otro, a la asignación de carácter monovalente a la acción social. Como la acción social ambivalente no se considera ni en el nivel tipológico ni empírico, estas estructuras conceptuales capturan solo un aspecto específico de la acción humana (Merton, 1976).

Las interacciones sociales son fundamentales para la cohesión social, ya que facilitan la cooperación y controlan el potencial de conflictos, condiciones para el progreso de cualquier sociedad (Okumdi & Akporaro, 2022). Además, la evolución de las relaciones sociales, impulsada por la tecnología y la globalización, refleja la capacidad de las sociedades para adaptarse a los cambios ambientales y enfrentar desafíos socioculturales complejos. La transformación de las relaciones sociales a medida que emergen nuevas tecnologías señala la flexibilidad de las sociedades modernas para responder a las demandas del mundo globalizado (Rosenmann; Reese & Cameron, 2016).

El lenguaje es un elemento central en las interacciones sociales, ya que facilita la construcción de realidades sociales y la navegación en las diversas culturas (Montecucco, 2022). Una comunicación eficaz es vital para alcanzar el equilibrio y la supervisión en los sistemas sociales, especialmente frente a los desafíos globales contemporáneos. El uso adecuado del lenguaje y las herramientas de comunicación permite que las interacciones sociales funcionen de manera armoniosa, promoviendo la comprensión mutua y la resolución de conflictos (Ilganayeva, 2022). Sin embargo, las interacciones caóticas o negativas pueden tener efectos perjudiciales, como el aumento de conflictos y la estancación social, lo que puede comprometer la estabilidad de las relaciones sociales.

Más que un vehículo de comunicación, el lenguaje opera como acción social, reflejando e influyendo en las dinámicas que estructuran identidades, relaciones e instituciones. Al articular voces y significados, revela el intrincado entrelazamiento de la naturaleza y la sociedad, permitiendo que sujetos y colectivos coexistan en un espacio híbrido, según lo sugerido por Latour (1991).

Latour (1987) argumentó que el lenguaje actúa como mediador, conectando elementos materiales, sociales y discursivos en un continuo de transformación. Estos "casi-objetos" y "casi-sujetos", como los denomina, exponen la naturaleza mixta de las interacciones, al mismo tiempo reales y simbólicas. De esta manera, amplía la comprensión del lenguaje, destacando su autonomía en la mediación entre individuos y colectividades. Al trascender las dicotomías rígidas entre lo natural y lo social, el lenguaje moldea y refleja la realidad en la que opera, consolidándose como un eslabón dinámico en el comportamiento humano, vital para la realización de acciones compartidas (Maynard & Turowetz, 2012).

La investigación sobre la interacción social destaca la naturaleza colaborativa del lenguaje. Pickering y Garrod (2021) señalan que la comunicación emerge de un "espacio de trabajo compartido", en el cual los interlocutores ajustan mutuamente sus comprensiones. La interdependencia entre lenguaje y sociedad, donde elementos históricos, culturales y situacionales orientan los intercambios e interpretaciones. Así, las palabras adquieren significados no solo por su estructura intrínseca, sino también por su función interaccional.

Según Gonçalves (1999), esta función comunicativa del lenguaje se manifiesta en las relaciones sociales, que constituyen la base de la estructura social. Tales relaciones pueden variar entre formales e informales, según el grado de proximidad y afecto entre los involucrados. Para Pickering y Garrod (2021), formalmente, en el trabajo o en instituciones públicas, las interacciones tienden a ser más impersonales, mientras que las relaciones informales, como las familiares y de amistad, se caracterizan por la afectividad y la durabilidad. Ambas son indispensables para la construcción de una sociedad funcional y cohesionada. Sin embargo, las desigualdades sociales moldeadas por factores históricos, culturales, políticos y económicos impactan la naturaleza de estas interacciones, especialmente entre individuos de diferentes clases sociales.

La socialización emerge como un proceso vital para el desarrollo humano, permitiendo la integración en grupos sociales. Esta integración resulta en asimilación e identificación, fundamentales para la evolución de las sociedades y los individuos. La ausencia de interacción social, por otro lado, puede generar problemas como depresión, aislamiento y prejuicios, perjudicando tanto el bienestar individual como la armonía social (Darmon, 2023).

Con el avance de la tecnología, las relaciones sociales se han extendido al entorno virtual, ampliando las posibilidades de interacción y conectando individuos globalmente. Las redes sociales digitales ofrecen nuevas formas de construir capital social, pero también presentan desafíos, como la superficialidad de las conexiones y el riesgo de aislamiento (Kushlev, Dwyer, & Dunn, 2019). Este escenario refleja las dinámicas sociales

contemporáneas, en las cuales el lenguaje, en sus múltiples espacios de interacción y transformación de las relaciones humanas (Maynard & Turowetz, 2012).

Hoy en día, las redes sociales influyen directamente en la socialización y el capital social. No solo sirven como plataformas de comunicación e interacción, sino que también posibilitan el desarrollo de lazos que fortalecen la cohesión social y la formación de identidad (Носков & Кильдюшкин, 2024).

El impacto de las redes sociales trasciende áreas específicas de la vida cotidiana, configurándose como un fenómeno que influye profundamente en la psicología individual, los patrones de comunicación, las relaciones intergeneracionales y las dinámicas políticas. La multiplicidad de efectos exige un análisis exhaustivo que contemple tanto las transformaciones contemporáneas como el desarrollo histórico de las tecnologías de comunicación (Vasalou, Joinson, & Courvoisier, 2010).

La transposición progresiva de las interacciones presenciales a entornos digitales ha reestructurado los patrones comunicativos, redefiniendo la textura de las relaciones sociales. Como destacó Cornelissen (2023), las plataformas virtuales han ampliado exponencialmente el alcance de los intercambios simbólicos, permitiendo la convergencia plural y la democratización del acceso a contenidos informativos (Trippi, 2004).

Sin embargo, no se limitó a beneficios unidireccionales: la aceleración de las conexiones mediadas por tecnología generó interacciones caracterizadas por brevedad y fragmentación, al mismo tiempo que los entornos algorítmicos favorecieron la proliferación de narrativas polarizantes, como se analizó por Polyakova y Meserole (2019).

En el ámbito político, se observó una reingeniería en las dinámicas de diálogo entre instituciones y sociedad civil. Las redes sociales permitieron interfaces directas entre agentes políticos y ciudadanos, ampliando la participación en debates públicos y acelerando la circulación de ideologías. Sin embargo, como resaltan los mismos autores, la arquitectura de estos espacios digitales se mostró vulnerable a la instrumentalización mediante campañas de desinformación, que minaron consensos sociales e intensificaron antagonismos ideológicos. La dualidad entre el potencial democratizante y los riesgos de manipulación evidenció, así, la naturaleza ambivalente de estas tecnologías (Vasalou, Joinson, & Courvoisier, 2010).

Dempwolf y Lyles (2012) defendieron la adopción de modelos analíticos capaces de integrar dimensiones técnicas, culturales e institucionales. La comprensión del impacto sociopolítico de las redes exigiría, por lo tanto, examinar no solo efectos aislados, sino las interconexiones sistémicas entre transformaciones comunicativas, reconfiguraciones de poder y mutaciones identitarias. Rodrigues (2019) investigó cómo la intergeneracionalidad

propiciada por ambientes digitales facilitó el intercambio de valores culturales, aunque las diferencias en los repertorios comunicativos entre generaciones produjeron disonancias interpretativas, limitando la cohesión grupal.

La necesidad de superar análisis fragmentarios llevó a Linders (2012) a proponer coaliciones multisetoriales para enfrentar desafíos emergentes. Investigadores, gestores públicos y representantes de empresas tecnológicas colaboraron en la elaboración de protocolos para mitigar daños informacionales sin comprometer las libertades civiles. Tales iniciativas se basaron en el supuesto de que la pluralidad de perspectivas enriquece la formulación de políticas adaptadas de las mediaciones digitales.

Bajo el marco teórico de la sociología de la comunicación, De Rosa (2024) exploró cómo los procesos comunicativos actúan como cimientos en la construcción de realidades sociales. Su investigación se centró en las redes en la cristalización colectiva, demostrando que la repetición de narrativas en ecosistemas digitales contribuyó a la normalización de comportamientos y a la reificación de jerarquías simbólicas. Dichos mecanismos, según la autora, no solo reflejaron dinámicas sociales preexistentes, sino que las rearticularon en nuevas bases materiales y temporales.

La interacción social es otro aspecto fundamental, analizando las redes de comunicación y sus influencias sobre los patrones de interacción entre individuos y grupos. La identidad social, por su parte, se ve como un proceso en constante construcción, influenciado por interacciones y representaciones mediadas (Hjarvard, 2012).

Aspectos como poder y control también son centrales, abordando cómo las comunicaciones moldean estructuras de dominación, hegemonía cultural y control social. Además, el análisis de los medios y tecnologías comunicacionales explora sus implicaciones en la formación de la opinión pública, en la construcción de narrativas y en las transformaciones en las interacciones sociales contemporáneas (Dutta, 2011).

El impacto de las redes sociales sobre las interacciones sociales, analizado desde la óptica sociológica de la comunicación, revela transformaciones profundas en los patrones de relación. Las interacciones mediadas por redes sociales se caracterizan por frecuencia y accesibilidad, alterando la forma en que los individuos construyen y mantienen vínculos (Perez, 2019).

La identidad digital emerge como un fenómeno peculiar, constituida por la manera en que los individuos se presentan e interactúan en las plataformas. Las comunidades y grupos en línea, por su parte, amplían las redes sociales e influyen en las dinámicas de interacción de intereses compartidos (Santos & Cypriano, 2014).

El poder de las redes sociales en moldear opiniones y comportamientos es innegable, influyendo en decisiones y valores. Sin embargo, sus efectos sobre la salud social y mental también suscitan preocupaciones, dado el impacto de cuestiones como comparaciones sociales, presiones y ciberacoso sobre el bienestar de los individuos (He, 2023).

Sociológicamente, posibilita un análisis estructurado y simbólico, promoviendo una comprensión integral de las dinámicas sociales mediadas tecnológicamente, así como de las implicaciones sobre las interacciones humanas y la organización social en una escala más amplia. No obstante, al reflexionar sobre las redes sociales a través del prisma de instituciones totales, se observa cómo estos espacios crean una dinámica de control y aislamiento (Fine, 2012). Las redes sociales, con sus posiciones y mecanismos de control, operan de manera similar a estas instituciones, generando un ambiente de exclusión para aquellos que no se ajustan a las normas condicionales (Andreenkova; Oleshkova, 2024). Este control no se limita únicamente a un aislamiento social, sino que también crea patrones de comportamiento que moldean las interacciones dentro de estas redes.

Las redes sociales influyen directamente en el capital social, afectando el acceso a recursos y oportunidades, especialmente para los emprendedores sociales. La multiplicidad de conexiones, mediada por lazos fuertes y débiles, fomenta la colaboración para la transformación social (Kilimnik; Santos Neto & Reis, 2015).

Sin embargo, la ambigüedad de las redes sociales merece atención. Aunque favorecen el fortalecimiento de las interacciones y el acceso a recursos, también pueden reproducir desigualdades al excluir a aquellos que no pueden establecer relaciones recíprocas. La dualidad revela las redes, que funcionan tanto como facilitadoras como barreras para la integración y el desarrollo social (Recuero, 2012).

La sociología de las relaciones sociales propuesta por Max Weber (1968) observó los comportamientos humanos, analizando las interacciones entre acciones individuales, culturales y estructuras económicas. Weber (1968) conceptualizó las acciones sociales como el núcleo de su análisis, enfatizando que la socialidad de una acción deriva de la consideración del comportamiento ajeno por parte del agente. En *Economía y Sociedad*, definió las relaciones sociales como interacciones entre múltiples actores, cuyas acciones son guiadas por expectativas y significados atribuidos recíprocamente, constituyendo un curso de acción cargado de sentido (Brotherhood, 2024).

Para Weber (1968), los tipos ideales no son específicos de la realidad, sino construcciones teóricas que sirven para destacar características dominantes de ciertas cualidades, facilitando su análisis comparativo. En su metodología, Weber (1968) se opuso al

positivismo de la época, en la que la comprensión (Verstehen) de las acciones sociales depende de la capacidad de entender los significados subjetivos que los individuos atribuyen a sus prácticas, un contraste directo con la objetividad de los enfoques positivistas.

Weber (1968) fue reconocido por su análisis sobre la interacción entre cultura y economía.En esta investigación seminal, el autor exploró cómo ciertas religiones, especialmente el protestantismo, influyeron en las actitudes económicas, generando comportamientos que influyeron en el desarrollo del capitalismo moderno. Weber (1968) evidenció que la ética protestante, marcada por la valorización del trabajo arduo, la disciplina y la ascetismo, estaba intrínsecamente asociada con el surgimiento y consolidación de las prácticas capitalistas.

Aunque la contribución de Weber (1968) fue original, su trabajo no está exento de críticas, especialmente en relación con su visión eurocéntrica. Su enfoque en el capitalismo occidental y las sociedades europeas ha sido cuestionado por estudiosos como Mignolo (2000), quien señaló las limitaciones de su teoría al no considerar específicamente la diversidad de las dinámicas sociales no occidentales. Por lo tanto, se argumenta la necesidad de ampliar o adaptar la visión weberiana para una comprensión más amplia de las relaciones socioeconómicas a escala global.

Para Weber (1968), la definición de relación social va más allá de la simple interacción entre dos individuos (diadismo)[3]. Aunque el análisis de la relación social frecuentemente involucra a dos actores, Weber (1968) admitió que las dinámicas de una relación pueden involucrar a múltiples participantes. La relación social, según él, ocurre siempre que las acciones de los individuos están orientadas por el comportamiento de los otros, y esta interdependencia forma el núcleo de la interacción social. Las interacciones varían desde pequeños grupos hasta dinámicas más amplias, en las cuales la estructura de influencia social, las prácticas y las acciones individuales están interconectadas.

Las interacciones sociales, según las teorías sociológicas clásicas y contemporáneas, revelan aspectos cruciales de las relaciones humanas y sus implicaciones para la estructura social. Max Weber (1968) y Karl Marx (2019) presentan visiones distintas, pero

[3] Niklas Luhmann (1995), sociólogo del Derecho, introdujo el concepto de diadismo en su teoría de los sistemas sociales, que propone que los sistemas sociales operan con base en códigos binarios, como "justo/injusto" en el Derecho. Estos códigos orientan la comunicación, que es la estructura fundamental de la sociedad, aunque sea un evento improbable. Luhmann (1995) analizó sistemas como la política, la economía y la religión, destacando que cada uno se reproduce a través de comunicaciones específicas.

complementarias. Weber (1968), con sus tipologías, analiza las relaciones comunales, asociativas, de conflicto y de intereses, destacando las emociones, intereses racionales y posiciones en el vínculo social. Incluso las relaciones comunales pueden incluir conflictos, estando moldeadas por normas y estructuras de poder.

Marx (2019) se centró en las condiciones materiales y la lucha de clases como fuerzas impulsoras de las transformaciones sociales. La alienación en el capitalismo reveló la ruptura entre los individuos y su trabajo, mientras que la globalización abrió caminos para una cooperación a escala mundial, aunque marcada por tensiones de clase. Ambas formulaciones teóricas convergieron en la constatación de que las interacciones sociales fueron estructuradas por normas, intereses y desigualdades, proporcionando un análisis amplio de las dinámicas que mantenían la cohesión y el avance de las sociedades.

Las teorías sociológicas de Florian Znaniecki (1940) y Max Weber (1968) compartieron la noción central de acción social y la figura del actor (o agente, según Znaniecki), fundamentadas en una orientación antipositivista que separó las ciencias humanas de las naturales. Influenciados por Dilthey (2018) y Rickert (1986), ambos rechazaron la concepción de que la cientificidad se limitara a los estándares de las ciencias naturales, priorizando la comprensión de las dinámicas sociales y culturales. Rickert (1986), al examinar la cientificidad de la historia, partió de la premisa de que una disciplina ya disponía de rigor científico, desvinculándola de la exigencia de legitimarse bajo parámetros naturalistas. Zalta (2012), por su parte, analizó el concepto de Wissenschaft, una visión alemana ampliada de ciencia que abarcó estudios sistemáticos en áreas como la teología y la literatura. Para Zalta (2012), la distinción de la ciencia frente a otras formas de conocimiento residió en la construcción y manejo de conceptos, organizados de manera sistemática y ajustados dinámicamente ante nuevos datos empíricos.

Znaniecki (1940) integró la acción social en un esquema teórico que valoró la interacción entre vivencias subjetivas individuales y valores culturales objetivos. Sostuvo que las acciones colectivas no se redujeron a la agregación de actos individuales, sino que surgieron como síntesis orientadas por valores y finalidades culturales compartidas, evidenciando la interdependencia entre la intención individual y los desdoblamientos colectivos. Así, tanto Rickert (1986) como Znaniecki (1940) afirmaron que la cientificidad en las ciencias humanas se encontraba en la formulación de conceptos y en la interpretación ordenada de la realidad social e histórica, trascendiendo el reduccionismo metodológico de las ciencias naturales.

Aunque reconoció que la acción grupal derivó de iniciativas individuales, Znaniecki (1940) defendió que el resultado colectivo no se limitó a la suma de estos actos. Su teoría, de carácter idealista, propuso que toda acción humana surgió de procesos mentales, generando efectos tangibles en el ámbito social. Al desarrollar esta idea, Znaniecki (1940) caracterizó a los grupos sociales como agentes dotados de intereses colectivos, capaces de realizar acciones independientes, guiados por objetivos y valores culturales comunes. La dinámica de los grupos, tal como se delineó, se manifestó de múltiples formas: desde actuaciones simultáneas de todos los miembros, pasando por acciones coordinadas con división de funciones, hasta iniciativas lideradas por representantes legitimados. Esta flexibilidad permitió entender cómo las acciones de pocos expresaron la voluntad colectiva, incluso sin la participación directa de todos. De este modo, la marca distintiva de un grupo social residió en su capacidad de actuar como una unidad cohesionada, superando la mera agregación de sus partes para constituir una voluntad colectiva integrada.

La teoría de la acción social abarcó también las transformaciones sufridas por los grupos en sus actuaciones (Ribeiro, 2000). En la búsqueda de fines colectivos, los grupos ajustaron sus estructuras internas, normas e incluso su composición, a los propósitos trazados. Este proceso continuo de adaptación aseguró que las acciones grupales se mantuvieran dinámicas y sensibles a los cambios contextuales. La dimensión temporal de este movimiento proyectó una orientación futura en las acciones de los grupos sociales, en el peso de las tareas colectivas y la búsqueda de ideales en la definición de sus trayectorias.

Paralelamente al énfasis en la acción social, Znaniecki (1940) trató de las relaciones sociales. Según su marco teórico, estas relaciones surgieron cuando dos o más individuos o grupos se involucraron en acciones recíprocas y dinámicas. Dichas interacciones se caracterizaron por la influencia mutua, en la cual cada participante actuó simultáneamente como agente y receptor de la acción. La reciprocidad constituyó el núcleo de las relaciones sociales, pues la interacción entre los sujetos no se configuró de manera aislada, sino como un flujo continuo e interdependiente. Znaniecki (1940) señaló condiciones específicas para la existencia de estas relaciones, como la regulación normativa de las acciones, un cierto grado de continuidad y una conexión recíproca entre los actos de individuos o grupos. Las normas que orientaron las interacciones aseguraron que las acciones de una parte estuvieran estructuradas, reconociendo las demandas y respuestas de la otra. La permanencia de estas relaciones, por su parte, estableció un marco dentro del cual individuos y grupos interactuaron de manera predecible (Roucek, 1962).

La sociología de la educación de Znaniecki (1940) enriqueció aún más su enfoque de las relaciones sociales. La distinción entre obligaciones – la conducta individual ajustada a las normas – y deberes – la creación de condiciones que viabilizaran el cumplimiento de las obligaciones – evidenció los aspectos estructurales de las relaciones sociales. El análisis refinado de la interacción social, centrado en deberes y expectativas normativas, proporcionó una comprensión más profunda de cómo los grupos e individuos manejaron sus roles en la sociedad (Habermas, 2002).

El concepto de "relación social" delineado por Znaniecki (1940) constituyó un fundamento central para el análisis de las conexiones entre las acciones individuales y estructuras más amplias, abarcando no solo los lazos entre individuos, sino también los efectos ejercidos por grupos e instituciones. En las interacciones sociales, la disponibilidad de recursos asumió un papel decisivo (Smith, 2024). Investigaciones recientes, como la realizada por Maák *et al.,* (2021) en el campo de la ecología del comportamiento, examinaron el comportamiento de las hormigas y verificaron que la escasez de recursos amplió las redes de interacción social, llevando a los individuos a involucrarse de manera más intensa en intercambios sociales.

Este patrón resonó en el campo educativo, donde la insuficiencia de recursos o de oportunidades de interacción limitó la posibilidad de que los estudiantes desarrollaran habilidades comunicativas y competencias sociales requeridas para el desempeño académico y profesional (Divaris *et al.,* 2008). Así, la presencia de recursos no solo delineó las interacciones sociales, sino que también se mostró como un elemento determinante para el progreso personal y el fortalecimiento institucional (Acemoglu & Robinson, 2008).

Las interacciones sociales igualmente se afirmaron como un eje estructurante para el funcionamiento de las instituciones socioculturales. En entornos organizacionales, la comunicación abierta y la colaboración entre los participantes propiciaron el logro de objetivos compartidos (Lehtonen, 2004). En el sector educativo, las instituciones que fomentaron una comunicación fluida y asociaciones cooperativas generaron espacios de aprendizaje más dinámicos e inclusivos. La habilidad de instituir y sostener tales interacciones sociales en el ámbito organizacional mostró una relación directa con su eficacia, destacando el valor de la interacción social para el éxito institucional (Kautz, Heckman, Diris, Ter Weel & Borghans, 2014).

Además, la interacción social se entrelazó de manera inseparable con el reconocimiento visual, un proceso cognitivo básico para las relaciones sociales. Investigaciones en el campo de la cognición social demostraron que el reconocimiento visual

de interacciones sociales superó el carácter de una habilidad pasiva, configurándose como un mecanismo automático que permitió a los individuos interpretar y responder a situaciones sociales con precisión. McMahon e Isik (2023) observaron que, al analizar interacciones, las personas discernían rápidamente relaciones de poder, simpatía o antagonismo, lo que ayudaba en la adaptación y comunicación en diversos espacios. La capacidad de interpretar interacciones visuales se consolidó como un componente estructural para la dinámica social y para la construcción de las normas que regían los vínculos interpersonales.

Las relaciones sociales se consolidaron como fundamento para el análisis de las dinámicas de las sociedades humanas, abarcando los lazos entre individuos y grupos, estructurados por normas, valores y configuraciones sociales. Karl Marx (2019) y Max Weber (1977) ofrecieron aportes fundamentales para la comprensión de estos vínculos, mientras que Florian Znaniecki (1940) enriqueció la discusión al centrar su atención en las manifestaciones de hostilidad y el peso de los valores compartidos. Cada autor, según su enfoque propio, desveló las formas en que las interacciones sociales se articularon con las fuerzas históricas, culturales y materiales que dieron forma a la trama de las sociedades humanas.

Marx (2019) situó las relaciones sociales de producción como la base sobre la cual toda la sociedad se erige. Distinguió entre fuerzas productivas y relaciones de producción, atribuyendo a estas últimas un papel determinante en las dinámicas sociales y políticas. Según Marx (2019), la clase dominante, poseedora de los medios de producción, ejerció una influencia ideológica sobre la sociedad, orientando la conciencia colectiva y moldeando las relaciones sociales en su beneficio. La explotación económica y la desigualdad social derivaron directamente de las relaciones de producción, que, a su vez, condicionaron todas las demás formas de interacción social. Así, Marx (2019) priorizó el materialismo de las relaciones sociales, en las cuales las condiciones económicas y la estructura de clases delinearon los patrones de sociabilidad.

Max Weber (1977), por otro lado, adoptó una orientación más subjetiva e interpretativa. En su teoría de la acción social, buscó captar los significados atribuidos por los individuos a sus acciones e interacciones, proponiendo un enfoque comprensivo que se alejó de la explicación económica defendida por Marx (2019), al concentrarse en las motivaciones y valores de los agentes sociales. Weber (1977) elaboró una tipología de las acciones sociales, clasificándolas en racionales, afectivas, tradicionales y valorativas.

Para Weber (1977), las relaciones sociales no se limitaron a las determinaciones materiales, sino que también se configuraron por la manera en que los individuos se relacionaron con el mundo y con los demás, guiados por los valores y sentidos que

atribuyeron a sus acciones (Fine, 1995). La sociología comprensiva de Weber (1977) señaló que el análisis de los comportamientos humanos requería considerar la subjetividad y la intencionalidad de los agentes sociales.

Florian Znaniecki (1940), por su parte, identificó cuatro formas de hostilidad en las relaciones sociales: la evitación, la aversión, la lucha hostil y la venganza. La evitación se caracterizó por la acción de esquivar el contacto con individuos o grupos considerados negativamente, sin que existiera la anticipación de un perjuicio inmediato. La aversión se manifestó en el rechazo activo de actitudes o valores ajenos, resultando en un distanciamiento emocional y social (Bonilla-Silva, 1997).

La lucha hostil se configuró como una oposición directa a las acciones del otro, mientras que la venganza emergió como respuesta a agravios anteriores, con la intención de desestructurar el sistema de valores del adversario. Znaniecki (1940) también examinó el antagonismo entre grupos, sobre todo en cuestiones étnico-culturales, como las relaciones intergrupales fueron moldeadas por la presencia o ausencia de valores compartidos.

Cada una de estas formulaciones teóricas reveló aspectos distintos de las relaciones sociales, evidenciando las maneras en que los individuos y los grupos se posicionaron frente a las estructuras materiales, las intenciones subjetivas y las tensiones interpersonales que marcaron la vida social. Marx (2019) destacó la primacía de las condiciones económicas, Weber (1977) mostró la relevancia de los significados atribuidos a las acciones, y Znaniecki (1940) detalló las dinámicas de hostilidad y cohesión que atravesaron los vínculos humanos. Juntas, tales enfoques delinearon un cuadro analítico que abarcó tanto los determinantes objetivos como las dimensiones subjetivas de las interacciones sociales.

En su análisis de antagonismos, Znaniecki (1940) observó que el comportamiento hostil puede ser tanto individual como colectivo. La relación entre un agente y un extraño puede basarse en la falta de valores comunes, lo que hace que la interacción sea difícil o incluso hostil. Sin embargo, cuando existe un sistema de valores compartidos, la dinámica es más cooperativa y menos conflictiva, lo que también sugiere que el antagonismo colectivo, aunque a menudo más espontáneo y menos reflexivo, puede tener una "justificación ética" para los participantes, dándole un carácter de legitimidad (Fine, 1995).

El análisis de Znaniecki sobre el antagonismo colectivo es particularmente relevante cuando se compara con las ideas de Marx (1919) y Weber (1977). Aunque Marx (1919) y Weber (1977) se enfocan principalmente en las interacciones sociales en términos de estructura económica o acción individual, Znaniecki (1940) amplió el concepto de relación social al considerar los aspectos culturales y emocionales que involucran la interacción entre

grupos, lo que también introduce la idea de agresión y expansión cultural, destacando que los conflictos entre naciones o grupos no son solo disputas materiales, sino también culturales, involucrando la protección o destrucción de sistemas de valores.

A pesar de sus beneficios, las interacciones sociales no siempre son fáciles ni exitosas. La dificultad para establecer una comunicación eficaz puede resultar en malentendidos, aislamiento social o incluso conflictos que perjudican el desarrollo tanto personal como organizacional. La falta de interacciones sociales, particularmente en ambientes de aprendizaje o trabajo, puede llevar al estrés, disminución de la productividad y aumento de la alienación (Nair & Vohra, 2010).

El impacto del aislamiento social es un desafío creciente, especialmente en un mundo cada vez más digitalizado, donde la comunicación cara a cara se vuelve más rara. El reconocimiento de estos desafíos es clave para desarrollar estrategias que promuevan ambientes más colaborativos y saludables (Hanna, 2010).

La presencia de normas sociales en las interacciones, según lo delineado por Znaniecki (1940), estructuró un conjunto de obligaciones que orientaron la conducta de los individuos dentro de un sistema más amplio. Cuando las normas no fueron observadas o reconocidas por los participantes, las interacciones se volvieron ineficaces o incluso dañinas. La imposición de sanciones, según lo sugerido por el autor, se configuró como un mecanismo para asegurar el cumplimiento de las obligaciones sociales, fortaleciendo la cohesión y la permanencia de las relaciones. Sin embargo, cuando las normas no fueron absorbidas internamente o cuando los individuos dejaron de admitir sus responsabilidades recíprocas, el vínculo social se debilitó, resultando en posibles desintegraciones de las relaciones (Almeida, 2010).

Marx (1919) afirmó que las relaciones sociales fueron forjadas por las fuerzas productivas y los modos de apropiación de los medios de producción, transformándose a medida que tales fuerzas se desarrollaron. La organización de los individuos en torno a la producción reflejó las condiciones materiales vigentes y alteró las relaciones sociales al generar nuevas formas de interacción.

Por su parte, Ferdinand Tönnies (2012) centró su atención en los aspectos psíquicos y afectivos, diferenciando entre "comunidad" (Gemeinschaft) y "sociedad" (Gesellschaft). La comunidad se definió por lazos orgánicos y espontáneos, típicos de los arreglos tradicionales, mientras que la sociedad se caracterizó por relaciones impersonales y orientadas por intereses individuales, predominantes en las configuraciones modernas.

La “sociedad” descrita por Tönnies (2012) reflejó las transformaciones materiales y productivas analizadas por Marx (1919), ya que el avance de las fuerzas productivas y la

alteración en los medios de producción impulsaron el paso de comunidades basadas en la proximidad a sociedades marcadas por la competencia y los acuerdos contractuales. De este modo, ambas formulaciones teóricas, a pesar de sus divergencias, coincidieron al revelar cómo las estructuras materiales y las dimensiones psíquicas modelaron las relaciones sociales.

Sin embargo, la dicotomía establecida por Tönnies (2012) recibió cuestionamientos, bajo el argumento de que redujo excesivamente la diversidad de las relaciones sociales. Autores posteriores propusieron un enfoque más sutil, que consideró la interpenetración de esferas sociales, como la autonomía individual y las dinámicas colectivas, en lugar de enmarcarlas en categorías rígidas.

El tono sentimental e idealizado de la Gemeinschaft, según Harry Cohen (1995), se reveló como un rasgo distintivo de la sociología humanística de Tönnies (2012). Su análisis de las relaciones humanas, centrado en la valorización de los sentimientos y la proximidad, se contrapuso a una lógica utilitarista, expresando una censura al individualismo y al alejamiento de la naturaleza humana que surgieron con la modernidad.

Tönnies (2012) se posicionó como una figura destacada de la sociología alemana, al lado deMax Weber (1977) y Georg Simmel (1995), insertando su obra en una crítica al capitalismo influenciada por el romanticismo. Sin embargo, tanto Tönnies como otros sociólogos de su época no vislumbraron una resolución simplista en el regreso a las formas comunitarias del pasado, reconociendo el capitalismo como una dinámica ineludible. Tal constatación otorgó a su visión un carácter “trágico”, marcado por la tensión irresoluble entre Gemeinschaft y Gesellschaft. Así, las relaciones sociales, en sus múltiples configuraciones, fueron comprendidas como el resultado de un entrelazamiento continuo entre condicionantes materiales, afectivos y normativos que atravesaron las sociedades humanas a lo largo de su historia.

La crítica de Tönnies (2012) a la modernidad es, en gran parte, moral y ética. Él veía la Gesellschaft como un distanciamiento de la esencia humana, representando la pérdida de lo que es natural para dar lugar a la artificialidad de las relaciones sociales. El propio concepto de Gemeinschaft, a menudo traducido como comunidad, no puede ser comprendido completamente por su traducción directa, ya que lleva en su esencia la idea de una conexión más profunda y orgánica, basada en lazos que trascienden los intereses materiales y utilitarios. La concepción de Tönnies (2012) demandó un análisis más refinado de la sociología, superando su traducción literal, para que se captaran plenamente las implicaciones de sus categorías. Su obra no se limitó a una mera antítesis entre comunidad y sociedad, sino que se

configuró como una reflexión más amplia acerca de las condiciones sociales y espirituales que delinearon las interacciones humanas en la modernidad.

Émile Durkheim (1999), por su parte, ofreció una contribución al examinar las formas de solidaridad que se manifestaron en distintos estadios del desarrollo social. Según Durkheim (1999), la solidaridad mecánica, predominante en las sociedades primitivas, dio paso a la solidaridad orgánica en las sociedades industriales más avanzadas, estructuradas por la división del trabajo. Esta transición reflejó un cambio estructural en las relaciones sociales, vinculando el avance del trabajo y la especialización con las modalidades de interacción social. La división del trabajo y la interdependencia entre individuos generaron una nueva forma de solidaridad, indispensable para el funcionamiento de las sociedades modernas (Silver, 1994).

La cuestión del aislamiento social también destacó, ya que la ausencia de interacciones sociales eficaces condujo a problemas como el estrés, la alienación y la reducción de la productividad. En ambientes de trabajo o educativos, la comunicación deficiente resultó en malentendidos o conflictos, comprometiendo el desarrollo tanto individual como colectivo. El aislamiento social, en un escenario cada vez más digitalizado, se configuró como un desafío ampliado, exigiendo estrategias que fomentaran interacciones más equilibradas y cooperativas, orientadas al bienestar colectivo (Weiss, 1975).

Las relaciones sociales se edificaron sobre un entrecruzamiento de factores que abarcaron desde las condiciones materiales de producción, según argumentó Marx (1919), hasta las interacciones cotidianas, analizadas por Tönnies (2012), Durkheim (1999) y Znaniecki (1940), pasando por las dinámicas cognitivas que posibilitaron la interpretación y adaptación a tales relaciones.

La interacción entre diferentes grupos sociales y las dinámicas de poder que de ahí emergieron también merecieron atención. Las relaciones entre grupos, como entre estados o categorías sociales distintas dentro de una misma sociedad, frecuentemente se caracterizaron por asimetrías. La formulación de Znaniecki (1940) sobre relaciones de dominación y subordinación esclareció cómo las interacciones entre grupos se configuraron de manera desigual, con un grupo imponiendo sus obligaciones sobre el otro.

La articulación entre sociología y psicología en Tönnies (2012) constituyó una contribución valiosa para el análisis de las transformaciones sociales y psicológicas. Su teoría de las Voluntades Humanas describió cómo las motivaciones individuales no se originaron de forma aislada, sino que fueron moldeadas por las interacciones sociales. Las voluntades individuales reflejaron, así, los patrones de sociabilidad y se modificaron conforme tales

formas de interacción social se transformaron, ya sea en el ámbito de la Gemeinschaft, ya sea en la Gesellschaft (Brancaleone, 2008).

Al entrelazar estas dos disciplinas, Tönnies (2012) evitó una visión estrecha de las acciones humanas, proponiendo un análisis que consideró simultáneamente los aspectos psicológicos y sociológicos de las motivaciones individuales, resultando en una comprensión más profunda de la dinámica social, en la que los individuos fueron vistos como influenciados tanto por la sociedad como por sus disposiciones psíquicas.

Tönnies (2012) encontró resonancia en autores como Max Weber (1977) y Talcott Parsons (1976), quienes igualmente abordaron las relaciones sociales desde ángulos distintos. Weber (1977), al priorizar la intencionalidad de las acciones y la racionalidad orientada a fines, se acercó a la propuesta de Tönnies (2012), ya que ambos investigaron cómo los individuos actuaban conforme a significados subjetivos y objetivos compartidos en la sociedad. Así, las relaciones sociales, en su totalidad, se revelaron como un campo de intersecciones entre estructuras materiales, disposiciones afectivas y procesos cognitivos que definieron la trayectoria de las sociedades humanas.

Por su parte, Parsons (1976) propuso una teoría sistémica que analiza las funciones sociales y los roles de los individuos en un sistema social, comparándolo con el funcionamiento de un organismo. Destacó la importancia de las normas y valores compartidos, al igual que Tönnies (2012), sugiriendo que las relaciones sociales están estructuradas por un conjunto de normas que guían los comportamientos individuales. Parsons (1976) trascendió el funcionalismo heredado de Durkheim (1983) al integrar la intencionalidad de las acciones humanas en el análisis del orden social, acercándose a Weber (1977) en el proceso de socialización y en la asimilación de valores y normas sociales por parte de los individuos.

El proceso sufrió la influencia de las instituciones, que consolidaron los patrones culturales y los roles sociales, orientando, en consecuencia, las elecciones y acciones de los individuos. Así, los individuos, aunque tuvieron un impacto en sus decisiones, no las realizaron de manera completamente independiente, pues tales elecciones fueron moldeadas por el aprendizaje y la incorporación de los patrones culturales y roles sociales inscritos en su formación.

Norbert Elias (1994) y Georg Simmel (1995) discurrieron sobre las dinámicas que estructuraron las interacciones entre individuos y grupos en la sociedad, desarrollando conceptos que se entrelazaron en sus arquitecturas teóricas. Simmel (1995) concibió la sociedad como un producto de las interacciones psíquicas entre individuos, emergiendo de

una red de acciones y reacciones que se desarrollaban en el cotidiano. Las interacciones constituyeron tanto el contenido como la forma de la vida social, evidenciando que el contacto y el intercambio de influencias mutuas se afirmaron como cimientos en la construcción de los lazos sociales.

Simmel (1995) entendió que los individuos se conectaban a través de la influencia recíproca que ejercían unos sobre otros, formando una red de interacciones sociales. La sociedad, en este sentido, resultó del entrelazamiento de estas acciones cotidianas, impulsadas por motivaciones e intereses diversos. Las relaciones sociales se establecieron con base en la reciprocidad, mediante la cual los individuos tejerían vínculos a partir de contactos interdependientes (Holmes, 2002).

Además, Simmel (1995) argumentó que la sociedad se originó de una trama de interacciones entre individuos, movidos por pasiones, deseos y otras motivaciones que componían los elementos de la vida social. Los intercambios continuos de influencias posibilitaron la formación social, siendo las formas y contenidos del tejido social derivados de impulsos como los eróticos, intereses objetivos e instintos religiosos, que pusieron a los individuos en interacción constante.

Aunque los conflictos marcaron las relaciones sociales, Simmel (1995) vio la disputa como un factor que enriqueció las dinámicas sociales, siempre y cuando se resolviera mediante consenso, lo que contribuyó al fortalecimiento de la conciencia colectiva. La interacción social se consolidó como el eje estructurante de la sociedad, sustentada por la reciprocidad de las acciones humanas, manifestadas y transformadas en un ámbito histórico y espacial específico. La disputa, en este marco, superó el antagonismo inmediato y asumió una función estructuradora, ya que estimuló la reorganización de las relaciones y favoreció la cohesión social a través de procesos de negociación y ajuste mutuo (Ilganayeva, 2022). Así, la teoría de Simmel (1995) posicionó la interacción como una actividad dinámica que reflejó los intercambios humanos en múltiples capas, configurando la propia sustancia de las estructuras sociales.

El concepto de sociación, central en la obra de Simmel (1995), se refería al proceso por el cual los individuos se relacionaban, dando forma a la sociedad a través de sus interacciones. La sociación expresó las relaciones de interés y motivación, variables según las circunstancias, pero siempre marcadas por una conexión entre los involucrados. La sociedad se delineó a partir de estas interacciones, sin que sus fronteras se fijaran rígidamente, siendo más bien fluidas y transitorias (Júnior, 2005). En la visión de Simmel (1995), las interacciones sociales abarcaron tanto la cooperación como el conflicto, dimensiones que

resultaron complementarias en la formación de las estructuras sociales. El conflicto, como manifestación relacional, se configuró como una forma de interacción que, al orientarse hacia soluciones o consensos, propició el desarrollo paralelo de la conciencia individual y colectiva de los agentes involucrados.

Lejos de limitarse a un fenómeno meramente destructivo, el conflicto asumió un papel estructurador al instigar ajustes en las relaciones y al favorecer reorganizaciones en los vínculos sociales (Pyyhtinen, 2010). En este sentido, en el esquema teórico de Simmel (1995), el conflicto superó su carácter antagónico inicial y se estableció como un mecanismo que fortaleció la cohesión y estabilidad societaria, promoviendo la transformación de las relaciones humanas en configuraciones más integradas y equilibradas. Simmel (1995) también destacó la cooperación como un pilar de las interacciones sociales, considerándola la base sobre la cual se erige el funcionamiento de la sociedad.

El concepto de Wechselwirkung (reciprocidad) demostró que la vida social se constituyó de interacciones cooperativas, en las que los individuos se influenciaban y se vinculaban mutuamente en procesos continuos (Pyyhtinen, 2010). Así, la sociedad, en su totalidad, se configuró como el resultado de esos intercambios recíprocos que estructuraron y sostuvieron la dinámica de las relaciones humanas.

La sociología relacional de Simmel coloca la cooperación en el centro de la realidad social, resaltando que las estructuras sociales emergen y se reorganizan constantemente a través de las relaciones interpersonales (Papilloud, 2017). Para él, la cooperación no solo organiza la sociedad, sino que también fortalece la conexión entre los individuos y el colectivo. El vínculo está en su "ley del individuo", que demuestra cómo la cultura y la vida personal se entrelazan y se enriquecen a través de interacciones cooperativas.

Aunque Simmel (1995) reconoció las tensiones en las relaciones sociales, su obra asignó a la cooperación una función primordial en el fortalecimiento de las dinámicas sociales. Los intercambios basados en la reciprocidad y el consenso refuerzan los lazos humanos y permiten la continuidad de las interacciones, evidenciando que la cooperación es el cimiento sobre el cual las estructuras sociales son construidas y transformadas.

Al comparar las teorías de Georg Simmel (1995) y Norbert Elias (1994), se evidencia una convergencia en sus concepciones sobre la sociedad como resultado de interacciones e interdependencias entre los individuos. Ambos autores reconocen que las relaciones sociales son el núcleo de las formaciones sociales, siendo moldeadas por intercambios continuos que configuran y reconfiguran los lazos entre los actores. Para Simmel (1995), una sociedad no se restringe a la formalización en instituciones, sino que está compuesta por interacciones fluidas

que, aunque no estén organizadas formalmente, sostienen el dinamismo y la estabilidad social. Pues la sociedad emerge de contactos múltiples y variables, cuyos intereses no siempre convergen, pero donde los individuos ajustan sus acciones conforme a las demandas de la sociedad.

De forma complementaria, Elias (1994) también comprende la sociedad como una red de interdependencias entre los individuos, enfatizando la relación intrínseca entre el "yo", el "nosotros" y el "ellos". La red de interacciones se revela en un proceso continuo de construcción y formación de vínculos sociales, reflejando las características y roles individuales en la formación de una integración integrada. El concepto de habitus, central en la teoría de Elias (1994), representó la internalización de esas relaciones sociales, demostrando cómo los individuos, al mismo tiempo que son formados por las estructuras sociales, también influyen y transforman.

El habitus, según Elias (1994), representó la forma en que los individuos absorben las influencias de su entorno social. Utilizando la metáfora de la danza en grupo, ilustra que cada movimiento de un bailarín está en sincronía con los demás; si un participante altera sus movimientos, esto impacta el conjunto. El comportamiento del individuo está, por lo tanto, condicionado por las relaciones sociales en las que se inserta, incluso cuando está físicamente aislado.

Norbert Elias (1994) trascendió las dicotomías tradicionales entre individuo y sociedad al tratar tales categorías como procesos interdependientes, en interacción constante y transformación mutua. En sus análisis, particularmente en obras como *La sociedad de los individuos* (1994) y *La sociedad cortesana* (1991), Elias (1991) demostró cómo las interacciones sociales, a lo largo del tiempo, moldean tanto los comportamientos como las identidades individuales, en situaciones histórico-culturales en las que se insertan (Koury, 2013). El concepto de habitus, central en su teoría, emerge de esta red de interdependencias, reflejando las configuraciones sociales, dinámicas que estructuran las disposiciones y prácticas de los individuos (Ferreira, 2019).

En el diálogo con Pierre Bourdieu (2006), el habitus asume un significado igualmente relevante, pero con matices teóricos específicos. Para Bourdieu (1983), se concibe como un sistema de disposiciones restringidas, profundamente influenciado por las posiciones sociales ocupadas en los "campos", espacios donde se abren disputas por poder, prestigio y acumulación de capitales económicos, sociales y culturales (Setton, 2002). Este sistema refleja tanto las condiciones materiales como las simbólicas de existencia, operando como un

mecanismo de reproducción social al expresar preferencias, gustos y modos de actuar que perpetúan las estructuras de poder (Barthelemy, 1988).

Para Simmel (1995), la sociedad constituyó un proceso dinámico y fluido, en el que las interacciones entre los individuos se forman, disuelven y reformulan continuamente. En este movimiento incesante, la interacción humana se configura como el fundamento de la construcción social, permitiendo que el tejido social se reinvente continuamente mientras refleja las múltiples dimensiones de la experiencia humana.

El análisis de Georg Simmel (1995) sobre la sociedad resalta la dinámica de las relaciones de interdependencia, formadas y transformadas por las acciones de los individuos en interacción. Estas relaciones, al constituirse como procesos fluidos y cambiantes, permiten una redefinición constante de las fronteras sociales, que se ajustan a las necesidades, motivaciones e intereses de los actores sociales involucrados. Simmel (1995) enfatizó que la individualidad no puede comprenderse de forma aislada, sino solo dentro de una sociedad que le da significado y forma (Berti, 2023).

En el desarrollo de su sociología formal, Simmel (1995) propuso la separación entre forma y contenido como un principio analítico fundamental. Mientras que las formas representan patrones abstractos y recurrentes de las interacciones sociales, los contenidos se refieren a los elementos concretos y empíricos que motivan estas interacciones. Para Simmel (1995), la sociología formal debe concentrarse en las estructuras y configuraciones puras de la interacción, abstraiéndose de las particularidades históricas y culturales.

La noción de *sociación*, central en su teoría, describió el proceso por el cual los individuos establecen intercambios de acciones, influencias y significados, construyendo vínculos que estructuran la sociedad. La *sociación* se distingue entre forma y contenido: mientras que el contenido se refiere a elementos intrínsecos e históricos que motivan las interacciones, como intereses o deseos, las formas específicas de patrones organizacionales que hacen posibles estas interacciones. Así, el contenido de la *sociación* abarca todo lo que existe en los individuos, capaz de generar efectos sobre los demás, mediando sus relaciones e impulsando la construcción social (Brandão, 2001).

Para Simmel (1995), la sociedad emerge, por lo tanto, como un proceso dinámico, continuamente constituido a través de cooperación, colaboración e intercambios entre los individuos. La complementariedad entre historia y sociología es central en su pensamiento, en la medida en que ambas se ocupan de dimensiones específicas, pero interrelacionadas, del mismo fenómeno: la emergencia de las formas sociales a partir de los impulsos e intereses individuales (Ferreira & Fonseca, 2024).

Vandenberghe (2007) destacó que Simmel (1995) creía que la interacción entre individuos no es suficiente por sí sola; es necesario que esta interacción cree una unidad social. Simmel (1995) observó que, al actuar en cooperación o conflicto, los intereses individuales moldean las formas sociales y aseguran que el individuo no manifieste su singularidad de manera ilimitada.

Simmel (1995) argumentó que las interacciones sociales no siempre implicaban convergencia de intereses entre los involucrados, sino que configuraban un proceso sonoro y continuo que caracterizaba la existencia colectiva. El aspecto social de la vida humana, para él, involucraba ser con, para y contra los otros, en un ciclo incesante de acciones y respuestas que moldeaban las configuraciones societarias, al mismo tiempo que revelaba su naturaleza contradictoria y ambivalente (Orenstein, 2012).

Elias (1994) reforzó esta visión al enfatizar que una sociedad está compuesta por individuos interdependientes, cuya libertad está limitada por las estructuras históricas y sociales en las que están insertos. La interdependencia, según Elias (2001), es fundamental para comprender la dinámica social, ya que la sociedad y los individuos no existen de forma aislada, sino que se relacionan mutuamente. En su análisis de las redes sociales, Elias (1994) destacó cómo estas estructuras conectaban a las personas en un sistema de dependencias funcionales, formando familias, comunidades y naciones.

El control social y el autocontrol eran elementos que conectaban a los individuos con redes más amplias, permitiendo la formación de grupos y la organización social en flujos continuos de interacción (Elias, 2001). Los procesos sociales no tienen fronteras, sino que se expanden e interconectan a diversas escalas, uniendo individuos e instituciones en la realización de objetivos comunes (McCarthy & Zald, 1977).

Pierre Bourdieu (1983) complementó los análisis sociológicos del concepto de capital, comprendido como una fuerza social acumulada históricamente, que regula las prácticas sociales y refleja la estructura del mundo social en momentos específicos. Aunque inspirado en la teoría marxista, Bourdieu (2006) desarrolló una perspectiva original, vinculando el capital a la historicidad de los agentes y a la dinámica de los campos sociales. El capital se manifiesta en formas objetivadas, internas e institucionalizadas, acumulándose a lo largo del tiempo y funcionando como un mecanismo de reproducción social.

La cantidad y la distribución de los diferentes tipos de capital determinan las posibilidades de acción de los agentes, regulando qué prácticas se vuelven más probables o improbables (Peters, 2006). Así, el capital, al mismo tiempo que expresa la historia colectiva e individual, opera como una fuerza invisible que moldea el campo social (Kingston, 2001).

La concepción de capital propuesta por Bourdieu (2006) trascendió el ámbito económico al incluir cualquier recurso que funcione como inversión social, generando retornos en forma de poder, prestigio o legitimidad. Bourdieu (2006) identificó cuatro tipos principales de capital: económico, cultural, social y simbólico. El capital económico se refiere a bienes materiales y financieros, así como a los atributos relacionados con la posesión de recursos.

El capital cultural abarca conocimientos, habilidades, títulos académicos y bienes culturales adquiridos a través de la socialización y la educación. El capital social se refiere a las redes de relaciones que facilitan el acceso a otros recursos, mientras que el capital simbólico consiste en el reconocimiento y la legitimidad social conferidos a las demás formas de capital, promoviendo prestigio y poder a los agentes (Lin, 200).

El concepto de habitus, central en la teoría de Bourdieu (2006), se describe como un sistema de esquemas de evaluación y acción, formado por un proceso inconsciente de interiorización. Esta interiorización, ocurrida predominantemente durante la infancia y las primeras fases de socialización, se traduce como condiciones materiales y simbólicas de una clase social en esquemas definidos que orientan el comportamiento. Definido como "interiorización de la exterioridad", el habitus refleja las estructuras sociales externas, transformándolas en disposiciones proporcionales y prácticas corporales o cognitivas que los individuos reproducen de manera irreflexiva. Paralelamente, el proceso de "exteriorización del interior" asegura la reproducción de las estructuras objetivas, otorgándoles legitimidad y continuidad (Lin, 2002).

La diversidad de los hábitos está estrechamente relacionada con las variaciones en las condiciones de existencia de los agentes sociales, siendo la clase social uno de los principales indicadores de estas distinciones. Así, el habitus expresa la incorporación de las experiencias sociales vividas, convirtiéndose en un mecanismo que no solo orienta las acciones individuales, sino que también reproduce las estructuras sociales en las que los agentes están inmersos (Lahire, 1999). El capital y el habitus forman, en la teoría de Bourdieu (2006), un marco teórico que explica cómo los agentes interactúan en los campos sociales, reflejando y reproduciendo las desigualdades de poder, recursos y legitimidad que estructuran el mundo social.

Los habitus, como configuraciones sistemáticas de disposiciones, reflejan de manera integral las distintas condiciones de existencia (Archer, 2009). La violencia simbólica surge como un concepto que rescata la idea renacentista del servicio voluntario, revelando cómo los dominados colaboran, muchas veces, con su propia subordinación, ya sea a través de la

educación o del propio habitus. Tal dinámica puede demostrarse a la luz de la noción contemporánea de soft power, que describe los mecanismos por los cuales los centros de poder orientan las preferencias de los dominados hacia sus propios intereses (Samuel, 2013).

Según Bourdieu y Passeron (2006), todo ejercicio de violencia simbólica se sustenta en una legitimidad que deriva de las relaciones de fuerza inherentes a la estructura social. El habitus, al movilizar las condiciones primordiales de existencia, orientaba la acción social mediante un esquema inconsciente que delineaba el horizonte de lo posible y lo imposible. Las condiciones objetivas se manifestaban en la psique individual a través de aspiraciones y expectativas moldeadas de manera irreflexiva a las oportunidades concretas proporcionadas por el ambiente social.

El agente social, inmerso en su habitus, vivía el presente anticipando el futuro con base en las experiencias acumuladas en el pasado. Sin embargo, la concepción bourdieusiana del habitus no implicaba una mecánica rígida de la acción ni una reproducción automática de comportamientos. Lejos de un determinismo conductual, el habitus generaba un sentido práctico, orientando a los agentes hacia determinadas conductas sin, no obstante, someterlos a comandos estrictamente preestablecidos. Las prácticas sociales, así, tendían a obedecer una lógica interna que les otorgaba la apariencia de una exigencia moral, según lo observado por Dubet (1996).

La teoría de los campos constituye una dimensión fundamental en la obra de Bourdieu (2006). El campo, en este sentido, se comprendía como una red de relaciones estructurada a partir de la distribución diferenciada de capitales económico, social y cultural. Aunque las fronteras entre los campos se presentaran permeables, cada uno operaba según reglas específicas que definían la dinámica de las disputas internas. Los agentes, insertos en estos espacios, competían por la acumulación y monopolización de los capitales disponibles, buscando ampliar sus posiciones en el juego social y reinvertir los recursos adquiridos de acuerdo con los principios establecidos por el campo en el que actuaban.

La intersección de las ideas de Norbert Elias (1994) y Pierre Bourdieu (2004) sobre el concepto de habitus propicia reflexiones profundas sobre la naturaleza social del comportamiento humano. Aunque ambas forman parte, sus enfoques convergen en el análisis de cómo las disposiciones sociales se forman y se perpetúan a lo largo del tiempo. Elias (1994) enfatizó las transformaciones lentas y continuas del comportamiento social, tratando al habitus como una construcción histórica consolidada en las prácticas cotidianas. Por su parte, Bourdieu (2006) complementa esta visión al abordar la dominación simbólica, destacando la interrelación entre las estructuras sociales y las prácticas individuales.

Los conceptos de habitus, nomus e identidad se entrelazan, constituyendo una base teórica que integra opiniones y consensos sociales. La concepción de habitus como reflejo de la socialización, sin que se internalicen normas y disposiciones, evidencia la interconexión entre el individuo y la sociedad. Ambos sociólogos mostraron la historicidad del habitus, confirmando que las disposiciones sociales no son inmutables, sino maleables, adaptándose a las situaciones sociales (Setton, 2002).

En cuanto a la dinámica del poder, Elias (1994) y Bourdieu (2006) comparten una visión de que el poder no es una característica individual, sino una propiedad de las relaciones sociales. El poder, así, se dispersa y se manifiesta en las interacciones sociales, reflejando una postura estructural que se fundamenta en las posiciones ocupadas por los individuos. Las relaciones de dominación, por lo tanto, son construcciones sociales que, muchas veces, se presentan como naturales, ocultando su naturaleza arbitraria.

La comprensión del habitus como un sistema que regula la acción social lleva a la aprehensión de la interacción humana. Elias (1994) observó que la conciencia del tiempo y la construcción de normas sociales son elementos constitutivos del habitus, mientras que Bourdieu (1983) destacó el carácter generador y organizador del habitus en las prácticas sociales. Ambos autores recurren a metáforas que ilustran la idea de un orden social autoproducido, donde los individuos, sin una cooperación explícita, actúan en consonancia dentro de un sistema (Farnell, 2000).

La similitud en los análisis de Elias (1994) y Bourdieu (1983) se extendió a la manera en que me acerque los costumbres y sus implicaciones sociales. Para Bourdieu (2006), el traje asume el carácter de una ley oculta, mientras que Elias (2001) enfatizó que los símbolos sociales son como orientadores y vehículos de conocimiento. Los símbolos no son solo representaciones abstractas, sino elementos sonoros que influyen en la comunicación y la formación de las identidades individuales y colectivas. Sirven como guías que estructuran comportamientos y normalizan interacciones, permitiendo la transmisión de valores, relevantes y sabidos a lo largo del tiempo.

La relación entre habitus e individualidad constituye otro punto de convergencia. Elias (1994) argumentó que una individualidad emerge del habitus social, reflejando la capacidad del individuo de adaptarse y diferenciarse dentro de una realidad común. Bourdieu (20016), por su parte, observa que las disposiciones adquiridas en la sociedad, moldean la singularidad del individuo, la interdependencia entre estructura y acción.

El carácter histórico y social del habitus, según lo planeado por ambos, indica que la adaptación al mundo social implica un proceso de control que puede ser conflictivo y tenso.

Las reflexiones sobre autocontrol y conformidad social evidencian las dificultades que enfrentan los individuos al ajustarse a las expectativas sociales, destacando la tensión entre los deseos personales y las normas colectivas (Lin, 2002).

Castells (2009) argumentó que, aunque las redes sociales se asocian frecuentemente con la contemporaneidad, su existencia remonta a períodos anteriores, cuando las interacciones humanas ya se organizaban en redes delimitadas por las tecnologías de transporte. Las redes, al mismo tiempo que estructuras comunicativas, proporcionan flexibilidad en las interacciones y posibilitan adaptaciones al entorno social, así como la circulación de información y conocimientos dentro de diferentes sociedades.

La evolución de las redes sociales, especialmente las tecnologías de comunicación e internet, ocasionó transformaciones significativas en la forma en que los individuos se organizan, interactúan y se relacionan. Hume (1983) permitió la ampliación del concepto de redes sociales como una construcción de lazos de intereses, donde la simpatía parcial se revela como un elemento fundamental. La complejidad de las relaciones sociales, en las cuales las motivaciones individuales son moduladas por los vínculos interpersonales.

En una esfera más amplia, Marteleto (2001) observó que el concepto de redes sociales es tributario de un conflicto entre diferentes corrientes de las ciencias sociales, que segmentan los análisis en pares dicotómicos, como individuo y sociedad, actor y estructura, además de enfoques micro y macro. Tal división evidencia la tensión existente entre enfoques que buscan explicar la sociedad desde diferentes niveles de análisis, ya sea en el plano individual o colectivo.

Castells (1999) presentó una definición fundamental de redes sociales, comprendiéndolas como un conjunto de nodos interconectados, cuya expansión está limitada siempre que haya comunicación. Para Castells (1999), la red es una estructura abierta y dinámica, susceptible de adaptación y expansión, en la cual cada uno representa un punto de intersección entre múltiples flujos de información. La concepción de red social converge con la idea de que la comunicación, facilitada por las nuevas tecnologías, posibilita la formación de redes que trascienden barreras físicas y geográficas, generando nuevas formas de interacción social. La noción de que las redes sociales son abiertas y expansibles, incorporando nuevos nodos, refleja la realidad de las comunidades virtuales, que emergen como reflejos de esta dinámica comunicacional.

De acuerdo con Costa (2005), las redes sociales ampliaron el concepto de comunidad a medida que la comunicación evolucionó. El fenómeno fue impulsado por la multiplicación de las herramientas de comunicación móvil, que se integraron a los medios tradicionales,

generando espacios virtuales de interacción social. Las comunidades virtuales resultantes de este proceso evidencian cómo las tecnologías de comunicación pueden alterar las relaciones sociales, proporcionando nuevas formas de organización y expresión. La relevancia de las redes radica en el hecho de que promueven nuevas maneras de organizar y compartir información, contribuyendo a la construcción de lazos sociales en un entorno donde las fronteras entre lo real y lo virtual se vuelven cada vez más difusas.

Las redes sociales, según lo analizado por Castells (1999), implicaron una reconfiguración de las estructuras sociales tradicionales, con la tecnología de la información como elemento central para la expansión de las redes en toda la sociedad. Las redes sociales, mientras estructuras comunicativas, promueven una reconfiguración del poder y de la cultura, alterando ventajosamente los procesos productivos y la dinámica social. La lógica de redes, al crear mecanismos que moldean intereses sociales específicos, permite el ejercicio del poder a través de los flujos de información, configurando un nuevo paradigma social fundamentado en la interconectividad. La tecnología se revela como un elemento determinante, proporcionando los medios necesarios para que las redes sociales se expandan e influyan en todos los aspectos de la vida social.

La formación y el desarrollo de las redes sociales están condicionados por factores económicos, culturales, informacionales e institucionales, los cuales establecen las condiciones propicias para la formación de conexiones e interacciones entre individuos y grupos sociales. Machado (2009) identifica tres factores principales en la constitución de estas redes: las personas, las ideas y los proyectos. La atracción por una figura carismática o el interés en un campo de conocimiento específico puede funcionar como motivadores para la formación de redes (Castells, 1999).

El intercambio de ideas e intereses también es un elemento que impulsa la creación de grupos específicos para temas comunes. Los proyectos, comprendidos como emprendimientos temporales con objetivos específicos, relevantes para la formación y el fortalecimiento de las redes sociales, promoviendo el crecimiento personal, profesional o educacional de los participantes (Marteleto, 2001).

Al expandir su enfoque con el modelo de la "interacción en el escenario", Goffman (1983) recurrió a la metáfora del actor y su público. Aunque la escena involucraba a múltiples participantes, la relación se condensó en el intercambio entre dos polos: el actor y quien lo observaba. Tal modelo permitió el análisis no solo de las relaciones entre individuos, sino también entre equipos, concebidos como grupos que colaboraron en la representación de una situación específica. Goffman (1983), sin embargo, rechazó la idea de que las estructuras

sociales más amplias se explicaran únicamente por las interacciones cara a cara, defendiendo que, a pesar de una conexión entre las prácticas interactivas y tales estructuras, el acoplamiento entre ellas permaneció flojo.

Bernard Conein (2012) traz un mapa de las interpretaciones de las tesis de Goffman (1983) y su evolución. Los análisis iniciales de *Interaction Ritual* (2017) vinculaban la preservación del prestigio a la noción de territorio personal, ubicándose en un dominio que, a primera vista, parecía normativo. Las reflexiones posteriores de Goffman (1983) sobre los procesos de reparación, como las disculpas, demostraron, sin embargo, que la dinámica interactiva no se redujo a una mera elaboración conversacional, como propusieron Schegloff (1988) y los analistas de la conversación. Goffman (2017) defendió que la lectura normativa de las reglas sociales tenía una dimensión moral, sin embargo, sin fijarlas como inmutables. Para Goffman (1983), los individuos aceptaron tácitamente las normas institucionales sin que ello significara adhesión a su legitimidad ni ausencia de intentos por transformarlas.

Para Goffman (2017), el orden "moral" de las interacciones se distinguió del orden normativo institucional, al no basarse en autoridades formales, lo que dio lugar a un margen de indeterminación en las normas evocadas. Este enfoque reveló que los procesos de reparación descritos por Goffman (1983) no se subordinaban necesariamente a la intervención de terceros institucionalizados. En situaciones como juegos cooperativos o estrategias interpersonales, las posturas de los participantes cambiaban según la posibilidad de ser observados, aunque sin la presencia directa de un observador definido. Esto indicó que los rituales de reparación se vinculaban menos a figuras específicas y más a expectativas y normas sociales reconocidas por los propios involucrados.

Aunque Goffman (2017) utilizó el término "reglas" en sus análisis, no las colocó en el centro de su teoría, privilegiando conceptos como "ritual", "papel" e "interacción". Reconoció, sin embargo, que las reglas de conducta operaban en dos niveles: directamente, como obligaciones morales de comportamiento, e indirectamente, como anticipaciones de la acción ajena en relación con alguien. Tal concepción sugirió que las reglas no se establecieron como cimientos inflexibles, sino como condiciones maleables, ajustadas a las circunstancias de las interacciones.

El problema señalado por Wittgenstein (1995) sobre las reglas: la interminable búsqueda de una regla que se aplique en una situación específica. Las interacciones y reparaciones, las reglas no determinan todas las condiciones de conducta; funcionan más como orientaciones que permiten a los participantes atribuir significados sociales a sus

acciones, como, por ejemplo, interpretar una disculpa como un intento de restaurar la interacción.

Aunque el análisis de Goffman (2017) ha sido criticado por investigadores del análisis de conversación, como Sacks, Schegloff y Jefferson (2003), por su referencia implícita a las reglas, ofrece una contribución importante para comprender la dinámica interactiva. La búsqueda de reglas no debe entenderse de manera estricta y normativa, sino como una orientación interpretativa que permite a los participantes y analistas comprender las variaciones en las interacciones, incluidos aspectos como la alternancia de turnos de habla.

Estos turnos vistos en el estudio de Sacks, Schegloff y Jefferson (2003), que no siempre ocurren de manera lineal, pueden requerir justificaciones cuando un interlocutor prolonga su turno de habla, lo que puede generar efectos interactivos específicos. El análisis de las conversaciones debe, por lo tanto, tener en cuenta tanto la regularidad en la alternancia de turnos como las variaciones, como las situaciones en las que un interlocutor desafía el marcador de cambio de dirección. El estudio de las dinámicas permite comprender las reglas implícitas de la interacción y cómo los participantes mantienen las interacciones y atribuyen significados sociales a sus comportamientos.

Marteleto (2001) señaló que, en las redes sociales, hay una creciente valoración de los lazos informales en detrimento de las estructuras jerárquicas tradicionales. Tal observación refleja una transformación en el panorama organizacional de las instituciones contemporáneas, en el que el trabajo informal en red surge como una forma predominante de organización, ampliando la flexibilidad y la capacidad de adaptación a las demandas de los individuos.

Las redes sociales ofrecen una lógica de organización que trasciende los modelos rígidos de estructura, facilitando nuevos arreglos que permiten una interacción más fluida y dinámica entre los miembros. Las interacciones que se establecen dentro de estas redes, aunque de carácter informal, tienen poder de decisión en diferentes niveles, tanto macro como micro, actuando como participaciones entre esferas específicas de la sociedad, como el Estado y otras entidades representativas (Sacks, Schegloff & Jefferson, 2003).

Recuero (2012) contribuyó a la comprensión de las redes sociales, particularmente en el mundo digital, al destacar tres elementos fundamentales: estructura, organización y dinámica. La estructura social, según el autor, no debe verse como una simple combinación de elementos, sino como una "intención globalizante", donde las partes están entrelazadas en un patrón que se manifiesta en las acciones sociales. La estructura social, por lo tanto, está caracterizada por regularidades en las acciones sociales, que se repiten a partir de

determinadas normas, creando un estado de equilibrio en las relaciones dentro de una sociedad. La organización, en los sistemas biológicos, se refiere a la configuración de las relaciones entre los componentes del sistema, configurando las características de su constitución.

La dinámica de la red social, por su parte, surge como un aspecto fundamental para comprender, especialmente cuando se trata de redes sociales digitales. La dinámica de la red es el proceso que posibilita su evolución, cohesión o incluso fragmentación, reflejando procesos de adaptación, conflicto y competencia. De este modo, las redes sociales no pueden ser evaluadas solo bajo la óptica de su estructura y organización, siendo imprescindible atender los procesos dinámicos que las configuran, como las transformaciones y los conflictos internos (Amaral, 2016).

Una interacción social en el ciberespacio, mediada por tecnologías computacionales, representa una forma de comunicación única y diferenciada. Aunque la aplicación directa de los modelos de la ciencia de redes a los sistemas sociales constituye un desafío, permite un análisis de las relaciones sociales que considera las interacciones digitales, que pueden dar lugar a procesos de cooperación, competencia e incluso conflictos. El estudio de las redes sociales en internet revela cómo las interacciones en línea están moldeando los procesos sociales, generando impactos significativos en la cooperación y el comportamiento colectivo de los individuos (Corrêa, 2015).

La teoría de Oldenburg, revisada por Recuero (1998), identifica tres tipos de lugares fundamentales para la formación de lazos sociales: primeros, segundos y terceros lugares. Cada uno de estos espacios construye redes sociales, que promueven la interacción comunitaria, siendo que el ascenso de las tecnologías digitales y la emergencia del ciberespacio están reconfigurando la dinámica de estos ambientes, especialmente los terceros lugares.

Los primeros lugares se refieren a los espacios privados, como los hogares, en los cuales los individuos establecen vínculos emocionales profundos, predominantemente con familiares y personas de estrecha convivencia. Tales lugares son imprescindibles para la construcción de relaciones íntimas y seguras, siendo determinantes en el proceso de desarrollo personal y familiar (Purnell, 2002).

Los segundos lugares abarcan los ambientes profesionales y educativos, como los lugares de trabajo y las instituciones de enseñanza, donde las interacciones se dan de manera más estructurada, con especificidades de naturaleza profesional o académica. En estos

espacios, la formación de redes profesionales y, frecuentemente, de amistades, ocurre con base en intereses y experiencias compartidas (Van Dülmen & Klärner, 2022).

Por su parte, los terceros lugares abarcan espacios públicos informales, tales como cafés, parques y centros comunitarios, donde las interacciones sociales se desarrollan de manera más espontánea y relajada, en la socialización informal y el fortalecimiento del compromiso comunitario, favoreciendo la conexión entre personas de diferentes orígenes y facilitando la formación de nuevas amistades (Becker & Borges, 2015).

Aunque la teoría de Oldenburg fue inicialmente elaborada con un enfoque en los espacios físicos, el ascenso de las plataformas digitales, como Facebook, desafía las nociones tradicionales de terceros lugares (Recuero, 1998). Los entornos virtuales, al igual que los físicos, han demostrado ser igualmente adecuados para la formación de lazos sociales, al permitir la interacción y el intercambio de experiencias, ideas e información entre individuos provenientes de diferentes ubicaciones geográficas (Schroeder, 2001). Las tecnologías digitales amplían la concepción de "terceros lugares", al integrar el ciberespacio como un nuevo dominio para la construcción y fortalecimiento de comunidades.

Pièrre Lévy (2002) trajo una actualización optimista al analizar las redes sociales, considerándolas nuevas formas de sociabilidad. Las comunidades virtuales conectan individuos basados en intereses comunes, sin exigir vínculos afectivos profundos ni compromisos prolongados, reflejando un movimiento marcado por la fluidez y la creciente libertad. La flexibilidad de las redes sociales permite la constitución de interacciones más transitorias, que se alejan de relaciones duraderas, al mismo tiempo que la efimeridad y, en algunas situaciones, la superficialidad de esas conexiones.

La teoría de la complejidad de Morin (1988) ofreció una lente robusta para el análisis de las redes sociales, al resaltar las interacciones y las estructuras organizativas que emergen de los sistemas complejos. La interdependencia entre individuos y grupos, cuyas acciones se influyen mutuamente, da lugar a una totalidad más que a la suma de las partes aisladas. Sin embargo, Morin (1988) observó que este proceso puede volverse restrictivo cuando las interacciones digitales limitan o inhiben la creatividad de los individuos, en lugar de expandirla. Esta noción de límites y subversiones resuena en la teoría de Zygmunt Bauman (2003), a través del concepto de "comunidades carnavalescas". Las comunidades, al crear espacios temporales de interacción social, subvierten las normas tradicionales, permitiendo la reconfiguración de identidades y relaciones sociales. De manera análoga a lo que ocurre en las redes sociales digitales, las comunidades carnavalescas ofrecen una resistencia social, desafiando normas hegemónicas y cuestionando las estructuras de poder.

Durante el carnaval, por ejemplo, al involucrarse en rituales y manifestaciones culturales, los participantes no solo fortalecen los lazos comunitarios, sino también desafían las narrativas dominantes, buscando ampliar el espacio de autonomía dentro de la sociedad. La tensión entre tradición y modernidad, característica de las comunidades carnavalescas, se traduce en la capacidad de reinterpretar prácticas culturales tradicionales en respuesta a las cuestiones contemporáneas, preservando la herencia cultural, mientras se adapta a las transformaciones sociales y políticas. Aunque estas comunidades son celebradas por su cohesión social, también enfrentan críticas por la posibilidad de su institucionalización, lo que podría resultar en la reproducción de las dinámicas de poder existentes (Maia & Castro, 2006).

En el ámbito de las transformaciones sociales contemporáneas discutidas por Bauman (2003), las estrategias de "antropoemia" y "antropofagia" se vuelven evidentes en las dinámicas de inclusión y exclusión que impregnan las sociedades modernas. La "antropoemia", asociada al exilio o a la aniquilación del otro, refleja prácticas de segregación social y aislamiento, especialmente en la “vida” digital, donde los individuos, en busca de privacidad o exclusividad, se distancian de los colectivos, creando espacios virtuales o físicos restringidos.

El alejamiento no solo reduce las interacciones sociales, sino que también refuerza la noción de barreras invisibles, particularmente en la comunicación digital, donde los intercambios se vuelven fragmentados y, a veces, despersonalizados. La "antropofagia", que implica la asimilación y absorción del otro, se manifiesta en las interacciones en redes sociales. En estas plataformas, se observa un consumo intenso de información, ideas y culturas ajenas, pero dicho proceso rara vez implica un análisis profundo o crítico de lo que se absorbe (Bauman, 2003).

La globalización cultural y el consumo de productos e ideas provenientes de otras culturas, sin una comprensión genuina de las identidades involucradas, puede interpretarse como una forma de antropofagia, donde el otro es asimilado sin ser integrado de manera reflexiva o respetuosa (Pontes & Tavares, 2017). Bauman (2003) sostuvo que las dos estrategias – la antropofágica y la antropoémica – están entrelazadas y representan modos complementarios de tratar con la diferencia. La antropofagia busca "domesticar" la diferencia, creando una versión diluida o adaptada del otro, mientras que la antropoemia se revela como un intento de eliminar o aislar aquello que no puede ser fácilmente asimilado. Juntas, estas estrategias exponen una sociedad en la cual la convivencia con la diferencia es progresivamente mediada por prácticas de control social, ya sea por la integración superficial

o por la exclusión radical, ambas manifestaciones de un nuevo orden social orientado hacia la homogeneización y el control de las relaciones humanas.

En un escenario amplio, las redes sociales emergen como un reflejo de las interacciones sociales contemporáneas, como lo evidencian autores como Gronhaug (2000), que recurrió al concepto de "red" para ilustrar las relaciones entre los diversos actores sociales. La idea de red se expande a una escala globalizada, donde los individuos buscan recursos, habilidades y el acceso a tecnologías, generando nuevas dinámicas económicas y culturales.

El avance del proceso de globalización, sumado a la intensificación de las interacciones digitales, pone en cuestión las estructuras sociales tradicionales, al mismo tiempo que abre nuevas posibilidades de compromiso y movilización social, reflejando las profundas transformaciones socioculturales de la era digital. La interacción digital fue vista por Kaplan y Haenlein (2010), quienes caracterizan los medios sociales como un conglomerado de aplicaciones basadas en la Web 2.0, facilitando la creación y el intercambio de contenido generado por los propios usuarios.

Al abordar los conceptos de Web 2.0 y de contenido generado por el usuario (User Generated Content – UGC), los autores enfatizan la democratización de la información, uno de los pilares fundamentales de los medios sociales. Bajo esta óptica, Internet se configura como una plataforma abierta a todos, sin la necesidad de grandes inversiones financieras, contrastando con los medios de comunicación tradicionales, que exigen altos costos para la producción y distribución de contenido.

La accesibilidad y la inmediatez se configuran como características centrales de esta transformación digital. Aunque los medios tradicionales requieren inversiones elevadas y con frecuencia están restringidos por barreras financieras, las redes sociales ofrecen una amplia accesibilidad a cualquier individuo con acceso a Internet (Passerino & Montardo, 2007).

Además, la rapidez en la difusión de la información y la actualización continua del contenido generado por los usuarios hacen que las interacciones sean más ágiles y responsivas, ampliando tanto el alcance como la longevidad de la información. De esta manera, las redes sociales no solo reconfiguraron las interacciones sociales, sino que también establecieron nuevas formas de comunicación y participación, emergiendo como una apariencia cultural y económica en el mundo global contemporáneo (Castells, 2017). En los últimos años, la evolución de las tecnologías de la Web ha promovido transformaciones sustanciales en la sociedad y el marketing (De Oliveira, 2023).

El surgimiento de plataformas interactivas, como blogs, redes sociales y sitios de compartición de videos, reposicionó al usuario como agente central, redefiniendo la relación entre consumidores y empresas. Los medios sociales pasaron a dominar las formas de interacción, conexión y compartición de contenidos, moldeando nuevos paradigmas de comunicación y consumo (Dias, 2017).

Además, las redes sociales ejercen una influencia profunda sobre la salud mental, fomentando sentimientos de soledad, ansiedad y agotamiento digital. La comparación social, intensificada por la exposición a patrones irreales de vida y éxito, altera lo que el individuo piensa sobre sí mismo y sobre sus relaciones (Sirakaya-Turk; Oshriyeh; Iskender; Ramkissoon & Mercado, 2024). Estas plataformas no solo moldean comportamientos individuales, sino que también transforman la manera en que los individuos se conectan, afectando significativamente su bienestar psíquico.

2.1. DE LA WWW A FACEBOOK

La World Wide Web (WWW) constituye un sistema interconectado de documentos y recursos accesibles a través de internet, permitiendo la navegación entre páginas web mediante hipervínculos. Su origen data a finales de la década de 1980, ideada por Tim Berners-Lee y colaboradores del CERN (Organización Europea para la Investigación Nuclear), con el objetivo de crear una plataforma global para la comunicación y el intercambio de información. Disponible al público en 1991, su uso se amplió a partir de 1993, cuando el CERN liberó su acceso sin royalties, permitiendo la difusión sin costos adicionales (Silva, 2009).

Aunque se utilizan frecuentemente de manera intercambiable, Internet y la Web presentan distinciones sustanciales en sus propósitos y arquitecturas. Internet, desarrollada a lo largo de las décadas de 1960 y 1970, surgió como una red robusta de comunicación, diseñada para superar limitaciones tecnológicas y resistir amenazas militares durante la Guerra Fría (Carvalho, 2006). El proyecto ARPANET, financiado por ARPA, fue un hito inicial, utilizando la tecnología de conmutación de paquetes para la transmisión eficiente de datos. Investigadores como Paul Baran y Donald Davies contribuyeron a la consolidación de este modelo, reemplazando redes de circuitos tradicionales por una más descentralizada y resiliente (Silva, 2009).

La ARPANET, bajo la dirección de figuras como JCR Licklider y Larry Roberts, rápidamente conectó universidades y centros de investigación mediante los Interface Message

Processors (IMPs), dispositivos que posibilitaban la comunicación entre diferentes sistemas operativos. Paralelamente, iniciativas como ALOHANET, en Hawái, y la red Cyclades, en Francia, fueron relevantes en el desarrollo de las comunicaciones en red, enfrentando desafíos técnicos y políticos (Pinheiro, 2022).

Con el tiempo, protocolos como FTP y Telnet ampliaron las capacidades de Internet, viabilizando el intercambio de archivos y el acceso remoto entre computadoras. Esta evolución culminó en la creación de la Web, fundamentada en el protocolo HTTP, que transformó la experiencia digital al permitir el acceso simplificado a documentos multimedia y textos hipertextuales (Garcia, 2005).

Mientras que Internet representa la infraestructura global de redes interconectadas, la Web consiste en un servicio específico para el intercambio de información, basado en páginas y documentos interconectados. La distinción, aunque frecuentemente oscurecida por el uso simultáneo de las tecnologías, resalta la complementariedad entre ambas (Coulouris; Dollimore & Kindberg, 2001).

En 1983, la adopción del conjunto de protocolos TCP/IP por ARPANET marcó la transición al modelo de Internet contemporáneo. El protocolo IP pasó a gestionar la dirección y el transporte de paquetes, mientras que el TCP aseguraba la segmentación y remontaje adecuado de la información. El desarrollo del Domain Name System (DNS) simplificó aún más el proceso de navegación, asociando direcciones alfanuméricas a identificadores numéricos (Carvalho, 2006).

El carácter colaborativo y descentralizado de Internet, construido por científicos e investigadores de diversas partes del mundo, sin vínculos exclusivos con gobiernos o corporaciones, contribuyó a su amplia difusión (Santos, 2018). Redes como NSFNET y SUPERJANET son relevantes en la estandarización del TCP/IP, en contraste con el modelo OSI, cuyas complejidades financieras y administrativas limitaron su adopción (Coulouris; Dollimore & Kindberg, 2001).

Inicialmente restringida al ámbito académico, Internet se expandió de forma exponencial con la popularización de las computadoras personales, impulsada por la tecnología de los microprocesadores (Queiroz, 2024). Empresas como Apple, IBM y Xerox influyeron significativamente en este escenario. La introducción de la Web, combinada con avances tecnológicos en conexiones de fibra óptica y redes inalámbricas, promovió el acceso global a la información de manera más ágil e intuitiva, transformando el entorno digital en un espacio de comunicación e intercambio de conocimientos (Carvalho, 2006).

Claude Shannon (1948), con su teoría matemática de la información, es una referencia

destacada en los cimientos tecnológicos contemporáneos. Al formalizar el concepto de bit, Shannon (1948) propuso un modelo eficiente para la transmisión de datos, minimizando distorsiones y retrasos, influyendo decisivamente en el desarrollo de la computación y el ascenso de la era digital. Su obra sintetiza la evolución colaborativa que atraviesa la historia de las redes de comunicación y de Internet misma, constituyendo un hito en la construcción de las infraestructuras tecnológicas actuales.

En *Weaving the Web,* de Tim Berners-Lee *et al.,* (2000), Michael Dertouzos y Burkan (1997) destacaron la transformación histórica propiciada por la creación de la WWW, que transformó el intercambio de información, superando los medios tradicionales de comunicación, como la prensa, la radio y la televisión, y permitió un intercambio dinámico y descentralizado entre individuos y organizaciones. La Web, desde sus primeros pasos, reveló características poderosas, ofreciendo un potencial incomparable para la organización, automatización y mediación del conocimiento.

Mientras que muchos exploran la Web como un medio de comercio electrónico, Tim Berners-Lee *et al.,* (2000) la concibieron como un espacio destinado a la consolidación del conocimiento y el fomento del entendimiento humano, anticipando los conceptos que sustentan la inteligencia artificial. La invención de la WWW, originada del trabajo de Berners-Lee en el CERN, resultó de la confluencia de dos ideas preexistentes: el hipertexto y las redes de computadoras, que, aunque específicas, jamás habían sido integradas de manera tan abarcativa (De Lima, J. C., & de Carvalho, 2004).

El primer programa desarrollado por Berners-Lee (1989), denominado Enquire, creado en 1980, organizaba información de manera asociativa, estableciendo las bases para una red interconectada de datos. Aunque inicialmente restringido a un solo lugar, introdujo conceptos fundamentales de enlaces internos y externos, que se convertirían en los pilares de la Web. Berners-Lee continuó con el desarrollo del Tangle, ampliando su exploración de las interconexiones informacionales (Carvalho, 2006).

.La creación de la Web fue descrita por Berners-Lee (1989) como un proceso gradual y colaborativo, resultado de la fusión de ideas e influencias, involucrando una reflexión constante sobre cómo imitar la capacidad humana de vincular información de manera no lineal. La Web emergió como respuesta a un desafío global, teniendo como principio la superación de las limitaciones de los sistemas computacionales de la época, redefiniendo la manera en que la humanidad organiza y accede al conocimiento (De Lima, J. C., & de Carvalho, 2004).

En 1990, el proyecto de la WWW contó con el apoyo de Robert Cailliau, miembro del CERN, quien revisó la propuesta inicial y formuló un plan de acción para su desarrollo. Cailliau se dedicó a movilizar recursos financieros, infraestructura y atraer estudiantes para la concreción del proyecto, además de establecer una red de apoyo entre colegas de la organización. Tim Berners-Lee (1989), ideador de la Web, comenzó la programación del código utilizando una computadora NeXT, que ofrecía una interfaz gráfica intuitiva y carpetas para la organización de archivos (Berners-Lee; Cailliau; Groff & Pollermann, 1992).

Berners-Lee (1989), al idear un sistema de interconexión que uniera computadoras y hiciera más eficiente el intercambio de información, inicialmente buscó adaptar editores de hipertexto disponibles en el mercado, incorporando códigos que permitieran la comunicación mediante la red. Sin embargo, los altos costos y la técnica impidieron tales propuestas, además de la ausencia de un sistema plenamente funcional en la época. Frente a estos desafíos, Berners-Lee (1989) optó por desarrollar, de manera autónoma, todo el marco tecnológico de la WWW (Santarem Segundo, 2012).

En octubre de 1990, comenzó el proceso de adhesión, culminando en el desarrollo de un cliente web que permitió tanto la creación como la navegación en páginas de hipertexto. Se implementaron dos elementos estructurantes: el *Hypertext Transfer Protocol* (HTTP) y el *Universal Resource Identifier* (URI), que posibilitaron, respectivamente, la comunicación entre computadoras y la identificación única de los documentos en la red (Gouveia, 2013).

En diciembre de ese mismo año, se lanzó el primer navegador/editor denominado "WWW", que utilizaba el *Hypertext Markup Language* (HTML) para la formulación de las páginas. El servidor web, concebido en el CERN e identificado como "info.cern.ch", se convirtió en la plataforma inicial para hospedar páginas que incluían notas personales de Berners-Lee, además de las especificaciones técnicas de HTTP, URI y HTML.

No obstante, el uso de la Web se restringía en esta etapa a las computadoras NeXT, limitando considerablemente su alcance. Para sortear estas limitaciones, se creó el line-mode browser, un navegador de texto que permite acceso universal, independientemente de la configuración del hardware (Flatschart; Bachini & Cusin, 2013).

Con vistas a ampliar el contenido disponible, Berners-Lee (1989) amplió las funcionalidades del navegador, permitiendo la integración de archivos transmitidos por FTP, lo que viabilizó el acceso a artículos académicos y grupos de discusión como páginas de hipertexto (De Lima, J. C., & de Carvalho, 2004). La investigación resultó en un aumento sustancial en el volumen de información accesible, consolidando la Web como una plataforma robusta para la difusión del conocimiento. La estructura inicial basada en principios que

valoraban un sistema de direccionamiento uniforme y la equivalencia entre documentos, estableciendo directrices que orientarían su expansión global (Gouveia, 2013).

A pesar de las adversidades enfrentadas, como la resistencia interna en el CERN y la falta de financiación adecuada, Berners-Lee persistió en el avance del proyecto. En 1991, la Web fue puesta a disposición en Internet, alcanzando a la comunidad académica y a entusiastas mediante anuncios en grupos de discusión (Bueno, 2011).

A partir de este hito, los servidores comenzaron a implementarse más allá de las fronteras europeas, fomentando la colaboración entre usuarios y desarrolladores, lo que contribuyó al desarrollo del sistema. Para promover la difusión tecnológica, el código de la Web fue reunido en el paquete de software libwww, permitiendo que otros programadores crearan sus propios navegadores, acelerando la rápida expansión de la Web (Gouveia, 2013).

La trayectoria de internet puede ser categorizada en tres fases fundamentales: Web1, Web2 y Web3. La primera generación, caracterizada por páginas estáticas, proporcionó una experiencia predominantemente pasiva, centrada en la lectura de contenidos. Por su parte, la Web2, marcada por la regulación de las redes sociales y la producción de contenido por los usuarios, promovió una mayor interacción, aunque consolidó la centralización de los datos en grandes plataformas. En cambio, la Web3 es dinámica, un paradigma descentralizado basado en tecnologías emergentes como blockchain y contratos inteligentes, que ofrece a los usuarios mayor autonomía sobre sus datos y acciones digitales (Liu; Cao & Peng, 2023).

La concepción de la WWW refleja la integración de tecnologías emergentes de computación, redes de datos y hipertexto en un sistema accesible y global. Las propuestas iniciales de Berners-Lee, presentadas en 1989 y 1990, tenían como objetivo la creación de una "red" interconectada de documentos, con practicidad para el CERN, como guías y directorios. En este período, el navegador original desarrollaba funciones pioneras, permitiendo tanto la navegación como la edición directa de páginas, destacándose por el cambio que fundamentaría los avances subsecuentes de la Web (Araya & Vidotti, 2010).

En 1991, se instaló el primer servidor Web en Estados Unidos en el Stanford Linear Accelerator Center (SLAC), con la ayuda de Paul Kunz y Louise Addis. Durante este período, los navegadores eran limitados en términos de compatibilidad y poder (Gouveia, 2013). El gran avance ocurrió en 1993 con el lanzamiento del navegador Mosaic por el National Center for Supercomputing Applications (NCSA). El navegador, basado en "ventanas", fue un hito importante en la popularización de la Web. Su versión fue lanzada para diversos sistemas operativos, como el PC y el Macintosh, y tuvo un impacto inmediato en la difusión de la WWW. El éxito de Mosaic fue fundamental para la expansión de la Web, que en 1993 ya

contaba con más de 500 servidores conocidos y representaba el 1% del tráfico de internet (Bax, 1998).

El año de 1994 fue considerado el "Año de la Web", con la realización de la Primera Conferencia Internacional de la WWW en el CERN, que contó con la presencia de 380 participantes. Este evento fue un hito en el fortalecimiento de la Web como una tecnología emergente. Hasta finales de 1994, la Web ya contaba con 10.000 servidores, siendo 2.000 comerciales, y 10 millones de usuarios (De Matos Marques, 2022).

Con el avance continuo de la Web, nuevos recursos, como protocolos de seguridad avanzados y herramientas de comercio electrónico, fueron gradualmente incorporados, atendiendo a las demandas de una sociedad cada vez más digitalizada e interconectada (Brassoloto, 2023). La WWW se consolidó como una de las creaciones tecnológicas más significativas de la historia, redefiniendo las formas de interacción con la información y la comunicación global (Carrara, 2023).

Los primeros servidores Web, como el desarrollado por Tim Berners-Lee (1989), fueron fundamentales para la expansión de internet al posibilitar el acceso remoto a documentos interconectados. Plataformas como Apache y Nginx destacaron a lo largo de los años, permitiendo la disponibilidad de contenidos estáticos y dinámicos, respondiendo a solicitudes con datos variados, incluidos imágenes y videos (Ferreira & Seruca, 2013).

La evolución tecnológica trajo consigo el concepto de Web 2.0, caracterizado por la colaboración activa de los usuarios en plataformas como blogs, redes sociales y foros, que redefinieron la creación y el intercambio de contenidos digitales (Faé, 2024). La Semántica, propuesta por Berners-Lee, buscó organizar la información de manera más estructurada e inteligente, conectando datos mediante metadatos y palabras clave, mejorando la eficiencia de las búsquedas y la automatización de procesos informacionales (Ferreira & Seruca, 2013).

Actualmente, el concepto emergente de Web3 ha ganado notoriedad al incorporar tecnologías descentralizadas, como blockchain, como una red más autónoma, donde el control sobre la información y las interacciones se redistribuye. El nuevo paradigma expande las posibilidades de comunicación y seguridad digital, transformando las dinámicas tradicionales de navegación y compartición de contenidos (Cantali, 2024).

La arquitectura de la WWW se fundamenta en tecnologías como el Hypertext Markup Language (HTML), responsable de estructurar documentos, y el Hypertext Transfer Protocol (HTTP), mediador de la comunicación entre servidores y clientes. Los hipervínculos, por su parte, posibilitan la interconexión entre documentos, mientras que las Uniform Resource Locators (URLs) permiten la identificación y el acceso a recursos específicos. Estos

componentes operan en sinergia, posibilitando la vasta red interconectada que caracteriza a internet en la actualidad (Pinheiro, 2008).

La funcionalidad de la WWW abarca un amplio espectro de aplicaciones, desde el acceso a información y la participación en comunidades digitales hasta la realización de transacciones comerciales y la difusión del conocimiento. Su impacto se extiende a campos como la educación, la ciencia, el comercio y el entretenimiento, reafirmándose como una plataforma en continua transformación (Luz, 2010).

La introducción y el desarrollo de la Web transformaron profundamente las dinámicas sociales y los procesos de acceso al conocimiento, estableciendo un hito disruptivo en la era digital. Desde sus orígenes como un sistema destinado al intercambio de información, la WWW evolucionó hasta convertirse en una plataforma donde el conocimiento, las interacciones sociales y las prácticas educativas se entrelazan de manera compleja e interdependiente (Cantali, 2024).

Las redes sociales online, en contraste con las tradicionales, hacen referencia a plataformas virtuales que posibilitan la creación de perfiles y la articulación de conexiones entre individuos. El concepto no posee una definición única, siendo objeto de estudio de diversos profesionales. Boyd y Ellison (2007) definieron las redes sociales online como servicios basados en la Web que permiten a los usuarios crear perfiles públicos o semipúblicos, articular listas de contactos y navegar entre las conexiones establecidas por otros. Este concepto se convirtió en una referencia central para comprender el funcionamiento de las interacciones en entornos digitales.

La comprensión de las redes sociales como un fenómeno dinámico y en constante transformación remite a la idea de una construcción continua de interacciones, involucrando colectivos que comparten necesidades y problemáticas comunes, organizándose para optimizar recursos y crear un espacio de intercambio. El análisis de las redes sociales modernas revela un campo plural, donde las interacciones digitales participan en la construcción de nuevos modos de relación (Fleury, 2005).

Más allá del concepto de redes sociales online, el estudio de redes sociales, de manera más amplia, debe ser abordado a partir de un análisis sociológico. Wasserman y Faust (1994) destacaron que las redes sociales implican un análisis de las relaciones interpersonales como flujos de recursos, materiales o inmateriales, que estructuran patrones duraderos de relaciones entre los actores sociales.

El concepto de redes sociales digitales evolucionó significativamente desde entonces, pasando de sistemas homogéneos y centralizados a ecosistemas interconectados. Las redes

interactivas, como se describen en modelos formales, consisten en un conjunto finito de identidades digitales y relaciones unidimensionales, basadas en una única forma de interacción, como intercambios de correos electrónicos o comentarios en blogs. En cambio, las redes sociales basadas en sistemas, como plataformas de blogs y compartición de multimedia, permiten diversas formas de conexión entre los usuarios. Las redes multissistémicas conectan identidades múltiples en sistemas, unificando plataformas digitales diferentes, como la integración entre cuentas de Blogger y Gmail (Vastardis & Yang, 2012).

Además de las cuestiones técnicas, las redes sociales digitales también remodelaron las dinámicas sociales y culturales. La facilidad de creación y disolución de vínculos online contrasta con las relaciones presenciales, posibilitando interacciones efímeras y descentralizadas. La recopilación masiva de datos conductuales por parte de las plataformas con fines de personalización de contenido y análisis de patrones plantea debates éticos, especialmente en lo que respecta a la privacidad y al consentimiento. Al mismo tiempo, la fiabilidad de la información compartida en estos entornos tiende a ser inferior en comparación con las interacciones presenciales, debido al anonimato parcial y la manipulación de identidades digitales (Lyytinen; Yoo & Boland Jr, 2016).

La multimodalidad comunicativa permite la participación simultánea en múltiples canales, como videoconferencias, intercambios de mensajes de texto e interacciones en foros, brindando mayor flexibilidad y adaptación en la interacción (Braga, 2016). Otro aspecto destacado de las redes sociales online es la facilidad de interrupción abrupta de las conexiones, ya que los vínculos virtuales pueden ser disueltos sin necesidad de confrontaciones directas, a diferencia de los lazos sociales en el entorno físico (Saymon, 2018).

La recopilación y el procesamiento de datos sobre interacciones virtuales son una práctica ampliamente extendida, en la que las plataformas registran patrones de comunicación y comportamiento (Silva, 2021). Aunque esta práctica permite análisis detallados de las dinámicas sociales, también plantea cuestionamientos éticos relacionados con la privacidad y el consentimiento de los usuarios. La fiabilidad de la información proporcionada por los individuos tiende a ser inferior en comparación con los registros presenciales, ya que muchos optan por ingresar datos ficticios o incompletos, motivados por preocupaciones de privacidad o por el deseo de mantener un anonimato parcial (Acquisti, Taylor & Wagman, 2016).

La evolución de las redes sociales, desde formas rudimentarias de interacción hasta los ecosistemas digitales contemporáneos, refleja la búsqueda continua de conexión y pertenencia, expandiendo las fronteras de la convivencia social más allá de las limitaciones

geográficas y temporales (Americano, 2019). El análisis interdisciplinario de las redes sociales digitales revela la intersección entre tecnología, comportamiento humano y estructuras sociales, integrando aportes de la sociología, la ciencia de la computación, la psicología y la comunicación, lo que demanda enfoques holísticos para comprender el fenómeno. La dinámica de poder e influencia en estos entornos se manifiesta de manera peculiar, siendo frecuentemente regulada por algoritmos que jerarquizan contenidos y determinan su visibilidad, afectando la formación de opiniones colectivas.

El Facebook, que surgió más tarde, continuó la tendencia de absorber e integrar diversas funcionalidades de la Web, reuniendo y ampliando recursos que anteriormente estaban distribuidos entre diferentes servicios en línea. Así, la plataforma funciona como un microcosmos de la Web, ofreciendo un espacio donde coexisten e interactúan de manera fluida múltiples funciones y tipos de software (Pigatto, 2020).

Tanto Facebook como la WWW comparten la característica de constituir sistemas abiertos y flexibles, capaces de integrar otros servicios. Sin embargo, el desarrollo de Facebook ocurrió directamente sobre la Web, facilitando su conexión con otros sitios, mientras que la WWW se desarrolló para incorporar diferentes sistemas de software. Además, Facebook no eliminó los servicios integrados, sino que permitió que muchos de ellos permanecieran activos, atrayendo a usuarios tanto dentro como fuera de su plataforma (Santos, 2018).

La historia de la sociabilidad y las redes de contacto no se limita a la era digital. Tecnologías anteriores, como el lenguaje escrito, la impresión, la radio y la televisión, también atendieron a la necesidad humana de establecer redes sociales. Facebook, al igual que otros medios digitales, configura una evolución de esas formas de interacción, al combinar y adaptar características de los medios antiguos para crear nuevas maneras de comunicarse (Van Dijck, 2012).

Creado en 2004, Facebook nació como una red social exclusiva para los estudiantes de la Universidad de Harvard, desarrollado por Mark Zuckerberg, Eduardo Saverin, Dustin Moskovitz y Chris Hughes. Inicialmente denominado TheFacebook, la plataforma permitía a los estudiantes crear perfiles e interactuar entre sí, con un enfoque específico en una competencia informal en la que los usuarios votaban por los perfiles más relevantes (Kirkpatrick, 2010). Sin embargo, el rápido éxito y la expansión a otras universidades de Estados Unidos hicieron que los fundadores se dieran cuenta de la importancia de ampliar las funcionalidades y aumentar la accesibilidad de la plataforma (Beahm, 2017).

En 2004, TheFacebook enfrentaba dificultades para atraer nuevos inversores, según lo

expuesto por Kirkpatrick (2010). La empresa necesitaba recursos financieros para expandir su infraestructura de servidores y alcanzar otras instituciones educativas. Para superar este desafío, el empresario Sean Parker contó con la ayuda de figuras influyentes del sector digital, como Reid Hoffman (2012), cofundador de LinkedIn, y Peter Thiel, cofundador de PayPal. Aunque Hoffman (2012) inicialmente rechazó la inversión, fue él quien presentó a Parker y Zuckerberg a Thiel, quien se convirtió en uno de los primeros inversores de TheFacebook, aplicando 500 mil dólares y garantizando una participación del 10,2% en la empresa.

En 2006, TheFacebook se formalizó como una empresa, contratando empleados e ingenieros especializados. En esa fase, la red social operaba con dos servidores distintos: uno dirigido a universitarios y otro para estudiantes de secundaria. La decisión de unificar estos servidores facilitó la conexión entre usuarios de diferentes edades e instituciones educativas, lo que impulsó considerablemente el crecimiento de la plataforma (Scarano, 2020).

Ese mismo año, Facebook se abrió al público en general, permitiendo el registro de cualquier persona mayor de 13 años, incluso si no estaba vinculada a una institución educativa. A partir de ese momento, la red social comenzó a ganar relevancia global, alcanzando un número significativo de usuarios. El crecimiento continuo estuvo acompañado de diversas mejoras, que hicieron la plataforma cada vez más atractiva (Ortiz-Ospina & Roser 2024).

A lo largo de los años, Facebook comenzó a incluir instituciones educativas fuera de las fronteras de los EE. UU., expandiendo su influencia entre los estudiantes de otras partes del mundo. En 2005, la plataforma ya se había consolidado en 800 universidades estadounidenses y, a partir de septiembre de ese año, comenzó a abarcar también a estudiantes de secundaria. El nombre fue oficialmente cambiado a Facebook en septiembre de 2005, marcando el inicio de una nueva fase en su trayectoria (Flores, 2012).

Facebook experimentó un crecimiento significativo: en solo dos meses después de su lanzamiento, la plataforma contaba con 70.000 usuarios. En diciembre de 2004, el número de perfiles registrados alcanzó el millón, subiendo a seis millones a finales de 2005. La plataforma atrajo a usuarios de diversas edades y regiones geográficas, destacándose como una herramienta de interacción social (Lee, 2021).

El surgimiento y la evolución de Facebook están estrechamente relacionados con dos elementos centrales: el perfil personal y la red social generada a través de él. Estos perfiles fueron diseñados para personas reales y, según las configuraciones de privacidad permitidas, se hicieron visibles para otros usuarios. El perfil sirve como un espacio para compartir información personal, como intereses, relaciones, inclinaciones políticas y opciones de

entretenimiento, además de indicar la afiliación a una institución vinculada a la base de datos de la plataforma (Nosko; Wood & Molema, 2010).

Los usuarios tenían la capacidad de construir redes de amigos, que se exhibían en sus páginas de perfil mediante listas de fotos y enlaces a otros perfiles. Las redes posibilitaron la visualización de las conexiones indirectas, permitiendo ver a los amigos de los amigos y las relaciones comunes entre los participantes. El formato inicial de compartir fue perfeccionado con la introducción de nuevas funcionalidades, como el Muro, un espacio destinado a la publicación de mensajes públicos. A partir de 2005, se hizo posible compartir fotos y etiquetar a amigos en las imágenes, aunque la visualización de estas actualizaciones aún dependía de la visita directa al perfil del usuario (Thelwall, 2009).

Además, se incorporaron anuncios en banner en las páginas de perfil, con segmentación basada en la información personal de los usuarios, como edad, género e intereses. Sin embargo, las empresas no estaban autorizadas a crear perfiles en la plataforma, y las transacciones comerciales entre usuarios eran limitadas (Curran; Graham & Temple, 2011).

El gran diferencial de Facebook, sin embargo, no residió en la creación de funcionalidades inéditas, sino en la forma en que integraba y estructuraba elementos previamente existentes en la Web, de manera eficiente. La plataforma combina características como los perfiles personales de sitios de citas, las redes de amigos de plataformas como SixDegrees y Friendster, y el compartir contenido, práctica ya consolidada en Internet (Treadaway & Smith, 2010).

Entre 2004 y 2013, Facebook atravesó transformaciones significativas, manteniendo, sin embargo, dos aspectos fundamentales: la oferta de un espacio digital para la interacción y la constante ampliación de sus funcionalidades. La plataforma evolucionó para responder a preguntas cada vez más amplias sobre sus usuarios, reflejando un aumento en las interacciones sociales mediadas por la tecnología. La expansión resultó en la construcción de un sistema dinámico, capaz de integrarse de manera fluida a la Web, dispositivos móviles y otras formas de tecnología digital (Helmond; Nieborg & Van der Vlist, 2019).

Durante el período de 2006 a 2008, Facebook atravesó una fase de expansión global, volviéndose accesible para cualquier persona mayor de 13 años, además de lanzar versiones en diversos idiomas. El número de usuarios creció exponencialmente, pasando de 12 millones en 2006 a 100 millones en 2008. En este intervalo, nuevas funcionalidades, como el feed de noticias, transformaron la plataforma, cambiando la forma en que los usuarios interactuaban con el contenido. Las actualizaciones comenzaron a visualizarse sin la necesidad de acceder

directamente a los perfiles de los amigos, proporcionando una nueva dinámica de interacción (Kirkpatrick, 2010).

Entre 2008 y 2013, Facebook se consolidó como un impacto social global, alcanzando mil millones de usuarios en 2012 y abarcando más de 70 idiomas. Durante este período, la plataforma se centró en fortalecer su base de usuarios, ampliando su influencia como una estructura central en Internet. La interacción entre Facebook y otros sitios se volvió más dinámica, expandiendo el alcance de la red e integrándola cada vez más al ecosistema digital global (Helmond; Nieborg & Van der Vlist, 2019).

Otro hito importante fue el lanzamiento de "Facebook Connect" en diciembre de 2008. Esta herramienta permitió a los usuarios usar sus perfiles para iniciar sesión en una amplia gama de sitios externos, llevando consigo información personal y preferencias. Esto permitió la personalización de experiencias en otras plataformas, mientras mantenía la interacción entre las actividades externas y Facebook. "Facebook Connect" amplió la presencia de la red social más allá de su propio dominio, permitiendo a los usuarios acceder a sus datos e interactuar con Facebook a través de diversas plataformas, como consolas de videojuegos y dispositivos de televisión (Miculan & Urban, 2011).

Durante esta fase, se produjeron cambios significativos en las funcionalidades. La transmisión en vivo, iniciada en 2009 durante la toma de posesión del presidente Barack Obama, destacó el potencial de la red social como medio de comunicación masiva. Desde la introducción de las actualizaciones de estado mediante mensajes de texto, también en 2009, se observó un crecimiento significativo en la base de usuarios móviles, acompañado por una mayor popularidad del acceso a la plataforma a través de dispositivos móviles (Neves, 2022).

En 2010, el lanzamiento de Facebook Live consolidó esta capacidad, permitiendo interacciones en tiempo real, reforzadas por la asociación con Skype, que introdujo las llamadas de video interpersonales. La introducción de las "Páginas Comunitarias", también en 2010, distribuyó espacios colectivos basados en intereses comunes. Inspiradas en Wikipedia, estas páginas colectivas permitieron el intercambio de información y el compromiso en temas específicos de manera colaborativa (Lee, 2021).

Otro avance importante fue la creación de la "Timeline" en 2011, una herramienta que organizaba las actividades del usuario de manera cronológica, permitiendo una visión más completa de su presencia en la plataforma (Miculan & Urban, 2011). La entrada de Facebook en la bolsa de valores en 2012 marcó la plataforma como una red social de gran alcance, ampliando su dimensión cultural y económica.

La expansión de Facebook en el entorno de los dispositivos móviles continuó con el lanzamiento de "Facebook Camera" en 2012. Al mismo tiempo, se implementaron funcionalidades de geolocalización, como "Facebook Places", integrando de forma más estrecha el ambiente digital con el físico, permitiendo que los usuarios compartieran sus ubicaciones e interacciones en el espacio real, lo que intensificó la conexión entre el mundo virtual y el tangible (Barnsby, 2012).

Este proceso de evolución resalta la búsqueda de la plataforma para adaptarse a las nuevas demandas tecnológicas y la dinámica de la interacción social en línea. La adopción de recursos para la comunicación en tiempo real y el intercambio inmediato de experiencias tuvo un impacto significativo en la forma en que los individuos se conectan e interactúan. A través de estos recursos, Facebook se consolida como un espacio de constante fluidez, favoreciendo una comunicación ágil y amplia (Neves, 2022).

El análisis de Marichal (2012) destacó la transformación de Facebook, que, inicialmente concebido como una plataforma dirigida al entorno académico, evolucionó hacia una red social de dimensión global. Actualmente, la plataforma ocupa una posición destacada en el escenario digital, con 2,9 mil millones de usuarios activos mensuales, mientras que Instagram, también bajo su égida, figura como la tercera red social más grande, con 1,2 mil millones de usuarios. El ascenso financiero de la empresa, que vio su ingreso crecer de 7,87 mil millones de dólares en 2013 a 86 mil millones de dólares en 2020, reafirmó a Facebook como un actor económico central en el sector digital.

La estructura de las redes sociales, especialmente en lo que respecta a Facebook, ha sido objeto de debate sobre la creación de un espacio público digital que, aunque permite interacciones amplias y dinámicas, no necesariamente fomenta un compromiso político genuino. Spaid; O'Neill & Ow (2019) observaron que las plazas públicas digitales, aunque representan una amplificación de las interacciones humanas, no han sido plenamente eficaces en satisfacer las necesidades más profundas de conexión e individualidad. Por otro lado, hay defensores del potencial de las redes sociales y del compromiso público auténtico en la creación de comunidades, aunque tales plataformas enfrenten desafíos sustanciales para alcanzar este objetivo.

Facebook posibilita la formación de grupos y comunidades con intereses compartidos, actuando como una versión contemporánea de las plazas públicas tradicionales. La comunicación instantánea, característica de la plataforma, permite que los usuarios participen en discusiones en tiempo real, respondiendo a los eventos a medida que se desarrollan, lo que

enriquece el discurso público y refleja la naturaleza fluida de las interacciones típicas de los espacios públicos físicos (Neves, 2022).

Kirkpatrick (2010) destacó que Facebook sobresalió en relación con otras redes sociales creadas en el mismo período, incluso por otros estudiantes de Harvard. La empresa alcanzó una estructura de gran envergadura, asemejándose a start-ups del Silicon Valley, como YouTube y PayPal. La influencia de Facebook sobre la sociedad digital es indiscutible, como señalaron Herte de Moraes y Karen Kohn (2007). La plataforma ha proporcionado visibilidad a las empresas y facilitado la comunicación con los consumidores, además de tener un impacto significativo en la responsabilidad corporativa.

El impacto de Facebook sobre la socioeconomía se revela como sustancial, como argumenta Marichal (2012). La red social no se limita a la replicación de redes fuera de línea, sino que las amplía, creando una versión digital expandida. Aunque solo el 10% de las conexiones establecidas en la plataforma se clasifican como amistades cercanas, la herramienta permite a los usuarios moldear un entorno digital que refleja sus preferencias sociales, configurándose como una realidad paralela influyente en la reconfiguración de la sociedad de la información. En el campo económico, el impacto de Facebook se evidencia a través de la democratización del acceso a la información, facilitada por su infraestructura global de comunicación. Como plataforma de intercambio de conocimientos entre productores y consumidores, reformuló dinámicas sociales y económicas, proporcionando beneficios financieros a empresas y consumidores. Al facilitar una comunicación fluida y abarcativa, Facebook ha contribuido a la difusión global de información, consolidándose como herramienta de interacción y intercambio de experiencias de alcance mundial (Nieborg & Helmond, 2019).

El modelo de negocio de Facebook, según Kirkpatrick (2010), se basa en un ethos de transparencia radical, reflejado en la comercialización de las identidades de los usuarios para publicidad dirigida. Zuboff (2019) criticó esta práctica como parte del capitalismo de la vigilancia, en el que se monitorean los datos de los usuarios y se utilizan para publicidad personalizada.

La investigación realizada por Allen (2021) analizó el uso de la información individual en el contexto de las plataformas digitales, los mecanismos de extracción y transferencia de datos enmascarados bajo la premisa de servicios supuestamente gratuitos. Las implicaciones de la dinámica sistémica, particularmente en lo que respecta a la perpetuación de desigualdades estructurales y la erosión progresiva de las expectativas de confidencialidad en el ámbito virtual. Además de la crítica a la apropiación de datos, el artículo de Allen (2021)

destacó la monetización de información sensible, como datos de salud, implicando riesgos severos para la privacidad.

Las prácticas comerciales desleales, ocultas bajo el rótulo de gratuidad, también son problematizadas, evidenciando la falta de transparencia en las interacciones entre las grandes empresas tecnológicas y los usuarios. Los desafíos éticos se manifiestan en la desigualdad de poder y en las frecuentes violaciones de la privacidad individual. En el ámbito político,

Marichal (2012) argumentó que, aunque existen lagunas en la información extensa sobre el uso político de la plataforma, Facebook facilita la formación de redes y la conexión entre empresarios, políticos y el público. La plataforma también ofrece un espacio para que los grupos marginados expresen sus voces en la esfera pública. Facebook ofrece oportunidades significativas para que las empresas amplíen su alcance global, favoreciendo el crecimiento económico a través de soluciones publicitarias y estrategias de marketing dirigidas. Sin embargo, surgen críticas sobre su dominio en el sector de la publicidad digital, lo que genera preocupaciones sobre la privacidad y la seguridad de los datos. Los políticos utilizan la plataforma para ampliar su influencia, impulsando movimientos sociales y políticos, aunque la difusión de noticias falsas y la interferencia en los procesos electorales plantea cuestionamientos sobre su gobernanza (Ahmed & Ibrahim, 2016).

Culturalmente, Facebook propicia el intercambio entre diferentes pueblos, sirviendo como espacio de compartir eventos y costumbres. No obstante, también existen riesgos de apropiación cultural y homogeneización de culturas en un mundo interconectado. En cuanto a la privacidad, la plataforma otorga a los usuarios control sobre la información compartida, aunque el manejo inadecuado de datos personales ha generado controversias (Allen, 2021).

La salud mental de los usuarios destaca, con Facebook funcionando tanto como fuente de apoyo emocional como generador potencial de ansiedad, especialmente en casos de ciberacoso y comparación social. La influencia tecnológica de la plataforma se muestra notoria, tanto en el desarrollo de redes sociales como en la comunicación, aunque persisten preocupaciones sobre la adicción y el deterioro de las interacciones cara a cara (Karppi, 2018).

En el ámbito humano, Facebook ejerce una influencia abarcativa en dimensiones sociales, culturales, políticas y económicas. Su capacidad para conectar a las personas, independientemente de sus ubicaciones físicas, ha revolucionado la forma en que los individuos mantienen relaciones interpersonales. El uso excesivo de la plataforma puede resultar en una sensación de aislamiento, y las comparaciones sociales realizadas en el entorno virtual afectan negativamente el bienestar emocional de los usuarios. En la plataforma

hay un intercambio de información, facilitando la difusión de noticias y la concienciación sobre causas sociales, aunque la propagación de desinformación sea una preocupación creciente (Chan, 2016).

La introducción del botón "Me gusta" en 2009 marcó un hito en la forma de expresión en las redes sociales, permitiendo la simplificación del reconocimiento de contenidos. A partir de 2010, su integración en sitios web externos. En poco tiempo, miles de páginas comenzaron a incorporar esta funcionalidad, evidenciando la creciente adhesión al recurso (Nogueira; Gonçalves & Pereira, 2015).

Las interacciones en plataformas digitales presentan modalidades diversificadas, siendo las principales "Me gusta", compartir y comentar. La funcionalidad de "Me gusta" se caracteriza como una forma sintética de manifestación de presencia, reconociendo el contenido. Según Recuero (2017), esta herramienta es ampliamente utilizada como indicativo de apreciación, siendo asociada con la relevancia percibida por el usuario. La interacción simplificada no requiere producción textual, pero aún así vincula públicamente el nombre del usuario al contenido apreciado, un tipo de validación social implícita.

En 2016, Facebook amplió sus posibilidades expresivas al introducir reacciones alternativas al botón "Me gusta", diversificando las formas de demostración de estados emocionales, lo que hizo que la interacción fuera más sensible e interpretativa, especialmente en situaciones que involucraban noticias adversas (Recuero, 2017).

El acto de compartir trasciende la mera validación individual, configurándose como un mecanismo fundamental para la difusión de ideas y la amplificación del flujo informacional. Couto Junior, Oswald, Porto y Santos (2014) sostienen que tal práctica no solo refuerza los lazos sociales, sino que también cataliza la circulación de saberes, propiciando la interlocución entre visiones distintas y la reconfiguración interpretativa de contenidos. El compartir surge como un vector estructurante, tanto para ampliar el alcance de la información como para fomentar dinámicas de diálogo colectivo, que se revelan fundamentales para las interacciones contemporáneas.

Por su parte, la práctica de comentar, caracterizada por su dimensión discursiva, exige un compromiso cognitivo más profundo, posicionándose como una forma de participación activa y reflexiva. A través de los comentarios, los sujetos articulan opiniones, afectos y vivencias, en un espacio de intercambio que enriquece el debate y la pluralidad de cosmovisiones. Conforme Porto y Santos (2014) argumentan, esta interacción encarna un rasgo distintivo de la cibercultura, donde las prácticas colaborativas y participativas asumen protagonismo en las relaciones sociales, evidenciando la centralidad del involucramiento

crítico en las dinámicas digitales. En las plataformas de redes sociales, las interacciones van más allá de la simple transferencia de datos, funcionando como espejos de rasgos identitarios y posicionamientos subjetivos.

Porto y Santos (2011) postulan que la construcción identitaria se entrelaza de manera indivisible con las relaciones de alteridad y los eventos históricos que delinean las experiencias individuales. Los entornos digitales se consolidan como espacios de resignificación continua, en los cuales los intercambios interpersonales no solo reflejan, sino que también moldean los procesos de autodefinición y sociales, reconfigurando incesantemente el tejido relacional de la contemporaneidad.

La teoría de la evaluación de resultados desarrollada por Goffman (1955), con énfasis en el concepto de máscara, ofrece una lente analítica fundamental para la comprensión de las dinámicas conductuales en la sociedad. El individuo emprende de forma deliberada para proyectar una imagen de sí mismo que no solo sea coherente, sino que también se ajuste a las normas y expectativas del entorno en el que se inserta, modulando estratégicamente su presentación personal.

Originalmente concebida para esclarecer interacciones cara a cara, se revela igualmente pertinente en el dominio digital, donde la construcción y la curaduría del yo asumen contornos aún más complejos. En los espacios virtuales, la gestión de la identidad está marcada por una intencionalidad meticulosa, reflejando tanto las posibilidades tecnológicas como las demandas de validación social que caracterizan estas arenas interactivas.

El énfasis en el intercambio y la reflexión proporcionada por los comentarios, como afirman Porto y Santos (2014), evidenció la capacidad del individuo de gestionar su imagen. El comportamiento participativo y reflexivo, expresado mediante acciones como compartir y comentar, indica la continuidad del fenómeno de adaptación identitaria, ahora insertado en un nuevo escenario social. Las redes sociales, por lo tanto, constituyen espacios de construcción identitaria, en los cuales la interacción social no se limita a la difusión de información, sino que se configura como un mecanismo de afirmación subjetiva y búsqueda de aceptación y reconocimiento social.

Así, la dinámica de autogestión de la impresión se refleja también en las prácticas contemporáneas de las redes sociales, donde la construcción de la identidad, al mismo tiempo que se fundamenta en respuestas a situaciones, está profundamente influenciada por las condiciones históricas y sociales que moldean la subjetividad de los individuos. Las redes sociales se presentan, por lo tanto, como espacios de reconfiguración continua de la identidad,

en los cuales las interacciones no solo divulgan, sino que también refuerzan las máscaras sociales de los sujetos, que constantemente buscan equilibrar el yo socializado y el yo interior, confrontando las expectativas externas con las construcciones internas de la identidad (Miranda; Kim & Summers, 2015).

En este entorno, la producción de imágenes, videos y textos está estrechamente relacionada con la expectativa de compartir y el reconocimiento social. El fenómeno ilustra la creciente centralidad de la visibilidad en las interacciones digitales, otorgando a las prácticas comunicativas una dimensión simbólica significativa (Cover, 2015).

Además, las redes sociales proporcionan un registro duradero de las interacciones, permitiendo el almacenamiento y la replicación de contenidos. Esta característica no solo preserva la memoria digital, sino que también amplía el alcance de los mensajes, favoreciendo tanto la valorización como la crítica a los contenidos difundidos. Recuero (2017) enfatizó que la participación en redes sociales está motivada por el valor en las conexiones establecidas, configurándose como un espacio de capital social activo.

2.2. LOS GRUPOS DE FACEBOOK: ESPACIOS DIGITALES DE INTERACCIÓN, COMUNIDAD Y LAZOS SOCIALES

En 2010, Facebook implementó la funcionalidad de Grupos, creando un espacio dedicado a la promoción de debates e interacciones centradas en temas específicos. Aunque la plataforma ya ofrecía otras opciones de interacción, como páginas y *chats* privados, se observaba una creciente demanda por un ambiente que favoreciera la organización de usuarios con intereses comunes (Wang; Woo; Quek; Yang & Liu, 2012). Menos de una década después de su introducción, los grupos se convirtieron en entidades de considerable relevancia y de contenidos más intensos y dinámicos, contrastando con la tradicional línea de tiempo (Afroz; Ramlan; Islam & Anny, 2020).

Los grupos de Facebook se consolidaron como espacios de interacción virtual altamente relevantes, impulsando la circulación de contenido y la participación activa de los usuarios, distribuidos en categorías como Identidad, Salud y Cultura (Aragão; Gubert & Vieira, 2021). Los ambientes favorecen la formación de vínculos sociales profundos, posibilitando el intercambio de experiencias que enriquecen la dinámica de los grupos. La literatura sobre las dinámicas de grupos online delineó una dicotomía fundamental entre dos perfiles de participantes: los *posters*, agentes activos que actúan en el sostenimiento de las interacciones sociales, y los *lurkers*, caracterizados por una postura observacional que se

limita al consumo pasivo de contenidos, sin contribuciones directas al diálogo. La prevalencia de estos últimos, según señaló Quinaud (2020), puede tener un impacto perjudicial sobre la vitalidad de los intercambios colectivos, comprometiendo la fluidez de las interacciones y la pertinencia de los contenidos generados.

Tal desequilibrio, al socavar el compromiso discursivo, amenaza la propia eficacia comunicativa de estos espacios, evidenciando los desafíos inherentes al mantenimiento de comunidades virtuales robustas y funcionales. El nivel de compromiso online, aspecto central del comportamiento digital, emerge como un elemento de gran significado para el bienestar de los usuarios. Estudios como el de Abjaude, Pereira, Zanetti & Pereira (2020), señalaron que la participación activa en plataformas digitales puede mejorar el bienestar social, influir positivamente en la autoestima y reducir los niveles de estrés y depresión.

La pasividad de los "lurkers" puede, a su vez, comprometer el bienestar subjetivo, lo que evidencia la importancia de fomentar la participación activa. Las interacciones generadas por los comentarios en los grupos de Facebook también moldean e influyen en las opiniones de los participantes y su disposición para interactuar en discusiones en redes sociales, lo que contribuye a la construcción de una comunicación más plural y democrática (Castellacci & Tveito, 2018).

El comportamiento online frecuentemente refleja las interacciones presenciales de los individuos, con personas más activas offline tendiendo a replicar este patrón en el ambiente digital (Falavarjani; Zarrinkalam; Jovanovic; Bagheri & Ghorbani, 2019). La importancia atribuida al grupo, especialmente en cuanto a su relevancia en la rutina diaria, emerge como un factor predominante para la participación activa.

Aspectos como la intimidad del grupo, la calidad de las discusiones, la rapidez en las respuestas y la relevancia de los temas discutidos garantizan el compromiso de los miembros, especialmente en grupos de apoyo y discusiones políticas (Guimarães, 2011). La investigación sobre grupos cerrados de Facebook ofrece un análisis detallado de la dinámica de compromiso, considerando tanto a los observadores como a los participantes activos y destacando la importancia de la igualdad de participación para el mantenimiento de un ambiente social saludable y productivo (Felcher; Ferreira & Folmer, 2017).

Concomitantemente, las dinámicas de agencia de los usuarios en la construcción de la comunicación interpersonal en grupos online emergen como un vector en la configuración de las interacciones virtuales (Galasso, 2013). El espacio sociodigital en el que el sujeto se encuentra inscrito ejerce una influencia predominante sobre los flujos comunicativos, superando, en relevancia, la mera métrica del intervalo temporal entre los mensajes. Tal

constatación amplía las posibilidades hermenéuticas de los intercambios en el ciberespacio, desplazando el enfoque hacia los procesos relacionales que subyacen a las interacciones. Adicionalmente, la difusión de prácticas sociales en estos ambientes puede entenderse como un presagio de patrones informacionales futuros, en los cuales la homofilia, la tendencia a la afinidad con semejantes y los mecanismos de influencia social delinean la estructura de las redes digitales (Kossinets & Watts, 2009).

La plataforma Facebook destaca por otorgar una flexibilidad notable en cuanto a las configuraciones de privacidad, permitiendo a los administradores de grupos calibrar el grado de visibilidad de los contenidos compartidos (De Camargo, 2014). La tripartición de los grupos en categorías públicos, cerrados o secretos repercute directamente en la accesibilidad de la información, constituyendo un elemento crucial para comunidades que tratan temas sensibles, como los grupos de apoyo.

En estos casos, la garantía de confidencialidad se revela un pilar para la consolidación de la confianza mutua y el fortalecimiento de los vínculos sociales entre los participantes (Santos, 2016). Para Malinem (2021), el control ejercido dentro de estos grupos asume una centralidad analítica, en la medida en que permite la institución de normas que regulan la interactividad. Tales directrices, al orientar las discusiones hacia los ejes temáticos previamente definidos, funcionan como salvaguardias contra digresiones e inserciones de contenidos inoportunos. Los sistemas de moderación y los códigos de conducta se erigen como instrumentos para preservar un ambiente digital seguro y respetuoso, asegurando que los intercambios permanezcan alineados con los propósitos colectivos y una experiencia coherente para todos los involucrados.

La dimensión colaborativa de los grupos fortalece el sentimiento de integración comunitaria, ofreciendo a los individuos un apoyo significativo a lo largo de sus trayectorias personales. La interacción, estructurada en torno a temáticas específicas, delinean un ambiente favorable al acogimiento y la productividad, en el cual el intercambio de experiencias se convierte en un manantial de aprendizaje y estímulo recíproco (Mitchell, 2024).

La relevancia de los grupos en Facebook radica en su capacidad para fomentar debates sustantivos e intercambios significativos, los cuales, al aprovechar la funcionalidad de la plataforma, fortalecen el capital social y reconfiguran el panorama digital contemporáneo al promover la inclusión y el apoyo mutuo en vulnerabilidad. A medida que los usuarios recurren a tales espacios en busca de apoyo y diálogo, estos ambientes se afirman como

instrumentos notables para consolidar vínculos y edificar comunidades virtuales, en la conexión entre sujetos unidos por afinidades compartidas (Manca & Ranieri, 2016).

Los grupos exhiben una dinámica intrínseca, marcada por procesos de formación, evolución, sostenimiento y, a veces, disolución. Este ciclo refleja una propensión humana arraigada al agrupamiento, siendo la cohesión entre los miembros una característica recurrente que permea tales colectividades. Esta cohesión favorece el entrelazado de relaciones, generando un sentido de pertenencia que vincula a los participantes a un todo, sea este un equipo laboral, una organización o una comunidad, constituyendo uno de los fundamentos de las interacciones interpersonales (Andersen, 2020).

Sin embargo, aunque el pertenecer figure como un elemento estructural del bienestar social, puede transformarse en una trampa cuando carece de anclaje ético, racionalidad o apertura cognitiva. En ausencia de estos parámetros, la cohesión grupal tiende a restringir la inventividad y el progreso, erigiendo barreras a la emergencia (Griffin, 1986). El comportamiento grupal, a menudo, refleja aspectos arcaicos e inmaduros del funcionamiento psicológico, siendo influenciado por esquemas cognitivos irracionales que permanecen a lo largo del tiempo (Westen, 1991).

El fenómeno, al manifestarse en una diversidad de formas y grados, apunta hacia la persistencia de necesidades originarias de la primera infancia, como la búsqueda de apego y contacto físico, que si no se integran adecuadamente pueden dar origen a actitudes impulsivas y prejuiciosas (Duckitt, 1992).

En cuanto a los grupos, Facebook ofrece un ambiente digital en el que personas con intereses similares pueden reunirse para compartir conocimientos y debatir temas de interés común. Estos grupos varían en términos de privacidad, con opciones públicas y privadas, y pueden ser accesibles mediante búsquedas o invitaciones. La gestión de los grupos es realizada por administradores, quienes tienen la responsabilidad de definir reglas, seleccionar participantes y organizar las interacciones. Tanto administradores como miembros pueden contribuir con la creación y el intercambio de contenido, en un ambiente de cooperación y aprendizaje mutuo (Van Dijck, 2012).

La estructura normativa y la organización de los grupos en Facebook se consolidan como instrumentos decisivos de regulación de las interacciones entre los usuarios. Las reglas, forjadas de manera colaborativa, demuestran mayor eficacia en relación con las directrices genéricas de la plataforma, ya que se originan de las vivencias y demandas específicas de los propios miembros. Tal proceso confiere a estas normas una legitimidad ampliada y una

pertinencia singular, derivadas de su anclaje en prácticas concretas y situadas (Brandtzæg, Lüders & Skjetne, 2010).

Estos grupos se configuran como espacios de convergencia en torno a temáticas particulares, funcionando como enclaves de información y ordenamiento. Ante el creciente desvanecimiento de la hegemonía de los medios de comunicación tradicionales sobre los flujos informacionales, tales ambientes emergen como arenas privilegiadas en las que los usuarios ejercen agencia en la definición de los temas de debate y en las dinámicas relacionales. La elaboración de normas y la construcción de una identidad colectiva se revelan, así, respuestas estratégicas a las condiciones contemporáneas de la comunicación digital, frecuentemente marcada por la filtración de contenidos orientada por lógicas preestablecidas (Van Dijck, 2012).

Este ambiente controlado permite que los usuarios aborden temas de manera más específica, contribuyendo a la creación de una identidad estética que refleja las particularidades de ese grupo. La interacción se vuelve más significativa, posibilitando un diálogo abierto y centrado en intereses comunes, lejos de las limitaciones de las redes sociales convencionales (Brickman Bhutta, 2012).

La importancia de estos grupos radica en la capacidad de generar discusiones relevantes y de permitir que los usuarios se sientan parte de una comunidad. El control interno y la dinámica de moderación refuerzan el sentido de pertenencia, transformando los grupos en espacios acogedores y productivos. Así, las reglas establecidas no solo regulan, sino que también fortalecen las conexiones entre los miembros, creando un ambiente propicio para el intercambio de experiencias y el apoyo mutuo (Wasko & Faraj, 2000).

La teoría de Robin Dunbar sobre el límite cognitivo para la gestión de relaciones humanas destaca que, a lo largo de la historia, los individuos mantienen un número máximo de alrededor de 150 conexiones significativas, conocidas como "número de Dunbar" (Lindenfors; Wartel & Lind, 2021). Este análisis sugiere que las interacciones sociales se organizan en capas, estructuradas en círculos de intimidad, desde un pequeño grupo de tres a cinco personas con quienes hay fuertes lazos emocionales y frecuentes interacciones, hasta grupos más grandes, como el círculo de 150 contactos que se mantienen por interacciones ocasionales. La comunicación digital, especialmente en plataformas como Facebook, permite entender la dinámica de las redes (Wellman, 2012).

La hipótesis de Dunbar, aunque desarrollada antes de la llegada de las redes sociales, se aplica de manera intrigante a los contactos mediados por las plataformas digitales. Los grupos en Facebook funcionan como extensiones de esos círculos de intimidad, permitiendo

que las personas mantengan relaciones que, de otro modo, estarían sujetas a la deterioración por la falta de interacción presencial (Lindenfors; Wartel & Lind, 2021).

La estructura en círculos propuesta por Dunbar, al confrontarse con la lógica de las redes sociales digitales, revela que los lazos débiles, antes fácilmente rotos, ahora se preservan a través de interacciones esporádicas y digitales, ampliando la capacidad de gestionar más relaciones sin comprometer la calidad de los lazos fuertes (Gonçalves; Perra & Vespignani, 2011).

La conectividad en las redes sociales supera las barreras tradicionales identificadas por Dunbar. La organización de las relaciones pasa a depender menos de encuentros físicos y más de la mediación tecnológica, lo que favorece el mantenimiento de un mayor número de contactos en redes más amplias y diversificadas. Así, las redes sociales contemporáneas amplían la lógica de circulación de bienes relacionales, en el intercambio de información y apoyo mutuo entre individuos conectados por lazos débiles y fuertes, creando dinámicas que refuerzan el capital social de forma acumulativa y recíproca (Wellman, 2012).

La noción de anomia, según se aborda por Émile Durkheim en su obra *El Suicidio* (2004), posee un carácter fundamental para comprender las dinámicas sociales y sus implicaciones en los comportamientos individuales, especialmente en las sociedades modernas. Durkheim (2004) definió la anomia como la ausencia o fragilidad de las normas sociales que orientan el comportamiento de los individuos, generando una desorganización de las relaciones sociales y, en consecuencia, un debilitamiento de los lazos sociales. En una sociedad marcada por la transición y el crecimiento de las relaciones impersonales, como se observa en las interacciones digitales contemporáneas, la anomia puede ser vista como uno de los principales factores que afectan la cohesión y la estabilidad social.

En los grupos de Facebook, la ausencia de normas colectivas bien definidas puede generar una fragmentación de las interacciones, ya que, al mismo tiempo que existe una gran flexibilidad en las formas de interacción, la falta de un sistema de reglas compartidas puede favorecer comportamientos desorganizados o incluso alejados de las expectativas sociales más amplias. En muchos casos, esta flexibilización de las normas sociales digitales da lugar a comportamientos contradictorios, como el aislamiento de individuos que, a pesar de estar insertados en redes sociales amplias, no establecen vínculos significativos y profundos, configurando una especie de anomia digital (Frischlich, 2022).

La ausencia de una moral colectiva clara en ambientes digitales, tal como ocurre en muchos grupos de Facebook, da lugar a un ambiente propicio para la dispersión de valores y la individualización de las relaciones, fenómeno que favorece la búsqueda de respuestas o

experiencias superficiales, sin un vínculo real de pertenencia y compromiso. En contraste, Durkheim (2004) argumentó que los lazos sociales fuertes, mediados por la moralidad compartida, son fundamentales para un equilibrio social y para proteger a los individuos de la sensación de desamparo existencial. Así, la anomia digital puede ser vista como un desafío en los grupos en línea, ya que la falta de una moral colectiva genera distorsiones en las interacciones y dificulta la construcción de una verdadera cohesión entre los miembros (Van Bavel; Robertson; Del Rosario; Rasmussen & Rathje, 2024).

La reflexión sobre la anomia, por lo tanto, permite analizar críticamente cómo la estructura y la calidad de los lazos sociales en grupos digitales, como los de Facebook, son fundamentales para una interacción saludable, que trascienda el mero contacto superficial y se enfoque en la construcción de vínculos más sólidos y significativos. Es en este contexto que la comprensión de las dinámicas de interacción, según Durkheim (2004), se revela indispensable para evaluar las implicaciones sociales y psicológicas de la participación digital en plataformas como Facebook, especialmente cuando se considera el impacto de una moral colectiva ausente o debilitada.

En la literatura antropológica, el término "grupo" se utiliza en situaciones ampliamente variadas, tanto en enfoques etnográficos como teóricos, lo que otorga a la palabra un significado de contornos complejos. Su uso en la disciplina frecuentemente requiere especificaciones adicionales, como "grupo doméstico", "grupo de descendencia", "grupo étnico", entre otros, para delimitar con mayor claridad el contexto en cuestión. En general, la antropología adopta las concepciones de la sociología sobre el tema, considerando como grupo un conjunto de individuos interrelacionados mediante un proyecto o identidad común, reconocida tanto por los miembros del grupo como por observadores externos (Cohen, 1978).

El enfoque de la antropología en el estudio de los grupos refleja diferentes intereses teóricos y metodológicos, pero es posible identificar un punto común entre estos enfoques: la preocupación por la cohesión social. Este tema, que remonta a los estudios realizados desde finales del siglo XIX, impregna el trabajo de varios autores. Sin embargo, en muchos de estos estudios, los problemas relacionados con la cohesión, la solidaridad y la integración social son atribuidos a enfoques evolutivos, como el funcionalismo, en detrimento de las corrientes más orientadas al evolucionismo antropológico (Gusmão, 2008).

La conceptualización de grupo trasciende la mera agregación de individuos, no presuponiendo necesariamente una estructura formal, aunque dicho atributo pueda adoptarse como criterio para su categorización. Otros elementos, como la continuidad temporal, los procedimientos de incorporación de miembros y los intereses compartidos relacionados, por

ejemplo, con recursos productivos, prácticas rituales o posesión de bienes ejercen una influencia significativa en la configuración de las dinámicas grupales (Turner, 1969).

Los grupos se caracterizan por finalidades específicas que sustentan su existencia, generalmente clasificadas en tres dimensiones: la función ejecutiva, la función de control y la función expresiva. La dimensión ejecutiva abarca la capacidad del grupo para ajustarse a su entorno natural y social, concretando propósitos como la administración de recursos o la realización de actos ceremoniales. Mientras que la función de control se manifiesta a través de dispositivos que aseguran la preservación de la estructura y de los objetivos colectivos, ya sea mediante la aplicación de normas de comportamiento explícitas o por la movilización de estrategias de reclutamiento (Radcliffe-Brown, 1940).

Por su parte, la función expresiva se relaciona con la capacidad del grupo para ofrecer satisfacción psicológica y emocional a sus miembros. Aunque analíticamente distintas, estas dimensiones se entrelazan en la práctica, manifestándose de manera variable según el grado societal. En sociedades estratificadas, por ejemplo, los grupos ocupacionales tienden a priorizar la función ejecutiva, mientras que entidades represivas, como las fuerzas policiales, se concentran en el mantenimiento del control, y colectivos de especialistas simbólicos, como artistas e intelectuales, se inclinan hacia la dimensión expresiva (Turner, 1969).

La diversidad de grupos en la literatura antropológica es frecuentemente acompañada de especificaciones que buscan el tipo de organización o identidad social que los caracteriza, abarcando categorías como residencia, descendencia, etnia, edad y sexo. Estos agrupamientos, como los grupos de residencia, grupos de descendencia o grupos etarios, reflejan diferentes niveles de organización social e identitaria, cada uno con sus características particulares (Radcliffe-Brown, 1940).

Los grupos primarios, una categoría ampliamente discutida en la antropología, están compuestos por pequeñas unidades sociales, como familias, vecindarios y grupos de trabajo, que están directamente en contacto en el día a día. Los grupos son fundamentales para la construcción de la comunidad, siendo considerados "ladrillos" que forman la base de la sociedad, el proceso de socialización y en la transmisión de normas (Malinowski, 1922).

En el nivel superior, se encuentran las pequeñas comunidades, que, aunque derivan de grupos primarios, se consideran unidades sociales más integradas, tal como lo describe Robert Redfield (1930). Las pequeñas comunidades, a lo largo del tiempo, han sido objeto de estudio en diferentes culturas, revelando tanto semejanzas como diferencias significativas en cuanto a la dinámica social y la estratificación, dependiendo de la sociedad en cuestión.

Por lo tanto, las pequeñas comunidades pueden manifestarse tanto en sociedades occidentales como en sociedades fuera de la tradición euroamericana, pero, en ambas, la interconexión entre los diversos niveles de la vida social es evidente, dificultando la distinción clara entre los aspectos económicos, rituales y simbólicos en las interacciones sociales (Robert Redfield, 1930).

Los grupos, como unidades fundamentales de organización social, son analizados desde diversas ópticas en la antropología. La comprensión de sus funciones y estructuras, así como la relación entre los diferentes tipos de grupos, ofrece una visión detallada de las dinámicas sociales que sustentan las sociedades humanas, revelando la profundidad de las interacciones entre los individuos y los colectivos en los que están insertados (Oliveira & Maio, 2011).

Los grupos en Facebook emergen como una modalidad renovada de organización social, configurando espacios en los cuales los usuarios articulan libremente y se entrelazan en torno a afinidades compartidas. La dinámica de estas interacciones, moldeada por las aspiraciones y demandas de los participantes, engendra una densa y significativa trama relacional, que actúa como contrapunto a la anomia descrita por Durkheim (1983). El carácter colaborativo y regulado de estos ambientes favorece la emergencia de vínculos sociales que, aunque distintos de las formas convencionales, se muestran igualmente estructurantes para la cohesión social.

Las interacciones en los grupos de Facebook desvelan la red de socialización, construcción identitaria y apoyo comunitario, configurando arenas en las cuales diferentes segmentos sociales como educadores y mujeres encuentran espacios propicios para diálogos sustantivos, intercambio de experiencias y expansión del capital social (Porto & Santos, 2014). Estos ambientes trascienden la funcionalidad meramente comunicativa, erigiéndose como territorios de pertenencia. Julian Rotter (1954), en el ámbito de la teoría del aprendizaje social, delineó al individuo en cuanto al origen de los eventos y desdoblamientos en su existencia, distinguiendo entre un polo interno en el cual el sujeto atribuye los resultados a sus acciones, elecciones y capacidades y un polo externo, en el que los acontecimientos se interpretan como fruto de fuerzas exógenas, como el azar, el destino o la intervención de terceros.

En este sentido, los grupos en Facebook operan como instrumentos privilegiados para la exploración de la identidad, especialmente entre comunidades marginadas. A ejemplo de los jóvenes musulmanes, tales plataformas digitales facilitan la contestación de narrativas hegemónicas y la articulación colectiva en torno a objetivos compartidos (Storer-Church,

2016). La capacidad refleja un locus de control interno[4], en los que los miembros perciben su participación como un vector de transformación social y reconfiguración identitaria. La riqueza de estos intercambios, por lo tanto, reside en la posibilidad de que los individuos modelen activamente el curso de las interacciones, contrarrestando la pasividad asociada a un locus externo, donde los resultados serían vistos como independientes de su influencia.

Sin embargo, la potencia de estos espacios no está exenta de desafíos. Cuestiones relacionadas con la privacidad y la moderación surgen como tensiones significativas, capaces de debilitar la confianza y restringir el compromiso de los participantes. La intersección entre el locus de control y las dinámicas grupales revela, así, una dualidad: mientras el control interno impulsa la participación activa y la resiliencia comunitaria, las limitaciones impuestas por factores externos como fallas en la regulación o violaciones de confidencialidad pueden minar el sostenimiento de estos vínculos. El análisis integrado de estas dimensiones, la naturaleza de los grupos en Facebook como locus de negociación[5] entre autonomía, identidad e interdependencia social.

El compromiso social en los grupos de Facebook está moldeado por factores estructurales, sociales y emocionales. La densidad y la agrupación de la red, por ejemplo, son factores estructurales que fomentan interacciones más frecuentes, ya que los usuarios tienden a conectarse con otros que comparten lazos más fuertes (Manca & Ranieri, 2016). La presencia de relaciones triádicas también influye en el compromiso, debido a la transitividad,

[4] O "locus de controle interno" constitui uma dimensão do constructo psicológico elaborado por Julian Rotter na década de 1950, integrado à teoria da aprendizagem social. Refere-se à crença de um indivíduo de que os eventos e resultados de sua vida derivam predominantemente de suas próprias ações, decisões e competências. Quem possui um locus interno tende a perceber-se como agente ativo de seu destino, atribuindo êxitos ou fracassos a fatores sob sua influência, como esforço, planejamento ou habilidade. Essa orientação psicológica está associada a comportamentos proativos, maior resiliência frente a adversidades e uma postura de autoconfiança, conforme demonstrado em estudos sobre motivação e autoeficácia (Bandura, 1997). Em ambientes sociais, como os grupos digitais, o locus interno pode se manifestar na participação ativa, na liderança de discussões ou na capacidade de moldar dinâmicas coletivas, refletindo uma percepção de autonomia e domínio sobre as interações.

[5] O "locus de negociação" se distingue por sua natureza processual e dialógica. Ele não é fixo, mas emergentemente constituído pelas interações que o atravessam, refletindo uma tensão contínua entre autonomia individual e interdependência coletiva. Nesse sentido, a negociação pode envolver a definição de normas grupais, a mediação de conflitos ou a construção de consensos, sendo influenciada por fatores como a estrutura da plataforma, o perfil dos participantes e os objetivos compartilhados. Um exemplo concreto seria a moderação em grupos online: os administradores e membros negociam ativamente os limites da privacidade e da expressão, configurando um equilíbrio que sustenta ou fragiliza a coesão comunitária.Analiticamente, o conceito permite explorar como o poder e a identidade são performados e renegociados em espaços sociais. Enquanto o "locus de controle" foca na percepção interna de um indivíduo, o "locus de negociação" abrange o terreno onde essas percepções se confrontam e se transformam em práticas coletivas. Assim, ele oferece uma lente para compreender a complexidade das interações humanas, especialmente em ambientes digitais caracterizados por alta conectividade e constante reconfiguração.

es decir, cuando las conexiones mutuas entre los usuarios fomentan la participación activa (Doran *et al.*, 2013).

El uso de grupos de Facebook como herramienta educativa ha sido ampliamente investigado, destacándose su potencial para el aprendizaje activo, la colaboración y la comunicación entre estudiantes, algo que los sistemas tradicionales de gestión de aprendizaje no pueden ofrecer. Los estudios de Manca y Ranieri (2016) indicaron que los estudiantes tienden a interactuar más en los grupos de Facebook que en la gestión del aprendizaje, debido al ambiente informal y accesible de estas plataformas, que favorece la construcción de conexiones afectivas entre los estudiantes, creando un espacio en el que se apoyan mutuamente, lo cual es fundamental para el aprendizaje colaborativo.

Sin embargo, no todos los estudiantes muestran una adhesión positiva a esta herramienta. Se citan frecuentemente resistencias relacionadas con la privacidad y la confusión sobre los límites entre las esferas académica y social (Madge; Meek; Wellens & Hooley, 2009). La resistencia es más evidente en estudiantes sin experiencia previa con el uso educativo de Facebook o cuando este reemplaza un Learning Management System (LMS) tradicional. Cuando los grupos de Facebook se ofrecen como una opción complementaria y no obligatoria, las preocupaciones relacionadas con la privacidad y los límites sociales tienden a disminuir, favoreciendo la aceptación de la herramienta (Manca & Ranieri, 2016).

Hung & Yuen (2010) mostraron que la mayoría de los estudiantes perciben los grupos de Facebook como una valiosa adición a su proceso educativo, facilitando la comunicación y el intercambio de recursos. Además, estos grupos son vistos como una plataforma que ayuda a aumentar el sentido de pertenencia y la conexión social, independientemente de la distancia física entre los participantes (Irwin; Ball; Desbrow & Leveritt, 2012).

La conexión social, asociada con el uso de Facebook, ha mostrado impactos positivos en otras áreas del aprendizaje, como la relación con el profesorado, el compromiso con el curso, el estrés relacionado con el curso y la satisfacción con el curso (Hurt *et al.*, 2012).Aunque los efectos del uso de grupos de Facebook en el compromiso académico y el estrés relacionado con el curso no son concluyentes, se puede afirmar que la conexión social proporcionada por estos grupos tiende a influir positivamente en la motivación y el bienestar de los estudiantes (Wentzel, 1998).

La presencia del grupo como un ambiente de apoyo social ha demostrado ser eficaz en la reducción del estrés académico, proporcionando a los estudiantes una forma más directa de interacción con compañeros y profesores (Manca & Ranieri, 2016).

La implementación de grupos oficiales del curso en Facebook, por lo tanto, no solo facilita el aprendizaje colaborativo, sino que también crea un ambiente propicio para fortalecer los lazos sociales y aumentar la satisfacción general con el curso (Manca & Ranieri, 2016). La interacción digital puede ampliarse aún más al considerar comunidades específicas, como grupos destinados a educadores o mujeres, que utilizan Facebook para discutir cuestiones pertinentes a sus experiencias. Estos espacios funcionan como resistencias y como mecanismos de apoyo y construcción de significados colectivos, promoviendo así la autoformación y el apoyo mutuo (Cohen & Wills, 1985).

La interacción en los grupos de Facebook entrelaza dimensiones estructurales, sociales y afectivas, y desempeña de manera determinante la configuración de la calidad del compromiso y el apoyo comunitario. Estructuralmente, la plataforma tiene herramientas que organizan la participación, como reglas de grupo y algoritmos de visibilidad, mientras que socialmente fomenta la creación de redes de relaciones que trascienden las barreras geográficas, promoviendo el intercambio de experiencias y el fortalecimiento de vínculos. Afectivamente, los espacios se convierten en arenas de expresión emocional, donde surgen sentimientos de pertenencia, empatía o, a veces, conflicto con intensidad. La naturaleza colaborativa y abierta de los grupos abre nuevas posibilidades de aprendizaje colectivo, ya sea a través del intercambio de conocimientos prácticos, debates intelectuales o apoyo mutuo en temas específicos, enriqueciendo la experiencia de los participantes.

Sin embargo, esta misma apertura conlleva desafíos que requieren atención. Una investigación de Dupuis, Khadeer y Huang (2024) presentó el riesgo de ciberacoso, una práctica que puede minar la seguridad psicológica y la confianza dentro de estas comunidades virtuales. Otros peligros potenciales incluyen la difusión de desinformación, la polarización de opiniones y la exposición excesiva de datos personales, lo que requiere que los usuarios y moderadores adopten una postura reflexiva y proactiva para proteger la integridad de estos espacios como el acceso al apoyo social y la ampliación del aprendizaje coexisten con desafíos que no pueden ser ignorados.

Para navegar, son necesarias estrategias deliberadas de gestión, que incluyen desde la implementación de normas claras y mecanismos de moderación eficaces hasta la promoción de una cultura de respeto y responsabilidad digital, garantizando que el potencial positivo de estos entornos se realice plenamente mientras se minimizan los riesgos.

Los diálogos percibidos como "interesantes" demuestran capacidad para resonar intensamente en la arquitectura de las redes, estimulando la participación activa de los usuarios, ampliando la difusión de temas y consolidando la cohesión entre los miembros. Al

involucrarse en debates sustanciales, los individuos refuerzan los lazos interpersonales, generando un sentido de pertenencia y solidaridad que permea las interacciones. Este involucramiento continuo y profundo nutre la conexión entre los participantes, favoreciendo la formación de relaciones duraderas y el florecimiento de un ethos colaborativo dentro de la comunidad (Baccarella, Wagner, Kietzmann & McCarthy, 2018).

El impacto acumulado de estas dinámicas resulta en una cohesión grupal ampliada, en la que los vínculos sociales se intensifican, pavimentando el camino hacia una colaboración más fluida y eficiente. Los grupos que alcanzan tal grado de integración muestran una mayor eficacia en el intercambio de recursos, apoyándose mutuamente y cultivando un entorno comunitario vigoroso. Esta sinergia refleja el poder de los espacios virtuales para catalizar formas renovadas de interacción social.

Los grupos de Facebook comparten rasgos con otras modalidades de sociabilidad, especialmente en la trama de las relaciones entre los miembros. Sin embargo, se distinguen por la profundidad de esas conexiones, que trascienden el mero intercambio de contenidos para abarcar una producción diversa y rica, impulsada por los propios integrantes. La dinámica se sostiene por la convergencia de usuarios, canales y herramientas en una esfera virtual análoga a una plaza pública, donde la pluralidad emerge como un atributo distintivo (Dupuis, Khadeer & Huang, 2024).

La evolución de las funcionalidades de las redes sociales, según lo discutido por Kietzmann, Hermkens, McCarthy & Silvestre (2011), se estructura en siete bloques interconectados, que son: identidad, conversación, compartición, presencia, relaciones, reputación y grupos. Las funciones, en el caso de Facebook, ofrecen a los usuarios diversas formas de interactuar y construir su presencia en línea, convirtiendo la plataforma en una herramienta eficaz para el mantenimiento y la ampliación de redes sociales. A través de las funcionalidades, Facebook permite que los individuos construyan identidades digitales, gestionen sus interacciones y compartan sus experiencias, creando una red dinámica.

En el ámbito de la identidad, la elaboración de una representación digital personal se concreta a través de elementos como fotografías, videos, actualizaciones de estado y datos biográficos. Facebook pone a disposición recursos de personalización incluidos intereses, ocupación y ubicación, que permiten a los usuarios mostrar múltiples dimensiones de sus existencias. Además, la plataforma propicia la emergencia de identidades colectivas a través de grupos y páginas, articulando individuos en redes sociales simultáneamente amplias y específicas, lo que acentúa la plasticidad de las representaciones en el dominio virtual (Brugnoli, Cinelli, Zollo, Quattrociocchi & Scala, 2019)

La conversación constituye un eje estructurante de Facebook, viabilizando interacciones tanto asincrónicas como sincrónicas. Los usuarios disponen de herramientas como mensajes privados, comentarios en publicaciones, *chats* colectivos y reacciones expresivas como “me gusta”, que les permiten manifestar posicionamientos y sostener diálogos. Este arreglo engendra una forma de comunicación fluida y continua, frecuentemente mediada por componentes visuales, lo que confiere a los intercambios un carácter al mismo tiempo inmediato e indirecto, ampliando su densidad relacional (Ellison, Steinfield & Lampe, 2007).

El compartir, por su parte, destaca como un bloque funcional saliente, habilitando a los usuarios a difundir contenidos variados, como textos, imágenes, videos e hipervínculos. Este flujo informativo dinamiza las redes sociales, acelerando la propagación de ideas entre los participantes y favoreciendo la viralización de narrativas. Al posibilitar la circulación tanto de producciones propias como ajenas, Facebook estimula la formación de nuevos vínculos e interacciones, instaurando un ciclo continuo de visibilidad y compromiso que repercute en las dinámicas de la plataforma (Montin, 2018).

La presencia en Facebook se indica mediante la actualización constante del estado y la ubicación de los usuarios, quienes pueden compartir su posición geográfica mediante “check-ins”. Esto crea una sensación de proximidad e inmediatez, ya que las actividades de los usuarios son visibles en tiempo real, permitiendo que otros miembros de la red conozcan sus acciones o pensamientos en ese momento. Los cambios instantáneos en el feed de noticias ejemplifican cómo la presencia en Facebook es fluida e interconectada con las interacciones que ocurren continuamente.

El bloque de relaciones es fundamental para la construcción y ampliación de redes sociales. Facebook posibilita a los usuarios la creación de vínculos personales y profesionales, ya sea mediante amistades o siguiendo páginas y grupos. Las interacciones, como los “me gusta” y los comentarios, refuerzan estos lazos, permitiendo que las relaciones se profundicen o se vuelvan más superficiales, dependiendo de la intensidad del intercambio de interacciones. La calidad de estas conexiones varía conforme a las elecciones de interacción de cada individuo, reflejando una red social flexible y adaptable (Brugnoli, Cinelli, Zollo, Quattrociocchi & Scala, 2019).

La reputación en Facebook emerge como un constructo dinámico, forjado por las interacciones de los usuarios en la plataforma. El comportamiento digital manifestado a través de publicaciones, reacciones, comparticiones y comentarios delinean la forma en que los demás interpretan la presencia de un individuo. La agencia activa en grupos y debates,

sumada al feedback social recibido, contribuye a la formación de una imagen pública, que puede oscilar entre positiva y negativa. La reputación no se limita a las acciones individuales, sino que se consolida en la intersección entre el desempeño del usuario y la colectividad en la comunidad virtual (De Andrade, 2022).

El dominio de los grupos constituye una esfera privilegiada, en la que usuarios con afinidades compartidas se conectan de manera enfocada y colaborativa. En Facebook, tales espacios que pueden ser abiertos o restringidos sirven como arenas para discutir temáticas específicas, planificar actividades, distribuir recursos o consolidar vínculos en torno a propósitos comunes. A través de esta estructura, la plataforma se transforma en un terreno fértil para la formación de comunidades más íntimas, donde los miembros establecen interacciones marcadas por la convergencia y participan en intercambios de experiencias que refuerzan la cooperación digital (Kietzmann, Hermkens, McCarthy & Silvestre, 2011).

La cohesión social en los grupos de Facebook se modula por una constelación de factores, incluyendo la escala del colectivo, las affordances tecnológicas de la plataforma y las dinámicas relacionales en curso. Los grupos de menor tamaño tienden a exhibir mayor cohesión, ya que la proximidad intensifica el sentido de pertenencia entre los participantes. La interacción de los usuarios con las funcionalidades de la plataforma notablemente los grupos y los canales de conversación tiene un efecto notable en la amplificación de esta cohesión. El involucramiento activo en estas herramientas fortalece los lazos sociales, con un impacto particularmente pronunciado en comunidades rurales, donde la conectividad digital actúa como un vector de integración (Valkenburg, Peter & Schouten, 2006).

Los factores que modulan la cohesión social abarcan la escala del grupo, cuya reducida extensión frecuentemente propicia un ambiente de mayor intimidad, intensificando el sentimiento de pertenencia entre los miembros. Las funcionalidades específicas de Facebook, diseñadas para facilitar interacciones grupales, tienen un impacto notable en la consolidación de la cohesión social y la amplificación del compromiso comunitario. Además, las dinámicas relacionales se revelan determinantes, ya que la convergencia en torno a una identidad colectiva y un sentido compartido de integración actúa como mediadora de la relación entre el uso de la plataforma y la cohesión percibida (De Andrade, 2022).

En comunidades especializadas, como los grupos destinados a encuentros, los participantes se comprometen en un proceso colaborativo de construcción de sentido, compartiendo vivencias y enfrentando desafíos juntos. Esta dinámica cataliza el empoderamiento y el apoyo social, desafiando narrativas culturales marcadas por la competencia. Las relaciones sociales, reconocidas como un pilar estructurante de la

experiencia humana, encuentran en los grupos de Facebook un terreno fértil para robustecerse. A diferencia de los intercambios episódicos entre amigos en perfiles individuales, estos espacios proporcionan una arquitectura más ordenada para el diálogo y la difusión de información, sosteniendo la preservación y el fortalecimiento de los vínculos interpersonales (Brugnoli, Cinelli, Zollo, Quattrociocchi & Scala, 2019).

Los grupos en Facebook presentan tanto beneficios psicológicos como riesgos relacionados con el bienestar social. Por un lado, un sentido de comunidad, posibilita el soporte emocional entre los miembros y puede mejorar la autoestima social cuando los individuos reciben retroalimentación positiva (Valkenburg, Peter & Schouten, 2006). Además, los grupos crean un ambiente seguro para individuos introvertidos o con baja autoestima interactuar sin la presión de las interacciones presenciales (Ellison, Steinfield & Lampe, 2007). Sin embargo, el uso excesivo puede llevar a resultados negativos, como dependencia, ciberacoso y mayor vulnerabilidad emocional para aquellos cuya autoestima depende en gran medida de las amistades virtuales (Cambron, Acitelli & Steinberg, 2010).

La interacción en los grupos aumenta la confianza al facilitar retroalimentaciones positivas. Los individuos más vulnerables pueden volverse dependientes de estas interacciones para mantener su autoestima, volviéndose más susceptibles a síntomas depresivos en caso de colisiones o conflictos (Cambron, Acitelli & Steinberg, 2010).

Los grupos de Facebook también sirven como una plataforma para la compensación social y el mejoramiento social, dependiendo del perfil psicológico de los usuarios. La hipótesis de la compensación social sugiere que los individuos con baja popularidad fuera de línea pueden usar los grupos de Facebook para mejorar su accesibilidad social y su autoimagen (Zywica & Danowski, 2008).

Desde otro ángulo, los individuos con rasgos de extroversión o alta autoestima tienden a crear los grupos de Facebook como una amplificación de su sociabilidad fuera de línea, consolidando redes preexistentes y ampliando su esfera de influencia (Correa, Hinsley & du Zuniga, 2010). Además de funcionar como arenas de interacción social, estos grupos también se configuran como espacios privilegiados para el aprendizaje y el intercambio de conocimientos.

Aunque los grupos de Facebook presentan ventajas notables, no están exentos de tensiones inherentes. El uso excesivo o inadecuado puede generar un distanciamiento de las relaciones presenciales, intensificando manifestaciones de ansiedad social o depresión (Mehdizadeh, 2010). Además, las dinámicas grupales a veces perpetúan conflictos o prácticas de exclusión, impactando negativamente la autoestima de sujetos más susceptibles (Cambron,

Acitelli & Steinberg, 2010). Así, emerge la necesidad de armonizar las interacciones virtuales con los lazos fuera de línea, con el fin de atenuar los riesgos potenciales asociados. El efecto de estos grupos, sin embargo, está intrínsecamente vinculado a la calidad de los intercambios y a la proporción equilibrada entre las conexiones digitales y presenciales. Cuando se manejan de manera saludable, proporcionan un ambiente de apoyo e inclusión, favoreciendo interacciones ricas y positivas.

La mediatización de los grupos en Facebook introduce una capa adicional de complejidad. La cohesión puede verse debilitada por la concentración de poder en ciertos miembros, lo que restringe la circulación de información y compromete el compromiso colectivo. En contraste, los grupos cerrados orientados a mujeres proporcionan una sensación de seguridad y proximidad, aunque enfrentan desafíos relacionados con la privacidad y las intrincadas dinámicas derivadas de las vivencias compartidas (Brugnoli, Cinelli, Zollo, Quattrociocchi & Scala, 2019).

La estructura de los grupos refleja un interés mercadológico, sin una motivación genuina para mejorar las interacciones sociales. Lucia Santaella (2005) argumentó que la introducción de nuevos medios de comunicación transforma los ambientes culturales e impacta las interacciones sociales, volviéndose indisoluble de las fuerzas productivas de una sociedad. Así, los grupos emergen como subproductos de Facebook, creando un espacio específico dentro de una red mayor.

Aunque la línea de tiempo persiste en cada grupo, la interacción se revela más dinámica e intensa, ya que los miembros son notificados con cada nueva publicación. Henry Jenkins (2008) describió estos ambientes como "transmediáticos", donde la narrativa creada se asemeja a "un arte de construcción de universos". Este formato estimula discusiones frecuentes sobre una variedad de temas, resultando en interacciones que generan nuevas formas de comunicación, con lenguajes y contenidos propios.

La interacción frecuente en los grupos genera un ciclo continuo de compromiso, pluralizando los intercambios entre los participantes. Jenkins (2008) argumenta que tales ambientes, caracterizados por su capacidad de atraer, no se cierran en una sola manifestación o soporte mediático, revelando la diversidad de colectivos que se han consolidado desde la introducción de esta funcionalidad en 2010. Este proceso evolutivo culmina en modalidades de interacción progresivas, en las cuales los usuarios forjan conexiones densas y significativas.

Los grupos de Facebook se afirman así como espacios vivos que facilitan un intercambio rico de ideas y vivencias, subvirtiendo los paradigmas de la comunicación

convencional y proporcionando a los individuos la posibilidad de debates sustanciales e inventivos, creando un terreno fértil para la emergencia de comunidades interactivas y dinámicas (Leal, Hor-Meyll & Pessôa, 2014).

Ante la disminución del alcance orgánico de las páginas, los grupos emergen como una vía privilegiada para establecer vínculos con usuarios genuinamente comprometidos con los temas en cuestión. El compromiso activo de los miembros alimenta la generación de discusiones, publicaciones, cuestionamientos y proposiciones, instaurando una comunicación fluida y espontánea, reminiscentes de la atmósfera de un club social (Lopes, 2012).

Para Almeida (2020), un grupo se configura como una arena propicia para la comprensión de las demandas de individuos con intereses particulares, permitiendo la formulación de respuestas y soluciones ajustadas. Los temas o cuestiones destacadas, señaladas por el administrador, abren camino a alternativas, mientras que los debates prominentes pueden derivar en producciones más amplias, como ensayos en blogs o guías prácticas, intensificando la difusión del conocimiento dentro de la comunidad.

Los grupos en Facebook son espacios de interacción y socialización digital. Cada vez más, estos entornos virtuales se están convirtiendo en lugares donde los usuarios comparten intereses, intercambian información, discuten temas relevantes y forman vínculos, siendo comparados con reuniones sociales tradicionales, como lo teorizó Michel Maffesoli (1996), quien investiga las comunidades digitales y la hibridación entre lo real y lo virtual. Las tribus urbanas emergen como una expresión significativa de estas nuevas dinámicas, reuniendo individuos conectados por identidades compartidas y experiencias comunes.

Maffesoli (1996) destacó el imaginario social en la formación de identidades colectivas y en la valorización de experiencias comunitarias, proponiendo el concepto de "neotribalismo", en el que los individuos se reagrupan en pequeñas comunidades emocionales para resistir a la abstracción de las estructuras sociales contemporáneas y buscar pertenencia.

De manera complementaria, Marcel Mauss (2003), analiza cómo los intercambios de dones, lejos de ser meramente económicos, constituyen un sistema de reciprocidad que fortalece los lazos sociales. Según Mauss (2003), el acto de dar genera una obligación de reciprocidad que no es únicamente contractual, sino que está arraigada en las normas sociales y en el deseo de mantener la armonía y el equilibrio en las relaciones.

Este principio se refleja en los intercambios simbólicos presentes en las tribus urbanas y los grupos digitales, donde los actos de compartir estilos, valores o prácticas culturales funcionan como "dones" que crean y mantienen vínculos sociales. Las tribus urbanas, como surfistas, punks o hippies, descritas por Maffesoli (1996), se organizan en torno a hábitos

culturales, estilos musicales e ideologías políticas, generando espacios de resistencia y autenticidad que desafían las normas convencionales y refuerzan la interdependencia entre sus miembros mediante estos intercambios simbólicos.

De forma similar, los grupos en Facebook funcionan como plataformas digitales para la interacción y socialización, permitiendo el intercambio de intereses, discusiones temáticas y formación de vínculos, reflejando la dinámica de las reuniones sociales tradicionales. El análisis de Maffesoli (1996) sobre las comunidades digitales resalta esta fusión entre lo real y lo virtual, evidenciando la permanencia de las formas primarias de socialización incluso en entornos digitales.

El entrecruzamiento entre las tribus urbanas y los grupos en Facebook revela una dinámica de mayor envergadura: el poder de las comunidades virtuales para congregar individuos en torno a afinidades compartidas, trascendiendo limitaciones geográficas y reconfigurando los vínculos sociales. Pierre Lévy (1999), al analizar el proceso de "socio-virtualización", ya señalaba el alcance transformador de internet al reestructurar las conexiones sociales, expandiendo las fronteras de la comunicación, la colaboración y la difusión de saberes. Estos intercambios, aunque mediados por ambientes digitales, engendran modalidades renovadas de compromiso y aprendizaje, evidenciadas en comunidades virtuales de práctica.

La virtualización, según lo abordado por Pierre Lévy (1999), trasciende la oposición entre lo real y lo virtual. El autor propone que lo virtual no se opone a lo real de manera binaria, sino al actual, ya que lo virtual permanece en constante actualización, sin concretarse de forma definitiva. Lévy (1999), al inspirarse en Deleuze (1994), diferenció lo virtual de lo posible, argumentando que lo posible ya está constituido y latente, mientras que lo virtual permanece como un conjunto de fuerzas y tendencias, creando un proceso dinámico que requiere actualización. Esta actualización, según Lévy (1999), se caracteriza por un movimiento creativo, distinto de una simple realización, como ocurre en la transformación de algo posible en no real.

La concepción de lo "virtual" en Gilles Deleuze (1994) y su relación con lo actual constituye una de las facetas de su filosofía. Para Deleuze (1994), lo virtual no se opone a lo real, sino que representa una forma de realidad en potencia, una dimensión que, aunque imperceptible en su estado original, posee existencia propia y vigorosa. Lo virtual se manifiesta no como un simple campo de posibilidades, sino como un elemento activo, ligado a la actualización, proceso de diferenciación creativa que transforma lo potencial en realidades concretas, sin reducir esa transformación a una mera realización.

Deleuze (1994) definió lo virtual como "real sin ser real", destacando que no se refiere a algo especulativo, sino a una forma de potencia aún no realizada, esperando actualización. Esta actualización es continua y dinámica, permitiendo que el potencial presente en lo virtual se despliegue en formas de experiencia concretas, sin agotarse ni cerrarse completamente.

Pierre Lévy (1999), por su parte, complementa a Deleuze (1994), al centrarse en la forma en que lo actual se virtualiza, es decir, cómo las experiencias reales y concretas pueden desplegarse en formas de virtualidad. Lévy (1999) exploró la dinámica de la virtualización, en la que la tecnología y los nuevos medios de comunicación permiten que lo actual se expanda y reconfigure, creando nuevas dimensiones de realidad y conocimiento. El proceso revela lo actual no como algo fijo, sino como un fenómeno en transformación, generando nuevas posibilidades previamente inimaginables.

La interacción entre lo virtual y lo actual no representa una relación de oposición o alternancia, sino de continuidad y transformación mutua. Deleuze (1994) enfatizó que ambos coexisten y se actualizan constantemente, entrelazándose de forma imperceptible en una dinámica continua. Un ejemplo de esta idea es la gestación humana: el feto constituye lo actual de una unión amorosa, pero contiene virtualmente el potencial de convertirse en un bebé, que, a su vez, se actualiza en un niño, y así sucesivamente. La actualización continua manifiesta la ontología de la inmanencia propuesta por Deleuze (1994), en la que afectos, potencias y posibilidades se entrelazan de forma indisoluble.

Sin embargo, la aplicación del concepto de virtualidad en Deleuze (1994) no se limita al ámbito físico o biológico, sino que también abarca el campo epistemológico. La virtualidad, para Deleuze (1994), no se limita a una herramienta digital o tecnológica, sino que constituye una estructura filosófica destinada a comprender la dinámica de la realidad en términos de potenciales y actualizaciones, lo que implica que la virtualidad no se reduce a lo posible, sino a lo que efectivamente puede emerger como real a partir de su potencia intrínseca.

El análisis de la virtualidad, como las plataformas digitales, evidencia una intersección entre las dinámicas tecnológicas y el concepto filosófico de Deleuze (1994). Burgess y Green (2009) destacan que YouTube actúa como un mediador entre la creatividad individual y colectiva, permitiendo que cualquier usuario cree y comparta contenidos, generando un archivo sonoro de la cultura contemporánea. Esta dinámica se acerca a la idea de inteligencia colectiva de Pierre Lévy (1999), quien concibe el ciberespacio como un medio de evolución social global.

Sin embargo, las objeciones, como las de Barroso (2019), que cuestiona la posibilidad de una inteligencia colectiva auténtica al argumentar que el proceso de virtualización puede diluir las conciencias individuales en una inteligencia sin sujeto, regulada por sistemas de poder.

La visión deleuziana sobre la virtualidad, por el contrario, enfatiza un potencial intensivo e imperceptible, no una realidad paralela o estado fijo de existencia. Czarnocka y Mazurek (2023) alertan sobre la inadecuación de simplificar o trasponer directamente este concepto a las tecnologías contemporáneas, destacando que la filosofía de Deleuze (1994) se refería a un campo de fuerzas y potencias, no a la mera duplicación digital de la realidad. Esta diferenciación evita la reducción de la virtualidad puramente ontológica, común en los debates sobre creaciones tecnológicas. Perotto (2023) refuerza que la virtualidad deleuziana implica una relación intensiva con lo posible, sin limitarse a interpretaciones tecnológicas reducidas.

El concepto de virtualidad en Deleuze (1994) no se limita a la realización de lo posible, sino a la creación de lo nuevo. La actualización continua, en la que lo virtual se transforma en lo actual y lo actual se virtualiza, describe un proceso dinámico de transformación y reinvención. Esta interacción constante proporciona una base filosófica profunda para interpretar las transformaciones contemporáneas tanto en el campo de la experiencia humana como en el avance tecnológico. Lejos de ser una simple extensión digital de la realidad, la virtualidad representa un campo de fuerzas en constante actualización, desafiando interpretaciones deterministas y reduccionistas sobre el ciberespacio.

Un análisis de las transformaciones culturales y sociales resultantes de este proceso, a la luz de Mark Dery (2010) y Pierre Lévy (1999), revela un campo de interacciones entre tecnología, experiencia humana y cultura digital. Dery (2010) criticó la superficialidad de las interacciones mediadas por plataformas como Facebook, señalando la paradoja de las redes sociales modernas: aunque prometen una mayor conexión, frecuentemente resultan en relaciones volubles y despersonalizadas. La alienación se manifiesta cuando las identidades digitales se convierten en máscaras que ocultan la esencia del yo, transformando el espacio virtual en una "zona fantasma" de interacciones vacías.

Dery (2010) también observó que la tecnología, al posibilitar nuevas formas de conexión, también perpetúa formas de alienación y superficialidad y cuestionó si la objetivación de la amistad en las redes sociales, al reducirla a un capital social cuantificable, no sería una característica intrínseca de estas plataformas, como Facebook. Tal crítica señala la virtualización de las relaciones humanas como un fenómeno que transforma el afecto y la

amistad en bienes de consumo, alejándose de una vivencia auténtica y plena de esos sentimientos.

La transformación de la realidad proporcionada por el ciberespacio, impulsada por la virtualización, supera la mera espectacularización mediática de la cotidianidad, antes restringida a los medios tradicionales de comunicación. Mark Dery (2010) argumentó que, en la contemporaneidad, cualquier individuo tiene la capacidad de transformar su vida en espectáculo masificado, insertándose en una lógica de exposición constante que incluye incluso a las inteligencias artificiales, que operan en este escenario como agentes activos de producción y difusión de contenido.

El concepto de ficcionabilización, también desarrollado por Dery (2010), se extiende a la pornografía en línea, donde la experiencia es virtualizada hasta el punto de configurarse como una forma de consumo sensorial intensa y ampliamente accesible, remodelando las dinámicas de consumo y participación en subculturas digitales. El acceso irrestricto a contenidos previamente limitados reconfigura los comportamientos sociales y las prácticas culturales.

Pierre Lévy (1999) presentó una visión más optimista, defendiendo la virtualización como un medio potencial de evolución social a través de la inteligencia colectiva, en la que las plataformas digitales colaboran con la compartición de conocimientos. Sin embargo, esta visión idealizada encuentra objeciones significativas, como lo señalaron Burgess y Green (2009), al destacar que la promesa de una inteligencia colectiva desprovista de sujetos individuales puede, en la práctica, resultar en dinámicas de control y manipulación, en las que los sistemas de poder instrumentalizan las redes digitales para regular comportamientos.

La crítica de Rüdiger (2002) evidenció la paradoja de las tecnologías digitales, que, al mismo tiempo que amplían la conectividad y la formación de colectivos, también refuerzan estructuras de dominación y vigilancia, restringiendo la autonomía individual. Sukharev (2023) observó el potencial de las plataformas para influir en los procesos de toma de decisiones colectivas, pero alertó sobre la vulnerabilidad de estos sistemas frente al monitoreo y control ejercidos por corporaciones, gobiernos y grupos de interés.

La facilidad con que tales entidades pueden intervenir en los flujos informacionales, moldeando preferencias y comportamientos de manera velada, plantea cuestionamientos sobre los límites de la libertad y la autodeterminación en el ciberespacio. El uso estratégico de estas tecnologías, como se evidencia en *Challenges in Collective Intelligence: A Survey* de los autores Poje, Brcic, Kovač & Krleža (2023), apunta hacia la coexistencia de oportunidades y

desafíos, exigiendo una reflexión crítica sobre los impactos sociales y filosóficos de la virtualización en el entorno digital contemporáneo.

Los sistemas de inteligencia colectiva, como los mercados de predicción, enfrentan desafíos significativos, entre los que se destacan la manipulación, la polarización de grupos y las falacias cognitivas, factores que distorsionan el proceso colectivo de toma de decisiones, como se ejemplifica en los fallos de las proyecciones electorales, en los que los prejuicios individuales y las influencias externas afectan los resultados colectivos (Poje; Brcic; Kovač & Krleža 2023).

La dinámica social entre los participantes de redes de inteligencia colectiva puede llevar a la formación de burbujas de información, en las que las interacciones entre los individuos no promueven la diversidad de pensamiento, sino que refuerzan visiones preexistentes, alterando de forma sustancial el potencial de estas redes colaborativas (Costa, 2005).

La definición propuesta por Lévy (1998) describe la inteligencia colectiva como una "inteligencia distribuida por todas partes, incesantemente valorada, coordinada en tiempo real, que resulta en una movilización eficaz de las competencias". Esta formulación destaca la descentralización del conocimiento, evidenciando una red de habilidades individuales coordinadas a través de las tecnologías de la información y la comunicación. A pesar del potencial teórico de ampliación de la colaboración y el intercambio de conocimientos, la efectividad de esta movilización enfrenta obstáculos técnicos y sociales, como lo expuso Danaher *et al.,* (2017), quienes apuntaron limitaciones en la capacidad de los algoritmos para procesar información de manera precisa en ambientes dinámicos, dificultando la integración completa de los saberes colectivos.

El escenario planteado por la crítica de Rüdiger (2002) es la posibilidad de manipulación de redes de inteligencia colectiva por agentes que regulan y monitorean las interacciones digitales, comprometiendo la autonomía y la plena expresión de los individuos en estas plataformas. Las tecnologías, aunque permiten la ampliación del acceso al conocimiento y a la comunicación global, también pueden servir como instrumentos de control y estandarización de comportamientos, restringiendo la diversidad de ideales y la colaboración emancipadora efectiva.

Las plataformas digitales, en las interacciones a gran escala, posibilitan la formación de redes colaborativas que, cuando se gestionan adecuadamente, amplían el potencial de participación. La conectividad expandida permite el intercambio de información de manera dinámica y descentralizada, lo que puede impulsar soluciones creativas para desafíos sociales.

Para que este potencial se materialice plenamente, se vuelve fundamental adoptar prácticas estratégicas que minimicen riesgos como la polarización y la manipulación, a la vez que se preserva el carácter emancipador de las interacciones (Liu *et al.*, 2022).

El contraste entre los enfoques de Dery (2010) y Lévy (1999) evidenció las ambivalencias inherentes al proceso de virtualización. Mientras que Lévy (1998) destacó las posibilidades de enriquecimiento colectivo a través de la colaboración digital, Dery (2010) advirtió sobre los desafíos impuestos por la espectacularización de las experiencias humanas, que, al mismo tiempo que amplía la visibilidad y el alcance de las interacciones, puede restringir la profundidad reflexiva y crítica de los intercambios, considerando tanto su potencial de democratización como los riesgos de control y alienación en las dinámicas contemporáneas de interacción.

La virtualización de las relaciones, ejemplificada por las redes sociales, se inserta en un proceso más amplio de reconfiguración de las formas de conexión con el mundo. La computación en la nube, como parte de este fenómeno, facilita el intercambio de información y la compartición de recursos de manera optimizada, al mismo tiempo que introduce crecientes desafíos relacionados con la seguridad, privacidad y control informativo (Sharma, Al-Badi, Govindaluri & Al-Kharusi, 2016). Las transformaciones, aunque promuevan ganancias en eficiencia y ampliación de interacciones, también acarrean cuestiones socioculturales derivadas de la convergencia entre lo virtual y lo real.

La tensión entre las críticas de Dery (2010) y Lévy (1999) evidenció la ambivalencia de las tecnologías digitales, que pueden simultáneamente estimular la colaboración y reforzar dinámicas de superficialidad en las interacciones humanas. Dery (2010), al señalar la fragilidad de las relaciones mediadas por lo digital, y Lévy (1999), al destacar el potencial emancipador de estas herramientas en la construcción de una inteligencia colectiva, revelan que, aunque contrastantes, se complementan al exponer las múltiples capas del fenómeno.

La noción de virtualidad, inspirada en Deleuze (1994) y ampliada por Lévy (1999), devela un campo de posibilidades que trasciende la mera simulación de lo real. El concepto de virtual, al remitir a un espacio de potencias latentes, resignifica la relación entre actualidad y potencialidad, permitiendo una lectura más sofisticada de las transformaciones tecnológicas. Enfocándose en una comprensión determinista más fluida, en la que lo virtual se entiende como una matriz creativa en constante actualización.

Lévy (1999) ejemplificó esta idea al discutir el fenómeno de las redes sociales y del teletrabajo, en los que la virtualización no solo flexibiliza las formas de participación, sino que también altera la relación tradicional entre espacio y tiempo. La ausencia de un soporte

físico fijo, según el autor, no implica la inexistencia de estructura, sino que señala un "vacío motor" que impulsa el dinamismo de las interacciones y la constante reconfiguración de las relaciones sociales. Tal desterritorialización impacta en las nuevas formas de sociabilidad, ampliando la variabilidad de las experiencias temporales y espaciales, a la vez que exige atención a las desigualdades digitales y a la exclusión de segmentos menos integrados en las dinámicas virtuales.

En el ámbito educativo, Lévy (1998) destacó la virtualización como facilitadora de la construcción de una inteligencia colectiva, promoviendo prácticas pedagógicas colaborativas y descentralizadas. Las tecnologías digitales, al permitir el intercambio de conocimientos independientemente de las barreras geográficas, contribuyen a la formación de un ambiente de aprendizaje más participativo y horizontal. Sin embargo, este potencial formativo no está exento de desafíos, ya que la dependencia de plataformas digitales puede acentuar desigualdades de acceso y generar distorsiones en la calidad de las interacciones didácticas.

Según Overby (2008), el impacto de la virtualización se hizo aún más evidente entre los jóvenes, cuyas experiencias sociales y procesos de construcción identitaria comenzaron a entrelazarse profundamente con las dinámicas de las redes digitales. Las plataformas de interacción, al mismo tiempo que abrieron espacio para formas de expresión y pertenencia, trajeron dilemas asociados con la privacidad, la conveniencia y la fragmentación del yo. La formación de la identidad digital, moldeada por lenguajes propios del ciberespacio, se reveló como un proceso continuo de reafirmación y ajuste, en el cual el reconocimiento y la validación social adquirieron centralidad. Esto cambió las nociones de "tribus urbanas", donde las afiliaciones identitarias se organizaban en torno a capas culturales, artísticas o ideológicas (Raggi, 2010).

De este modo, la virtualización de las relaciones inaugura nuevas posibilidades de conexión y colaboración, capaces de problematizar las asimetrías y tensiones inherentes al escenario digital contemporáneo. La comprensión de este fenómeno exige, por lo tanto, la articulación de diferentes referentes teóricos, con el fin de abarcar tanto los potenciales transformadores como las limitaciones estructurales de las tecnologías digitales en la configuración de las relaciones sociales y culturales actuales (Da Silva, 2016).

La fragmentación de las interacciones virtuales y la demanda de estrategias de moderación más efectivas evidencian las limitaciones de las formas contemporáneas de socialización en el medio digital. El equilibrio entre la constitución de una persona digital y el establecimiento de vínculos interpersonales consistentes puede verse comprometido por la ausencia de experiencias presenciales, lo que tiende a amplificar la dispersión comunicativa y

la superficialidad en los intercambios simbólicos. Aunque la era digital favorece la ampliación de las redes de contacto, se vuelve imperativo examinar las repercusiones de estas dinámicas sobre la formación identitaria y las interacciones físicas (De Andrade, 2022).

Las comunidades virtuales de aprendizaje emergen como espacios de socialización y construcción de conocimiento, en los cuales se manifiestan tanto potencialidades colaborativas como desafíos expresivos, como el fenómeno del ciberacoso. La investigación sobre estos espacios ha seguido la creciente especialización de las redes digitales, que pasaron de nichos restringidos a fenómenos de gran escala (Dustdar & Hoffmann, 2007).

La expansión de estos entornos refuerza la necesidad de enfoques metodológicos refinados, capaces de interpretar críticamente las transformaciones en el comportamiento social promovidas por las plataformas digitales. Aunque la teoría de Lévy (1998) proporcionó un referente teórico robusto para comprender las potencialidades de las comunidades, el surgimiento de prácticas como la comunicación fragmentada y la insuficiencia de mecanismos de moderación exige un análisis más amplio.

En el ámbito de las comunidades virtuales, la identidad y la autoridad se construyen de manera relacional, a partir de interacciones continuas en el espacio digital, influyendo en las dinámicas grupales y los procesos de liderazgo (Johnson; Safadi & Faraj, 2015). La coexistencia entre prácticas comunicativas virtuales y presenciales puede, simultáneamente, fortalecer la cohesión social y generar desagregaciones, dependiendo de la articulación entre dichas formas de interacción.

Maffesoli (2014), al tratar las sociabilidades digitales, resalta los aspectos positivos de estos vínculos, pero señala los riesgos inherentes a la excesiva virtualización de las relaciones, como el aislamiento social y la disolución identitaria, derivados de la predominancia de interacciones mediadas tecnológicamente. Los grupos virtuales se organizan en torno a afinidades temáticas, reuniendo individuos conectados por intereses comunes, como causas sociales, manifestaciones artísticas, preferencias políticas o la identificación con productos y servicios específicos.

Como lo delineó Lévy (1999), el concepto de comunidades virtuales describe colectividades que, mediadas por plataformas digitales, comparten objetivos y discursos convergentes en la formación de las estructuras. La democratización del acceso a las tecnologías de la información y la comunicación resultó en una adhesión masiva de organizaciones e individuos a estos sistemas de relación digital, expandiendo los modos de interacción social y la circulación de saberes en el entorno virtual. Las interacciones virtuales facilitan el intercambio de información relevante sobre prácticas cotidianas, estructuración de

procesos y soluciones para problemas comunes, insertándose en un contexto más amplio de dinámicas sociales y culturales en la cibercultura.

El concepto de comunidades virtuales e inteligencia colectiva, tal como se aborda por Lévy (1998), encontró eco en los análisis de Jenkins (2008), quien investigó el impacto de las redes sociales en la reconfiguración de las prácticas sociales y la producción de contenido en el entorno digital. El ascenso de espacios colaborativos, sostenidos por tecnologías digitales, permite la convergencia de saberes, ampliando las posibilidades de participación e interacción.

Jenkins (2008), al explorar el concepto de cultura participativa, destaca la transformación de los consumidores en creadores y participantes activos en el desarrollo y la difusión de contenido digital. La inversión de las funciones tradicionales de consumidores y productores redefine las dinámicas culturales, dando origen a un modelo de producción de contenido más plural y descentralizado.

Las comunidades virtuales que emergen de este proceso, según el autor, favorecen el desarrollo de habilidades como la comunicación, el pensamiento crítico y la resolución de problemas, además de proporcionar ambientes inmersivos de aprendizaje continuo (Bell; Loader; Pleace & Schuler, 2004). La constitución de comunidades de fans, según lo discutido por Jenkins (2008), se revela como un espacio colaborativo en el que la reinterpretación de personajes icónicos, mediante prácticas como el fanfic, refleja la plasticidad cultural característica del entorno digital. La dinámica de intercambio y reinvención de narrativas demuestra cómo las redes sociales y las plataformas virtuales no solo influyen en comportamientos, sino que también construyen nuevas formas de expresión e identidad.

De este modo, las interacciones en estos espacios no se limitan a la transmisión de contenido, sino que abarcan un proceso de creación continua y colectiva, fortaleciendo vínculos identitarios y culturales. En el caso de los grupos en Facebook, estas interacciones se configuran como territorios de producción simbólica, donde prácticas como la creación de videos humorísticos, denominados poop, ilustran la apropiación creativa de materiales preexistentes (Marichal, 2012).

La transformación de estos contenidos en nuevas experiencias audiovisuales no solo resignifica el material original, sino que también ejemplifica la dinámica de colaboración y subversión que caracteriza a las comunidades digitales. Tal práctica puede ser analizada a la luz de las categorías propuestas por Bourdieu (1983), en las que los miembros de estos grupos negocian diferentes formas de capital – social, cultural y simbólico – que se reafirmarán y validarán constantemente en el proceso de interacción. La negociación de significados se

refleja también en el uso de tags, un mecanismo funcional que trasciende la categorización de contenidos, pasando a ser un elemento estructurante de la comunicación en estos espacios (Aquino, 2007). Las tags, al interconectar información y prácticas diversas, forman una red de significados, configurándose como una manifestación de la idea de hipertexto de Lévy (1999), donde los nodos de comunicación se entrelazan en una red dinámica de intercambio y reinterpretación. Sin embargo, la gestión de estas interacciones ocurre dentro de un marco regulador que no se presenta de manera homogénea.

Las políticas de moderación de Facebook, orientadas a la regulación de contenidos, revelan desigualdades en la aplicación de las normas, como lo evidencian la eliminación de imágenes de amamantamiento, bajo alegaciones de violación de las directrices sobre desnudez, en contraste con la permanencia de campañas institucionalmente respaldadas. Esto expone las tensiones entre las normas establecidas por la plataforma y la libertad de expresión de los usuarios, reflejando la selectividad presente en la censura digital (Gorwa; Binns; & Katzenbach, 2020).

Sin embargo, al observar la dinámica de los grupos de Facebook, como los de autoayuda, se hace evidente que son más flexibles y ajustados a las necesidades de los miembros. La publicación de imágenes sensibles, como fotografías parciales del cuerpo, con el fin de forjar autoestima y acogimiento emocional, ocurre sin la incidencia de censura automatizada. El escenario ilustra cómo, en estos espacios, las propias comunidades establecen y adaptan las normas de convivencia, según las particularidades del grupo, resultando en una regulación más descentralizada y colaborativa (Crump, 2021).

La personalización normativa demuestra una adaptación a las necesidades contextuales, frecuentemente más ligada a los principios de los derechos humanos que a las directrices estandarizadas de la plataforma. El resultado es la creación de un entorno de mayor libertad de expresión y respeto por las particularidades culturales y sociales de los participantes, reafirmando el potencial de los grupos virtuales como espacios de resistencia y solidaridad (Poulis, 2024).

Las reglas que orientan las interacciones en los grupos de Facebook surgen en respuesta a las experiencias de usuarios que enfrentaron desafíos al discutir temas relevantes en ambientes virtuales amplios, percibidos como democráticos. Aunque tradicionalmente se ve a Internet como un espacio abierto al diálogo, es innegable que persisten prejuicios sociales, raciales y de género, que perjudican la calidad de las discusiones. Esta realidad impulsa a los grupos sociales a buscar ambientes alternativos, donde puedan establecer interacciones más equitativas y colaborativas (Bryant & Marmo, 2012).

Los grupos en Facebook, aunque comparten similitudes con formas anteriores de interacción, como foros y salas de chat, introducen la funcionalidad de la línea de tiempo, proporcionando una dinámica que cuestiona el control de la plataforma. Los espacios digitales operan de forma paralela a Facebook, subvirtiendo las normas y estructuras de la plataforma para crear entornos más inclusivos y adaptados a las necesidades de sus miembros, permitiendo la promoción de discusiones constructivas y respetuosas (Meishar-Tal; Kurtz & Pieterse, 2012).

El estudio de Stornaiuolo, Dizio & Hellmich (2013) demostró cómo los grupos virtuales, como los de Facebook, son significativos en la construcción de un sentido de comunidad entre individuos que, bajo otras circunstancias, jamás se habrían conectado. La construcción comunitaria en estos espacios se facilita a través de un trabajo público y trabajo de proximidad, en los que los participantes negocian sus relaciones y posiciones dentro del grupo, utilizando las herramientas digitales disponibles para generar confianza y establecer conexiones sociales duraderas.

Tales procesos, en su esencia, crean un ambiente de intercambio y solidaridad, elementos centrales en la participación virtual. Corroborando este análisis, la investigación de García, Amorim, Rodrigues & Mendonça (2022) evidenció que los grupos de Facebook no se limitan solo a la promoción de interacciones personales, sino que también se configuran como importantes plataformas de comunicación política y social. En estos espacios, los usuarios tienen la oportunidad de interactuar con contenidos relacionados con sus intereses, formar discursos públicos e influir en acciones colectivas.

Los grupos de Facebook, como espacios digitales interactivos, están diseñados para conectar a individuos que comparten intereses, valores u objetivos comunes. A diferencia de las páginas oficiales, que operan de manera vertical e impersonal, con una comunicación unidireccional, los grupos favorecen una comunicación horizontal, permitiendo que todos los miembros contribuyan activamente en la creación de contenidos y discusiones. La dinámica colaborativa, aliada a la capacidad de trascender barreras geográficas, posibilita el fortalecimiento del sentido de pertenencia, un elemento central para el compromiso social continuo (Ahern, Feller & Nagle, 2016).

De este modo, los grupos de Facebook emergen como herramientas estratégicas para empresas, marcas e instituciones que buscan cultivar comunidades cohesivas e interactivas, aprovechando el potencial de las redes sociales para fortalecer vínculos y acciones colectivas (Poulis, 2024). De hecho, los grupos de Facebook se configuran como instrumentos eficaces

para la construcción de presencia social, definida como la capacidad de crear cohesión, facilitar la comunicación abierta y expresar emociones.

Investigaciones, como las de Izmirli (2017), indican que los estudiantes de cursos en línea reportaron un mayor compromiso cuando fueron incluidos en grupos que permitían intercambios afectivos y discusiones colaborativas. Estos espacios digitales se consolidaron como ambientes propicios para el desarrollo de interacciones sociales significativas, ampliando así las posibilidades de compromiso colectivo. Además, la flexibilidad de estas plataformas contribuye a la promoción de vínculos entre los participantes y entre las organizaciones y sus públicos, generando beneficios mutuos que van más allá de la mera interacción social.

A través de la creación de contenidos exclusivos, como guías, descuentos o información inédita, los grupos de Facebook fomentan la participación activa de los miembros, generando mayor compromiso y lealtad (Dewi & Fasa, 2024). La estrategia no solo refuerza los lazos comunitarios, sino que también agrega valor a las interacciones, beneficiando tanto a los participantes como a los organizadores. Paralelamente, estos grupos facilitan el desarrollo de conexiones estratégicas entre marcas y sus públicos, permitiendo una interacción personalizada que aumenta la visibilidad y el reconocimiento de la marca en el entorno digital competitivo (Dewi & Fasa, 2024). Así, las interacciones en los grupos de Facebook no solo consolidan la presencia social, sino que también impulsan la visibilidad y la competitividad de las organizaciones en un escenario virtual dinámico e interconectado (Mosconi *et al.*, 2017).

Los grupos bien estructurados funcionan como canales eficaces para dirigir el tráfico hacia otros espacios digitales, como sitios web y blogs institucionales (Dewi & Fasa, 2024). La transferencia de audiencia no solo expande la presencia digital de la entidad, sino que también fortalece su estrategia de marketing, permitiendo alcanzar a un público más amplio de manera orgánica e interactiva. Dentro de los grupos, el entendimiento de las preferencias de los usuarios va más allá; sirve como base para decisiones estratégicas. La información cualitativa obtenida a través de interacciones directas puede informar ajustes en productos, campañas de marketing y enfoques organizacionales. Los grupos de Facebook integran investigación y estrategia en un mismo espacio (Menzies, Petrie & Zarb, 2017).

Nie (2001) argumentó que el uso de Internet reduce el tiempo de interacción presencial, disminuyendo potencialmente el capital social. Sin embargo, esta visión ha sido ampliamente criticada, con autores como Bargh y McKenna (2004) destacando que las

interacciones en línea pueden complementar las presenciales, atenuando cualquier pérdida asociada al tiempo dedicado en entornos virtuales.

Investigadores como Paul y Brier (2001) acuñaron el término "friendsickness" o "nostalgia por los amigos" para describir la angustia que surge con la pérdida de conexión con viejos amigos, algo común entre jóvenes que se mudan a la universidad. Cummings, Lee y Kraut (2006) descubrieron que herramientas de comunicación digital, como los correos electrónicos y los mensajes instantáneos, ayudan a mantener las conexiones sociales, especialmente entre amigos de la escuela secundaria que se separan al ingresar a la universidad.

En los grupos de Facebook, las interacciones adquieren una nueva dimensión. Aunque comparten similitudes con los foros y las salas de chat tradicionales, los grupos introducen la funcionalidad de la línea de tiempo, que organiza cronológicamente las publicaciones y facilita el seguimiento de las interacciones. Sin embargo, la dinámica de estos grupos trasciende el control centralizado de la plataforma, permitiendo una mayor autonomía de los usuarios en la moderación y estructuración de las discusiones (Iglesias-García & González-Díaz, 2014).

Así como en el estudio de Williams (2019), que resaltó la importancia de redes de lazos débiles en la creación de identidades y reciprocidades amplias, los grupos de Facebook se establecen como espacios para fortalecer las conexiones preexistentes, como las que ocurren entre compañeros de la escuela secundaria, al mismo tiempo que permiten nuevas interacciones, desafiando la estructura tradicional de las redes sociales en línea.

El análisis de las relaciones sociales enriquece la comprensión de la dinámica interpersonal dentro de los grupos (Evans & Benson, 2024). En el entorno en línea, la formación dinámica de grupos se revela particularmente significativa, especialmente cuando los usuarios buscan compañeros de equipo compatibles. Los algoritmos facilitan las recomendaciones de grupos, abordando los desafíos inherentes a la localización de miembros adecuados en redes sociales extensas (Ramjattan, Hosein, Hosein & Knoesen, 2022).

Además, la introducción de grupos multilingües dinámicos contribuye a superar la inercia estructural y la autogestión. La ontología fomenta el crecimiento y la adaptabilidad del grupo en diversas redes sociales (Meftah, 2022). Los vínculos formados en Internet han demostrado ser particularmente eficaces en la creación de lazos débiles, ampliando las redes sociales de los individuos.

Donath y Boyd (2004) sugirieron que las plataformas digitales, como las redes sociales, proporcionan un ambiente propicio para el mantenimiento de estos vínculos,

favoreciendo la expansión de las conexiones de transición, es decir, aquellas que permiten el acceso a nuevos recursos e información sin un involucramiento emocional profundo. Los sitios de redes sociales, como Facebook, surgen como instrumentos centrales en esta dinámica, facilitando el establecimiento y mantenimiento de lazos flojos, ampliando el alcance de las redes personales (Resnick, 2001).

Por otro lado, el capital social de vínculo, relacionado con los lazos fuertes con familiares y amigos cercanos, también ha sido objeto de investigaciones en el contexto de Internet. Aunque se enfatizan los posibles perjuicios que la comunicación mediada podría acarrear para estas relaciones, Williams (2019) señaló que pocos estudios empíricos han explorado los efectos concretos de este tipo de comunicación sobre los lazos fuertes.

La relación entre el uso de redes sociales y el bienestar subjetivo ha sido objeto de investigación, enfocándose en variables como la autoestima y la satisfacción con la vida. La comunicación mediada por computadora facilita la auto-revelación y reduce las barreras a la interacción, beneficiando especialmente a aquellos que enfrentan dificultades para formar y mantener lazos sociales (Bargh & McKenna, 2004). Así, las plataformas ofrecen una oportunidad valiosa para que individuos con menor bienestar psicológico amplíen sus redes de apoyo, fortaleciendo tanto el capital social de transición como el de vínculo, según las variables personales mencionadas.

En las redes sociales digitales, particularmente en Facebook, la visión internalista del capital social, tal como la discuten Adler y Kwon (2002), resalta la relevancia de las conexiones internas dentro de un colectivo para promover la cohesión y la búsqueda de objetivos comunes. Al reflexionar sobre las redes sociales y sus efectos sobre el individuo, se observa que la dinámica de las relaciones sociales inmersivas es fundamental en la generación de recursos compartidos, ampliando la comprensión del capital social en el entorno digital.

En este sentido, según Paiva (2021) el concepto de capital social (Bourdieu (1983), adquiere una nueva dimensión en las plataformas de redes sociales, como Facebook, donde se asocia a los recursos derivados de las redes sociales de los individuos. La medición del capital social en tales espacios se convierte en un procedimiento pertinente, realizándose análisis que evalúan las interacciones de los usuarios a través de publicaciones, "me gusta", comentarios y compartidos para medir la eficacia de estas interacciones en la movilización social (Paiva, 2021). Es posible entender cómo estas interacciones, lejos de ser solo acciones superficiales, están involucradas en el compromiso con implicaciones sociales más amplias.

Los grupos de Facebook, en particular, juegan un papel importante en la amplificación de la sociabilidad, creando diferentes formas de interacción y conexión entre los usuarios.

Estos espacios permiten que los individuos mantengan tanto lazos fuertes como débiles, a través de interacciones ajustables a sus preferencias y necesidades sociales (Papacharissi & Mendelson, 2011). La dinámica de las comunidades en línea, como las que se encuentran en Facebook, refleja redes sociales en las que los miembros construyen normas, valores e identidades sociales compartidas, fomentando un verdadero sentido de comunidad (Perkins & Long, 2002).

Además, los grupos de Facebook se destacan por integrar diversas funcionalidades, como mensajes instantáneos, compartición de archivos y reproducción de medios, las cuales crean un ambiente propicio para la interacción constante y colaborativa (Touchette; Schanski & Lee, 2015). La comunicación en tiempo real ofrece la posibilidad de compartir instantáneamente recursos, como un fuerte sentido de pertenencia entre los usuarios, lo que caracteriza el aumento del capital social en línea. Este proceso involucra la construcción de lazos de conexión (bridging) y lazos de fortalecimiento (bonding), características observadas en las interacciones dentro de estas plataformas (Skoric & Kwan, 2011).

La flexibilidad de las interacciones permite que los usuarios expresen sus identidades y se conecten con otros, ampliando así sus redes sociales y contribuyendo al fortalecimiento del capital social. Sin embargo, aunque estas plataformas fomenten la sociabilidad, debe destacarse que la calidad de las interacciones puede ser, a veces, superficial, lo que puede perjudicar el establecimiento de conexiones más profundas, llevando a considerar tanto la cantidad como la calidad de las interacciones para que el capital social sea efectivamente fortalecido (Papacharissi & Mendelson, 2011).

Así, los grupos de Facebook revelan dinámicas sociológicas que reflejan la comunicación, la construcción de identidades y la organización de comunidades virtuales. Estas redes facilitan la expresión de identidades idealizadas y microactivismos, donde los usuarios participan en acciones colectivas que expresan sus posturas políticas (Marichal, 2012). La dinámica de comunicación en estos grupos está estrechamente ligada al contenido compartido y a las interacciones sociales, revelando patrones de influencia y evolución de las acciones colectivas. En este escenario, los usuarios con muchas conexiones, llamados nodos de alto grado, presentan interacciones más restringidas, evidenciando una red de relaciones influyentes, pero selectivas (De Choudhury *et al.*, 2010).

Los grupos también se configuran como redes de apoyo emocional, donde las interacciones de los miembros reflejan sus estados afectivos. La estructura interna de estos grupos puede subdividirse con base en la intensidad de los lazos sociales entre los miembros,

destacando las funciones que cada individuo posee en estas comunidades (Helgeson & Gottlieb, 2000).

Los grupos de apoyo en línea en Facebook ofrecen un soporte social importante para los individuos, permitiendo que compartan experiencias y reciban aliento sin temor al juicio. Los grupos posibilitan que los usuarios expresen sus "yos" posibles en un ambiente de apoyo (Marichal, 2012). Además, los grupos de apoyo al capital social fomentan el aumento de la resiliencia de la comunidad y el bienestar individual, facilitando conexiones que favorecen el intercambio de recursos, el apoyo emocional y la acción colectiva, especialmente durante crisis o situaciones de incertidumbre (Mustafa; Short & Fan, 2015).

Los amigos en Facebook representan una forma de capital social, donde la fuerza de los lazos y la reciprocidad percibida influyen directamente en el apoyo recibido en respuesta a solicitudes normativas. Las normas sociales más robustas resultan en mayor compromiso en las interacciones en línea, lo que demuestra la utilidad práctica del capital social en las relaciones digitales (Zhao; Zhang & Wu, 2019). Así, la interacción entre estos grupos de apoyo y las dinámicas de amistad en línea demuestra cómo el capital social puede movilizarse para fortalecer redes de soporte y el bienestar colectivo (Mustafa; Short & Fan, 2015).

El capital social de lazos cercanos se refiere a vínculos cercanos con amigos y familiares, proporcionando apoyo emocional y favores. Sin embargo, estudios como el de Jung; Gray; Lampe & Ellison (2013) indican que este tipo de capital social no predice de manera significativa las respuestas a solicitudes de favor en la plataforma. Por otro lado, el capital social de conexión más amplia involucra relaciones con conocidos y redes más extensas, lo que amplía el acceso a diversos recursos. El tipo de capital impacta en la adquisición de conocimiento y en el compromiso comunitario, ya que los usuarios con mayor afinidad por el capital social reportan una ganancia significativa en el conocimiento proveniente de las redes sociales (Baker; Krieger & LeRoy, 2013).

Las redes sociales, incluidos los amigos en Facebook, están asociadas a resultados de salud, actuando como factores de protección que mejoran la resiliencia y el bienestar. Las interacciones dentro de estas redes pueden tanto apoyar como perjudicar la salud, resaltando la relevancia del capital social en la promoción del bienestar (De Choudhury *et al.*, 2010).

Los grupos de Facebook, en el sentido de comunidad y soporte social, demuestran la dualidad presente en las redes sociales: mientras facilitan el fortalecimiento de lazos y el intercambio de información, también diseminan desinformación. La dinámica refleja el impacto de las redes sociales en el comportamiento colectivo y subraya la importancia de un análisis crítico de sus dinámicas (Zhao; Zhang & Wu, 2019).

El capital social en las plataformas puede provocar cambios en las relaciones sociales, revelando la tensión entre la agencia individual y las estructuras sociales, como señalan Rasmussen & Rasmussen (2013). El capital social, aunque trae beneficios evidentes, como el apoyo mutuo y la cooperación, genera efectos negativos, como la superficialidad de las conexiones y el aislamiento, incluso con muchos amigos virtuales.

Además, los grupos de Facebook funcionan como espacios donde los usuarios construyen sus identidades políticas, contribuyendo a la formación de lo que Marichal (2012) denomina "eus posibles". La construcción identitaria influye directamente en el comportamiento colectivo. Wellman (2012) destacó que la identificación psicológica con un grupo es un factor mediador más fuerte para la participación en acciones colectivas que el mero uso intensivo de la plataforma. La identidad social y la afiliación psicológica impactan en la motivación para el compromiso colectivo en los grupos de las redes sociales.

Dentro de este contexto, los grupos de autoayuda, que se intensificaron a partir de la década de 1980, han sido importantes para abordar cuestiones de salud mental, proporcionando apoyo emocional y el intercambio de experiencias. Las redes sociales como Facebook amplían este apoyo, conectando a individuos en espacios donde se ha vuelto posible intercambiar vivencias y obtener apoyo en el afrontamiento de desafíos emocionales. Por lo tanto, el uso de estas plataformas digitales, especialmente en grupos dedicados a la salud mental, demuestra la relevancia del capital social en la recuperación y el bienestar emocional, a la vez que revela las interacciones virtuales en el apoyo social (Zhao; Zhang & Wu, 2019).

3. EL SUICIDIO A TRAVÉS DE LA HISTORIA: NORMAS, VIRTUDES Y LA EVOLUCIÓN CULTURAL Y RELIGIOSA DE SU COMPRENSIÓN

El suicidio, definido como el acto intencional de atentar contra la propia vida, fue interpretado de maneras distintas a lo largo de la historia, reflejando los filosóficos, religiosos y culturales de cada época (Carvalho, 2021). Tanto el Estado como la sociedad establecieron mecanismos para regular comportamientos relacionados al tema, instituuyendo normas que orientaban la interacción de los individuos con su medio social. Las normas, frecuentemente legitimadas por autoridades religiosas y jurídicas, eran expresadas como virtudes y, en caso de transgresión, resultaban en severas sanciones, como ejecuciones públicas en hogueras. Muchas veces, tales reglas derivaban de tradiciones y costumbres posteriormente formalizadas en legislaciones (Ullmann-Margalit, 2015).

En la visión judeocristiana, el suicidio era rigurosamente condenado, reflejando concepciones de sacralidad de la vida. La tradición judía, anclada en el Antiguo Testamento,

admitía la violación de normas religiosas para preservar la vida, con excepción de tres casos: homicidio, negación de la fe e incesto. El suicidio, visto como una violación grave, privaba a los involucrados de ritos funerarios tradicionales y manifestaciones públicas de luto. Sin embargo, se toleraban excepciones en circunstancias específicas, como la muerte voluntaria para evitar la captura o la tortura (Teo, Duchonova, Kariman & Ng, 2021).

Relatos bíblicos presentan episodios de suicidio, destacándose los casos de Sansón, quien destruyó el templo junto a los filisteos; Saúl, que se suicidó tras una derrota militar para evitar la humillación; Abimelec, que eligió la muerte para no ser recordado por haber sido herido por una mujer; y Aitofel, que se ahorcó después de fallar en traicionar a David. Aunque el Talmud registra un aumento de suicidios en ciertos períodos, la condena permanecía severa y difundida (Botega, 2022).

Las narrativas hebreas sobre el suicidio poseen características teológicas y culturales, diferenciándose de las concepciones presentes en las tragedias griegas, en las cuales el acto estaba frecuentemente asociado al desesperación individual. Las escrituras judías abordaban el tema de la voluntad divina y del propósito existencial. Sin embargo, hubo más comprensión en situaciones de muerte voluntaria asociada a la preservación de la libertad o resistencia a la conversión forzada, aunque los ritos de luto fueran limitados en esos casos (Brustolin, 2013).

En los primeros tiempos del cristianismo, el suicidio emergió como tema en la teología. El episodio de Judas Iscariote, quien se ahorcó tras traicionar a Cristo, se convirtió en emblemático. En el período de los mártires cristianos, se verificó un aumento en los suicidios, motivados a menudo por el deseo de proximidad divina y por la convicción en la superioridad de la vida después de la muerte (Botega, 2022). La teología cristiana primitiva, al valorar el martirio, interpretaba la muerte en nombre de la fe como una forma de salvación, otorgando al sufrimiento un significado redentor. San Agustín, en sus reflexiones, diferenciaba el martirio del suicidio al destacar el sacrificio como parte del plan divino y no como un acto de desesperación personal (Andrade, 2022).

Durante la Edad Media, las motivaciones para el suicidio no se restringían al ámbito religioso, abarcando pobreza extrema, enfermedades y presiones sociales. Según Jean-Claude Schmitt (1990), el fenómeno era influenciado por factores como el honor, el miedo a la punición y el sufrimiento mental, reflejando dinámicas sociales más amplias. La Iglesia Católica, con fuerte influencia en el período, condenaba el suicidio como pecado grave y falla moral, resultando en estigmatización familiar, confiscación de bienes y negación de ritos funerarios cristianos (Barboza, 2023).

A pesar de la postura intransigente de la Iglesia, a partir del siglo XI comenzó a haber un creciente interés por comprender las dimensiones psicológicas y emocionales relacionadas con el suicidio. Médicos, poetas y estudiosos empezaron a explorar las motivaciones internas para tal acto, aunque de manera limitada. Desde el punto de vista jurídico, el suicidio era tratado como un crimen en diversas regiones, incluyendo la Inglaterra medieval, donde las penalidades involucraban el confiscación de bienes y la negación de sepultura cristiana, lo que acarreaba pérdida patrimonial y vergüenza pública para las familias (Berenchtein Netto, 2007).

Sin embargo, la aplicación de estas penas no era uniforme. En ciertos momentos, comunidades y jurados mostraban reticencia a aplicar tales sanciones, evidenciando tensiones entre los valores sociales y las imposiciones religiosas. Gradualmente, se observó una postura más empática, reconociendo el impacto de las presiones sociales y los sufrimientos psíquicos como determinantes del acto suicida (Mairal, 2018).

Minois (2001) y Schmitt (1990) indicaron que el suicidio se manifestaba en todas las clases sociales, siendo ambos sexos vulnerables al fenómeno, aunque la incidencia era superior entre los hombres. La ahorcadura se presentaba como el método más recurrente, seguido por el ahogamiento, más frecuente entre las mujeres.

Schmitt (1990) identificó patrones estacionales, con un aumento significativo de suicidios durante julio, posiblemente asociado a la sobrecarga del trabajo agrícola, y en los meses de marzo y noviembre, posiblemente relacionados con el periodo de Cuaresma y las privaciones alimentarias. Además, los lunes y viernes se destacaban como los días de mayor incidencia, sugiriendo conexiones con el inicio de la semana laboral y las prácticas religiosas de penitencia.

El suicidio era comprendido como una respuesta a diversas adversidades, desde el hambre hasta cuestiones de honor y sufrimiento físico. Para, la práctica violaba los principios divinos y la preservación del amor propio (Minois, 2001). Su argumentación se basaba en fundamentos teológicos y morales, considerando el acto como una violación del mandamiento que prohíbe el homicidio (Éxodo 20:13) y del principio del amor al prójimo (Marcos 12:31). El suicidio contradecía la ley natural, que orienta la búsqueda del bien y la preservación de la existencia. Para él, el sufrimiento debía ser enfrentado con resignación, inspirándose en el ejemplo de Cristo, y el suicidio representaba un rechazo al plan divino de creación y redención (Agustín, 1987).

Desde la visión agustiniana, el acto de quitarse la vida equivalía al homicidio, ya que el quinto mandamiento se aplicaba tanto al prójimo como al propio individuo. La caridad,

pilar central de la moral cristiana, sería violada no solo en relación al propio suicida, sino también con respecto a la comunidad, dado que el acto rompería los vínculos sociales fundamentales (De Goes, 2004).

Agustín (1987), en diálogo con los estoicos, argumentaba que la naturaleza humana está orientada a preservar la vida, considerando el suicidio una transgresión al orden natural, independientemente de la ausencia de un crimen previo. En contraste con las tradiciones romanas, que a veces veían el suicidio como honorable, Refutaba su justificación, incluso en casos de violencia sexual defendidos por algunos círculos cristianos de la Antigüedad Tardía. Sostenía que las víctimas de violación no debían ser responsabilizadas por sobrevivir, afirmando que su integridad moral permanecía intacta.

El martirio, originalmente asociado a las persecuciones sufridas por los primeros cristianos, evolucionó como símbolo de resistencia y autoridad espiritual. En otras tradiciones religiosas, como en el Islam, el martirio asumió contornos distintos, evidenciando la diversidad de significados atribuidos al tema en distintos contextos históricos y culturales (Schmitt, 1990).

La muerte, experiencia humana universal, era ampliamente ritualizada y ocupaba un lugar central en el imaginario griego, siendo vista no solo como un fin, sino como una transición de significados simbólicos, sociales y accidentales, interpretados a menudo a través de lentes éticas y metafísicas que reflejaban los valores y las implicaciones de la época. El acto podría ser visto como un gesto de honor, una huida desesperada o una transgresión moral, lo que influía directamente en la manera en que la comunidad lo recibía y procesaba.

Las corrientes filosóficas de la Antigua Grecia, como los estoicos, veían el suicidio como una elección racional y aceptable en situaciones de sufrimiento insoportable o pérdida de dignidad, siempre que se llevara a cabo con serenidad y autodeterminación. Otras visiones, como las más tradicionales o religiosas, podrían asociarlo con una violación del orden natural o divino, implicando castigos en la vida después de la muerte. Además, las normas sociales y legales variaban entre las polis: en algunas, como Atenas, el suicidio podía ser objeto de una investigación pública para determinar sus causas e implicaciones, mientras que en otras, como Esparta, el valor atribuido a la valentía y la resistencia tal vez lo cuestionaba como señal de debilidad.

Las prácticas funerarias de la época, ricas en simbolismo, evidenciaban la preocupación de los griegos por la transición al más allá y reforzaban la carga moral asociada al acto de quitarse la propia vida. Según Garrison (1991), los rituales funerarios no eran solo una despedida, sino un mecanismo de integración de la muerte al orden cósmico, y en el caso

del suicidio, esos procedimientos podían ser alterados o negados, dependiendo del juicio social sobre el acto. Un suicida podría ser privado de honores funerarios completos o tener su cuerpo sometido a tratamientos diferenciados, como el enterramiento fuera de los límites de la ciudad, reflejando la ambivalencia entre la libertad y la desaprobación.

Así, el suicidio en la Antigua Grecia no fue solo un evento individual, sino una apariencia que reverberó en las esferas colectiva, espiritual y ética, revelando el esfuerzo entre la autonomía personal, las expectativas sociales y las concepciones sobre el destino humano después de la muerte.

Las posturas filosóficas sobre el suicidio divergían de manera significativa entre las escuelas de pensamiento. Mientras los estoicos lo concebían como un acto racional y, en determinadas circunstancias, justificable, corrientes filosóficas como el aristotelismo lo condenaban, desde la óptica del deber cívico. La "autotanásia", terminología común para designar el acto, se diferenciaba sustancialmente de la concepción posterior formulada por el cristianismo, siendo interpretada como una manifestación de autonomía moral y racionalidad ética (Touwaide, 2019).

El tejido social griego interpretaba el suicidio a la luz de valores como el honor personal y el juicio colectivo. Determinadas circunstancias conferían al acto un carácter honorable, mientras que otras lo revestían de estigma y desaprobación. Platón (2011) condenaba la práctica de forma generalizada, pero reconocía excepciones en casos de enfermedades incurables o miseria extrema. Aristóteles (2015), por otro lado, percibía el suicidio como una ruptura del deber cívico, un gesto de abdicación de las responsabilidades con la polis.

Ciertos episodios de automatanásia, sin embargo, adquirieron connotaciones heroicas, como el sacrificio de Kodios para asegurar la defensa de Atenas o el envenenamiento voluntario de Temístocles, con el fin de evitar la traición a la patria. Las narrativas, impregnadas de valores cívicos, realzaban la concepción del suicidio como acto de abnegación y valentía, siendo elogiadas como expresiones de virtud y lealtad a la comunidad (Maia, 2011). Las nociones de sacrificio personal, cuando se relacionaban con la preservación de la dignidad individual o la seguridad colectiva, se convirtieron en paradigmas éticos en la literatura y filosofía de la época.

El caso emblemático de Sócrates, cuya muerte voluntaria fue narrada por Platón en el Fedón, ejemplifica la concepción del suicidio como afirmación de principios filosóficos. Su negativa a huir de la condena a muerte, en fidelidad a los valores éticos y al respeto por las

leyes de la polis, consolidó la idea de que la automatanásia podía, en casos específicos, constituir un testimonio de integridad moral y coherencia existencial (Minois, 2001).

El suicidio podía asumir contornos políticos, utilizándose como forma de resistencia frente a la tiranía o dominación extranjera. Gestos de abnegación extrema, frecuentemente asociados al martirio, no solo reafirmaban identidades comunitarias, sino que también servían como instrumentos simbólicos de lucha y preservación de los valores colectivos. Estas acciones, impregnadas de significado moral, encontraban eco en otras culturas antiguas que igualmente valoraban la valentía y el honor demostrado en momentos de crisis (Amador Rivera, 2015).

En el plano filosófico, el estoicismo, fundado por Zenón de Citio hacia el 300 a.C., abordaba el suicidio desde la óptica del control racional sobre la propia vida. En el declive de las creencias religiosas tradicionales durante el Imperio Romano, esta corriente defendía el derecho al término voluntario de la existencia en circunstancias de sufrimiento insoportable, degradación física o compromiso irreversible de la dignidad. Zenón, después de sufrir un accidente que limitó su movilidad, optó por terminar con su vida, ilustrando la idea de que la integridad física era un componente en la definición de calidad de vida para los estoicos (McAvoy, 2016).

Séneca, en sus escritos, articulaba argumentos a favor de la decisión de abreviar la propia vida frente a la degeneración provocada por la vejez o la pérdida de la razón. El filósofo romano percibía el suicidio como una alternativa racional cuando las condiciones existenciales inviabilizaban la práctica de la virtud y el mantenimiento de la autonomía moral. Plinio el Viejo compartía esta visión, llegando a considerar la presencia de hierbas venenosas en la naturaleza como un recurso providencial para obtener una muerte sin sufrimiento (Candeloro, 2017).

El suicidio de Catón de Útica, que prefirió la muerte antes que someterse al dominio de Julio César, se convirtió en un ícono de resistencia republicana y amor a la libertad, reverenciado incluso por sus opositores. Para los estoicos, la dignidad del gesto estaba intrínsecamente ligada a la serenidad y la ausencia de teatralidad en la ejecución del acto, como preconizaba Marco Aurelio, quien defendía la sobriedad y la racionalidad al enfrentar la muerte (Oliveira, 2024).

Para los estoicos, por lo tanto, no se trataba solo de justificar el suicidio en sí, sino de proponer una reflexión más amplia sobre los límites de la existencia humana, la dignidad y el deber cívico. La elección por la muerte, cuando estaba respaldada por criterios éticos y una

ponderación racional, se configuraba como expresión de virtud, reflejando la armonía entre vida y razón, fundamentos de la corriente filosófica (McAvoy, 2016).

Las interpretaciones griegas sobre el suicidio, por lo tanto, revelan una comprensión plural y sofisticada de la mortalidad, en la que elementos filosóficos, sociales y culturales se entrelazaban, y el fenómeno era analizado desde diferentes ángulos, desde el sacrificio heroico hasta la violación de las normas cívicas, evidenciando la experiencia humana en la Antigüedad (Demulder, 2017).

El suicidio en la Roma Antigua se configuraba como una práctica socialmente aceptada, frecuentemente asociada a demostraciones de valentía y preservación del honor. Entre figuras prominentes, como Séneca, la decisión de abreviar la propia vida en circunstancias de desgracia o derrota era interpretada como una manifestación de dignidad frente a la posibilidad de humillación pública. Tal concepción reflejaba, en parte, la influencia de la tradición filosófica griega, en la que el suicidio, en ciertas ocasiones, representaba un enfrentamiento consciente con la finitud o una liberación de sufrimientos considerados insoportables (Sampaio & Lima, 2023).

Los métodos más recurrentes incluían la apertura de las venas, resultando en exanguinación, o el uso de una hoja para perforar el abdomen, como se ejemplifica en el acto de Lucrecia. Es importante destacar que el juicio social variaba según la motivación. Los suicidios considerados motivados por pasiones personales, como el de Marco Antonio, eran objeto de censura, a diferencia de los actos percibidos como defensa de principios o preservación de la dignidad (De Oliveira, 1994).

La interpretación romana del suicidio estaba fuertemente influenciada por el pensamiento filosófico, especialmente estoico. Solo en circunstancias como la vejez debilitante, la pérdida de honor o la irreversibilidad de los infortunios el acto era socialmente legitimado. En momentos específicos, se observó incluso la glorificación del gesto, como lo describe Séneca en "Sobre la Providencia" (2020), al exaltar el suicidio de Catón como la expresión máxima de integridad moral. La teatralización del acto era común, incluidos los eventos de despedida entre amigos, marcados por la celebración racional y serena de los últimos momentos.

La legislación romana sobre el suicidio reflejaba las dinámicas jurídicas y políticas del período. Mientras que los ciudadanos libres tenían el derecho de decidir sobre su propio fin sin implicaciones legales, los esclavizados y condenados a muerte estaban sujetos a sanciones póstumas, como el confiscamiento de bienes y la profanación del cuerpo. En momentos de

aumento de las tasas de suicidio, el Estado adoptaba frecuentemente medidas de control más rígidas (Minois, 2001).

En ciertos escenarios, el suicidio se utilizaba como estrategia para salvaguardar el patrimonio familiar o evitar la deshonra de la ejecución pública, aunque sin garantía de éxito. La muerte del prefecto pretoriano Macro, por ejemplo, resultó en el confiscamiento de su propiedad, evidenciando la tensión entre las normas jurídicas y los intereses políticos. El episodio ilustra cómo la legislación era manipulada en función de conveniencias políticas, constituyendo una herramienta de control y coerción estatal (De Mello Kujawski, 2003).

La manera en que se percibía el suicidio, especialmente entre figuras públicas, oscilaba entre la exaltación y el repudio, variando según lo político y moral. En el caso de Macro, la desaprobación de la sociedad culminó en la expropiación de sus bienes, revelando la flexibilidad interpretativa del acto en función de las circunstancias sociales y políticas (Den Heijer, 2022).

El mantenimiento del orden público en Roma dependía fuertemente de la autorregulación social, ya que el aparato estatal formal de vigilancia era limitado. Esta configuración otorgaba margen a interpretaciones discrecionales de las normas, de modo que las decisiones jurídicas a menudo se ajustaban a intereses momentáneos, en detrimento de principios legales uniformes. El confisco de la propiedad de Macro tras su suicidio ejemplifica las dinámicas de control y retribución (Demulder, 2017).

El suicidio de Séneca, además de las implicaciones filosóficas, reflejó una dimensión política significativa. Bajo el gobierno de Nerón, el filósofo, caído en desgracia, tuvo su muerte interpretada como una forma de resistencia al régimen tiránico. El acto, realizado públicamente, se inscribió en una tradición romana de exhibición de la muerte como instrumento de reafirmación de valores cívicos y morales. La serenidad y racionalidad demostradas por el filósofo en sus últimos momentos fueron descritas como reflejo de su carácter y coherencia ética (Pinheiro, 2008).

La valoración de la muerte noble permeaba ampliamente la cultura romana, siendo exaltada tanto bélicamente como en actos de automatanza asociados con la preservación del honor. El episodio final de Séneca, registrado por Tácito (1980), ejemplifica esta tradición. Informado sobre la necesidad de cerrar su propia vida, solicitó tablas para redactar su testamento, lo cual le fue negado. Luego, se dirigió a sus amigos, afirmando que el mayor legado transmitido era el ejemplo de su conducta. Junto a su esposa, Pompeya Paulina, abrió las venas de los brazos. Sin embargo, debido a la edad y al régimen alimentario del filósofo, la hemorragia no resultó en muerte inmediata, llevándolo a realizar incisiones adicionales en

las piernas y rodillas. En medio del sufrimiento, expresó preocupación por el bienestar de su esposa, cuya vida fue preservada por orden de Nerón.

Mientras pronunciaba sus últimas palabras, el filósofo demostraba serenidad acorde con sus principios estoicos. La ingestión del veneno, inspirada en el desenlace de Sócrates, y el baño caliente, destinado a estimular la hemorragia, constituyeron actos deliberados, impregnados de simbolismo. Al asperjar el agua del baño como libación a Júpiter, Séneca realizó su última ofrenda, falleciendo a continuación. Conforme a su deseo, el cuerpo fue cremado sin los ritos fúnebres tradicionales, reafirmando el desapego y la coherencia con los fundamentos filosóficos que defendía.

Los escritos de Tácito (1980) no solo describen el fenómeno del suicidio en la Roma Antigua, sino que también proporcionan una reflexión sobre los debates filosóficos y culturales de la época. El suicidio, lejos de constituir un acto puramente individual, se revela como un fenómeno social, intrínsecamente vinculado a cuestiones de moralidad, política y honor.

En el ámbito militar y político romano, el suicidio, especialmente entre soldados y figuras públicas, se asociaba frecuentemente con la preservación del honor y la fuga de la deshonra pública. Sin embargo, los episodios en los que los militares recurrían al suicidio motivados exclusivamente por vergüenza eran menos comunes de lo que se podría suponer. El gesto de Catón, el Joven, durante la guerra civil, se convirtió en un símbolo de resistencia ideológica, desatando intensos debates sobre el significado político de la autoimolación (Teixeira, 1956).

Las representaciones literarias de la Antigüedad son importantes para la construcción social del suicidio. Los escritores romanos frecuentemente exploraban el suicidio femenino como recurso para discutir moralidad, poder y sexualidad, reflejando tensiones sociales más amplias (Baptista 2018).

La literatura romana también abordaba el suicidio femenino como expresión de resistencia frente a imposiciones sociales, revelando la agencia restringida de las mujeres en esa sociedad. Frecuentemente asociado con la pureza y la preservación del honor sexual, el acto de quitarse la vida era retratado como una alternativa a la deshonra, reafirmando normas en torno a la sexualidad femenina (Baptista, 2018).

En contraste, la cobertura contemporánea de la prensa italiana tiende a representar el suicidio femenino como una respuesta emocional a conflictos personales, mientras que el masculino se interpreta desde la perspectiva de presiones sociales más amplias (Canetto & McIntosh, 2022).

El simbolismo público de estas representaciones literarias evidencia la instrumentalización del suicidio femenino para problematizar dilemas sociales y morales, reflejando no solo las tensiones de género y expectativas culturales impuestas a las mujeres, sino también los conflictos internos que surgen de estas presiones (Ayoub, 2020). A lo largo de la historia, las figuras femeninas que atentaron contra su propia vida en la literatura fueron utilizadas para cuestionar las limitaciones de la libertad femenina, la represión emocional y los roles sociales tradicionales. Además, estudios contemporáneos en terapia artística resaltan las luchas psicoemocionales enfrentadas por las mujeres que atentaron contra su propia vida, demostrando cómo el arte puede actuar como un medio de expresión y resignificación de esas experiencias.

Según Rapolienė & Aartsen (2023), la terapia artística ha demostrado ser una herramienta valiosa en el tratamiento de la ideación suicida femenina, ya que permite que las emociones reprimidas sean externalizadas y reelaboradas de manera terapéutica, promoviendo el autoconocimiento y la resiliencia emocional. Desde el prisma histórico y psicológico, el suicidio en Roma se comprendía como una respuesta a presiones emocionales y sociales, sin que hasta el siglo XVII existiera un término específico para definirlo. Tal ausencia terminológica sugiere que el enfoque del análisis recaía sobre las circunstancias e implicaciones del acto, más que sobre su ocurrencia aislada (Minois, 2001).

Con el avance del cristianismo, el suicidio comenzó a ser cada vez más condenado, resultando en sanciones legales y religiosas severas. El fenómeno refleja transformaciones profundas en los valores culturales, a medida que la doctrina cristiana moldeaba significativamente la concepción de la vida y la muerte (Amundsen, 1989).

Durante la Alta Edad Media, el suicidio estaba impregnado de ideas religiosas, sociales y jurídicas. Aunque el cristianismo lo condenaba como un pecado grave, algunas crónicas medievales manifestaban compasión hacia aquellos que se quitaban la vida. El caso de Enrique VII de Hohenstaufen, cuya muerte fue descrita por diferentes narrativas de manera que atenuaban el estigma asociado al suicidio, ilustra esta ambivalencia. Las representaciones medievales indican que factores como el honor, el miedo y el sufrimiento psíquico ejercían una influencia sustancial sobre las motivaciones para el acto (Duarte & Oliveira, 2022).

Incluso los monjes cronistas evitaban la condena rígida de los suicidas, optando por retratarlos como buenos cristianos, lo que sugiere una actitud más humana y menos estricta ante el acto (Ayoub, 2020). El estigma en torno al suicidio se atenuaba mediante narrativas alternativas de muerte, permitiendo que esos individuos fueran recordados de una forma más compasiva, conforme a los valores de la época (Duarte & Oliveira, 2022).

Motivaciones como el dolor físico, el miedo a castigos severos y presiones sociales relacionadas con el honor y la humillación eran frecuentemente señaladas como razones para el suicidio en la sociedad medieval. El ahorcamiento se destacaba como un método prevalente, reflejando los medios disponibles y el contexto cultural de ese período (Ayoub, 2020).

En la Francia medieval, los suicidas eran tratados de manera similar a los criminales, enfrentando juicios y castigos póstumos, y la percepción del suicidio como una violación tanto de las leyes divinas como civiles; la superposición entre las visiones legales y religiosas creó una estructura para la comprensión y tratamiento de estos actos en la sociedad medieval (Pardon, 2024).

Aunque el tratamiento del suicidio en la Edad Media tenía características propias, cuestiones contemporáneas, como la salud mental y las presiones sociales, siguen siendo relevantes en los debates actuales. Las exploraciones en la ficción histórica, por ejemplo, continúan examinando los impactos emocionales y sociales de este tema, lo que genera una reflexión sobre cómo el suicidio fue y es comprendido a lo largo del tiempo (Canetto & McIntosh, 2022).

En la Edad Media, la postura de la Iglesia respecto al suicidio pasó por cambios significativos a lo largo del tiempo. Influenciada por las doctrinas cristianas, la condena formal del suicidio comenzó con el Concilio de Arlés en 452, que lo clasificó como un acto demoníaco, reflejando una visión rígida de la práctica como algo contrario a la voluntad divina (Amundsen, 1989). A pesar de esta condena, algunos cronistas medievales, como en el caso ya citado de Enrique (VII) de Hohenstaufen, expresaban una visión más compasiva, retratándolo con simpatía y evitando culpabilizarlo por el acto, lo que demuestra una tensión interna en la comunidad cristiana de esa época (Canetto & McIntosh, 2022).

En el campo doctrinario, la posición de la Iglesia sobre el suicidio siguió siendo debatida a lo largo de los siglos, sin una definición completamente consolidada hasta el siglo XVII. Esta indefinición prolongada generó diferentes interpretaciones morales y teológicas sobre el tema (Andrade, 2022). Sin embargo, los impactos legales fueron severos desde el principio, con la negativa al entierro cristiano para los suicidas y el confiscamiento de sus propiedades, reforzando el estigma social en torno al suicidio como una transgresión contra Dios y la sociedad (Amundsen, 1989).

La literatura medieval también reflejaba las vicisitudes emocionales y culturales. Pedro Abelardo, por ejemplo, en sus obras, exploraba las emociones involucradas en el suicidio, ya que tenía una influencia más profunda sobre los sentimientos que permeaban las

almas que recurrían a tal acto (Hunt, 2009). Además, la medicina y los estudios psicológicos medievales comenzaron a investigar los factores emocionales relacionados con el suicidio, sugiriendo una comprensión creciente de los dolores mentales y físicos que conducían al acto (Canetto & McIntosh, 2022).

La obra *Scito te Ipsum*, de Pedro Abelardo (1994), es un hito en la reflexión medieval sobre las emociones relacionadas con el suicidio, sacando a la luz el dolor emocional y psicológico que permeaba a los individuos que recurrían a esta acción. Abelardo (1994), con su sensibilidad filosófica, abordaba la turbulencia emocional y el desespero humano de la época, destacando los conflictos internos que podían llevar a una persona a esta decisión extrema (Boquet *et al.*, 2017). Su obra no solo ofrecía un análisis teológico, sino que también revelaba una profundidad emocional que comenzaba a ser explorada en ese período.

La medicina medieval, aunque rudimentaria comparada con los estándares contemporáneos, ya investigaba las emociones humanas y su relación con la salud mental, especialmente dentro del paradigma de los cuatro humores. La creencia predominante en la época sostenía que la salud mental era resultado del equilibrio entre los humores del cuerpo, siendo que un exceso de bilis negra podría causar estados de melancolía extrema, desesperación e incluso tendencias suicidas. Los estudios de esa época comenzaron a desentrañar las interacciones entre cuerpo y mente, proponiendo que el dolor mental y físico eran factores interrelacionados que influían en decisiones trágicas como el suicidio (Cohen-Hanegbi, 2016).

Al reconocer esta conexión, los médicos medievales comenzaron a trazar una comprensión más amplia del sufrimiento humano, aunque aún fuertemente influenciada por la doctrina cristiana, que interpretaba el suicidio como un pecado. Así, los primeros esfuerzos para comprender la salud mental en la Edad Media reflejaban un delicado equilibrio entre la medicina, la filosofía y la teología, abriendo el camino para futuras aproximaciones más científicas del tema. En las teorías modernas, las aproximaciones psicodinámicas ahondan aún más en la cuestión emocional, enfatizando el conflicto entre partes del yo, donde un lado agresor enfrenta un aspecto más vulnerable de la personalidad (Boquet *et al.*, 2017)

La visión contemporánea ofrece una continuidad respecto a las reflexiones medievales, en la medida en que se busca entender cómo el dolor emocional no resuelto puede conducir a actos de desesperación. La literatura psicoanalítica actual, al enfatizar la dinámica interna de emociones reprimidas, ofrece una lente para analizar las manifestaciones de angustia y desesperación ya presentes en períodos históricos anteriores (Canetto & McIntosh, 2022).

Los análisis fenomenológicos también contribuyen a la comprensión del dolor psicológico que lleva al suicidio, explorando la autodeterminación de los individuos frente al sufrimiento (Madeira & Miranda, 2021). Al buscar entender el suicidio como una experiencia subjetiva de dolor profundo, resuena con las narrativas medievales que abordaban el sufrimiento humano de manera más compasiva, reconociendo la complejidad emocional involucrada.

Desde el punto de vista histórico, la evolución del suicidio revela una transformación gradual. Si en la Edad Media el tema estaba permeado por visiones teológicas y punitivas, los estudios psicoanalíticos y psicológicos modernos ofrecen un análisis más humanizado del dolor mental y emocional que lleva a este acto. Las contribuciones de Gondim y Martins (2021) evidencian cómo las interpretaciones sobre el suicidio pasaron de una condena religiosa a un análisis más empático y psicológico, reflejando una transformación en los enfoques de comprensión y prevención del suicidio.

El período del Renacimiento estuvo caracterizado por una elevada incidencia de suicidios, impulsada por una interacción de transformaciones sociales, religiosas y filosóficas. Las convulsiones culturales y los cambios estructurales de este momento histórico impactaron profundamente las experiencias de sufrimiento mental y crisis existenciales. Las creencias religiosas y las normas sociales ejercieron una influencia significativa sobre el tratamiento del suicidio, lo que agravó el estigma e intensificó la angustia de aquellos que enfrentaban este dilema (Dawson, 2014).

En el campo religioso, la Reforma desafió la doctrina tradicional, especialmente al cuestionar preceptos establecidos. Tal ambiente de transformación espiritual generó inseguridad y angustia en muchos individuos, contribuyendo a una sensación de desesperanza que alimentaba reflexiones suicidas. Al mismo tiempo, el suicidio era ampliamente considerado un acto criminal, con castigos severos, como la confiscación de propiedades y la negación del entierro religioso, lo que ampliaba aún más la marginalización de las familias y el aislamiento social (MacDonald & Murphy, 1990).

La Reforma Protestante trajo una relación intrincada con el concepto de suicidio, influenciada por diversas capas teológicas, sociales y culturales. El pensamiento protestante, fuertemente anclado en la teología agustiniana, equiparaba el suicidio al asesinato premeditado, rechazando la filosofía estoica que, en ciertos casos, podría justificar el acto. Sin embargo, esta visión rígida se suavizó al considerar factores como la salud mental y la influencia demoníaca, sugiriendo que no todos los que cometían suicidio estarían condenados a una pena eterna (Hunter, 2013).

En el ámbito social y económico, los datos de la Prusia del siglo XIX indican que el protestantismo estuvo asociado a un aumento en las tasas de suicidio. A diferencia del catolicismo, el protestantismo ofrecía menor cohesión comunitaria y creencias diferentes sobre la vida después de la muerte, lo que, a su vez, reducía el apoyo social y agravaba el aislamiento individual. La sociología protestante, con un enfoque en la responsabilidad personal y una menor centralidad comunitaria, influyó directamente en este fenómeno (Becker & Woessmann, 2018).

El análisis de datos históricos de 452 condados prusianos confirma que, entre 1816-21 y 1869-71, hubo una correlación significativa entre el protestantismo y las tasas de suicidio (Dawson, 2014). Modelos estadísticos robustos, como el uso de variables instrumentales, se aplicaron para controlar posibles sesgos y fortalecieron la conclusión de que, en gran parte, la cohesión comunitaria fue más determinante que las creencias teológicas en las tasas de suicidio (Becker & Woessmann, 2018).

La postura teológica rígida del protestantismo respecto al suicidio fue, con el tiempo, reinterpretada con más empatía. Sin embargo, los datos históricos muestran que, al debilitar las redes comunitarias, el protestantismo contribuyó inadvertidamente al aumento de las tasas de suicidio, resaltando la interacción entre las creencias religiosas y las dinámicas sociales (Hunter, 2013).

El estudio de las tasas de suicidio en la Prusia del siglo XIX revela una relación entre el protestantismo y los resultados en salud mental, destacando la influencia de la integración religiosa y las creencias sobre la vida después de la muerte. Utilizando datos de 452 condados prusianos y modelos de variables instrumentales, la investigación examinó el impacto del protestantismo en el aumento de las tasas de suicidio, centrándose en dos mecanismos principales: la cohesión social y las creencias teológicas (Gondim & Martins, 2021).

Las comunidades protestantes presentaron menor cohesión social en comparación con las católicas, lo que favoreció un aumento en las tasas de suicidio. Los datos históricos sugieren que la frecuencia a la iglesia era significativamente menor entre los protestantes, lo que indica lazos comunitarios menos fortalecidos y menos apoyo social. El debilitamiento de los lazos sociales fue identificado como uno de los principales factores para la mayor vulnerabilidad al suicidio entre los protestantes (Canetto & McIntosh, 2022).

Además, las creencias protestantes sobre la vida después de la muerte y la gracia divina diferían de las doctrinas católicas, lo que generaba una postura más permisiva sobre el suicidio como una elección moral. Sin embargo, el estudio de Andrade (2022) indica que la

cohesión social fue un factor más relevante que las diferencias teológicas en las tasas de suicidio, siendo la ausencia de una comunidad unida un factor más determinante.

En el plano cultural, las normas vigentes influían tanto en la prevalencia como en los métodos de suicidio. En algunas sociedades, los actos de suicidio eran vistos de manera respetuosa, lo que reflejaba una aceptación cultural distinta. Sin embargo, variaban ampliamente de una comunidad a otra, y el impacto de estas variaciones se hacía sentir en los niveles de prevalencia y en las formas de lidiar con el acto (Mostafazadeh-Bora; Zarghami & Shahriar, 2016).

El pensamiento filosófico también se transformó significativamente durante el Renacimiento, influenciado por debates sobre el valor de la vida y las implicaciones de la muerte. Los cambios filosóficos crearon un ambiente propicio para la contemplación del suicidio como una salida ante las crisis existenciales generadas en la época (MacDonald & Murphy, 1990).

Los aspectos económicos y psicosociales también tuvieron gran relevancia. Las desigualdades sociales y los desafíos económicos vividos en ese período generaron un ambiente de incertidumbre que amplificó el sufrimiento psicológico. La pobreza, el desempleo y el hambre resultaron en angustia y desesperanza, factores que contribuían al comportamiento suicida (Kirmayer, 2022). Además, cuestiones psicológicas, como trastornos depresivos y el abuso de sustancias, fueron identificados como desencadenantes importantes para quienes enfrentaban tal angustia (Küey, 2022). Los trastornos afectaban directamente el bienestar emocional, generando un sentimiento de impotencia y descontrol sobre la propia vida.

Incluso en la adversidad, algunas sociedades demostraron formas de protección. La cohesión social, que genera solidaridad y apoyo dentro de los grupos, servía como un factor de protección, ofreciendo apoyo emocional y práctico. La inclusión y la integración grupal fortalecían los lazos comunitarios y ayudaban a mitigar los riesgos asociados al suicidio, creando un sentido de pertenencia que, en algunos casos, alejaba el desesperamiento (Küey, 2022).

El análisis del suicidio durante el Renacimiento revela una intersección entre factores religiosos, sociales y económicos, y demuestra que el fenómeno fue influenciado por una amplia gama de variables, tanto de sufrimiento como de resiliencia (Andrade, 2022).

En el ámbito familiar y social, el suicidio era visto como una fuente de vergüenza, afectando gravemente la posición social de las familias. En muchos casos, para minimizar el impacto de esa deshonra, los familiares etiquetaban al fallecido como insano, buscando

clemencia legal para evitar el estigma extremo (Callaghan, 2007). El impacto social y legal reforzaba la concepción del suicidio como una desgracia pública, y las respuestas eran muchas veces punitivas, reflejando el peso moral atribuido al acto.

Con la llegada de la Ilustración en el siglo XVIII, el entendimiento de la norma comenzó a distanciarse de la religión, y pasó a abarcar también un sistema de reglas sociales más racionales y universales. Durkheim (1983), por ejemplo, interpretaba la norma como una manifestación de la conciencia colectiva, algo que el individuo ya encuentra establecido al nacer y con lo que debe alinearse. El entendimiento se expandió en el siglo XX, cuando las normas empezaron a ser comprendidas no solo como reglas prescritas, sino también como comportamientos esperados socialmente, garantizando su aplicación mediante sanciones.

Aún en el siglo XVII, Arthur Schopenhauer (2014) presentó una visión del suicidio profundamente influenciada por sus reflexiones metafísicas y psicológicas, considerándolo un acto fútil e insensato. El suicidio no proporciona la fuga esperada del sufrimiento, ya que ignora la persistente voluntad de vivir que trasciende la muerte. Schopenhauer (2014) defendió que la identidad personal y las conexiones psicológicas se extienden más allá de la vida del individuo, haciendo que el suicidio sea ineficaz en la búsqueda de la verdadera inexistencia (Marshall, 2024).

Desde el punto de vista metafísico, la voluntad, que representa el verdadero yo, continúa existiendo después de la muerte, invalidando la idea de que el suicidio pueda ser una solución para el sufrimiento (Janaway, 2022). Su crítica a los argumentos filosóficos anteriores resalta la futilidad del suicidio dentro de su visión pesimista del mundo (Stellino & Stellino, 2020).

En el ámbito psicológico, Schopenhauer (2014) diferenciaba las intenciones de los individuos que consideran el suicidio y los deseos subyacentes, sugiriendo que, en esencia, estas personas desean lo contrario de lo que el acto representa (Marshall, 2024). El miedo a la muerte, originado por la voluntad irracional de vivir, debe ser superado, y no utilizado como justificación para el suicidio, que representa un error en su visión (Janaway, 2022).

Las implicaciones filosóficas de la obra de Schopenhauer (2014) incentivaron una reflexión profunda sobre la existencia y el parásito que involucra vida y muerte, la idea de liberación de la satisfacción ciega de los deseos. Sus opiniones sobre el ascetismo y la muerte voluntaria por inanición refuerzan aún más la creencia de que el suicidio es un camino fútil en la búsqueda de liberación (Stellino & Stellino, 2020). Aunque sus argumentaciones son consistentes dentro de su sistema filosófico, enfrentan críticas de comentaristas

contemporáneos que cuestionaron las premisas de sus afirmaciones metafísicas y psicológicas (Masny, 2021).

3.1. NORMAS SOCIALES, SUICIDIO Y DINÁMICAS SOCIOCULTURALES

Las normas sociales no son homogéneas y se dividen en dos grupos: normas primarias, invariables y compartidas por todas las culturas, y normas secundarias, condicionadas por las particularidades de cada sociedad (Ellickson, 2001). La violación de las primeras siempre ha sido severamente castigada, mientras que las normas secundarias varían según lo social y temporal. Incluso los preceptos universales, como el "no matarás", presentan excepciones dependiendo de las circunstancias, como en la pena de muerte o la eutanasia (Coelho, 2013). Entre los comportamientos clasificados como desvíos negativos, el suicidio es uno de los más discutidos.

Su definición clásica, propuesta por Durkheim (2004), se refiere a la muerte resultante de un acto deliberado, ya sea por acción u omisión, de la propia víctima, que tiene plena conciencia de las consecuencias de su decisión. Según el sociólogo, el suicidio se refiere al acto en que un individuo, conscientemente, busca su propia muerte como consecuencia de una acción positiva o negativa, consciente del resultado final (Pickering & Walford, 2000).

Según Durkheim (2004), el suicidio trasciende la esfera de la acción individual, configurándose como un fenómeno que refleja crisis y desórdenes en el tejido social. El autor, al analizar este comportamiento, estableció cuatro tipologías distintas: suicidio egoísta, suicidio altruista, suicidio anómico y suicidio fatalista, cada una asociada a condiciones específicas de la estructura social.

El suicidio egoísta se manifestaba en la integración social debilitada, en la que individuos marginados o aislados carecían de vínculos significativos con el colectivo. La insuficiencia de lazos comunitarios dificultaba el pertenecer y comprometía la construcción de una identidad social compartida. En estas circunstancias, la soledad y la ausencia de apoyo emocional conducían a un estado de vulnerabilidad psíquica, que con frecuencia culminaba en comportamientos autodestructivos (Spangler, 1979).

Por el contrario, el suicidio altruista surgía en escenarios marcados por una integración social exacerbada, donde la individualidad era suprimida en favor de los intereses colectivos. En estas situaciones, la vida propia se ofrecía como un acto de devoción al grupo, en consonancia con creencias ideológicas o tradiciones culturales. El comportamiento de los pilotos Kamikaze japoneses durante la Segunda Guerra Mundial constituía un ejemplo notable

de esta tipología, ya que el sacrificio personal era interpretado como un gesto de lealtad y honor hacia la nación. Atentados suicidas contemporáneos, motivados por convicciones religiosas o políticas, igualmente ilustraban esta forma de suicidio (Rose, 2015).

El suicidio anómico derivaba de la ausencia de regulación social adecuada, manifestándose en períodos de inestabilidad y ruptura en las estructuras sociales. Cambios abruptos, como crisis económicas, desempleo generalizado o catástrofes naturales, creaban un estado de desorientación colectiva, en el que los individuos se veían privados de referencias normativas. El terremoto de Kobe, ocurrido en Japón en 1995, ejemplificó este fenómeno al evidenciar el sufrimiento psicológico de los sobrevivientes, quienes, ante pérdidas irreparables, enfrentaron dificultades para restablecer su sentido de orden y seguridad (Patel, 2024).

El suicidio fatalista, por su parte, se manifestaba en un control social excesivo, caracterizado por opresión y restricción extrema de las libertades individuales. Los individuos sometidos a regímenes autoritarios, condiciones de esclavitud o sistemas disciplinarios rigurosos tendían a experimentar un sentimiento persistente de desamparo y desesperanza; un futuro inmutable y la imposición de reglas inflexibles favorecían la aparición de este comportamiento autodestructivo (Abrutyn & Mueller, 2016).

Autores contemporáneos y sucesores de Durkheim (2004) también contribuyeron a la comprensión de este tema al proponer nuevas tipologías e interpretaciones. Halbwachs (2014) y Shneidman (2001) abordaron categorías adicionales, como el suicidio redentor y el suicidio sacrificial. Day (1987), influenciado por la tradición durkheimiana, amplió el análisis al introducir términos como "suicidio crónico" y "suicidio doble". Un suicidio resultante de la interacción simultánea de dos tipos durkheimianos, por ejemplo, egoísta y anómico. Imagina un individuo aislado (baja integración) en una sociedad en crisis normativa (baja regulación), enfrentando tanto la soledad como la falta de propósito.

El suicidio específico se refiere a un proceso lento y gradual de autodestrucción, a menudo relacionado con estilos de vida-social que corroen la voluntad de vivir a lo largo del tiempo, mientras que el suicidio doble describe situaciones en las que el acto involucra la muerte de otra persona antes del propio suicidio, como en casos de homicidio seguido de suicidio. Estas contribuciones enriquecen la teoría original de Durkheim (2004) al incorporar dimensiones psicológicas, culturales y temporales, influenciadas tanto por fuerzas sociales como por experiencias individuales y colectivas. Así, estos autores mantienen el legado durkheimiano, pero lo adaptan para comprender las sociedades modernas.

A finales del siglo XIX y principios del XX, el aumento significativo de las tasas de suicidio en países como Brasil condujo a la creación de enfoques interdisciplinarios para el estudio del fenómeno, culminando en el desarrollo de la suicidología. La ciencia investiga no solo el acto individual, sino también las características sociodemográficas y psicológicas de las personas propensas al suicidio, además de los factores sociales, como los cambios económicos y las condiciones de vida (Mota, 2014).

Históricamente, el suicidio no siempre se ha visto como un comportamiento desviado. En algunas culturas, se prescribía como un acto honorable, como en el caso de los antiguos celtas o el harakiri japonés. En las sociedades donde el suicidio era condenado por la religión, como en el cristianismo, los intentos de suicidio llevaban a la exclusión social y religiosa (Mata, 2020).

El suicidio es un fenómeno que abarca diversas áreas del conocimiento, como la filosofía, sociología, psicología, moralidad, derecho, religión, cultura y medicina. La decisión de quitarse la vida de una persona mentalmente sana, lo que corresponde a la mayoría de los casos, es frecuentemente el resultado de la ausencia o pérdida del sentido de la vida, un vacío existencial. Este es un problema vinculado a la filosofía y a la cosmovisión. No es casualidad que este tema haya sido ampliamente explorado por los filósofos, especialmente los existencialistas, como Kierkegaard (2019), Camus (2019), Sartre (2021), Heidegger (2024) y Jaspers (1997).

Søren Kierkegaard (2019), en *La enfermedad mortal*, presentó el concepto del salto de fe como una respuesta al desespero que surge de la falta de sentido en la vida. El individuo trascendería lo absurdo de la existencia a través de una fe inquebrantable en Dios, superando la angustia y encontrando un propósito, incluso ante las incertidumbres.

El suicidio, según Kierkegaard (2019), no resolvería la crisis existencial; la fe permitiría superar el desespero.Por su parte, Albert Camus (2019), en *El Mito de Sísifo*, reflexionó sobre lo absurdo de la existencia humana, marcado por el contraste entre la búsqueda incesante de significado y el silencio del universo. Rechazando soluciones trascendentales, como el salto de fe de Kierkegaard (2019), Camus criticó lo que llamó suicidio filosófico. En lugar de eso, propuso la rebelión continua contra lo absurdo, sugiriendo que el individuo, incluso frente a la falta de sentido, debería resistir y crear su propio significado.

Jean-Paul Sartre (2021), con su énfasis en la libertad radical, destacó que el ser humano, en un mundo carente de sentido preestablecido, estaría condenado a crear su propio significado. Para Sartre (2021), el suicidio representaba una huida de esa libertad, una

negativa a asumir la responsabilidad de moldear la propia existencia. La vida, para él, debía ser un acto constante de creación de significado, y desistir de ella implicaría renunciar a la libertad fundamental del ser humano.

Martin Heidegger (2024), en *Ser y Tiempo*, introdujo el concepto de *Ser para la muerte*, la conciencia constante de la mortalidad que, para él, define la existencia humana. Enfrentar esta realidad permitiría una vida auténtica, llevando al individuo a una comprensión más profunda de la propia existencia. Heidegger (2024) sugirió que, al reconocer la muerte, el ser humano debería sentirse inspirado a vivir de manera más plena y significativa.

Karl Jaspers (1997), al discutir las situaciones límite, consideró el sufrimiento, la muerte y las crisis como experiencias ineludibles de la condición humana. Enfrentarlas, en lugar de evitarlas, conduciría a una existencia auténtica. Aunque Jaspers (1997) reconocía el suicidio como una respuesta posible, creía que aceptar la incertidumbre y el sufrimiento sería el camino hacia una vida genuina y trascendente.

La cuestión del suicidio en el pensamiento existencialista reveló enfoques diversos sobre el sentido de la vida y el enfrentamiento con el vacío existencial. Camus (2019) rechazaba el suicidio a favor de la rebelión ante lo absurdo, mientras que Kierkegaard (2019) ofreció la fe como solución. Jaspers (1997) veía el suicidio como una respuesta a las crisis de la vida, pero alentaba la aceptación de ellas para alcanzar la autenticidad. Sartre (2021) y Heidegger (2024), finalmente, enfatizaron el enfrentamiento consciente de la libertad y la mortalidad como aspectos centrales para una vida auténtica.

Más allá del ámbito religioso y legal, el suicidio es parte integrante de la cultura, reflejando formas de existencia social. Cada cultura construye sus propias representaciones de las actividades humanas, incluido el suicidio, que varía entre las culturas budista, hindú, islámica, cristiana y occidental. El arte, por su parte, también ha explorado ampliamente este tema. Obras literarias como *La nueva Héloïse* de Rousseau (1994), *Los sufrimientos del joven Werther* de Goethe (2021) y *Pobre Liza* de Karamzin (2002) son ejemplos de la temática del suicidio.

Rousseau (1994) utilizó las cartas de Julie para provocar reflexiones filosóficas sobre el suicidio, especialmente en las cartas XXI y XXII. En esos pasajes, el autor examinó las complejidades morales y existenciales implicadas en el acto de quitarse la vida, insertándose en un diálogo intelectual con pensadores del siglo XVIII, como David Hume (2003).

En el ensayo *Sobre el suicidio*, Hume (2003) defendió la idea de que el suicidio podría considerarse una elección moralmente neutra, lo que contrastaba con la visión predominante de la época, que lo condenaba. Rousseau (1994), por otro lado, presentó una visión más

equilibrada, reconociendo las cuestiones relacionadas con la autonomía individual y la libertad, mientras reflexionaba sobre las implicaciones sociales y éticas del acto.

En las cartas y en otros escritos, como *El contrato social*, Rousseau (1994) cuestionó la idea de la propiedad sobre la propia vida. El debate que permea *Julie*, al tratar la tensión entre la libertad individual y las normas sociales, relacionado con la Ilustración, la análisis filosófica sobre el derecho a la vida y la muerte destacó el enfrentamiento entre los ideales de autonomía y las restricciones impuestas por la sociedad. El suicidio en *Julie* surgió como una interrogación sobre hasta qué punto el individuo tiene control sobre su propia existencia ante las fuerzas opresivas del medio social.

Además de esta reflexión filosófica, *Julie, o la nueva Héloïse* (1994) impactó en la romantización del suicidio. La obra contribuyó a la formación del concepto de suicidio romántico, que comenzó a formarse en el siglo XVIII y ganó fuerza en el siglo XIX. En este contexto, el suicidio fue retratado como un acto motivado por un sentimiento profundo, donde el dolor emocional, el amor trágico y el enfrentamiento con las convenciones sociales se mezclaban, llevando a la autodestrucción. Rousseau (1994), por lo tanto, al explorar el suicidio, no solo planteó cuestiones filosóficas, sino que también atribuyó al tema un tono sentimental y estético que resonaba con la sensibilidad de los lectores de su época.

A nivel literario, Rousseau (1994) adoptó la forma epistolar para crear una conexión íntima entre los lectores y las reflexiones sobre el suicidio. La técnica permitió que los dilemas personales y filosóficos se presentaran de una manera más cercana y envolvente. Las cartas, además de narrar los eventos, invitaban a la meditación sobre las elecciones y angustias de los personajes. Esto hizo que el suicidio, al ser abordado en *Julie*, adquiriera una dimensión más introspectiva, llevando al lector a cuestionar sus propios juicios y concepciones sobre el tema.

A través de estas técnicas, Rousseau (1994) estimuló reflexiones que iban más allá de la condena moral simplista, al desafiar a los lectores a reconsiderar los significados sociales y personales del suicidio. Y al construir un escenario en el que las emociones, los principios morales y las convenciones sociales se entrelazaban, creó un espacio propicio para debatir la legitimidad del suicidio como expresión de autonomía individual.

El tema del suicidio en *Los sufrimientos del joven Werther*, de Goethe (2021), involucra una interacción entre el idealismo romántico, el sufrimiento psicológico y la influencia social. La novela explora la profunda turbulencia emocional de Werther, cuyo desespero personal refleja cuestiones mayores sobre el romanticismo, culminando en su acto final. Además de abordar la angustia individual, el libro generó un impacto cultural conocido

como el *efecto Werther*, al retratar el suicidio de una forma que influyó en comportamientos en diversos contextos sociales e históricos.

La obra, representativa de la literatura romántica, destaca la intensa expresión emocional y la idealización del amor y la naturaleza. El suicidio de Werther aparece como una respuesta al amor no correspondido y a las restricciones sociales, configurándose como un acto de fuga ante un sufrimiento insoportable. A medida que Werther se aleja de la realidad, el acto final aparece como una disolución del yo, tema recurrente en la modernidad (Piazzoli, 2023).

Tras su publicación, *Los sufrimientos del joven Werther* fue asociado a una serie de suicidios imitativos, evento que se consolidó en la literatura como *el* efecto Werther. Registros históricos en países de habla alemana documentan casos de personas influenciadas directamente por la novela, aunque la extensión de este fenómeno ha generado debates (Mestas & Arendt, 2023). La cuestión de cómo las representaciones del suicidio afectan a individuos vulnerables sigue siendo actual, especialmente en el contexto de los medios digitales contemporáneos.

Desde el punto de vista sociológico, el suicidio de Werther refleja cuestiones centrales del individualismo en la modernidad, resonando con las teorías de Émile Durkheim (1893), quien veía el suicidio como un fenómeno de dimensiones sociales (Castelli, 2023). La tragedia de Werther señala, así, una crítica a las presiones sociales e individuales de la época, anticipando las reflexiones de Durkheim (1893) sobre las tipologías de suicidio (Castelli, 2023).

El impacto cultural de *Los sufrimientos del joven Werther* (2021) también se extendió a otras formas de arte, como la ópera, ejemplificado por el caso del tenor Paul Vidal, que se quitó la vida de manera similar al personaje de Goethe. Este episodio ilustró la profunda identificación de individuos con narrativas ficticias, y las potenciales consecuencias de esto para la psique.

Por lo tanto, al abordar de manera sensible el desespero individual y el idealismo romántico, la novela de Goethe (2021) también arrojó luz sobre el impacto de las representaciones mediáticas en el comportamiento suicida. Su legado cultural y literario sigue siendo relevante en las discusiones sobre la responsabilidad mediática de las emociones humanas.

Desde el punto de vista médico y psiquiátrico, el suicidio puede ser consecuencia de enfermedades físicas y mentales graves. Ya en el campo de la sociología y la historia de la creatividad, hay un interés especial en el análisis de la prevalencia del comportamiento

suicida entre individuos creativos, como escritores, poetas, científicos y artistas (Piazzoli, 2023).

La constancia relativa del número de suicidios en diferentes sociedades y la variación conforme a cambios económicos, políticos y sociales demuestran el carácter social del fenómeno. La investigación sociológica muestra que el suicidio es casi inexistente en el mundo animal, salvo por raras excepciones de actos instintivos, lo que refuerza la tesis de Sartre (2021?) de que la capacidad de cometer suicidio es un rasgo distintivo de la humanidad.

La pobre Liza, de Karamzin (2002), fue una obra marcante en el sentimentalismo ruso, conocida por el trágico destino de su protagonista, una joven campesina que se suicidó tras un romance frustrado. La narrativa exploró las emociones humanas de manera profunda, reflejando las tensiones morales, religiosas y existenciales que atravesaron la vida de Liza. Fuertemente influenciada por el sentimentalismo de Rousseau (1994), la obra destacó la inocencia y pureza del personaje, elementos que hicieron que su tragedia fuera aún más dolorosa. El conflicto entre sus valores tradicionales y la realidad emocional a la que fue sometida reveló una intensa tensión entre su educación ortodoxa y los impulsos del amor romántico, que la arrastraron a su ruina.

La historia también abordó una dimensión psicológica y existencial. La decisión de Liza de quitarse la vida apareció como una respuesta desesperada a la pérdida de su identidad frente al rechazo amoroso, además de una búsqueda de redención más allá de la vida terrenal, algo común en las narrativas sentimentales de la época (Karamzin, 2002). Esta narrativa, impregnada de dilemas morales y religiosos, combinada con el retrato sensible de la vulnerabilidad emocional de Liza, hizo de *Pobre Liza* un hito en la literatura rusa.

El suicidio de la protagonista no fue solo el punto culminante de la historia, sino una síntesis de las cuestiones psicológicas, morales y religiosas que Karamzin exploró, consolidando la obra como una pieza central en la tradición sentimentalista de Rusia en el siglo XVIII.

El concepto de suicidio involucra diversas dimensiones que interactúan entre sí, como la psicológica, la sociológica y la intencional. No se trata solo de un acto de autodestrucción, sino de una respuesta a un dolor profundo, influencias sociales y motivaciones personales, lo que requiere una comprensión amplia. *La Teoría de los Tres Pasos* de Klonsky y May (2015) propuso una distinción entre individuos con ideación suicida y aquellos que llegan a intentar o consumar el suicidio. Según esta teoría, el proceso que lleva a alguien del pensamiento a la acción se da en tres fases: dolor psicológico, desesperanza y capacidad adquirida.

Inicialmente, el sujeto experimenta un dolor psicológico intenso, a menudo asociado a la pérdida de propósito o al sufrimiento continuo, y este dolor es fundamental para el surgimiento de la ideación suicida. Sin embargo, el dolor por sí solo no es suficiente para que el suicidio sea consumado. El segundo paso es la desesperanza, cuando el individuo pierde la capacidad de visualizar alternativas para aliviar su sufrimiento, lo que intensifica el deseo de escapar de la situación dolorosa. La combinación del dolor con la sensación de que no hay salida lleva al fortalecimiento de la ideación suicida (Conejero; Olié; Calati; Ducasse & Courtet, 2018).

Sin embargo, no todos los que tienen ideación suicida la transforman en acto. El tercer paso es la capacidad adquirida para realizar el acto, resultado de la habituación al miedo de la muerte y al dolor físico. Personas que han estado expuestas a experiencias traumáticas, violencia o automutilación, por ejemplo, pueden desarrollar esta capacidad. Así, la transición de la ideación a la tentativa de suicidio ocurre cuando hay la combinación de dolor, desesperanza y esta capacidad adquirida (Piazzoli, 2023).

La relación entre dolor y desesperanza, como punto inicial de la ideación suicida, es fundamental para comprender el proceso por el cual el individuo comienza a considerar el suicidio como una opción. Esta puede tener varias orígenes, sean psicológicas, emocionales o físicas, y es la experiencia de un sufrimiento tan profundo que lleva a la duda sobre el valor de la vida.

Sin embargo, dormir solo no es suficiente para desencadenar el comportamiento suicida; es una combinación de este dolor con una sensación de desesperanza, donde el individuo ve un futuro sin posibilidad de mejora, lo que da inicio a la ideación suicida. El reconocimiento de esta interacción entre dolor y desesperanza proporciona una base importante para las estrategias de prevención del suicidio, destacando que la ideación suicida no es un fenómeno aislado, sino un proceso influenciado por múltiples factores (Laranjeira, 2015).

El segundo paso para la comprensión del comportamiento suicida involucra el concepto de conexión, que va más allá de las relaciones interpersonales tradicionales. Las conexiones pueden ser condicionantes con aspectos importantes de la vida del individuo, como el trabajo, principalmente personales o proyectos de vida. Mientras el individuo mantenga estas conexiones, incluso frente al dolor y la desesperación, las probabilidades de un intento de suicidio disminuyen (Lyra, 2019).

La fuerza de estas conexiones sirve como un factor protector, impidiendo que una ideación suicida se transforme en acción concreta. Este concepto tiene relación con la Teoría

Psicológica Interpersonal del Suicidio de Ribeiro & Joiner (2009), que exploró cómo factores como la carga percibida, el pertenecer frustrado y la capacidad adquirida influyen en el riesgo de suicidio. La combinación de estas dimensiones, cuando están desreguladas, contribuye al desarrollo del comportamiento suicida.

La aplicabilidad de la Teoría Psicológica Interpersonal del Suicidio es validada en varias poblaciones, incluyendo adolescentes y veteranos, donde matices específicos revelan sus particularidades. En el caso de los adolescentes, aunque el modelo es eficaz para la prevención de intentos de suicidio, necesita ser ajustado para considerar características no lineales del comportamiento suicida a medida que se transita a la vida adulta (Lyra, 2019).

Desarrollada por Thomas Joiner (2005), la Teoría Psicológica Interpersonal propone que el suicidio surge de la interacción entre tres factores principales: el sentimiento de desconexión social (falta de pertenencia), la percepción de ser una carga para los demás y la capacidad adquirida para el acto letal.

Entre los adolescentes, estos elementos pueden manifestarse de manera intensa debido a la volatilidad emocional, la búsqueda de identidad y la dependencia de redes sociales de apoyo, como familia y amigos. Sin embargo, Lyra (2019) destaca que la transición hacia la vida adulta introduce variables como mayor autonomía, presiones económicas y cambios en las relaciones, lo que hace que el comportamiento suicida sea menos predecible y desactiva adaptaciones en el modelo.

Entre los veteranos, la teoría se muestra robusta al explicar las altas tasas de suicidio, especialmente por la combinación de traumas acumulados (que aumentan la capacidad letal) y el aislamiento social posterior al servicio. Así, aunque la teoría ofrece una base sólida, su aplicación práctica requiere ajustes contextuales para captar las particularidades de cada grupo, garantizando que las estrategias de prevención sean tan específicas como eficaces.

En los sentimientos prolongados de sobrecarga percibida y pertenencia frustrada aumentan la prevalencia de ideación suicida, destacando la necesidad de disciplinas específicas y dirigidas. Sin embargo, la teoría enfrenta críticas, simplificada sobre factores biológicos y evolucionarios, indicando que una visión más integrada y multidisciplinaria es necesaria para comprender el comportamiento suicida de manera más amplia (Costa; De-Souza; Hildebrandt; Wainer & Ferreira, 2023).

Esta visión es complementada por teorías sociológicas que amplían la comprensión del suicidio más allá de la subjetividad del individuo, reconociendo el impacto del entorno social real. La *teoría de tres etapas* de Klonsky y May (1998) postuló que el comportamiento suicida surge de una combinación de dolor psicológico, desesperanza, baja conexión y

capacidad de suicidio. Esta teoría ganó fuerza en varios campos de investigación, demostrando su aplicabilidad en diferentes poblaciones y ambientes.

El dolor psicológico se configuró como uno de los indicadores más consistentes de la ideación y el comportamiento suicida, según lo demostrado por investigaciones que establecieron una conexión robusta entre el sufrimiento emocional o psicológico y los desenlaces suicidas (Babajani *et al.,* 2024). El dolor, expresado mediante sufrimiento mental agudo, desesperación o angustia emocional profunda, fue identificado como el elemento inicial y estructurante en el modelo teórico de las tres etapas. El tormento psicológico no solo como una experiencia subjetiva aislada, sino como un factor dinámico que interactuó con otros procesos, amplificando la vulnerabilidad de los individuos frente a las trayectorias suicidas.

El sufrimiento mental intenso, caracterizado por una percepción avasalladora de pérdida, rechazo o fracaso, frecuentemente se entrelazó con la sensación de desconexión social o con la ausencia de perspectivas de alivio. El dolor psicológico, en este sentido, no se limitó a un estado pasajero, sino que se consolidó como una fuerza persistente que corroyó la resiliencia emocional, preparando el terreno para el surgimiento de pensamientos suicidas (Klonsky *et al.*, 2021).

La intensidad de este sufrimiento fue frecuentemente asociada con eventos específicos, como traumas interpersonales, duelo no resuelto o crisis existenciales, que exacerbaron la percepción de un vacío interior infranqueable. Babajani *et al.,* (2024) destacaron que el dolor psicológico, al alcanzar niveles extremos, funcionó como un catalizador que comprometió la capacidad de autorregulación emocional, llevando a los individuos a un estado de desamparo o desesperanza.

Desesperanza**:** Este factor amplifica el dolor psicológico, contribuyendo a una visión del mundo en la que el futuro se percibe como sin esperanza, lo que intensifica el deseo de suicidio. La desesperanza, por lo tanto, no es solo un síntoma, sino una fuerza activa que interactúa directamente con el dolor, exacerbando la vulnerabilidad al comportamiento suicida (Tsai & Ghoshal, 1998). Este componente se considera fundamental en la estructura de las etapas, ya que transforma el sufrimiento en un impulso más directo y constante hacia el suicidio.

Para Babajani *et al.*, (2024), en el modelo de las tres etapas, el dolor psicológico es evidente, desencadenando una secuencia que involucra, posteriormente, la pérdida de esperanza y la adquisición de medios para concretar el acto suicida. Su centralidad radica en

la capacidad de generar una ruptura en el equilibrio psíquico, haciendo que los individuos sean más susceptibles a interpretar su existencia como insoportable.

Baja conexión**:** La falta de conexión con los demás, ya sea por aislamiento social o por falta de apoyo emocional, es un factor que agrava tanto el dolor como la desesperanza. El sentimiento de desconexión social se asocia frecuentemente con la soledad, lo que puede intensificar la desesperación y la percepción de que el suicidio es una salida viable para aliviar el dolor (Klonsky & May, 2015). La conexión social, por lo tanto, actúa como una barrera contra la ideación suicida, y su ausencia es un factor de riesgo significativo.

Capacidad de suicidio**:** La capacidad de suicidio, para la realización del acto, es un factor cuyos efectos predictivos pueden variar. La habilidad de involucrarse en comportamientos suicidas es más relevante cuando se considera en términos prácticos, como la familiaridad con métodos suicidas o la exposición a situaciones traumáticas, que como un rasgo disposicional (Tsai & Ghoshal, 1998). Este factor puede verse como una capacidad adquirida, que se desarrolla con el tiempo a medida que el individuo se expone a traumas o experiencias de vida dolorosas.

A pesar del fuerte respaldo empírico, aún existen desafíos en la operacionalización completa de algunos aspectos de la Teoría de las Tres Etapas. Por ejemplo, la identificación y medición precisa de la capacidad de suicidio siguen siendo cuestiones que demandan más investigaciones para una mejor comprensión. Además, la aplicación del modelo en estrategias de prevención necesita ser refinada, considerando variables contextuales e individuales que pueden influir en la eficacia de las intervenciones (Klonsky *et al.*, 2021).

El tercer paso se refiere a la capacidad de transformar los pensamientos suicidas en acción. Según Klonsky y May (2015), esta capacidad resulta de tres factores: capacidad adquirida, disposicional y práctica. La capacidad adquirida surge de la habituación al dolor, al miedo y a la muerte a través de la exposición a eventos traumáticos o experiencias de vida negativas. La capacidad disposicional involucra características genéticas, como la sensibilidad al dolor, que pueden influir en la predisposición de una persona a realizar el acto. Por otro lado, la capacidad práctica se refiere a la facilidad de acceso a medios letales o al conocimiento técnico que permite la ejecución de un intento de suicidio.

La teoría propuesta por Klonsky y May (2015) sobre la capacidad de transformar pensamientos suicidas en acción destaca tres dimensiones cruciales para entender la transición de la ideación suicida al comportamiento suicida: capacidad adquirida, disposicional y práctica. Cada una de estas capacidades explica cómo los individuos con ideación suicida

pueden o no actuar según sus pensamientos, lo que genera la necesidad de intervenciones precisas y basadas en evidencia.

Para Mohammadi *et al.*, (2024), la capacidad adquirida se refiere a la habilidad de enfrentar el dolor psicológico, el miedo y la muerte, resultante de experiencias traumáticas repetidas. Esta exposición, a lo largo del tiempo, puede llevar a la habituación, reduciendo el miedo asociado al suicidio y haciendo que la idea de poner fin a la vida sea más concebible y menos aterradora. Los individuos con niveles elevados de dolor psicológico y desesperanza tienen una probabilidad significativamente mayor de desarrollar ideación y comportamientos suicidas.

La repetición de eventos traumáticos, como pérdidas significativas, abusos o situaciones de extrema adversidad, desempeñó un papel central en este proceso. Cada experiencia contribuyó a desensibilizar a los individuos, reduciendo gradualmente las barreras emocionales y cognitivas que los separaban de la aceptación del acto suicida. Mohammadi *et al.*, (2024) corroboraron esta dinámica al demostrar que la exposición continua a tales condiciones no solo erosionó el miedo natural a la muerte, sino que también fortaleció la capacidad de los individuos para enfrentar el dolor psicológico sin sucumbir a la parálisis o a la búsqueda inmediata de alivio.

La capacidad disposicional está relacionada con la predisposición genética de un individuo, como la sensibilidad al dolor y rasgos de personalidad que influyen en cómo responde al sufrimiento psicológico. Los factores hereditarios y disposicionales son determinantes en la forma en que se internaliza el sufrimiento y cómo esto puede aumentar la probabilidad de que un individuo actúe según sus pensamientos suicidas. Las características genéticas y psicológicas impactan la formación de una predisposición al comportamiento suicida (Ahmadboukani; Kivi; Kiani & Rezaeisharif, 2023).

La capacidad práctica involucra la accesibilidad a medios letales y el conocimiento sobre cómo realizar un intento suicida. La presencia de medios adecuados y la familiaridad con los métodos de suicidio son factores determinantes que distinguen a los individuos que solo contemplan el suicidio de aquellos que lo intentan efectivamente. Estudios como los de Ahmadboukani; Kivi; Kiani & Rezaeisharif (20136) indican que la capacidad práctica es un factor decisivo en la transición de la ideación a la acción, evidenciando la importancia de estrategias de prevención que restrinjan el acceso a medios letales.

La capacidad práctica es un factor crítico que distingue a aquellos que contemplan el suicidio de aquellos que lo intentan efectivamente. El conocimiento sobre los métodos y la familiaridad con los medios influyen significativamente en el comportamiento suicida,

haciéndolo más accesible y menos intimidante (Ahmadboukani; Kivi; Kiani & Rezaeisharif, 2023). Los individuos con mayor acceso a medios letales tienen una mayor probabilidad de pasar de la ideación a la acción suicida, lo que refuerza la importancia de estrategias que restrinjan el acceso a estos medios.

La limitación del acceso a los medios letales emerge como una estrategia central de prevención del suicidio. Al restringir el acceso a métodos eficaces, es posible reducir la probabilidad de intentos fatales. Además, comprender la dinámica de la capacidad práctica permite el desarrollo de intervenciones eficaces que pueden prevenir la transición de la ideación a la acción suicida. El enfoque en estrategias que disminuyen el acceso a métodos letales es un componente fundamental en las políticas de prevención del suicidio (Ahmadboukani; Kivi; Kiani & Rezaeisharif, 2023).

La capacidad práctica no es una característica estática; puede variar a lo largo del tiempo, dependiendo de diversos factores, como cambios en el entorno, experiencias personales y apoyo social. Comprender esta variabilidad permite evaluar el riesgo de suicidio en diferentes momentos de la vida de un individuo. Además, las imágenes mentales suicidas, que son representaciones internas de cómo puede ocurrir la muerte, impactan en la probabilidad de un intento de suicidio. La presencia de estas imágenes mentales puede ser un indicativo de la transición de la ideación a la acción (Bayliss; Lamont-Mills; Du Plessis, & Morgan, 2021).

Aunque la capacidad práctica es un factor determinante, otros aspectos, como el sufrimiento emocional y las necesidades interpersonales, también influyen significativamente en el comportamiento suicida. Esto sugiere que la prevención del suicidio debe abordarse considerando tanto los factores prácticos como los psicológicos. Las intervenciones que combinan la restricción de medios con el apoyo psicológico y social son más eficaces en la reducción del riesgo de suicidio (Ahmadboukani; Kivi; Kiani & Rezaeisharif, 2023).

Una limitación importante en la suicidología actual es la falta de enfoque en las organizaciones y sistemas formales, como las escuelas, los lugares de trabajo y las fuerzas armadas. Organizaciones que ya cuentan con sistemas de apoyo, como programas de prevención de la violencia o disciplinas académicas, pueden adaptarse y utilizarse mejor para la prevención del suicidio, ofreciendo un camino hacia una prevención más eficaz e integrada (Harms *et al.*, 2019).

Además, la teoría del suicidio sigue evolucionando ampliamente en cuanto a cómo la desigualdad estructural, la colonización y los sistemas de opresión y privilegio influyen en la vulnerabilidad al suicidio. Esta comprensión ofrece una perspectiva más amplia del suicidio y

orienta la formulación de políticas de prevención más eficaces, especialmente para poblaciones marginadas (Bayliss; Lamont-Mills; Du Plessis, & Morgan, 2021).

La psicología social contemporánea, especialmente la psicología social sociológica, ha ampliado esta visión al vincular el suicidio con las identidades individuales y el apego emocional que los individuos desarrollan con los grupos a los que pertenecen. Estos aspectos son fundamentales para entender cómo las estructuras sociales y culturales pueden tanto proteger como aumentar el riesgo de suicidio (Mohammadi *et al.*, 2024).

La teoría psicológica social del suicidio, propuesta por Abrutyn y Mueller (2016), se construye sobre cuatro aspectos clave de identidad y emoción, que ayudan a comprender las interacciones entre el individuo y las estructuras sociales. Estos aspectos proporcionan una lente para analizar cómo las identidades sociales y los lazos emocionales influyen en la propensión al suicidio.

El primer aspecto es el compromiso con la identidad, que está determinado por el grado de inserción del individuo en una relación o grupo social. Cuando una persona está profundamente integrada en una red social, con lazos íntimos y afectivos extensos y numerosos, tiende a identificarse fuertemente con ese grupo o sistema social. El compromiso es importante, ya que cuanto más involucrado esté el individuo con su identidad social, más sentido tendrá su vida. La falta de compromiso puede crear una sensación de desajuste, que es un factor de riesgo para el suicidio (De Araujo; Ciconelli & Pedroso, 2010).

El segundo aspecto es el apego emocional al vínculo social. Cuando una persona se siente profundamente ligada a un grupo o identidad, esta conexión emocional con el vínculo se intensifica. La vinculación emocional puede ser tanto un factor protector como un factor de riesgo, dependiendo de las experiencias del individuo dentro del grupo. La separación o el alejamiento de un grupo importante puede desencadenar sentimientos de desesperanza, pérdida y soledad, que suelen estar asociados a tendencias suicidas (Mohammadi *et al.*, 2024).

El tercer punto describe cómo, a medida que aumentan el compromiso y el apego al vínculo, la influencia del grupo sobre el individuo también crece. La dinámica social dentro de un grupo tiene el poder de moldear los pensamientos, sentimientos y acciones de sus miembros. Si el individuo se identifica fuertemente con el grupo, la presión social, tanto positiva como negativa, tendrá un impacto significativo sobre él. Estas características pueden volverse particularmente críticas en momentos de crisis emocional, cuando las normas y expectativas del grupo se convierten en determinantes del bienestar o del agravamiento de la situación del individuo (Aquino, 2018).

Durkheim, en su obra *El Suicidio* (2004), fue pionero al sugerir que el suicidio está profundamente influenciado por la estructura social y las relaciones entre los individuos y sus grupos. La tasa de suicidio varía según el grado de integración y regulación social, conceptos que se refieren, respectivamente, al vínculo de los individuos con el colectivo y a la claridad de las normas sociales que regulan sus comportamientos.

El concepto de integración, según Durkheim (1999), destaca que cuanto más fuerte y densa es la red de relaciones sociales de una persona, más sentido y propósito encuentra en la vida, lo que la protege contra el suicidio, especialmente el suicidio "egoísta", relacionado con el aislamiento. Sin embargo, Durkheim (2004) también advirtió sobre el riesgo del exceso de integración, como ejemplificado por el suicidio altruista, donde la presión para el sacrificio por el grupo puede llevar al suicidio, una característica observable en algunas culturas y grupos sociales. La literatura moderna sobre capital social y grupos de suicidio en comunidades integradas, como ciertos entornos religiosos o instituciones, refleja esta dinámica.

Por otro lado, el concepto de regulación se refiere a la influencia de las normas sociales sobre los individuos. Durkheim (2004) argumentó que la falta de claridad moral o la desregulación social pueden resultar en suicidios anómicos, cuando los individuos se sienten desorientados respecto a su propósito y valores. El colapso de las normas sociales, ya sea a nivel individual o colectivo, puede desestabilizar el sentido de dirección de las personas, como ocurre durante períodos de crisis económica o cambio social (Pickering & Walford, 2000).

Aunque Durkheim (2004) enfatizó que tanto la falta como el exceso de integración y regulación pueden ser relevantes, sus ideas no han sido ampliamente exploradas en la teoría del suicidio, especialmente en lo que respecta al suicidio causado por una alta regulación, conocido como suicidio fatalista. Durkheim (2004) reconoció que en algunas situaciones, la presión psicológica extrema y la ausencia de esperanza pueden llevar a estos casos.

Durkheim (2004) argumentó que las causas de este acto están relacionadas con factores externos al individuo y presentes en la sociedad. Concluyó que las tasas de suicidio están influenciadas por el grado de integración social, con cifras más bajas en sociedades más cohesionadas. Pitirim Sorokin, por su parte, ya afirmaba en 1913 que las causas del suicidio debían buscarse en la vida social.

Durkheim (2004), partiendo de una visión epistemológica comtiana, defendió que la sociedad forma parte de la naturaleza y debe analizarse con los mismos principios que las ciencias naturales. El primer principio que establece está relacionado con la existencia de

hechos observables y susceptibles de análisis científico, como ocurre en disciplinas consolidadas. Para Durkheim (2004), los fenómenos sociales, denominados hechos sociales, son comparados con cosas y tratados como datos de la realidad humana, lo que permite estudiarlos de manera objetiva.

El sociólogo francés sostiene que la objetividad de los hechos sociales es tanto un principio ontológico como metodológico. En su obra *Las Reglas del Método Sociológico* (1978), Durkheim destacó el dilema al que se enfrentan los científicos inductivistas al intentar llegar a conclusiones generales sin un control exhaustivo de todos los casos posibles. Su propuesta era que los hechos sociales, por pertenecer al dominio de la naturaleza, presentan características externas que pueden ser identificadas y analizadas. Estas características están en la propia naturaleza de los fenómenos e independen de la voluntad individual, moldeando las acciones humanas. Incluso los fenómenos aparentemente arbitrarios, cuando se examinan de manera rigurosa, revelan regularidades que reflejan su objetividad.

Las características de los hechos sociales se asemejan a la externalidad del mundo físico, siendo tratados con el mismo rigor e imparcialidad con los que la física o la química abordan nuevos problemas cognitivos. La objetividad de estos hechos permite su explicación científica a través del método de observación, que se basa en sus características observables. Durkheim (2004) defendió que la certeza epistemológica sobre la existencia de estos datos posibilita el conocimiento objetivo de la realidad social. La ciencia no busca causas primarias, sino que revela las formas de objetivación social y las conexiones entre los individuos, permitiendo la formulación de conclusiones fundamentadas (Rose, 2015).

Para Durkheim (2004), la sociología debe explicar los hechos sociales a partir de otros hechos sociales precedentes. Basándose en la tradición positivista, el autor, al igual que Mill, argumenta que la explicación en las ciencias sociales, al igual que en las ciencias naturales, debe identificar cadenas causales que existen independientemente de las hipótesis formuladas por el investigador. Las relaciones causales son vistas como vínculos ontológicos, universales y con carácter de necesidad (Spangler, 1979). A partir de estos supuestos, Durkheim (2004) cree que es posible, también en las ciencias sociales, formular leyes reales, identificando causas necesarias y anteriores al fenómeno en estudio, como ejemplifica en su obra *El Suicidio*.

Durkheim (2004) llevó a cabo una investigación empírica pionera con el objetivo de desarrollar una teoría basada en datos sólidos, algo novedoso para su época. Para él, la sociología debe ser una disciplina autónoma, fundamentada en bases empíricas y orientada al estudio de los hechos sociales y su explicación sociológica.

Durkheim (2004) presentó los resultados de un análisis secundario realizado a partir de estadísticas recopiladas en varios países europeos entre 1841 y 1860, así como datos ya publicados sobre el tema, como el trabajo de Morselli (1883) de 1879. Las estadísticas de suicidio revelan que la tasa social de suicidios en una determinada población tiende a mantenerse constante a lo largo del tiempo, aunque varíe de un país a otro. Basándose en estas observaciones, Durkheim (2004) propuso que el suicidio no se reduce a una suma de actos individuales, sino que constituye un fenómeno social con características propias, independiente de las decisiones individuales.

La investigación realizada por Durkheim (2004) tiene un carácter ecológico, ya que analiza las variaciones en las tasas de suicidio en diferentes territorios. Aunque carecía de herramientas más avanzadas, gestionó una gran cantidad de datos estadísticos y realizó un análisis detallado y sofisticado para su tiempo. Utilizando variaciones concomitantes, inspiradas por Stuart Mill & Quency (1885), Durkheim (2004) elaboró un ejemplo pionero de análisis multivariado, introduciendo progresivamente diferentes variables para explicar las relaciones observadas entre el suicidio y los factores sociales.

Los estudios geográficos de Usefi & Aliverdinia (2014) corroboran la relevancia de los factores ecológicos, revelando que las áreas urbanas tienden a presentar tasas más elevadas de suicidio, como se observó en la provincia de Mazandaran, en Irán. En estas regiones, los métodos de suicidio varían, reflejando influencias culturales y ambientales. Sin embargo, al basarse en datos agregados, los análisis ecológicos enfrentan el desafío de la falacia ecológica, que advierte sobre la extrapolación de conclusiones individuales a partir de datos grupales.

Así, a pesar de las innovaciones metodológicas de Durkheim (2004), existe una constante necesidad de revisar y refinar el análisis de las interacciones entre factores sociales y tasas de suicidio, incorporando tanto enfoques ecológicos como consideraciones contextuales más profundas.

Skog (1991) reforzó la importancia de la integración y la regulación social en la determinación de las tasas de suicidio, al mismo tiempo que señaló la relevancia de factores como el estado civil y el sexo. No obstante, la teoría de Durkheim (2004) también fue objeto de críticas, especialmente en lo que respecta al tratamiento del alcohol, ya que lo consideró solo como un factor individual, sin explorar su dimensión sociocultural.

Críticos como Room *et al.,* (1984) argumentaron que Durkheim (2004) subestimó el alcohol como un factor sociocultural relevante. Al abordar el consumo de alcohol únicamente a nivel individual, dejó de considerar cómo las normas sociales y culturales en torno al

alcohol pueden influir tanto en el comportamiento individual como en las tasas de suicidio de una sociedad. Skog (1991) sugiere que el abuso de alcohol, cuando se ve como un hecho social, tiene un poder explicativo mayor del que Durkheim (2004) reconoció. Así, la prevalencia del abuso de alcohol en diferentes grupos sociales podría ser fundamental para comprender las variaciones en las tasas de suicidio.

La relación entre el consumo de alcohol y el suicidio es intrínseca, involucrando múltiples factores, como normas sociales y actitudes culturales específicas. Skog (1991) señaló que las convenciones sociales relacionadas con el consumo de alcohol pueden mediar su impacto en las tasas de suicidio, sugiriendo que el alcohol no es solo una cuestión de elección personal, sino también de comportamiento colectivo. La dinámica requiere un análisis que tome en cuenta el alcohol en las redes sociales y en las interacciones cotidianas.

La tipología del suicidio de Durkheim (2004) incorpora factores socioemocionales como la tristeza, la vergüenza y otras emociones que pueden llevar a diferentes tipos de suicidio. El comportamiento de consumo de alcohol debe entenderse en el contexto de las redes sociales. Los modelos de redes sociales proponen que el consumo de alcohol de un individuo está influenciado por factores internos (como la composición psicológica), interacciones sociales (influencia de amigos y familiares) y factores externos (como normas sociales y disponibilidad de alcohol). Esto indica que el consumo de alcohol y su impacto en el suicidio no pueden separarse de las influencias sociales más amplias en las que está inmerso el individuo (Room, 1984).

Durkheim (2004) vio el alcohol como un factor a nivel individual, en lugar de un factor sociocultural en igualdad de condiciones con otros hechos sociales. Se argumenta que la tasa de abuso de alcohol en la sociedad es un hecho social con un poder explicativo que va más allá del nivel de suicidios individuales. Se discuten algunos posibles vínculos causales entre la tasa de suicidio social y las tasas de abuso de alcohol.

Investigaciones recientes han ampliado la tipología de Durkheim (2004), integrando factores socioemocionales y vinculando diferentes tipos de suicidio con estados emocionales como la tristeza y la vergüenza. La visión que combina elementos sociológicos y psicológicos ofrece una perspectiva más determinante desde lo emocional y lo social sobre el suicidio. Aunque la teoría ha sido desafiada y revisada, sigue siendo una estructura fundamental en los estudios sobre suicidio, con continuos debates y pruebas empíricas que demuestran su relevancia en diferentes contextos sociales (Rose, 2015).

Durkheim (2004) categorizó el suicidio en distintos tipos, basando su tipología en el grado de integración y regulación social, lo que evidenció el peso de las estructuras sociales

sobre los aspectos psicológicos individuales. Su análisis delineó cuatro formas principales: el suicidio egoísta, altruista, anómico y fatalista, cada una asociada con configuraciones específicas de vínculo social y control normativo. Esta clasificación desplazó el foco de las motivaciones puramente individuales a las condiciones colectivas que moldean las acciones de los individuos, posicionando a la sociedad como un factor determinante en la génesis del comportamiento suicida.

En el suicidio egoísta, la falta de integración a los grupos sociales conduce a sentimientos de aislamiento, frecuentemente asociados con la tristeza y la desesperanza, como lo evidencian estudios recientes (Abrutyn & Mueller, 2014). Por otro lado, el suicidio altruista resulta de una integración social excesiva, en la que el individuo se sacrifica en favor del grupo, un fenómeno menos común en las sociedades modernas, pero históricamente prevalente en estructuras sociales tradicionales (Pickering & Walford, 1999).

El suicidio anómico, por su parte, surge de la desregulación social, generalmente provocada por cambios económicos o sociales significativos, lo que lleva a sentimientos de desorientación y frustración (Abrutyn & Mueller, 2014). Finalmente, el suicidio fatalista se debe a una regulación excesiva, donde el individuo se encuentra atrapado en circunstancias opresivas, sin una perspectiva de cambio (Pickering & Walford, 1999).

Durkheim (1893), uno de los fundadores de la sociología, publicó su obra clásica *El Suicidio* en 1897. En esta obra, desarrolló una teoría sociológica para explicar las tasas de suicidio en función de factores sociales, y no solo psicológicos o individuales. Para Durkheim, el suicidio está relacionado con el grado de integración social, es decir, el nivel de conexión de una persona con la sociedad a través de lazos familiares, amistades o comunidades, y con la regulación social, el nivel de normas, reglas o valores que orientan el comportamiento de los individuos. Los desequilibrios en estos dos aspectos podrían llevar a diferentes tipos de suicidio: egoísta (baja integración), altruista (alta integración), anómico (baja regulación) y fatalista (alta regulación).

La investigación desarrollada por Castelli (2023) revisó los postulados clásicos durkheimianos sobre las determinaciones sociales del suicidio, proponiendo una reevaluación contemporánea del fenómeno a la luz de variables no contempladas en la matriz teórica original. Sin descartar la relevancia de los conceptos de integración social y regulación moral formulados por Durkheim (1893), la investigación amplió el alcance analítico mediante la incorporación sistemática de dimensiones intersubjetivas, tecnologías emergentes y dinámicas de precarización existencial características de las sociedades hipermodernas.

Castelli (2023) evidenció correlaciones significativas entre tasas de suicidio e indicadores como desigualdad en el acceso a servicios de salud mental, grado de conectividad digital compulsiva y percepción colectiva de desamparo institucional, revelando mecanismos microsociales en los que la internalización de fracasos personales, exacerbada por culturas de meritocracia tóxica, potencia crisis existenciales no reducibles a las tipologías clásicas.

El análisis crítico de políticas públicas implementadas en diferentes contextos geopolíticos permitió constatar la inadecuación de estrategias basadas exclusivamente en los ejes integración-regulación. El estudio argumentó que las intervenciones eficaces requieren el reconocimiento de la naturaleza polisémica del suicidio como fenómeno social, lo que demanda enfoques que articulen dimensiones macroestructurales (como legislación laboral y sistemas de protección social) con factores mesoestructurales (dinámicas comunitarias, acceso a redes de apoyo) y elementos subjetivos (gestión de expectativas, construcción de resiliencia emocional).

Al recontextualizar el legado durkheimiano sin reducirlo a una mera reliquia teórica, Castelli (2023) ofreció un marco renovado para la comprensión de las patologías sociales contemporáneas, destacando la necesidad de un diálogo interdisciplinario entre sociología, economía del comportamiento y estudios de la subjetividad. La investigación concluyó en la urgencia de reformulaciones paradigmáticas capaces de capturar la complejidad de sociedades en las que los riesgos existenciales son simultáneamente individualizados y globalizados, sugiriendo que la erosión de certezas modernas exige modelos explicativos tan fluidos y multifacéticos como las realidades que buscan descifrar.

Entre estos factores, destacan el estado civil y el género. Esto sugiere que Castelli (2023) investigó cómo estar casado, soltero, divorciado o viudo puede afectar la probabilidad de suicidio, posiblemente porque el estado civil está vinculado al nivel de apoyo social y conexión con otras personas (integración). Del mismo modo, el género puede revelar diferencias culturales o sociales –como expectativas impuestas a hombres y mujeres– que impactan la forma en que enfrentan la presión o el aislamiento.

Durkheim (2004) enfatizó la falta de integración en una comunidad como causa principal. Castelli podría haber descubierto que, en ciertos casos, el hecho de que alguien sea divorciado o varón explica mejor el riesgo de suicidio que solo el nivel general de conexión social.

Sin embargo, surgieron algunas críticas en torno a elementos específicos de la teoría, como el tratamiento del alcohol como un factor individual, desconsiderando su papel como un factor sociocultural más amplio, lo que podría ofrecer una explicación más completa sobre sus

tasas de abuso (Skog, 1991). En los últimos años, la tipología durkheimiana se ha ampliado, incorporando factores socioemocionales para comprender los diferentes tipos de suicidio y sus vínculos con estados emocionales como la tristeza, la desesperanza y la vergüenza (Abrutyn & Mueller, 2014). Al integrar aspectos psicológicos y psiquiátricos, se ofrece una visión más detallada de las bases socioemocionales del suicidio.

A pesar de las revisiones y desafíos que ha enfrentado a lo largo del tiempo, la teoría de Durkheim sigue siendo una estructura teórica de gran relevancia para el análisis de las dimensiones sociales del suicidio. El continuo debate y el avance de las investigaciones refuerzan la importancia de su aplicación, reconociendo tanto sus limitaciones como sus contribuciones al campo de la sociología.

Friedrich Nietzsche (2024a) y Thomas De Quincey (1885) abordaron la temática del suicidio desde ángulos distintos, reflejando sus experiencias personales y filosóficas. Nietzsche (2024a), en su obra "Así habló Zaratustra", introduce el concepto de muerte voluntaria, que representa una afirmación de la autonomía individual y la libertad de elección. Para Nietzsche (2024b), la vida es una oportunidad para el autoconocimiento y el autodominio, desafiando la visión tradicional que condena el suicidio como una opción moralmente errada. La idea de "muerte libre" sugiere una elección deliberada y racional de terminar con la propia vida, diferenciándose de la noción de una "muerte rápida", que es impulsiva y carece de reflexión.

La crítica de Nietzsche (2024a) a la moralidad religiosa y a la ética kantiana revela su intención de desnaturalizar las connotaciones negativas asociadas al suicidio. La vida, a pesar de su falta de propósito intrínseco, debe ser vista como valiosa y digna de ser vivida. La filosofía nietzscheana enfatiza que la elección de la muerte no debe verse solo como una renuncia, sino como una expresión de poder sobre la propia existencia, una afirmación de la voluntad.

Por otro lado, De Quincey (1982), en "Confesiones de un comedor de opio", explora la temática del suicidio a través del prisma del sufrimiento psicológico y la desesperación. Su adicción a los opioides se presenta como un factor que intensifica su melancolía y pensamientos suicidas. A diferencia de la visión racional y filosófica de Nietzsche (2024a), la narrativa de De Quincey (1982) está enraizada en su experiencia personal y en las consecuencias devastadoras de la adicción. Él no defendió la autonomía en el acto de elegir la muerte, sino que reveló la fragilidad de la mente ante el sufrimiento, poniendo en evidencia la lucha interna que muchos enfrentan en momentos de desesperación.

Mientras Nietzsche (2024a) vio la decisión de acabar con la vida como una afirmación de la libertad y la voluntad, De Quincey (1982) destaca las complicaciones emocionales que pueden llevar a esta elección, mostrando un lado más oscuro y angustiante de la existencia humana. La dualidad refleja la complejidad del suicidio como una cuestión filosófica y existencial, revelando cómo las experiencias personales y las ideologías pueden influir en la comprensión de este acto.

La visión de Hegel (2002) sobre el suicidio se entrelaza con sus ideas filosóficas más amplias sobre el autodominio y la relación del individuo con la sociedad. Hegel (2002) argumentó que los individuos no poseen la capacidad de evaluar específicamente sus vidas, afirmando que carecen del autodominio necesario para hacer juicios válidos sobre el fin de su existencia. La vida humana forma parte de un proceso dialéctico que contribuye al desarrollo del conocimiento absoluto, convirtiendo el suicidio en una negación del individuo dentro de este continuo histórico y social.

Por otro lado, Nietzsche (2024b) presentó una visión contrastante, considerando el suicidio como una forma de empoderamiento y un ejercicio de libertad personal. Para Nietzsche, la vida debe ser vista como una especificidad estética, y el individuo tiene el derecho de ejercer su libertad, incluso al optar por acabar con su propia vida. Desafió la noción de autovaloración propuesta por Hegel (2002), proponiendo un enfoque más individualista que enfatiza la capacidad de autodominio.

El marco filosófico en el que Hegel (2002) desarrolla su argumento contra el suicidio está estrechamente ligado a sus ideas sobre la ética del individuo en la sociedad. Su filosofía de la historia y el proceso dialéctico resaltan la importancia de las acciones individuales en la construcción del desarrollo social. Este contraste entre Hegel (2002) y Nietzsche (2024b) destaca un debate filosófico continuo sobre la naturaleza de la libertad y el derecho del individuo en relación con las decisiones sobre la vida y la muerte.

Este análisis de las ideas de Nietzsche (2024a) y De Quincey (1982) enriqueció la comprensión del suicidio, revelando cómo los enfoques filosóficos y las narrativas personales se entrelazaron en un debate fructífero. El suicidio emerge no solo como una cuestión de elección, sino también como una reflexión sobre la condición humana, las luchas internas y el significado de la vida en un mundo que a menudo se percibe como carente de sentido.

Shneidman (1998) fue una figura central en la historia de la suicidología, ampliamente reconocido por sus contribuciones al estudio del comportamiento suicida. Con una carrera dedicada a la profunda comprensión de las especificidades, Shneidman (1998) se destacó por explorar las dimensiones psicológicas que envuelven esta crisis humana.

Acuñó el término psychache para describir el dolor psíquico insoportable, un concepto que remite a sentimientos de angustia, culpa y vergüenza tan intensos que el individuo acaba viendo el suicidio como la única salida para aliviar ese sufrimiento. La introducción de este término desplaza el análisis del suicidio al dominio de la subjetividad, pues la decisión frecuentemente nace de una experiencia interior de tormento que trasciende explicaciones externas o sociales.

Entre sus mayores contribuciones, destacó la creación de la autopsia psicológica, una metodología desarrollada para reconstruir el estado mental de una persona antes del suicidio. Este método ha sido ampliamente evaluado por clínicos y forenses, contribuyendo significativamente a la comprensión de los factores que precedieron al acto. Al investigar los aspectos psicológicos, la autopsia psicológica proporcionó elementos fundamentales para la prevención y el tratamiento de futuros casos (Gomes, 2017).

El enfoque de Shneidman, al integrar la dimensión psicológica con las perspectivas filosóficas de autores como Hegel y Nietzsche, amplía el alcance del debate, indicando que el suicidio no es solo una cuestión de libertad o deber social, sino también un problema enraizado en la interioridad humana. Así, mientras Hegel (2002) sitúa al individuo en el flujo histórico, Nietzsche (2024a, 2024b) celebra su autonomía y De Quincey (1982) revela su fragilidad, Shneidman (1998) ofrece una lente para descifrar el peso del dolor que a menudo subyace a estas elecciones, consolidando un marco multifacético que desafía reduccionismos e invita a una reflexión sobre los límites y las posibilidades de la existencia.

La autopsia psicológica, desarrollada por Shneidman (1998), se ha convertido en una herramienta clave en el campo de la suicidología para comprender el estado mental de los individuos antes de sus muertes, especialmente en casos de suicidio o muertes ambiguas. Este método se basa en la reconstrucción del perfil psicológico del fallecido, utilizando entrevistas con personas cercanas y análisis de documentos y registros médicos. La autopsia psicológica no solo investiga el historial de salud mental y las circunstancias de vida, sino que también examina comportamientos y rasgos de personalidad que ayudan a identificar los factores que influyeron en la decisión final de quitarse la vida (Gomes, 2017).

Douglas (2015) cuestionó enfoques tradicionales, como el de Émile Durkheim (1893), argumentando que se basan en abstracciones y datos estadísticos poco confiables. Es necesario centrarse en la manera en que el propio individuo construye su acción suicida, motivado por cuestiones como la venganza, la huida o la búsqueda de simpatía. King y Apter (2003), por otro lado, destacan la contribución tanto de las fuerzas emocionales como de las

condiciones sociales en el aumento de las tasas de suicidio, subrayando la importancia de lo social.

En lo que respecta a la intencionalidad, Karl Andriessen (2009) señaló la relevancia de la intención para distinguir el suicidio de otros comportamientos autodestructivos accidentales. Al estudiar las motivaciones que llevan a alguien a intentar o consumar el suicidio, es posible comprender mejor las diferencias entre estas acciones. Wells (1981), al abordar la distinción entre suicidio consumado e intento, resaltó que los intentos a menudo involucran la creencia en la supervivencia, lo que apunta a diferentes dinámicas de intención.

En el libro *Social Meanings of Suicide* de 1967, el sociólogo estadounidense Jack D. Douglas (2015) propuso una nueva forma de entender el suicidio, fundamentada en la interpretación de los significados atribuidos por quienes lo cometen. Posteriormente reconocida como existencialista, esta perspectiva se destaca por buscar comprender las motivaciones personales de los individuos en relación con el acto, diferenciándose del enfoque macrossociológico de Durkheim (2004).

Douglas (2015) defendió la necesidad de explorar los significados construidos en torno al suicidio de manera detallada e inductiva, sin asociarlos directamente con grandes movimientos sociales o teorías preestablecidas. Para ello, sugiere métodos específicos, como el análisis de notas de suicidio, el examen del día a día de la persona, entrevistas con familiares y amigos, además de la construcción de una biografía completa de la víctima y el análisis de los eventos que llevaron al acto. Estas prácticas permiten mapear patrones de significado relacionados con el suicidio y clasificarlos en distintos tipos, a partir de los significados atribuidos por los propios sujetos y por la cultura.

Entre los tipos de suicidio más comunes identificados por Douglas (2015), destaca el suicidio como una forma de transformación espiritual, donde la persona abandona la vida terrenal en busca de una existencia en otro plano. Este significado parece ser más común entre los jóvenes y las personas con una fuerte influencia religiosa.

Otro tipo sería el suicidio como una transformación del Yo sustancial, que se manifiesta como una respuesta a las expectativas o decisiones de terceros sobre la propia vida. También está la visión del suicidio como una forma de obtener simpatía o solidaridad, en la que el individuo busca provocar la empatía o la comprensión de quienes lo rodean. El suicidio se ve como una forma de venganza, en la que el acto se realiza como una respuesta agresiva hacia alguien o hacia una situación específica.

Douglas (2015) criticó a Durkheim (2004) por su confianza en las estadísticas oficiales sobre suicidio, argumentando que esta información muchas veces no refleja la realidad de los

significados personales atribuidos por las víctimas. En muchos casos, los familiares y amigos ocultan la verdad sobre la causa de la muerte, debido a la fuerte carga moral negativa asociada al suicidio. Douglas (2015) consideró que la categorización de Durkheim (2004), al centrarse en las causas sociales generales, descuida la profundidad de las experiencias individuales y las razones subjetivas que llevan al acto. Así, Douglas (2015) propuso que cada suicidio debe ser comprendido a partir de la definición y el significado personal que la propia víctima otorga a sus acciones.

King y Apter (2003) analizaron las fuerzas emocionales y sociales que contribuían al suicidio, destacando cómo las interacciones entre variables demográficas y emocionales amplificaban los riesgos. Para los autores, sentimientos intensos como desesperación y frustración, sumados al aislamiento social, elevaban significativamente la probabilidad de comportamientos suicidas. Los eventos adversos de la vida, cuando se combinaban con una salud mental debilitada y dificultades interpersonales, creaban una mayor vulnerabilidad al suicidio, especialmente entre los jóvenes.

Además, para Kirkcaldy, Siefen, Urkin y Merrick (2006), el aislamiento social era un factor crítico, ya que limitaba las redes de apoyo, agravando la vulnerabilidad de los individuos al suicidio. Las dinámicas familiares disfuncionales, como el rechazo y los conflictos interpersonales, también se mencionaban frecuentemente como catalizadores del comportamiento suicida.

En términos de influencias demográficas y socioeconómicas, factores como la edad, el sexo y el estatus socioeconómico influían de manera significativa en el riesgo de suicidio. Por ejemplo, los hombres eran más susceptibles al suicidio y al abuso de sustancias, mientras que las mujeres presentaban tasas más altas de depresión y comportamiento suicida (Kirkcaldy, Siefen, Urkin y Merrick, 2006). Además, cuestiones como el desempleo y el estrés financiero aumentaban la desesperación y la falta de esperanza, contribuyendo a las tendencias suicidas, tal como señalaron Pollock y Williams (1991).

Freud (1929) en sus estudios iniciales y posteriores arrojó luz sobre el suicidio desde el psicoanálisis, observándolo como un fenómeno relacionado con cuestiones inconscientes. En el caso de Dora, reconoce el intento de suicidio como un acto de venganza contra el padre, un tema que reaparece en "Duelo y Melancolía", donde discute el duelo patológico como una forma de agresión al otro. Freud (1929) también sugirió que el suicidio podría ser clasificado como un "acto fallido", un error de acción inconsciente, señalando una autodestrucción semi-intencional. La idea se relaciona con el concepto de la pulsión de muerte, una fuerza que

impulsa al individuo a la autodestrucción y que se manifestaría tanto en intentos conscientes como en "accidentes" inconscientes.

En Reflexiones sobre la guerra y la muerte, Freud (1915) afirmó que, aunque sabemos que la muerte es parte de la vida, frecuentemente negamos esta realidad. El inconsciente, según él, se comporta como si fuera inmortal, proyectando siempre la muerte en el otro. Freud (1915) propone que el miedo a la muerte está ligado a la culpa, y no al simple instinto de supervivencia, planteando interrogantes sobre el deseo de morir y sobre qué es lo que realmente "muere" cuando alguien se suicida.

Al discutir la melancolía, Freud (1929) la asocia con el suicidio, señalando que el suicida no busca necesariamente la propia muerte, sino la muerte de un objeto amado y perdido. El sujeto melancólico introjeta el objeto perdido, desplazando la agresión que originalmente sería dirigida al otro hacia sí mismo, en un proceso de identificación narcisista. La dinámica sádomasoquista, en la que el odio hacia el objeto se vuelve contra el yo, es central para comprender el acto suicida, ya que el suicida, al matarse, está, de hecho, matando simbólicamente al otro con quien se identifica.

La comprensión del suicidio, históricamente, siempre ha estado cargada de estigma y prejuicio. Durante la Edad Media, el suicida era deshonrado y tratado como una vergüenza para su familia, prohibiéndose el sepultamiento en suelo sagrado. A pesar del progreso en diversas áreas del conocimiento, el tabú en torno al suicidio persiste, especialmente debido a su impacto psicológico y social, siendo visto por muchos como una debilidad o una falla moral (Weaver, 2009).

Paradójicamente, la modernidad, con sus avances tecnológicos y el aumento de la longevidad, trajo nuevos desafíos que amplifican los desencadenantes del suicidio. La competitividad exacerbada, el aislamiento social y la incapacidad para lidiar con frustraciones son características contemporáneas que contribuyen al aumento de las tasas de autodestrucción. El sufrimiento prolongado, la exposición a fracasos y la deterioración de la salud mental crean un escenario fértil para la ideación suicida. Además, las distorsiones de la realidad, como enfermedades psíquicas y el uso de sustancias, agravan la situación (Manning, 2020).

Aunque se inspira en los principios freudianos, amplía las ideas psicoanalíticas, poniendo mayor énfasis en el dolor emocional y en la búsqueda de alivio. Conceptos como la disociación y los procesos inconscientes cobran relevancia en el aumento de la vulnerabilidad al suicidio, explorando las dinámicas psicológicas que se entrelazan con las reacciones emocionales del individuo (Schechter; Goldblatt; Ronningstam & Herbstman, 2022). El

psicoanálisis moderno va más allá del análisis freudiano, discutiendo factores subjetivos que no se limitan a la internalización de la agresión.

Las contribuciones de Karl Abraham (2018) complementaron las teorías freudianas, destacando aspectos de la melancolía y la neurosis obsesiva. Abraham (2018) sugiere que, mientras la melancolía implica una proyección de impulsos autodestructivos, la neurosis obsesiva se manifiesta a través de sustituciones que dificultan la externalización del comportamiento suicida.

Así, la melancolía resulta ser más propensa al suicidio, ya que el individuo regresado al estadio oral, según Abraham (2018), ha dirigido su agresión hacia adentro, lo que amplifica los riesgos de autodestrucción. La neurosis obsesiva, por su parte, aunque comparte algunas características con la melancolía, tiende a utilizar mecanismos de defensa diferentes, lo que reduce la tendencia inmediata al suicidio, aunque no elimina el riesgo.
Al observar el psicoanálisis bajo una lente contemporánea, se observa que la comprensión del suicidio debe trascender las teorías psicoanalíticas clásicas, integrando factores psicológicos, sociales y culturales.

El debate filosófico sobre el libre albedrío en el suicidio sigue evolucionando, sugiriendo que la ocurrencia del acto no puede desvincularse de una secuencia de eventos psicológicos e influencias culturales (Rerung, 2022). Tanto los enfoques psicoanalíticos como las reflexiones culturales actuales ofrecen una comprensión del suicidio, reconociendo sus matices y ampliando la visión más allá de los primeros teóricos.

Karl Abraham (2018), en su análisis de la melancolía y la neurosis obsesiva, destaca que ambas condiciones involucran la represión de aspectos sádicos de la libido. Sin embargo, divergen en sus mecanismos de defensa: la neurosis obsesiva utiliza la sustitución como forma de control de los impulsos, mientras que la melancolía retrocede al estadio oral, caracterizándose por la proyección de la agresión contra el propio individuo.

Freud (1915), por su parte, aborda la melancolía como un conflicto profundo entre el ego y el superyó, distinto tanto de la neurosis como de la psicosis, revelando cómo el individuo, al internalizar el objeto perdido, se vuelve contra sí mismo en actos de autoagresión. El psicoanálisis de Freud (1929) sobre el suicidio refleja una ruptura significativa con las ideas filosóficas y teológicas que históricamente criminalizaban o romantizaban estas características (Gondim & Martins, 2021).

A través de sus teorías, Freud (1915) desplazó el foco de la racionalidad consciente hacia los procesos inconscientes, enfatizando las motivaciones psíquicas profundas que conducen al acto autodestructivo. Sin embargo, a pesar de su relevancia, la énfasis exclusiva

en los procesos internos ha sido criticada por descuidar los factores socioculturales que también influyen en el comportamiento suicida, sugiriendo la necesidad de enfoques más integrados (Karthick & Barwa, 2017).

Freud (1915) desarrolló su teoría sobre el suicidio a partir de su análisis de la melancolía, descrita como un intento del ego de recuperar un objeto perdido mediante la introyección. En este proceso, el objeto amado y odiado es internalizado, estableciendo una intensa identificación emocional. Para Freud (1929), esta identificación con el objeto perdido es mediada por el superyó, que, en un estado de "agencia crítica", ataca violentamente al ego por no corresponder al ideal establecido. El suicidio surge, así, como el resultado de la incapacidad del ego de soportar los ataques implacables del superyó punitivo, expresando, inconscientemente, una venganza contra el objeto perdido.

A partir de 1920, Freud (1929) introdujo el concepto del instinto de muerte (Thanatos), en oposición al instinto de vida (Eros), como una fuerza fundamental para comprender el comportamiento suicida. Thanatos es descrito como un impulso destructivo que busca deshacer conexiones y regresar al estado inorgánico. En el caso de la melancolía, el instinto de muerte actúa de manera aislada, siendo integrado por el superyó en su forma más destructiva. Aunque especulativo, el concepto de instinto de muerte fue ampliado por autores como Melanie Klein, quien lo relacionó con las primeras experiencias infantiles y la lucha entre fuerzas de vida y destrucción desde el nacimiento (Klein, 1975).

Freud (1929) también postuló que el suicidio no es solo un acto autodestructivo, sino que puede ser un acto de venganza inconsciente contra el objeto introyectado, que simultáneamente es amado y odiado. Los sueños y fantasías relacionados con la agresión contra figuras parentales frecuentemente ilustran estos sentimientos ambivalentes, como se informó en estudios de casos clínicos. El mecanismo de introyección en este proceso dirige la orientación hacia el propio ego, en un movimiento que transforma el deseo de destrucción externa en autodestrucción (Freud, 1915).

A pesar de las críticas contemporáneas a la énfasis freudiano en los impulsos innatos, el valor de sus reflexiones reside en abrir nuevos caminos para la comprensión del suicidio. Autores posfreudianos, como Kohut (1977) y Bowlby (1984), desafiaron la centralidad del instinto de muerte, reinterpretándolo como una especulación filosófica. No obstante, las teorías de Freud siguen influyendo en las prácticas clínicas y ofreciendo una base teórica sólida para analizar el suicidio en su complejidad psíquica (Greenberg & Mitchell, 1983).

El psicoanálisis freudiano proporciona una estructura rica para comprender el suicidio como un aspecto resultante de conflictos inconscientes e impulsos destructivos. Aunque

subyacentes a las revisiones y complementaciones, sus teorías permanecen fundamentales para analizar el suicidio a nivel clínico, al mismo tiempo que señalan la importancia de considerar factores sociales y culturales en la formulación de estrategias preventivas.

La depresión surge como un factor central en el suicidio, siendo ampliamente reconocida como una condición psiquiátrica vinculada al suicidio. Los individuos que se quitan la vida presentan un trastorno mental subyacente, principalmente depresivo. En pacientes con trastorno obsesivo-compulsivo (TOC), la depresión aparece con frecuencia como comorbilidad, aumentando sustancialmente el riesgo de pensamientos y tentativas suicidas. Este riesgo se amplifica en casos de obsesiones severas, como las relacionadas con la limpieza y la contaminación (Karthick & Barwa, 2017).

La obra de Freud (1915) destacó que, en situaciones de melancolía, el individuo puede identificarse con el objeto perdido, lo que lleva a una autodestrucción gradual, en la que el yo se vuelve contra sí mismo, incapaz de canalizar su agresividad hacia el mundo externo. La fuerza destructiva se amplifica por la represión y la internalización de la culpa, especialmente cuando la cultura impone renuncias pulsionales, generando un sadismo dirigido contra el ego.

Freud (1929) propuso que el suicidio es una expresión última de la pulsión de muerte, y el masoquismo moral actúa como un mecanismo psíquico de defensa, que busca transformar el desagrado en una forma soportable de autopunición y preservación. Sin embargo, cuando el masoquismo falla, la tendencia autodestructiva se intensifica, pudiendo culminar en suicidio.

El concepto de masoquismo moral, según Freud (1915), implica un mecanismo psicológico en el que el ego redirige el desagrado de los procesos de defensa a favor de la autopreservación. El sufrimiento adquiere una dimensión paradójica, siendo una fuente de satisfacción psíquica. Asociado a la pulsión de muerte, el masoquismo moral refleja la autodestrucción acompañada de una carga erótica, donde el placer y el dolor se mezclan, convirtiendo el sufrimiento en una experiencia cargada de ambigüedad.

Freud (1929) destaca la existencia de formas distintas de masoquismo, incluyendo el masoquismo erógeno, el femenino y el moral, siendo este último una manifestación primaria del impulso destructivo dirigido al propio sujeto. La dinámica psíquica revela un elemento libidinal en el deseo de castigo y sufrimiento, que ofrece una forma de soportar la tensión interna.

Desde el punto de vista clínico, el masoquismo va más allá de la simple búsqueda de placer en el dolor físico. Involucra fantasías inconscientes que comprometen el equilibrio psíquico. La resistencia de los pacientes al alivio, como se observa en casos de dolor crónico,

puede estar profundamente arraigada en estas dinámicas, resaltando la importancia de trabajar cuidadosamente las cuestiones de transferencia en la terapia (Gondim & Martins, 2021).

La tradición psicoanalítica francesa se dedicó a comprender el masoquismo en el desarrollo psíquico, considerándolo un vínculo fundamental en la estructura psíquica. Además, análisis culturales e históricos, como las obras de Yukio Mishima (2020)[6], Se destaca la fusión entre los instintos destructivos y la satisfacción erótica, demostrando cómo el masoquismo moral se manifiesta en la autodestrucción erotizada. Así, el masoquismo moral no se limita a un fenómeno patológico. Se trata de una fuerza ambigua, capaz de tanto destruir como preservar la psique. Al explorar esta dualidad, se hace posible comprender mejor las motivaciones inconscientes que permeabilizan el sufrimiento y la autopunição, destacando su relevancia para la comprensión de la subjetividad humana (Maleson, 1984).

La intersección entre la melancolía, la neurosis obsesiva y la depresión evidencia el comportamiento suicida. La comprensión de sus particularidades y la atención a los síntomas depresivos son fundamentales para estrategias terapéuticas que puedan reducir la vulnerabilidad al suicidio en individuos con estas condiciones (Hook & Vanheule, 2022).

Melanie Klein (1975) fue una figura central en el desarrollo del psicoanálisis, especialmente en el campo del análisis infantil. Nacida en 1882, Klein (1975) aportó contribuciones significativas al explorar la importancia de las fantasías inconscientes y los mecanismos de defensa en la formación de la psique desde la primera infancia. Su trabajo con conceptos como la identificación proyectiva, la posición esquizoide-paranoica y la posición depresiva revolucionó la comprensión de las relaciones objetales y los procesos psíquicos en situaciones de ansiedad y conflicto interno.

Entre sus contribuciones más importantes están las teorías sobre el manejo de las pulsiones destructivas y el deseo de preservación de objetos internos buenos. En su visión, el suicidio puede interpretarse como un intento de destruir los objetos internos malos, mientras que simultáneamente preserva aquellos que son amados. El ego busca unirse a los buenos

[6] O suicídio de Yukio Mishima (2020), em 25 de novembro de 1970, foi um ato profundamente simbólico, refletindo tanto aspectos pessoais quanto culturais. Ao escolher o seppuku, uma forma tradicional de suicídio ritual japonês, Mishima buscou personificar a figura heroica do samurai, encerrando sua vida com uma narrativa coerente com os ideais que exaltava em suas obras literárias. Sua fascinação por temas de morte e heroísmo é evidente em escritos como "Yūkoku" (Patriotismo), onde o suicídio ritual é explorado dentro de um histórico e cultural.O ato de Mishima foi influenciado pela tradição cultural do seppuku, uma prática de morte honrosa no Japão, revelando seu profundo envolvimento com a estética e os valores tradicionais do país. Além disso, seus textos frequentemente abordavam a morte através de uma lente épica e estética, como forma de integrar elementos heroicos em suas narrativas.

objetos y deshacerse de las partes identificadas con el mal y con el ello. Klein (1975) escribió esta dinámica como una forma de preservar no solo los objetos amados, sino también el propio ego asociado a esos objetos internos.

La teoría de la posición depresiva, desarrollada por Melanie Klein (1975), aborda la integración de objetos internos previamente fragmentados, lo que lleva a la formación de un objeto completo y benévolo. Esta integración es fundamental para el desarrollo del ego, ya que permite al individuo lidiar con los conflictos internos que surgen a lo largo de la vida. La lucha entre impulsos sádicos, presentes desde las primeras experiencias infantiles, y los objetos introyectados, en la formación de tales conflictos. Las fantasías iniciales, muchas veces relacionadas con sentimientos hostiles hacia el cuerpo materno, contribuyen a una intensa lucha psíquica (Hook & Vanheule, 2022).

A lo largo del tiempo, el psicoanálisis identificó que el conflicto interno entre el ello y los objetos introyectados puede manifestarse en comportamientos autodestructivos, como la ideación suicida. El acto, por su parte, a menudo refleja el intento de eliminar los aspectos internos percibidos como malos y alcanzar un sentimiento de renacimiento o alivio psíquico. Los casos clínicos documentan que esta lucha interna, cuando no resuelta, se expresa en una fuerte impulsividad destructiva (Hook & Vanheule, 2022).

Además, su análisis del conflicto entre el ello y los objetos internos tiene en cuenta el impacto de las pulsiones de odio y venganza, que tienen su origen en los ataques sádicos imaginarios contra el cuerpo de la madre, visto por el niño como el primer representante del mundo externo. El conflicto también se manifiesta en ataques a la propia mente, como fue descrito por Klein (1975) y ampliado posteriormente por Bion (2021), quien abordó la destrucción de los enlaces mentales como una expresión de la envidia y la agresividad.

La teoría de Klein (1975) sobre la pulsión de muerte, la destructividad y los mecanismos de defensa, como la división y la proyección, sigue siendo influyente en el psicoanálisis contemporáneo, que involucra tanto la destrucción como la preservación de los objetos internos, y ofrece una visión profunda sobre las motivaciones inconscientes subyacentes a estos actos. A pesar de que sus teorías a menudo trataban con temas de destructividad, su propia muerte, en 1960, no estuvo relacionada con el suicidio, sino con complicaciones de salud.

El suicidio, estudiado en la psicodinámica, revela interacciones complejas de impulsos inconscientes, motivaciones conscientes y experiencias emocionales. Freud (1929) destacó que muchos accidentes aparentes tienen un carácter suicida inconsciente, donde los actos, incluso si están velados, cargan preocupaciones de autodestrucción. El caso de Kearl (1989)

ilustró la hipótesis de que los impulsos suicidas pueden ser catalizados por conflictos internos no resueltos, como el resentimiento reprimido hacia la figura materna. Este aspecto es reforzado por Fenichel (1946) al explorar el suicidio como una forma de chantaje emocional, cambios o reconexión con figuras parentales.

La teoría del apego desarrollada por John Bowlby (1979) proporcionó una base comprensiva para entender las relaciones emocionales y su influencia en la salud mental a lo largo de la vida. El apego inicial entre el bebé y sus cuidadores principales es necesario para la formación de los llamados modelos internos de trabajo, que moldean las expectativas individuales sobre las relaciones futuras. Experiencias seguras de apego y resiliencia emocional, mientras que un apego inseguro puede llevar a la dificultad en la regulación emocional y en las relaciones interpersonales. Estos son factores determinantes en cuestiones de salud mental, incluida la ideación suicida.

La relación entre apego inseguro y suicidio encontró amplia sustentación en la literatura especializada. Individuos que enfrentaron pérdidas tempranas o traumas en los vínculos emocionales se revelaron especialmente susceptibles. Bowlby (1979) sostuvo que la pérdida inicial de una figura de apego generó una sensibilización duradera, ampliando la vulnerabilidad a eventos traumáticos subsecuentes. La memoria emocional de la pérdida comprometió lo que se podría denominar el sistema inmunológico psicológico, debilitando la capacidad de resistencia a adversidades en la vida adulta y transformando tales eventos en potenciales desencadenantes de desenlaces letales.

Así, se manifiesta de manera particularmente pronunciada entre los jóvenes adultos, un rango de edad en el que el riesgo de comportamiento suicida se muestra significativamente elevado. En estas poblaciones, la dificultad para establecer relaciones seguras y manejar el estrés contribuyó a la alta prevalencia de ideación y tentativas de suicidio (Gondim & Martins, 2021).

La fragilidad en los lazos afectivos, sumada a la presión de demandas emocionales y sociales típicas de esta fase de la vida, intensificó la propensidad a respuestas extremas ante situaciones de crisis, evidenciando cómo el apego inseguro funcionó como un factor estructurante en la génesis del riesgo suicida. La interacción entre experiencias traumáticas previas y los desafíos del presente delineó un patrón que reforzó la conexión entre la historia relacional de los individuos y sus trayectorias de vulnerabilidad.

Por outro lado, Bowlby (1979) questionou abordagens que vinculam o comportamento suicida exclusivamente a fatores internos, como o superego punitivo ou instintos de morte postulados por Freud, que enfatizou que debe-se considerar o impacto das experiências

relacionais e ambientais no desenvolvimento de vulnerabilidades psicológicas. Perdas e rejeições precoces, por exemplo, podem criar uma propensão para padrões disfuncionais de enfrentamento de desamparo.

La neurociencia también ha corroborado estas observaciones. Investigaciones de Blanchard (2022) revelaron que los traumas de apego están asociados con interrupciones en el eje hipotálamo-hipófisis-adrenal y con alteraciones en los sistemas serotoninérgicos, ambos implicados en la regulación emocional y en trastornos mentales. Estos descubrimientos proporcionan una base biológica para comprender la interacción entre las experiencias de apego y el comportamiento suicida. Aunque la teoría de Bowlby (1979) señaló que para analizar los orígenes del comportamiento suicida es importante integrarla con otros factores determinantes, como trastornos mentales, presiones sociales y dinámicas culturales, que consideren tanto los aspectos relacionales como los contextuales para desarrollar intervenciones eficaces y humanizadas.

El parasuicidio, diferenciado del suicidio por la intención subyacente, señala comportamientos de riesgo que comunican un llamado a la vida, incluso en situaciones límite. Rosenthal (1993) y Ferber & Hill (1962) identificaron este aspecto como un juego peligroso que oscila entre el deseo de vivir y la voluntad de liberarse del dolor psíquico. Klein (1975) interpreta estos actos como defensas inconscientes contra el dolor emocional, mientras que Hindin (1982) conecta los sueños de muerte y sepultamiento con el intento de superar sentimientos de desesperanza y anulación emocional. El suicidio también es descrito como una expresión de orientación tanto hacia uno mismo como hacia los demás. Fairbairn (1994) relaciona la conexión entre homicidio y suicidio, mientras que Jung (1959) y Freud (1929) hablan de la vinculación simbiótica entre estos actos.

Fairbairn (1994) postuló que los objetos internos son estructuras caracterizadas por superposición y fusión, al igual que los aspectos egoicos ligados a las relaciones de objeto. Sugería que estas estructuras dinámicas, aunque originadas en el inconsciente, pueden invadir el campo consciente bajo presión emocional o económica, adquiriendo "una independencia dinámica". La división tripartita de la mente, según la interpretación de Fairbairn (1994), es solo una entre varias posibilidades de organizaciones estructurales psíquicas, siendo estas útiles para comprender tanto la multiplicación de personalidades como las relaciones internas que influyen en el comportamiento suicida.

El entendimiento del suicidio desde la óptica de la teoría de Fairbairn (1994) ofreció una visión para comprender las interacciones entre factores psicológicos, sociales y culturales. Al proponer que las constelaciones estructurales funcionales y la estructura endopsíquica

básica interactúan dinámicamente, la teoría proporciona una base para analizar cómo las relaciones internas influyen en el comportamiento externo.

La expansión del término síntoma de Jung (1959) en las psicopatologías como un trastorno de la conciencia, influenciado por la dinámica energética, se relaciona con la idea de que los síntomas no son solo manifestaciones patológicas individuales, sino también reflejos de disonancias psicológicas y sociales más amplias. Jung (1959) se destacó como un clínico de la civilización, diagnosticando enfermedades colectivas a partir de su comprensión del inconsciente colectivo.

Al diagnosticar estos trastornos de la conciencia, buscó comprender no solo al paciente, sino también el estado de la sociedad y la cultura en la que ese paciente vivía. Los problemas que aparecen en la superficie, como la ansiedad, la depresión o las neurosis, pueden ser reflejos de desequilibrios en ese inconsciente colectivo. Por ejemplo, en una sociedad marcada por guerras o la pérdida de valores, los individuos pueden manifestar síntomas que expresan esa ruptura mayor, incluso sin darse cuenta (Eriksen & Risør, 2014). Los síntomas, tradicionalmente vistos de forma aislada, comienzan a entenderse como expresiones de disonancias emocionales, cognitivas y sociales, comparables a la disonancia musical (Amon, 2024).

Al ampliar la perspectiva sobre los síntomas, Jung (1959) hizo contribuciones significativas también para la comprensión del suicidio, que él interpreta como resultado de conflictos psicológicos intratables entre el yo y el ego. Los conflictos reflejan la lucha por la individuación, un proceso central en el pensamiento junguiano, en el cual el fracaso en la integración de los aspectos psíquicos puede llevar al desespero y a la ideación suicida (Dale, 2022).

A diferencia de los enfoques reduccionistas, Jung (1959) veía el suicidio como una decisión ponderada, originada de sufrimientos psíquicos intensos y conflictos internos insoportables. Aún así, para Jung (1959), aunque el suicidio pueda ser resuelto en términos humanos, no es transparente. Su visión valora la vida como un proceso continuo de crecimiento psíquico y transformación, destacando que incluso en medio del sufrimiento, es vital agotar todas las posibilidades de conciencia. Al desafiar las narrativas de desesperación, Jung nos invita a reinterpretar los síntomas no solo como señales de fragmentación, sino como potenciales para descubrimientos y transformaciones significativas.

El análisis del suicidio como fenómeno global revela una diversidad de factores que explican el comportamiento suicida, abarcando desde motivaciones psicológicas hasta influencias sociales y culturales (Waiselfisz, 2013). Sin embargo, mi investigación se centra

específicamente en el contexto brasileño, con un enfoque en los grupos de Facebook en Brasil, donde se observa cómo las dinámicas de interacción digital reflejan y amplifican estos factores. En el Mapa de Violencia de 2014, Waiselfisz (2014) señala que el aumento de las tasas de suicidio en Brasil está vinculado a motivaciones similares, pero también a condiciones sociodemográficas locales, como el aislamiento social y las crisis económicas, que encuentran eco en las narrativas compartidas en estas comunidades virtuales.

De acuerdo con Abreu; Lima; Kohlrausch & Soares (2010), el suicidio no puede ser explicado por mecanismos aislados, siendo una característica multifactorial que demanda una comprensión integral de los factores sociales y comportamentales involucrados. Félix *et al.*, (2016) destacó que entre los principales factores asociados al suicidio están evidencias previas de suicidio, trastornos mentales, ausencia de apoyo social, historial familiar de suicidio, características sociodemográficas relevantes y la presencia de ideación suicida fuerte.

La Organización Mundial de la Salud (OMS), en 2021, alertó sobre el aumento global de los casos de suicidio, con el 78% de las ocurrencias registradas en países en desarrollo, evidenciando una gran disparidad en el enfrentamiento de este problema. La disparidad revela no solo diferencias socioeconómicas, sino también brechas en el acceso a cuidados en salud mental y en el desarrollo de políticas públicas adecuadas. En Brasil, específicamente, la situación demanda atención, ya que el país ocupa la octava posición mundial en número absoluto de suicidios, con una prevalencia acentuada en las franjas etarias de 15 a 29 años y, de forma alarmante, también entre personas de 69 años o más. Entre 2000 y 2022, el suicidio representó, en promedio, el 4,02% de los decesos entre individuos de 10 a 29 años, mientras que en el grupo mayor de 30 años la proporción fue significativamente inferior, alcanzando el 0,68%. Estos datos evidencian la importancia de estrategias de prevención que consideren las vulnerabilidades específicas de cada franja etaria y social (Mann; Maia & Sá, 2024).

Esta alarmante escalada en las tasas de suicidio entre adolescentes evidencia un cambio histórico significativo en los patrones de mortalidad, reflejando el impacto de las presiones emocionales y sociales contemporáneas. La vulnerabilidad emocional y la incertidumbre respecto al futuro emergen como factores centrales que afectan a este grupo etario, especialmente después de los impactos psicológicos intensificados por la pandemia de COVID-19. Sin embargo, este preocupante crecimiento no se limita solo a los más jóvenes (Silva, 2019).

Paralelamente, el aumento expresivo de las tasas de suicidio entre la población anciana destacó otro segmento demográfico vulnerable, cuyas especificidades requirieron una atención redoblada. Según lo evidenciado por Belarmino, Dimenstein y Leite (2024), factores

como el aislamiento social, la falta de propósito de vida y la vulnerabilidad emocional, especialmente entre hombres mayores de 80 años, han contribuido al agravamiento de este cuadro. La transparencia entre pobreza, desempleo y el aumento de trastornos ansiosos y depresivos en este grupo etario resalta el aspecto que atraviesa múltiples problemas sociales y económicos.

Ante este panorama, se vuelve imperativo compensar las políticas públicas de salud mental, considerando enfoques segmentados que atiendan las necesidades específicas de cada grupo etario. Aunque Brasil registre tasas absolutas de suicidio inferiores a otros países, la tendencia de crecimiento, especialmente entre jóvenes adultos masculinos y en áreas urbanas, exige una estrategia integrada para la prevención, que contemple tanto los desafíos enfrentados por la juventud como los vividos por la población anciana (Mann, Maia & Sá, 2024).

Es urgente que las políticas de salud pública sean adaptadas para abordar estos criterios múltiples determinantes, con enfoque en la prevención e intervención precoz, mitigando los factores de riesgo asociados al suicidio, en particular en los grupos etarios más vulnerables (Pereira *et al.,* 2024). En cuanto al aspecto biológico, la singularidad fenotípica del comportamiento suicida se revela como un fenómeno multifactorial, cuya manifestación resulta de la interacción entre diversos aspectos biopsicosociales.

El modelo interpretativo propuesto por Blumenthal (1988) destaca cinco áreas principales que configuran la vulnerabilidad al suicidio: trastornos psiquiátricos, rasgos de personalidad, factores psicosociales y ambientales, además de elementos genéticos y familiares. La interdependencia de estos factores hace que el riesgo de suicidio trascienda cualquier explicación aislada, apuntando a una dinámica integrada.

Los factores psicosociales impactan la salud mental, influenciando el comportamiento y los pensamientos del individuo, muchas veces relacionados con el riesgo de comportamiento suicida. Estos factores incluyen eventos adversos de la vida, como abuso físico o sexual, violencia o discordia familiar, conflictos interpersonales, falta de comunicación y apoyo, demandas excesivas en el entorno laboral, además de rasgos de personalidad como agresividad, impulsividad, neuroticismo, perfeccionismo, pesimismo, dependencia interpersonal, baja autoestima, aislamiento social y discriminación (Rocha, 2024).

Otros factores que aumentan el estrés y la sensación de desesperanza, contribuyendo al suicidio, incluyen la depresión periparto en mujeres embarazadas, la automutilación relacionada con el alcohol (responsable del 10-15% de las muertes por suicidio),

enfermedades crónicas como el cáncer y el VIH, estrés severo, tabaquismo (activación de las células microgliales causadas por la nicotina), abuso de sustancias, bajos niveles de serotonina y niveles irregulares de citoquinas específicas (Gawryszewski, 2006).

El riesgo suicida está regulado por rasgos comportamentales e interpersonales, estrategias de afrontamiento, estilo de vida y diagnóstico psiquiátrico, como la depresión mayor, el trastorno bipolar y la esquizofrenia. Trastornos como el estrés postraumático, el trastorno de personalidad límite, el trastorno de personalidad antisocial, la anorexia nerviosa, los trastornos del sueño y rasgos negativos como desesperanza y deterioro en las funciones cognitivas también amplifican el riesgo (Amaral *et al.*, 2021).

En cuanto a la letalidad de los métodos de suicidio, un meta-análisis de 34 estudios reveló que las armas de fuego presentan una tasa más alta de letalidad (~89,7%), seguidas por la asfixia/ahorcamiento (~84,5%), ahogamiento (~80,4%), envenenamiento por gas (~56,6%), salto de altura (~46,7%), envenenamiento por sustancias líquidas o medicamentos (~8,0%) y cortes (~4,0%). Estos índices pueden variar según la población y grupo etario (Cai, Junus, Chang & Yip, 2022). Ante esta multiplicidad de variables, el enfoque del suicidio requiere una integración entre datos biológicos, psicológicos y sociales, para delinear estrategias que contemplen tanto la prevención como la comprensión de las trayectorias que culminan en este desarrollo.

El análisis de Blumenthal (1988), al articular estas cinco áreas, muestra la necesidad de un examen detallado que reconozca la interacción entre el individuo y su vida social, mientras que los datos de letalidad refuerzan la urgencia de intervenciones dirigidas a los métodos más accesibles y fatales en cada población. Así, la construcción de políticas públicas eficaces debe partir de una base interdisciplinaria, que tenga en cuenta las especificidades demográficas, los determinantes psicosociales y las condiciones estructurales, dando respuestas articuladas a una característica que desafía cualquier reducción simplista y exige un compromiso continuo con la preservación de la vida.

Epidemiológicamente, el suicidio consumado es tres veces más común en hombres, mientras que los intentos de suicidio son más frecuentes en mujeres. Sin embargo, estos datos pueden sufrir variaciones dependiendo de factores sociales, culturales y económicos. El riesgo suicida también depende de la edad, siendo el estrés un factor de riesgo proximal, mientras que la vulnerabilidad (diátesis) es un factor distal, que influye en el suicidio incluso sin la presencia de trastornos psiquiátricos (Braga & Dell'Aglio, 2013).

Para comprender mejor el comportamiento suicida, diversas teorías y escalas han sido desarrolladas, como la Escala de Intención de Suicidio de Beck, la Escala Beck para Ideación

Suicida, la Escala de Evaluación de Suicidio y la Escala Columbia de Gravedad del Suicidio. Para niños, destacan la Escala de Potencial de Suicidio Infantil y la Evaluación de Riesgo de Suicidio entre Adolescentes. Aunque los modelos animales ayudan en el estudio de los factores de riesgo y la neurobiología del suicidio, aún existen desafíos en la replicación precisa de comportamientos humanos. Sin embargo, los circuitos neurobiológicos y alteraciones farmacológicas pueden ser analizados en modelos como roedores (Amaral *et al.*, 2021).

El comportamiento suicida es un fenómeno de alto impacto en la salud pública y, por esa razón, fue clasificado como una condición a ser investigada por el Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales (DSM-5). La revisión de evidencias biológicas, mecanismos y alteraciones neurobiológicas en el conocimiento sobre el suicidio influye positivamente en el desarrollo de enfoques terapéuticos eficaces.

En lo que respecta a los trastornos psiquiátricos, se observa una relación estrecha entre el suicidio y condiciones como los trastornos del ánimo, con énfasis en el trastorno bipolar, particularmente en pacientes no tratados, que presentan mayor vulnerabilidad. Según datos de la Organización Mundial de la Salud (2021), entre los trastornos psiquiátricos asociados al suicidio destacan los trastornos afectivos, con prevalencia entre 30% a 65%, seguidos por los trastornos de ansiedad y de personalidad (10%), abuso de sustancias psicoactivas (25%) y esquizofrenia (4,9% a 13%), además de otros trastornos mentales y alimentarios.

La coexistencia de estas condiciones aumenta sustancialmente la propensión al comportamiento suicida, con destaque para la depresión, que a menudo se asocia con el uso de sustancias psicoactivas, exacerbando tanto la impulsividad como la fragilidad psíquica de los individuos afectados (Amaral *et al.*, 2021).

Además de los factores psiquiátricos, los sistemas neurobiológicos impactan en la etiopatogenia del comportamiento suicida. Alteraciones en los sistemas serotoninérgico, dopaminérgico, noradrenérgico y neuroendocrino han sido asociadas a diversas psicopatologías, notadamente los síntomas depresivos (Cai; Junus; Chang & Yip, 2022). Las sustancias monoaminérgicas, como la serotonina, la dopamina y la norepinefrina, que tienen funciones reguladoras en los centros responsables del control del ánimo y del comportamiento, siendo que desequilibrios en estos sistemas pueden predisponer a los individuos a comportamientos autodestructivos. La interacción entre estos sistemas neurobiológicos y los factores psicosociales intensifica la heterogeneidad de los perfiles de riesgo suicida, evidenciando la intrínseca de la condición (Pinho *et al.*, 2016).

El genotipo constituye una base genética única para cada individuo, siendo estable, excepto en gemelos monocigóticos, que comparten el mismo genotipo. En cuanto a la herencia genética, los padres y los hijos comparten, en promedio, el 50% de su genotipo, mientras que los hermanos, incluidas dos hermanas heterocigóticas, presentan una similitud genética variable entre el 25% y el 50%. La diversidad genética tiende a disminuir gradualmente con cada generación, con la cantidad de genotipo compartido reduciéndose a la mitad en cada ciclo generacional. Es importante señalar que, al discutir las diferencias genotípicas, nos referimos a las variantes del mismo gen, llamadas alelos, y no a la presencia de genes diferentes (Voracek; Loibl, 2017).

La contribución genética al comportamiento suicida ha sido ampliamente documentada en estudios familiares. Chen *et al.*, (2024) descubrieron que el riesgo de suicidio entre familiares de primer grado de pacientes psiquiátricos era ocho veces mayor que en individuos no afectados. Además, se observó que la mitad de los pacientes con múltiples trastornos mentales y antecedentes familiares de suicidio intentaron suicidarse en algún momento de sus vidas. Egeland y Sussex (1985), en un estudio posterior, sugirieron que la contribución genética al suicidio podría ocurrir independientemente de la presencia de enfermedades mentales, ampliando la comprensión de los factores biológicos subyacentes al comportamiento suicida.

Características de personalidad, como la impulsividad, la inestabilidad emocional y los trastornos de personalidad, como el trastorno de personalidad antisocial. Cuando estas características se combinan con factores psicosociales adversos, como dificultades interpersonales y estrés ambiental, el riesgo de suicidio aumenta significativamente. Estudios recientes, como el de Henrique (2018), exploraron las relaciones entre las cogniciones implícitas y el comportamiento suicida, con la evaluación automática de respuestas cognitivas mostrando correlaciones significativas con la predisposición al comportamiento autodestructivo.

La incorporación de estos instrumentos en protocolos de prevención temprana puede ser una estrategia prometedora. Además, la presencia de comorbilidades psiquiátricas, especialmente la depresión, es un factor importante de riesgo para el comportamiento suicida, siendo el abuso de sustancias psicoactivas un agravante que intensifica la impulsividad y la vulnerabilidad psíquica de los individuos (Fontenele, 2022).

El cambio climático intensifica las condiciones ambientales extremas, afectando tanto la salud física como el equilibrio psíquico, lo que puede contribuir al aumento de comportamientos de riesgo, como el suicidio. Richardson *et al.*, (2020) realizaron un análisis

con 8,5 millones de individuos en las zonas rurales de la India entre 2001 y 2013, identificando 9.456 suicidios entre 249.786 muertes. Los resultados indicaron un aumento del 18,7% en las tasas de suicidio durante períodos de lluvias intensas y del 3,6% en situaciones de sequía extrema, en comparación con los períodos de cultivo regular.

La contaminación atmosférica se destaca como un factor socioambiental directamente relacionado con el aumento de las tasas de suicidio. Durante la pandemia de Covid-19, en 2020, se observó una mejora temporal en la calidad del aire debido a la disminución de las actividades industriales y del tráfico aéreo. Sin embargo, el aislamiento social, el miedo colectivo y la inseguridad económica agravaron el sufrimiento psíquico, reflejándose en el aumento de comportamientos suicidas, a pesar de la mejora de la calidad del aire. Barjasteh

Askari *et al.*, (2020), en un metaanálisis de 13 estudios realizados entre 2010 y 2019, identificaron correlaciones positivas entre las concentraciones de NO_2, SO_2, O_3, CO y material particulado inferior a 10 μm con el aumento de suicidios, especialmente entre personas menores de 64 años, durante el verano y por métodos violentos. Las variaciones térmicas y estacionales también influyen en los comportamientos suicidas. Lester (1979) ya había identificado picos de suicidio en primavera, con un aumento en otoño. Bozsonyi, Lester, Fulop, Zonda y Balint (2020), al analizar datos húngaros de 1971 a 2013, observaron una relación positiva entre el número diario de horas de luz solar y el aumento de suicidios, mientras que las fluctuaciones térmicas diarias afectaron las tasas de suicidio en los dos días posteriores. Amin (2024), al investigar el impacto del aumento de la temperatura en los suicidios en los Estados Unidos (1968-2004) y México (1990-2010), descubrió que un aumento de 1°C en la temperatura mensual se verificó en incrementos del 0,86% y 2,1% en las tasas mensuales de suicidio, respectivamente.

Un análisis de los impactos ambientales y climáticos sobre la salud mental reveló que factores como la contaminación atmosférica, las variaciones de temperatura y las fluctuaciones estacionales de luminosidad afectan directamente las tasas regionales de suicidio. Las intervenciones públicas enfocadas en la mitigación de estos impactos ambientales y en la promoción de ambientes más equilibrados pueden reducir los comportamientos suicidas en la salud mental colectiva (Nossa, 2019).

Los eventos climáticos extremos, como altas temperaturas, humedad excesiva, desertificación e inundaciones, remodelan el escenario de la salud pública al provocar estrés ambiental. Estas condiciones están directamente relacionadas con el aumento de la ideación suicida, intentos y suicidios consumados, lo que evidencia la necesidad de entender cómo las vulnerabilidades psíquicas interactúan con las variaciones ambientales y las características

demográficas (Silveira, 2016). Las diferencias de género también son considerables en la relación entre el cambio climático y el comportamiento suicida. Los hombres suelen presentar tasas más altas de suicidio consumado, mientras que las mujeres tienden a reportar índices más altos de ideación y experiencia. Esta disparidad no se explica solo por factores biológicos, sino también por presiones sociales, como el rol de proveedor asociado al género masculino y la responsabilidad de cuidado atribuida a las mujeres (Ferreira, 2017).

Los impactos de estos eventos climáticos extremos se manifiestan de manera desigual, especialmente en las áreas rurales, donde la salud mental se ve gravemente afectada. Las mujeres en situaciones de vulnerabilidad, limitaciones económicas y responsabilidades familiares adicionales, intensifican sus desafíos. Por su parte, los hombres cargan el peso social de sustentar a la familia, una expectativa que amplifica el estrés en momentos de crisis. Las interacciones revelan la dificultad de desarrollar enfoques de salud pública que consideren las especificidades socioculturales de cada grupo (Cianconi, Betrò & Janiri, 2020). La alta temperatura resultó ser una variable climática significativa, con efectos sobre los resultados en salud mental. Un metaanálisis de Barjasteh-Askari *et al.*, (2020) indicó una visión inversa entre alta temperatura e ideación suicida, pero una asociación positiva con experiencias y muertes por suicidio, especialmente en regiones como Oceanía, donde la exposición a olas de calor y la infraestructura interna amplificaron las vulnerabilidades psíquicas.

La contaminación atmosférica constituye un estresor ambiental relevante, principalmente en áreas urbanas densamente pobladas. La exposición prolongada a sustancias nocivas, como PM2,5 y dióxidos de azufre y nitrógeno, se correlacionó con tasas elevadas de suicidios consumados, probablemente mediadas por procesos neuroinflamatorios y estrés oxidativo (Ferreira, 2017).

La desertificación, aunque impactante, mostró una tendencia protectora para la ideación suicida en algunos lugares, como Kenia e India, donde la adaptación fisiológica y el fortalecimiento de redes comunitarias podrían haber tenido roles mitigadores en el sufrimiento psíquico. Sin embargo, este aspecto aún requiere investigaciones más detalladas (Kar, 2018). Fenómenos meteorológicos diversos, como frío intenso y tormentas, también mostraron correlaciones ambiguas con la salud mental. El frío extremo se asoció con un aumento en intentos y suicidios consumados, mientras que las tormentas, paradójicamente, parecían asociarse con menores índices de ansiedad, posiblemente debido a la previsibilidad de estos eventos y la preparación mental involucrada (Barboza, 2012).

El suicidio, aunque parece social, está condicionado por las construcciones culturales de cada sociedad, reflejando valores, normas y estructuras colectivas específicas. Durkheim (2004) analizó el suicidio como una manifestación social que no puede ser explicada solo por factores individuales, sino que debe ser comprendida como resultado de una interacción entre el sujeto y lo social. El suicidio está íntimamente relacionado con el grado de integración y regulación social. En diversas culturas, el suicidio asume significados distintos, siendo, en algunos, aceptado o incluso sancionado en determinadas situaciones, mientras que en otras es rígidamente condenado.

En muchas tradiciones religiosas, como en el budismo, el hinduismo y el Japón feudal, el suicidio puede ser visto como una forma de preservación del honor o una respuesta a la desgracia. Durkheim (2004), al analizar estas prácticas, enfatiza que el suicidio puede ser un reflejo de la falta de cohesión social (suicidio egoísta) o de una regulación social excesiva (suicidio fatalista). En Japón, por ejemplo, el suicidio ritualizado, como ya se presentó en la tesis, el harakiri, simbolizaba no solo un acto de honor, sino también una forma de expresión de la relación con la muerte y el destino. Durkheim (2004) sugirió que esta práctica refleja una sociedad altamente estructurada, en la cual el individuo se somete a normas colectivas que regulan su comportamiento, incluso ante la muerte.

La protección que la religión ofrece contra el suicidio también fue discutida por Durkheim (2004), especialmente en lo que respecta a las religiones occidentales, como el catolicismo y el protestantismo. En sociedades predominantemente católicas, las tasas de suicidio eran más bajas, ya que el catolicismo imponía normas estrictas contra el suicidio. Sin embargo, en el protestantismo, las tasas eran más altas, lo que Durkheim (1893) asoció con el individualismo y la libertad de pensamiento característicos de esta religión. La libertad religiosa, según Durkheim (2004), puede debilitar los lazos sociales, haciendo al individuo más susceptible al suicidio, ya que las reglas morales y colectivas se vuelven más fluidas y menos controladas por una autoridad central.

Además, Durkheim (2004) sugirió que la secularización y el declive de la autoridad religiosa en las sociedades modernas pueden contribuir al aumento de las tasas de suicidio, ya que la pérdida de estructuras de significado colectivo deja a los individuos más vulnerables al aislamiento social y a la desesperanza. En contraste, una fuerte cohesión social y normas religiosas bien aplicadas funcionan como barreras contra el suicidio, ofreciendo al individuo un soporte colectivo y un sentido de propósito en la vida.

En las sociedades occidentales y norteamericanas, la ausencia de vínculos religiosos y la fragmentación social se han asociado con tasas más altas de suicidio. Durkheim (1999)

destacó que la moralidad colectiva, presentada en las instituciones religiosas, proporciona al individuo una comprensión de su lugar en el mundo y las consecuencias de sus acciones. La fragilidad de esta moralidad, cuando se debilita, puede abrir espacio para una crisis existencial que resulte en el suicidio.

Por lo tanto, el suicidio, según Durkheim (2004), es tanto un reflejo de las condiciones sociales de cada época como un indicador de los fallos en la integración y regulación social. Los análisis de las diferentes enfoques culturales y religiosos sobre el suicidio demuestran cómo los factores sociales y culturales moldean el comportamiento suicida y cómo lo social, de tal acto influye directamente en su ocurrencia. Las estructuras sociales y religiosas funcionan como sistemas reguladores que pueden, al mismo tiempo, proteger o contribuir al suicidio, dependiendo del grado de cohesión y regulación que imponen al individuo.

Maris (1991) comparó las tasas de suicidio entre católicos y protestantes en Chicago entre 1966 y 1968, y concluyó que las tasas de suicidio entre protestantes eran superiores a las de los católicos para todas las edades y ambos sexos. Los inmigrantes católicos en los Estados Unidos presentaron tasas significativamente menores de ideación suicida (3,7% vs. 11,8%) y de intento de suicidio (1,6% vs. 2,6%) en comparación con los inmigrantes no católicos. La frecuencia a la iglesia, la religiosidad y la influencia de la religión mostraron una asociación negativa con la ideación suicida (Pescosolido, 1990).

Después de controlar variables como sexo, estado civil y estatus socioeconómico, la influencia percibida de la religión fue el predictor más fuerte e independiente de la ideación suicida. Los individuos que consideraban la religión como una influencia relevante en sus vidas presentaban menos ideación suicida, destacándose aquellos que asistían a la iglesia con mayor regularidad. Estos hallazgos refuerzan la idea de que la religiosidad, más que la simple afiliación religiosa, ejerce una función protectora contra el suicidio.

La mayor parte de las investigaciones sobre la relación entre religión y suicidio se han dirigido a los adultos, pero las evidencias han señalado que la frecuencia a la iglesia entre los jóvenes, provenientes de diversas orígenes étnicos y raciales, también ejerció un efecto atenuante sobre el riesgo de suicidio, abarcando tanto la ideación como los intentos. Conrad (1991) identificó que la participación regular en actividades religiosas, como los cultos, se correlacionó con una disminución significativa en la probabilidad de comportamientos suicidas entre adolescentes. Tal asociación sugirió que el involucramiento religioso funcionó como un factor protector, estructurado no solo por la creencia individual, sino también por el soporte comunitario y las redes sociales que las prácticas religiosas frecuentemente propiciaron.

Donahue (2017) examinó datos de adolescentes en los Estados Unidos y reforzó esta perspectiva. Al controlar variables sociodemográficas como edad, género, ingresos familiares y región geográfica , el estudio reveló que la religiosidad, medida tanto por la frecuencia de participación en servicios religiosos como por la importancia atribuida a la fe, contribuyó a la reducción del riesgo de ideación suicida y de intentos concretos. El efecto protector se manifestó de manera consistente, independientemente de las diferencias culturales o étnicas, señalando una función transversal de la religiosidad en la mitigación de vulnerabilidades psicológicas.

Los individuos estadounidenses que se identifican como religiosos demostraron una probabilidad considerablemente menor de involucrarse en comportamientos relacionados, como el abuso de sustancias psicoactivas (alcohol y drogas), frecuentemente asociados con el suicidio, y la ocurrencia de eventos, también correlacionados con mayores riesgos de suicidio (Batson *et al.,* 1993). El estudio conducido por Stack y Lester (1991) evidenció que los individuos que participaban con mayor regularidad en las actividades religiosas reportaron una menor aprobación de comportamientos relacionados con el suicidio, destacando la religión.

La interpretación cultural del suicidio también puede reflejarse en las relaciones familiares y responsabilidades sociales. En algunas regiones del Pacífico, el suicidio es aceptado como una respuesta culturalmente validada a situaciones de violencia doméstica (Counts, 1987). De manera similar, en China, las mujeres sin hijos pueden recurrir al suicidio como un acto de fidelidad conyugal tras la muerte de sus esposos (Wolf, 1975). Lo que ilustra la flexibilidad con que las sociedades pueden comprender el suicidio, dependiendo de las normas sociales y las condiciones familiares que lo involucran.

En última instancia, la visión social sobre el suicidio puede ejercer una influencia específica sobre sus tasas. Las sociedades donde el estigma en torno al suicidio es más pronunciado tienden a presentar índices más bajos de suicidio, en contraste con sociedades en las que el estigma es menos severo o incluso ausente, lo que puede contribuir a una mayor incidencia de suicidios. Esto se demuestra profundamente en el estudio de cómo el estigma cultural sobre el suicidio impacta las tasas de suicidio y los cuidados de salud mental (Pridmore; Varbanov; Aleksandrov & Shahtahmasebi, 2016).

La comprensión del suicidio como influencia social está profundamente influenciada por los factores culturales y religiosos. Las diferentes visiones sobre el fin de la vida, que pueden involucrar el suicidio como respuesta a la deshonra, sufrimiento o en nombre de una

causa mayor, revelan el comportamiento humano, que no puede ser disociado de las construcciones sociales y culturales que lo rodean (Pescosolido, 1990).

El desempleo está frecuentemente relacionado con el aumento de las tasas de suicidio, un tema recurrente en diversos análisis a lo largo del tiempo. Platt (1984) investigó esta relación a través de estudios transversales que analizan un momento específico y longitudinales que siguen cambios durante períodos prolongados. Estas investigaciones abarcan tanto datos individuales, enfocados en experiencias subjetivas, como datos agregados, que examinan tendencias poblacionales. Los resultados fueron consistentes: el desempleo se mostró correlacionado con aumentos significativos tanto en los casos de suicidios consumados como en los intentos.

La pérdida del empleo generalmente desencadena no solo crisis financieras, sino también erosión de la autoestima, pérdida del sentido de propósito y debilitamiento de la red de apoyo social factores críticos para la salud mental. Platt (1984) destacó que los individuos desempleados, especialmente en situaciones de desocupación prolongada, mostraban una mayor vulnerabilidad psicológica. Los estudios longitudinales revelaron que el riesgo de suicidio crecía progresivamente con el tiempo de inactividad laboral, sugiriendo que la dificultad de reintegrarse al mercado intensificaba el desespero. Las investigaciones transversales indicaron que las regiones con altas tasas de desempleo tendían a registrar picos simultáneos en comportamientos suicidas.

La relación no es meramente causal, sino mediada por variables como edad, género, condiciones socioeconómicas previas y acceso a servicios de salud mental. Los hombres en edad productiva, especialmente aquellos que enfatizan el rol del hombre como proveedor, mostraron ser particularmente susceptibles.

Sin embargo, el impacto del desempleo en las tasas nacionales de suicidio varía. El estudio sobre Irlanda, en el que el aumento del desempleo entre 1978 y 1985 se asoció con un aumento en las tasas de suicidio (Kelleher y Daly, 1990), contrasta con la falta de demostración de esta relación en Hong Kong (1976-1992), Estados Unidos o Canadá (1950-1980) (Leenaars *et al.*, 1993; Lester, 1999). En Japón, entre 1953 y 1972, la tasa de suicidio para hombres y mujeres se correlacionó positivamente con el desempleo, aunque esta demostración desapareció después de 1972, posiblemente reflejando cambios económicos globales, con la transición de una economía industrial a una economía de servicios (Motohashi, 1991).

Además del desempleo, las condiciones laborales adversas también aumentan el riesgo de suicidio. Investigaciones realizadas en Alemania, como la de Gutmann (2013), sugieren

que los gobiernos deben adoptar políticas que minimicen los riesgos de suicidio cuando las tendencias económicas indiquen un posible aumento en el desempleo. También se ha encontrado que la reducción del estrés laboral, junto con mejoras en la autoeficacia y el compromiso de los trabajadores, podría ayudar en la prevención del suicidio entre aquellos que están empleados.

Los resultados de una investigación indican que la falta de empleo está asociada a un riesgo de suicidio más del doble. Las personas desempleadas tienen una probabilidad 16 veces mayor de suicidarse en comparación con aquellos que tienen empleo. El riesgo es especialmente elevado para aquellos que han estado desempleados durante más de seis meses, lo que indica que la pérdida reciente de empleo no es el único factor que contribuye a este aumento. La jubilación y el ser ama de casa también estaban asociados con riesgos elevados de suicidio, siendo la jubilación un factor que triplica este riesgo y la condición de ama de casa lo aumenta seis veces. Las personas incapacitadas para trabajar debido a una discapacidad también enfrentan un riesgo elevado (Pompili *et al.*, 2014).

Además, factores como bajos niveles de educación o cualificación profesional, así como la experiencia de múltiples trabajos en los últimos cinco años, aumentan la vulnerabilidad al suicidio (Turecki, *et al.,* 2019). Al ajustar los datos para la presencia de trastornos mentales, como la depresión, trastornos de ansiedad y trastornos bipolares, que están directamente relacionados con el riesgo de suicidio, y la existencia de relaciones, los resultados consistentes motivados por el desempleo y las condiciones laborales adversas son factores determinantes para el aumento del riesgo de suicidio (Pompili *et al.*, 2014).

La desventaja socioeconómica es un predictor significativo de suicidio en diferentes países y contextos. Las tasas generales de suicidio son frecuentemente más altas en áreas de bajo poder adquisitivo, como se ha observado en Estocolmo, Suecia, y en diversas otras partes del mundo (Ferrada-Noli, 1997).

La interpretación de las tasas de suicidio transnacionales refleja diversas situaciones específicas. Primero, los diferentes países pueden atribuir significados diferentes a los actos de suicidio y, en consecuencia, sus clasificaciones pueden variar. Kelleher, Chambers, Corcoran, Williamson & Keeley (1998) señalaron que, en países con evaluaciones religiosas contra el suicidio, las tasas de suicidio tienden a ser subnotificadas a la Organización Mundial de la Salud, lo que da lugar a índices más bajos en comparación con países donde no existe tal restricción. En India, por ejemplo, prácticas culturales específicas, como la muerte por dote, que involucran muertes de mujeres jóvenes casadas debido a la presión por el pago del dote, pueden dificultar la distinción entre homicidio y suicidio (Leslie & Butz, 1998).

En segundo lugar, las disparidades en las tasas de suicidio pueden reflejar la capacidad de los sistemas de salud de emergencia, en lugar de reflejar diferencias en las preocupaciones de los individuos. La alta tasa de suicidios entre mujeres jóvenes en China puede atribuirse a la alta letalidad de los métodos utilizados, como pesticidas extremadamente tóxicos, que a menudo no ofrecen posibilidad de tratamiento de emergencia, a diferencia de países como los Estados Unidos, donde estos casos serán más propensos a ser identificados como intentos de suicidio (Ji; Kleinman & Becker, 2001). Así, las diferencias en las tasas de suicidio están influenciadas por condiciones estructurales, como la infraestructura de salud, en lugar de reflejar variaciones en el comportamiento suicida entre entornos.

En tercer lugar, el funcionamiento de las autoridades médico-legales en todo el mundo ha sido un factor que genera discrepancias en los datos. Incluso entre países similares, como Gran Bretaña y Escocia, las diferencias en las prácticas y en los sistemas de registro pueden crear variaciones artificiales en las tasas de suicidio (Barraclough, 1972). En muchas sociedades en desarrollo, la falta de registros adecuados y de profesionales capacitados da lugar a una subnotificación o categorización incorrecta de suicidios. India, por ejemplo, utiliza un esquema de clasificación que se enfoca más en los factores sociales que en la psicopatología, lo que lleva a una exclusión de las causas atribuibles al suicidio.

En 1997, se registró que solo el 4,9% de las muertes por suicidio estaban relacionadas con trastornos mentales, mientras que motivaciones como conflictos familiares (18,4%), desilusiones amorosas (3,7%) y privación económica (3,4%) figuraron como determinantes predominantes (Gobierno de India, 1999). Investigaciones realizadas por Phillips, Liu y Zhang (1999) señalaron que las altas tasas de suicidio en China estaban relacionadas, en parte, con una mayor precisión metodológica en la categorización de las causas de muerte, en contraste con naciones donde la ilegalidad del acto generaba subnotificación o estigmatización familiar.

La integración sistemática entre perspectivas microanalíticas (individuales) y macroanalíticas (estructurales) en la investigación de riesgos suicidas ha ganado relevancia en los debates contemporáneos sobre salud mental. Estudios interdisciplinarios que articulan datos psicosociales individuales como historiales clínicos y trayectorias existenciales con variables contextuales (desempleo estructural, desigualdad regional, acceso a servicios públicos) demuestran un potencial transformador para desentrañar la multicausalidad intrincada de estos fenómenos (Turecki, *et al.*, 2019).

Sin embargo, la rareza metodológica de investigaciones que operacionalizan esta doble lente analítica ha perpetuado lagunas epistemológicas críticas (JI *et al.*, 2001),

dinámicas colectivas mapeadas estadísticamente a nivel poblacional como picos de suicidio en regiones industrializadas frecuentemente no reproducen las motivaciones subjetivas identificadas en estudios cualitativos con sobrevivientes de intentos, revelando una brecha entre macroestructuras y microexperiencias (Turecki, *et al.*, 2019).

La investigación de Pescosolido (1990) en los Estados Unidos ilustra cómo los atributos socioculturales (como normas, valores, redes sociales o futuras) en escalas geográficas más pequeñas, como municipios, muestran que la asociación estadística con índices de suicidio era menos significativa que en escalas regionales más amplias. Esto sugiere que el suicidio, aunque tiene características sociales, no puede ser comprendido mediante un análisis atomizado o hiperlocalizado. En unidades geográficas reducidas, los efectos de variaciones socioculturales pueden ser diluidos o enmascarados por factores locales específicos, como dinámicas comunitarias o eventos contingentes. En escalas mayores, emergen patrones más consistentes, revelando la influencia de estructuras sociales más amplias como desigualdad económica, integración social o sistemas de influencia regionalsobre el comportamiento individual.

Entre las variables investigadas, los medios de comunicación en la modulación de conductas autodestructivas se destacaron en la literatura especializada. Representaciones de suicidio en medios periodísticos, producciones audiovisuales y plataformas digitales han mostrado capacidad de influir en individuos psicológicamente vulnerables. Esta dinámica, denominada "efecto Werther", demostró que divulgaciones inadecuadas tienden a catalizar comportamientos imitativos, lo que exige protocolos éticos para la cobertura de casos (Kovács & Hwang, 2019).

3.2. EFECTO WERTHER

La interfaz entre la comunicación social y la epidemiología del suicidio emergió con gran relevancia a partir de la década de 1970. El estudio seminal de Phillips (1974) identificó un incremento estadísticamente significativo en las tasas de suicidio tras la publicación de reportajes por el New York Times, acuñando el término "efecto Werther" en alusión a la obra *Los sufrimientos del joven Werther* (Goethe, 2021), cuya narrativa sobre el protagonista suicida habría precipitado una ola de casos similares en la Europa del siglo XVIII.

La noción de "contagio suicida", formulada por Phillips (1974), postuló que la exposición mediática a relatos detallados de suicidio inducía conductas miméticas, normalizándolo como una respuesta a adversidades existenciales. Originalmente aplicada al

periodismo impreso, la hipótesis resultó igualmente pertinente para la era digital, en la cual la viralidad de contenidos potencia los riesgos de transmisión social.

Para esclarecer este fenómeno, se movilizaron distintos marcos teóricos. La teoría del aprendizaje social postuló que las conductas humanas derivan, en parte, de procesos observacionales. Individuos con vulnerabilidades emocionales – como personas con depresión mayor o sujetos a crisis psicosociales agudas – tenderían a asimilar tales conductas cuando expuestos a narrativas que presentan el suicidio como solución a dilemas personales (Bandura & Evans, 2006).

En este constructo, los medios actuarían como agentes de socialización secundaria, donde representaciones romantizadas o fatalistas del acto tenderían a ser asimiladas por públicos vulnerables como estrategias de resolución de conflictos internos (Ferreira & Reis, 2020).

Paralelamente, la teoría de la identificación propuso que los sujetos tienden a establecer conexiones empáticas con personajes que comparten rasgos biográficos o emocionales. La exposición a relatos mediáticos sobre individuos con historias análogas a las del receptor generaría procesos identificatorios clasificados como horizontales – entre pares socioculturales – o verticales – con figuras de notoriedad pública. En el segundo caso, los suicidios de celebridades o líderes carismáticos mostrarían mayor potencial mimético, dada la atribución simbólica de superioridad moral a dichos actores (Graumann & Moscovici, 2012).

El efecto mediático presenta una doble dimensión: mientras transmite modelos comportamentales interpretables como soluciones existenciales, simultáneamente ofrece marcos de referencia para la identidad. La dualidad explicaría la capacidad de determinados contenidos para funcionar como vectores de transmisión social, particularmente en poblaciones con redes de apoyo debilitadas o acceso limitado a servicios de salud mental (Cheng, Li, Silenzio & Caine, 2014).

Revisiones sistemáticas corroboraron la interacción entre variables mediáticas, psicológicas y sociales en la génesis de comportamientos autodestructivos. La convergencia entre los marcos de aprendizaje observacional y de identificación demostró que los medios no solo reflejan, sino que amplifican los patrones suicidogénicos, especialmente en ecosistemas con baja resiliencia comunitaria, donde la imitación se configura como respuesta disfuncional a sufrimientos psíquicos (Joiner, Brown & Wingate, 2005).

La investigación de Domaradzki (2021) corroboró la relación directamente proporcional entre la frecuencia de reportajes sobre suicidio y el aumento estadísticamente significativo de su ocurrencia poblacional. Los resultados validaron la premisa de que la

divulgación mediática funcionó como elemento catalizador de conductas autodestructivas, posicionándose como una variable susceptible de intervención en el ámbito de estrategias preventivas de salud colectiva.

La dimensión narrativa de las coberturas periodísticas – particularmente su contenido descriptivo, estructura discursiva y encuadre simbólico – resultó clave en la potenciación de los riesgos asociados con la conducta imitativa. Estudios comparativos, como los realizados por Niederkrotenthaler *et al.,* (2010), identificaron que los reportajes que detallaban procedimientos técnicos de autoexterminio, recurrían a dramatizaciones lingüísticas o enfatizaban los supuestos beneficios póstumos del acto, como reconocimiento social o cesación del sufrimiento, se correlacionaban con aumentos medibles en las tasas de suicidio en los períodos subsiguientes. La investigación de Stack (2005), por ejemplo, demostró que la mención explícita de métodos letales en artículos de gran circulación aumentó en un 17,5% la probabilidad de su replicación en grupos etarios específicos.

En cuanto a la naturaleza de las representaciones mediáticas, análisis de contenido realizados por Gunnell *et al.,* (2020) categorizaron como críticos tres ejes narrativos: la romantización del sufrimiento psíquico, presente en el 68% de los artículos analizados; la contextualización inadecuada, que omitia factores desencadenantes multifactoriales en un 43% de los casos; y (iii) la estetización de la muerte, identificada en el 29% de las coberturas a través de recursos imagéticos o metafóricos que banalizaban la gravedad del acto. Tales patrones, como documentó la Organización Mundial de la Salud (2017) en directrices para una comunicación responsable, resultaron particularmente dañinos cuando vinculaban el autoexterminio con narrativas de redención personal o colectiva.

En cuanto a las adversidades simbólicas, la investigación de Henden (2017) destacó que las representaciones que asociaban el acto con la superación de privaciones materiales (por ejemplo, deudas insolubles, desempleo crónico) o conflictos relacionales (como rupturas matrimoniales traumáticas, aislamiento familiar) produjeron distorsiones cognitivas en poblaciones vulnerables. A través de un análisis de 452 casos noruegos, se verificó que el 62% de los individuos que cometieron suicidio tras exposición a tales contenidos presentaban un historial de identificación con motivaciones similares a las retratadas, sugiriendo mecanismos de validación intersubjetiva.

Sin embargo, no se puede ignorar un aspecto importante sobre la función de los medios de comunicación. Aunque muchas veces se les vea como vehículos para la propagación de relatos de suicidio, los medios poseen un potencial específico para ejercer un efecto. La forma en que los reportajes son elaborados puede ser un factor determinante, pues

pueden ser ajustados para una acción educativa y preventiva. Al abordar temas relacionados con los desafíos de la vida, ofreciendo no solo una representación precisa del sufrimiento, sino también presentando alternativas viables y estrategias eficaces de afrontamiento, los medios pueden reducir el riesgo de "contagio" suicida. Este tipo de cobertura puede contribuir a la construcción de una narrativa que desafíe la idea de que el suicidio es una solución, alentando así la búsqueda de recursos de apoyo psicológico y social (Domaradzki, 2021).

Por lo tanto, la responsabilidad de los medios de comunicación va más allá de su función informativa. Al comprometerse con prácticas periodísticas que aborden el suicidio de manera sensible, evitando sensacionalismos y enfocándose en la promoción de la salud mental, los medios de comunicación pueden contribuir significativamente a la prevención del suicidio, atenuando así los efectos negativos de su difusión (Wang, 2012).

Publicado en 1774, *Los sufrimientos del joven Werther* de Johann Wolfgang von Goethe (2021) se consagró como obra inaugural del Romanticismo alemán, encarnando la transición del racionalismo ilustrado a la exaltación de la subjetividad individual. Organizada en formato epistolar, la narrativa se compone de misivas enviadas por Werther a Wilhelm, en las que el protagonista relata su pasión imposible por Charlotte, prometida de otro hombre. La progresión de la trama dibuja la angustia existencial del personaje, cuya incapacidad para reconciliar deseo y realidad desembocó en un acto suicida, gesto interpretado como una negativa radical a las limitaciones impuestas por el orden social.

Jóvenes lectores europeos, particularmente en Alemania, adoptaron gestos, vestimentas e incluso patrones discursivos inspirados en el protagonista, fenómeno que incluyó episodios de imitación del desenlace trágico. Paralelamente, la narrativa articuló una crítica sutil a la burguesía emergente, exponiendo tensiones entre las aspiraciones individuales y las convenciones colectivas. Según analizó Santos (2011), Werther personificó el arquetipo del hombre moderno: intelectualizado, emotivo y en conflicto permanente con estructuras sociales consideradas opresoras. Tal representación explicaría la resonancia de la obra entre públicos que vivían contradicciones similares en áreas de urbanización acelerada.

La recepción de la obra trascendió el ámbito literario, convirtiéndose en un fenómeno de masas sin precedentes. Las traducciones proliferaron en tiempo récord, mientras que las autoridades eclesiásticas condenaban la supuesta glorificación del suicidio, interpretado como desafío a la moral religiosa. La elección estilística del formato epistolar estrategia que otorgó verosimilitud a la voz narrativa tuvo el efecto de identificación lector-personaje. Santos (2011) destacó que las cartas funcionaron como espejo psicológico, permitiendo que los

dilemas íntimos del protagonista fueran reinterpretados como metáforas de malestares colectivos de la época.

Aunque anclado en los preceptos románticos de exaltación de la subjetividad, la novela trascendió la esfera del individualismo estricto. La narrativa articuló paradojas constitutivas de la modernidad emergente, particularmente el conflicto entre autonomía emocional y mecanismos de regulación colectiva. Santos (2011) destacó que la obsesión de Werther por reminiscencias traumáticas en contraste con la negligencia de estrategias de adaptación al presente emblemizó la crisis de agentes sociales incapaces de mediar anhelos personales y exigencias estructurales. La opción por el formato diarístico potencializó tal dualidad, convirtiendo al lector en partícipe involuntario de un ritual catártico que entrelazaba revelaciones íntimas e indagaciones metafísicas.

La crítica social imbricada en la obra se extendió al examen de angustias existenciales marginalizadas por el tejido social. Al privilegiar la expresión emotiva sobre las normas convencionales, Goethe (2021) desveló la contradicción inherente a sistemas que valoraban performatividades superficiales en detrimento de la autenticidad existencial. Así, se configuró simultáneamente como diagnóstico y expresión sintomática de un malestar civilizatorio: denunció las represiones afectivas institucionalizadas mientras fomentaba nuevas modalidades de subjetivación basadas en la introversión reflexiva.

Los desarrollos posteriores atestiguaron la permanencia de los dilemas abordados. La investigación realizada por Soares (2015) comprobó la correlación positiva entre la divulgación mediática irrestricta de suicidios y los incrementos estadísticamente significativos en conductas miméticas, realidad que incentivó la implementación de protocolos regulatorios en países como Alemania, Australia y Canadá. En el escenario brasileño, persistió la ausencia de directrices claras: la estrategia predominante se restringió a la supresión de particularidades metodológicas y geográficas de los casos, medida defendida como barrera contra el "contagio social" por Carmichael (2019).

La atracción ejercida por lugares con características físico-estructurales particulares para actos suicidas constituyó un fenómeno históricamente reconocido, pero sistematizado científicamente solo a partir de la década de 1970. Entre 1948 y 1978, se registraron más de mil casos de autoexterminio en el volcán Mihara Yama (Japón) y 625 en el Puente Golden Gate (Estados Unidos). La investigación de Seiden (1978) reveló que aproximadamente la mitad de los individuos que se suicidaron en el Golden Gate Bridge no residían en San Francisco, habiendo cruzado intencionadamente el Puente Oakland estructura igualmente elevada para alcanzar el lugar elegido.

En espacios urbanos, ciertos lugares adquirieron notoriedad como epicentros de sucesos. En Múnich, el Puente Großhesseloher, frecuentemente retratado en documentales y reportajes periodísticos, se consolidó como locus preferido. En Hamburgo, el Puente Köhlbrand y un edificio en Eimsbüttel figuraron como escenarios recurrentes. Según Brosius y Ziegler (2001), dichos lugares rara vez formaban parte del repertorio geográfico de las víctimas previamente, siendo descubiertos a través de reportajes que los caracterizaban como opciones "eficaces" y "estéticamente impactantes" para el acto.

El Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Hamburgo documentó consecuencias directas de esta dinámica: en los últimos trimestres de 1987, ocurrieron trece muertes por ahogamiento en bañeras, triplicando la media histórica. En seis episodios, se identificaron vínculos comprobables con la cobertura mediática vigente, ya sea mediante declaraciones familiares o la presencia de recortes de periódicos en los lugares de los sucesos (Frei *et al.*, 2003).

Casos emblemáticos de figuras públicas reforzaron patrones de imitación. El suicidio de Marilyn Monroe, retratado por los medios como desenlace trágico de una artista incomprendida, se correlacionó con un aumento mensurable de sucesos similares. Ya la muerte de Kurt Cobain en 1994 motivó una respuesta preventiva inédita: autoridades y medios de comunicación organizaron campañas combinando divulgación de servicios de apoyo psicológico con la deconstrucción de narrativas romanticizadas, estrategia que mitigó los efectos potenciales de contagio (Seeman, 2017).

La particularización metodológica emergió como un vector influyente en la dinámica de contagio social. La amplia difusión mediática de la muerte del político alemán Uwe Barschel en 1987 que minuciosamente describió la combinación de sedantes con ahogamiento en bañera de hotel se correlacionó con la replicación del método en múltiples sucesos subsecuentes. Bajo el título *Muerte en la bañera*, las descripciones técnicas y los registros visuales del procedimiento circularon intensamente durante semanas, convirtiendo un protocolo hasta entonces marginal en una alternativa reconocida (Ziegler & Hegerl, 2002).

La investigación de Fahey, Matsubayashi y Ueda (2018) demostró que variables demográficas como grupo de edad, género y ocupación modulaban significativamente la intensidad de las reacciones emocionales posteriores al suicidio en plataformas digitales. El estudio, que analizó 15.000 casos globales entre 2010 y 2017, identificó que las muertes de individuos jóvenes (18-35 años), mujeres y profesionales del entretenimiento (actores, músicos) desencadenaron un compromiso afectivo 2,3 veces superior a la media, mientras que

las expresiones de sorpresa se correlacionaron con un aumento del 12,7% en la incidencia de autoexterminio en las 48 horas siguientes.

La relación entre la cobertura mediática de suicidios de figuras públicas y el aumento subsecuente de casos en la población fue objeto de análisis en diversas investigaciones. En Japón, entre 1989 y 2010, se constató un incremento significativo en las tasas de suicidio tras la publicación de noticias sobre el fallecimiento de celebridades. A través de un modelo de regresión de Poisson, que analizó 109 suicidios de personalidades y datos diarios de 8.035 casos, se observó un aumento del 4,6% en el número de suicidios el día en que se publicaron los reportajes, con efectos que persistieron hasta diez días después de la publicación. El impacto fue más acentuado cuando se informó sobre el suicidio de políticos reconocidos nacionalmente, resultando en un aumento del 14,8%, mientras que las muertes de celebridades del entretenimiento fueron seguidas por un incremento del 4,7% (Ueda, Mori, Matsubayashi & Sawada, 2017).

La cobertura mediática del suicidio de celebridades se ha asociado con aumentos subsecuentes en las tasas de suicidio, frecuentemente atribuidos al llamado efecto de imitación. Un estudio continuo en Taiwán, entre 2003 y 2005, analizó 10.945 suicidios y observó un aumento del 17% en el número de casos en las cuatro semanas siguientes al suicidio de una celebridad televisiva. Se evidenció un crecimiento más expresivo entre los hombres, con un riesgo relativo de 1,30, y entre aquellos que utilizaron el mismo método letal empleado por la figura pública (ahorcamiento), cuyo riesgo relativo alcanzó 1,51 (Cheng, Hawton, Lee & Chen, 2007).

Otra investigación, también conducida en Taiwán, examinó el impacto de la cobertura mediática sobre el suicidio de una celebridad en los suicidios posteriores. Utilizando análisis autorregresivo de series temporales, el estudio mostró un aumento del 55% en los suicidios durante las tres semanas siguientes a la amplia difusión del caso. De los 124 entrevistados que consideraron realizar el acto después de exponerse a las noticias, el 23,4% afirmó haber sido influenciado por los reportajes. El riesgo fue significativamente más alto entre los hombres y entre aquellos con antecedentes, con un riesgo relativo de 52,3 (Cheng *et al.*, 2007).

Con el avance de las redes sociales, surgieron nuevas dinámicas. Entre 2010 y 2014, al analizar la interacción en Twitter tras el suicidio de 26 figuras públicas japonesas, se observó una correlación entre el volumen de publicaciones y el aumento subsecuente en las tasas de suicidio. Solo los casos que generaron intensa actividad en la plataforma mostraron esta correlación, independientemente de la cobertura en los medios tradicionales. El análisis también reveló que las muertes de artistas jóvenes generaron mayor interacción en la red,

contrastando con la atención limitada dada por los medios convencionales a estos casos (Ueda; Mori & Matsubayashi, 2014).

El suicidio del DJ sueco Tim Bergling, conocido como Avicii, ocurrido el 20 de abril de 2018, ejemplifica la extensión del impacto emocional y social que la muerte de una celebridad puede ejercer a escala global. Un análisis cuantitativo de 2.865.292 tweets publicados el día de su fallecimiento mostró una movilización intensa, caracterizada por expresiones de tristeza, shock y homenajes, entremezcladas con sentimientos ambivalentes que oscilaban entre el luto y la admiración. La divulgación posterior de detalles sobre el método utilizado un corte autoinfligido con vidrio generó nuevos picos de interacción en las redes sociales. Los usuarios que discutieron directamente estos detalles presentaron, en promedio, un número significativamente mayor de seguidores, lo que sugiere que la difusión de contenidos sensibles puede amplificar su alcance y, potencialmente, influir en comportamientos subsecuentes, como lo observaron Niederkrotenthaler, Till & Garcia (2019).

La revisión sistemática realizada por Asharani *et al.,* (2023), que abarcó 32 estudios sobre el impacto de la cobertura mediática en países asiáticos, identificó un patrón consistente: la elevación en las tasas de suicidio tras reportajes detallados de muertes por suicidio. Este efecto se verificó independientemente de variables como el perfil de la víctima, el tipo de medio o el método divulgado. Los grupos particularmente vulnerables, como mujeres, jóvenes e individuos con características sociodemográficas o psicológicas similares a las de las víctimas, mostraron mayor susceptibilidad. La exposición explícita al método utilizado emergió como un factor crítico, frecuentemente asociado con la replicación del comportamiento suicida, lo que refuerza la necesidad de directrices estrictas para la cobertura periodística.

La práctica de ocultar información, distinta de la simple omisión, refleja una decisión deliberada de preservar una imagen pública o mitigar impactos negativos. Soares (2015) traza un paralelo entre esta estrategia y tácticas históricas, como la represión de epidemias durante la dictadura militar brasileña para evitar el pánico, o la cobertura selectiva de la guerra de Irak por los medios estadounidenses para sustentar el patriotismo. La crítica recae sobre la violación de principios éticos que buscan prevenir muertes, evidenciando una priorización de intereses comerciales audiencia e ingresos publicitarios en detrimento de la responsabilidad social.

El efecto Werther, concepto que describe el aumento de suicidios por imitación tras la exposición a casos ampliamente difundidos, fue examinado por Ortiz y Khin (2018) en las plataformas digitales del siglo XXI. Definiendo "medios" como cualquier canal de

comunicación dependiente de conexión a internet incluyendo redes sociales, blogs, foros, aplicaciones de mensajería y streaming, los autores hallaron que el volumen de tweets sobre el suicidio de celebridades se correlacionaba fuertemente con picos en las tasas de suicidio. En contraste, los casos con baja repercusión en Twitter mostraron un impacto negligente, sugiriendo que la intensidad de la exposición mediática es un determinante.

Necchi (2017) complementó este análisis al argumentar que el suicidio imitativo ocurre predominantemente entre individuos en estados de vulnerabilidad emocional preexistente. La identificación con la víctima y la romantización o simplificación del acto en los medios funcionan como catalizadores, aumentando el riesgo entre estos grupos. Un ejemplo paradigmático de esta dinámica es la serie *13 Reasons Why*, lanzada por Netflix el 31 de marzo de 2017. La producción, que retrata gráficamente el suicidio de la adolescente Hannah Baker, desencadenó controversias debido a la ausencia de mensajes preventivos eficaces y a la detallada exposición del método el corte de muñecas.

Niederkrotenthaler *et al.,* (2019) investigaron sus efectos en Estados Unidos y documentaron un aumento significativo en los suicidios entre jóvenes de 10 a 19 años en los tres meses posteriores al lanzamiento, con un incremento estimado de 195 casos adicionales. El impacto fue más pronunciado entre las mujeres jóvenes y en suicidios por ahorcamiento, método también destacado en la narrativa de la serie. Aunque los investigadores evitaron atribuir causalidad directa, la correlación temporal y la especificidad de los métodos sugieren una asociación sustancial. Niederkrotenthaler criticó las advertencias mostradas antes de los episodios como ineficaces y potencialmente contraproducentes, argumentando que la serie no se califica como un recurso educativo adecuado. Curiosamente, mientras que la protagonista era femenina, el aumento en las tasas de suicidio se concentró entre adolescentes varones. Esta discrepancia puede explicarse por la mayor prevalencia de intentos no letales entre las chicas, lo que resulta en subnotificación en las estadísticas de muertes, mientras que los chicos, con intentos más letales, aparecen con mayor frecuencia en los datos.

La hipótesis subyacente sugiere que los adolescentes con predisposiciones psicológicas imitaron los comportamientos mostrados en la serie, influenciados por una narrativa que vincula el suicidio con problemas interpersonales sin ofrecer soluciones viables. La ausencia de figuras adultas eficaces en la trama refuerza la percepción de desamparo, potencialmente inhibiendo la búsqueda de ayuda. Niederkrotenthaler y Stack (2017), en una guía de la Sociedad Austriaca para la Prevención del Suicidio, enfatizan que culpar a los sobrevivientes por el suicidio es un error, contrario a las prácticas recomendadas.

Casos adicionales corroboran estos patrones. Chen *et al.,* (2010) analizaron el suicidio de la cantante china Ivy Li, cuya muerte por inhalación de monóxido de carbono en 2009 desencadenó una ola de imitaciones en Taiwán, amplificada por 78 reportajes sensacionalistas. Ji *et al.,* (2013) investigaron el impacto de la muerte de la actriz surcoreana Lee Eun-ju en 2005, cuyo ahorcamiento, detallado por los medios, llevó a un aumento del 145,8% en este método en cuatro semanas. En Estados Unidos, la muerte de Robin Williams en 2014, analizada por Carpentier y Parrott (2016) y Carmichael (2019), resultó en un incremento del 10% en las tasas de suicidio, con énfasis en los ahorcamientos, reflejando la influencia de la cobertura sensacionalista.

Ante este panorama, Till, Tran, Voracek y Niederkrotenthaler (2017) defienden una colaboración entre los medios y las autoridades de salud pública en reportajes responsables. Las directrices que evitan detalles sobre los métodos y priorizan mensajes preventivos han demostrado ser eficaces para reducir las imitaciones. La literatura es unánime al reconocer que la exposición sensacionalista amplifica el riesgo, mientras que una cobertura ética puede mitigar sus efectos, configurando un imperativo moral y científico para el periodismo contemporáneo.

Estas directrices, frecuentemente renovadas mediante campañas de autocontrol voluntario, buscan reducir la glamourización del suicidio, presentar alternativas a la acción fatal y proporcionar información sobre organizaciones de apoyo. Las experiencias en regiones que adoptaron estas recomendaciones trajeron una reducción significativa en el número de suicidios y en las investigaciones relacionadas con métodos ampliamente divulgados. La literatura sobre el impacto de estas abordajes revela que, cuando las recomendaciones son seguidas, hay una disminución tanto en los reportajes sensacionalistas como en la incidencia de imitaciones.

Aunque investigaciones epidemiológicas recientes indican una correlación entre coberturas mediáticas responsables, evitando detalles sobre los métodos, destacando historias de recuperación y reducciones puntuales en las tasas de suicidio, la escasez de análisis longitudinales controlados limita la generalización de estos hallazgos. Como lo demuestra la meta-análisis de Niederkrotenthaler *et al.,* (2020), centrada en directrices mediáticas en 20 países, solo el 34% de los estudios revisados adoptaron metodologías capaces de aislar el impacto específico de las directrices de otros factores. Paralelamente, organismos internacionales como la OMS y la UNESCO han desarrollado protocolos detallados para la representación de suicidios en narrativas ficticias (cine, series), con el objetivo de combatir el efecto Werther la replicación de comportamientos suicidas tras la exposición a contenidos

sensacionalistas. Sin embargo, la evaluación de estas intervenciones enfrenta desafíos metodológicos intrínsecos: la dificultad de medir los efectos a largo plazo en industrias culturales globalizadas y descentralizadas y la falta de estandarización en la implementación de las recomendaciones entre productoras y plataformas de streaming.

Un ejemplo ilustrativo es la disparidad observada entre países con regulaciones estatales estrictas, como Corea del Sur, con auditorías previas de guiones, y aquellos dependientes de autorregulación (por ejemplo, EE.UU.), donde los estudios comparativos han revelado variaciones de hasta el 40% en la adherencia a las directrices (Kim *et al.,* 2022). Esta brecha expone la necesidad urgente de modelos híbridos de investigación, combinando big data (análisis de temas en tendencia y compromiso en redes sociales) con enfoques etnográficos (entrevistas con guionistas y audiencias), para mapear cómo los discursos mediáticos se resignifican en diferentes ecosistemas culturales. Solo así será posible trascender el debate actual aún atrapado en generalizaciones y avanzar hacia pruebas causalmente robustas.

Las recomendaciones para la cobertura mediática destacan el uso de un lenguaje neutral al tratar el tema del suicidio. Se desaconseja el uso de expresiones como “suicidio exitoso”, prefiriendo términos como “murió por suicidio” o “se suicidó” (Tomandl; SonneckStein & Niederkrotenthaler 2019). La elección terminológica no se limita a la sustitución lingüística, ya que está relacionada con los efectos cognitivos y emocionales que la terminología puede generar en los receptores de la información, ejemplificados por el concepto de "efecto de encuadre" en la psicología social (Kahneman, 2011).

En lo estudio de Till, Tran, Voracek & Niederkrotenthaler (2017), la variación del término utilizado para describir el suicidio en artículos de noticias demostró que la elección terminológica afectó tanto la forma en que los participantes resumieron los materiales como sus actitudes hacia el suicidio en personas con enfermedades terminales. El uso del término "suicidio" se asoció con una mayor facilidad de comportamiento suicida entre personas con enfermedades terminales, lo que resalta la relevancia del vocabulario en los reportajes sobre suicidio. Los hallazgos corroboran la hipótesis de que una terminología utilizada puede impactar directamente las actitudes públicas y las decisiones de individuos en situaciones vulnerables, reforzando la necesidad de un lenguaje rigurosamente científico.

El efecto presentado contrasta con el "Efecto Werther", mostrando que la presentación de historias de vida y experiencias positivas puede, en lugar de incitar a la imitación del suicidio, fomentar la prevención y ofrecer alternativas de esperanza a individuos en riesgo. El "Efecto Papageno" puede servir como una estrategia eficaz en la comunicación sobre salud

mental, reduciendo el riesgo de suicidio al contrarrestar el impacto negativo de las narrativas sensacionalistas (Tomandl; Sonneck, Stein & Niederkrotenthaler, 2019).

Los resultados de las investigaciones sobre los efectos de imitación relacionados con el suicidio revelaron el efecto denominado Werther. El acto suicida, ampliamente difundido, puede desencadenar imitaciones, especialmente entre individuos vulnerables que se identifican con la víctima. Este proceso se intensifica cuando las similitudes entre la víctima y los individuos vulnerables son pronunciadas, como la edad, el género y el estatus social, haciendo que estas características sean aún más peligrosas. El periodismo debe adoptar prácticas éticas y responsables (Niederkrotenthaler *et al.*, 2020).

La exposición de información sobre la identidad de la víctima, como edad, género e imágenes, debe evitarse para no estimular la identificación directa. De la misma manera, la descripción de aspectos emocionales, el desempeño personal y el historial de vida puede fortalecer la conexión emocional con el público vulnerable, aumentando el riesgo de imitación (Till, Tran, Voracek & Niederkrotenthaler, 2017).

Además, la descripción detallada del método y del lugar del suicidio debe ser tratada con cautela, ya que la información explícita puede interpretarse como instrucciones o romantizarse. Frases como "no había más opción" o "sensibilidad excesiva" pueden transmitir una visión fatalista, ignorando la salud mental. Los medios de comunicación deben priorizar enfoques que resalten la búsqueda de ayuda y prevención, generando información sobre redes de apoyo y servicios especializados (Till, Tran, Voracek & Niederkrotenthaler, 2017).

Otro aspecto importante es la difusión de información sobre mitos y errores sobre el suicidio. Los medios de comunicación juegan un papel clave en la promoción de la educación sobre estos temas, evitando la propagación de concepciones erróneas. El consumo de ciertos tipos de medios se ha correlacionado con la creencia en mitos sobre el suicidio, actitudes estigmatizantes y bajo nivel de conocimiento sobre prevención (Till, Tran, Voracek & Niederkrotenthaler, 2017). La relación entre el consumo de ciertos medios y estos factores no puede atribuirse únicamente a variables como la edad y el nivel educativo, destacando la importancia de la prevención.

3.3. EFECTO PAPAGENO

A pesar del vasto cuerpo de investigación sobre el efecto Werther, que asocia la cobertura mediática de suicidios de celebridades, especialmente cuando detalla los métodos utilizados, con un aumento en las tasas de suicidio, los estudios sobre el efecto Papageno siguen siendo limitados, especialmente en el ámbito de las redes sociales. El efecto Papageno,

caracterizado por el potencial preventivo de narrativas que retratan la superación de crisis suicidas, ha sido ampliamente analizado en los medios tradicionales. Sin embargo, su aplicación y manifestación en plataformas digitales, como los grupos en Facebook, aún carecen de investigaciones.

La relevancia de esta investigación radica precisamente en explorar cómo las redes sociales, con énfasis en Facebook, pueden servir como espacios de apoyo emocional y resiliencia a través de relatos de superación. Mientras que la literatura ya ha consolidado los impactos negativos del efecto Werther, documentando exhaustivamente sus dinámicas y consecuencias, como elemento protector derivado de las historias de enfrentamiento y recuperación el núcleo del efecto Papageno sigue siendo subexplorado en el dominio de las interacciones en línea. Esta brecha es aún más significativa ante la creciente dependencia de estas plataformas como fuentes de apoyo psicológico.

Este estudio propone avanzar el conocimiento en esta área, examinando cómo las narrativas positivas en grupos de apoyo digitales pueden actuar como factores de protección contra el suicidio en poblaciones vulnerables. Se trata de un campo de investigación emergente, cuya relevancia se intensifica por el uso cada vez más difundido de las redes sociales como herramientas de conexión emocional. Al abordar esta cuestión, la investigación busca ofrecer una contribución original y necesaria al campo de la salud mental, destacando el potencial preventivo de dinámicas virtuales aún poco comprendidas.

La ópera *La Flauta Mágica* de Mozart, escrita en 1791, año de su fallecimiento, destaca como una de sus obras más icónicas y ampliamente apreciadas. En un escenario que evoca Egipto, con elementos típicos de cuentos de hadas, la trama adquiere gran intensidad con las pruebas a las que el Príncipe Tamino es sometido, por orden del sacerdote Sarastro, con el fin de conquistar la mano de Pamina, hija de la Reina de la Noche, enemiga de Sarastro (Istel & Baker, 1927).

Acompañado del pájaro Papageno, responsable de las escenas humorísticas, Tamino enfrenta desafíos que reflejan rituales de iniciación masónica, de los cuales Mozart también era miembro. *La Flauta Mágica* puede ser interpretada como una obra profundamente personal del compositor, impregnada de sus propias creencias e influencias filosóficas, especialmente en relación con los ideales ilustrados (Buch, 2009).

El argumento de la ópera abarca, entre otros temas, la superación de crisis y la búsqueda de la redención mediante acciones basadas en la fraternidad y la humanización. Esta temática resuena con la teoría de que las representaciones de superación de crisis, como las descritas en *La Flauta Mágica*, pueden ejercer una influencia preventiva sobre el suicidio,

concepto que fue formalizado en la investigación sobre el "efecto Papageno". Este efecto fue identificado en estudios empíricos como una respuesta a la representación de alternativas positivas ante situaciones de crisis (Istel & Baker, 1927).

El "efecto Papageno", nombrado a partir del personaje homónimo de la ópera, ocurre cuando un individuo, confrontado con pensamientos suicidas, es redirigido hacia una solución alternativa al suicidio. En *La Flauta Mágica*, Papageno, inicialmente tentado por el suicidio debido al miedo de perder a su amada Papagena, es impedido de cometer tal acto por tres niños que le presentan alternativas. Así, la elección de Papageno por la vida refleja la importancia de presentar soluciones a situaciones de crisis, un principio que se revela no solo en el argumento de la ópera, sino también en los estudios contemporáneos sobre la prevención del suicidio (Buch, 2009).

El "efecto Papageno" constituye un avance significativo en la comprensión de los medios. Históricamente, la prevención se concentraba en los riesgos asociados con la cobertura sensacionalista; sin embargo, hay una creciente conciencia sobre la necesidad de desestigmatizar el suicidio, lo que ha propiciado el desarrollo de nuevas estrategias, enfocadas en la superación (Nalabandian, 2022).

En un estudio realizado en Austria, un análisis de reportajes sobre suicidio demostró que los artículos sensacionalistas estaban asociados con el aumento de las tasas de suicidio, mientras que aquellos que enfatizaban el enfrentamiento de las crisis suicidas estaban correlacionados con la reducción de esas tasas. La apariencia, denominada "efecto Papageno", sugiere que un enfoque más sensible, orientado hacia la superación, puede actuar como un mecanismo preventivo, presentando la enfermedad mental como una condición transitoria, susceptible de superarse con el apoyo adecuado (Niederkrotenthaler *et al.,* 2010a). En este sentido, el efecto Papageno propone la implementación de campañas educativas que incluyan relatos de individuos que superaron crisis suicidas, ofreciendo una narrativa constructiva y esperanzadora.

La investigación de Niederkrotenthaler *et al.*, (2010b) identificó este fenómeno por primera vez mediante un análisis de contenido de artículos de periódicos austriacos. Observaron una disminución en las tasas de suicidio después de la publicación de historias centradas en individuos que superaron con éxito crisis suicidas. Estos hallazgos sugieren que las historias no sensacionalistas y de apoyo pueden crear mecanismos positivos de afrontamiento y reducir la ideación suicida.

na serie de ensayos clínicos aleatorizados exploró aún más este efecto protector. Los estudios incluyeron diversas formas de medios, como artículos de noticias, películas,

documentales y sitios web educativos. Los resultados generalmente mostraron que los medios que enfatizan el afrontamiento y la esperanza pueden reducir la ideación suicida, aumentar la satisfacción con la vida y mejorar el conocimiento sobre prevención del suicidio. Por ejemplo, un estudio de 2015 utilizando una película de Hollywood demostró una mayor satisfacción con la vida, mientras que un estudio de 2016 que involucró a estudiantes universitarios mostró una disminución de pensamientos suicidas después de leer un artículo de noticias que enfatizaba la recuperación (Till,; Strauss; Sonneck & Niederkrotenthaler, 2015).

A pesar de estos hallazgos positivos, persiste una brecha significativa en la literatura: los estudios rara vez se enfocan en individuos vulnerables que experimentan activamente ideación suicida. La exclusión de estos grupos puede llevar a conclusiones erróneas sobre los efectos protectores de las representaciones de los medios. Sin embargo, investigaciones emergentes sugieren que los individuos vulnerables pueden beneficiarse aún más cuando las historias de recuperación son contadas por aquellos con experiencias personales de crisis suicidas (Till; Wild; Arendt; Scherr & Niederkrotenthaler, 2018).

El Efecto Papageno fue analizado a la luz de la teoría del aprendizaje social y cognitivo (Niederkrotenthaler *et al.,* 2019). La exposición a estrategias efectivas de afrontamiento, adoptadas por individuos que superaron crisis suicidas, cuando narradas de manera empática y accesible, favoreció la identificación del público con tales vivencias. Narrativas de este tipo funcionaron como una especie de simulación mental de las soluciones encontradas, constituyéndose como un recurso potencial para superar situaciones límite (Niederkrotenthaler *et al.,* 2021).

La disminución del estigma asociado al suicidio surgió como un desenlace significativo de la cobertura periodística realizada de manera responsable, contribuyendo sustancialmente a los esfuerzos de prevención. Al traer los trastornos mentales y los comportamientos suicidas al debate público, se crearon condiciones que atenuaron las barreras para pedir ayuda, mientras se cultivaba una actitud de mayor apertura, empatía y solidaridad entre familiares y amigos. La inclusión de datos sobre servicios de apoyo profesional, como contactos de centros de intervención en crisis y líneas de apoyo emocional, reveló un impacto positivo adicional (Arendt; Till & Niederkrotenthaler, 2016).

Sin embargo, la difusión limitada del Efecto Papageno entre profesionales de la comunicación, en contraste con la amplia notoriedad del Efecto Werther, se configuró como un obstáculo persistente (Arendt; Scherr; Niederkrotenthaler; Krallmann & Till, 2018a). Tal brecha de conocimiento resultó en la subutilización de las posibilidades preventivas inherentes al enfoque del tema. En algunos casos, la búsqueda por evitar suicidios imitativos

llevó a la supresión total de relatos, lo que terminó por neutralizar los beneficios preventivos asociados. La armonización entre investigación y práctica mostró ser fundamental, especialmente a través de la adopción de directrices mediáticas orientadas por principios éticos y responsables (Arendt; Scherr; Niederkrotenthaler & Till, 2018b).

La ruptura del tabú en torno al suicidio constituyó una ganancia potencial de la cobertura periodística realizada con sensibilidad. La discusión pública acerca de los trastornos mentales y la ideación suicida contribuyó a la reducción de las resistencias que dificultaban la búsqueda de ayuda, promoviendo una disposición más acogedora y solidaria tanto en el ámbito familiar como en el comunitario (Nalabandian, 2022). La integración de información sobre recursos profesionales, como líneas telefónicas de apoyo emocional y contactos de centros especializados en intervención en crisis, amplió el acceso a estos servicios y potenció sus efectos beneficiosos, favoreciendo la prevención y el manejo de circunstancias de riesgo (Arendt; Scherr; Niederkrotenthaler; Krallmann & Till, 2018a).

El Efecto Papageno también se manifestó en la reducción de las tasas de suicidio observada después de representaciones artísticas que retrataron personajes inicialmente confrontados con la idea del suicidio, pero que, a lo largo de la narrativa, redescubrieron un propósito para sus existencias. Tal fenómeno fue constatado al comparar las tasas de suicidio antes y después de la exhibición de películas, obras de teatro u otras expresiones artísticas que ofrecieron desenlaces afirmativos para los conflictos vividos por los personajes. Aunque los procesos subyacentes no se han desvelado completamente, se supuso que el arte influyó en dimensiones cognitivas, emocionales y comportamentales, al proporcionar modelos de imitación social que repercutieron de manera positiva sobre los desafíos inherentes a la condición humana (Niederkrotenthaler, 2018).

El estudio original sobre el Efecto Papageno (Niederkrotenthaler *et al.*, 2021) consistió en una investigación epidemiológica que examinó los efectos del fenómeno a través de datos agregados. Aunque la epidemiología es válida y proporciona información significativa, presenta limitaciones metodológicas importantes, especialmente en lo que respecta a la imposibilidad de establecer una relación directa entre la exposición a los medios y los efectos observados. Es decir, no es posible garantizar que los individuos que demostraron tendencias suicidas hayan sido, de hecho, impactados exclusivamente por los relatos protectores presentes en los medios. Así, una de las restricciones de este tipo de estudio es la imposibilidad de realizar un análisis causal directo, limitando la inferencia de que los medios hayan sido los únicos o principales responsables de los efectos observados.

Para superar estas limitaciones, es necesario que los estudios epidemiológicos sean complementados con investigaciones con datos individuales, como estudios experimentales controlados o de laboratorio, sobre las relaciones de causa y efecto. Tales enfoques ofrecen la posibilidad de controlar variables intervenientes, lo que permite confirmar que el Efecto Papageno observado esté, de hecho, relacionado con la exposición específica a los medios. Como sugieren Niederkrotenthaler *et al.,* (2010b), siempre que sea posible y éticamente viable, la incorporación de estudios más controlados contribuye sustancialmente a la robustez de las conclusiones.

Otra limitación inherente a los estudios epidemiológicos es la dificultad de considerar el suicidio como una variable de resultado directa. Dado su carácter multivariable, el suicidio a menudo debe ser abordado a través de indicadores indirectos, como pensamientos suicidas, síntomas depresivos o sentimientos de desesperanza, que a menudo se consideran factores de riesgo para el suicidio, pero que no capturan de manera tan precisa y directa el fenómeno del suicidio en sí (Niederkrotenthaler & Stack, 2017). Se requiere el uso de una gama diversificada de métodos e instrumentos de medida para comprender mejor los efectos de los medios sobre los procesos psicosociales que preceden al suicidio.

Además, aún existe un campo sustancial de incertidumbres en relación con las características específicas de un artículo o relato que generen efectivamente el Efecto Papageno. El estudio sobre los mecanismos psicológicos subyacentes a este fenómeno sigue siendo un área de gran interés, especialmente en lo que respecta a identificar qué grupos de individuos son más susceptibles a los efectos benéficos de las historias de superación y resiliencia.

Aunque estudios como el de Till, Arendt, Scherr & Niederkrotenthaler (2018) hayan evidenciado que la identificación del espectador con el protagonista de una historia de superación, aún es necesario explorar con mayor profundidad los factores que contribuyen a esa identificación y los mecanismos psicológicos que sustentan la eficacia del Efecto Papageno.

La investigación llevada a cabo por Niederkrotenthaler *et al.,* (2021) acerca de narrativas de recuperación y esperanza proporciona evidencias complementarias de que tales relatos pueden contribuir positivamente a la disminución de la ideación suicida, aunque con un efecto de magnitud limitada. Un metaanálisis que abarcó ocho estudios, con un total de 2.350 participantes, reveló una reducción en la ideación suicida, pero sin una influencia significativa sobre el comportamiento de búsqueda de ayuda. El hallazgo indica que las historias de superación tienen el potencial de aliviar el sufrimiento psicológico a corto plazo,

pero señala la necesidad de investigaciones adicionales para articular estrategias más amplias de prevención del suicidio, especialmente en lo que respecta al fomento de posturas favorables a la búsqueda de apoyo profesional.

La investigación de Ng *et al.,* (2021) reveló un aspecto preocupante en la cobertura mediática del suicidio, señalando que muchos profesionales de la salud mental y miembros de la comunidad ven los medios de comunicación actuales como inseguros, ya que a menudo contribuyen a la imitación de suicidios (efecto Werther). La necesidad de adoptar directrices más seguras para la información se hace evidente, destacando la importancia de historias que enfaticen la recuperación y las formas de afrontamiento, tal como sugiere el efecto Papageno. La creciente evidencia de que las historias de superación pueden generar un efecto protector, especialmente si se siguen de una presentación ética y cuidadosa de los relatos, refuerza el argumento de que los medios de comunicación deben ser más activos en la promoción de la salud mental.

El estudio de Thomas *et al.,* (2021) sobre el uso de Twitter para difundir mensajes de prevención del suicidio sugiere que las publicaciones centradas en la concienciación y prevención tienen el potencial no solo de aumentar la búsqueda de ayuda, sino también de contribuir a la reducción de las tasas de suicidio. Las asociaciones positivas entre publicaciones sobre prevención y las llamadas a la Línea Nacional de Prevención del Suicidio de EE. UU. refuerzan la idea de que, si se usan de manera estratégica, las redes sociales pueden convertirse en una herramienta valiosa en la prevención del suicidio. Las estrategias de comunicación centradas en la promoción de la salud mental pueden, de hecho, influir positivamente en el comportamiento de las personas en situaciones de riesgo.

Este resultado puede explicarse por el llamado efecto de contraste (Till *et al.,* 2010), en el que los individuos se comparan con los protagonistas de las representaciones mediáticas. Dado que los participantes no eran suicidas, pero se compararon con un personaje previamente suicida en relación con su crisis, muchos concluyeron que su propia situación era completamente diferente y mejor que la del protagonista (Till; Tran; Voracek & Niederkrotenthaler, 2017).

En este escenario, una menor identificación con el protagonista estuvo asociada a una reducción en la tendencia suicida. Sigue siendo una cuestión si los individuos suicidas también reaccionarían con un efecto de contraste; sin embargo, estas personas fueron excluidas del estudio. En otro estudio, se encontró que el aumento en el conocimiento sobre la prevención del suicidio y una mayor disposición para ayudar a personas en crisis suicidas ocurrieron después de que los participantes leyeran un artículo que desmitificaba los mitos

sobre el suicidio y narraba la superación de una crisis suicida por parte de un protagonista (Arendt; Scherr; Niederkrotenthaler; Krallmann & Till, 2018a).

En los últimos años, las experiencias de individuos que enfrentaron y superaron crisis suicidas han sido gradualmente integradas al desarrollo de estrategias preventivas contra el suicidio. La investigación de Till; Tran; Voracek & Niederkrotenthaler (2017) examinó a los expertos que superaron pensamientos suicidas, destacando el valor de sus vivencias personales para la prevención. Dos grupos de intervención fueron expuestos a un artículo en el que un experto abordaba el suicidio y medidas preventivas, desconstruyendo equívocos comunes sobre el tema. La distinción entre los grupos residía en el hecho de que, en uno de ellos, el experto relataba su propia experiencia con tendencias suicidas, mientras que en el otro esta información era omitida.

Los datos revelaron que ambos grupos mostraron un mayor conocimiento sobre prevención y una reducción en los pensamientos suicidas, sugiriendo la posibilidad de replicar el efecto Papageno. Adicionalmente, el estudio señaló que la actuación educativa de expertos con vivencias personales en el campo del suicidio es tan efectiva como la de profesionales sin este historial (Till; Tran; Voracek & Niederkrotenthaler, 2017). Además, el efecto protector del contenido mediático que se centra en la superación de crisis suicidas no se limita a los medios impresos. Se descubrió que la satisfacción con la vida de los participantes mejoró después de ver una película de Hollywood que retrataba la superación de una crisis suicida con un final feliz. El efecto fue particularmente pronunciado entre individuos con tendencias suicidas por encima de la media de la muestra (Niederkrotenthaler *et al.*, 2010b).

Basado en el efecto Papageno, investigadores australianos, en colaboración con cineastas, produjeron un documental titulado *Man Up*. Este documental, dirigido especialmente a hombres con pensamientos suicidas, aborda cómo la sociedad moldea la autoimagen masculina e influencia el bienestar psicológico. El documental tuvo éxito, tanto en la comunidad científica como en la pública. El documental tuvo un impacto positivo en el comportamiento de búsqueda de ayuda entre hombres, aunque el suicidio solo fue examinado como un desenlace secundario, sin cambios significativos (King *et al.*, 2018). El efecto Papageno también se aplica a materiales educativos sobre la prevención del suicidio disponibles en internet. Internet, como medio heterogéneo, contiene una vasta gama de información sobre el suicidio (Till; Tran; Voracek & Niederkrotenthaler, 2017). Los sitios más comunes sobre el tema incluyen páginas educativas externas para informar a la

población, especialmente adolescentes y jóvenes adultos, sobre el suicidio (Till & Niederkrotenthaler, 2014a; Till *et al.*, 2017).

Estos sitios reúnen, con frecuencia, no solo datos epidemiológicos e información general sobre suicidio, sino también contactos de organizaciones de apoyo y testimonios personales de individuos que han atravesado y superado períodos de extrema dificultad. La eficacia de estas plataformas se demostró en una investigación aleatorizada y controlada, que encontró una reducción significativa en los pensamientos suicidas y un incremento en el conocimiento sobre la prevención del suicidio entre los usuarios. De manera notable, este impacto positivo persistió incluso una semana después de la interacción con los contenidos (Niederkrotenthaler *et al.*, 2010a).

Estudios, como el de (Till; Tran; Voracek & Niederkrotenthaler, 2017), exploraron los beneficios del Efecto Papageno, demostrando impactos protectores en lectores con o sin experiencia personal con ideación suicida. Estos beneficios son especialmente evidentes cuando los medios de comunicación se enfocan en narrativas de esperanza y recuperación. El meta-análisis de Niederkrotenthaler *et al.*, (2019) también sugirió que el enfoque en narrativas positivas actúa como un factor protector para individuos vulnerables. Estos estudios evidencian cómo la narrativa mediática puede, efectivamente, ofrecer alternativas y estrategias de afrontamiento en lugar de desencadenar el Efecto Werther.
A nivel internacional, existen ejemplos de medios que han implementado estrategias basadas en el Efecto Papageno. En Australia, el programa de prevención del suicidio *Life Matters* promueve historias de superación y apoyo comunitario (Valente, 2007). En el Reino Unido, la campaña *Talk to Someone* anima a las personas a buscar ayuda y hablar sobre sus problemas (Preedy & Watson, 2018). En Brasil, sin embargo, las políticas mediáticas a menudo siguen un enfoque de ocultamiento, sin narrar activamente historias de esperanza o intervenciones preventivas (Soares, 2015).

Los foros en línea sobre suicidio representan uno de los tipos más comunes de sitios encontrados al buscar información sobre el tema en motores de búsqueda (Tran *et al.*, 2017). En un estudio realizado por Van den Nest; Till & Niederkrotenthaler (2018), sobre siete foros en línea en lengua alemana relacionados con el suicidio, se obtuvo, en algunos casos, beneficios. Los usuarios que iniciaron la divulgación indicaron, al final, una mejora en su estado psicológico, evidenciada por la disminución de sentimientos de desesperanza, ya que los problemas que los afligían resultaban menos sobrecargantes. Dichos signos de mejora ocurrieron en aproximadamente el 10% de las publicaciones en los llamados foros pro-suicidio y en casi el 45% de las discusiones en los foros anti-suicidio.

Los foros anti-suicidio se caracterizan por la cooperación con organizaciones profesionales de apoyo y, generalmente, prohíben las discusiones sobre métodos de suicidio, a diferencia de los foros pro-suicidio, donde tales temas pueden ser diversificados. Dado el riesgo asociado a los "foros pro-suicidio", el número de relatos de mejoras psicológicas fue, en general, limitado, como se esperaba. Sin embargo, es relevante notar que, independientemente del tipo de foro, los efectos positivos observados están asociados con patrones específicos de interacción y comunicación, como la descripción de estrategias para lidiar con crisis personales y la práctica de escucha activa (Burnap; Colombo & Scourfield, 2015).

Cuando los participantes compartieron experiencias sobre cómo lidiaron con situaciones difíciles o cómo enfrentaron crisis en el pasado, muchos reportaron una sensación de mejora posterior (Tran *et al.*, 2017). Este aspecto empírico está en consonancia con el concepto de Papageno, evidenciando que, al enfatizar la gestión de crisis, la comunicación sobre suicidio puede generar un impacto.

La mayoría de los estudios que abordan el efecto Papageno, hasta el momento, se han realizado con muestras de la población general o con grupos no clínicos o de riesgo. En muchos de estos estudios, individuos con alto riesgo de suicidio fueron deliberadamente excluidos (Tran *et al.*, 2017). Sin embargo, aún son escasos los estudios que investigan el efecto Papageno en poblaciones vulnerables. Los datos iniciales sugieren que tales grupos también pueden beneficiarse de relatos sobre una superación exitosa de crisis (Niederkrotenthaler, 2018).

En una investigación con personas que recientemente comentaron pensamientos suicidas, se recomendó una reducción en la tendencia suicida después de la lectura de un artículo en el que el protagonista describía cómo superó una crisis suicida. Este efecto fue particularmente notable entre los participantes que habían intentado suicidarse en el año anterior. Sin embargo, la historia no generó un impacto positivo significativo cuando fue narrada por un experto en prevención del suicidio, en lugar de la propia persona afectada (Niederkrotenthaler & Till, 2019).

En jóvenes adultos con síntomas graves de depresión e ideación suicida, se mostró un video en el que una joven relataba su lucha contra la depresión y la ideación suicida, así como su tratamiento exitoso. El grupo que vio este video presentó una disminución en los síntomas depresivos, mientras que en el grupo de control, compuesto por participantes con síntomas depresivos más intensos, se observó un aumento en la tendencia suicida. El efecto, sin embargo, no se manifestó en el grupo que vio el video sobre la experiencia del joven con la depresión (Niederkrotenthaler & Till, 2029). Los resultados muestran que los grupos

vulnerables también pueden responder positivamente a la exposición a representaciones mediáticas que aborden de manera exitosa la gestión de crisis.

Investigaciones contemporáneas, como las de Rejeb; Rejeb; Zrelli & Süle (2025), sobre el impacto de los medios digitales en la prevención del suicidio, se han intensificado, especialmente ante la migración hacia plataformas digitales como vectores de difusión de información preventiva y apoyo psicosocial. La exposición a contenidos digitales educativos, particularmente narrativas de superación y esperanza, está asociada con la reducción de la ideación suicida y el aumento de comportamientos proactivos de búsqueda de ayuda. Los efectos positivos de estas intervenciones se mantienen persistentes, prolongándose más allá del momento inmediato de la exposición.

4. METODOLOGIA

La elección de la netnografía como metodología principal de esta investigación se fundamenta en su capacidad para investigar interacciones sociales mediadas por el entorno virtual, permitiendo el análisis de fenómenos digitales y sus implicaciones sociales. Sin embargo, para comprender plenamente la netnografía, es indispensable contextualizarla en el ámbito más amplio de la etnografía, ya que esta constituye su base teórica y metodológica (Mariampolski, 2006).

La etnografía, tradicionalmente, se dedica al estudio inmersivo de las prácticas culturales, sociales y comportamentales naturales. Originada en los campos de la antropología y la sociología, se consolidó a través de los trabajos de pioneros como Bronislaw Malinowski (1922) y Alfred Radcliffe-Brown (1940), quienes documentaron sistemas sociales en comunidades remotas. Posterior armados Posteriormente, investigadores de la Escuela de Chicago adaptaron estas metodologías al estudio de escenarios urbano-culturales.

Las contribuciones de Alfred Radcliffe-Brown (1940) a la etnografía y la antropología social constituyen pilares para la comprensión de las estructuras sociales y sus interconexiones. La corriente estructural-funcionalista se basa en la investigación de los elementos que componen las sociedades humanas, con énfasis en la organización social, las instituciones y sus respectivos roles en la preservación de la cohesión y la estabilidad colectiva. Para Radcliffe-Brown (1940), la etnografía se configura como un método científico riguroso, orientado a la documentación empírica de las interacciones sociales y a la validación de supuestos teóricos (Wolf, 2012).

En sus investigaciones en las Islas Andamán y entre comunidades aborígenes australianas, Radcliffe-Brown (1940) destacó la importancia del estudio sistemático de la organización social y los sistemas de parentesco, proponiendo una lectura integradora de los fenómenos culturales como componentes estructurales de sistemas sociales más amplios. Esto permite interpretar las instituciones sociales como elementos que aseguran el equilibrio de las sociedades, en contraste con perspectivas que se limitaban a la observación subjetiva de eventos aislados.

Radcliffe-Brown (1940) proponía la integración entre teoría y práctica, defendiendo que el trabajo de campo se realizara de manera sistemática y metódica. La recolección de datos empíricos debía llevarse a cabo con rigor metodológico, para posibilitar la formulación y prueba de hipótesis que esclarecieran el funcionamiento de las estructuras sociales. Además, valoraba el análisis comparativo entre diferentes culturas, identificando regularidades y singularidades que definen las dinámicas sociales.

Bronislaw Malinowski (1922), por su parte, se centró en la observación participante y el relativismo cultural. El investigador debía sumergirse profundamente en el día a día de las poblaciones estudiadas, experimentando sus prácticas culturales para comprender los significados subyacentes a sus comportamientos y costumbres. Esta metodología rompió con concepciones reduccionistas que trataban a las culturas no occidentales como fragmentos descontextualizados, proponiendo que los elementos culturales se analizaran en relación con los sistemas a los que pertenecen (Benassi, 2020).

La descripción minuciosa de las interacciones sociales emerge como un aspecto central en la metodología de Malinowski (1922), que se manifiesta en la valoración de las culturas denominadas primitivas, desafiando estereotipos que las asociaban con la irracionalidad y la incoherencia. Su crítica al evolucionismo también refleja el rechazo a la manipulación arbitraria de fragmentos culturales que distorsionan la comprensión de las totalidades sociales.

A pesar de las diferencias metodológicas y teóricas, las contribuciones de Radcliffe-Brown (1940) y Malinowski (1922) son complementarias y fundamentales para la evolución de la antropología moderna. Mientras uno privilegió el estudio de las estructuras sociales y sus funciones, el otro se enfocó en la vivencia de las prácticas culturales y en la comprensión de las lógicas internas de cada sociedad. Al dialogar, enriquecieron la etnografía, consolidándola como una herramienta imprescindible para entender las dinámicas humanas.

La Escuela de Etnografía de Chicago surge como un hito en la sociología, destacándose por su enfoque en el interaccionismo simbólico y por el uso de la ciudad como

un laboratorio vivo para investigaciones etnográficas. Este movimiento, surgido en el Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago a principios del siglo XX, influyó profundamente en los estudios urbanos contemporáneos, aunque enfrentó críticas metodológicas con el tiempo (Deegan, 2001).

Fundada en 1890, la Escuela de Chicago se convirtió en una referencia en sociología, enfatizando las interacciones sociales a nivel micro y la construcción de significados a través de esas interacciones. La etnografía fue moldeada por el contexto sociopolítico de principios del siglo XX y, posteriormente, por la década de 1960, con un enfoque en grupos marginalizados y temáticas críticas. La utilización de metodologías variadas, combinando métodos cualitativos y cuantitativos, permitió el estudio de fenómenos urbanos como la migración y la segregación, especialmente en la ciudad de Chicago (Bulmer, 1986).

Burawoy (2001) destacó la relevancia de una "etnografía global" que considera las influencias transnacionales en las dinámicas urbanas. Aunque la Escuela de Chicago fue criticada por ser parroquial y ahistórica, su legado sigue vigente, influenciando estudios urbanos en Brasil y otras partes del mundo. La investigación interdisciplinaria desarrollada por esta escuela contribuyó a la expansión de las prácticas etnográficas contemporáneas, sugiriendo la necesidad de adaptación metodológica en lugar del abandono de sus principios.

El método etnográfico, incluso frente a revisiones teóricas y epistemológicas significativas, permanece como una referencia central en la investigación antropológica, extendiéndose a otras áreas de las ciencias sociales, especialmente aquellas interesadas en análisis cuantitativos y en la experiencia de actores sociales individuales. En un mundo marcado por interconexiones y flujos globales, se desarrolló la etnografía multisituada, que desafía y revisa críticamente dicotomías tradicionales como local-global y universal-particular (Conquergood, 1991).

El origen etimológico del término etnografía, derivado del griego *éthnos* (pueblo, nación) y *grafos* (yo escribo), remite a la ambición de producir descripciones exhaustivas de la dimensión cultural de la vida de grupos enteros. Hasta mediados del siglo XX, bajo el principio del holismo, la antropología cultural materializó esta propuesta mediante la publicación de monografías etnográficas. Estas obras se dedicaban a la descripción detallada de la vida social y cultural de comunidades humanas específicas, delimitadas en el tiempo y el espacio, a menudo con base en fronteras étnicas, geográficas o políticas, aunque no siempre explicitadas de manera rigurosa. Este modelo monográfico se fundamentaba en la visión de la ciencia antropológica como un conocimiento acumulativo, aspirando a la neutralidad y la objetividad en la descripción de las realidades estudiadas (Gille & Riain, 2002).

A partir de la década de 1960, sin embargo, múltiples factores como la descolonización de territorios que durante décadas constituyeron los principales campos de estudio de la antropología cultural, la crisis de la representación etnográfica, la emergencia de enfoques postmodernos y el surgimiento de la antropología interpretativa y de las perspectivas feministas y de género sacudieron profundamente las certezas positivistas y modernistas que sustentaban la disciplina (Low & Merry, 2010).

El proceso crítico, centrado en cuestiones epistemológicas y éticas, reveló el carácter dialógico e intersubjetivo del conocimiento antropológico. También se evidenció la dimensión política de la "relación etnográfica", marcada por disparidades de poder social, económico y político entre los poseedores de la llamada "autoridad etnográfica" y los sujetos de sus representaciones (Pels, 1997).

Además, las reflexiones sobre la autoría y la retórica en la escritura etnográfica catalizaron renovaciones teóricas y metodológicas sustanciales. La autocrítica disciplinar enfatizó la necesidad de examinar las condiciones de producción del conocimiento antropológico, destacando la subjetividad inherente al proceso investigativo. Así, la antropología contemporánea ha buscado integrar enfoques más inclusivos y críticos, promoviendo el diálogo entre el investigador y la comunidad estudiada y reconociendo la multiplicidad de voces en la construcción de las narrativas etnográficas (Low & Merry, 2010).

La experiencia directa en el campo investigativo se caracteriza por ofrecer al investigador la posibilidad de vivir las rutinas de los sujetos estudiados, revelando aspectos sutiles de las dinámicas sociales. El contacto directo favorece la identificación de patrones culturales y conductuales, a menudo arraigados en poblaciones marginadas, como pacientes psiquiátricos y comunidades en situación de vulnerabilidad (Hine, 2000).

La flexibilidad metodológica de la etnografía también amplía su relevancia académica. Modalidades como la etnografía cognitiva y la autoetnografía se adaptan a diversos objetivos, reforzando la importancia de la reflexividad del investigador (Marcus, 1995).

La etnografía constituye un método cualitativo ampliamente destacado en las ciencias sociales y del comportamiento, cuya esencia reside en la observación directa de las dinámicas sociales y culturales, sin intervenciones de laboratorio. Esta metodología permite desentrañar los significados que las personas atribuyen a sus prácticas y vivencias, capturando la riqueza de las interacciones sociales (Murthy, 2008).

La ejecución de estudios etnográficos exige una planificación meticulosa, especialmente para cumplir con las exigencias de los consejos de ética en investigación. Es imperativo delimitar los parámetros de la investigación, las condiciones de contacto con los

participantes y los procedimientos para mitigar riesgos, respetando las especificidades culturales y sociales de la comunidad científica. La comprensión de las normas culturales no solo orienta la conducción de la investigación, sino que también demuestra el compromiso del investigador con salvaguardar la dignidad y los derechos de los participantes (Hine, 2000).

El proceso de recolección de datos en etnografía involucra principalmente observaciones y entrevistas para comprender las experiencias de los participantes. La distinción entre una interacción casual y una participación efectiva en el estudio es fundamental, ya que determina la necesidad de consentimiento informado y la clasificación ética de la información obtenida. Los datos que pueden atribuirse a individuos específicos, con implicaciones para su privacidad o seguridad, requieren cuidados adicionales en el registro y la protección de esa información (O'Reilly, 2005).

En términos científicos, la etnografía enfrenta desafíos debido a la proximidad del investigador con los participantes y a la naturaleza sensible de los datos recolectados. Los riesgos potenciales incluyen daños legales, sociales, económicos, psicológicos y físicos, lo que exige del investigador estrategias robustas para su mitigación. El consentimiento informado, adaptado a las particularidades culturales y lingüísticas de los participantes, se configura como un mecanismo indispensable para minimizar estos riesgos, garantizando claridad y transparencia en la comunicación con los involucrados.

El reclutamiento de participantes en estudios etnográficos requiere inserción en la comunidad y el desarrollo de redes de contacto, ya sea mediante métodos informales, como conversaciones espontáneas, o estrategias más estructuradas, como anuncios y convocatorias formales. Desde el primer contacto, es fundamental esclarecer los objetivos del estudio y las condiciones de participación, evitando información que pueda interpretarse como engañosa o coercitiva (Salmons, 2016).

El consentimiento informado en etnografía exige frecuentemente adaptaciones que respeten las particularidades del objeto estudiado. El uso de procedimientos orales, cuando sea apropiado, debe ir acompañado de justificaciones claras y consideraciones sobre su idoneidad. La atención a las normas culturales y las cuestiones lingüísticas es esencial para garantizar un proceso de consentimiento éticamente sólido y eficaz. Adoptar procedimientos adecuados a la vulnerabilidad de los participantes fortalece la integridad de la investigación y asegura la protección de los involucrados a lo largo de todas las etapas del estudio (O'Reilly, 2005).

4.1.NETNOGRAFÍA

La elección de la netnografía como metodología para la presente investigación se fundamenta en la especificidad y adecuación de este método cualitativo a las dinámicas sociales observadas en comunidades virtuales. Aunque la etnografía virtual y la antropología virtual comparten el interés por el estudio de fenómenos culturales en ambientes digitales, la netnografía se distingue por su aplicación dirigida al examen de interacciones y comunidades en línea (Walther & Park, 2002).

La netnografía representa una adaptación metodológica del término etnografía, configurándose como una investigación que traslada el trabajo de campo tradicional al entorno virtual. El método fue introducido por Robert Kozinets, quien delineó sus fundamentos teóricos y prácticos en la obra publicada en 2010, titulada *Netnography: Doing Ethnographic Research Online*.

Hasta entonces, los estudios en el entorno en línea se concentraban, en gran medida, en la producción de análisis cuantitativos, buscando medir comportamientos e interacciones en redes sociales y foros virtuales. La preocupación residía en la precisión de los datos, frecuentemente orientada por cuestiones como: la frecuencia de "me gusta" en una determinada publicación y su relación con el alcance; la formación de redes en el espacio digital; y la identificación de correlaciones estadísticas asociadas al comportamiento de los usuarios (Hine, 2000).

Aunque tales indagaciones tienen relevancia científica, no constituyeron el núcleo de la netnografía. El propósito de esta metodología recayó en la comprensión subyacente de los comportamientos observados, con el fin de esclarecer quiénes los manifiestan y por qué razones. Así, al trasladar los presupuestos de la etnografía clásica al dominio digital, la netnografía se propuso observar grupos y las prácticas de sus integrantes en el entorno en línea (Boyd & Crawford, 2012).

En la segunda edición de su obra, publicada en 2015, Kozinets estructuró la netnografía en fases. La primera de ellas es la fase de introspección. La fase de introspección se realiza antes de iniciar el trabajo empírico en espacios virtuales, siendo imprescindible llevar a cabo un análisis introspectivo. Esta etapa, intrínseca a la naturaleza etnográfica de la investigación, demandó el examen crítico de la impresión/personal del investigador. El conocimiento previo acerca del objeto de estudio, la trayectoria académica y las motivaciones que impulsaron la investigación influyeron, de manera significativa, en la configuración metodológica de la investigación.

La fase de investigación busca comprender cómo los miembros de comunidades en línea negocian, comparten y practican estilos de vida sostenibles en su vida cotidiana. Para ello, se utiliza la netnografía, con participación observacional en foros, grupos y canales dedicados al tema. El método de investigación implica el análisis de publicaciones, comentarios e interacciones, además de la realización de entrevistas semiestructuradas con miembros activos y moderadores (Pink, Horst, Lewis, Hjorth & Postill, 2015).

Los datos recolectados incluyen textos, como publicaciones, comentarios y guías compartidas en las plataformas, además de contenidos multimedia, como videos, imágenes e infografías. También se registran metadatos sobre las interacciones, como fechas, frecuencia y perfiles públicos. Las entrevistas proporcionan relatos sobre los desafíos y motivaciones de los participantes en el proceso de adopción de prácticas sostenibles (Baym, 2015). El análisis de los datos se lleva a cabo con base en el Análisis Temático, buscando identificar patrones recurrentes, como prácticas de reducción de residuos y consumo consciente. La codificación ocurre en categorías, como motivaciones, barreras y estrategias colectivas, lo que permite la triangulación entre los datos observacionales y las entrevistas realizadas. El objetivo es revelar cómo la sostenibilidad se construye colectivamente en el entorno digital (Hammersley & Atkinson, 2019).

El investigador actúa como observador participante, interactuando puntualmente sin influir en las discusiones. La reflexividad se documenta durante todo el proceso, con el fin de mitigar posibles sesgos. Las cuestiones éticas reciben atención especial, con la obtención de consentimiento informado, incluso en espacios públicos. Los datos son anonimizados, utilizando seudónimos y excluyendo identificadores personales. Además, se respeta la expectativa de privacidad de los miembros, evitando la recopilación de información en grupos cerrados sin autorización (Baym, 2015).

La netnografía ofrece ventajas significativas, como el acceso a interacciones auténticas y en tiempo real, además de ser menos invasiva en comparación con los métodos tradicionales. Sin embargo, existen riesgos a considerar, como la exposición involuntaria de información sensible y la posibilidad de sesgo de reactividad, cuando los miembros alteran su comportamiento al saber sobre la investigación (Braun & Clarke, 2006). Los lugares de estudio incluyen foros, como los subreddits, grupos de Facebook; además de canales en YouTube que abordan prácticas ecológicas y minimalistas. El perfil de los participantes abarca activistas ambientales, consumidores conscientes y principiantes en el tema, siendo Reddit un lugar estratégico debido a su alto volumen de discusiones técnicas y cotidianas (Hammersley & Atkinson, 2019).

En la fase de información, se elabora un documento de consentimiento informado, con la presentación clara del objetivo de la investigación, los procedimientos adoptados, la garantía de confidencialidad mediante la anonimización de los datos y la posibilidad de retirar el consentimiento en cualquier momento. El protocolo se somete al comité de ética de la universidad, destacando el compromiso con el anonimato y el uso no comercial de la información obtenida. Se reconoce, sin embargo, el riesgo de sesgo de consentimiento, que puede alterar el comportamiento de los participantes (Hine, 2000).
La fase de entrevista inicial está marcada por la búsqueda activa de comunidades relacionadas con la sostenibilidad doméstica. El contacto con moderadores de Reddit permite comprender las reglas y la dinámica de estos espacios. Tras la definición de los lugares de estudio y la aprobación ética, la investigación avanza hacia la estrategia de interacción con las comunidades seleccionadas. Es un momento importante, ya que la forma en que el investigador se posiciona ya sea como observador discreto o participante activo influye directamente en la calidad de los datos recolectados. Kozinets (2015) enfatizó la importancia de equilibrar ética y metodología, sugiriendo la creación de un sitio de investigación iterativa, separado de los espacios originales, para interacciones más profundas y consentidas, lo que no solo preserva la autenticidad de las dinámicas comunitarias, al evitar interferencias invasivas, sino que también asegura un ambiente seguro para los participantes que desean contribuir voluntariamente.

La inmersión en el campo, por su parte, consolida la conexión entre el investigador y el objeto de estudio. Esta etapa requiere un compromiso continuo con los datos, desde la lectura de publicaciones hasta la realización de entrevistas, lo que permite que los patrones culturales y sociales comiencen a emerger gradualmente. La familiaridad con el campo de estudio no surge de inmediato, sino que se construye mediante la persistencia y la observación atenta, exigiendo del investigador tanto flexibilidad para adaptarse a las complejidades del ambiente como disciplina para documentar sistemáticamente en un diario de campo (Langer & Beckman, 2005).

A medida que avanza la inmersión, la indexación organiza los datos crudos. Seleccionar información representativa y descartar redundancias es para evitar sobrecarga analítica. La curaduría no es mecánica, sino reflexiva: el investigador debe cuestionar constantemente qué fuentes representan mejor los fenómenos investigados, priorizando la profundidad sobre el volumen. Una indexación bien ejecutada sirve como base para la fase de interpretación, donde entran en juego métodos como la hermenéutica o la teoría fundamentada. Aquí, el objetivo es descifrar significados ocultos, interpretando no solo lo que

se dice, sino cómo y por qué se dice, siempre anclando las conclusiones en evidencia empírica y evitando especulaciones desconectadas de los datos (Markham & Buchanan, 2015).

La netnografía no sigue una trayectoria lineal. La naturaleza cíclica del método permite y hasta fomenta revisar fases anteriores, como volver a la inmersión después de una interpretación preliminar para explorar nuevas cuestiones. La flexibilidad es una de las mayores virtudes, ya que reconoce los fenómenos digitales y la necesidad de adaptar el proceso investigativo a los descubrimientos que surjan en el camino (Hine, 2000). La instancia en la netnografía opera como una transformación de la investigación en un formato consistente e impactante. A diferencia de los modelos tradicionales de artículos científicos, la netnografía se distingue por su flexibilidad y diversidad metodológica. Kozinets (2010) propuso cuatro enfoques creativos para presentar una netnografía, cada uno con énfasis específicos: simbólico, digital, auto-netnografía y humanista. Los enfoques buscan, respectivamente, ofrecer una representación profunda de las comunidades en línea, un análisis detallado de las interacciones digitales, una exploración subjetiva de la experiencia del investigador y una amplificación de las voces de los participantes.

Que está basada en el uso de metáforas y narrativas culturales para representar las comunidades científicas, ofreciendo una analogía rica, como la de ecosistema, que permite comprender la dinámica y la interconexión de los miembros de una comunidad digital, que a su vez se centra en las interacciones en línea, enfatizando la materialidad de las plataformas y el análisis de algoritmos, recursos tecnológicos y herramientas que permiten el intercambio y construcción de significados (Massanari, 2015).

La auto-netnografía coloca al investigador como un sujeto activo y reflexivo, que comparte su vivencia y su inmersión en el campo, ofreciendo un relato autobiográfico de las influencias e impactos que la investigación provoca, priorizando la escucha de las voces de los participantes, destacando sus historias a través de la construcción de perfiles narrativos y la humanización de la investigación (Kozinets, 2010).

En la sección de resultados, se presentan los temas emergentes de la investigación, como la tensión entre el consumo y el minimalismo o las estrategias colectivas de reducción de residuos. Estos resultados deben elaborarse de manera crítica e integrada con la teoría existente, evidenciando cómo las comunidades digitales están desafiando los modelos tradicionales de sostenibilidad y proponiendo alternativas. La discusión debe, por lo tanto, conectar los hallazgos con la teoría y la práctica, reflexionando sobre las implicaciones sociales y culturales de los descubrimientos. La conclusión, por su parte, debe resaltar el impacto social de la investigación y sugerir posibles direcciones para futuros estudios,

destacando la importancia de continuar el diálogo sobre las cuestiones de sostenibilidad digital (Kozinets, 2010).

Además de la forma tradicional de artículo científico, la netnografía ofrece posibilidades creativas para difundir los resultados de la investigación. Formatos alternativos, como documentales interactivos, pueden utilizarse para compartir testimonios de los participantes y análisis visuales de las comunidades. Los podcasts narrativos son otra forma creativa de presentar una investigación, permitiendo explorar las historias personales de los miembros de las comunidades y las dinámicas culturales emergentes (Cotta;de Freitas Coelho & Sudré, 2024). Un guía práctica, como un e-book colaborativo, podría crearse para compartir consejos de sostenibilidad basados en los hallazgos de la investigación, o aún se podría desarrollar una exposición virtual, reuniendo infografías, extractos de discusión y arte generado por la comunidad (Underberg & Zorn, 2013).

En la fase de integración, la difusión de los resultados debe garantizar el impacto de la netnografía. Las publicaciones académicas deben enviarse a revistas interdisciplinarias que traten temas como estudios ambientales, sociología digital y cultura en línea. Además, las redes sociales, como Twitter, ahora *X* y LinkedIn, pueden usarse para compartir de manera accesible, alcanzando una audiencia más amplia. El uso de plataformas como YouTube o *vlogs* también puede ser eficaz para explicar los hallazgos de manera más accesible a audiencias no especializadas. La retroalimentación a la comunidad científica es un paso colaborativo y puede involucrar talleres, informes accesibles e incluso el apoyo a campañas de organizaciones ambientales que promuevan el consumo consciente. La netnografía se convierte en un proceso continuo de aprendizaje.

Como Kozinets (2010) enfatiza, el investigador lleva consigo las voces y las historias de la comunidad científica, que pueden inspirar nuevas investigaciones y acciones activistas. Al integrar el rigor académico, la creatividad y la responsabilidad ética, la netnografía no solo describe la realidad digital, sino que se convierte en un puente entre el conocimiento científico y la transformación social. Si los resultados de una investigación revelan que los miembros de los foros de sostenibilidad valoran la economía colaborativa, el investigador puede escribir artículos académicos, crear mapas interactivos de iniciativas locales u organizar eventos híbridos para conectar activistas y formuladores de políticas, asegurando que la investigación contribuya activamente al cambio social.

La etnografía virtual y la netnografía son metodologías cualitativas que, aunque comparten un origen común en las prácticas etnográficas tradicionales, revelan distinciones significativas en su aplicación y enfoque. La etnografía virtual se expande a través de un

amplio espectro de interacciones digitales, incluyendo redes sociales, foros y mundos virtuales, con el objetivo de descifrar las dinámicas culturales en los espacios digitales como un todo. La netnografía, por su parte, se concentra de manera más puntual en comunidades en línea, enfocándose en el comportamiento del consumidor y la evolución de la identidad y las interacciones sociales dentro de entornos virtuales específicos, como redes sociales y juegos en línea (Hammersley & Atkinson, 2007).

Ambas metodologías se fundamentan en el principio de la inmersión del investigador, pero sus enfoques metodológicos se distinguen por la profundidad y la estructura de los procedimientos. La etnografía virtual recurre a métodos tradicionales de la etnografía, como la observación participante y las entrevistas, adaptadas al medio digital. Esta adaptación facilita la recolección de datos en diversas plataformas, permitiendo una comprensión más amplia de las interacciones virtuales y sus implicaciones culturales. Por otro lado, la netnografía adopta prácticas metodológicas más rigurosas y estructuradas para la recolección y análisis de datos, con énfasis en la inmersión naturalista y la consideración de aspectos éticos específicos para el entorno digital, dado los involucrados y la naturaleza de los sujetos estudiados (Kozinets, 2014).

La netnografía, como un concepto derivado de la fusión entre etnografía e internet, proporciona una estructura robusta para investigar las prácticas culturales digitales a partir de la interacción directa con las comunidades virtuales. En contraste, la antropología virtual, una extensión de la netnografía, propone un análisis de las interacciones en los entornos inmersivos de la realidad virtual, como una comprensión más refinada del comportamiento humano y de las expresiones culturales en ese espacio tridimensional (Noveli, 2010).

En la netnografía, la adaptación de los métodos etnográficos permite a los investigadores obtener una comprensión de las dinámicas culturales presentes en las interacciones en línea, especialmente a través del compromiso directo con los participantes. Sin embargo, a pesar de la flexibilidad proporcionada por esta metodología, aún enfrenta desafíos significativos, dada su reciente formalización y la ausencia de directrices ampliamente consolidadas (Kozinets, 2014).

Por su parte, la antropología virtual, al centrarse en las experiencias inmersivas proporcionadas por la realidad virtual, aborda la vivencia cultural en los entornos digitales, destacando la interacción entre los elementos tradicionales de la etnografía y las posibilidades expandidas de la tecnología inmersiva. No obstante, exige una consideración meticulosa de los desafíos metodológicos, como la veracidad de los datos obtenidos y del investigador en la

creación de resultados que se acerquen a la autenticidad cultural de los entornos estudiados (Hine, 2005).

La convergencia entre la netnografía y la etnografía tradicional da origen a una metodologías convergentes, que busca integrar las prácticas etnográficas convencionales con las técnicas específicas para entornos digitales. La fusión favoreció una comprensión más empática de las interacciones sociales en el ciberespacio, al mismo tiempo que disminuye el prejuicio del investigador, al integrar datos virtuales con experiencias vividas y sensoriales.

Sin embargo, tanto la netnografía como la antropología virtual requieren una reflexión constante sobre sus prácticas metodológicas e implicaciones éticas, dado que el mundo digital desafía las categorías convencionales de espacios públicos y privados, imponiendo la necesidad de un manejo delicado, inherente al estudio de las nuevas formas de interacción social (Kozinets, 2014).

La elección de la netnografía en lugar de la antropología virtual para estudiar comunidades en Facebook sobre suicidio se justifica por diversos factores metodológicos, éticos y contextuales relacionados con su objeto de investigación. La netnografía, como una etnografía adaptada para el estudio de comunidades en línea, presenta características que la hacen más adecuada para el análisis de las interacciones en espacios virtuales como redes sociales, especialmente espacios delicados como el suicidio (Ferreira, 2022).

En primer lugar, la netnografía se centra directamente en las comunidades en línea, en el comportamiento de sus miembros y en las dinámicas interactivas específicas que surgen en esos espacios (Kozinets, 1998). En el caso de las comunidades en Facebook sobre suicidio, esas interacciones se concentran en un entorno de red social, caracterizado por el intercambio de experiencias, apoyo emocional y construcción de identidad. La netnografía permite que el investigador observe y participe, de forma pasiva o activa, en esas interacciones, capturando el contenido compartido, las narrativas personales y las prácticas discursivas que emergen en los grupos. Esto facilita la comprensión de cómo las personas lidian con temas como el suicidio y el impacto del apoyo mutuo.

La netnografía también se destaca al investigar las discusiones sobre temas delicados, como los contratos sociales, dentro de comunidades multiétnicas en Facebook. En tales espacios, las respuestas emocionales y los sentimientos políticos, a menudo distintos, reflejan las especificidades culturales e históricas de cada grupo. Estas dinámicas, observadas a través de prácticas netnográficas, revelan cómo las etnias influyen en el discurso virtual, con diferentes colectivos expresando respuestas emocionales divergentes a los mismos temas (Ferro, 2017). El análisis de las interacciones entre estos grupos se convierte en una

herramienta útil para comprender los factores que moldean las ideologías y comportamientos en el entorno digital, haciendo visibles las tensiones y negociaciones identitarias presentes en esas comunidades (Kozinets, 2015).

Además, las comunidades de Facebook actúan como plataformas de apoyo emocional y social. La netnografía ha demostrado cómo, en situaciones de vulnerabilidad, como el debate sobre el suicidio, esas comunidades ofrecen un espacio de empatía y apoyo. Los participantes de grupos dedicados al tema encuentran un apoyo en el intercambio de experiencias y en la validación emocional proporcionada por interacciones de apoyo. Tales grupos se convierten en entornos terapéuticos informales, donde las discusiones sobre sufrimiento y dolor son acogidas, a menudo complementadas por intervenciones directas o sugerencias de derivaciones a servicios especializados (Te Lintelo; Hernandez & Lakshman, 2024).

La negociación de identidad, que frecuentemente ocurre en los grupos locales de Facebook, también puede ser analizada a través de la netnografía. Los grupos basados en localidades específicas, como áreas suburbanas, frecuentemente sirven como espacios para la afirmación y contestación de identidades sociales y culturales. Los usuarios de esas comunidades buscan definir y renegociar lo que significa ser parte de una determinada clase o territorio, creando narrativas que reflejan sus experiencias y valores. No obstante, estas dinámicas también están limitadas por la propia naturaleza de la plataforma, que no siempre apoya adecuadamente el discurso público de manera amplia e inclusiva (Victoria Diniz *et al.*, 2018).

La netnografía, tal como la describe Kozinets (2015), es una adaptación del método etnográfico tradicional al entorno digital, permitiendo el análisis interpretativo de culturas y comunidades en línea. A diferencia de la etnografía virtual, que abarca un espectro más amplio de interacciones digitales, la netnografía prioriza la observación participante en comunidades específicas, lo que genera una comprensión de las relaciones sociales en espacios digitales enfocados. La metodología combina flexibilidad con rigor analítico, facilitando la recolección e interpretación de grandes volúmenes de datos cualitativos provenientes de interacciones digitales.

También refleja al investigador, que busca comprender no solo las narrativas compartidas por los miembros de los grupos, sino también los procesos de construcción colectiva de significados y apoyo mutuo. La netnografía cumple el objetivo de investigar la manifestación del efecto Papageno, de soporte en línea, superando definiciones tradicionales que limitan este efecto a la exposición pasiva a narrativas de esperanza.

La metodología adoptada en esta investigación sigue un proceso estructurado que comienza con la identificación de grupos relevantes en Facebook, enfocados en el apoyo a personas en situación de vulnerabilidad psicológica. La recolección de datos se realiza con rigor ético, asegurando la privacidad y el anonimato de los participantes, como recomiendan autores como Vargas Corrêa & Rozados (2017). Posteriormente, los datos se analizan utilizando técnicas interpretativas que priorizan la contextualización y la inmersión en las interacciones observadas, con énfasis en la comprensión de las dinámicas grupales y sus efectos psicosociales.

Su carácter interpretativo busca dilucidar las dinámicas sociales, los procesos de comunicación y los sistemas de representación presentes en comunidades virtuales. Más que un simple análisis de contenido en línea, la netnografía requiere una inmersión completa del investigador, permitiendo una comprensión profunda de los significados compartidos por los integrantes de esas comunidades, mediante el uso de la descripción densa (Geertz, 1973).

La netnografía surge como una robusta metodología para la exploración y validación de interacciones en el entorno virtual, destacándose por su capacidad de captar las relaciones sociales en línea. Fundamentada en referencias clásicas (Kozinets, 2015), que también incluyen la observación sistemática y la interpretación contextualizada, proporciona una comprensión de la información investigada. La interacción entre los investigadores y los miembros de las comunidades estudiadas, basada en la transparencia, permite ajustes iterativos que enriquecen la interpretación de los datos recolectados.

Una característica destacada de esta metodología es la interacción dinámica entre los sujetos de la investigación, fomentando la confianza mutua y el intercambio continuo de información (Kozinets, 2014). No obstante, las situaciones que involucran temas delicados pueden requerir una postura más distante, en la cual el investigador asume el papel de observador no participante, preservando la integridad del material recolectado y evitando interferencias en los discursos analizados (Silva, 2015). La elección entre observación participante y no participante debe ser orientada por las especificidades del objeto de estudio y la búsqueda de datos auténticos.

La discusión sobre la observación participante y no participante genera debates relevantes en el ámbito académico. Mientras que la observación participante implica una mayor interacción y declaración de interés por parte del investigador, la observación no participante prioriza una recolección pasiva de información, evitando el riesgo de contaminación de los resultados (Brown, Kozinets & Sherry Jr., 2003). Aunque autores como

Kozinets (2015) enfatizan las ventajas de la observación participante, enfoques más discretos han demostrado efectividad.

El análisis de los datos encontrados exige un proceso criterioso que combine la clasificación inicial con la posterior, permitiendo la identificación de patrones y temas emergentes. Este proceso entre los datos y las teorías subyacentes conduce a una interpretación paralela a las cuestiones de la investigación, privilegiando inicialmente categorías intrínsecas antes de sistematizar los resultados en categorías analíticas. La sustitución y transferencia de las interpretaciones son aspectos centrales para garantizar la validez del estudio (Victoria Diniz *et al.*, 2018).

En los entornos virtuales, la alteración se vuelve particularmente relevante debido a las dinámicas comunicacionales y a las especificidades del discurso digital. Las investigaciones que tratan sobre temas sensibles pueden enfrentar resistencias por parte de los participantes o limitaciones en el acceso a información valiosa (Langer & Beckman, 2005). La triangulación con otros métodos cualitativos, como entrevistas y grupos focales, contribuye a ampliar la validez y transferencia de los resultados, brindando al investigador mayor apoyo para la generalización contextualizada de los resultados.

El plan de investigación se caracteriza rigurosamente como una etapa inicial necesaria, que implica una definición clara del enfoque y el problema de la investigación, así como la selección cuidadosa de la comunidad virtual a investigar. A diferencia de la etnografía tradicional, en la que la proximidad geográfica y el origen de las minorías de los participantes son determinantes (Angrosino, 2009), la netnografía requiere la adopción de criterios que contemplen la dinámica específica de las plataformas digitales (Kozinets, 2014). El uso de mecanismos de búsqueda especializados para el análisis de redes sociales y otras tecnologías complementarias es altamente eficiente para identificar los grupos más adecuados a los objetivos del estudio. A pesar de sus aparentes similitudes, la netnografía exige un delicado equilibrio entre la introspección en el entorno digital y el distanciamiento analítico para garantizar la fidelidad de las interpretaciones.

El ciberespacio está marcado por la heterogeneidad de manifestaciones, que pueden ser colectivas o individuales, públicas o privadas, e influenciadas por algoritmos que estructuran la comunicación mediada por computadora. Así, adaptar las recomendaciones metodológicas se convierte en una práctica necesaria para explorar el potencial completo de este enfoque (Victoria Diniz *et al.*, 2018). La netnografía, en este sentido, revela no solo un instrumento de análisis, sino también un campo de reflexión continua sobre los límites y las posibilidades de la investigación cualitativa en el mundo digital. Su capacidad para articular la

observación detallada con la interpretación teórica permite que los investigadores comprendan las sutilezas de las interacciones en línea, ofreciendo una base sólida para el avance del conocimiento en un escenario marcado por la rápida transformación de las relaciones sociales.

Por lo tanto, al rigor metodológico y sensibilidad contextual, la netnografía se consolida como una herramienta indispensable para el estudio de las dinámicas contemporáneas, cuyos resultados pueden orientar tanto la práctica académica como la comprensión más amplia de las estructuras que configuran el entorno virtual. Los datos obtenidos en estudios netnográficos pueden clasificarse en archivados, extraídos y provenientes de notas de campo. Los datos archivados se refieren a contenidos publicados espontáneamente por los participantes de las comunidades analizadas, sin la inducción directa del investigador. Por otro lado, los datos extraídos provienen de interacciones deliberadas entre el investigador y los miembros de la comunidad, mediante publicaciones, entrevistas realizadas por correo electrónico o mensajes instantáneos. Finalmente, las notas de campo consisten en registros analíticos y reflexivos elaborados por el investigador sobre aspectos específicos de la investigación, contribuyendo a la contextualización y la interpretación de los datos recolectados (Kozinets, 2014).

La selección de los elementos a investigar depende de criterios metodológicos que varían según el objeto de estudio. Ferro (2017) enfatizó la importancia de delimitar puntos dinámicos de interacción en casos en los cuales no sea viable analizar la totalidad del entorno digital, como comentarios en publicaciones, transcripciones de entrevistas o registros de encuentros promovidos por los integrantes de la investigación, lo que permite una focalización más precisa de los elementos relevantes al fenómeno estudiado. A pesar de sus potencialidades, la netnografía presenta desafíos inherentes al método. Herrera y Passerino (2008) destacan la dificultad de asegurar la fiabilidad de la información obtenida, considerando que la comunicación mediada por computadora permite el anonimato y, con frecuencia, la representación de identidades ficticias.

Moura (2015) complementa al señalar que la abundancia de datos disponibles puede dificultar la generalización de los resultados y requerir la utilización de estrategias complementarias de validación, como la triangulación de fuentes y la saturación teórica. La triangulación consiste en confrontar datos provenientes de múltiples fuentes, mientras que la saturación teórica asegura que los resultados estén respaldados por una cantidad suficiente de evidencias empíricas.

El tratamiento de los datos puede realizarse manualmente o con la ayuda de software especializado en análisis cualitativo (CAQDAS, siglas de Computer Assisted Qualitative Data

Analysis Software). La elección entre estos enfoques depende de factores como los recursos financieros, el tiempo disponible, el tamaño del equipo de trabajo y la familiaridad del investigador con las herramientas. Aunque los CAQDAS optimizan los procesos de recolección, organización y análisis, Kozinets (2014) advierte que su uso puede fragmentar los datos, comprometiendo la interpretación de los fenómenos culturales.

Como señala Kozinets (2014), el investigador debe guiarse por el análisis de los fenómenos observados, integrando las constataciones empíricas con el marco teórico que sustenta el estudio, sin limitarse a modelos predefinidos. La postura analítica tiene como objetivo articular los resultados obtenidos con el conocimiento consolidado en la literatura, en una interpretación de los fenómenos sociales investigados.

Es fundamental considerar las implicaciones éticas de la netnografía, especialmente en relación con la privacidad y el anonimato de los participantes. El consentimiento informado, los permisos necesarios para acceder a los datos en plataformas digitales y la protección de la identidad de los sujetos involucrados son aspectos que requieren atención rigurosa. Solo con el equilibrio entre el rigor ético y la profundidad analítica será posible consolidar la netnografía como un método legítimo y confiable para la investigación de dinámicas culturales y sociales en el entorno digital.

La netnografía presenta como característica singular la posibilidad de validación de la información recolectada mediante la interacción directa con los miembros de la comunidad virtual investigada. El investigador puede exponer los resultados obtenidos, solicitando comentarios que contribuyan a mejorar el análisis y asegurando la transparencia del proceso. Esta práctica, presente en otros métodos cualitativos (Lincoln & Guba, 1985), también encuentra aplicación en el campo netnográfico, ya que la retroalimentación de los participantes proporciona la inclusión de datos adicionales que enriquecen la comprensión de las especificaciones en análisis.

La facilidad proporcionada por los recursos tecnológicos asegura una interacción continua entre los participantes y el netnógrafo. Este flujo dinámico de información aporta valor a la investigación al ampliar la relación de confianza entre investigadores e informantes, favoreciendo el intercambio continuo de datos (Kozinets, 2015). Sin embargo, hay certeza de que el contacto directo con los miembros de la comunidad no es viable, especialmente en investigaciones sobre temas sensibles. En estos casos, la interacción puede comprometer los resultados (Langer & Beckman, 2005), siendo recomendable que el investigador adopte una postura de observación no participante, preservando así la espontaneidad de las interacciones naturales.

La observación no participante, como técnica investigativa, se distingue por la posición del pesquisador como espectador externo, quien monitorea el desarrollo de fenómenos o interacciones sin intervenir directamente en ellos. En el marco de la netnografía, este enfoque se revela especialmente fructífero, ya que permite el estudio de comportamientos, dinámicas sociales e interacciones en entornos digitales sin comprometer la autenticidad del contexto observado. Entre sus virtudes, destacan: la minimización de interferencias, que preserva la espontaneidad de los participantes; la objetividad analítica, que propicia una interpretación imparcial, desvinculada de influencias derivadas de la participación activa; y la meticulosidad en la documentación, que facilita la recolección y el análisis detallado de datos provenientes de mensajes, publicaciones e interacciones en plataformas digitales (Kozinets, 2015).

El investigador, al optar por la netnografía, puede seguir dos enfoques distintos: la observación no participante, que analiza los datos ya disponibles en la esfera virtual sin interferir en las interacciones, y la observación participante, en la que el investigador se inserta en las discusiones, orientando, a veces, los diálogos hacia el tema de interés. La elección entre estos enfoques divide opiniones en la comunidad científica. Kozinets (2015, 1998) defiende la observación participante, argumentando que la declaración de la presencia del investigador es necesaria para evitar rechazos futuros. Sin embargo, otras investigaciones basadas en métodos de observación pasiva (Brown, Kozinets & Sherry Jr., 2003) señalan que esta estrategia es capaz de reducir las victorias asociadas con la interacción directa entre investigador y participantes.

Esta dicotomía metodológica es aún más acentuada en estudios que involucran temas sensibles, en los que la interacción puede inhibir a los participantes o distorsionar los datos disponibles. Kozinets relata, en su investigación sobre comunidades virtuales dedicadas a la serie X-Files, dificultades para obtener consentimiento para el análisis de ciertos contenidos, destacando los desafíos éticos y metodológicos involucrados en investigaciones que tratan sobre temas estigmatizados (Kozinets, 2009). Langer y Beckman (2005) argumentan que la intervención del investigador puede comprometer la validez de los datos y la seguridad emocional de los participantes, especialmente en comunidades donde el anonimato propicia un ambiente de confianza y acogida.

La comprensión de la dinámica que sustenta la sensación de seguridad en las comunidades virtuales es un aspecto central para la netnografía. El análisis de esta manifestación revela cómo el anonimato influye en la disposición de los individuos a

compartir experiencias personales y cómo esto contribuye al fortalecimiento de los lazos dentro del grupo. No solo debe explorarse la funcionalidad de estas interacciones, sino también las implicaciones éticas de diferentes enfoques metodológicos en la conducción de investigaciones cualitativas en ambientes digitales.

El anonimato constituye un fundamento ético en la netnografía, centrado en la protección de la identidad de los participantes, de manera que sus interacciones digitales no se vinculen con sus personas offline. Este compromiso exige prácticas como la anonimización de datos, el uso de seudónimos y, cuando resulta viable, la obtención del consentimiento informado. Sin embargo, la búsqueda de dicho consentimiento en espacios digitales públicos o semipúblicos se revela compleja, dado que las expectativas de privacidad varían considerablemente y la identificación de todos los participantes puede ser logísticamente impracticable. Así, los netnógrafos enfrentan el desafío de armonizar la salvaguarda de la privacidad con la viabilidad de la investigación, persiguiendo información relevante sin transgredir los principios éticos.

La presencia del investigador en el entorno virtual suscita preocupaciones relacionadas con el "efecto observador", fenómeno en el que la percepción de ser monitoreados puede modificar el comportamiento de los participantes, comprometiendo la autenticidad de los datos recolectados. Para mitigar este impacto, los netnógrafos recurren a estrategias como la participación discreta, el cultivo de relaciones de confianza con la comunidad y la transparencia respecto a los objetivos de la investigación. La participación discreta, aunque eficaz para preservar la espontaneidad de las interacciones, plantea dilemas éticos asociados al riesgo de disimulación y a la ausencia de consentimiento explícito. La transparencia, al revelar la identidad y las intenciones del investigador, puede consolidar la confianza mutua, pero también alterar las dinámicas naturales de la comunidad, influenciando el comportamiento de los participantes.

La netnografía destaca por integrar consideraciones éticas de manera intrínseca a su desarrollo metodológico. La protección de la identidad de los participantes y el respeto a las normas éticas de investigación son elementos clave para la validez y legitimidad del estudio. Este compromiso ético no solo fortalece la confiabilidad de los datos obtenidos, sino que también refuerza la responsabilidad social del investigador al abordar temas sensibles como el suicidio y la valorización de la vida.

Además, la elección de la netnografía refleja un compromiso con la metodología y la adaptación de las herramientas de investigación a las nuevas configuraciones sociales del mundo digital, lo que permite explorar la riqueza de las interacciones humanas en ambientes

virtuales, ofreciendo insumos para el análisis crítico de fenómenos contemporáneos. La netnografía no solo se consolida como una opción metodológica coherente, sino también como un puente entre los objetivos académicos y la relevancia práctica del estudio.

La historia de la netnografía refleja su evolución como un método de investigación cualitativa adaptado a la era digital, combinando principios etnográficos tradicionales con la dinámica de las comunidades en línea. Inicialmente concebida para examinar las dimensiones culturales en los medios digitales, la netnografía expandió su alcance para incluir diversas áreas, como la psicología del consumidor y el turismo.

La investigación netnográfica busca entender las manifestaciones culturales, sociales e identitarias que cobran vida en las plataformas digitales. Más que solo observar, esta metodología permite al investigador sumergirse en la perspectiva de los participantes, ampliando considerablemente la profundidad de la interpretación. La netnografía fue desarrollada en respuesta a las limitaciones de la etnografía tradicional en el estudio de comunidades virtuales, ajustando sus técnicas a las especificidades de los entornos digitales (Asname & Berrada, 2024). Este método progresó paralelamente a los avances de las tecnologías de información y comunicación, especialmente con el advenimiento de las redes sociales como nueva esfera pública.

El método combina observación, participación y entrevistas, destacando las singulares complejidades éticas inherentes a las investigaciones realizadas en plataformas en línea (Samper-Martínez & García-Álvarez, 2023). Los investigadores recogen datos de manera naturalista, interactuando con las experiencias digitales para comprender los comportamientos de consumo y las dinámicas sociales.

4.2.PRIMERA ETAPA: DEFINICIÓN Y SELECCIÓN DEL CAMPO DE ESTUDIO

El primer paso implica una definición clara de la cuestión de investigación, que orienta todo el proceso investigativo. Luego, se realiza una identificación sistemática de las comunidades virtuales relevantes, utilizando motores de búsqueda y otras herramientas digitales para localizar espacios que presenten una relación directa con el problema de investigación. Las comunidades deben mostrar un alto nivel de interactividad, un número significativo de participantes activos y diversidad entre los miembros. La selección final se realiza en base a la riqueza de las interacciones observadas, privilegiando aquellos grupos que ofrecen datos sustanciales para la investigación.

En esta etapa, el investigador observa atentamente las interacciones entre los miembros de la comunidad, identificando patrones de lenguaje. El análisis minucioso de estos

elementos permite que el investigador comprenda aspectos culturales y sociales que permeaban las relaciones dentro del grupo estudiado.

La recolección de datos para este estudio etnográfico se realizó entre los meses de agosto y diciembre de 2024, con un corte temporal que abarcó el periodo de 2020 a 2024. Durante este intervalo, el foco principal se centró en identificar y mapear usuarios cuyos perfiles eran accesibles debido a la configuración pública de sus cuentas en las redes sociales. Este mapeo priorizó a aquellos que revelaron una presencia activa y frecuente en las interacciones, especialmente aquellos que contribuyeron de manera recurrente con publicaciones en discusiones sobre temas relacionados con el suicidio y la salud mental.

La metodología de recolección aplicada fue la observación participante, en la que el investigador reemplazó al recolector activo, participando de las interacciones y contenidos publicados en los grupos seleccionados. Este proceso involucró la recolección de mensajes y testimonios textuales, con énfasis en las expresiones relacionadas con el suicidio y lo emocional, con el fin de comprender las motivaciones y los significados atribuidos al soporte de estas experiencias. Toda la información fue anonimizada, garantizando la privacidad de los participantes, respetando las directrices éticas internacionales para investigaciones relacionadas con datos sensibles.

Además, los grupos analizados reunieron, predominantemente, relatos personales de afrontamiento, o que contribuyeron a caracterizar el espacio como un ambiente capaz de generar el efecto Papageno. Las características por la influencia positiva de historias de superación, pueden tener un impacto relevante en la promoción de la resiliencia y el fortalecimiento de estrategias preventivas contra el suicidio.

En términos éticos, la investigación priorizó la privacidad y el registro informado, dados los temas sensibles involucrados. Los resultados del estudio también contribuyeron a la formulación de intervenciones preventivas, basadas en historias de superación y resiliencia, como instrumentos para ofrecer apoyo emocional e inspiración a individuos en situaciones de vulnerabilidad. El impacto esperado del efecto Papageno, al ser explorado de manera rigurosa y sensible, vislumbra la construcción de estrategias de prevención que respeten las experiencias de los individuos y contribuyan al fortalecimiento de las redes de apoyo social en ambientes virtuales.

4.3. SEGUNDA ETAPA: RECOLECCIÓN DE DATOS

La recolección de datos en la netnografía abarca diferentes fuentes y técnicas. Los

textos producidos por los miembros de la comunidad se analizan junto con la información contextual, como fechas, títulos y volúmenes de respuestas, lo que permite una comprensión más amplia de las interacciones. Además, las notas y reflexiones registradas por el investigador durante la observación constituyen una parte fundamental del corpus de datos.

La recolección de datos en la netnografía se distingue por ser integral y multilateral, integrando diversas fuentes y métodos de análisis. En la investigación en cuestión, el análisis se centró en los textos generados por los miembros de las comunidades, considerando tanto el contenido de las publicaciones como la información contextual, como los datos de las publicaciones, títulos y volúmenes de respuestas. Estos elementos ofrecen una visión más profunda de las interacciones sociales que ocurren en el espacio virtual. La lectura detallada de estas publicaciones, acompañada del análisis de las reacciones expresadas mediante emojis, complementa la evaluación de las dinámicas de interacción, permitiendo una comprensión más robusta de la comunicación en los grupos estudiados.

Además, la observación participante, práctica central en la netnografía, se tradujo en las notas y reflexiones registradas a lo largo de la inmersión del investigador en las comunidades. Esto no solo complementa los datos recolectados, sino que también ofrece una visión más rica sobre las dinámicas sociales y emocionales observadas, permitiendo que el investigador capture matices de las interacciones que, de otro modo, podrían pasar desapercibidos. El proceso de recolección, lejos de ser estático, es dinámico y adaptable, evolucionando conforme emergen nuevos patrones, expresiones y temas analíticos de las interacciones diarias.

Mi presentación como investigador en el grupo de Facebook fue realizada de manera ética y transparente, siguiendo los principios de la netnografía. Previamente, establecí contacto con los administradores del grupo, solicitando su autorización para llevar a cabo la investigación. Esta autorización fue debidamente documentada, asegurando el cumplimiento de los requisitos éticos y garantizando que mi presencia en el grupo fuera conocida y aprobada por quienes gestionan la comunidad. Mi introducción como investigador incluyó una explicación clara de los objetivos del estudio, asegurando que los miembros del grupo estuvieran informados sobre mi rol y el propósito de mi participación. Esta estrategia buscó minimizar el "efecto observador", promoviendo la confianza y preservando, en la medida de lo posible, la espontaneidad de las interacciones.

En el presente caso, se dedica una lectura minuciosa de las publicaciones, comentarios y reacciones en los grupos. Este seguimiento constante asegura un análisis en tiempo real de las interacciones de los miembros, que varían desde publicaciones anónimas hasta contenidos

firmados por usuarios identificados, con la presencia constante de los miembros observados en la presente investigación, que constituyen los objetos principales de este estudio. Siempre que se publican nuevos contenidos, realizo un seguimiento más detallado, accediendo a los perfiles personales de los miembros cuando sea posible, con el objetivo de verificar si hay interacciones en otras plataformas, como comentarios de conocidos o personas cercanas al miembro en cuestión.

La netnografía permite identificar indicios de vulnerabilidad emocional y sufrimiento psicológico, evidentes en las discusiones sobre suicidio en plataformas como Facebook. Un análisis de estas interacciones reveló que los mensajes sobre suicidio, compartidos en línea, frecuentemente llevan expresiones de desesperación, deseos de ayuda y desencadenantes emocionales, que se dirigen hacia una comprensión más detallada de los procesos involucrados. Dichas interacciones, a su vez, pueden representar tanto un potencial de empatía y apoyo, como los riesgos asociados a la difusión de información relevante, tal como lo señalaron Oguntayo; Gutiérrez-Veja & Esparza-Del Villar, 2024.

No se refiere a la metodología de recolección, es fundamental adoptar un conjunto de enfoques que incluyan la participación directa, datos archivísticos y anotaciones de campo, siempre conforme a estrictas consideraciones éticas, que aseguren el registro informado y la privacidad de los participantes. El método de análisis de contenido de las interacciones en línea se mostró eficaz en la identificación de patrones expresivos relacionados con el suicidio y la dinámica de intervención en las investigaciones. Con el uso del software ATLAS.ti versión 23.1, fue posible realizar un análisis profundo de estos mensajes, permitiendo el tratamiento y la categorización de los datos mediante la organización en familias, una funcionalidad del software que facilita la sistematización de los temas y la relación entre las características de los participantes en los grupos. Esta categoría se activó mediante la codificación de los mensajes conforme a los principales temas que surgieron en los debates.

Además, el análisis de los mensajes se realizó a través de una interfaz visual, lo que permitió la identificación y el rastreo de códigos de temas recurrentes de manera eficiente. La utilización de los recursos de investigación y recopilación automática de ATLAS.ti resultó fundamental para el tratamiento de datos provenientes de grupos de Facebook, identificando palabras clave y patrones en las interacciones, según lo demostrado por Addeo, Paoli, Esposito & Bolcato (2019). Esta, combinada con el análisis de redes sociales, permite mapear la estructura de las comunidades, revelando subgrupos que a menudo incluyen dinámicas específicas, como lo definen Peshkovskaya, Chudinov, Serbina & Gubanov (2024).

ATLAS.ti se destaca por su capacidad para integrar datos cualitativos y cuantitativos, al crear el análisis para la comprensión de las relaciones sociales en grupos. Según señalan McKether y Friese (2016), esta integración permite un análisis más completo, contribuyendo a la elaboración de teorías más sólidas en investigaciones sobre comunidades en línea. Estudios previos, como los de Te Lintelo & Liptrot (2024), han reforzado la importancia de ATLAS.ti en la construcción de enfoques teóricos fundamentados, especialmente en el ámbito de la netnografía.

En el proceso analítico, ATLAS.ti brinda al investigador la posibilidad de crear memorandos y anotaciones que facilitan la organización de las reflexiones metodológicas. Sus funcionalidades garantizan la trazabilidad y la transparencia del estudio, permitiendo el seguimiento de las decisiones y avances durante la investigación. El uso de la nube para almacenar datos también facilita la organización y el intercambio seguro con otros investigadores, posibilitando la validación externa y la mejora continua del estudio.

Otro aspecto relevante de ATLAS.ti es su capacidad de visualización gráfica de los datos. La plataforma ofrece diagramas y redes que permiten explorar las conexiones entre temas y conceptos emergentes. Esto proporciona una visión holística de las narrativas digitales, permitiendo la identificación de patrones y relaciones que podrían pasar desapercibidos en un análisis convencional. Estos recursos hacen que el proceso de análisis sea más dinámico y enriquecen la interpretación de los datos, ofreciendo un panorama más amplio y detallado.

En la netnografía de grupos de Facebook relacionados con el suicidio, ATLAS.ti facilita la organización de diferentes tipos de datos, como textos, imágenes, videos y audios. Al cargar los datos en la plataforma, el investigador puede anonimizar la información para garantizar la ética y la confidencialidad del estudio. El software permite la creación de códigos para agrupar datos similares, lo que facilita la identificación de temas recurrentes, fundamentales para comprender las dinámicas emocionales y sociales de estos grupos de apoyo.

El análisis temático, basado en Braun y Clarke (2006), obtiene un soporte sólido mediante ATLAS.ti®, que permite organizar los datos de manera que revelen temas y patrones que podrían no ser fácilmente perceptibles sin una herramienta de análisis calificada. En el caso de los grupos de Facebook sobre suicidio, ATLAS.ti® ayuda a identificar temas sensibles e importantes, como la expresión de emociones, la búsqueda de apoyo y las estrategias de afrontamiento adoptadas por los miembros de estos grupos.

Además de la organización y codificación de datos, ATLAS.ti® ofrece recursos gráficos que facilitan la visualización de las interrelaciones entre los temas emergentes. La visualización de datos a través de diagramas y redes es clave para comprender cómo los diferentes elementos de una narrativa se conectan y cómo estos patrones contribuyen a la construcción del significado colectivo dentro del grupo. La representación visual no solo facilita la identificación de tendencias, sino también permite un análisis más rico y dinámico de los datos.

ATLAS.ti® también destaca por su capacidad de integrar datos cualitativos y cuantitativos, lo que puede ser ventajoso en estudios que utilizan metodologías mixtas, como el análisis de redes sociales. En una investigación sobre suicidio, la combinación de datos cualitativos extraídos de interacciones y publicaciones en grupos de Facebook con datos cuantitativos sobre la frecuencia de estas interacciones enriquece el análisis.

El software es eficaz en la documentación del proceso analítico, permitiendo que el investigador tome notas y memorandos que registren las decisiones metodológicas y las reflexiones críticas durante el análisis. Esto no solo contribuye a la transparencia y trazabilidad del estudio, sino que también garantiza que las interpretaciones estén debidamente fundamentadas, respetando las singularidades de los participantes y del fenómeno investigado.

Además, ATLAS.ti® facilita el intercambio y validación de datos, ya que su almacenamiento en la nube permite a los investigadores guardar y compartir sus datos de manera segura y eficiente. Esto es particularmente importante en investigaciones que involucran grupos sensibles, como los de apoyo a personas con ideación suicida, donde la ética y la confidencialidad son cruciales.

En lo que respecta a la netnografía, ATLAS.ti® permite una exploración detallada de las comunidades en línea, como los grupos de Facebook, identificando subgrupos y dinámicas específicas que pueden influir en el fenómeno estudiado. La combinación del análisis netnográfico con el uso de ATLAS.ti® permite mapear la estructura de estas comunidades, comprendiendo cómo se organizan las interacciones entre los participantes y cómo contribuyen a la formación de un soporte social y emocional colectivo.

Kozinets (2019) destacó que la netnografía, como metodología, se centra en el análisis de rastros digitales generados por los usuarios en entornos en línea, como redes sociales y foros. Por otro lado, otros investigadores amplían sus metodologías, incluyendo métodos adicionales como entrevistas u observaciones directas. En el presente estudio, el enfoque se

restringe al procesamiento de rastros en línea, con especial atención en la identificación de datos como nombres de usuarios y comunidades en Facebook.

Con el objetivo de preservar la privacidad de los participantes, todos los miembros del grupo en cuestión son referenciados con seudónimos, adoptando la nomenclatura "M" (para "miembro") seguida de números secuenciales (ejemplo: M1, M2, M3, etc.). Además, con la finalidad de asegurar la conformidad ética de la investigación, se envió un documento detallado a los administradores de los grupos para su aprobación. Este documento, previamente autorizado por el Comité de Ética de la Universidad de Jujuy, explicita los procedimientos de la investigación, incluyendo la recopilación de datos y la garantía del anonimato de los miembros.

En el contenido, también se evidenció que los participantes estaban conscientes de la presencia del investigador, siendo informados de que sus interacciones serían utilizadas para la composición de la investigación y la tesis, sin embargo, sin ser específicamente advertidos sobre el análisis de sus comentarios u otras formas de datos personales. El protocolo describió de manera detallada cómo se llevaría a cabo la investigación, incluyendo todas las etapas necesarias para garantizar el cumplimiento de las normas éticas y de privacidad.

Uno de los desafíos más significativos en el campo de la netnografía se refiere al mantenimiento de la privacidad de los datos y el anonimato de las interacciones grupales. El riesgo de exposición de los datos colectivos, incluso cuando la privacidad individual está protegida, es una preocupación persistente. Chertov y Tavrov (2010) proponen el uso de técnicas basadas en ondas, que buscan mejorar el anonimato, asegurando la protección de los datos colectivos sin comprometer la integridad de la investigación. La privacidad, por lo tanto, emerge como un factor central, exigiendo una atención constante en la preservación de información confidencial compartida en comunidades en línea, que pueden estar susceptibles a divulgaciones no deseadas.

El equilibrio entre la obtención de datos cualitativos ricos y la preservación del anonimato de los participantes sigue siendo un desafío en el campo de la netnografía. Aunque la observación de interacciones virtuales proporciona información valiosa sobre las dinámicas grupales, también impone cuestiones éticas relacionadas con la posibilidad de falsificación de identidades por parte de los participantes. La capacidad de alterar identidades en línea pone en riesgo la veracidad de los datos y puede afectar directamente el análisis del investigador. El concepto de pseudoanonimato, en el cual la identidad de los participantes se altera deliberadamente, genera implicaciones éticas.

En comparación con la etnografía tradicional, que permite al investigador observar directamente las acciones y palabras de los miembros de una comunidad, la netnografía enfrenta desafíos particulares debido a la naturaleza virtual y mediada de las interacciones. Tedlock (1991) observa que, al basarse principalmente en la observación de discursos y acciones incrustadas en entornos digitales, la netnografía puede carecer de la proximidad física que caracteriza a la etnografía personal.

El dilema ético sobre el uso de datos anónimos o seudónimos refleja la necesidad de un equilibrio entre la libertad de recopilación de información y el respeto a la privacidad de los participantes. Al utilizar datos de fuentes públicas, incluso si están anonimizados, el investigador debe considerar con rigor las implicaciones de estas prácticas, reconociendo que no todos los individuos que comparten contenido en línea consienten el uso de sus contribuciones en investigaciones, incluso de manera anónima. La evolución de la tecnología, con la mejora de los mecanismos de búsqueda, hace que el uso de tales datos sea más delicado, ya que es posible que los seudónimos puedan ser rastreados e identificados, comprometiendo el anonimato inicialmente previsto. Así, la ética en la investigación netnográfica exige una reflexión continua sobre el manejo y el respeto a las elecciones de los participantes en entornos digitales.

Sin embargo, al mismo tiempo que la preservación de la privacidad es un desafío significativo, la investigación cualitativa proporciona una rica comprensión de las dinámicas sociales y emocionales que no serían accesibles por métodos cuantitativos. En oposición a la investigación cuantitativa, que tradicionalmente se centra en datos numéricos y análisis estadísticos, la investigación cualitativa valora el contenido de las publicaciones en plataformas de redes sociales. En los estudios que involucran grupos dedicados a discusiones sobre el suicidio, se ha permitido una exploración profunda de las emociones y sentimientos expresados por los usuarios en sus relatos y comentarios.

El análisis de narrativas, el uso de emojis y el tono de los comentarios permitieron una comprensión más precisa de las emociones subyacentes manifestadas por los participantes. En los grupos relacionados con el suicidio, también es importante observar el uso de emojis en las publicaciones, ya que representan una forma significativa de expresión emocional y pueden revelar matices que van más allá del texto escrito. Los emojis, a menudo, se utilizan para expresar sentimientos de tristeza, apoyo o esperanza, lo que puede estar directamente relacionado con el efecto Papageno, especialmente cuando los usuarios comparten sus experiencias o reacciones emocionales en relación con historias de superación o prevención del suicidio.

Esta línea interpretativa es particularmente pertinente al investigar la forma en que los individuos abordan temas delicados, como el suicidio, y el efecto Papageno. Al examinar los rastros digitales dejados por los usuarios, el objetivo no se restringe a identificar el "qué", sino que busca comprender el "por qué" y el "cómo" que sustentan los comportamientos e interacciones de estos individuos, proporcionando una visión más profunda de sus experiencias. En este contexto, el estudio de Metzler, Baginski, Niederkrotenthaler y Garcia (2022) ofreció un marco analítico valioso para categorizar publicaciones relacionadas con el suicidio, permitiendo un análisis sistemático de las narrativas digitales.

El estudio categoriza las publicaciones en tres (3) grupos distintos, cada uno reflejando diferentes dimensiones de la experiencia humana en relación con el suicidio. La primera categoría, Experiencias Personales de Afrontamiento capturan historias profundamente humanas que reflejan procesos de superación frente a crisis emocionales o pensamientos suicidas, proyectando un mensaje de esperanza y resiliencia que resuena con el efecto Papageno, un concepto inspirado en el personaje de La Flauta Mágica de Mozart, quien es disuadido de quitarse la vida al encontrar alternativas positivas (Till et al., 2018).

Estas publicaciones, caracterizadas por un tono predominantemente positivo o, en algunos casos, reflexivo y neutro, evitan dramatizar el sufrimiento y se centran en los caminos hacia la sanación. Por ejemplo, un usuario podría compartir en un grupo de apoyo en Facebook cómo la terapia cognitivo-conductual, combinada con prácticas de mindfulness o el apoyo de su comunidad, le permitió superar una etapa de ideación suicida, relatando un viaje que comienza con la identificación de la crisis, detalla estrategias específicas como el diario emocional, el ejercicio físico o la reestructuración cognitiva, y concluye con reflexiones sobre la importancia de buscar ayuda. Estas historias, comunes en plataformas digitales, no solo inspiran a otros, sino que también desestigmatizan las luchas de salud mental al presentar el suicidio como un desafío superable, no como un destino inevitable (Yuan et al., 2023).

En contextos hispanohablantes, estas narrativas a menudo incorporan elementos culturales, como la fe religiosa o el apoyo familiar, mientras que en comunidades específicas, como veteranos, pueden destacar terapias especializadas como el EMDR para el trauma (Pinho et al., 2016). Desde un análisis hermenéutico, estas historias reconfiguran el suicidio como una experiencia transitoria, fomentando la empatía colectiva y reforzando la idea de que la resiliencia es accesible para todos (Ricoeur, 1991). Sin embargo, para maximizar su impacto positivo y evitar riesgos asociados al efecto Werther el fenómeno donde representaciones sensacionalistas del suicidio pueden incrementar estas publicaciones deben evitar detalles explícitos sobre métodos suicidas, siguiendo las guías de la OMS para un

manejo responsable del contenido (Pirkis et al., 2006). La fuerza de estas narrativas radica en su capacidad de modelar comportamientos resilientes, mostrando que la recuperación es posible y que buscar ayuda es un acto de valentía, no de debilidad, lo que las convierte en herramientas poderosas para la prevención del suicidio en entornos digitales (Till et al., 2017).

La segunda categoría, En marcado contraste, la *Segunda Categoría: Experiencias Personales de Ideación y Tentativas de Suicidio* agrupa narrativas que sumergen al lector en un estado de vulnerabilidad y desesperación, donde la esperanza y las estrategias de afrontamiento parecen ausentes. Estas publicaciones reflejan un dolor emocional crudo, expresado a través de relatos de pensamientos suicidas persistentes o intentos fallidos, sin ofrecer un camino claro hacia la recuperación.

Un usuario podría compartir en una publicación personal en Facebook un relato visceral sobre cómo la pérdida de un empleo, una ruptura amorosa o el ciberacoso desencadenaron una espiral de pensamientos intrusivos, con frases cargadas de desamparo como “no veo ninguna salida” o “el dolor es demasiado para soportarlo” (Santos, 2024). A diferencia de las narrativas de afrontamiento, estas historias no concluyen con una resolución positiva, sino que permanecen en un espacio de ambigüedad o incluso una súplica implícita de ayuda, lo que las hace emocionalmente intensas pero potencialmente riesgosas.

En plataformas sociales, suelen aparecer en comentarios en hilos de desahogo o publicaciones espontáneas, donde el autor busca catarsis o conexión emocional, pero sin articular estrategias de superación (Van den Nest et al., 2018). Desde una perspectiva hermenéutica, estas narrativas revelan una percepción del suicidio como un escape inevitable ante la alienación social o el sufrimiento abrumador, subrayando la necesidad de intervenciones inmediatas, como las ofrecidas por líneas de crisis, o sistemas de detección automatizada en redes sociales (Ricoeur, 1991; Zhang et al., 2024).

Estas publicaciones son particularmente comunes entre adolescentes enfrentando presión académica o ciberacoso, y en adultos mayores lidiando con soledad o enfermedades crónicas, reflejando dinámicas de exclusión social en comunidades marginadas (Primack et al., 2017; Rapolienė & Aartsen, 2022). Sin embargo, su naturaleza cruda plantea desafíos éticos: sin moderación adecuada, pueden contribuir al *efecto Werther*, incrementando el riesgo de ideación suicida en audiencias vulnerables, especialmente si incluyen detalles gráficos sobre métodos (Ziegler & Hegerl, 2002). Por ello, plataformas como Facebook emplean algoritmos de inteligencia artificial para identificar estas publicaciones y redirigir a los usuarios hacia recursos de apoyo, un paso esencial para mitigar su impacto negativo (Ruder et al., 2011).

La tercera categoría, La *Tercera Categoría: Casos de Suicidio* abarca relatos que narran eventos concretos, ya sea suicidios consumados o intentos evitados en el último momento, ofreciendo una perspectiva sobria sobre las consecuencias devastadoras de estos actos en individuos, familias y comunidades. A diferencia de las narrativas personales, estas historias se centran en terceros, como un amigo, una figura pública o un caso reportado en noticias y no necesariamente reflejan la experiencia directa del narrador.

Una publicación podría describir el impacto emocional de la pérdida de un ser querido por suicidio, destacando factores de riesgo como la depresión no tratada o el abuso de sustancias, o narrar cómo una intervención oportuna, como una conversación a tiempo, evitó una tragedia (Pompili et al., 2014). Estas publicaciones adoptan un tono solemne o reflexivo, estructuradas como crónicas que detallan el contexto del evento, el momento crítico y las repercusiones, como memoriales en línea o campañas comunitarias surgidas tras el hecho (Santos, 2024).

En plataformas como Facebook, estas historias suelen manifestarse como obituarios virtuales o tributos que buscan honrar a la víctima mientras educan sobre señales de alerta, como el aislamiento social o cambios abruptos de comportamiento (Pirkis et al., 2019). Desde un enfoque hermenéutico, estos relatos exponen fallos sistémicos, como la falta de acceso a servicios de salud mental, y humanizan a las víctimas, reduciendo el estigma al mostrar que el suicidio afecta a personas de todos los orígenes (Ricoeur, 1991). Los casos pueden variar desde eventos de alto perfil, como el suicidio de una celebridad, hasta historias anónimas de comunidades locales, cada una resaltando la irreversibilidad del acto o la posibilidad de prevención (Ueda et al., 2014).

Estas narrativas reflejan dinámicas culturales específicas, como el fenómeno del *hikikomori* en Japón o la presión académica en India (Tousignant et al., 1998). Para evitar el sensacionalismo y el riesgo del *efecto Werther*, es crucial seguir las guías de la OMS, que recomiendan centrarse en lecciones preventivas y evitar detalles gráficos sobre métodos suicidas, ya que un enfoque inadecuado podría glorificar el acto y desencadenar imitaciones (Pirkis et al., 2006).

La Cuarta Categoría: Concienciación, busca elevar la comprensión pública del suicidio, situándolo dentro de un marco de problemas sociales más amplios, como el acoso, el racismo, la depresión o el trauma en veteranos, con el objetivo de fomentar empatía y acción colectiva. Estas publicaciones adoptan un tono informativo y urgente, utilizando herramientas como estadísticas impactantes, por ejemplo, que el suicidio ocurre cada 40 segundos según la

OMS, o infografías que destacan cómo el ciberacoso triplica las tasas de suicidio en adolescentes (World Health Organization, 2021; Rejeb et al., 2025).

En lugar de centrarse en experiencias individuales, estas publicaciones conectan el suicidio con cuestiones estructurales, como un post que explore cómo la discriminación racial contribuye al estrés psicológico en comunidades indígenas o cómo el PTSD en veteranos aumenta el riesgo suicida (Rose, 2015). En Facebook, estas publicaciones suelen provenir de organizaciones como la Asociación Americana de Suicidología o campañas globales como el Día Mundial de la Prevención del Suicidio, generando alto engagement a través de likes y shares (Pirkis et al., 2019).

Desde un análisis hermenéutico, estas narrativas reinterpretan el suicidio como un síntoma de fallas sociales, no solo individuales, abogando por cambios sistémicos como mejores políticas de salud mental o leyes contra el acoso (Ricoeur, 1991). Su impacto es significativo: estudios muestran que las campañas de concienciación incrementan las búsquedas de recursos de ayuda en un 25% (Pirkis et al., 2019). Sin embargo, su efectividad depende de traducir la conciencia en acción concreta, como financiar programas de intervención. Culturalmente, estas publicaciones varían según el contexto: en comunidades LGBTQ+, podrían abordar la discriminación; en áreas rurales, la crisis económica de agricultores (Richardson et al., 2020). Estas publicaciones son esenciales para desestigmatizar el tema, pero requieren mensajes claros y responsables para evitar malentendidos y maximizar su impacto educativo (Sisask & Värnik, 2012).

La Quinta Categoría: Prevención. La *Quinta Categoría: Prevención* se centra en soluciones tangibles y proactivas para abordar el suicidio, abarcando desde intervenciones individuales hasta políticas de salud pública diseñadas para reducir las tasas de suicidio de manera sistemática. Estas publicaciones promueven acciones específicas, como el uso de aplicaciones de monitoreo emocional, la capacitación en programas como QPR (Question, Persuade, Refer) o la promoción de líneas de crisis accesibles, como el 988 en EE.UU. (Rocha, 2024). Podría ser un post que invita a un taller comunitario sobre primeros auxilios mentales o que destaca cómo la terapia online, como la ofrecida por plataformas como BetterHelp, ha salvado vidas. El tono es motivador, con claras llamadas a la acción, como “Si necesitas ayuda, marca el 988 ahora” (Turecki et al., 2019).

Estas iniciativas se basan en evidencia científica, como los modelos de la OMS que muestran reducciones de hasta un 20% en tasas de suicidio cuando se mejora el acceso a servicios de salud mental (World Health Organization, 2021).

En plataformas sociales, estas publicaciones suelen provenir de ONGs o instituciones gubernamentales, compartiendo recursos como guías para identificar señales de alerta o estrategias para iniciar conversaciones con personas en crisis (Whitlock et al., 2014). Desde una perspectiva hermenéutica, estas narrativas refuerzan la idea de que el suicidio es prevenible a través de la acción colectiva, destacando la importancia de sistemas de apoyo robustos (Ricoeur, 1991).

Las iniciativas varían según el público: en escuelas, se centran en talleres para adolescentes; en prisiones, en programas de reinserción. Sin embargo, su éxito depende de superar barreras como el estigma o la falta de recursos en áreas rurales, lo que requiere un enfoque multidimensional que combine educación, accesibilidad y políticas públicas efectivas (Turecki et al., 2019).

La sexta categoría*: Otras Publicaciones* captura la amplia diversidad de discusiones sobre el suicidio que no encajan en las categorías anteriores, reflejando la complejidad y heterogeneidad del tema en plataformas digitales. Estas publicaciones pueden incluir desde memes con humor negro que trivializan el suicidio, como chistes sobre "suicidio laboral" tras un mal día de trabajo, hasta reflexiones filosóficas sobre la ética de la eutanasia o expresiones artísticas como poemas o ilustraciones que exploran el dolor existencial (Poz, 2000). En algunos casos, podrían surgir críticas a cómo los medios de comunicación romantizan el suicidio en series o películas, o incluso debates sobre teorías conspirativas relacionadas con casos de alto perfil (Santos, 2024).

Estas publicaciones son difíciles de clasificar porque carecen de un enfoque claro en afrontamiento, concienciación o prevención, y a menudo son efímeras, como stories de Instagram, o más permanentes, como hilos en foros. Desde un análisis hermenéutico, estas narrativas revelan la multiplicidad de significados culturales que el suicidio adquiere en diferentes contextos, desde tabú hasta tema de debate público (Ricoeur, 1991). Sin embargo, también presentan riesgos: el humor inapropiado o las representaciones ambiguas pueden normalizar el suicidio de manera no intencionada, especialmente en audiencias jóvenes (Zhang et al., 2024).

La moderación en plataformas como Facebook es crucial para identificar contenido potencialmente dañino, utilizando algoritmos que detecten patrones de riesgo (Ruder et al., 2011). Esta categoría, aunque residual, es valiosa para capturar tendencias emergentes, como el impacto de la inteligencia artificial en la detección de contenido suicida o el uso de las redes para explorar tabúes culturales, ofreciendo una ventana a la evolución del discurso público sobre el suicidio (Vargas Corrêa & Rozados, 2017).

Tras un análisis preliminar, se procedió a la organización de las contestaciones recopiladas, clasificándolas según sus respectivas publicaciones y comentarios, mediante el uso del software Atlas.ti, ampliamente reconocido en la investigación netnográfica (Kozinets, 2019). Este recurso permitió la consolidación textual y la organización de la información, respaldando los procesos de análisis de contenido. La organización de los datos consiste en la categorización de fragmentos de comentarios, fundamentada en atributos específicos y realizada mediante el uso de palabras clave (Kozinets, 2015). Los códigos, a su vez, fueron agrupados en familias relacionadas, lo que permitió la creación de unidades analíticas a partir de las palabras extraídas de las publicaciones. Estas unidades fueron luego sometidas a análisis con el fin de responder a las preguntas de investigación, en el marco de las discusiones y respuestas publicadas en los grupos.

La integración de la hermenéutica, como método interpretativo, al Atlas.ti, proporcionó una profundidad significativa y mejoró la calidad de la investigación netnográfica. La combinación de estos elementos permite a los investigadores realizar un análisis sistemático de grandes volúmenes de datos textuales provenientes de interacciones en línea, ofreciendo una visión detallada sobre la dinámica cultural y social de las comunidades digitales.

4.4. TERCERA ETAPA: ANÁLISIS DE LOS DATOS

La integración de la hermenéutica con la netnografía representa una oportunidad robusta para el análisis de interacciones digitales en espacios sociales específicos, como los grupos de Facebook dedicados a la prevención del suicidio y la promoción del efecto Papageno. La hermenéutica, al enfatizar la interpretación profunda y el diálogo entre las partes y el todo, encuentra un paralelo significativo en la netnografía, que se enfoca en comprender las dinámicas culturales y conductuales en entornos virtuales. Esta convergencia metodológica permite explorar no solo los datos explícitos, sino también los significados subyacentes, los intereses y los factores que modelan las interacciones en línea.

El proceso hermenéutico aplicado a estos datos implica ciclos de lectura y relectura, según el método "parte-todo". En este movimiento interpretativo, se identificaron temas y emociones presentes en los mensajes. Las interacciones, como respuestas solidarias y proyecciones de empatía, fueron examinadas en términos de sus contribuciones para mitigar pensamientos suicidas, evidenciando el impacto colectivo de un entorno de apoyo.

La hermenéutica se aplicó de manera práctica en la investigación, estructurándose en un proceso interpretativo sistemático que permitió el análisis profundo de los datos recopilados en los grupos específicos de Facebook sobre el efecto Papageno. Inicialmente, se estableció el ciclo hermenéutico de lectura y relectura, según la propuesta de Thompson (1997), para comprender la relación entre los elementos individuales (como interacciones específicas, publicaciones y comentarios) y el conjunto más amplio de la comunidad en línea. La interpretación hermenéutica se centra en la identificación de temas recurrentes, emociones expresadas y dinámicas de apoyo mutuo entre los participantes. Por ejemplo, las expresiones de sufrimiento se mostraron no solo como manifestaciones explícitas de vulnerabilidad, sino también como peticiones implícitas de ayuda. Los comentarios de apoyo, como palabras de aliento o reflexiones solidarias, fueron investigados en relación con su impacto en la reducción de pensamientos suicidas, conectando estas interacciones con los factores protectores asociados al efecto Papageno.

La investigación se centró en el análisis de publicaciones de diez miembros pertenecientes a diferentes grupos, identificados exclusivamente por seudónimos. Estas publicaciones, así como los comentarios asociados, fueron capturados mediante capturas de pantalla y almacenados en archivos organizados en carpetas específicas. La selección de los perfiles para el análisis consideró la recurrencia significativa de interacciones y la característica de ser públicos, además de relatar experiencias relacionadas con la superación de la depresión y la ideación suicida. Tras la recolección, los textos fueron transcritos y sometidos al software ATLAS.ti.

El procedimiento inicial implicó la creación de códigos en el entorno del ATLAS.ti, con categorías como "Sentimiento: Positivo", "Sentimiento: Negativo" y "Sentimiento: Neutro". Cada código se acompañó de un color distintivo y, en algunos casos, de comentarios explicativos para facilitar el proceso de codificación automática. Los documentos fueron analizados con la herramienta de análisis de sentimientos del software, que identificó y asoció códigos a emociones expresadas en frases o párrafos específicos. Todo el proceso de codificación fue registrado automáticamente, pero contó con una revisión posterior para ajustar inconsistencias y refinar asociaciones, considerando las limitaciones inherentes del software en el análisis de conjuntos de datos reducidos.

Tras esta etapa preliminar, los resultados fueron revisados para garantizar mayor precisión, incluyendo la eliminación de fragmentos irrelevantes, la modificación de asociaciones incorrectas y la adición de códigos complementarios cuando fue necesario. Se incorporaron comentarios a las codificaciones para contextualizar la información e interpretar

los hallazgos de manera más robusta. Luego, se elaboraron informes analíticos detallando la distribución y frecuencia de los códigos aplicados, demostrando, por ejemplo, la prevalencia de sentimientos positivos en las interacciones analizadas.

La netnografía emerge como una metodología fundamental para comprender las dinámicas culturales en el entorno digital, destacándose por su capacidad integradora e interpretativa. Al permitir la exploración de las interacciones humanas mediadas por plataformas tecnológicas, esta técnica amplía los horizontes de la investigación social contemporánea, ofreciendo un marco sólido para el análisis de características emergentes en el ciberespacio. La generación de nubes de palabras en ATLAS.ti constituye un procedimiento analítico que combina elementos cuantitativos y cualitativos para identificar patrones lingüísticos en datos textuales.

Los textos, inicialmente importados como documentos primarios y organizados en un proyecto estructurado en el software, se someten a una exploración automatizada que contabiliza la frecuencia de términos específicos. La aplicación de filtros léxicos permite delimitar el análisis de categorías gramaticales previamente definidas, como sustantivos, adjetivos y nombres propios, excluyendo palabras específicas de menor relevancia semántica. Estas frecuencias se transforman posteriormente en una representación visual, en la que el tamaño o la intensidad de cada palabra refleja su recurrencia, mientras que configuraciones adicionales de diseño e interactividad enriquecen la exploración analítica. Así, las nubes de palabras proporcionan una síntesis preliminar de los elementos textuales más destacados, sirviendo como base para etapas analíticas posteriores.

Paralelamente, el *Affective Norms for English Words (ANEW)*[7] ofrece una estructura estandarizada para la medición del impacto emocional de las palabras, basada en tres dimensiones afectivas: valencia, emoción y dominancia. Desarrollado a través de evaluaciones empíricas con participantes que asignaron valores numéricos a las palabras en una escala continua (típicamente de 1 a 9) utilizando el *Self-Assessment Manikin*, ANEW captura la subjetividad de agradabilidad (valencia), intensidad emocional (excitación) y sensación de control (dominancia) asociadas a cada término. Las ampliaciones posteriores de

[7] As Affective Norms for English Words (ANEW) constituem um conjunto padronizado de avaliações emocionais para palavras em inglês, desenvolvido por Margaret M. Bradley e Peter J. Lang em 1999, que quantifica o impacto afetivo de 1.034 termos com base em três dimensões principais: valência (agradabilidade, de desagradável a agradável), ativação (nível de excitação, de calmo a excitado) e dominância (sensação de controle, de submisso a dominante), utilizando uma escala de 1 a 9 derivada do Self-Assessment Manikin (SAM), com o objetivo de fornecer estímulos verbais confiáveis para pesquisas em psicologia, linguística e neurociência afetiva.

la base de datos incrementaron su cobertura léxica y precisión, consolidándolo como una herramienta robusta para investigaciones cuantitativas sobre el procesamiento emocional del lenguaje.

La integración de estos dos enfoques, la generación de nubes de palabras y el análisis afectivo mediante ANEW establece un puente entre la identificación de patrones textuales y la evaluación de sus implicaciones emocionales, permitiendo una comprensión más matizada de las interacciones digitales.

En el contexto de esta investigación, las nubes de palabras generadas por *ATLAS.ti* a partir de los textos de las publicaciones resultaron en un conjunto de términos en español, reflejando las categorías gramaticales seleccionadas (sustantivos, adjetivos y nombres propios). Para posibilitar un análisis afectivo, estos términos fueron traducidos del español al inglés, un paso necesario para buscar sus correlatos en la base de datos de ANEW, que está estructurada exclusivamente en inglés. Este proceso de traducción se llevó a cabo con rigor metodológico, asegurando la equivalencia semántica entre los idiomas para preservar el significado original de los términos extraídos.

Una vez traducidos, los términos se mapearon contra las entradas de ANEW, permitiendo la identificación de sus índices de valencia, causalidad y dominancia, cuando estaban disponibles. La triangulación metodológica desde la reducción léxica en español mediante *ATLAS.ti* hasta el análisis emocional en inglés con ANEW hizo posible la construcción de un perfil afectivo del vocabulario presente en las publicaciones, integrando la frecuencia de uso (cuantitativa) con la carga emocional asociada (cualitativa).

4.5.CORPUS

Para el análisis del contenido de las publicaciones, se generó una nube de palabras a partir de los sustantivos, adjetivos y nombres propios extraídos de los textos traducidos del portugués al español. Las palabras identificadas fueron luego traducidas al inglés y verificadas en el Affective Norms for English Words (ANEW). Las Normas Afetivas para Palabras en Inglés (ANEW) evalúan el impacto emocional de las palabras. A través de las clasificaciones de valencia, excitación y dominancia, el conjunto de datos permitió a los investigadores investigar de qué manera el lenguaje influye en las respuestas emocionales, al mismo tiempo que favoreció la realización de estudios transculturales y mejoró la precisión de la investigación afectiva. La valencia, por ejemplo, indica la naturaleza positiva o negativa de

una palabra, un factor fundamental para comprender las reacciones emocionales (Warriner *et al.*, 2013). La excitación, por su parte, revela la intensidad de la emoción provocada por una palabra, identificando variaciones incluso entre términos clasificados como neutros, sugiriendo así una ambivalencia emocional subyacente (Anvari *et al.*, 2023). La dominancia, finalmente, se relaciona con el grado de control que un estímulo ejerce sobre el individuo, influyendo en la experiencia emocional de manera más amplia (Warriner *et al.*, 2013).

Entre las palabras encontradas en las publicaciones, se destacan "persona" y "personas" (correspondientes a "person" en inglés), "vida" ("life"), "gracias" ("grateful"), "dios" ("god"), "momentos" ("moment"), "lado" ("part"), "veces" ("time") y "gente" ("people"). Después de la traducción, cada término fue comparado con las entradas del ANEW para identificar si tenía un equivalente en la base de datos y, cuando era posible, evaluar sus índices de valencia, excitación y dominancia. Este proceso permitió mapear la carga emocional asociada al vocabulario de las publicaciones.



Word	**Valence (Mean ± SD)**	**Arousal (Mean ± SD)**	**Dominance (Mean ± SD)**	**Word Frequency**
Person/persons	6,32± (1,74)	**4,19** ± (2,45)	5,35± (2,02)	28

life	7.27 ± (1.88)	6.02 ± (2.62)	5.72 ± (2.51)	15
god	8.15 ± (1.27)	5.95 ± (2.84)	5.88 ± (2.89)	12
grateful	7.37 ± (0.97)	4.58 ± (2.14)	6.18 ± (1.77)	8
People	7.33 ± 1.70	5.94 ± 2.09	6.14 ± 2.02	8
moment	5.76 ± 1.65	3.83 ± 2.29	4.81 ± 1.92	5
Part	5.11 (1.78)	3.82 (2.24)	4.75 (1.59)	4
time	5,38 ± 2,08	4,24 ± 2,62	4,28 ± 2,21	4

PERSONA/PERSONAS
“No lo sé y hoy ya no los echo de menos, sí, siento una falta inmensa, pero si ellos no se preocupan por tener cerca a una persona como yo ….”
“A veces me encuentro molesta, estresada y triste viendo sus historias con otras personas…”
“Este ambiente de redes sociales es muy extraño. Confieso que siempre que veo a alguien publicando en el grupo, entro en el *Facebook* de esas personas y no logro entender”.
“Navegando por *Facebook* encontré este grupo, me pareció interesante, aquí veo varias personas que como yo se encuentran tristes, angustiadas, pensé que yo era la única”.
"mira las personas en el hospital luchando por la vida".
“Personal, hoy estaba leyendo todos los posts que ya hice en el grupo (principalmente los anónimos que eran los más desesperanzadores).”
“Conocen aquí a una persona de corazón gigante, que me ayudó bastante a ver cosas que no veía al caer o entrar en la dependencia emocional”
“. ¡Algunas personas de este grupo me dieron un soporte! Y me dieron un puntapié inicial”.
“.Personal, hoy estaba leyendo todos los posts que ya hice en el grupo (principalmente los anónimos que eran los más desesperanzadores).”.
“Buenos días, personal... tengo depresión y ansiedad, hace pocos días intenté suicidarme por deudas”...
“…va a ser bueno poder desahogarme con personas que creo que me van a entender, estoy muy triste en este momento y creo que nunca estuve tan sola en el mundo y sin tener a quién

recurrir de todas las formas…”
“...voy a aguardar, pero creé este para que algunas personas tengan dónde desahogarse, hasta ver cómo va a quedar la situación del otro”.
“Antes tenía mi abuelo, mas él murió, él era la única persona que gustaba de mí. Mas bueno, tal vez yo haga eso ahora, ya intenté una vez, tomé veneno, mas nada aconteció”.
“Antes tenía mi abuelo, mas él murió, él era la única persona que gustaba de mí. Mas bueno, tal vez yo haga eso ahora, ya intenté una vez, tomé veneno, mas nada aconteció”.
“Nadie de mi familia gusta de mí, solo me maltratan y me insultan y dicen que yo debería matarme que sería mejor para todos. No tengo amigo, no tengo a nadie. Antes tenía mi abuelo, mas él murió, él era la única persona que gustaba de mí”.
“Buenas tardes a todos, me gustaría agradecer a todo este grupo, por todas las personas fantásticas que tiene en él. Me siento muy feliz de que existan personas que realmente quieren ayudarse incluso sin saber quiénes son”.
“Buenas tardes a todos, me gustaría agradecer a todo este grupo, por todas las personas fantásticas que tiene en él. Me siento muy feliz de que existan personas que realmente quieren ayudarse incluso sin saber quiénes son”.
“Buenas tardes a todos, me gustaría agradecer a todo este grupo, por todas las personas fantásticas que tiene en él”.
“Me siento muy feliz de que existan personas que realmente quieren ayudarse incluso sin saber quiénes son”
“...y mucha gente quería ayudarme y mandaban mensajes muy lindos, hasta que hubo una persona que me llamó al privado…”.
“Gracias a todos ustedes y gracias a este grupo, porque fue por él que conocí a la persona con la que quiero pasar mi vida”.
“Pero aún así, me gustaría agradecer a todas las personas que me mandaron mensajes ofreciéndome ayuda”.
“No le respondí a nadie porque no estaba bien y no me gusta volcar mis problemas en las personas, pero los leí todos con mucho cariño”.
“Estaba en el fondo del pozo y vine aquí para poder conversar con otras personas que sintieran lo mismo que yo y me ayudaran a ver una luz al final del túnel”.
“Quiero pedir disculpas a dos personas que me llamaron y no respondí, porque cayó en la caja de solicitud de amistad del Messenger y no lo vi”.
“Me deja perplejo verificar tantas situaciones de dificultad que personas de todas las edades enfrentan”.
“Busquen la realización personal independiente de creencias u opiniones de tercero. Espero que todos perciban la potencia y la luz que cada uno carga dentro de si”.
“Hoy gracias a Dios y a las personas que me ayudaron, me acogieron, estoy aquí firme y fuerte y descubrí que tengo millones de motivos para vivir, más principalmente en la presencia y con la dirección de mi Dios. Y yo sé, pues solo él puede cambiar la situación...

Atc (Atentamente) apenas un relato”.

La palabra “persona(s)”, recurrente en la discusión sobre salud mental (128 ocurrencias), manifiesta una dualidad emocional que resuena con las teorías clásicas de la psicología afectiva. Con una valencia media de 6,32 (±1,74) en escalas como el ANEW, su carácter moderadamente positivo enmascara extremos, oscilando entre la expresión de gratitud "Me siento muy feliz de que existan personas que quieren ayudarse" y la angustia existencial "Nadie de mi familia gusta de mí...". El alto desvío estándar refleja la ambivalencia emocional descrita por Damásio (1994), para quien las palabras no son neutrales, sino que llevan marcadores somáticos, vinculándose a experiencias corporales y sociales contradictorias. Un ex

El examen cualitativo del uso de la palabra revela tres dimensiones centrales. La primera se refiere a la soledad y vulnerabilidad: frases como "él era la única persona que gustaba de mí" evocan la teoría del pertenencia de Baumeister y Leary (1995), que

Culturalmente, la frecuencia de la palabra lusófonas e hispánicas resuena en el colectivismo de Hofstede (2001), en el cual la identidad se construye a través de la interdependencia. Como señala Triandis (1995), las sociedades colectivistas valoran el “nosotros” sobre el “yo”, lo que puede explicar la búsqueda de comunidades en línea como extensión digital de redes familiares o comunitarias tradicionales. La oscilación entre impotencia y empoderamiento "gracias a las personas que me ayudaron" remite a la narrativa de redención descrita por McAdams (2001), en la que los individuos resignifican traumas al integrarlos en historias de crecimiento personal. Esta transición, sin embargo, no sigue un recorrido lineal: como advierte Kleinman (1988), las narrativas sobre salud mental son frecuentemente fragmentadas, marcadas por avances y retrocesos que desafían los modelos convencionales de recuperación.

Su uso ambivalente refleja simultáneamente la fragilidad humana y su resiliencia, encapsulando la paradoja de las interacciones digitales. La palabra "persona(s)" opera como un espejo polifónico de las relaciones humanas, reflejando matices que varían conforme fue evocado. En situaciones de apoyo mutuo, como en el ejemplo "Gracias a las personas que me ayudaron", asume una tonalidad, activando nociones de capital social concepto de Bourdieu que enfatiza los lazos como recursos positivos de pertenencia y de autoeficacia, teorizada por Bandura como la creencia en la propia capacidad para superar desafíos. Estas asociaciones generan gratitud y esperanza, emociones que se entrelazan con la idea de colectividad. Por

otro lado, cuando vinculada a escenarios de soledad o abandono, como en "Historias con otras personas... me siento triste", la palabra adquiere una carga negativa, evocando la privación de pertenencia descrita por Baumeister y Leary para quienes la ausencia de vínculos puede generar un sufrimiento psíquico profundo y la desesperanza aprendida de Seligman, en la que la impotencia crónica mina la motivación.

El concepto de arbitrariedad del signo lingüístico, según Ferdinand de Saussure (1916), es un pilar fundamental para comprender la naturaleza del lenguaje. Saussure argumenta que no existe una conexión inherente entre el significante (la forma perceptible del signo, como la palabra escrita o pronunciada) y el significado (el concepto que representa), siendo esta relación puramente convencional y dependiente de acuerdos sociales. En el contexto del texto proporcionado, la palabra "persona(s)" ilustra esta arbitrariedad, ya que su significado no está fijado intrínsecamente, sino que varía según el contexto cultural, social y situacional en el que se emplea.

Por ejemplo, en la frase analizada, "Confieso que entro no Facebook de esas personas y no logro entender", el término "persona(s)" actúa como un significante que no refleja una esencia fija, sino que adquiere sentido en función de las convenciones y prácticas sociales de las interacciones digitales. Como De Saussure (1916) señala, el valor de un signo surge de su posición dentro de un sistema lingüístico, definido por diferencias y oposiciones con otros signos. Así, "persona(s)" puede evocar significados diversos, desde la interdependencia en culturas colectivistas hasta la autonomía en contextos individualistas sin que ninguna de estas interpretaciones sea inherente al significante mismo.

La polisemia de "persona(s)" refuerza la idea saussureana de que el lenguaje es un sistema de signos arbitrarios cuya significación depende de las relaciones dentro del sistema y de las convenciones sociales. La palabra no es un reflejo directo de una realidad objetiva, sino un "significante flotante" que sintetiza tensiones dialécticas, como las descritas entre individualización y colectivización. Esta arbitrariedad, sin embargo, no implica caos, ya que, según De Saussure (1916), el lenguaje opera como un sistema estructurado donde los signos adquieren estabilidad relativa a través de las normas compartidas por una comunidad lingüística.

En conclusión, la arbitrariedad del signo, tal como la plantea Saussure, permite explicar la flexibilidad y variabilidad semántica de términos como "persona(s)". Este principio subraya que el lenguaje no es un espejo de la realidad, sino un constructo social que organiza la experiencia humana mediante convenciones arbitrarias pero sistemáticas.

Su carga afectiva variable - ora como factor de alienación, ora como recurso identitario - se revela análoga a la propia condición humana de homo symbolicus, conforme la teoría de la mediación simbólica (Cassirer, 1972). La plasticidad semántica observada corrobora la tesis de la resignificación lexical como proceso sociocognitivo, donde los agentes reinterpretan realidades a través de reconfiguraciones discursivas (Fairclough, 2003). El caso en estudio valida la premisa del lenguaje como tecnología social mutable, cuyas inestabilidades semánticas reflejan transformaciones en la fenomenología del existir-con-los-otros.

VIDA
“La vida está llena de altos y bajos, no tiene cómo tener alegría y felicidad siempre”.
“Pero gente, no es fácil, la vida es difícil, nadie pidió nacer”.
“hay gente que quisiera tener tu vida y tú ahí reclamando de barriga llena”.
“Personal, hoy estaba leyendo todos los posts que ya hice en el grupo (principalmente los anónimos que eran los más desesperanzadores). Veo mis pedidos de ayuda, mi desesperación, toda la determinación que tenía en querer acabar con mi vida”.
“Consigo tenerle gusto a mi vida y esperanza para el futuro”.
“....mas no deja que nadie lo ayude, ni sé si hace parte de este grupo mas, ayudó a algunas personas aquí y mucho, por todo lo que pasamos esas personas son Luces en nuestra vida”.
“Hoy me considero una persona que ayuda a otras a no desistir. Conseguí muchas cosas después de empezar a tratarme, mi vida empezó a andar”.
“Buenas noches a todos, después de tantas publicaciones anónimas ahora vengo a compartir con ustedes un nuevo recomenzar en mi vida”.
“¡Hola a todos! Después de tantas publicaciones anónimas, ahora vengo a compartir con ustedes un nuevo recomenzar en mi vida”.
“Gracias a todos ustedes y gracias a este grupo, porque fue por él que conocí a la persona con la que quiero pasar mi vida”.
“Descubrí una manera prácticamente indolora de acabar con todo, claro que no voy a hablar aquí para no incentivar a nadie ya que el intuito del grupo no es ese, mas logo logo voy a practicarlo, agradezco a la dueña del grupo por estar apoyando a todos a superar nuestro dolor, mas para mí no da más, ya perdí todo en la vida, me disculpen, sigan firmes ustedes ahí”.
“Surgieron amistades que no sé si van a seguir para la vida”.
“A veces solo no ha sucedido el gatillo que necesitaba para que tu vida dé una vuelta”.
“Hasta entonces comencé a buscar formas de quitarme la vida pues no aguantaba más mi situación, no tenía más vida, era un dolor enorme en el alma, una desesperación que solo quien pasa sabe explicar lo malo y doloroso que es”.

La palabra "vida" emerge como un concepto cargado de paradojas, reflejando las experiencias inherentes a la experiencia humana. En los análisis psicolingüísticos, términos como este frecuentemente revelan polaridades emocionales, un fenómeno ampliamente discutido por Russell (1980), quien propone el modelo circunplexo de las emociones, donde valencia y activación coexisten en tensión. Los datos cuantitativos aquí presentados corroboran esta ambigüedad: la valencia media de 7.27/9 sugiere un aspecto positivo, pero la alta desviación estándar (1.88) señala una dispersión significativa, indicando que, para algunos, "vida" está asociada a experiencias profundamente negativas. Esta variabilidad resuena con la teoría de la ambivalencia emocional (Larsen *et al.,* 2001), que describe cómo los objetos simbólicos evocan respuestas afectivas contradictorias.

En las citas analizadas, esta dualidad se materializa en narrativas que oscilan entre el desespero absoluto y la esperanza reencontrada. Frases como “La vida es difícil, nadie pidió nacer” o “ya perdí todo en la vida” encapsulan un sentimiento de impotencia, como en las investigaciones sobre desesperanza e ideación suicida (Joiner, 2005), donde la pérdida de control sobre la propia existencia es un factor crítico. Por otro lado, declaraciones como “mi vida empezó a andar” o “un nuevo recomenzar” ilustran procesos de resiliencia y transformación, temas centrales en la psicología positiva (Seligman, 2011), que enfatizó la capacidad humana de reconstruir significado incluso después de las crisis.

La activación moderada (6.02/9) refleja la intensidad de estas emociones contradictorias. Mientras que relatos como “dolor enorme en el alma” demuestran una carga emocional elevada, asociada a estados de hiperactivación fisiológica (Panksepp, 1998), expresiones de gratitud y superación (“personas son luces en nuestra vida”) sugieren una regulación emocional más estable, vinculada a redes de apoyo social, un factor ampliamente reconocido como protector en la salud mental (Cohen & Wills, 1985). La dominancia neutra (5.72/9) refuerza esta ambivalencia: la vida se percibe como algo incontrolable (“no aguantaba más mi situación”), mientras que en otros, existe una sensación de agencia (“ayudo a otras a no desistir”). La oscilación entre locus de control externo e interno (Rotter, 1966) revela cómo el dominio sobre la vida está intrínsecamente ligado a situaciones sociales e individuales.

La frecuencia de la palabra (15 menciones) en narrativas tan contrastantes sugiere que "vida" no es solo un término descriptivo, sino un espacio discursivo donde los conflictos existenciales se negocian. Como proponen Bamberg y Georgakopoulou (2008), las narrativas personales sirven para estructurar identidades en flujo, y las citas analizadas ejemplifican esto: desde relatos de crisis (“querer acabar con mi vida”) hasta historias de reconstrucción

(“recomenzar en mi vida”), la palabra actúa como un eje para la expresión de metamorfosis subjetivas.

El análisis dialoga con la noción de narrativas de redención (McAdams, 2006), donde los individuos transforman experiencias negativas en tramas de crecimiento. El apoyo social, mencionado en frases como “gracias a este grupo”, resalta la importancia de las comunidades en la ressignificación de la vida, un hallazgo consistente con estudios sobre terapias de grupo (Yalom & Leszcz, 2005). Sin embargo, la persistencia de discursos como “prácticamente indolora de acabar con todo” recuerda que, para algunos, la falta de conexiones significativas lleva a la alienación, tema explorado por Durkheim (1897) en su clásica análisis sobre el suicidio.

El término "vida" se configura como un constructo semántico que sintetiza una dialéctica ontológica entre entropía y organización, desesperanza y agencia, reflejando no solo la condición humana en su dimensión fenomenológica, sino también su interacción dinámica con estructuras socioinstitucionales. Esta dualidad, ligada a la teoría de los sistemas complejos (Prigogine, 1984), sugiere que la vida humana opera en un continuo de tensiones adaptativas, donde la búsqueda de homeostasis emocional (Cannon, 1932) colide con factores externos disruptivos.

Estudios futuros podrían adoptar diseños longitudinales para investigar cómo variables psicosociales, como la densidad de redes de soporte social (Berkman & Glass, 2000) y el acceso a servicios de salud mental (Thornicroft, 2008), actúan como moduladores bidireccionales en la subjetividad de la vida. Tales investigaciones podrían emplear modelos de ecuaciones estructurales para probar hipótesis sobre mediación y moderación, incorporando variables latentes como resiliencia y desamparo aprendido (Seligman, 1975).

La aseveración de Frankl (1946) sobre la búsqueda de significado (logoterapia) resalta que, incluso en adversidades extremas, la atribución de sentido emerge como un imperativo ontogenético. Este proceso, enraizado en la autorregulación simbólica (Bandura, 2001), se sustenta en la capacidad humana de trascender las condiciones inmediatas a través de narrativas identitarias redentoras (McAdams, 2006), las cuales reconocen la vida como un espacio de posibilidades (Giddens, 1991), a pesar de sus contradicciones inherentes.

DIOS
“…recen a Dios para que no sea para el lado malo”.
“Gracias a ustedes Este grupo me ayudó mucho, mejoró mucho Mi autoestima perdí un poquito de peso, mas gracias a Dios estoy recuperando”.

“¿por qué Dios, por qué me pusiste en este mundo”.
“…hoy Dios me bendijo con una entrevista de empleo donde conseguí un empleo nuevo en una concesionaria Honda de la ciudad vecina…”
“...Gracias a Dios y a mis orixás nunca conseguí terminar lo que intenté durante mucho tiempo…”.
“Si Dios toca el corazón de alguien aquí y quiere ayudarme, seré muy feliz...”.
“Dios tenga misericordia y nos proteja siempre”.
“Dios por encima de todo, y aquí en el grupo a pesar de las lamentaciones también hay consejos”.
“Pero ahí busqué ayuda y principalmente busqué en un lugar donde siempre oí decir que me ayudaría, que fue en Dios”.
“Hoy gracias a Dios y a las personas que me ayudaron, me acogieron, estoy aquí firme y fuerte y descubrí que tengo millones de motivos para vivir, más principalmente en la presencia y con la dirección de mi Dios”.
“…Dios te ama”.

La mención de la palabra "Dios" en las publicaciones analizadas revela una compleja red afectivo-cognitiva, en la que la divinidad oscila entre objeto de seguridad existencial y fuente de conflicto ontológico. Con una valencia elevada (8.15/9) y dispersión moderada (DP = 1.27), los datos cuantitativos sugieren que, aunque la mayoría asocia a Dios con experiencias positivas, hay un espacio significativo para la ambivalencia, un fenómeno que Kirkpatrick (2005) describe como apego religioso ansioso, en el que la fe coexiste con dudas. Esta dualidad se refleja en las citas: por un lado, expresiones de gratitud ("Gracias a Dios [...] estoy recuperando") que refuerzan la idea de Dios como base segura (Granqvist, 2020), anclando a los individuos en momentos de crisis; por otro, cuestionamientos angustiados ("¿por qué Dios me pusiste en este mundo?") que reflejan luchas divinas (Exline & Rose, 2005), conflictos internos entre creencia y desesperación.

La activación moderada (5.95/9) con alta variabilidad (DP = 2.84) indica que Dios puede evocar desde calma contemplativa ("Dios te ama") hasta agitación intensa ("Dios tenga misericordia"). Esta fluctuación resuena con la teoría de la regulación emocional a través de la religiosidad (Koole *et al.*, 2010), donde las prácticas espirituales modulan los afectos, ya sea mediante la oración tranquilizadora o el clamor desesperado. No es casual que narrativas como "busqué en un lugar donde [...] me ayudaría, que fue en Dios" ilustren la religión como

una estrategia de afrontamiento (Pargament, 1997), un mecanismo para gestionar emociones de incertidumbre.

La dominancia neutra (5.88/9) añade matices a este análisis: mientras algunos ven a Dios como una entidad controladora ("Dios por encima de todo"), otros experimentan una sensación de colaboración ("con la dirección de mi Dios"). Esta ambivalencia refleja la tensión entre un locus de control externo (Rotter, 1966), donde los eventos se atribuyen a fuerzas divinas y la agencia compartida, un concepto explorado por McIntosh (1995) en su modelo de co-creación espiritual. También se menciona a los orixás ("Gracias a Dios y a mis orixás"), lo que introduce una capa de sincretismo religioso (Bastide, 1978), sugiriendo que la representación de Dios no es monolítica, sino adaptable a contextos culturales híbridos.

Las narrativas también revelan que Dios funciona como el arquitecto de identidades post-crisis. Declaraciones como "descubrí que tengo millones de motivos para vivir [...] con la dirección de mi Dios" se relacionan con el concepto de transformación espiritual (Paloutzian, 2005), en el cual la fe reconfigura las narrativas personales después de traumas. Sin embargo, esta reconstrucción no es lineal: la misma divinidad que ofrece esperanza ("Dios me bendijo con una entrevista") puede convertirse en el objeto de ira en momentos de fragilidad ("¿por qué Dios?"), exponiendo la naturaleza dialéctica de la experiencia religiosa, que es simultáneamente consoladora y desestabilizadora.

Gracias
“Gracias a ustedes Este grupo me ayudó mucho, mejoró mucho Mi autoestima perdí un poquito de peso, mas gracias a Dios estoy recuperando”.
“….hoy estoy mucho mejor, agradezco muchísimo la atención de los amigos dejo aquí mi muchísimas gracias y deseo que Dios nos bendiga a todos siempre”.
“Estoy dejando este grupo atrás, hace tiempo que participo en él y Gracias a Dios y a mis orixás nunca conseguí terminar lo que intenté durante mucho tiempo, y ahora he decidido dejar el grupo, no quiero participar más, quiero vivir, tengo hijos lindos y una familia maravillosa que me necesitan, les deseo lo mejor a todos, que algún día tengan este mismo pensamiento que estoy teniendo! Abrazo”.
“Gracias por aceptarme en el grupo, no tengo amigos ni familia para contarles, estoy prácticamente quedándome sola, va a ser bueno poder desahogarme con personas que creo que me van a entender….”
“Gracias por aceptarme en el grupo, no tengo amigos ni familia para contarles, estoy prácticamente quedándome sola, va a ser bueno poder desahogarme con personas que creo que me van a entender…”.
“Gracias a todos ustedes y gracias a este grupo, porque fue por él que conocí a la persona con la que quiero pasar mi vida”.

“Hoy gracias a Dios y a las personas que me ayudaron, me acogieron, estoy aquí firme y fuerte y descubrí que tengo millones de motivos para vivir, más principalmente en la presencia y con la dirección de mi Dios”.
“Gracias por la ayuda, gente, nada de pánico. Hoy el viaje fue tranquilo, este grupo ha sido un bálsamo para mi”.

La gratitud, expresada lexicalmente a través de términos como "grato" o "gracias", se configura como un fenómeno psicológico, cuya análisis revela intersecciones profundas entre afecto, cognición social y procesos identitarios. Con una valencia elevada (7.37/9) y baja variabilidad (DP = 0.97), los datos cuantitativos sugieren un consenso robusto sobre su positividad, como emoción pró-social central para el bienestar subjetivo (Emmons & McCullough, 2003). Esta estabilidad afectiva, sin embargo, no elimina la complejidad de su manifestación: la activación moderada (4.58/9), con alta dispersión (DP = 2.14), indica que la gratitud oscila entre estados de serenidad reflexiva como en "este grupo ha sido un bálsamo" y picos de euforia vinculados al redescubrimiento de propósito ("tengo millones de motivos para vivir"). Esta dualidad resuena con la teoría de la construcción psicológica de las emociones (Barrett, 2017), que enfatiza cómo situaciones diversas modulan la intensidad emocional, transformando la gratitud en un espectro adaptativo.

La dominancia relativamente alta (6.18/9) agrega una capa crítica al análisis: la sensación de control asociada a la gratitud parece emerger no de una autonomía aislada, sino de redes de apoyo ("gracias a este grupo"). Este hallazgo hace eco de la noción de agencia relacional (Bandura, 2001), donde la capacidad de acción individual se amplifica por conexiones sociales, contrastando con modelos clásicos de desamparo aprendido (Seligman, 1975). En las narrativas analizadas, esta dinámica es evidente. Por ejemplo, la gratitud actúa como mecanismo de resiliencia en declaraciones como "Gracias a Dios y a las personas que me ayudaron, estoy aquí firme y fuerte", ilustrando el modelo ampliar-y-construir (Fredrickson, 2001), en el cual las emociones positivas expanden repertorios cognitivos durante adversidades. Simultáneamente, funciona como "pegamento relacional" (Algoe *et al.*, 2008) en expresiones como "Gracias por aceptarme en el grupo [...] personas que me van a entender", reforzando lazos que mitigan el aislamiento, un factor crítico para la salud mental, según lo destacado por House *et al.*, (1988).

Pero la gratitud no se limita a regular emociones o fortalecer vínculos; opera como herramienta de reconstrucción identitaria. Declaraciones como "He decidido dejar el grupo [...] quiero vivir, tengo hijos lindos" revelan una reconfiguración del self, donde experiencias de crisis son resignificadas como narrativas de redención (McAdams, 2006). Este proceso, que integra pasado y futuro, sugiere que la gratitud no es solo reactiva a eventos positivos,

sino que participa activamente en la autoría de significados (Frankl, 1946), permitiendo que los individuos trasciendan estados de desesperación ("prácticamente quedándome sola") mediante encuadres proactivos ("descubrí que tengo millones de motivos").

La interacción entre estos ejes, regulación emocional, cohesión social y reconstrucción identitaria, posiciona la gratitud como un sistema adaptativo dinámico, capaz de modular respuestas al estrés (Cohen & Wills, 1985) mientras mantiene la cohesión grupal. Investigaciones futuras podrían explorar, por ejemplo, cómo variables culturales (ej.: individualismo vs. colectivismo) modulan su expresión, utilizando instrumentos como el GQ-6 (McCullough *et al.*, 2002). Adicionalmente, los avances en neurociencia afectiva (Fox *et al.*, 2015) podrían mapear cómo las prácticas de gratitud (ej.: diarios) inducen plasticidad en regiones como el córtex prefrontal medial, área vinculada a la toma de decisiones y autorreflexión.

La gratitud trasciende su concepción como mera emoción positiva: es un proceso biocultural que entrelaza microsistemas individuales (ej.: regulación emocional) con macrosistemas estructurales (ej.: políticas de salud mental). Como propone Bronfenbrenner (1979), comprenderla requiere enfoques multinivel, capaces de capturar su riqueza tanto en neuronas como en narrativas.

GENTE
“Creo que realmente soy esa mierda de persona ambulante que nadie quiere cerca, pues a nadie le gusta la gente problemática, ¿verdad...?”.
“Gracias por la ayuda, gente, nada de pánico. Hoy el viaje fue tranquilo, este grupo ha sido un bálsamo para mí.”.
“Pero gente, no es fácil, la vida es difícil, nadie pidió nacer…”
“Gente, ¡vengo aquí hoy a hacer un relato!”.
“Buenas noches, mi gente!”.
“...y mucha gente quería ayudarme y mandaban mensajes muy lindos, hasta que hubo una persona que me llamó al privado”.
“...van a ver que va a haber mucha gente dispuesta a escucharlos”.
“Pero sabía que ayuda a la gente saber que no es solo con nosotros que sucede ???”.
“Creo que realmente soy esa mierda de persona ambulante que nadie quiere cerca, pues a nadie le gusta la gente problemática, ¿verdad...?”

La palabra "gente", en su aparente simplicidad, se revela como un constructo semántico cargado de tensiones afectivas y cognitivas, funcionando como un espejo social que refleja tanto anhelos de conexión como heridas de exclusión. Con una valencia moderadamente positiva (7.33/9) y variabilidad significativa (DP = 1.70), los datos cuantitativos sugieren que "gente" oscila entre la seguridad del colectivo y la angustia del rechazo, un paradoja como lo preceptúa la Teoría de la Base Social (Beckes & Coan, 2011),

que postula las relaciones humanas como fuentes simultáneas de confort y estrés. Esta dualidad resuena en las citas: por un lado, expresiones de solidaridad ("Gracias por la ayuda, gente") que refuerzan que los grupos son como amortiguadores emocionales (House *et al.*, 1988); por otro, autorretratos de desesperación ("soy esa mierda de persona ambulante que nadie quiere cerca") que ilustran el dolor del ostracismo (Williams, 2007), donde la presencia ajena es vivida como amenaza al ser.

La activación moderada (5.94/9) con dispersión considerable (DP = 2.09) indica que las interacciones sociales pueden evocar desde calma ("viaje tranquilo") hasta agitación ("nadie pidió nacer"), resonando con la noción de ambivalencia emocional (Larsen *et al.*, 2001), donde estímulos ambiguos generan respuestas afectivas conflictivas. Esta fluctuación es particularmente visible en narrativas como "mucha gente quería ayudarme [...] mensajes muy lindos", que alternan entre esperanza y vulnerabilidad, reflejando el modelo de vulnerabilidad-estrés (Zimbardo, 1985) aplicado a dinámicas grupales. La dominancia neutra (6.14/9), por su parte, sugiere una oscilación entre impotencia ("nadie le gusta la gente problemática") y agencia ("gente dispuesta a escucharlos"), eco de la teoría de la autorregulación (Bandura, 1991), en la que el control sobre el ambiente social modula respuestas adaptativas.

Declaraciones como "soy esa mierda de persona ambulante" revelan un proceso de autocategorización negativa (Tajfel, 1979), donde el individuo internaliza estereotipos grupales, transformándose en el "otro no deseado". Este mecanismo, descrito por Goffman (1963) como estigma internalizado, muestra cómo la autoimagen es moldeada por anticipaciones de rechazo, un fenómeno amplificado en salud mental, donde el miedo de ser visto como "problemático" ("gente problemática") genera autorreclusión.

Contraponiéndose a la fragmentación, expresiones como "este grupo ha sido un bálsamo" ilustran la Teoría de la Identidad Social (Tajfel & Turner, 1986), en la que la pertenencia grupal reconstruye identidades dañadas. Aquí, "gente" trasciende su dimensión nominal, convirtiéndose en un espacio de reconocimiento mutuo (Honneth, 1995), donde la vulnerabilidad compartida ("no es solo con nosotros") genera resiliencia colectiva.

La palabra "gente" no es un mero colectivo, sino un campo semántico-afectivo donde las identidades son impugnadas, negociadas y reconstruidas. Como propone Bauman (2001), en sociedades líquidas, la tensión entre miedo y deseo del otro se convierte en constitutiva del ser, un paradoja que la palabra encapsula, recordándonos que, en palabras de Arendt (1958), "la pluralidad es la ley de la Tierra", que exige abandonar dicotomías y abrazar la ambigüedad como núcleo de la experiencia humana.

MOMENTOS
“....puede parecer hipocresía de mi parte mas en ciertos momentos, momentos esos que bordean el cometer suicidio”.
“Tengo momentos de tristeza y rabia, pero todo controlable. Consigo tenerle gusto a mi vida y esperanza para el futuro”.
“Así que, si estás en tu peor momento hoy, y sientes que no tienes salida, sabe que en poco tiempo puedes estar como yo, puedes mejorar y puede ser más rápido de lo que imaginas”.
“estoy muy triste en este momento y creo que nunca estuve tan sola en el mundo y sin tener a quién recurrir de todas las formas, estoy muy herida triste y pensativa y en todo lo que oí y hay cosas que duelen, principalmente cuando vas juntando todo”.
“En este momento voy a salir del grupo porque creo que aquí ayuda a hacerte ver fuera de la perspectiva oscura, donde no conseguimos ver nada”.

La palabra "moment" (momento) emerge como un constructo temporal cargado de ambivalencia afectiva y cognitiva, reflejando la naturaleza dinámica de la experiencia humana entre crisis y agencia. Con una valencia neutro-negativa (5.76/9) y variabilidad moderada (DP = 1.65), los datos cuantitativos sugieren que "momento" no es un concepto unidimensional, sino un espacio liminal donde emociones contradictorias coexisten, un fenómeno de la teoría de la ambivalencia emocional (Larsen *et al.,* 2001). Esta dualidad es evidente en las citas: mientras algunos momentos están marcados por desesperación ("momentos que bordean el cometer suicidio"), otros están puntuales por esperanza ("puedes mejorar y puede ser más rápido de lo que imaginas"). Esta oscilación resuena con la noción de dialéctica emocional (Kramer, 2000), donde opuestos afectivos (ej.: tristeza vs. control) no se excluyen, sino que coexisten en tensión.

La activación relativamente baja (3.83/9) con alta dispersión (DP = 2.29) refuerza la idea de que "momentos" pueden ser tanto estados de letargo ("muy triste en este momento") como disparadores para la acción ("voy a salir del grupo"). La variabilidad resuena con el modelo circumplejo de las emociones (Russell, 1980), que posiciona experiencias afectivas en un espectro entre calma y excitación. La baja activación predominante sugiere que los momentos críticos son frecuentemente vividos como estados de parálisis reflexiva, un patrón observado sobre la rumia depresiva (Nolen-Hoeksema, 1991), donde la fijación en eventos pasados o futuros inhibe respuestas adaptativas.

Para Nolen-Hoeksema (1991), las personas, cuando "están para abajo", quedan atrapadas en un bucle mental, rumiando eventos del pasado como una colecta o un error o preocupándose en exceso por lo que podría salir mal en el futuro. El hábito de "masticar" los

mismos pensamientos no solo prolonga la tristeza, sino que también dificulta que la persona reaccione de manera práctica o saludable ante las situaciones.

La dominancia moderada (4.81/9), por su parte, revela una ambivalencia de control: en algunos casos, hay una sensación de impotencia ("nunca estuve tan sola"), mientras que en otros, surge una agencia reencontrada ("todo controlable")-teoría del locus de control (Rotter, 1966), donde la atribución causal de eventos (interna vs. externa) modula la resiliencia. Por ejemplo, la declaración "creo que aquí ayuda a hacerte ver fuera de la perspectiva oscura" ilustra un control secundario (Rothbaum *et al.,* 1982), estrategia en la que los individuos reinterpretan situaciones para recuperar el sentido de dominio.

Las narrativas analizadas también destacan los momentos como marcadores temporales de transformación. La frase "si estás en tu peor momento hoy [...] puedes mejorar" refleja la Teoría del Foco Temporal (Shipp *et al.,* 2009), que postula que la reevaluación de períodos críticos (pasado → futuro) facilita la reconstrucción identitaria. Esta dinámica es necesaria para procesos de crecimiento postraumático (Tedeschi & Calhoun, 2004), donde las crisis se resignifican como catalizadores de cambio. Sin embargo, la persistencia de momentos paralizantes ("voy juntando todo") expone los riesgos asociados a la hiperreflexividad temporal (Vohs & Schmeichel, 2003), donde la fijación en el "ahora" amplifica los sentimientos de desesperanza.

El análisis sugiere que "momento" opera como un nudo semántico entre afecto, cognición y narrativa. Como propone McAdams (2001), la construcción de narrativas identitarias depende de la selección e interpretación de momentos clave, que pueden ser tanto anclas de dolor ("suicidio") como trampolines para la resiliencia ("esperanza"). La dualidad resuena con la filosofía de Frankl (1946), para quien la búsqueda de significado emerge precisamente en los intervalos entre estímulo y respuesta los "momentos" de elección.

"Momento" no es solo una unidad de tiempo, sino un microcosmos de la condición humana, donde se negocian miedos, esperanzas y la incesante búsqueda de significado. Como recuerda Bergson (1889), la duración (durée) no es medida, sino vivida, y es en esta vivencia ambivalente donde residen tanto la fragilidad como la fuerza de ser humano.

LADO
“En mi cabeza los dos lados en brigas constante y yo en el medio”.
“….empiezan a desaparecer de tu lado”.
“...una hora peso más para un lado que para otro”.
“…recen a Dios para que no sea para el lado malo”.

La palabra "lado" (parte), en sus múltiples apariciones, trasciende su función descriptiva para convertirse en una metáfora espacial de la experiencia psicológica, mapeando tensiones entre polaridades internas y externas. Con valencia neutra (5.11/9) y alta variabilidad (DP = 1.78), los datos cuantitativos sugieren que el término no es afectivamente unívoco, sino un campo semántico donde se confrontan fuerzas opuestas, una dinámica que resuena con la teoría de la disonancia cognitiva (Festinger, 1957), en la que los conflictos entre creencias o acciones generan malestar psicológico. Esta ambigüedad es evidente en las citas: "los dos lados en brigas constantes y yo en el medio" ilustra la clásica lucha entre impulsos antagónicos, mientras que "recen a Dios para que no sea para el lado malo" proyecta la dualidad moral (bien vs. mal) en el espacio físico, reflejando la teoría de la justificación del sistema (Jost & Banaji, 1994), donde las jerarquías sociales se naturalizan a través de metáforas espaciales.

La activación baja (3.82/9) con dispersión significativa (DP = 2.24) indica que estos conflictos pueden ser vividos tanto como rumia pasiva ("empiezan a desaparecer de tu lado") como crisis agudas ("peso más para un lado que para otro"). Esta fluctuación resuena con la noción de ambivalencia motivacional (Lewin, 1931), donde la indecisión entre opciones paraliza la acción, generando un estado de estancamiento existencial.

La dominancia moderada (4.75/9) refuerza esta idea: aunque hay un límite de control ("yo en el medio"), la propia idea de "lados" presupone la existencia de elecciones, aunque difusas, un parón explorado por Frankl (1946) en su análisis de la libertad de elección incluso bajo coacción.

En las narrativas, la palabra opera en tres dimensiones complementarias: El Conflicto interno, pues en "dos lados en brigas" personifica la teoría psicoanalítica del ello y el superyó (Freud, 1923), donde los impulsos primitivos y las censuras morales chocan. Esta batalla, sin embargo, no se limita al individuo: frases como "lado malo" externalizan el conflicto, proyectándolo en el mundo como una geografía del riesgo, donde las decisiones son navegaciones entre abismos morales (Bauman, 1993).

El Desaparecimiento relacional, en "Empiezan a desaparecer de tu lado", evoca la teoría del apego (Bowlby, 1969), donde la pérdida de figuras significativas desestabiliza la base segura, generando ansiedad existencial y la incertidumbre física: "Una hora peso más para un lado" metaforiza la inestabilidad emocional como desequilibrio corporal, y se relaciona con la teoría de la cognición incorporada (Lakoff & Johnson, 1980), que postula que los conceptos abstractos se anclan en experiencias sensoriales.

La relación entre metáforas espaciales y toma de decisiones podría ser explorada a través de paradigmas de sesgo cognitivo, como el efecto de encuadre (Tversky & Kahneman, 1981), probando cómo enmarcar opciones como "lados" influye en las elecciones. "Lado" no es una coordenada geográfica, sino un mapa afectivo donde se dibujan miedos, dilemas y la búsqueda de equilibrio. Como propone Bourdieu (1991), el espacio social es un campo de fuerzas simbólicas, y es en este campo donde la palabra se mueve, recordándonos, en las palabras de Merleau-Ponty (1945), que "el cuerpo es nuestro medio general de tener un mundo". Sus "lados", por lo tanto, no son líneas imaginarias, sino fronteras vivas donde el self negocia su existencia.

VECES
“A veces me encuentro molesta, estresada y triste viendo sus historias con otras personas y pienso, ¿por qué no estoy yo ahí? ¿Por qué no me soportan y no pueden quererme así? Creo que realmente soy esa mierda de persona ambulante que nadie quiere cerca, pues a nadie le gusta la gente problemática, ¿verdad...?”
“¡Son personas bonitas, casadas a veces, con hijos, trabajando, con fotos descontraídas y felices! La vida está llena de altos y bajos, no tiene cómo tener alegría y felicidad siempre.”
“Continuaré en el grupo y por todo, apoyo comentarios de todos apoyándome en cada publicación hasta de fragilidad mía en muchas veces”.
“Yo estoy en una depresión y publiqué aquí ya algunas veces, y mucha gente quería ayudarme y mandaban mensajes muy lindos, hasta que hubo una persona que me llamó al privado, hablamos y al otro día le pedí que fuera mi novia, ahora estamos saliendo, solo quiero agradecer por todo lo que este grupo ha hecho”.

El tiempo, como constructo psicológico, emerge en la intersección entre la experiencia subjetiva y las condicionantes externas, cargando una carga emocional que oscila entre la positividad y la angustia. El análisis de los datos obtenidos revela una valencia media de 5,38 (±2,08), sugiriendo una ligera positividad del tiempo, aunque con una variabilidad significativa, lo que indica que su interpretación es altamente situacional y dependiente de factores individuales. La excitación media de 4,24 (±2,62) refleja un estado emocional moderado, sugiriendo que, para algunos, el tiempo puede ser un elemento de serenidad y estabilidad, mientras que para otros puede evocar inquietud y urgencia. Finalmente, la dominancia de 4,28 (±2,21) apunta a una sensación de control relativamente baja, indicando que muchas personas ven el tiempo como una fuerza externa que avanza inexorablemente, independientemente de su voluntad.

La literatura psicológica corrobora esta ambivalencia emocional asociada al tiempo. La Teoría de la Perspectiva Temporal (Zimbardo & Boyd, 1999) sugiere que los individuos más centrados en el presente tienden a reportar un mayor bienestar, mientras que aquellos que fijan su atención en el pasado o en el futuro experimentan mayor ansiedad y arrepentimiento.

Esto podría explicar la amplia dispersión en los datos, ya que la forma en que el tiempo se internaliza puede variar drásticamente entre individuos que lo ven como un recurso para aprovechar y aquellos que lo perciben como un elemento opresivo.

El Efecto del Tiempo en la Percepción del Bienestar, estudiado por Carstensen *et al.*, (1999), destaca que la relación con el tiempo se transforma a lo largo de la vida, siendo que los ancianos, al reducir su expectativa de tiempo futuro, tienden a valorar más las experiencias presentes y reportan una percepción más positiva del tiempo que los jóvenes. Esta variación es consistente con los valores de desviación estándar observados en la valencia y la excitación, que apuntan a interpretaciones diversas dentro de la muestra analizada.

Además, investigaciones en psicología de la productividad (Baumeister & Tierney, 2011) demuestran que los individuos que sienten mayor control sobre su tiempo presentan menores niveles de estrés y mayor satisfacción con la vida, una relación que podría explicar la dominancia ligeramente por debajo de la media.

Las frases revelan una tensión entre la angustia generada por la exposición a narrativas de felicidad idealizada y la búsqueda de refugio en comunidades virtuales. La primera frase expone el dolor de la comparación social, mecanismo que, según Festinger (1954), es inherente a la condición humana, pero exacerbado por las redes sociales. Cuando la usuaria pregunta "¿por qué no estoy yo ahí?", ilustra la distorsión cognitiva descrita por Beck (1976) en la depresión: la tendencia a interpretar situaciones de manera catastrófica, ignorando matices. La autodesvalorización ("soy esa mierda de persona") refleja aún el autojuicio internalizado, amplificado por la cultura de la meritocracia emocional, donde las vulnerabilidades se interpretan como fallas (Cabanas & Illouz, 2019).

Por otro lado, la segunda frase ("La vida está llena de altos y bajos") muestra la racionalización, tratando de equilibrar la idealización ajena con la aceptación de la imperfección. Este movimiento dialoga con la psicología positiva crítica de Ehrenreich (2009), que alerta sobre los peligros de la presión por una felicidad constante. La tensión entre lo que se ve ("fotos descontraídas") y lo que se vive es uno de los paradoxos de las redes sociales: espacios que pueden tanto alienar como concienciar, dependiendo del uso.

Las dos últimas frases destacan la ambivalencia de los grupos en línea. La persistencia en buscar apoyo ("continuaré en el grupo") evidencia cómo estos espacios funcionan como "esponjas emocionales", absorbiendo angustias que no siempre son acogidas fuera de línea. Barak *et al.*, (2008) destacan que el anonimato y la falta de juicio inmediato facilitan la expresión de fragilidades. Sin embargo, la rápida formación de una relación amorosa tras interacciones en el grupo, aunque positiva, plantea cuestiones sobre la presión por soluciones

inmediatas para problemas. Whitty (2008) advierte que las relaciones iniciadas en situaciones de alta vulnerabilidad pueden reproducir dinámicas de dependencia emocional, especialmente cuando hay un desequilibrio de poder (por ejemplo: alguien que ofrece apoyo se convierte en pareja).

El análisis de los datos confirma que el tiempo no es solo una variable objetiva, sino un fenómeno subjetivo, que se manifiesta de maneras distintas dependiendo del marco de referencia adoptado por cada individuo. La ligera positividad de los datos de valencia, junto con la moderación de los niveles de excitación y dominancia, refuerza la idea de que la experiencia temporal oscila entre la aceptación y la inquietud, entre el flujo incontrolable y el intento de dominio sobre él. Como ya sugirió Heidegger en su filosofía, el tiempo no es un dato externo y absoluto, sino un componente fundamental de la existencia humana, moldeado por la narrativa que cada individuo construye sobre su trayectoria.

Las frases reflejan un ecosistema emocional digital marcado por contradicciones: las redes sociales hieren, pero también curan; aíslan, pero conectan. Como proponen Przybylski *et al.*, (2013), el impacto de estas plataformas depende menos de la tecnología en sí y más de cómo los individuos las habitan ya sea como espejos distorsionados de autoevaluación, ya sea como puentes para reconstruir narrativas de pertenencia.

5. DISCUSIÓN Y RESULTADOS

Durante la netnografía realizada, utilizando la herramienta de búsqueda en el grupo destinada a la identificación de expresiones y palabras clave, se insertó el comando “Obrigado”.

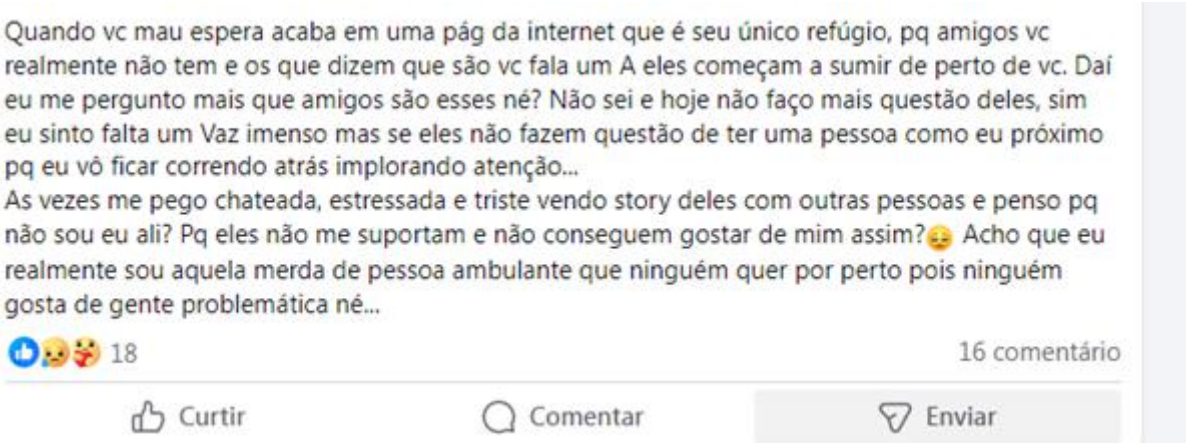


Imagem 1: Publicação de M 1.

Fonte: Facebook (2025).

La publicación de M1 se enmarca dentro de la categoría de Experiencias Personales de Afrontamiento. La publicación de M1 refleja un proceso de reflexión y autoconocimiento, marcado por sentimientos de desilusión, soledad y búsqueda de aceptación. Aunque el tono inicial es de tristeza y frustración, hay un claro movimiento hacia la resiliencia, evidenciado por la decisión de no seguir buscando la validación de personas que no muestran reciprocidad en sus relaciones.

Se alinea con estudios como los de Joiner, Brown & Wingate (2005, 2009), que destacan la importancia de historias de afrontamiento exitosas en la reducción del riesgo de suicidio. La publicación de M1, al enfatizar la importancia de la autopreservación y la dignidad, contribuye a un discurso público más empático y esperanzador para la comunicación responsable sobre salud mental.

La publicación aborda temas como la soledad, la desilusión con las amistades y la autoaceptación. Mah expresa sentimientos de abandono y cuestiona la calidad de sus relaciones interpersonales, pero también demuestra un intento de superación al afirmar que ya no le importan esas amistades. El movimiento entre el dolor y la resiliencia sugiere una narrativa de afrontamiento, en relación con el efecto Papageno, según lo descrito por Niederkrotenthaler *et al.*, (2010).

El lenguaje utilizado por M1 está cargado de emotividad, con términos como "único refugio", "desaparecer de cerca", "suplicando atención" y "mierda de persona ambulante". Estas expresiones reflejan una profunda sensación de desamparo y rechazo, pero también evidencian un proceso de autocrítica y búsqueda de autovaloración. La frase "hoy ya no me importan" indica un punto de inflexión en la narrativa, sugiriendo un intento de resignificación de las experiencias negativas.

El análisis captura la experiencia humana al resaltar la oscilación entre el dolor (soledad, desilusión) y la resiliencia (autopreservación, dignidad). Esto evita una lectura simplista y reconoce la ambivalencia como parte del proceso de curación.

Los emojis utilizados por los comentaristas, como corazones y caras llorando, sugieren una mezcla de empatía, apoyo emocional e identificación con el dolor expresado por Mah. Estos símbolos refuerzan la idea de que la publicación generó una conexión emocional con la audiencia, funcionando como un espacio de acogida y validación.

La publicación ilustra cómo los individuos pueden convertirse en agentes de prevención indirecta al compartir sus historias de superación. Se sugiere compararla con casos similares. Aunque la publicación enfatiza la autopreservación, es válido problematizar hasta

qué punto la responsabilidad del bienestar recae en el individuo sin cuestionar las estructuras sociales que perpetúan la soledad.

Se observa que la publicación de M1 no se limita a una expresión de desesperación, sino que también transmite un mensaje de autopreservación y búsqueda de dignidad. La decisión de no seguir buscando amistades que no valoran su presencia refleja un acto de empoderamiento, aunque esté impregnado de sentimientos de tristeza y nostalgia.

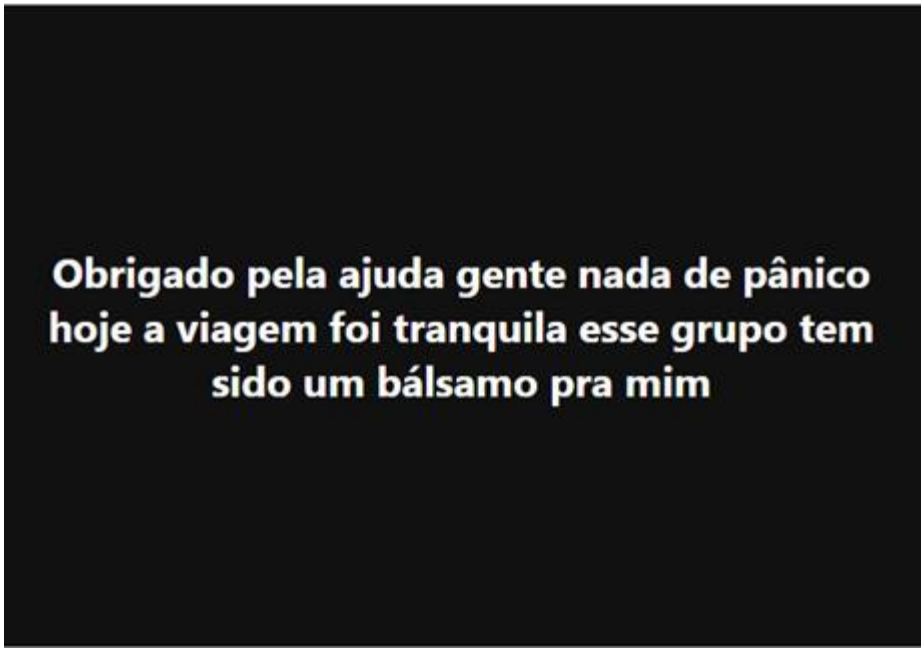


Imagem 2: Publicação de M 2.
Fonte: Facebook (2025).

La estructura lingüística del mensaje fue descompuesta en unidades semánticas, evidenciando una textura discursiva marcada por gratitud ("Gracias por la ayuda"), estabilidad emocional ("nada de pánico"), descripción de una experiencia positiva ("viaje tranquilo") y valoración del grupo como recurso terapéutico ("bálsamo para mí"). La ausencia de marcadores temporales explícitos, excepto "hoy", sugiere inmediatez en la vivencia compartida, mientras que la elección léxica "bálsamo" metaforiza el espacio colectivo como agente mitigador del sufrimiento.

La relación con el efecto Papageno emergió en la articulación entre afrontamiento activo ("ayuda", "tranquilo") y construcción de esperanza, elementos que se relacionan con la categoría 1 (Experiencias personales de afrontamiento). La neutralidad tonal, según se indicó, se observó en la ausencia de dramatización, contrastando con narrativas de ideación (categoría 2).

Se identificó una narrativa de resiliencia estructurada en tres pilares: reciprocidad ("ayuda"), autorregulación emocional ("nada de pánico") y sentido de pertenencia ("grupo"). La expresión "bálsamo" operó como núcleo hermenéutico, simbolizando no solo alivio, sino también una dinámica relacional capaz de resignificar experiencias críticas.

La reinterpretación a la luz del marco teórico confirmó la ausencia de rasgos asociados a las categorías 2 a 6. La publicación no relató ideación, casos o prevención directa, ni se configuró como mera concienciación (categoria 4). La énfasis en la colectividad ("gente", "grupo") resonó con estudios sobre redes de apoyo como factor protector (Niederkrotenthaler, 2022), corroborando el potencial del efecto Papageno en entornos digitales.

La tríada reciprocidad-autorregulación-pertenencia, identificada como pilar de la resiliencia, dialoga con la teoría del capital social de Putnam (2000), que asocia las redes de apoyo con la capacidad de superar adversidades. El término "grupo", elevado a la categoría de núcleo hermenéutico, remite a Maffesoli (2014) y su noción de tribus urbanas, en las cuales la identidad colectiva sustituye al individualismo en situaciones de vulnerabilidad. La metonimia del "viaje tranquilo" como representación de la jornada existencial resuena con Ricoeur (1975), para quien la narrativa es un acto de configuración del yo, transformando experiencias caóticas en tramas coherentes.

La exclusión de las categorías 2 a 6 se justifica a la luz de Goffman (1955), cuya teoría de los marcos de experiencia demuestra que la ausencia de indicadores de ideación o prevención directa delimita el encuadre del mensaje dentro del testimonio resiliente. La énfasis en la colectividad ("gente", "grupo") corrobora a Niederkrotenthaler (2016), quien identificó en entornos digitales la emergencia de comunidades epistémicas capaces de generar efectos protectores mediante el intercambio de vivencias.

La confrontación con el marco teórico permitió validar la categorización inicial (clase 1), ampliando su profundidad analítica. La metáfora del "bálsamo", por ejemplo, trasciende la mera figura estilística, articulándose con modelos de curación narrativa (Frank, 1995), en los cuales el lenguaje opera como mediador entre el trauma y la reconstrucción identitaria. La mención del "viaje tranquilo", inicialmente interpretada como una descripción factual, se reveló, bajo la óptica de Bruner (1991), como un acto narrativo que organiza la temporalidad y la intencionalidad, reforzando la coherencia de la experiencia relatada.

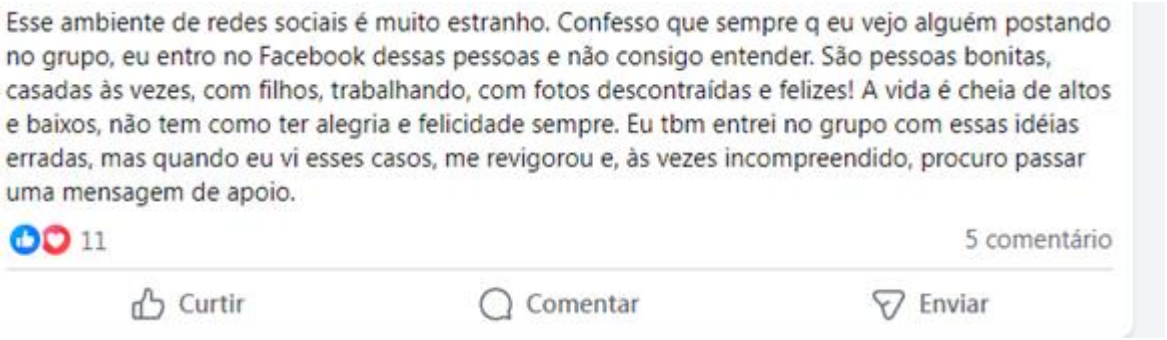


Imagem 3: Publicação de M 3.

Fonte: Facebook (2025).

El análisis de M3 sobre las redes sociales, marcado por una crítica a las representaciones idealizadas de la felicidad y una defensa de la desventaja, resuena significativamente con las reflexiones de Sherry Turkle (2011). En *Alone Together: Why We Expect More from Technology and Less from Each Other*, Turkle (2011) abordó la paradoja de las conexiones digitales, destacando que, aunque estas prometen acercar a las personas, a menudo terminan generando aislamiento, atrapando a los individuos en performances de perfección que ocultan sus vulnerabilidades.

La "disonancia" que M3 identifica entre las vidas idealizadas en las redes y la realidad caótica refleja exactamente este mecanismo de alienación. Cuando M3 cuestiona las "ideas erróneas" difundidas en las redes sociales, parece responder al concepto de curaduría de vidas de Turkle (2011), es decir, vidas editadas que distorsionan la realidad. Así, la búsqueda de daños, según sugiere M3, puede entenderse como una forma de resistencia a la cultura de la performatividad. M3 parece intentar sustituir la ilusión de perfección por una conexión más evidente, incluso si esto implica enfrentar la incomodidad de la imperfección.

Esta valorización de la imperfección encuentra resonancia en las ideas de Brené Brown, quien defiende la vulnerabilidad como la raíz de la resiliencia emocional. La trayectoria de M3, desde el sentimiento de ser "incomprendido" hasta el colapso que lo lleva a encontrar apoyo, refleja la dinámica que Brown (2023) describió: al compartir implícitamente sus altibajos, M3 transforma la soledad en pertenencia, mostrando que la exposición a las fragilidades, incluso de manera sutil, puede servir como un antídoto a la superficialidad digital.

La expresión *revigorou*, utilizada por M3, puede interpretarse como un indicativo de que la empatía, incluso en entornos virtuales, ejerce un poder curativo. Si las redes sociales funcionan, como propuso Turkle (2011), como escenarios de máscaras, la narrativa de M3

sugiere que, detrás de esas máscaras, hay espacio para vínculos genuinos, siempre que exista el coraje de desmontar las fachadas.

La posibilidad de establecer conexiones auténticas en medio de la superficialidad cuestiona la teoría de los lazos débiles de Mark Granovetter (1973). Para el sociólogo, las interacciones superficiales son útiles para la difusión de información, pero son incapaces de proporcionar un apoyo emocional profundo. M3, al criticar las “fotos despreocupadas”, que simbolizan esta superficialidad, defiende que las redes sociales pueden ser más que eso. Su llamado a una "convivencia más auténtica" sugiere que las desventajas tienen el potencial de transformar lazos frágiles en puentes de apoyo mutuo. ¿Podrían las plataformas digitales, al sustituir la performatividad por la vulnerabilidad, como propone Brown (2023), superar su naturaleza fragmentaria y crear comunidades capaces de sostener afectos reales?

Jean Twenge (2020) presentó un contrapunto relevante a esta esperanza. En *iGen*, demostró cómo la exposición a estándares irreales de felicidad en línea alimenta la ansiedad y el sentimiento de insuficiencia, especialmente entre los jóvenes. La "sensación de extrañeza" experimentada por M3 al encontrarse con vidas aparentemente perfectas refleja esta dinámica tóxica. Su crítica a las "ideas erróneas" sobre la felicidad parece resonar con las advertencias de Twenge (2020): la comparación social generada por las redes sociales no es inocente. Sin embargo, la propia conciencia (categoria 4), crítica de M3, su alfabetización mediática emocional,podría servir como un antídoto. Al exponer la artificialidad de estas narrativas, ofrece un modelo de resistencia, un recordatorio de que, detrás de cada publicación "feliz", hay una realidad no editada.

Esta defensa de la supervivencia como forma de resistencia remite a las ideas de Erich Fromm (2000), quien propuso la dicotomía entre *tener* y *ser*. Para Fromm (2000), las sociedades obsesionadas con las apariencias (el "tener") descuidan la profundidad del "ser", la esencia humana más allá de las posesiones y las imágenes. M3, al contrastar la "felicidad performativa" con la accesibilidad de las imperfecciones, parece incorporar esta crítica. Su narrativa no sería, por lo tanto, un llamado a que las redes sociales se transformen en espacios de *ser*, donde la existencia humana sea celebrada en lugar de ocultada. El énfasis en destacar los "altibajos" desafía la lógica del espectáculo, proponiendo, en su lugar, una ética de la integridad, en la que las imperfecciones no son fallas, sino expresiones de la humanidad.

Sharot & Sunstein (2020), al estudiar cómo el cerebro distorsiona la felicidad ajena, señalaron la raíz cognitiva del malestar descrito por M3. Las vidas de optimismo nos llevan a creer que los demás son más felices, y las redes sociales exacerban esta ilusión. Al denunciar la falsedad de las vidas "perfectas" en línea, M3 ofrece un contrapunto a esta exclusión. Su

mensaje, al normalizar los desafíos universales, funciona como un correctivo cognitivo: si todos enfrentan "altibajos", la comparación social pierde su sentido. En este gesto, no solo hay una crítica, sino también un mensaje de esperanza: el de que, al sustituir mitos por verdades compartidas, podemos transformar nuestra relación con el entorno digital.

La experiencia de M3 establece un diálogo silencioso con estas voces académicas. De Turkle (2011) a Sharot & Sunstein (2020), su reflexión personal se convierte en un manifiesto colectivo: las redes sociales no necesitan ser territorios de ilusión. Pueden, de hecho, ser reinventadas como espacios donde las desventajas con todas sus asperezas y bellezas nos recuerden que, detrás de cada pantalla, hay seres humanos tan imperfectos como nosotros.

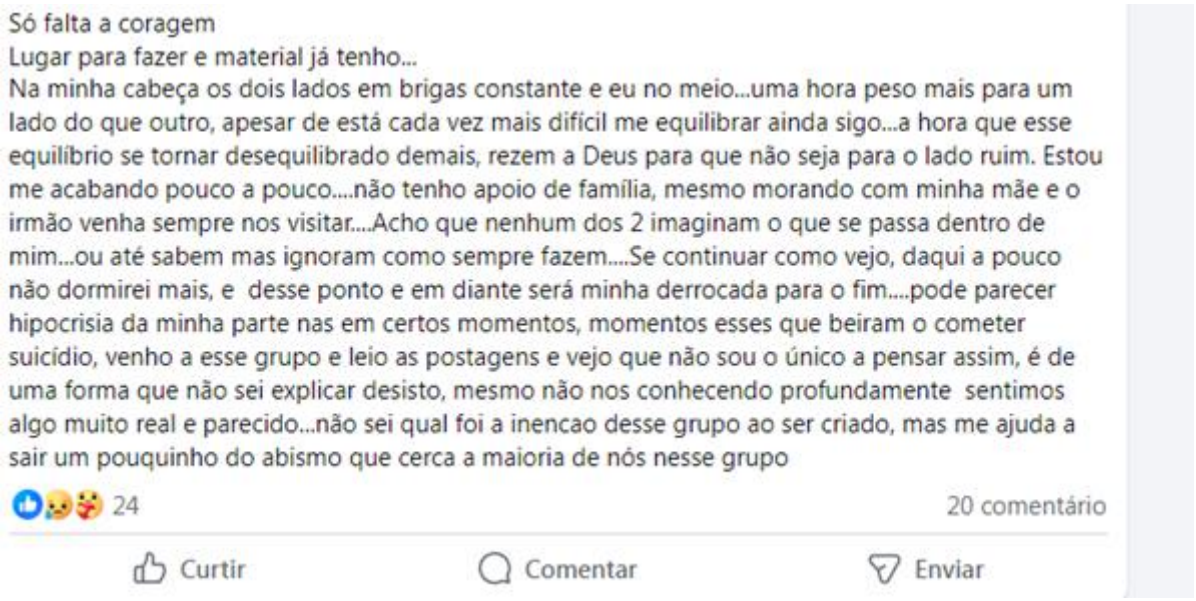


Imagem 4: Publicação de M 4.

Fonte: Facebook (2025).

La lucha interna entre "coraje" y "desequilibrio" remite a la teoría de Aaron Beck (1979) sobre la tríada cognitiva de la depresión (Cognitive Therapy and the Emotional Disorders, 1979). Beck (1979) postuló que la depresión surge de esquemas mentales negativos arraigados en tres dimensiones: visión negativa de uno mismo, del mundo y del futuro. La sensación de estar "desequilibrado" y al borde del "abismo", descrita en la publicación, refleja esta tríada: el individuo se percibe frágil ("derrocada"), el ambiente como hostil ("desespero") y el futuro como amenaza ("fin"). Aunque la publicación menciona factores como el desempleo y el aislamiento, el enfoque no está solo en alertar sobre estadísticas o problemas, sino en proponer soluciones integradas, lo que lo acerca más a la prevención (5).

Sin embargo, la mención de la "búsqueda de conexión" introduce un contrapunto: Beck (1979) también destacó que la reestructuración cognitiva, muchas veces mediada por

apoyo social, puede romper este ciclo. Como la interacción con el grupo, mencionada en la publicación, actuaría como un "antídoto" a estos esquemas, sustituyendo la autoexigencia por aceptación. La énfasis en el grupo como "red de protección emocional" se relaciona con los estudios de Wampold & Freund (1987) sobre factores terapéuticos en grupos. Los autores identificaron mecanismos como universalidad (percibir que otros comparten sus luchas) y cohesión grupal como centrales para la curación.

Cuando el autor escribió su publicación como "fuentes de consuelo", se hace evidente cómo la exposición de vulnerabilidades en espacios colectivos genera identificación, un proceso que Niederkrotenthaler *et al.,* (2010), en sus estudios sobre el Efecto Papageno, asocian con la reducción del riesgo suicida al normalizar el dolor y promover narrativas de superación. ¿Sería la solidaridad digital, como la mencionada, una extensión contemporánea de estos mecanismos, adaptada a la era de las redes sociales?

La oscilación entre "vulnerabilidad" y "resiliencia" resuena con el trabajo de Masten (2001) sobre la resiliencia como proceso dinámico. Masten argumenta que la resiliencia no es un rasgo fijo, sino un conjunto de respuestas adaptativas alimentadas por recursos internos (autoeficacia) y externos (apoyo social). La descripción de momentos de "angustia profunda" intercalados con la búsqueda activa de "equilibrio" refleja esta dinámica: incluso en crisis, la referencia a la "familia" y al "grupo" sugiere que el individuo moviliza redes de apoyo como anclas. ¿Cómo conciliar, sin embargo, esta visión optimista con la realidad de que los sistemas de apoyo muchas veces fallan debido a estigmas o aislamiento estructural?

La ideación suicida implícita ("abismo", "fin") se conecta con la Teoría Interpersonal del Suicidio de Joiner (2005), que propuso que el deseo suicida emerge de la combinación de un sentido de pertenencia frustrado ("nadie me entiende") y ser una carga ("derrocada"). En la publicación, la angustia existencial parece coexistir con el intento de mitigar estos factores a través del apoyo grupal ("solidaridad"). La publicación encaja en la Categoría 2 (Ideación sin enfrentamiento), aunque la descripción de angustia, existen elementos claros de resiliencia y búsqueda de apoyo, excluyendo esta opción.

La pregunta que surge es: ¿hasta qué punto las comunidades en línea, a menudo fragmentadas, pueden sustituir los lazos presenciales en la reducción del "pertenecimiento frustrado"? Estudios como los de Primack *et al.,* (2017) advierten que las redes sociales pueden aumentar la soledad, pero el relato aquí sugiere lo contrario. ¿Habría un umbral en el que la calidad de las interacciones digitales las hace terapéuticas?

La depresión, abordada como una experiencia, resuena con la Teoría Biopsicosocial de Engel (1977), que desafió los reduccionismos al integrar factores biológicos (desequilibrio

neuroquímico), psicológicos (conflictos internos) y sociales (falta de apoyo). La mención de la "conscientización sobre salud mental" en la publicación refleja la necesidad de intervenciones igualmente integradas.

Como ejemplo, Herrman (2017) defendió que las campañas de prevención del suicidio deben combinar políticas públicas (acceso a empleo) y apoyo comunitario. La angustia del autor, por lo tanto, no sería solo individual, sino síntoma de fallas sistémicas.

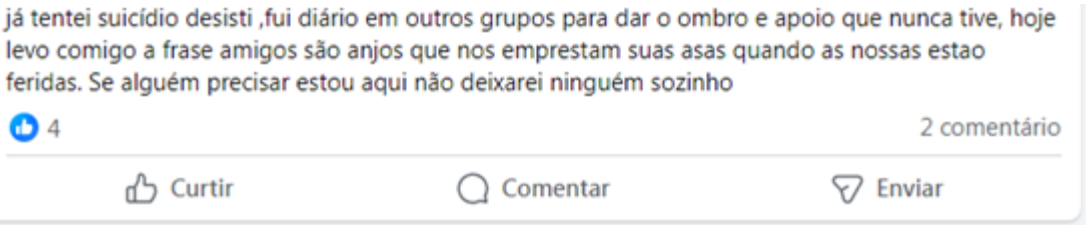


Imagem 5: Publicação de M 5.
Fonte: Facebook (2025).

El post en análisis evidencia la experiencia personal de superación de un individuo que, después de desistir de un intento de suicidio, se vuelve activo en el apoyo emocional a otros. La metáfora "los amigos son ángeles que nos prestan sus alas cuando las nuestras están heridas" encapsula un sentimiento de esperanza y curación, caracterizando una narrativa de afrontamiento con un tono predominantemente positivo. Esta expresión sugiere una transformación personal, donde el dolor y la vulnerabilidad se transcienden mediante el apoyo mutuo y la solidaridad.

Durkheim (2004) argumentó que los lazos sociales fuertes reducen el riesgo de comportamientos autodestructivos, ya que crean un sentido de pertenencia. La metáfora de las "alas prestadas" puede interpretarse como una manifestación de esta integración, en la que la red de apoyo actúa como un mecanismo de cohesión social, relacionado con la idea de que la conexión humana es vital para superar las crisis. La importancia del compromiso comunitario destacado en el post corrobora la tesis de que la solidaridad es un antídoto a la desesperanza (categoría 1).

Aunque el autor menciona explícitamente un intento de suicidio en el pasado, el enfoque principal de la publicación reside en la superación y en la oferta de apoyo a terceros. Este desplazamiento temático posiciona la narrativa más fuertemente en la categoría de experiencias personales de afrontamiento, según lo definido por Metzler, Baginski, Niederkrotenthaler y Garcia (2022). La mención al intento de suicidio, aunque relevante, no

domina el discurso, que se concentra en la resiliencia y en la capacidad de ayudar a otros en situaciones similares.

El post no hace referencia a casos específicos de suicidio consumado o evitado, ni aborda directamente cuestiones de concientización sobre tasas de suicidio o factores asociados, como la depresión o el desempleo. Sin embargo, la experiencia personal narrada puede contribuir indirectamente a la concientización, al humanizar la discusión sobre el tema y resaltar la importancia del apoyo emocional.

El relato de superación y resignificación del dolor puede analizarse a la luz del concepto de Sentido de Coherencia (SOC), propuesto por Antonovsky. El SOC involucra tres dimensiones: comprensibilidad (entender la crisis), manejabilidad (creer en recursos para afrontarla) y significatividad (encontrar propósito en la adversidad). La narrativa del post refleja estas dimensiones: el individuo no solo comprende su experiencia traumática, sino que también la transforma en motivación para ayudar a otros, atribuyendo significado a su propio dolor. Antonovsky enfatiza que la capacidad de encontrar sentido en las adversidades es central para la resiliencia (Antonovsky, 1979), lo que dialoga directamente con el énfasis del texto en la transformación personal y en el apoyo mutuo como formas de curación.

Al ofrecer apoyo y solidaridad, el autor demuestra una forma de prevención a nivel individual, aunque no presenta información detallada sobre soluciones o iniciativas de salud pública. La narrativa, por lo tanto, refleja un proceso de resignificación personal y compromiso comunitario, elementos para la comprensión de las dinámicas de superación y prevención en el comportamiento suicida (categoría 5).

La transición de una experiencia de vulnerabilidad extrema (el intento de suicidio) hacia una postura activa de apoyo a otros puede asociarse al concepto de mentalidad de crecimiento, de Dweck (2006). Los individuos con esta mentalidad ven los desafíos como oportunidades de aprendizaje y creen en la capacidad de transformación personal. El post ejemplifica esta dinámica: al resignificar su propio dolor como fuente de empatía, el autor demuestra una ruptura con una mentalidad fija (asociada con la desesperación) y adopta una visión de crecimiento, en la que la vulnerabilidad se convierte en la base para la conexión y acción proactiva. Dweck (2006) destacó que la resiliencia emocional es la capacidad de enfrentar adversidades.

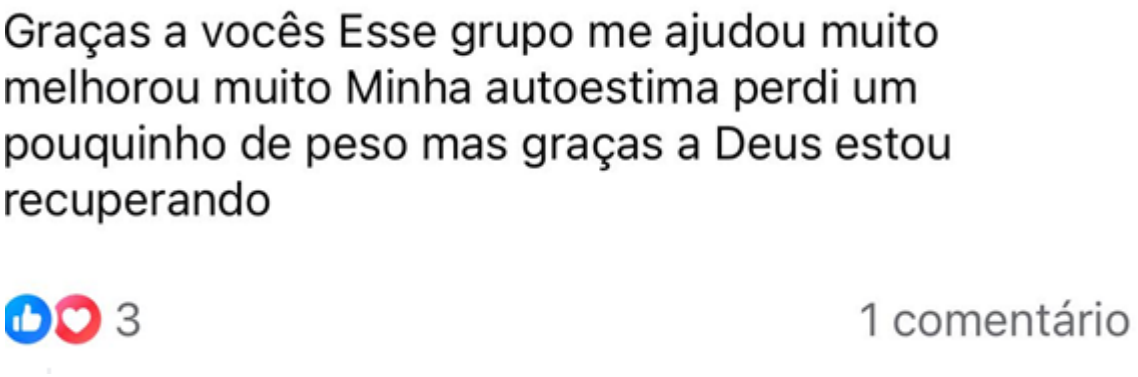


Imagem 6: Publicação de M 6.

Fonte: Facebook (2025).

La publicación de M6 expresa su gratitud hacia el grupo al relatar las mejoras en su autoestima y el progreso en su recuperación tras una leve pérdida de peso. La experiencia relatada evidencia la función del grupo como un espacio de apoyo emocional y intercambio de experiencias.

M6, al compartir su recuperación y gratitud, ejemplifica este efecto: su historia funciona como un contrapunto esperanzador a la desesperanza asociada con la depresión, la idea de que los relatos de enfrentamiento exitoso tienen poder preventivo.

Inicialmente, se observa que el tono del mensaje, aunque menciona temas como depresión y suicidio, se concentra predominantemente en una narrativa de gratitud y progreso personal. M6 expresa reconocimiento por un grupo que contribuyó a la mejora de su autoestima y a la pérdida de peso, indicando una trayectoria de avances significativos en su vida.

Las palabras clave identificadas en la publicación, como "depresión", "suicidio", "autoestima", "perdí peso" y "gracias a Dios", sugieren una narrativa de superación de adversidades. La selección léxica apunta a un camino marcado por desafíos personales, pero también por un tono de gratitud y esperanza. La mención de la pérdida de peso y la mejora de la autoestima refuerza la idea de un proceso de transformación positiva.

La mejora en la autoestima de M6, asociada con la pérdida de peso, puede analizarse a través de la teoría de la comparación social de Festinger (1954). Sin embargo, su relato desafía la dinámica tóxica descrita por Twenge (2020), en la que las comparaciones en línea generan ansiedad. M6 invierte esta lógica: su progreso personal, compartido como testimonio de superación, transforma la comparación en inspiración colectiva, relacionada con las estrategias positivas de afrontamiento.

El tono general de la publicación está caracterizado por una positividad y gratitud, incluso ante la mención de cuestiones graves como depresión y suicidio. M6 demuestra estar

en un proceso de recuperación, evidenciado por la expresión de agradecimiento y la referencia a los avances alcanzados. Este tono contribuye a una lectura que enfatiza la resiliencia y la capacidad de superación.

Al integrar estos elementos, la interpretación global de la publicación revela un testimonio personal de superación. M6 comparte su experiencia de enfrentamiento a la depresión y pensamientos suicidas, destacando el apoyo recibido y los avances realizados. La expresión "gracias a Dios" sugiere que la dimensión espiritual o religiosa es relevante en su recuperación.

En el caso específico de la publicación de M6, es posible categorizarla como una Experiencia personal de enfrentamiento (historia de enfrentamiento), ya que expresa un sentimiento de esperanza y mejora, destacando el apoyo recibido y la recuperación de la autoestima y el peso. La publicación evidencia el efecto Papageno, al demostrar cómo la superación de dificultades y el apoyo del grupo contribuyeron a su mejora, sirviendo como un ejemplo positivo que puede ayudar en la prevención del suicidio entre los miembros de la comunidad.

La estructura de la publicación de M6 como una narrativa de redención (superación de adversidades) refleja el concepto de *narrative identity* de McAdams & McLean (2013). Al construir su historia en torno a temas como "gracias a Dios" y "progreso", reconfigura eventos traumáticos en una trayectoria de significado y propósito, proceso que los autores vinculan a la salud mental positiva.

La mención a la recuperación y gratitud tras enfrentar depresión y pensamientos suicidas está relacionada con el modelo de crecimiento postraumático de Tedeschi & Calhoun (2004). M6 ejemplifica cómo las crisis pueden llevar a la reevaluación de valores, el fortalecimiento de relaciones y el redescubrimiento de propósito, elementos centrales de esta teoría. Aunque profundamente dolorosas y potencialmente debilitantes, las crisis pueden funcionar como eventos para el crecimiento postraumático. La experiencia de llegar a los límites de la desesperanza, como en los pensamientos suicidas, representa un "evento sísmico" psicológico, que sacude las estructuras fundamentales de la visión del mundo del individuo. La recuperación, en este caso, no es solo la ausencia de síntomas depresivos, sino un proceso de escape que puede llevar a la gratitud por la vida.

Al reevaluar la publicación con base en el análisis de sus partes, se concluye que el mensaje central es de esperanza y gratitud. M6 utiliza su experiencia para enfatizar la importancia del apoyo externo y la Fe en lo que respecta a la religiosidad, en el proceso de

superación de desafíos personales. La referencia a la depresión y al suicidio sirve para resaltar la gravedad de la situación anterior y el impacto transformador de la ayuda recibida.

La función del grupo como espacio de apoyo resuena con la clásica teoría de Durkheim (1893) sobre la integración social y el suicidio. Para Durkheim (1893), los lazos sociales fuertes reducen el riesgo de suicidio al generar sentidos de pertenencia. La publicación de M6 ilustra cómo las comunidades en línea mitigan el aislamiento.

El tono de gratitud y esperanza en la publicación refleja principios de la psicología positiva de Seligman (2011), quien aboga por centrarse en las fuerzas personales y las emociones positivas como camino hacia la felicidad auténtica. El énfasis de M6 en "gracias a Dios" y "mejoras" resuena con la idea de florecimiento humano (*flourishing*) propuesta por Seligman.

La decisión de M6 de buscar apoyo y compartir su historia puede interpretarse a través del modelo de creencias en salud de Rosenstock (1966). La gravedad de la depresión, combinada con la creencia en la eficacia del grupo como recurso, motivó acciones proactivas para la recuperación, de acuerdo con los pilares del modelo.

El grupo en línea, el apoyo emocional, se conecta con estudios sobre comunidades virtuales terapéuticas. Barak *et al.*, (2008) destacan que los entornos digitales pueden ofrecer anonimato y validación, facilitando la expresión de vulnerabilidades, exactamente lo que M6 vivenció al relatar su jornada.

La expresión "gracias a Dios" sugiere que M6 movilizó estrategias de *coping* espiritual, tal como teorizó Pargament (1997). Para el autor, la fe puede ser un recurso central en la reconfiguración de las crisis, ofreciendo sentido y conexión trascendental durante las adversidades.

Esta interpretación coesa y fundamentada sugiere que la publicación funciona tanto como un agradecimiento como un incentivo para otros que puedan enfrentar desafíos similares. La narrativa construida por M6 ilustra la posibilidad de recuperación y transformación, reforzando la idea de que el apoyo y la perseverancia son elementos fundamentales en este proceso.

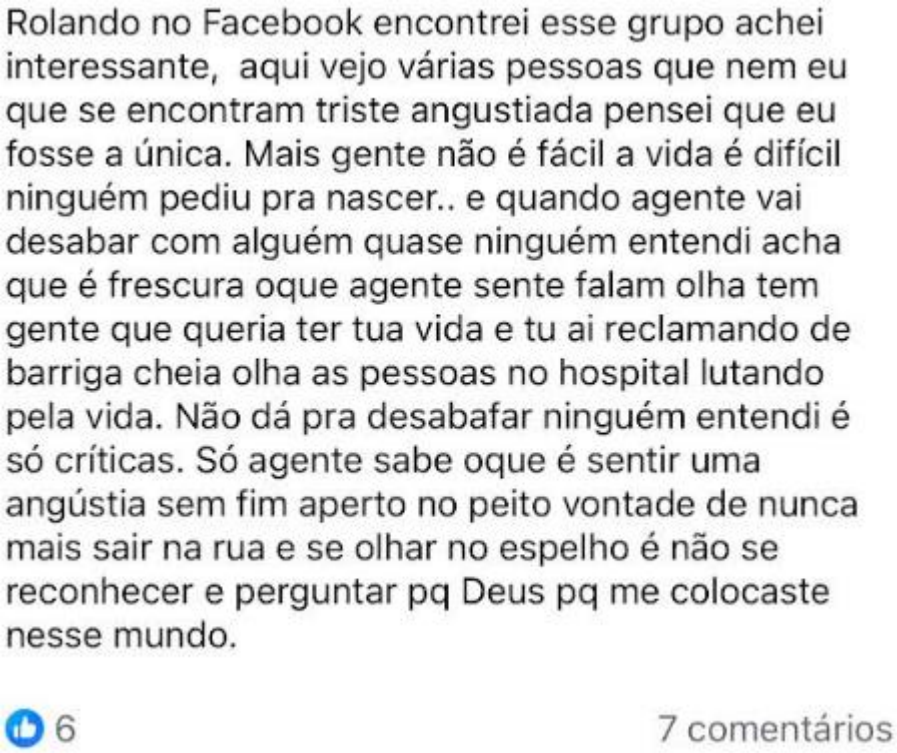


Imagem 7: Publicação de M 7.

Fonte: Facebook (2025).

La publicación analizada articula una dualidad entre el sufrimiento psíquico y la búsqueda activa de conexión, reflejando la experiencia humana en situaciones de crisis existencial. La expresión de angustia y desesperación, asociada a síntomas somáticos como "apretón en el pecho", con descripciones clínicas de cuadros depresivos graves e ideación suicida (Marsh, 2024).

Sin embargo, el acto de compartir estas vivencias en un grupo de apoyo en Facebook revela una estrategia de afrontamiento activa, corroborada por estudios que identifican en el desahogo en línea un mecanismo de regulación emocional y reducción del aislamiento (Barak & Dolev-Cohen, 2006).

La mención a "cuestionamientos existenciales" resalta la dimensión filosófica del sufrimiento, frecuentemente desatendida en enfoques tradicionales de salud mental. Como señaló Marsh (2024), las crisis suicidas están intrínsecamente ligadas a la búsqueda fallida de significado, exigiendo intervenciones que validen el dolor subjetivo sin patologizarlo. La publicación trasciende la mera expresión de desesperanza: constituye un acto político de resistencia al desafiar el estigma social que silencia las discusiones sobre salud mental (Corrigan & Rao, 2012).

La referencia implícita al efecto Papageno –preventivo de narrativas de esperanza en ambientes digitales– cobra relevancia aquí. Niederkrotenthaler *et al.*, (2022) demuestran que

los espacios en línea que privilegian historias de superación, en lugar de romantizar el sufrimiento, pueden reducir el riesgo de suicidio. La búsqueda de un grupo de apoyo en Facebook ejemplifica esta dinámica, ya que tales comunidades funcionan como "microcosmos de resiliencia colectiva", donde el intercambio de experiencias refuerza la agencia individual (Naslund *et al.*, 2017).

Aunque la publicación no ofrece soluciones directas, su énfasis en la construcción de redes de apoyo la sitúa en la categoría 5 de prevención, que prioriza la creación de ambientes seguros para el diálogo. Está respaldada por evidencias de que el simple hecho de pertenecer a un grupo reduce los sentimientos de desesperanza en hasta un 40% (Naslund *et al.*, 2017). El tono confesional del mensaje, por lo tanto, no es un signo de pasividad, sino un acto performativo de reconstrucción identitaria, en el cual la vulnerabilidad se convierte en una transformación (Barak & Dolev-Cohen, 2006).

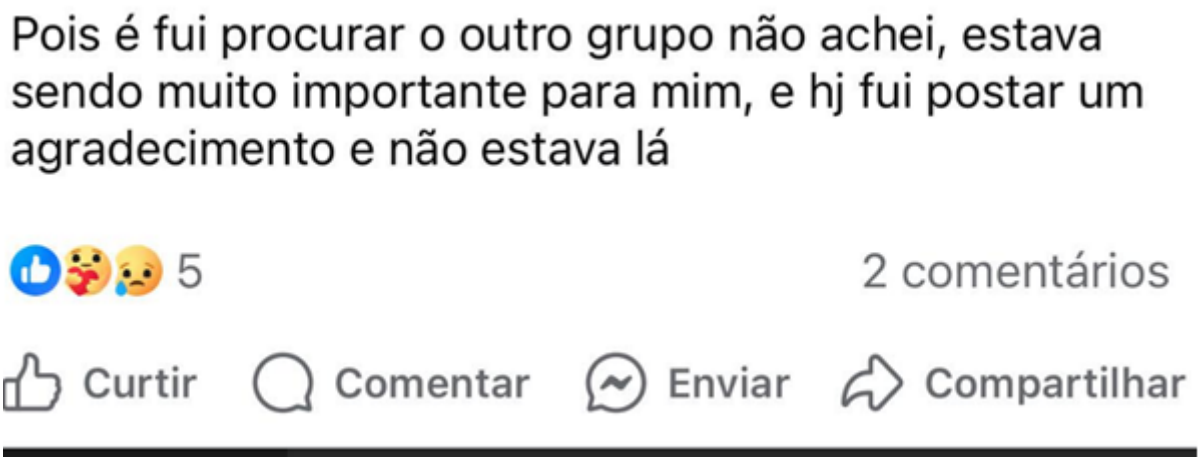


Imagem 8: Publicação de M 8.

Fonte: Facebook (2025).

La publicación de M8, que evidencia la pérdida de un grupo de apoyo en línea ("Mentes Suicidas") y su búsqueda por mantener conexiones, ilustra cuestiones centrales discutidas en la literatura sobre salud mental, resiliencia y los desafíos de los espacios digitales.

La literatura destaca que los grupos en línea ofrecen accesibilidad, anonimato e inclusividad, factores críticos para individuos que enfrentan el estigma social, como aquellos con ideación suicida. El estudio de Coulson; Bullock & Rodham (2017) refuerza que las plataformas digitales facilitan la autoexpresión sin miedo al juicio; intercambios emocionales y prácticos que fortalecen la resiliencia. En el caso de M8, el grupo anterior funcionaba como un espacio de validación experiencial, donde la reciprocidad de historias similares generaba un sentido de pertenencia para la recuperación en salud mental.

La desactivación de "Mentes Suicidas" por parte de Facebook, debido a violaciones de políticas, refleja un dilema recurrente: equilibrar la seguridad y la libertad de expresión. Newman *et al.,* (2011) señalan que las plataformas digitales enfrentan desafíos para moderar contenidos sensibles sin alienar a usuarios que dependen de estos espacios para apoyo. Esto resalta la necesidad de modelos híbridos de moderación, que combinen directrices claras con sensibilidad hacia las dinámicas de grupos vulnerables.

El intento de M8 de restablecer conexiones después de la desactivación del grupo se relaciona con el concepto de afrontamiento activo, en el cual los individuos buscan recursos sociales para lidiar con adversidades. La investigación de Mao; Xu & Kim (2025) sobre la ayuda mutua durante la COVID-19 demuestra que la expansión de redes sociales y el refuerzo de la autoeficacia son mediadores críticos para el bienestar subjetivo. En el caso analizado, el agradecimiento público de M8 puede interpretarse como un acto de resiliencia narrativa, donde la expresión de gratitud refuerza identidades positivas y esperanza, Efecto Papageno, que asocia historias de superación a la prevención del suicidio.

Además, sobre los arreglos digitales durante la pandemia, se destaca que la pérdida de espacios en línea puede generar vacíos asistenciales, especialmente para poblaciones que ya enfrentan barreras geográficas o socioeconómicas. La persistencia de M8 en buscar nuevos medios de conexión ilustra la importancia de políticas públicas que garanticen la continuidad de servicios digitales, incluso después de la desactivación de grupos específicos.

La eliminación del grupo anterior evidencia la tensión entre lo colectivo y la autonomía individual. Barak & Sadovsky (2008) argumentan que las intervenciones digitales deben priorizar la prevención de daños sin criminalizar la vulnerabilidad, sugiriendo la creación de canales alternativos de apoyo antes de la desactivación total.

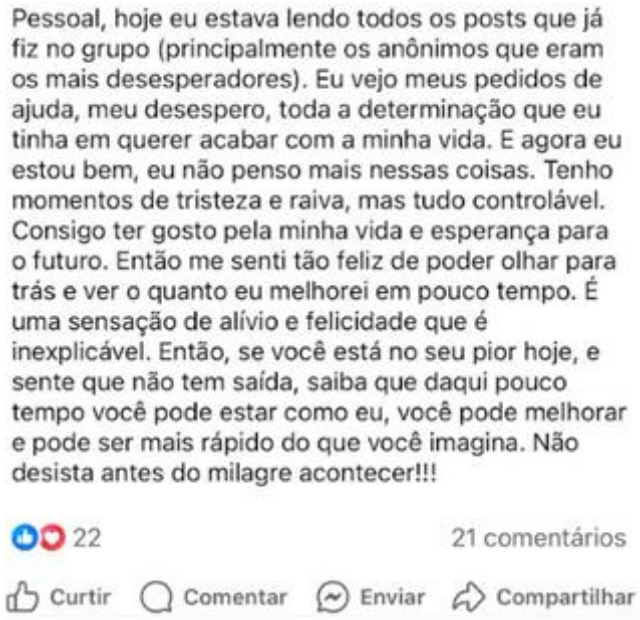


Imagem 9: Publicação de M 9.

Fonte: Facebook (2025).

El mensaje fue fragmentado en unidades significativas, destacándose marcas temporales contrastantes ("hoy" vs. "mirar hacia atrás"), léxicos asociados a la vulnerabilidad ("desesperación", "determinación en querer acabar") y transición hacia la estabilidad ("controlable", "gusto por la vida", "esperanza"). La expresión "no te rindas antes de que el milagro ocurra" se configuró como núcleo retórico, operando como metáfora de ruptura con estados críticos, según Lakoff y Johnson (1980). La ausencia de emojis, inusual en relatos digitales, reforzó la sobriedad tonal, relacionada con la categoría, que admite neutralidad en narrativas de afrontamiento.

La articulación entre el pasado ("publicaciones anónimas desesperantes") y el presente ("ahora estoy bien") resonó con Ricoeur (1991), para quien la identidad narrativa se construye en la dialéctica entre ipse (yo experiencial) e idem (yo continuo). La mención a "mejorar en poco tiempo" introdujo una temporalidad comprimida, contrastando con modelos lineales de recuperación en salud mental (Frank, 2013).

Reintegrando los fragmentos, se identificó una estructura triádica: catarsis ("leer publicaciones antiguas"), transformación ("ya no pienso en esas cosas") y testimonio ("si estás en lo peor"). La expresión "milagro", aunque coloquial, se resignificó como concepto liminal (Turner, 1969), simbolizando cambios no anticipados por la lógica racional. La ausencia de dramatización ("tristeza y ira controlables") se acercó al coping focalizado en el problema (Lazarus, 1991), diferenciándose de relatos de ideación (categoría 2) por el énfasis en la agencia.

La categoría 1 se consolidó en la unión entre afrontamiento activo ("mejoré") y función protectora del grupo, corroborando a Niederkrotenthaler (2020) sobre las narrativas como herramientas de contagio resiliente. La exclusión de las categorías 2 a 6 se justificó por la ausencia de descripciones de método, ideación sin resolución o apelaciones institucionales, según Goffman (1974) en su análisis de cuadros de experiencia.

El mensaje evitó el efecto Werther (Phillips, 1974) al sustituir detalles mórbidos por énfasis en mecanismos adaptativos, conforme a los estudios de Till *et al.*, (2017) sobre el lenguaje no sensacionalista como factor de protección. La noción de "poco tiempo" se confrontó con Esterling *et al.*, (1999), quienes asocian narrativas breves con procesos de elaboración cognitiva acelerada en espacios digitales.

La mención indirecta al grupo ("publicaciones anónimas") se vinculó con Putnam (2000), para quien el anonimato en espacios virtuales puede fortalecer los lazos de confianza, paradójicamente, mediante la suspensión de identidades fijas. La narrativa analizada se constituyó como una performance de resiliencia (Butler, 2024), donde la reelaboración del pasado ("ver lo mucho que mejoré") funcionó como un acto político de autoría sobre la propia historia. La estructura circular, iniciando y concluyendo con apelaciones a la esperanza, reflejó la hermenéutica del self foucaultiana (2004), en la cual el sujeto se reconstruye mediante prácticas discursivas.

La categorización en la clase 1 se mantuvo inequívoca: la ausencia de ambivalencia tonal ("alivio y felicidad inexplicable") y la presencia de marcas de superación ("no te rindas") alejaron las ambigüedades, encuadrando el relato como ejemplar del efecto Papageno. El análisis demostró, además, que la fluidez textual no derivó de un azar, sino de una arquitectura discursiva consciente, donde cada elemento léxico sirvió a la construcción de un ethos de sobreviviente (Amossy & Koren, 2010).

El examen hermenéutico, confrontado con referentes teóricos, validó la eficacia de la narrativa como instrumento de resignificación. La economía de adjetivos, lejos de representar una laguna, siguió el principio de menos es más (Chafe, 1994), privilegiando verbos de acción ("mejoré", "controlable") que enfatizaron agencia sobre pasividad. El mensaje, así, trascendió el relato individual, configurándose como un microcosmos de procesos psicosociales amplios, en los cuales la palabra opera como tecnología de cura.

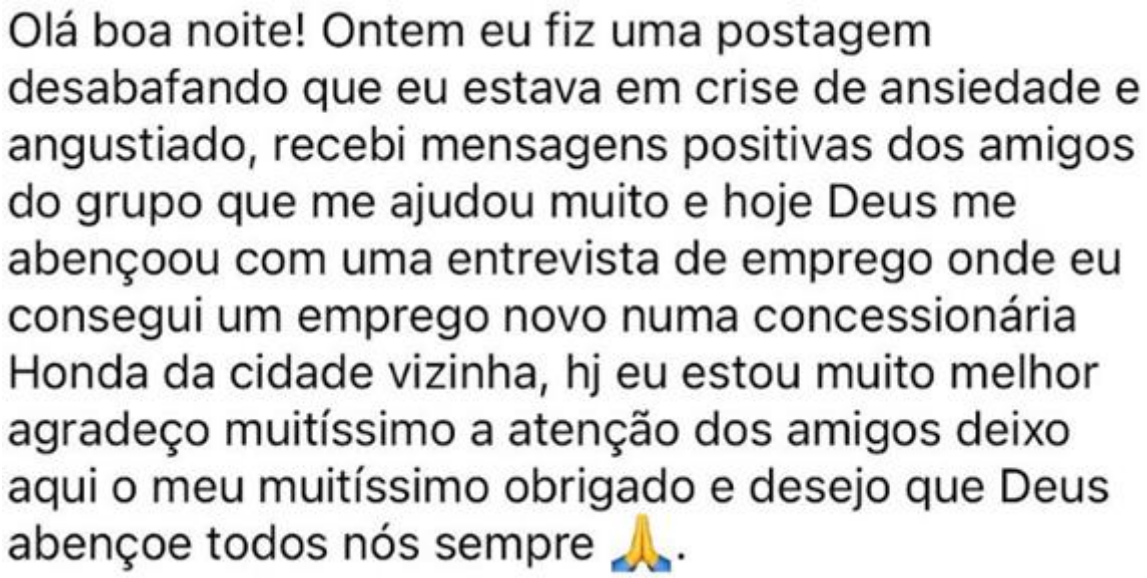


Imagem 10: Publicação de M 10.

Fonte: Facebook (2025).

El mensaje, iniciado con el saludo "¡Hola buenas noches!", narra una experiencia personal de enfrentamiento a una crisis, marcada por palabras evocadoras como “ansiedad” y “angustia”, que indican un estado de sufrimiento psíquico intenso, potencialmente asociado con la ideación suicida o la vulnerabilidad emocional. Tales términos, situados en el espectro de las experiencias narrativas sobre suicidio, fueron analizados con base en la categorización propuesta por Metzler, Baginski, Niederkrotenthaler & Garcia (2022), que sistematiza publicaciones de historias de enfrentamiento en redes sociales.

Ante esta taxonomía, la publicación pertenece a la categoría 1 – Experiencias personales de enfrentamiento, ya que describe una crisis inicial de ansiedad y angustia, seguida de narrativas de superación, esperanza y conexión social. Términos como “mensajes positivos de los amigos del grupo que me ayudaron mucho” y “hoy Dios me bendijo con una entrevista de trabajo donde conseguí un trabajo nuevo en una concesionaria Honda de la ciudad vecina” configuraron un tono esperanzador, evocando estrategias de enfrentamiento que contraponen la ideación suicida, al destacar el apoyo comunitario y la reorientación profesional como alternativas a la desolación.

Esta orientación remite al Efecto Papageno, tal como se delinea en Niederkrotenthaler *et al.,* (2010a) en *Role of Media Reports in Completed and Prevented Suicide: Werther v. Papageno Effects,* donde las narrativas de superación y apoyo social reducen el riesgo de comportamientos suicidas al normalizar la vulnerabilidad y ofrecer modelos positivos de resiliencia.

La mención a “Dios” y la oración final (“deseo que Dios bendiga a todos nosotros siempre”)

introdujeron una dimensión espiritual, interpretada, para Pargament (1997) en *The Psychology of Religion and Coping*, como un recurso de coping religioso, común en crisis, que refuerza la resiliencia mediante la trascendencia.

Los emojis, el rostro sonriente asociado con el estado emocional "agradecido" y las manos en oración al final fueron examinados como signos no verbales cargados de significado cultural y emocional. Según Kress & van Leeuwen (2001), en *Multimodal Discourse: The Modes and Media of Contemporary Communication*, estos emoticones funcionaron como moduladores afectivos, intensificando la gratitud y el llamado espiritual, al mismo tiempo que señalaban el pertenecer a una comunidad digital que valora expresiones emotivas simplificadas. El rostro sonriente indicó un estado de alivio y satisfacción, mientras que las manos en oración reforzaron la dimensión devocional, evocando solidaridad colectiva y esperanza compartida, es el Efecto Papageno al generar conexiones interpersonales.

Con una comprensión inicial del todo, obtenida por el análisis de las partes, la publicación fue revisitada para reevaluar las interpretaciones. La estructura narrativa, marcada por una transición de sufrimiento a gratitud, se reveló como una manifestación contemporánea de la resiliencia descrita por Masten (2001) en *Ordinary Magic: Resilience Processes in Development*, quien identifica el soporte social, aquí representado por el grupo virtual, como un recurso adaptativo dinámico. La mención al empleo en la concesionaria Honda y al apoyo de los amigos reforzó la teoría interpersonal de Joiner (2005), en *Why People Die by Suicide*, al mitigar el "pertenecer frustrado" y el ser una carga, factores centrales para la ideación suicida.

La dimensión espiritual, evidenciada por "Dios" y el emoji, dialogó con los hallazgos de Herrman (2017), que integra políticas públicas y soporte comunitario, incluyendo el religioso, en estrategias preventivas. Sin embargo, la ausencia de detalles sobre los desafíos estructurales (e.g., desempleo, aislamiento) sugiere una tensión entre el relato individual y las condiciones sociales subyacentes, evocando la Teoría Biopsicosocial de Engel (1977), que exige un análisis integrado de factores biológicos, psicológicos y sociales para comprender la angustia mencionada.

El tono esperanzador y la gratitud expresada contrastaron con los riesgos de idealización digital señalados por Primack *et al.*, (2017), en *Social Media Use and Perceived Social Isolation Among Young Adults in the U.S.*, que advierten sobre la soledad potencialmente amplificada por las redes sociales. No obstante, la publicación de Junior Mizinho demostró que interacciones cualitativas en grupos virtuales, cuando orientadas por apoyo mutuo, pueden operar como antídotos a la alienación, reconfigurando la solidaridad

digital como una extensión de los factores terapéuticos grupales identificados por Wampold & Freund (1987), en *Therapeutic Factors in Group Psychotherapy: A Review*, como universalidad y cohesión.

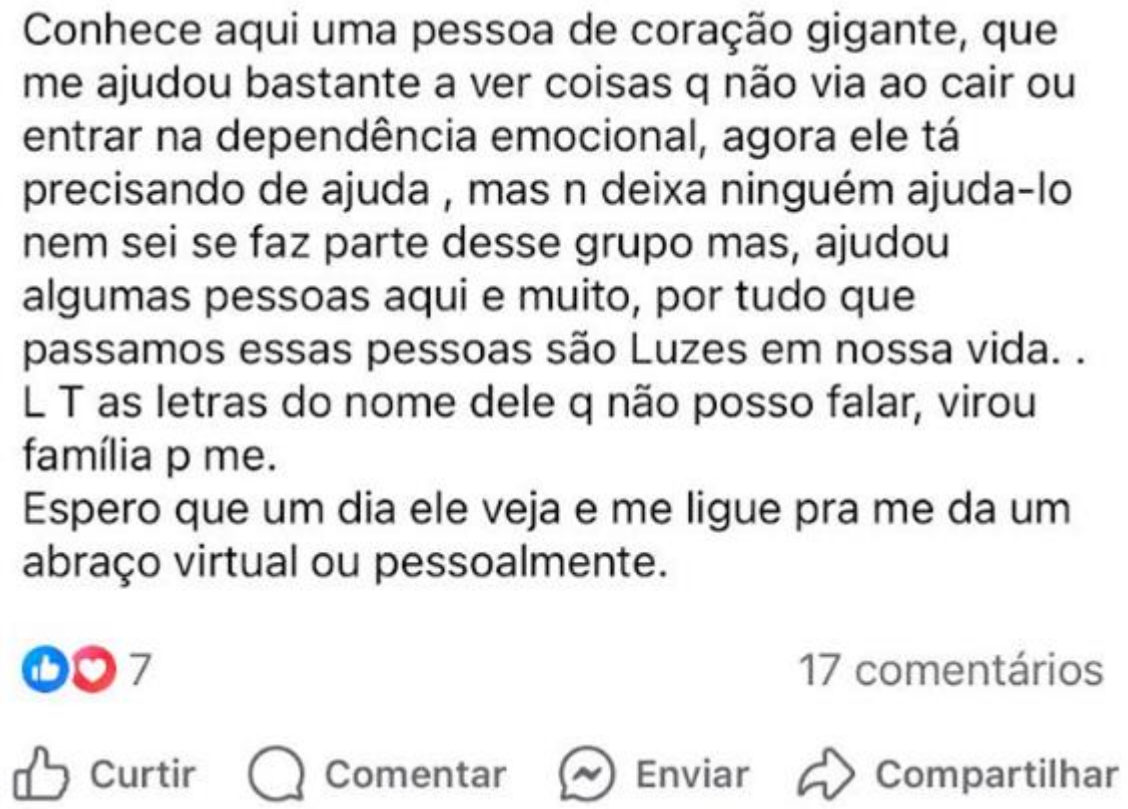


Imagem 11: Publicação de M 11.

Fonte: Facebook (2025).

Con la comprensión inicial del conjunto textual, se obtuvo una visión más integrada, que fue reaplicada a los elementos específicos para un refinamiento interpretativo. La narrativa de Dri Catarina Fonseca se encuadró en la categoría 1 – Experiencias personales de enfrentamiento, conforme a lo propuesto por Metzler, Baginski, Niederkrotenthaler & Garcia (2022), al articular una historia de apoyo mutuo y esperanza, contrarrestando la vulnerabilidad implícita en la necesidad de ayuda del otro. La categorización dialogó con Beck (2009), al sugerir que el apoyo social, representado por el grupo, rompió los esquemas negativos de la visión de uno mismo, del mundo y del futuro, en la reestructuración cognitiva que mitigó la dependencia emocional.

Masten (2001) concibió la resiliencia como un proceso dinámico, sostenido por recursos externos (como el grupo virtual) e internos (como la gratitud expresada). La mención a las “Luces” evocó el modelo biopsicosocial de Engel (1977), al integrar factores sociales

(solidaridad digital), psicológicos (afectos compartidos) y posiblemente biológicos (resiliencia neuropsicológica) en la superación de crisis.

La ausencia de mención explícita a la ideación suicida, combinada con el tono esperanzador, contrastó con los riesgos identificados por Primack *et al.*, (2017), quienes alertaron sobre el potencial de las redes sociales para amplificar el aislamiento. No obstante, la publicación sugirió que interacciones cualitativas en espacios digitales, cuando mediadas por empatía y cohesión, operaron como contraposición a la alienación, reconfigurando la solidaridad virtual como un recurso terapéutico, conforme a Herrman (2017), al integrar el soporte comunitario y las políticas públicas en la prevención.

Los emojis de interacción fueron reinterpretados como marcadores de afecto colectivo, reforzando la cohesión grupal identificada por Wampold & Freund (1987). El ícono de corazón amplió el significado de la gratitud implícita, mientras que los comentarios potenciaron la universalidad, permitiendo que las vulnerabilidades fueran compartidas y normalizadas, en línea con el Efecto Papageno descrito por Niederkrotenthaler *et al.*, (2010b).

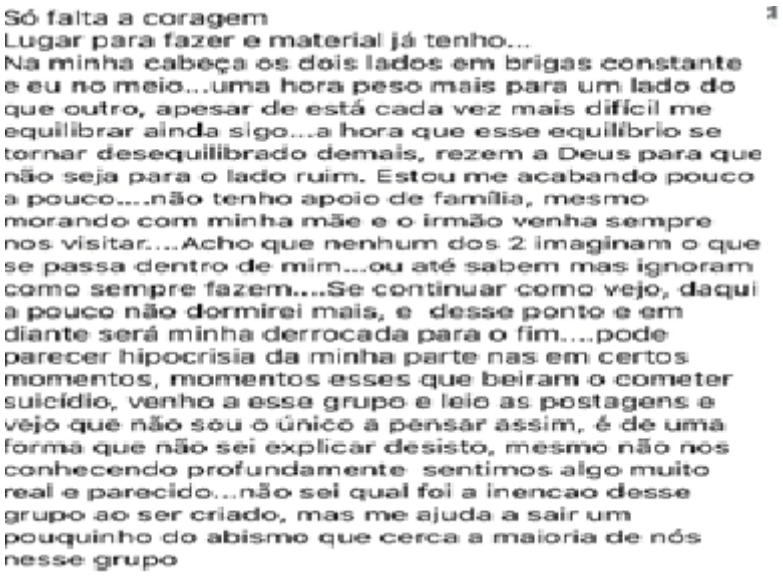

Só falta a coragem
Lugar para fazer e material já tenho...
Na minha cabeça os dois lados em brigas constante e eu no meio...uma hora peso mais para um lado do que outro, apesar de está cada vez mais difícil me equilibrar ainda sigo...a hora que esse equilíbrio se tornar desequilibrado demais, rezem a Deus para que não seja para o lado ruim. Estou me acabando pouco a pouco....não tenho apoio de família, mesmo morando com minha mãe e o irmão venha sempre nos visitar....Acho que nenhum dos 2 imaginam o que se passa dentro de mim...ou até sabem mas ignoram como sempre fazem....Se continuar como vejo, daqui a pouco não dormirei mais, e desse ponto e em diante será minha derrocada para o fim....pode parecer hipocrisia da minha parte nas em certos momentos, momentos esses que beiram o cometer suicídio, venho a esse grupo e leio as postagens e vejo que não sou o único a pensar assim, é de uma forma que não sei explicar desisto, mesmo não nos conhecendo profundamente sentimos algo muito real e parecido...não sei qual foi a inencao desse grupo ao ser criado, mas me ajuda a sair um pouquinho do abismo que cerca a maioria de nós nesse grupo

Imagem 12: Publicação de M 12.

Fonte: Facebook (2025).

La primera capa de lectura se concentra en los elementos constitutivos de la publicación: el contenido del mensaje, las palabras elegidas y su posible relación con el efecto Papageno, según lo delineado por Niederkrotenthaler *et al.*, (2010). El contenido del mensaje revela una narrativa introspectiva, marcada por la descripción de una lucha interna entre impulsos contradictorios: la vacilación frente a la acción suicida y la ausencia de apoyo emocional. Palabras como "coraje", "equilibrio", "desequilibrio", "apoyo" y "abismo"

emergen como vectores centrales, denotando un estado de tensión psíquica intensa, característico de las ideaciones suicidas, según lo descrito por Joiner (2005) en su teoría de la interconexión de factores como el aislamiento y la sensación de carga.

La mención recurrente de un "lugar" y "material" ya preparados sugiere una premeditación concreta, mientras que expresiones como "no dormiré más" y "mi caída hacia el fin" indican una resignación inminente, aunque matizada por momentos de vacilación, como "me falta el coraje". Estos elementos, analizados en conjunto, se vinculan con la categoría "Experiencias personales de ideación y intentos de suicidio", conforme al marco teórico de Metzler, Baginski, Niederkrotenthaler & Garcia (2022), que identifica narrativas de este tipo como aquellas que, sin transmitir enfrentamiento o esperanza, exponen la vulnerabilidad psicológica frente al acto suicida. Tal categorización distancia la publicación de un efecto Papageno, que, según Niederkrotenthaler *et al.*, (2010), ocurre cuando las narrativas de enfrentamiento inspiran alternativas al suicidio, con resiliencia.

La ausencia de esperanza se acentúa aún más por la descripción de relaciones familiares distantes – "no tengo apoyo de la familia, aunque vivo con mi madre y el hermano siempre nos visita" – incomprensión ajena – "ninguno de los dos imagina lo que pasa dentro de mí". Estas formulaciones evocan la teoría de Durkheim (1897) sobre el suicidio anómico, en la que la desintegración de los lazos sociales contribuye al aislamiento individual, exacerbando la ideación suicida. La mención a un "grupo" al que el autor se dirige, interpretada como un espacio virtual de compartición, introduce un ambiente de solidaridad parcial, pero insuficiente para mitigar el desespero narrado.

El discurso de M12 se configura como una manifestación auténtica de angustia existencial, marcada por la dualidad entre la contemplación del acto suicida y la vacilación frente a su irreversibilidad. La narrativa, aunque fragmentada en su construcción inicial, revela una coherencia interna al exponer la tensión entre el deseo de fin y la búsqueda de equilibrio, aunque precario. Tal dualidad, interpretada a la luz de Joiner (2005), refleja el conflicto de la carga – "mi caída hacia el fin" – y el llamado implícito al reconocimiento – "nadie imagina lo que pasa dentro de mí".

El autor describe una lucha interna constante, marcada por un conflicto entre la vida y la muerte, que se manifiesta en una dualidad de pensamientos y emociones. La frase "Sólo falta el coraje" evidencia la proximidad del acto suicida, sugiriendo que el autor ya posee un plan estructurado y los medios necesarios para concretarlo. Esta afirmación no solo revela la gravedad de su condición psicológica, sino también destaca la inminencia del riesgo. La vacilación expresada en la frase, sin embargo, indica la presencia de un conflicto interno, en

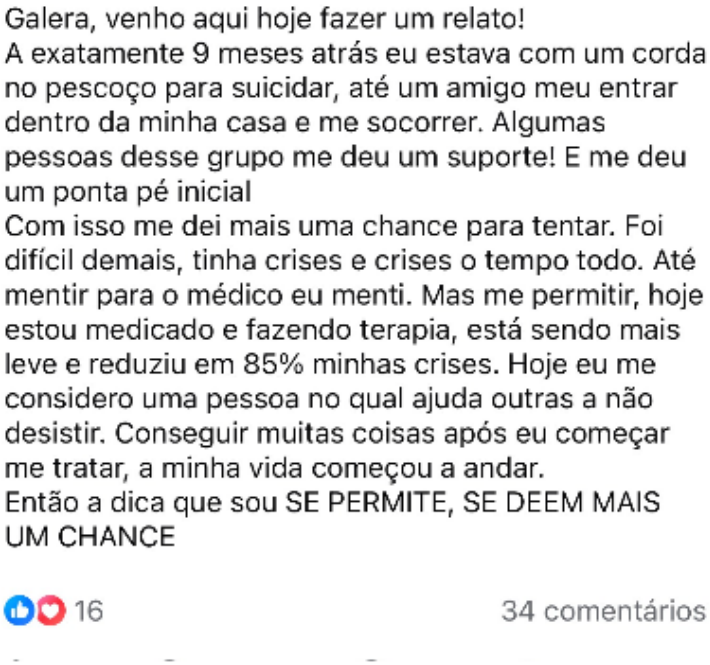
el que la decisión final aún no ha sido tomada. Este estado de ambivalencia es característico de individuos que experimentan ideación suicida, según lo señalado por estudios como los de Shneidman (2001), que describen el "dolor psíquico intolerable" como un factor central en el comportamiento suicida.

Además, el autor menciona la falta de apoyo familiar, un factor de riesgo significativo para el suicidio, según lo destacado por Joiner; Brown & Wingate, (2005) en su teoría de "pertenencia frustrada". La soledad y el aislamiento emocional son elementos recurrentes en el relato, reforzando la sensación de desesperación y desamparo. La ausencia de una red de apoyo eficaz agrava la vulnerabilidad del autor, aumentando la probabilidad de que el equilibrio precario entre la vida y la muerte se deshaga en favor del acto suicida.

Aunque la publicación esté predominantemente marcada por un tono de desesperanza, hay indicios de estrategias de enfrentamiento, aunque frágiles e incipientes. El autor relata que, en momentos de crisis, busca refugio en un grupo en línea, donde lee publicaciones de otras personas que viven situaciones similares. Este comportamiento puede interpretarse como un intento de encontrar conexión y comprensión en un espacio de aislamiento social y emocional.

La búsqueda de espacios de compartición de experiencias es un mecanismo de enfrentamiento que puede mitigar sentimientos de soledad y desesperanza, conforme lo sugieren estudios sobre el efecto Papageno (Niederkrotenthaler *et al.*, 2019). Al compartir su experiencia, el autor revela la profundidad de su sufrimiento psicológico y la falta de apoyo familiar, elementos que con frecuencia son descuidados o subestimados. La mención del aislamiento emocional y la ausencia de diálogo con familiares cercanos, como la madre y el hermano, destaca la importancia de reconocer las señales de alerta y ofrecer apoyo adecuado a individuos en situación de riesgo.

La concientización sobre el suicidio es un componente esencial para la prevención, según lo destacado por O'Connor y Portzky (2018), quienes enfatizan la necesidad de desestigmatizar el tema en la educación sobre salud mental. El relato del autor sirve como una advertencia sobre la importancia de crear espacios de diálogo y acogida, tanto en el ámbito familiar como en la sociedad en general.



.

Imagem 13: Publicação de M 13.

Fonte: Facebook (2025).

La análisis inicial se centra en los elementos constitutivos de la publicación: el contenido del mensaje, las palabras seleccionadas y su relación potencial con el efecto Papageno, según lo postulado por Niederkrotenthaler *et al.*, (2010). El contenido del mensaje narra una experiencia personal de crisis aguda, evidenciada por la descripción de un acto suicida en curso – "estaba con una cuerda en el cuello para suicidarme" – interrumpido por una intervención externa de un amigo y por el apoyo recibido de un grupo virtual. Palabras como "apoyo", "oportunidad", "crisis", "terapia" y "reducción" emergen como ejes semánticos que denotan una transformación de vulnerabilidad a enfrentamiento activo, caracterizado por esperanza y estrategias de afrontamiento.

La mención a mentiras dirigidas al médico y a crisis intensas a lo largo del tiempo revela la profundidad de la angustia inicial, mientras que la posterior descripción de medicación, terapia y reducción de crisis en un 85% indica un proceso de recuperación sostenido por intervenciones clínico-terapéuticas y apoyo social. Tal configuración se vincula a la categoría "Experiencias personales de enfrentamiento (historia de enfrentamiento)", según el marco teórico de Metzler, Baginski, Niederkrotenthaler & García (2022), que identifica narrativas que expresan esperanza, curación y métodos de enfrentamiento, potenciando un efecto Papageno, según Niederkrotenthaler *et al.*, (2010), capaz de inspirar alternativas al suicidio.

La referencia al grupo virtual como fuente de apoyo inicial resuena con las reflexiones de Durkheim (1897) sobre la integración social en la prevención del suicidio, sugiriendo que redes de apoyo, aunque virtuales, pueden interrumpir la trayectoria suicida. La énfasis en cómo alguien que ahora ayuda a otro a no rendirse refuerza la construcción de una identidad resiliente, en concordancia con la teoría de Joiner (2005), que destaca la importancia de la conexión social y la disminución del aislamiento para mitigar la ideación suicida.

La narrativa de M13 se configura como una manifestación de superación, marcada por la transición de un estado de crisis inminente a un proceso de enfrentamiento sostenido por apoyo interpersonal, intervenciones terapéuticas y redes virtuales. La cohesión interna del discurso emerge en la tensión entre la descripción de un acto suicida abortado y la posterior reconstrucción de sentido, evidenciada por la reducción significativa de las crisis y por la autodenominación como agente de apoyo a otro.

Tal trayectoria dialoga con Durkheim (1897), al ilustrar cómo la reintegración social – ya sea por medio de un amigo, de un grupo o de cuidados médicos – contribuyó a la interrupción de la ideación suicida. Además, la narrativa resuena con Joiner (2005), cuya teoría destacó la relevancia de la conexión y la disminución de la carga psicológica para la recuperación. La ausencia de desesperanza y el énfasis en estrategias de afrontamiento posicionan inequívocamente la publicación en la categoría "Experiencias personales de enfrentamiento", según Metzler, Baginski, García & Niederkrotenthaler (2022), con el efecto Papageno que trasciende el ámbito individual para potencialmente influir en los lectores en situaciones análogas.

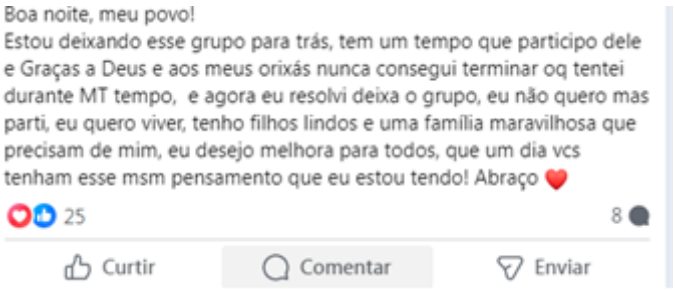


Imagem 13: Publicação de M 13.

Fonte: Facebook (2025).

El mensaje posee componentes clave: ruptura ("dejando atrás"), gratitud espiritual ("gracias a Dios y a mis orixás"), permanencia vital ("no quiero más irme"), y anclaje familiar ("hijos hermosos, familia maravillosa"). La expresión "nunca logré terminar" funcionó como un paradoja lingüística, conjugando fracaso objetivo ("intentos") y éxito subjetivo

("supervivencia"), conforme a la dialéctica de Honneth (1995) sobre el reconocimiento y la autorrealización.

La invocación de entidades religiosas pluralistas ("Dios", "orixás") remite a la noción de capital simbólico (Bourdieu, 1989), donde la fe trasciende lo individual, convirtiéndose en un recurso comunitario. La ausencia de emojis, en contraste con la afectividad del "abrazo" final, sugirió una transición de vínculo digital a concreción existencial, categoría 1, que admite neutralidad tonal en narrativas de enfrentamiento.

Reintegrando los fragmentos, se identificó una estructura binaria: desconexión ("dejar el grupo") y reconexión ("vivir", "familia"). La expresión "para atrás" metaforizó no abandono, sino trascendencia de un ciclo, resonando con Van Gennep (1960) en su teoría de los ritos de paso, donde la salida de grupos simboliza la muerte simbólica y el renacimiento social.

La categorización en la clase 1 se consolidó por la fusión entre enfrentamiento ("decidí dejar") y esperanza activa ("deseo mejoría"), distanciándose de la categoría 2 (ideación sin resolución) por la ausencia de ambivalencia afectiva. La mención a la familia como eje motivacional resonó con Bronfenbrenner (1979), cuya ecología del desarrollo humano posiciona redes primarias como antídotos a la desesperanza.

La despedida, en lugar de configurar aislamiento, reflejó el efecto Papageno (Niederkrotenthaler, 2022) al transformar el grupo en plataforma de transición, no como un fin en sí mismo. Surgieron analogías con Durkheim (1897), para quien los lazos sociales, aunque rotos, dejan residuos protectores.

La doble invocación divina ("Dios", "orixás") dialogó con Koenig (2012), que asocia las prácticas religiosas plurales con la reducción del riesgo suicida mediante la construcción de sentidos trascendentales. La énfasis en "ahora decidí" se vinculó con Heidegger (1927) y su concepto de ser-para-la-muerte, donde la conciencia de la finitud impulsa elecciones auténticas (categoria 4).

El mensaje se configuró como un acto performativo de desapego (Austin, 1962), en el cual el anuncio público de la salida selló un compromiso con la vida. La estructura circular, comenzando y concluyendo con referencias al grupo ("dejando atrás" / "abrazo"), mimetizó la hermenéutica circular gadameriana (1960), donde las despedidas se reinterpretan como nuevos comienzos.

La categorización en la clase 1 (Metzler *et al.*, 2022) se mantuvo inequívoca: la combinación entre tono afirmativo ("quiero vivir") y función testimonial ("deseo mejoría") evitó ambigüedades, encuadrándose como narrativa de coping colectivo (Folkman, 1997). El

análisis reveló, además, que la simplicidad sintáctica ("tengo hijos hermosos") siguió el principio de elocuencia de lo concreto (Benjamin, 1936), en el cual detalles aparentemente prosaicos cargan densidad existencial.



Imagem 14: Publicação de M 14.
Fonte: Facebook (2025).

La publicación se configuró como una performance de resiliencia (Butler, 1997), en la que la reescritura del pasado ("leer publicaciones antiguas") operó como un ritual de autoría sobre la propia historia. La circularidad estructural, comenzando y concluyendo con apelaciones a la esperanza, reflejó la hermenéutica de la sospecha (Ricoeur, 1970), donde la desconstrucción de significados precedentes abre espacio para nuevos sentidos.

La expresión "milagro" se destacó como operador retórico, funcionando como una metáfora de giro existencial, conforme teorizado por Lakoff y Johnson (2003) sobre estructuras conceptuales. La ausencia de emojis, en contraste con la carga afectiva del relato, reforzó la sobriedad tonal, a la categoría 1 de Metzler; Baginski; Niederkrotenthaler & Garcia (2022), que admite neutralidad en narrativas de enfrentamiento.

La construcción "ver lo cuánto mejoré" se articuló con la noción ricoeuriana de identidad narrativa (1991), en la que el sujeto se reconstruye mediante la reconfiguración del pasado. La mención a la temporalidad condensada ("poco tiempo") confrontó los modelos tradicionales de recuperación en salud mental, resonando con Frank (2013), quien señala que las narrativas breves en entornos digitales aceleran los procesos de resignificación.

La expresión "milagro", a pesar de su connotación coloquial, se resignificó como símbolo liminar (Turner, 1969), representando rupturas no reducibles a la lógica causal. La descripción de afectos moderados ("tristeza y rabia controlables") se aproximó al coping

orientado a la solución (Carver *et al.*, 1989), diferenciándose de relatos de ideación (categoría 2) por la énfasis en la autorregulación.

La estructura autorreferencial ("yo veía... ahora veo") se vinculó con Foucault (1988), para quien las prácticas discursivas son instrumentos de reconstrucción identitaria, transformando el caos experiencial en orden narrativo.

La categorización en la clase 1 se confirmó mediante la convergencia entre enfrentamiento activo ("mejoré") y función testimonial, corroborando a Niederkrotenthaler (2020) sobre narrativas como vectores de contagio positivo. La exclusión de las demás categorías se justificó por la ausencia de descripciones metodológicas, ideación sin resolución o apelaciones a la prevención institucional, conforme al encuadre propuesto por Goffman (1974).

La énfasis en la recuperación rápida dialogó con los estudios de Esterling *et al.*, (1999) sobre elaboración cognitiva acelerada en espacios digitales, en los que la inmediatez de las interacciones potencia cambios. La categorización en la clase 1 se mantuvo inequívoca: la combinación entre tono asertivo ("no te rindas") y función protectora ("esperanza para el futuro") evitó ambigüedades, encuadrando el relato como ejemplar del efecto Papageno. El análisis reveló que la economía lexical ("todo controlable") siguió el principio de elocuencia de lo esencial (Benjamin, 1936), en el que la simplicidad formal amplifica la densidad existencial.

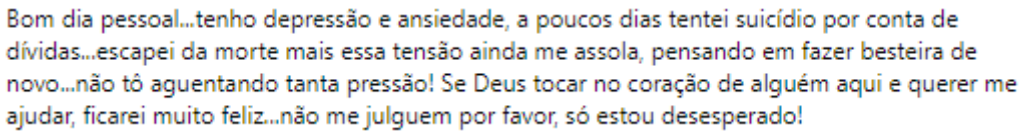

Bom dia pessoal...tenho depressão e ansiedade, a poucos dias tentei suicídio por conta de dívidas...escapei da morte mais essa tensão ainda me assola, pensando em fazer besteira de novo...não tô aguentando tanta pressão! Se Deus tocar no coração de alguém aqui e querer me ajudar, ficarei muito feliz...não me julguem por favor, só estou desesperado!

Imagem 15: Publicação de M 15.

Fonte: Facebook (2025).

Se fragmentaron los componentes discursivos en unidades significativas: marcadores temporales ("Buen día", "pocos días"), diagnósticos autoidentificados ("depresión", "ansiedad"), crisis financiera como catalizadora ("deudas"), y apelación comunitaria ("Si Dios toca..."). La expresión "escape de la muerte" se configuró como metáfora de supervivencia traumática, alineándose con la teoría de Lifton (1993) sobre la simbolización de experiencias límites. La ausencia de emojis, contrastando con la informalidad de "Buen día", reforzó la ambivalencia entre formalidad y desesperación, característica de la categoría 2.

La construcción "pensando en hacer tonterías de nuevo" operó como eufemismo para ideación suicida, una estrategia discursiva analizada por Shneidman (1996) como lenguaje atenuado de dolor psíquico. La apelación a la divinidad ("Si Dios toca...") remite al concepto

de capital espiritual (Pargament, 2001), donde la fe se moviliza como último recurso ante la desesperanza.

Reintegrando los elementos, se identificó una narrativa en espiral: exposición diagnóstica ("tengo depresión"), crisis reciente ("intenté suicidarme"), persistencia del riesgo ("la tensión aún me asola"), y apelación no juzgadora ("no me juzguen"). La expresión "no aguanto más" sintetizó el ethos de agotamiento vital, concepto explorado por Ehrenberg (1998) en sociedades marcadas por presiones performativas.

La categorización en la categoría 2 se justificó por la ausencia de estrategias de afrontamiento o esperanza explícita, diferenciándose de la categoría 1. La mención de la crisis financiera como detonante resonó con Stuckler y Basu (2013), quienes correlacionaron las recesiones económicas con picos de suicidio, evidenciando la materialidad de los factores de riesgo.

La deuda como ruptura del orden económico personal resonó con la anomia durkheimiana (1897), en la que la desregulación social precipita estados de desesperación. La descripción "la tensión aún me asola" se acercó al modelo interpersonal de suicidio (Joiner, 2005), que asocia la ideación con la combinación de desamparo y carga.

El mensaje se configuró como performance de vulnerabilidad (Butler, 1997), donde la exposición cruda del dolor operó simultáneamente como grito de socorro y testimonio involuntario. La estructura no lineal, alternando entre factualidad ("intenté suicidarme") y apelación emocional ("me haría muy feliz"), reflejó la hermenéutica de la fragmentación (Kristeva, 1989), típica de discursos en crisis.

La categorización en la categoría 2 se mantuvo inequívoca: la ausencia de recursos adaptativos o mención de redes de apoyo posicionó el relato como ejemplo paradigmático de ideación sin resolución. El análisis reveló que la ambigüedad entre la solicitud explícita ("ayúdame") y la autossabotaje implícita ("pensando en hacer tonterías") resonó con la dialéctica del deseo lacaniano (1977), en la que el sujeto oscila entre el llamado a la vida y la pulsión de muerte.

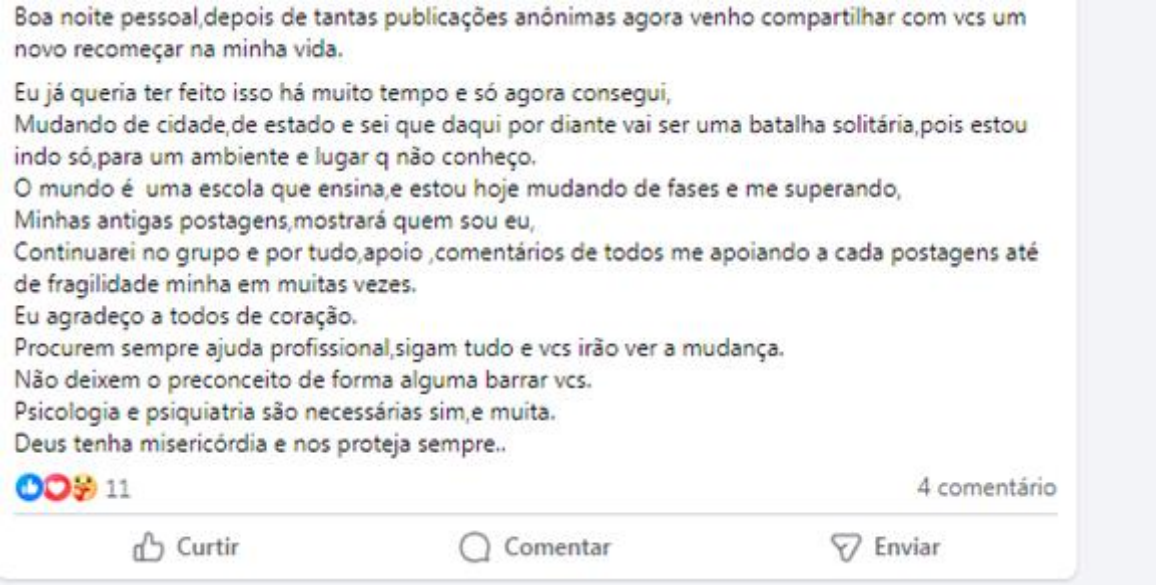


Imagem 16: Publicação de M 16.

Fonte: Facebook (2025).

La expresión "batalla solitaria" se configuró como paradoja discursiva, conjugando aislamiento físico y pertenencia virtual, conforme teorizado por Bauman (2001) sobre comunidades líquidas. La ausencia de emojis, en contraste con la afectividad de "de corazón", reforzó la sobriedad tonal, relacionada con la categoría 1 de Metzler *et al.*, (2022).

La construcción "cambiando de fases" operó como metáfora de reinvención identitaria, resonando con Ricoeur (1990) en su análisis sobre las narrativas como procesos de reconfiguración del self. La mención al anonimato previo ("publicaciones anónimas") se vinculó con Sennett (1977), quien asoció las máscaras sociales con estrategias de protección emocional en situaciones de vulnerabilidad.

La categorización en la clase 1 se confirmó mediante la fusión entre afrontamiento activo ("lo logré") y función testigo, corroborando Niederkrotenthaler (2020) sobre las narrativas como vectores de esperanza difusa. La exclusión de las categorías 2 a 6 se justificó por la ausencia de ideación, descripción metodológica o apelaciones institucionales, según el marco de Joiner (2005) sobre narrativas no provocativas.

El énfasis en el cambio como estrategia de reinvención encontró resonancia en los estudios de Ehrenberg (1998) sobre las sociedades del cansancio, en las que los desplazamientos geográficos representan búsquedas de nuevas identidades. Al reintegrar los elementos de la publicación, se delineó una estructura triádica: la ruptura, evidenciada en la locución “cambiando de ciudad”; la autotransformación, expresada en “superándome”; y el legado, manifestado en el llamado “busquen ayuda”. La mención a un “lugar que no conozco” trascendió la mera transición geográfica, funcionando como metáfora de una liminalidad

existencial, concepto explorado por Turner (1967) en sus estudios sobre los ritos de paso. La evocación de las “publicaciones antiguas” se vinculó con las reflexiones de Goffman (1959), para quien la autorrepresentación en espacios digitales construye fachadas interactivas que moldean las interacciones sociales.

La transición hacia un "entorno desconocido" resonó con la noción durkheimiana (1897) de anomia como catalizadora de reordenamientos normativos, cuando es mediada por redes de apoyo.

El mensaje se configuró como performance de desapego (Butler, 1997), en la cual el anuncio de la partida operó simultáneamente como cierre y nuevo comienzo. La circularidad estructural, iniciando con saludo ("Buenas noches") y concluyendo con bendición ("nos proteja siempre"), mimetizó la hermenéutica de la reciprocidad (Gadamer, 1960), donde las despedidas son actos de devolución simbólica al grupo.

La categorización en la clase 1 se mantuvo inequívoca: la combinación entre tono afirmativo ("continué en el grupo") y función pedagógica ("busquen ayuda") evitó ambigüedades, encajando como narrativa de afrontamiento prospectivo (Aspinwall, 2005). El análisis reveló que la simplicidad léxica ("cambiando de fases") siguió el principio de elocuencia de lo ordinario (De Certeau, 1980), en el cual los términos cotidianos adquieren densidad filosófica en períodos críticos.

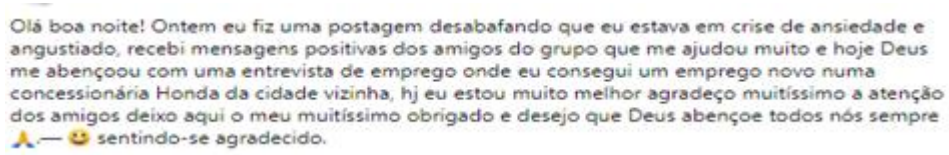

Olá boa noite! Ontem eu fiz uma postagem desabafando que eu estava em crise de ansiedade e angustiado, recebi mensagens positivas dos amigos do grupo que me ajudou muito e hoje Deus me abençoou com uma entrevista de emprego onde eu consegui um emprego novo numa concessionária Honda da cidade vizinha, hj eu estou muito melhor agradeço muitíssimo a atenção dos amigos deixo aqui o meu muitíssimo obrigado e desejo que Deus abençoe todos nós sempre 🙏— 😃 sentindo-se agradecido.

Imagem 16: Publicação de M 16.

Fonte: Facebook (2025).

La publicación tiene características constitutivas de marcaje temporal ("ayer"/"hoy"), estados emocionales contrastantes ("crisis de ansiedad" vs. "mucho mejor"), apoyo comunitario ("mensajes positivos de los amigos") y bendición divina ("Dios me bendijo"). La expresión "conseguí un empleo nuevo" se configuró como clímax narrativo, operando como metáfora de restauración social, conforme a Bourdieu (1986) en su análisis sobre el capital simbólico y la reinserción productiva. El emoji, único elemento no verbal, funcionó como puntuación afectiva (Barthes, 1977), reforzando el tono de felicitación sin romper la sobriedad textual.

La estructura paralelística ("ayer... hoy") en Ricoeur (1984) mediante su teoría de la identidad narrativa, en la cual la textura temporal construye coherencia entre caos y orden. La doble gratitud ("agradezco muchísimo"/"Dios bendiga") remitió al concepto de doble anclaje

(Luckmann, 1967), vinculando trascendencia y solidaridad horizontal como pilares de resiliencia.

Se identificó una narrativa en arco redentor: exposición de la vulnerabilidad ("publicación desahogándose"), apoyo inmediato ("mensajes positivos"), giro concreto ("empleo en Honda") y devolución simbólica ("deseo que Dios bendiga"). La expresión "ciudad vecina" metaforizó no solo el desplazamiento geográfico, sino la transición entre estados existenciales: de la marginalidad económica a la inclusión laboral, proceso analizado por Sennett (1998) en sus estudios sobre la dignidad en el trabajo.

La categorización en la clase 1 se confirmó mediante la convergencia entre afrontamiento activo ("lo logré"), esperanza materializada ("nuevo empleo") y función testigo, según Niederkrotenthaler (2020) sobre narrativas como vectores de contagio resiliente. La exclusión de las demás categorías se fundamentó en la ausencia de ideación, detalles mórbidos o carácter institucional, conforme a los parámetros de Joiner (2005) para relatos no provocativos.

La obtención de empleo actuó como antídoto a la anomia y resonó con *El Suicidio* (1897), donde la desconexión de roles sociales precipita crisis existenciales. Los "mensajes positivos de los amigos" materializaron el capital social vinculante (2000), en el que redes densas proporcionan amortiguamiento emocional en crisis. El mensaje se configuró como performance de reciprocidad (Mauss, 2003), donde el relato de éxito opera como un regalo simbólico al grupo. La estructura circular, comenzando con vulnerabilidad y concluyendo con bendición colectiva, materializó la hermenéutica del regalo (Godbout, 1992), en la que los testimonios personales alimentan ciclos de apoyo mutuo.

La categorización en la clase 1 se mantuvo inequívoca: la combinación entre tono afirmativo ("estoy mucho mejor") y detalle concreto ("concesionaria Honda") evitó abstracciones, posicionando el relato como un ejemplar del efecto Papageno. El análisis reveló que la economía de detalles sobre la crisis ("angustiado") siguió el principio de suficiencia traumática (Caruth, 1996), en el que menciones lacónicas a dolores pasados intensifican el contraste con la superación.

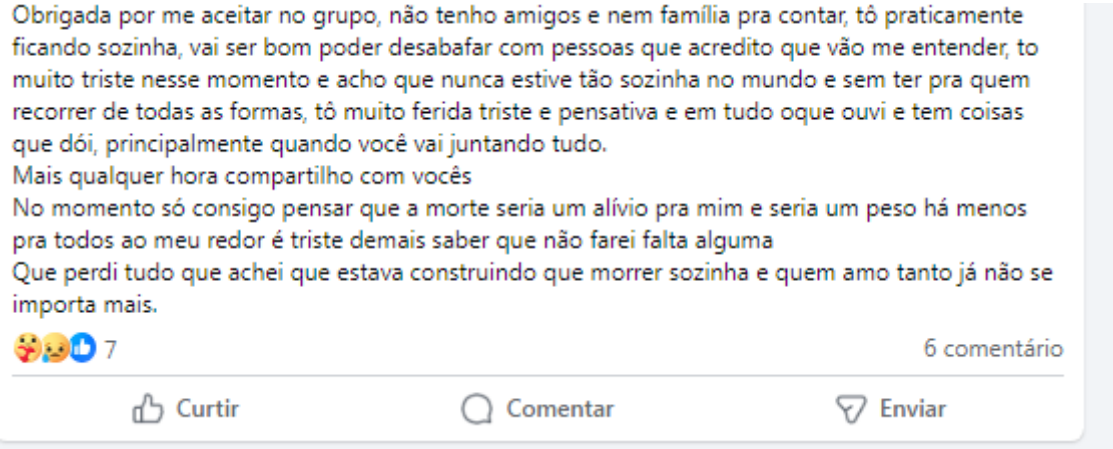


Imagem 17: Publicação de M 17.

Fonte: Facebook (2025).

A publicación se configuró como una performance de despedida (Álvarez, 2008), donde el relato opera simultáneamente como grito de auxilio y epitafio anticipado. La estructura descendente, comenzando con un agradecimiento formal y culminando en un desesperación absoluta, materializó la hermenéutica del colapso (Kristeva, 1989), donde el lenguaje fracasa en contener el desbordamiento de lo real.

Enmarcada en la categorización de la clase 2, debido a la ausencia de marcadores de resiliencia o conexión con alternativas vitales, posicionó el relato como ejemplo de ideación sin mediaciones. El análisis reveló que la repetición de "todo" ("perdí todo", "todas las formas") sintetizó lo que Binswanger (1958) denominó reducción existencial, el colapso de la multiplicidad del ser en una singularidad traumática. La ruptura afectiva ("quien amo no le importa") dialogó con los análisis sobre la fragilización de los vínculos en la modernidad líquida, donde las relaciones pierden su función protectora.

La pérdida de lo construido se vinculó con la noción de habitus desgarrado (1993), cuando los desajustes entre expectativas y realidades sociales generan fracturas existenciales. La categorización en la clase 2 se consolidó por la ausencia de estrategias de afrontamiento o esperanza, diferenciándose radicalmente de la categoría 1. La mención al grupo como último recurso ("poder desahogarme") se confrontó con Durkheim (1897), para quien las redes sociales frágiles no logran amortiguar las crisis anómicas. La publicación se identifica con una estructura en espiral negativa: desfilación primaria ("sin familia"), desenganche relacional ("no haré falta") y desesperanza proyectiva ("morir sola"). La imagen de la muerte como "alivio" resonó en Shneidman (1993), para quien el suicidio representa una búsqueda de cesación, no de muerte. La referencia a "cosas que duelen", como preceptuó Scarry (1985), vinculó el dolor inexpresable a la destrucción del lenguaje.

La construcción "juntando todo" metaforizó la somatización traumática (Herman, 1992), donde las superposiciones de pérdidas se convierten en dolor psíquico inenarrable. La expresión "peso menos" se configuró como síntesis de la presión de la vida (Joiner, 2005), núcleo del modelo interpersonal del suicidio.

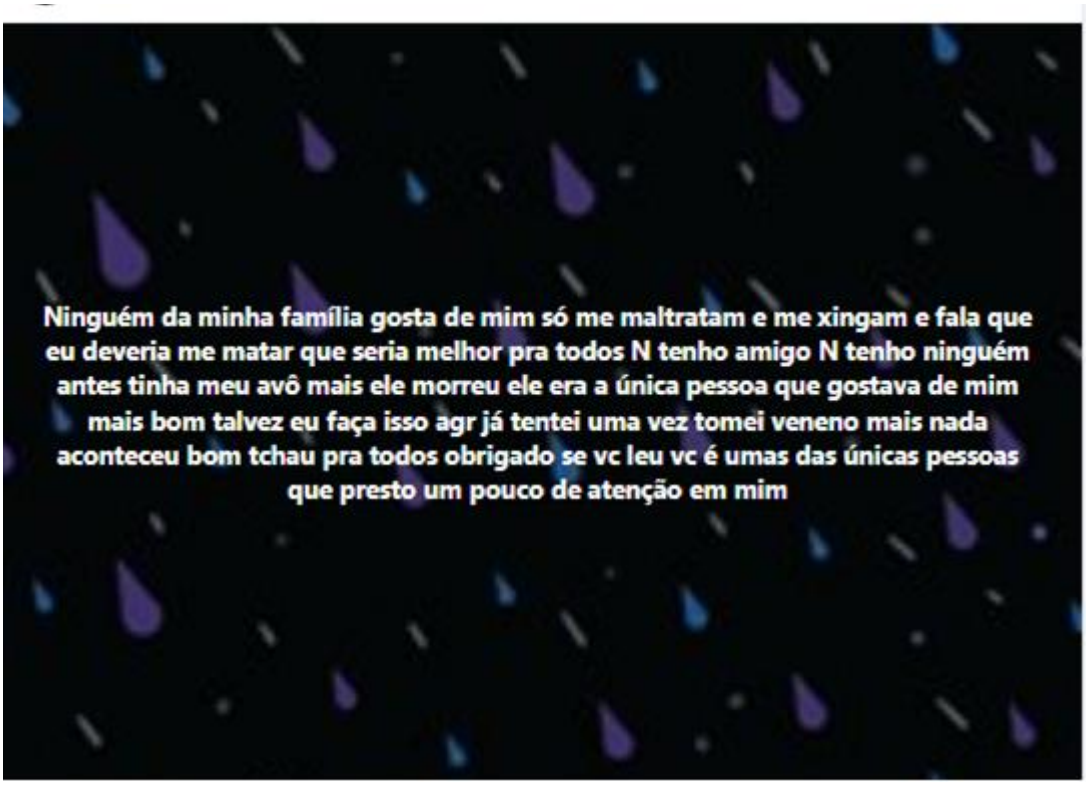


Imagem 18: Publicação de M 18.
Fonte: Facebook (2025).

El análisis de la publicación, que aborda ideación suicida y un intento previo, se integra a múltiples marcos teóricos y empíricos, revelando un cuadro de profunda vulnerabilidad. La teoría interpersonal del suicidio, propuesta por Thomas Joiner (2005), ofrece una lente para entender la dinámica expresada en el relato. Los sentimientos de pertenencia frustrada, manifestados en frases como "nadie de mi familia me quiere", de ser una carga, evidenciada en la afirmación "sería mejor para todos si me muero", se destacan como pilares centrales para la ideación suicida, como lo defiende Joiner. Este riesgo se amplifica por el historial de un intento previo con veneno, uno de los mayores predictores de suicidio, como lo evidencian O'Connor y Nock (2014).

La narrativa también resuena con el modelo "Cry of Pain" (Williams, 1997), que describe la interacción entre el dolor psicológico insoportable ("me maltratan y me insultan"),

la ausencia de escape ("no veo alternativas") y la falta de rescate externo, ejemplificada por el aislamiento social y la pérdida del abuelo, figura central de apoyo afectivo. Esta tríada configura un estado de "derrota", asociado con un elevado riesgo de comportamiento suicida. La soledad exacerbada por la ruptura de vínculos familiares y la inexistencia de redes de apoyo refuerzan la vulnerabilidad, ya que la falta de conexiones sociales es un factor de riesgo bien establecido (Van Orden *et al.,* 2010).

El lenguaje utilizado frases directas como "tal vez lo haga ahora" y la mención del fracaso del intento anterior también revela marcadores lingüísticos de riesgo, como la fijación en pronombres singulares ("yo") y la ausencia de un futuro proyectado, patrones asociados con la rumiación depresiva (Stirman & Pennebaker, 2001). La despedida final ("adiós a todos") y el agradecimiento al lector ("eres una de las únicas personas que presta atención") sugieren un último llamado por conexión, reforzando la psicache de Shneidman (1993): el dolor psicológico extremo que hace que la muerte sea una salida imaginada.

El lenguaje utilizado en la publicación también ofrece pistas significativas. Frases cortas y directas, como "debería matarme", unidas al uso recurrente de pronombres singulares ("yo") y términos de emoción negativa, reflejan patrones lingüísticos asociados con la rumiación depresiva, como se observó por Stirman y Pennebaker (2001). Esta autofocalización intensa, combinada con la ausencia de elementos atenuantes, refuerza la desesperanza y la fijación en la muerte como la única solución.

El mensaje, el grupo familiar falla como red de apoyo, convirtiéndose en fuente de violencia y rechazo. La ausencia de un grupo social externo (amigos, comunidad) priva al individuo de factores protectores, como la validación emocional y el sentido de pertenencia. Como se ha visto, los grupos de apoyo, incluso virtuales, pueden reducir el riesgo suicida al ofrecer validación emocional ("me prestas atención"), romper el aislamiento a través de la conexión con pares y proporcionar modelos de afrontamiento (estrategias de enfrentamiento).

Sin embargo, el mensaje no menciona ningún grupo positivo, lo que amplifica la vulnerabilidad. Conforme lo proponen Van Orden *et al.,* (2010), por ejemplo, grupos de apoyo a sobrevivientes de abuso o servicios de acogida en salud mental ofrecen espacios seguros para reconstruir vínculos y esperanza, ligados al Efecto Papageno (Niederkrotenthaler *et al.,* 2010), que enfatiza la importancia de las narrativas de superación.

Se nota aún la total ausencia de narrativas de superación o estrategias de afrontamiento, lo que difiere del "Efecto Papageno", que destaca cómo los mensajes de esperanza pueden reducir el riesgo suicida (Niederkrotenthaler *et al.,* 2010). Esta laguna resalta la urgencia de intervención, ya que el relato está ligado al concepto de psicache

propuesto por Shneidman (1998), una angustia psicológica tan extrema que la muerte es vista como el único alivio posible.

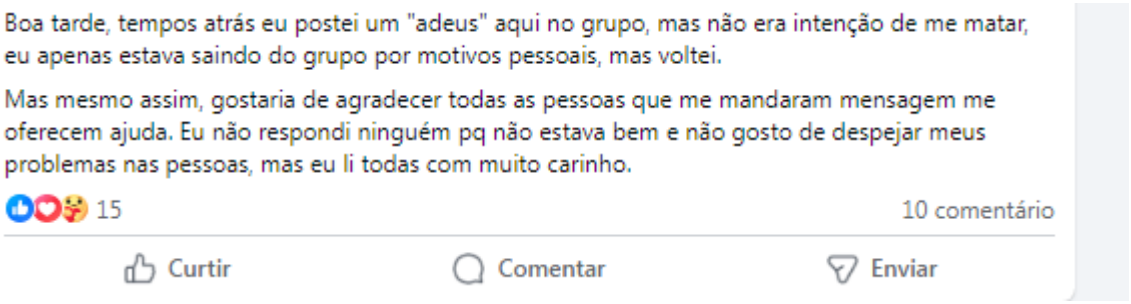


Imagem 19: Publicação de M 19.

Fonte: Facebook (2025).

La publicación de M 19 ilustra este fenómeno al retratar un regreso al grupo después de un período de alejamiento, acompañado de gratitud y reflexión sobre la experiencia. Según Niederkrotenthaler *et al.*, (2010), las narrativas que enfatizan los recursos de afrontamiento y el apoyo social (como la mención a los mensajes recibidos) reducen el riesgo de ideación suicida al modelar estrategias adaptativas. Till *et al.*, (2017) demostraron que los relatos de recuperación en redes sociales pueden fortalecer la autoeficacia de los individuos en crisis, siempre y cuando eviten romantizar el sufrimiento.

La decisión del autor de no "vaciar problemas" revela una tensión entre el estigma internalizado y la necesidad de apoyo, discutida por Corrigan (2004). Sin embargo, al regresar y agradecer al grupo, el autor subvierte el estigma, reforzando la idea de que vulnerabilidad y reciprocidad son compatibles con la resiliencia, tal como argumentó Brown (2012) en sus trabajos sobre valentía y vergüenza.

La reacción del grupo, envío de mensajes de apoyo, refleja el apoyo social en la salud mental, teorizado por Cohen & Wills (1985). Estos autores destacan que las redes de apoyo actúan como amortiguadores contra las crisis, especialmente cuando hay validación emocional ("estamos aquí"). La publicación, por lo tanto, ejemplifica el modelo de House (1981) sobre las cuatro dimensiones del apoyo, destacando cómo la pertenencia (sentirse parte del grupo) mitiga los sentimientos de aislamiento, conforme lo discuten Van Orden *et al.*, (2010).

La publicación también se conecta con el debate sobre las narrativas públicas de salud mental, explorado por Lupton (2013). Al compartir su experiencia, el autor contribuye a la normalización del diálogo sobre el sufrimiento psíquico, uno de los pilares de las campañas de prevención basadas en evidencia, como las propuestas por la OMS (2014). Sin embargo, como advierte Robinson *et al.*, (2015), existen riesgos asociados con la exposición excesiva

en entornos digitales, como la comparación social o la presión para realizar la recuperación. La ausencia de detalles traumáticos en la publicación, sin embargo, minimiza estos riesgos, de acuerdo con las directrices de Segur-Fernández *et al.*, (2021) para la comunicación segura sobre crisis.

Aunque la publicación evidencie el efecto Papageno, es importante problematizar, como lo hacen Sisask & Värnik (2012), si las narrativas individuales de recuperación son suficientes para generar cambios estructurales. La gratitud expresada por el autor, por ejemplo, puede inadvertidamente reforzar la noción de que la cura depende solo del individuo, ignorando los determinantes sociales de la salud (acceso a terapia), como lo critican Metzl & Hansen (2014). Además, la ausencia de mención a recursos profesionales (terapia, medicamentos) en la publicación puede limitar su potencial educativo, ya que, como argumenta Jorm (2012), la alfabetización en salud mental requiere información clara sobre los servicios de apoyo.

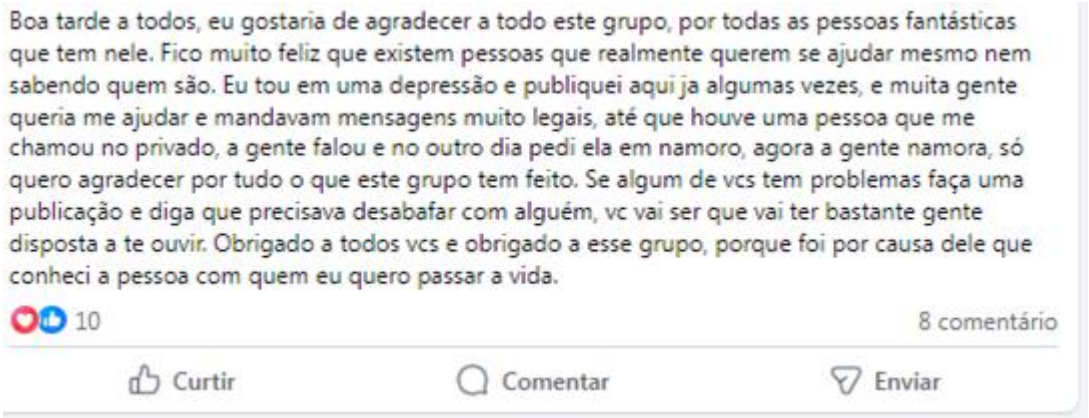


Imagem 20: Publicação de M 20.
Fonte: Facebook (2025).

A publicación examinada, encuadrada en la categoría de Experiencias personales de afrontamiento según Metzler; Baginski; Niederkrotenthaler & Garcia (2022), se configura como un artefacto textual emblemático para explorar la dinámica entre vulnerabilidad y resiliencia en entornos digitales. La narrativa, estructurada en agradecimiento colectivo, exposición de fragilidad emocional y culminación en optimismo prospectivo, refleja una arquitectura discursiva que se relaciona con el efecto Papageno, según Niederkrotenthaler *et al.*, (2023).

Este fenómeno, asociado con la reducción del riesgo suicida mediante narrativas de superación, se manifiesta en la dualidad lexical entre términos como "depresión" y "vida", operando una transición semántica que desplaza el foco de la crisis hacia la reconstrucción.

El análisis lexical revela una tensión dialéctica entre lexemas de vulnerabilidad ("problemas", "depresión") y resiliencia ("feliz", "agradecer"), construyendo una dicotomía que hace eco de la noción de narrativas identitarias propuesta por Ricoeur (1991), en las cuales la identidad se reconstruye mediante la integración de experiencias fragmentadas.

La estructura circular del mensaje, comenzando y concluyendo con gratitud, remite a la hermenéutica gadameriana, en la que la comprensión emerge de un círculo interpretativo entre preconceptos y nuevos significados (Gadamer, 1960). El relato, al describir la transición del aislamiento a la conexión afectiva, resignifica el espacio virtual como un locus de acogimiento, desafiando los estereotipos que asocian las interacciones online con la superficialidad, según lo discutido por Turkle (2011) en su crítica a las dinámicas relacionales mediadas por tecnología.

La mención al "grupo" como catalizador de cambio evidencia la dimensión colectiva del afrontamiento, según las teorías de Durkheim (1893) sobre integración social como factor protector contra la desesperanza. La ausencia de marcadores temporales precisos ("ya algunas veces", "el otro día") diluye la linealidad cronológica, privilegiando una temporalidad subjetiva que enfatiza la transformación interna sobre la factualidad, recurso estilístico analizado por Bakhtin (1981) como cronotopo, donde el tiempo y el espacio narrativos se funden para expresar experiencias existenciales.

El efecto Papageno, aquí materializado en la énfasis en estrategias adaptativas ("desahogarse", "publicar"), contrasta con narrativas de desenlace trágico, posicionando la publicación como un contradiscurso a la idealización suicida. Esto corrobora estudios de Frank (2010) sobre narrativas de restauración, en las cuales los individuos reconfiguran traumas en historias de recuperación, validando la eficacia del soporte social digitalizado.

La referencia a la relación afectiva como desenlace simbólico remite a la teoría de Bowlby (1969) sobre apego, sugiriendo que los vínculos interpersonales actúan como anclas emocionales en tiempos de crisis. La limitación en el análisis semiótico debido a la ausencia de emojis en la transcripción resalta la importancia de enfoques multimodales, según lo defendido por Kress y van Leeuwen (2001). Los íconos visuales, como corazones o manos unidas, potencialmente intensificarían la tonalidad afectiva, operando como signos de solidaridad que complementan el contenido verbal, dinámica explorada por Barthes (1964) en su análisis de la retórica de la imagen.

La integración entre elementos lexicos, estructurales y contextuales sustenta la categorización inicial como historia de afrontamiento, reforzando la premisa de Metzler; Baginski; Niederkrotenthaler & Garcia (2022) sobre narrativas positivas como dispositivos de

prevención indirecta. En diálogo con Habermas (1981), la publicación puede ser leída como un acto de habla que trasciende la comunicación instrumental, constituyéndose en una práctica comunicativa orientada al entendimiento mutuo.

La convocatoria implícita a la acción colectiva ("haz una publicación") resuena con la noción de esfera pública habermasiana, donde los individuos se involucran en debates que moldean normas sociales. Así, el análisis hermenéutico revela que el mensaje opera como microcosmos de procesos socioculturales más amplios, en los cuales los entornos digitales median reconstrucciones identitarias. La normalización de la búsqueda de ayuda, articulada en tono afirmativo y circular, se articula a protocolos de comunicación preventiva que privilegian historias de recuperación, corroborando la tesis de que los espacios virtuales pueden funcionar como comunidades interpretativas (Fish, 1984), en las cuales significados compartidos refuerzan la resiliencia colectiva.

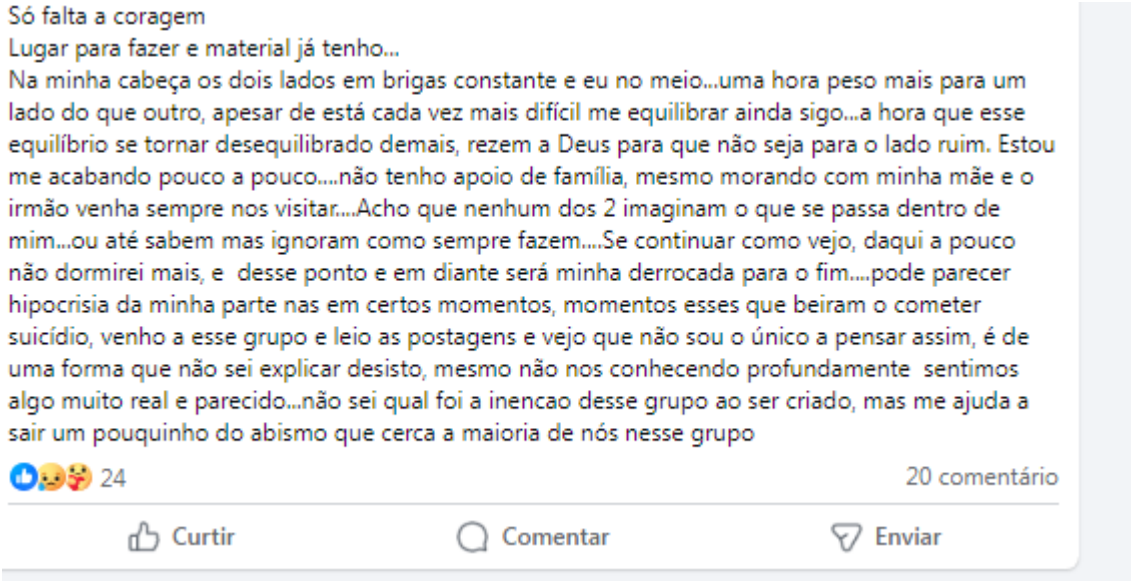

Só falta a coragem
Lugar para fazer e material já tenho...
Na minha cabeça os dois lados em brigas constante e eu no meio...uma hora peso mais para um lado do que outro, apesar de está cada vez mais difícil me equilibrar ainda sigo...a hora que esse equilíbrio se tornar desequilibrado demais, rezem a Deus para que não seja para o lado ruim. Estou me acabando pouco a pouco....não tenho apoio de família, mesmo morando com minha mãe e o irmão venha sempre nos visitar....Acho que nenhum dos 2 imaginam o que se passa dentro de mim...ou até sabem mas ignoram como sempre fazem....Se continuar como vejo, daqui a pouco não dormirei mais, e desse ponto e em diante será minha derrocada para o fim....pode parecer hipocrisia da minha parte nas em certos momentos, momentos esses que beiram o cometer suicídio, venho a esse grupo e leio as postagens e vejo que não sou o único a pensar assim, é de uma forma que não sei explicar desisto, mesmo não nos conhecendo profundamente sentimos algo muito real e parecido...não sei qual foi a inencao desse grupo ao ser criado, mas me ajuda a sair um pouquinho do abismo que cerca a maioria de nós nesse grupo
24
20 comentário
Curtir
Comentar
Enviar

Imagem 21: Publicação de M 21.

Fonte: Facebook (2025).

La oscilación entre "desesperación" y "aún sigo" remite a la teoría de la volición suicida de O'Connor (2011), que describe la ideación no como un estado lineal, sino como un campo de fuerzas en conflicto. Sus momentos de resistencia, aunque frágiles, remiten al concepto de "disparadores de supervivencia" propuesto por Michel & Malach (1992), que identificaron en narrativas de pacientes la presencia de "hilos de esperanza" interrumpiendo la espiral autodestructiva.

Según Niederkrotenthaler *et al.*, (2010), el efecto Papageno sugiere que historias de afrontamiento, incluso cuando implícitas, como la lectura de relatos de otros, pueden reducir el riesgo suicida al promover una "comunidad epistémica" (Hvenegaard *et al.*, 2020). En estas

comunidades, el dolor es validado colectivamente, creando un sentido de conexión y comprensión.

Sin embargo, Marchant *et al.*, (2017) advierten que los entornos virtuales perpetúan la pasividad si no fomentan acciones concretas, lo que evidencia su ambigüedad, un aspecto que, a veces, deja dudas sobre sus intereses reales ('no sé cuál fue la intención').

La descripción del insomnio como presagio del "desplome" encuentra respaldo en la metaanálisis de Pigeon, Pinquart & Conner (2012), que asociaron los trastornos del sueño con un riesgo 2,5 veces mayor de intentos de suicidio. La hipótesis es que la privación de sueño exacerba la rigidez cognitiva (Bernert; Kim; Iwata & Perlis, 2015), reduciendo la capacidad de ver alternativas al dolor, exactamente lo que se señala al decir que "el equilibrio se volverá desequilibrado demasiado".

La aparente contradicción entre "hipocresía" y búsqueda de ayuda refleja los hallazgos de Klonsky; May & Saffer (2016) sobre ambivalencia suicida: el 48% de los individuos con ideación activa informan simultáneamente deseo de vivir y morir. Este dualismo se refiere a intervenciones en salud, como muestra el trabajo de Bryan & Rozek (2018), que propone explorar la ambivalencia como puente para el compromiso terapéutico. La superposición entre "elementos de afrontamiento" (Categoría 1) y "ideación" (Categoría 2) corrobora la crítica de Hjelmeland & Knizek (2017) a los modelos lineales de riesgo.

Ellos argumentan que la ideación suicida frecuentemente coexiste con microestrategias de coping, aunque no se nombren como tales, como su búsqueda por identificación en el grupo.

La hermenéutica del silencio familiar expuesta ("nadie imagina lo que pasa dentro de mí") resuena con los estudios de Shneidman (2001) sobre la "comunicación cifrada del suicida". Su narrativa es un testimonio involuntario de lo que Ribeiro; Huang; Fox & Franklin (2018) llamaron "soledad hiperconectada": la paradójica experiencia de encontrar refugio en extraños en línea mientras la familia, físicamente cercana, permanece emocionalmente distante.

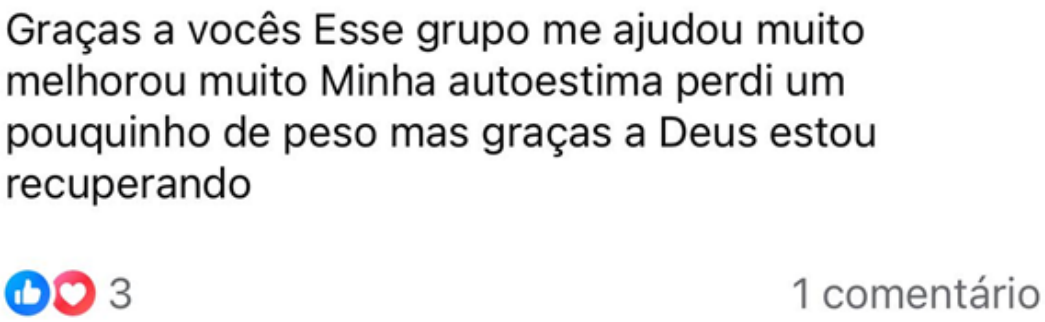


Imagem 22: Publicação de M 22

Fonte: Facebook (2024).

La publicación de M22 expresa su gratitud hacia el grupo al reportar mejoras en su autoestima y avances en su recuperación tras una leve pérdida de peso. La experiencia relatada evidencia la función del grupo como un espacio de apoyo emocional e intercambio de experiencias. Según Tedeschi y Calhoun (2004), el crecimiento postraumático ocurre cuando un evento traumático (como la depresión) desencadena un proceso de especialización cognitiva y emocional, resultando en cambios positivos. Su historia de recuperación y gratitud ilustra el efecto del crecimiento postraumático.

M 22 enfrentó un momento crítico quizás un intento de suicidio o un trastorno emocional y, al recuperarse, comenzó a valorar aspectos de la vida que antes consideraba triviales. La gratitud refleja el dominio del efecto del crecimiento postraumático de "mayor valoración por la vida", donde el trauma reconfigura la percepción del individuo, destacando lo que se ha preservado o conquistado. Inicialmente, se observa que el tenor del mensaje, aunque menciona temas como depresión y suicidio, se centra predominantemente en una narrativa de gratitud y progreso personal. La autora expresa reconocimiento por un grupo que contribuyó a la mejora de su autoestima y a la pérdida de peso, indicando una trayectoria de avances significativos en su vida.

Las palabras clave identificadas en la publicación, como "depresión", "suicidio", "autoestima", "perdí peso" y "gracias a Dios", sugieren una narrativa de superación de adversidades. La selección léxica apunta a una jornada marcada por desafíos personales, pero también por un tono de gratitud y esperanza. La mención de la pérdida de peso y la mejora de la autoestima refuerza la idea de un proceso de transformación positiva.

La mejora en la autoestima de M22, asociada a la pérdida de peso, puede analizarse bajo la lente de la teoría de la comparación social de Festinger (1954), que postula que los individuos tienen una propensión inherente a realizar comparaciones sociales con otros para evaluar sus propias competencias y creencias. Sin embargo, su relato desafía la dinámica

tóxica descrita por Twenge (2020), en la que las comparaciones en línea generan ansiedad. M22 invierte esta lógica: su progreso personal se comparte como un testimonio de superación, transformando la comparación en inspiración colectiva, como estrategias positivas de afrontamiento.

El tono general de la publicación se caracteriza por una positividad y gratitud, incluso frente a la mención de cuestiones graves como la depresión y el suicidio. La autora demostró estar en un proceso de recuperación, evidenciado por la expresión de agradecimiento y la referencia a los progresos alcanzados. Este tono contribuye a una lectura que enfatiza la resiliencia y la capacidad de superación.

En el caso específico de la publicación de M22, es posible categorizarla como una experiencia personal de afrontamiento (historia de afrontamiento), ya que expresa un sentimiento de esperanza y mejora, destacando el apoyo recibido y la recuperación de la autoestima y el peso. La publicación evidencia el efecto Papageno, al demostrar cómo la superación de dificultades y el soporte del grupo contribuyeron a su mejora, sirviendo como un ejemplo positivo que ayuda en la prevención del suicidio entre los miembros de la comunidad.

La estructura de la publicación de M22 como una narrativa de redención (superación de adversidades) refleja el concepto de identidad narrativa de McAdams & McLean (2013). Al construir su historia en torno a temas como "gracias a Dios" y "progreso", reconfigura eventos traumáticos en una trayectoria de significado y propósito, un proceso que los autores vinculan a la salud mental positiva.

La mención de la superación de cuadros depresivos y la emergencia de sentimientos de gratitud tras experiencias de ideación autodestructiva establece un diálogo teórico con los supuestos del crecimiento postraumático propuesto por Tedeschi y Calhoun (2004). El caso de M22 ilustra procesos en los que eventos críticos pusieron en marcha mecanismos de reconfiguración axiológica, intensificación de vínculos interpersonales y redefinición de horizontes existenciales, fenómenos que hacen eco de los componentes nucleares del referencial teórico mencionado.

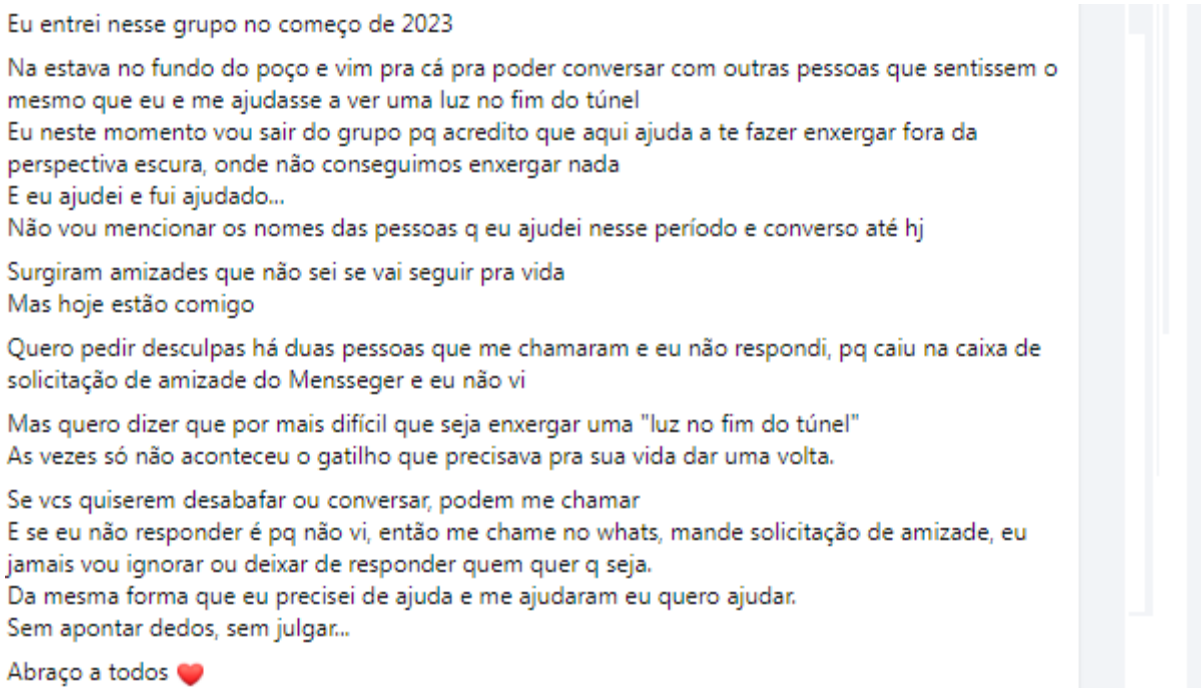
Reevaluando la publicación con base en el análisis de las partes, se concluye que el mensaje central es de esperanza y gratitud. La autora utilizó su experiencia para enfatizar la importancia del apoyo externo y de la fe en el proceso de superación de desafíos personales. La referencia a la depresión y al suicidio sirve para destacar la gravedad de la situación anterior y el impacto transformador de la ayuda recibida.

La función del grupo como espacio de apoyo hace eco de la clásica teoría de Durkheim (1893) sobre integración social y suicidio. El tono de gratitud y esperanza en la publicación refleja principios de la psicología positiva de Seligman (2012), quien defendió el enfoque en fortalezas personales y emociones positivas como camino hacia la felicidad auténtica. El énfasis de M22 en "gracias a Dios" y "mejoras" resuena con la idea de florecimiento humano (flourishing) propuesta por Seligman (2012).

La decisión de M22 de buscar apoyo y compartir su historia puede interpretarse por el modelo de creencias en salud de Rosenstock (1966). La gravedad de la depresión, combinada con la creencia en la eficacia del grupo como recurso, motivó acciones proactivas para la recuperación, como se evidencia en los pilares del modelo. Barak et al. (2008) destacan que los entornos digitales pueden ofrecer anonimato y validación, facilitando la expresión de vulnerabilidades exactamente lo que M22 vivenció al relatar su jornada.

La expresión "gracias a Dios" sugiere que M22 movilizó estrategias de afrontamiento espiritual, conforme teorizó Pargament (1997). Para el autor, la fe es un recurso central en la resignificación de crisis, ofreciendo sentido y conexión trascendente durante adversidades.

Esta interpretación cohesiva y fundamentada sugiere que el post funciona tanto como un agradecimiento como un incentivo para otros que puedan enfrentar desafíos similares. La narrativa construida por la autora ilustra la posibilidad de recuperación y transformación, reforzando la idea de que el apoyo y la perseverancia son elementos fundamentales en este proceso (Dolev-Cohen, 2006).


Eu entrei nesse grupo no começo de 2023

Na estava no fundo do poço e vim pra cá pra poder conversar com outras pessoas que sentissem o mesmo que eu e me ajudasse a ver uma luz no fim do túnel
Eu neste momento vou sair do grupo pq acredito que aqui ajuda a te fazer enxergar fora da perspectiva escura, onde não conseguimos enxergar nada
E eu ajudei e fui ajudado...
Não vou mencionar os nomes das pessoas q eu ajudei nesse período e converso até hj

Surgiram amizades que não sei se vai seguir pra vida
Mas hoje estão comigo

Quero pedir desculpas há duas pessoas que me chamaram e eu não respondi, pq caiu na caixa de solicitação de amizade do Mensseger e eu não vi

Mas quero dizer que por mais difícil que seja enxergar uma "luz no fim do túnel"
As vezes só não aconteceu o gatilho que precisava pra sua vida dar uma volta.

Se vcs quiserem desabafar ou conversar, podem me chamar
E se eu não responder é pq não vi, então me chame no whats, mande solicitação de amizade, eu jamais vou ignorar ou deixar de responder quem quer q seja.
Da mesma forma que eu precisei de ajuda e me ajudaram eu quero ajudar.
Sem apontar dedos, sem julgar...

Abraço a todos ❤️

Imagem 23: Publicação de M 23.

Fonte: Facebook (2025).

La análisis revela, desde el principio, una adhesión a la primera categoria, experiencias personales de enfrentamiento, en la cual la esperanza se configura como núcleo semántico, según se observa en las metáforas recurrentes ("fondo del pozo", "luz al final del túnel"). Estas construcciones, analizadas a la luz del efecto Papageno (Niederkrotenthaler *et al.*, 2010a), operan como mecanismos de resignificación de la crisis, transformando la experiencia individual en un artefacto de potencial influencia colectiva.

La dinámica relacional explicitada en la publicación marcada por la reciprocidad ("ayudé y fui ayudado") y por la formación de vínculos ("surgieron amistades"), resuena con la categoría de prevención identificada por los autores mencionados, en la medida en que evidencia la construcción de redes de apoyo informales. Esta tessitura interaccional, común en ambientes digitales, se acerca al concepto de capital social online (Wellman, 2009), en el cual la cohesión grupal actúa como factor protector.

La decisión de salir del grupo, paradójicamente, refuerza esta lógica: al afirmar que el espacio ayuda a ver fuera de la perspectiva oscura, el narrador no solo señala su propia superación, sino que también refuerza la función performativa del relato, relacionándolo con la noción de modelado de comportamientos inherente al efecto Papageno.

La circularidad narrativa, que parte de la entrada al grupo, pasa por el intercambio de apoyo y culmina en la oferta de ayuda, constituye un microcosmos de resiliencia, tal como lo definió Masten (2001). La inclusión de elementos aparentemente periféricos, como la disculpa por mensajes no respondidos, adquiere profundidad hermenéutica cuando se interpreta como un gesto de responsabilidad ética, resonando con la idea de cuidado dialógico. La vulnerabilidad estratégica, lejos de debilitar el discurso, fortalece su autenticidad, creando un puente entre lo individual y lo colectivo.

La multimodalidad, aunque no explícita en la publicación original, merece una reflexión crítica. Según Kress y van Leeuwen (2001), las plataformas digitales operan en regímenes semióticos híbridos, en los cuales los emojis e íconos amplifican la carga afectiva. La ausencia de estos recursos en la narrativa analizada contrasta con las prácticas habituales en redes como Twitter, donde los símbolos visuales (emoji de corazón) funcionarían como intensificadores empáticos. La laguna, sin embargo, no invalida la eficacia comunicativa: la fuerza de las metáforas verbales compensa la frugalidad visual, demostrando que la construcción de sentido en salud mental digital puede prescindir de adornos, siempre que esté anclada en estructuras narrativas coherentes.

Foucault (2004) concibió los dispositivos como mecanismos que operan dentro de las relaciones sociales para producir efectos de sentido y subjetividad. En este caso, la narrativa personal, que transita de la vulnerabilidad a la superación, se combina con una dimensión ética, expresada en la valorización de la resiliencia y la oferta de apoyo, funcionando como una práctica discursiva que no solo relata, sino que también busca intervenir activamente en la percepción y las acciones del público. Así, la publicación no se limita a una representación pasiva de eventos, sino que se estructura como un instrumento estratégico que moviliza significados para promover una reconfiguración de las disposiciones emocionales y sociales de los receptores.

La publicación hizo mención a elementos como la obtención de un empleo y el apoyo comunitario, lo que la vincula con esta tipología, situando el mensaje como una intervención preventiva que refuerza factores protectores, los cuales son componentes discursivos que confieren a la narrativa su potencial como vector de promoción de la salud mental, diferenciándola de discursos de riesgo.

Paralelamente, el análisis crítico del discurso, según la propuesta de Fairclough (2003), reveló elecciones lingüísticas que sustentan la construcción de la resiliencia como un valor social normativo. Fairclough (2003) argumentó que el discurso no es neutral, sino un campo de poder donde los significados se negocian y ciertas ideologías se naturalizan. En la publicación mencionada, expresiones como "estoy mucho mejor" y "conseguí un trabajo nuevo" no solo narran una experiencia individual, sino que posicionan la superación y la reintegración productiva como ideales deseables, sutilmente incrustados en el lenguaje cotidiano.

Esta naturalización, según Fairclough (2003), operó mediante una selección léxica y sintáctica que privilegia la positividad y la agencia, oscureciendo la tensión o los costos asociados al proceso de resiliencia. De esta manera, el análisis crítico revela cómo la publicación, al articular una ética de enfrentamiento activo, contribuye a la reproducción de un orden discursivo que valora la adaptabilidad como respuesta legítima a las adversidades.

El estudio sugiere que las plataformas digitales pueden funcionar como espacios liminales (Turner, 1969), donde las narrativas de crisis son ritualmente transformadas en relatos de superación. Investigaciones futuras podrían indagar cómo las variaciones en la composición multimodal (ej.: uso estratégico de emojis, hiperlinks para recursos de apoyo) potencian o limitan este efecto, influenciando la comprensión sobre la comunicación en salud ental en la era digital.

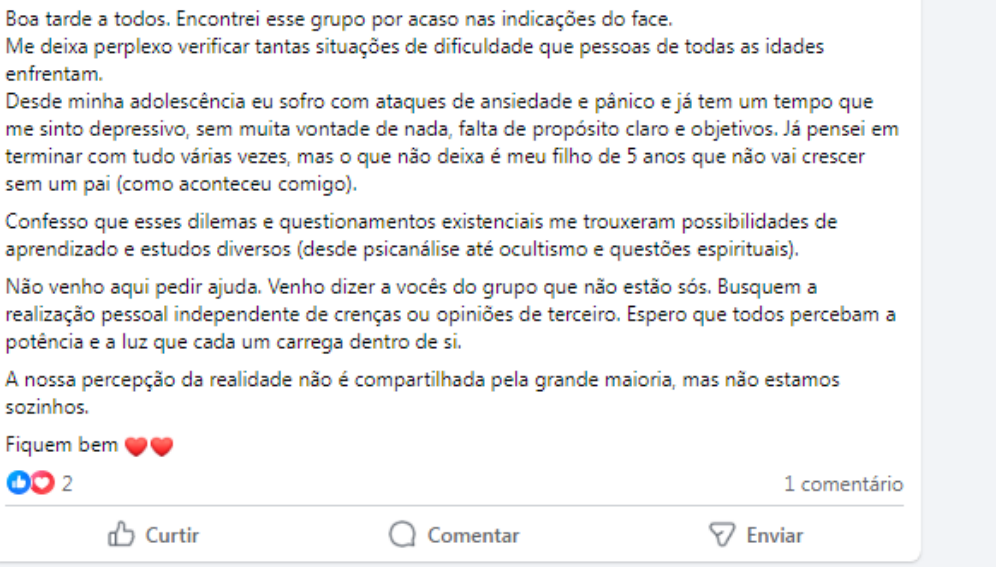


Imagem 24: Publicação de M 24.

Fonte: Facebook (2025).

El autor describe una trayectoria marcada por crisis de ansiedad, pánico y depresión, asociadas a cuestionamientos existenciales, pero articula una narrativa que trasciende la ideación suicida al mencionar el vínculo afectivo con el hijo como factor de contención (Santos, 2024). La ausencia de solicitud explícita de ayuda y el énfasis en la solidaridad colectiva ("no están solos") refuerzan la categoría 1, que privilegia historias con potencial efecto Papageno, es decir, narrativas que mitigan riesgos mediante la esperanza (Low *et al.*, 2021).

La construcción textual se divide en tres ejes: exposición de la vulnerabilidad emocional ("ataques de ansiedad", "falta de propósito"), justificación para la continuidad ("mi hijo de 5 años") y llamado a la colectividad ("Busquen la realización personal"). La repetición del pronombre "yo" en los segmentos iniciales contrasta con el desplazamiento hacia "ustedes" y "nosotros" al final, sugiriendo una transición del individualismo hacia lo comunitario. Esta dinámica refleja la dualidad entre el sufrimiento privado y la búsqueda de pertenencia, fenómeno observado en comentarios de redes sociales analizados por Lucas *et al.*, (2021), donde la expresión de afectos negativos coexiste con intentos de resignificación colectiva.

Los tres emojis de corazón en el cierre funcionan como marcadores de afecto positivo, atenuando la gravedad del tema y reforzando el tono solidario. El uso de emojis en contenidos relacionados con el suicidio, como el SuicidEmoji, indica que los íconos asociados al apoyo emocional frecuentemente aparecen en narrativas de afrontamiento, sirviendo tanto para suavizar la carga temática como para establecer una conexión empática con los lectores

(Zhang *et al.*, 2024). En este caso, los corazones funcionan como puntuación afectiva, convirtiendo el mensaje textual en un gesto simbólico de acogimiento.

La referencia a la "psicoanálisis", "ocultismo" y "cuestiones espirituales" revela una hibridización de discursos, articulando saberes científicos y cosmologías alternativas. La pluralidad dialoga con investigaciones que han identificado la coexistencia de narrativas religiosas, científicas y meritocráticas en comentarios sobre suicidio en redes sociales (Santos, 2024). La mención al hijo como elemento de contención, por ejemplo, resuena con representaciones sociales del suicidio como un "acto egoísta", descritas en análisis de comentarios en Facebook, donde los lazos familiares son invocados para criticar o disuadir la autodestrucción (Lucas *et al.*, 2021).

El análisis de elementos aislados, como la elección léxica ("perplejo", "potencia", "luz"), revela una tensión entre desesperanza y resiliencia. El término "potencia", por ejemplo, remite a discursos de autoayuda y empoderamiento, comunes en comunidades online que reinterpretan crisis como oportunidades de crecimiento (Paz & da Silva, 2020). La expresión "no estamos solos" lleva un peso que va más allá de la publicación en sí, resonando con lo que

Lucas *et al.*, (2021) dijeron sobre los llamados "lazos intermedios" en grupos digitales, que son espacios online, piensa en foros, redes sociales o incluso *chats* de juegos, donde se crean conexiones que no son tan íntimas como la familia o los amigos cercanos, pero tampoco tan distantes como los contactos casuales. Son lazos que surgen cuando las personas conocen experiencias personales, muchas veces vulnerables, como desahogos o historias de superación.

El acto de compartir algo significativo ayuda a romper el aislamiento social, ese sentimiento de estar desconectado o perdido que puede ser tan pesado. En la publicación, el "no estamos solos" sugiere que el apoyo recibido (como las "mensajes positivas de los amigos") y la propia interacción en el entorno digital refuerzan la sensación de pertenencia, como si dijeran: "hay gente aquí conmigo". Para Lucas *et al.*, (2021), esos lazos intermedios funcionan como una especie de red de seguridad emocional, algo que no reemplaza las relaciones presenciales, pero que aún así hace la diferencia al dar voz y escuchar a quienes se sienten solos.

La mención de "aprendizaje" y "realización personal" sugiere una narrativa de superación, generando el efecto Papageno, que asocia historias de afrontamiento con la reducción de riesgos de suicidio. Sin embargo, la ausencia de detalles sobre estrategias concretas de afrontamiento limita su eficacia como modelo prescriptivo. Investigaciones sobre la cantidad de comentarios en publicaciones suicidas, como la de Zhang *et al.*, (2021),

destacan que respuestas genéricas ("Que estén bien") tienen menos impacto en la reducción de recurrencias en comparación con interacciones específicas y prolongadas (Low *et al.*, 2021).

La publicación analizada ilustra cómo las narrativas de afrontamiento en ambientes digitales, donde elementos individuales (emoji, léxico, estructura discursiva) convergen para construir un mensaje. La hibridización de discursos científicos y espirituales, asociada a la función de los emojis como mediadores afectivos, refleja las tendencias identificadas en estudios sobre representaciones sociales del suicidio. Para ampliar el potencial preventivo, se sugiere que futuras intervenciones en redes sociales integren herramientas que fomenten respuestas más elaboradas y personalizadas, superando las fórmulas genéricas de apoyo (Zhang *et al.*, 2021).

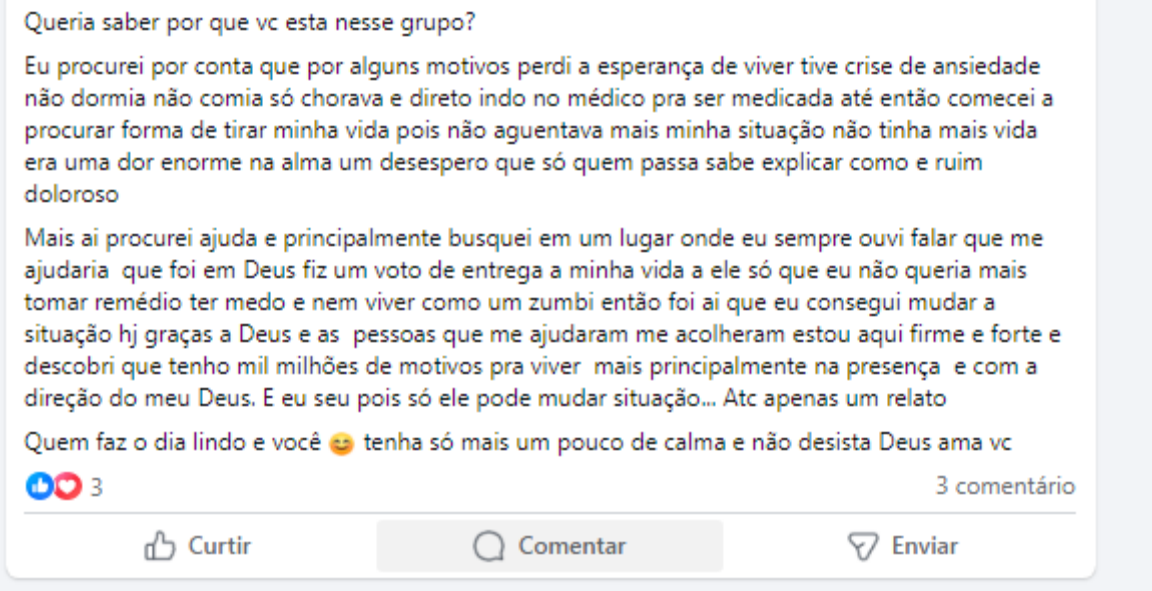


Imagem 25: Publicação de M 25.

Fonte: Facebook (2025).

La publicación se encuadra en la Categoría 1: Experiencias Personales de Afrontamiento, caracterizada por la narrativa de superación que integra elementos de esperanza, estrategias de resiliencia y referencias a alternativas al suicidio. El tono oscila entre la descripción de la crisis existencial ("gran dolor en el alma", "desesperación") y la reconstrucción de sentido mediante apoyo espiritual y social.

Expresiones como "perdí la esperanza de vivir", "gran dolor en el alma" y "ya no aguantaba más mi situación" configuran una semántica de desesperanza, típica de discursos marcados por la angustia existencial. Tales términos remiten a la concepción heideggeriana de Ser-para-la-Muerte, en la que la finitud humana emerge como un horizonte ineludible, generando una crisis de significado (Dutra, 2011).

La progresión temporal (crisis → búsqueda de ayuda → transformación) refleja una trayectoria de resiliencia, en la que la intervención divina ("Dios") y la acogida social ("personas que me ayudaron") funcionan como puntos de giro ontológicos. Esta dinámica hace eco de la noción de Ser-con-el-Otro (Mitsein), en la que la alteridad media la reconstrucción identitaria (Santos, 2024).

La narrativa se articula como un discurso de resignificación, donde la experiencia límite del suicidio es reinterpretada mediante la inserción en un entramado simbólico colectivo (Dios, comunidad). La publicación (relato) solo adquiere plenitud de significado cuando se sitúa en su vivencia, en este caso, la intersección entre la crisis individual y las redes de apoyo. La ausencia de emojis o recursos multimodales refuerza la seriedad del tema, privilegiando la verbalización directa de la experiencia como vía de legitimación emocional (Cruz; Sales; Souza & Branco, 2020).

La expresión "Busqué en un lugar donde siempre había escuchado que me ayudaría": La elección léxica ("lugar") metaforiza no solo un espacio físico, sino una topografía existencial donde fe y comunidad convergen. La construcción dialoga con la idea de Ser-en-el-Mundo (In-der-Welt-sein), en la que el ambiente circundante estructura las posibilidades de ser.

En la expresión "Descubrí que tengo millones de motivos para vivir": La hiperbólica ("millones") denota una reconfiguración de la temporalidad, pasando de un presente vacío a un futuro lleno de potencialidades. La transformación resuena en la noción de proyecto existencial, en el que el Dasein [8] es a narrativa ressignifica su facticidad.

El relato ejemplifica cómo las estrategias discursivas basadas en testimonios personales pueden operar como herramientas hermenéuticas de mediación, facilitando la transición de la angustia a la esperanza. El énfasis en "Dios" y "las personas que me acogieron" sugiere que la pertenencia a sistemas de significado compartido (religiosos, comunitarios) actúa como antídoto contra la alienación, corroborando que existe un vínculo entre la cohesión social y la reducción de comportamientos suicidas.

[8] O Dasein**,** em Heidegger (2006), nomeia o modo de ser especificamente humano e questiona a tradição metafísica ocidental. Sua concepção influenciou a psicologia por renovar a ideia de homem. Em *Ser e Tempo*, é descrito como um ser-no-mundo que se projeta em possibilidades, não como um sujeito individualizado, mas imerso na impessoalidade do mundo compartilhado. A individualização ocorre por meio da angústia, uma disposição afetiva fundamental.

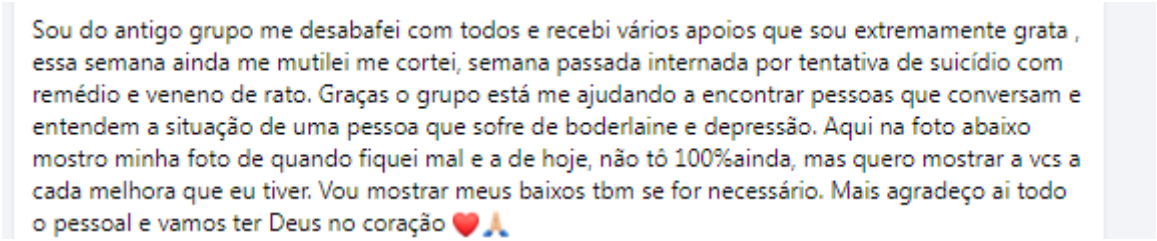


Imagem 26: Publicação de M 26.

Fonte: Facebook (2025).

El relato se encuadra en la Categoría 1: Experiencias Personales de Afrontamiento, por integrar elementos de crisis aguda ("internada por intento de suicidio", "me corté") y estrategias de resiliencia mediadas por apoyo colectivo ("el grupo me está ayudando"). Aunque menciona ideación suicida y autolesiones, el énfasis en la conexión con redes de apoyo y la proyección de mejoras graduales ("mostrar cada mejora"), que destaca las narrativas de superación como antídotos a la desesperanza (Niederkrotenthaler *et al.*, 2010).

Expresiones como "me mutilé", "veneno para ratas" y "no estoy 100% aún" configuran una semántica de fragmentación, marcada por acciones concretas de autodestrucción. Tales términos reflejan la experiencia límite descrita por Jaspers como Situación-Límite, donde la existencia confronta su propia precariedad (Cruz; Sales; Souza & Branco, 2020).

La narrativa se divide en dos ejes: los detalles sobre la internación y las autolesiones evocan la noción de cuerpo-sufriente (Le Breton, 2011), en la que el dolor físico simboliza la incapacidad de articular angustia psíquica. La mención al grupo ("encontrar personas con las que hablar") y a la documentación fotográfica de la evolución ("foto de cuando estuve mal y la de hoy") introducen una temporalidad proyectiva, donde el pasado sirve como contraste para un futuro en construcción (Metelski *et al.*, 2022).

El ícono cardíaco opera como metonimia afectiva, condensando la dualidad entre vulnerabilidad ("Dios en el corazón") y pertenencia ("agradezco a toda la gente"). Su ausencia de verbalización directa refuerza la función hermenéutica de los símbolos como mediadores de lo inefable (Fialho, 2024).

La publicación se articula como discurso liminar, oscilando entre la exposición cruda del dolor ("mostrar mis bajos") y la búsqueda de legitimación social ("vamos a tener a Dios en el corazón"). La fotografía mencionada actúa como artefacto hermenéutico, materializando la transición de un yo fragmentado a un yo en proceso, en consonancia con la idea gadameriana de que la interpretación emerge en la tensión entre la memoria y la proyección. La ausencia de emojis adicionales y la sobriedad del relato privilegian la autoridad de la experiencia vivida sobre los recursos retóricos.

La construcción sintáctica ("gracias al grupo") sugiere una transición de agencia, donde el sujeto desplaza la responsabilidad de la recuperación del ámbito individual al colectivo. Esta dinámica hace eco del concepto de intersubjetividad terapéutica (Habermas, 2002), en el que el reconocimiento mutuo funda nuevas posibilidades de ser.

La ambigüedad entre transparencia ("mostrar") y condicionalidad ("si es necesario") revela un pacto narrativo tácito, en el cual la autora negocia su exposición con las expectativas del grupo. Este movimiento refleja la dialéctica hegeliana entre reconocimiento y alteridad.

La narrativa ilustra cómo las comunidades interpretativas (grupo de apoyo) facilitan la resignificación de traumas mediante tres mecanismos: Validación Existencial: La mención a "personas que entienden" sitúa el sufrimiento en un horizonte compartido, reduciendo el estigma asociado a trastornos como el borderline y la depresión; rtualización de la Progresión: La documentación fotográfica y el compromiso de "mostrar mejoras" funcionan como actos performativos de cura, con la idea de que las narrativas públicas de recuperación refuerzan la agencia (Frank, 2010) y trascendencia Simbólica: La referencia a "Dios" actúa como operador hermenéutico, permitiendo que la autora trascienda el dolor hacia un registro metafórico, sin negar su materialidad.

El análisis revela que el relato no es un simple desahogo, sino un acto de reexistencia (Boff), donde la circularidad entre exponer y reconstruir desafía los paradigmas patologizantes. Al integrar elementos dispares (autolesión, fe, fotografía), la narrativa construye un ethos de autenticidad fragmentada, que resiste a síntesis simplistas (Paraskeva, 2024). Bajo la óptica de Metzler; Baginski; Niederkrotenthaler & Garcia. (2022), se confirma el potencial del efecto Papageno cuando se ancla en espacios que armonizan vulnerabilidad y esperanza sin borrar la ambigüedad inherente al proceso de recuperación.

CONSIDERACIONES FINALES

Esta tesis buscó analizar la influencia de los grupos de Facebook sobre el suicidio en la promoción del efecto Papageno, fenómeno que destaca la función preventiva de los medios al compartir narrativas de superación. El análisis integró dimensiones sociológicas, filosóficas, psicológicas, religiosas, antropológicas, econômicas y históricas, articulándolas con las dinámicas de las redes sociales digitales. Los resultados evidenciaron que estos grupos funcionan como espacios ambiguos: mientras facilitan la construcción de redes de apoyo, también exponen las debilidades inherentes a las interacciones virtuales.

El primer objetivo específico, centrado en el análisis sociológico de las conexiones y estructuras de poder, reveló que las interacciones en estos grupos son mediadas por lazos débiles. Estas conexiones, aunque superficiales, amplían el acceso a recursos emocionales e informacionales, permitiendo que los usuarios encuentren apoyo más allá de sus redes cercanas. La presencia de normas colectivas y jerarquías informales modera los intercambios, equilibrando la libertad de expresión y la moderación de contenido.

Las narrativas de sufrimiento coexisten con relatos de resiliencia, reflejando la tensión entre visiones individualistas y colectivas de la salud mental. La originalidad de esta investigación radica en la articulación entre el estudio de los grupos de Facebook, el suicidio y el efecto Papageno. Aunque existen investigaciones sobre la relación entre las redes sociales y el suicidio, esta tesis se distingue por enfocarse en la promoción del efecto Papageno como un factor de protección, lo que amplía la comprensión de las características y permite un análisis más profundo de su relación con los grupos de Facebook. Además, la investigación combina métodos cualitativos y cuantitativos, permitiendo la triangulación de los datos y la construcción de un panorama más amplio y esclarecedor.

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, la investigación contribuye significativamente a ampliar el conocimiento sobre el suicidio, un problema de naturaleza compleja. Al examinar la influencia de los grupos de Facebook en la promoción del efecto Papageno –entendido como el potencial de narrativas positivas y de apoyo para mitigar el comportamiento suicida, en contraste con el efecto Werther de contagio–, el estudio traza caminos para comprender cómo las dinámicas relacionales en el entorno virtual pueden actuar como un factor protector. Además, fomenta el diálogo interdisciplinario al articular diferentes áreas del conocimiento y enfoques metodológicos, lo que resulta en una visión más amplia e integrada del tema. Su impacto social radica en la capacidad de orientar el desarrollo de

estrategias de prevención más eficaces, viabilizando intervenciones dirigidas a la protección de individuos en situación de riesgo.

Así, al conectar el análisis desde las ciências sociales, en las interacciones en línea con los objetivos prácticos de salvaguardar vidas, la investigación no solo enriquece el debate académico, sino que también ofrece fundamentos sólidos para la formulación de políticas públicas y prácticas que respondan a las especificidades de este fenómeno, reforzando la relevancia de las ciencias sociales en el abordaje de cuestiones que atraviesan las esferas individuales y colectivas.

La elección de la netnografía en esta investigación se fundamenta en su especificidad y adecuación para analizar las dinámicas sociales en comunidades virtuales. Aunque la etnografía digital y la antropología virtual también investigan características culturales en entornos digitales, la netnografía se distingue por su enfoque en la observación e interpretación de las interacciones y los significados construidos en los espacios en línea. Sin embargo, su uso aún está poco explorado en las ciencias sociales, permaneciendo mayormente restringido a las áreas de consumo y marketing. Esta limitación evidencia la necesidad teórica y metodológica de la netnografía en estudios específicos sobre cuestiones sociales más amplias.

La novedad de esta investigación radica en la aplicación de la netnografía para el análisis del suicidio y la influencia de los grupos de Facebook en la promoción del efecto Papageno. Tradicionalmente, la netnografía se ha utilizado para comprender los hábitos de consumo y el comportamiento de marca, con menor incidencia en investigaciones de carácter sociológico o psicológico. Al adaptar este método para el estudio de las interacciones en comunidades ajenas a la salud mental, esta investigación amplía el alcance de la netnografía, demostrando su aplicabilidad en el análisis de características sociales complejas, ya que permite acceder a discursos y prácticas espontáneas de los participantes, proporcionando una comprensión de las estrategias colectivas de afrontamiento al suicidio en el entorno digital.

Las publicaciones, comentarios e intercambios entre los miembros se examinan con base en el Análisis Temático, buscando identificar patrones discursivos relacionados con la promoción del efecto Papageno. Para complementar los hallazgos, se realizan entrevistas semiestructuradas con miembros activos y moderadores de grupos, lo que permite la triangulación entre los datos observacionales y los relatos propios de los participantes.

La netnografía presenta ventajas al capturar interacciones personales en tiempo real y minimizar la interferencia del investigador en el entorno estudiado. Sin embargo, deben considerarse los desafíos metodológicos y éticos, como la necesidad de garantizar la

privacidad y el anonimato de los participantes. La certificación informada se obtiene siempre que es posible, y las directrices éticas se siguen estrictamente para proteger la integridad de los sujetos involucrados en la investigación.

Al explorar la netnografía más allá de sus usos tradicionales, esta investigación contribuye al avance metodológico en las ciencias sociales, evidenciando su potencial para la investigación de temas sensibles y complejos, lo que no solo amplía los límites de la netnografía, sino que también refuerza su relevancia como herramienta analítica para comprender el impacto de las interacciones digitales en la vida de los individuos, y que abre caminos para nuevas investigaciones que utilicen la netnografía en el análisis de características sociales emergentes, fortaleciendo su uso como método de investigación interdisciplinario.

Al investigar Facebook como un espacio digital de interacción, se identificó que la arquitectura de la plataforma favorece la formación de comunidades basadas en identidades compartidas. Funcionalidades como los comentarios y las reacciones instantáneas crean un entorno de inmersión, donde el apoyo emocional es tanto performático como genuino. Sin embargo, la superficialidad de algunas interacciones limita la profundidad de los vínculos, lo que refuerza la necesidad de una moderación activa para evitar la difusión de desinformación.

El análisis histórico demostró que la comprensión del suicidio ha evolucionado de un tabú religioso a una cuestión de salud pública, proceso reflejado en los debates en línea. Los grupos funcionan como microcosmos de esta transformación, donde conceptos como culpa y redención se negocian constantemente. El lenguaje utilizado por los miembros, como términos como “esperanza” y “alivio”, revela una apropiación crítica de los discursos médicos y espirituales.

La problemática central, que cuestionaba la influencia de estos grupos en la promoción del efecto Papageno, fue respondida a partir de tres ejes. Primero, la estructura basada en lazos débiles permite la circulación de narrativas diversificadas, alcanzando a individuos que no tendrían acceso a apoyo fuera de línea. Segundo, la construcción de identidades colectivas fortalece el sentido de pertenencia, reduciendo los sentimientos de aislamiento. Tercero, la mediación entre anonimato y exposición facilita la expresión de vulnerabilidades, factor clave para la prevención.

Los datos provenientes de la nube de palabras indicaron que la eficacia del efecto Papageno está vinculada a la calidad de las interacciones. Los grupos con moderación activa y directrices claras tienden a promover discusiones más constructivas, mientras que los ambientes no regulados pueden reforzar dinámicas negativas. La publicación de Jacqueline

ejemplifica este equilibrio: al compartir su recorrido sin detalles sensacionalistas, ofrece un modelo de resiliencia accesible e inspirador.

Por otro lado, hay un riesgo implícito en esta dinámica: la dependencia excesiva de estas interacciones virtuales puede perjudicar los lazos en el mundo offline. Cuando las relaciones presenciales, que a menudo requieren más tiempo, presencia física y esfuerzo emocional, son sustituidas o descuidadas por conexiones digitales más rápidas y fáciles, se pierde una capa de profundidad que el contacto físico y el contexto compartido protegen. Esto puede llevar a un aislamiento paradójico: estar "conectado" a muchos, pero sin vínculos verdaderamente sólidos.

Factores como la cultura, por ejemplo, las sociedades más colectivistas pueden valorar las conexiones digitales que refuerzan los lazos familiares o comunitarios, mientras que las culturas individualistas pueden priorizar redes más amplias y menos profundas y la personalidad de cada individuo, como el nivel de extroversión o la necesidad de validación social. La variabilidad desafía cualquier intento de generalización sobre el impacto de las redes sociales, lo que indica que los efectos son más matizados de lo que solemos asumir.

Propuestas para trabajos futuros incluyen investigar cómo las variables demográficas (edad, género, contexto cultural) influyen en el efecto Papageno en estos grupos. Además, los análisis longitudinales podrían medir el impacto a largo plazo del apoyo recibido online en la reducción de ideaciones suicidas. La comparación entre plataformas, como Facebook, Reddit y foros especializados, también ampliaría la comprensión sobre cómo los diseños diferentes afectan las dinámicas de apoyo.

Otra área relevante es el estudio de las políticas de moderación. Cómo equilibrar la libertad de expresión y la protección contra contenidos nocivos sigue siendo un desafío. Las investigaciones podrían probar modelos híbridos, combinando inteligencia artificial e intervención humana, para identificar narrativas que promuevan el efecto Papageno sin censurar voces legítimas.

La integración de profesionales de salud mental en estos grupos merece atención. Aunque la autoayuda es valorada, la presencia de mediadores entrenados podría potenciar el impacto preventivo, transformando comunidades informales en redes de intervención cualificada.

Es fundamental reconocer que los grupos de Facebook no sustituyen los sistemas formales de salud, sino que los complementan. Su fortaleza reside en la capacidad de conectar individuos en tiempo real, ofreciendo apoyo inmediato en momentos de crisis. Las políticas

públicas podrían aprovechar este potencial, integrando plataformas digitales a estrategias nacionales de prevención del suicidio.

Esta tesis demuestra que los grupos analizados fomentan el efecto Papageno, siempre que estén mediado por prácticas éticas e inclusivas. La complejidad de las interacciones online exige la continuidad de las investigaciones, articulando siempre el rigor académico con sensibilidad hacia las realidades vividas por los usuarios. Así, la academia contribuirá no solo a la comprensión teórica, sino también a la transformación concreta de estos espacios en herramientas de cuidado colectivo.

Creemos que esta investigación contribuye significativamente al debate sobre suicidio y redes sociales, al aportar nuevos elementos para la comprensión del fenómeno y al evidenciar la importancia de las acciones de prevención y posvención.

REFERENCIAS TESE

Abels, H., & Abels, H. (2019). Interaktion. In *Einführung in die Soziologie: Band 2: Die Individuen in ihrer Gesellschaft* (pp. 185-233).

Abjaude, S. A. R., Pereira, L. B., Zanetti, M. O. B., & Pereira, L. R. L. (2020). Como as mídias sociais influenciam na saúde mental? *SMAD, Revista Eletrônica Saúde Mental Álcool e Drogas, 16*(1), 1-3. https://doi.org/10.11606/issn.1806-6976.smad.2020.000468

Abraham, K. (2018). *Clinical papers and essays on psychoanalysis*. Routledge.

Abrutyn, S., & Mueller, A. S. (2016). When too much integration and regulation hurts: Reenvisioning Durkheim's altruistic suicide. *Society and Mental Health, 6*(1), 56-71. https://doi.org/10.1177/2156869315598949

Acemoglu, D., & Robinson, J. (2008). *The role of institutions in growth and development* (Vol. 10). World Bank.

Acquisti, A., Taylor, C., & Wagman, L. (2016). The economics of privacy. *Journal of Economic Literature, 54*(2), 442-492. https://doi.org/10.1257/jel.54.2.442

Addeo, F., Paoli, A. D., Esposito, M., & Bolcato, M. Y. (2019). Doing social research on online communities: The benefits of netnography. *Athens Journal of Social Sciences, 7*(1), 9-38. https://doi.org/10.30958/ajss.7-1-1

Adler, P. S., & Kwon, S. W. (2002). Social capital: Prospects for a new concept. *Academy of Management Review, 27*(1), 17-40. https://doi.org/10.5465/amr.2002.5922314

Afroz, M. R., Ramlan, S. S. A. A., Islam, M. N., & Anny, N. Z. (2020). Using Facebook to enhance student engagement in undergraduate sociology classes at Bangladeshi colleges. *International Journal of Research in Business and Social Science, 9*(6), 213-223. https://doi.org/10.20525/ijrbs.v9i6.897

Ahern, L., Feller, J., & Nagle, T. (2016). Mídias sociais como suporte para aprendizagem em universidades: Um estudo empírico de grupos do Facebook. *Journal of Decision Systems, 25*(Suppl. 1), 35-49. https://doi.org/10.1080/12460125.2016.1187423

Ahmadboukani, S., Kivi, H. G., Kiani, A., & Rezaeisharif, A. (2023). A structural test of the three-step theory (3ST) of suicide in the Iranian population: From ideation to action. *Health Science Reports, 6*(11), e1697. https://doi.org/10.1002/hsr2.1697

Ahmed, A., & Ibrahim, M. (2016). Business value of Facebook: A multiple case study from a developing country. *Pacific Asia Journal of the Association for Information Systems, 8*(4), 4. https://doi.org/10.17705/1pais.08401

Allen, A. L. (2021). Dismantling the "Black Opticon": Privacy, race equity, and online data-protection reform. *Yale Law Journal Forum, 131*, 907.

Almeida, E. D. C. (2020). *O uso do Facebook e do Instagram na comunicação com os novos estudantes: O caso das universidades públicas portuguesas* [Doctoral dissertation, Universidade de Lisboa].

Almeida, F. (2010). *Ética, valores humanos e responsabilidade social das empresas*. Principia Editora.

Almeida, J. F. (1993). *Bíblia Sagrada: Almeida Revista e Atualizada* (2nd ed.). Sociedade Bíblica do Brasil.

Amador Rivera, G. H. (2015). Suicidio: Consideraciones históricas. *Revista Médica La Paz, 21*(2), 91-98.

Amaral, I. (2016). *Redes sociais na internet: Sociabilidades emergentes*.

Amaral, I. A., Martins, J. B., de Faria, L. F., Sarto, M. F., Oliveira, M. C., Guimarães, P. R., & Grillo, C. D. F. C. (2021). Transtorno de personalidade borderline: Perspectiva da automutilação em adolescentes. *Brazilian Journal of Development, 7*(1), 1-13.

Americano, L. B. T. (2019). *A construção colaborativa da comunicação das marcas nas redes sociais: Engajamento, interação e literacia dos media*.

Amin, S. (2024). Climate change and lethal violence: A global analysis. *International Journal of Climate Change Strategies and Management*. https://doi.org/10.1108/IJCCSM-02-2023-0027

Amossy, R., & Koren, R. (2010). Argumentation et discours politique. *Mots. Les Langages du Politique, (94)*, 13-21. https://doi.org/10.4000/mots.19757

Amundsen, D. W. (1989). Suicide and early Christian values: The nature of the problem and the scope of this essay. In B. A. Brody (Ed.), *Suicide and euthanasia: Historical and contemporary themes* (pp. 77-153). Springer Netherlands. https://doi.org/10.1007/978-94-015-7838-7_4

Andersen, I. (2020). Instead of the deliberative debate: How the principle of expression plays out in the news-generated Facebook discussion.

Andreenkova, Y. P., & Oleshkova, A. M. (2024). The problem of cyberaddiction among young people. *OF NTSSPI, 30*.

Andriessen, K. (2009). Can postvention be prevention? *Crisis, 30*(1), 43-47. https://doi.org/10.1027/0227-5910.30.1.43

Andrade, R. E. (2022). A ciência moderna e o cansaço da vida: Pensamentos sobre a finalidade da ciência e a estética de Fernando Pessoa. *TEOLITERARIA - Revista de Literaturas e Teologias, 12*(26), 53-75. https://doi.org/10.23924/teoliteraria.v12i26.53-75

Angrosino, M. V. (2009). *Etnografia e observação participante*.

Aquino, M. C. (2007). Hipertexto 2.0, folksonomia e memória coletiva: Um estudo das tags na organização da web. *E-Compós, 9*.

Aquino, R. D. S. (2018). *Comprometimento, entrincheiramento e enraizamento no trabalho: Um olhar sobre o impacto do lugar no desenvolvimento de vínculos* [Doctoral dissertation, Universidade de São Paulo].

Aragão, J. M. N., Gubert, F. D. A., & Vieira, N. F. C. (2021). Investigación en netnografía y enfermería en entorno virtual: Experiencia con adolescentes en Facebook. *Enferm Foco, 12*(2), 319-325. https://doi.org/10.21675/2357-707X.2021.v12.n2.3749

Araya, E. R. M., & Vidotti, S. A. B. G. (2010). Criação, proteção e uso legal de informação em ambientes da World Wide Web.

Archer, M. S. (2009). Can reflexivity and habitus work in tandem? In M. Archer (Ed.), *Conversations about reflexivity* (pp. 135-155). Routledge.

Arendt, F., Scherr, S., Niederkrotenthaler, T., & Till, B. (2018b). The role of language in suicide reporting: Investigating the influence of problematic suicide referents. *Social Science & Medicine, 208*, 165-171. https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2018.04.047

Arendt, F., Scherr, S., Niederkrotenthaler, T., Krallmann, S., & Till, B. (2018a). Effects of awareness material on suicide-related knowledge and theVulnerable viewers. *BMJ, 358*, j3876. https://doi.org/10.1136/bmj.j3876

Arendt, F., Till, B., & Niederkrotenthaler, T. (2016). Effects of suicide awareness material on implicit suicide cognition: A laboratory experiment. *Health Communication, 31*(6), 718-726. https://doi.org/10.1080/10410236.2015.1099505

Arienti, G. (2009). Reciprocity, communication and collective action. In A. Carassa, F. Morganti, & G. Riva (Eds.), *Proceedings of the workshop Enacting Intersubjectivity* (pp. 33-48). Università della Svizzera italiana.

Aristóteles. (2015). *Ética a Nicômaco*. Martin Claret.

Asname, F., & Berrada, A. (2025). Netnography: An innovative approach to qualitative research in the digital age. In *Qualitative approaches to pedagogical engineering* (pp. 1-22). IGI Global. https://doi.org/10.4018/978-1-6684-9317-5.ch001

Asharani, P. V., Koh, Y. S., Tan, R. H. S., Tan, Y. B., Gunasekaran, S., Lim, B., & Subramaniam, M. (2024). The impact of media reporting of suicides on subsequent suicides in Asia: A systematic review. *Annals of the Academy of Medicine, Singapore, 53*(3), 152-169. https://doi.org/10.47102/annals-acadmedsg.2023281

Ayoub, C. N. A. (2020). Agostinho contra Tito Lívio: Pudor, estupro e suicídio feminino. *Revista Dissertatio de Filosofia, 351*-370. https://doi.org/10.15210/dissertatio.v51i0.17350

Baccarella, C. V., Wagner, T. F., Kietzmann, J. H., & McCarthy, I. P. (2018). Social media? It's serious! Understanding the dark side of social media. *European Management Journal, 36*(4), 431-438. https://doi.org/10.1016/j.emj.2018.07.002

Babajani, F., Salari, N., Hosseinian-Far, A., Abdoli, N., Mosafer, H., Heidarian, P., & Mohammadi, M. (2024). Prevalence of suicide attempts in the African continent: A systematic review and meta-analysis. *Asian Journal of Psychiatry, 91*, 103878. https://doi.org/10.1016/j.ajp.2023.103878

Baiocchi, G., Graizbord, D., & Rodríguez-Muñiz, M. (2013). Actor-network theory and the ethnographic imagination: An exercise in translation. *Qualitative Sociology, 36*(4), 323-341. https://doi.org/10.1007/s11133-013-9261-2

Baker, Z. G., Krieger, H., & LeRoy, A. S. (2016). Fear of missing out: Relationships with depression, mindfulness, and physical symptoms. *Translational Issues in Psychological Science, 2*(3), 275-282. https://doi.org/10.1037/tps0000075

Bandura, A., & Evans, R. I. (2006). *Albert Bandura*. Insight Media.

Barak, A., & Dolev-Cohen, M. (2006). Does activity level in online support groups for distressed adolescents determine emotional relief. *Counselling and Psychotherapy Research, 6*(3), 186-190. https://doi.org/10.1080/14733140600857503

Barak, A., & Sadovsky, Y. (2008). Internet use and personal empowerment of hearing-impaired adolescents. *Computers in Human Behavior, 24*(5), 1802-1815. https://doi.org/10.1016/j.chb.2008.02.003

Barbagli, M. (2019). *O suicídio no Ocidente e no Oriente*. Editora Vozes.

Barboza, C. H. (2012). *As viagens do tempo: Uma história da meteorologia em meados do século XIX*. E-papers.

Barboza, F. L. G. (2023). *Suicídio: O que sabemos e o que há para além do discurso hegemônico*. Editora Dialética.

Barnsby, R. E. (2012). *Social media and the Arab Spring: How Facebook, Twitter, and camera phones changed the Egyptian army's response to revolution* [Doctoral dissertation, US Army Command and General Staff College].

Barraclough, B. (1972). Suicide prevention, recurrent affective disorder and lithium. *The British Journal of Psychiatry, 121*(563), 391-392. https://doi.org/10.1192/bjp.121.4.391

Barroso, P. (2019). Hyperreality and virtual worlds: When the virtual is real. *Sphera Publica, 2*(19).

Barthes, R. (1964). Semántica del objeto. In *A. Barthes R.*.

Barthelemy, T. (1988). Os modos de transmissão do patrimônio: Síntese dos trabalhos efetuados quinzenalmente pelos etnólogos da França. *Estudos Rurais*, 195-212.

Batson, C. D. (1993). Communal and exchange relationships: What is the difference? *Personality and Social Psychology Bulletin, 19*(6), 677-683. https://doi.org/10.1177/0146167293196003

Bauman, Z. (2003). *Comunidade: A busca por segurança no mundo atual*. Zahar.

Baym, N. K. (2015). *Personal connections in the digital age*. John Wiley & Sons.

Beahm, G. (2017). *O mundo segundo Mark Zuckerberg: As frases mais inspiradoras do gênio por trás do Facebook*. Elsevier Brasil.

Beauchamp, T., & Childress, J. (2019). Principles of biomedical ethics: Marking its fortieth anniversary. *The American Journal of Bioethics, 19*(11), 9-12. https://doi.org/10.1080/15265161.2019.1665402

Beck, A. T. (1979). *Cognitive therapy and the emotional disorders*. Penguin.

Beck, A. T. (2009). *Terapia cognitiva da esquizofrenia*. Artmed Editora.

Becker, A. P. S., & Borges, L. M. (2015). O impacto das redes sociais no processo de migração familiar. *Ayvu: Revista de Psicologia, 2*(1), 161-185.

Becker, S. O., & Woessmann, L. (2018). Social cohesion, religious beliefs, and the effect of Protestantism on suicide. *Review of Economics and Statistics, 100*(3), 377-391. https://doi.org/10.1162/rest_a_00718

Behler, J., Daniels, A., Scott, J., & Mehl-Madrona, L. (2017). Depression/bipolar peer support groups: Perceptions of group members about effectiveness and differences from other mental health services. *The Qualitative Report, 22*(1), 213-236. https://doi.org/10.46743/2160-3715/2017.2941

Belarmino, V. H., Dimenstein, M., & Leite, J. F. (2024). Reflexões metodológicas do pesquisar em isolamento social: Um relato de experiência. *Psicologia Argumento, 42*(117).

Bell, D. J., Loader, B. D., Pleace, N., & Schuler, D. (2004). *Cyberculture: The key concepts*. Routledge.

Benassi, G. (2020). *Por uma antropologia da arte: Algumas contribuições e limitações do pensamento de Alfred Gell (1945-1997).*

Benkler, Y., Faris, R., & Roberts, H. (2018). *Network propaganda: Manipulation, disinformation, and radicalization in American politics*. Oxford University Press.

Berenchtein Netto, N. (2007). *Suicídio: Uma análise psicossocial a partir do materialismo histórico dialético.*

Berger, P. L., & Luckmann, T. (2003). *A construção social da realidade*. Vozes.

Berners-Lee, T. (1989). *Tim Berners-Lee.*

Berners-Lee, T., Cailliau, R., Groff, J. F., & Pollermann, B. (1992). World-Wide Web: The information universe. *Internet Research, 2*(1), 52-58. https://doi.org/10.1108/eb047254

Berners-Lee, T., Fischetti, M., Dertouzos, M., Solá, J., & Rubio Fernández, M. (2000). *Tejiendo la red: El inventor del World Wide Web nos descubre su origen*.

Bernert, R. A., Kim, J. S., Iwata, N. G., & Perlis, M. L. (2015). Sleep disturbances as an evidence-based suicide risk factor. *Current Psychiatry Reports, 17*(3), 15. https://doi.org/10.1007/s11920-015-0554-4

Berti, I. C. L. W. (2023). Estudos de usuários e a formação do conhecimento na perspectiva das práticas informacionais. *Informação em Pauta, 8*(1), 20. https://doi.org/10.21671/ip.v8i1.383

Bhandari, H., & Yasunobu, K. (2009). What is social capital? A comprehensive review of the concept. *Asian Journal of Social Science, 37*(3), 480-510. https://doi.org/10.1163/156853109X436847

Bion, W. R. (2021). *Aprender da experiência*. Blucher.

Blakemore, S. J., & Choudhury, S. (2006). Development of the adolescent brain: Implications for executive function and social cognition. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 47*(3-4), 296-312. https://doi.org/10.1111/j.1469-7610.2005.01511.x

Blanchard, A. R. (2022). *Calatonia e toques sutis: Enfoque neurocientífico.* Appris.

Blau, P. (2017). *Exchange and power in social life*. Routledge.

Blumenthal, N. M. (1988). The use of collagen membranes to guide regeneration of new connective tissue attachment in dogs. *Journal of Periodontology*, *59*(12), 830-836. https://doi.org/10.1902/jop.1988.59.12.830

Blumer, H. (1969). *Symbolic interactionism: Perspective and method*. Prentice-Hall.

Boellstorff, T., Nardi, B. A., Pearce, C., & Taylor, T. L. (2012). *Ethnography and virtual worlds*. Princeton University Press.

Bonilla-Silva, E. (1997). Rethinking racism: Toward a structural interpretation. *American Sociological Review, 62*(3), 465-480. https://doi.org/10.2307/2657316

Boquet, D., Nagy, P., Broomhall, S., Cohen-Hanegbi, N., Cummings, B., Sierhuis, F., ... & Essary, K. (2017). Bibliografia de fontes secundárias sobre Erasmo e emoção. *Estudos de Inglês*, *98*(7), 675-688.

Botega, N. J. (2022). *Crise suicida: Avaliação e manejo*. Artmed Editora.

Bott, E. (1957). *Family and social network: Roles, norms, and external relationships in ordinary urban families*. Tavistock.

Bottero, W. (2009). Relationality and social interaction. *The British Journal of Sociology, 60*(2), 399-420. https://doi.org/10.1111/j.1468-4446.2009.01236.x

Bourdieu, P. (1983). Esboço de uma teoria da prática. In R. Ortiz (Ed.), *Pierre Bourdieu: Sociologia* (pp. 46-81). Ática.

Bourdieu, P. (2006). Le capital social. In *Le capital social* (pp. 29-34). La Découverte.

Bourdieu, P., & Passeron, J. C. (2006). Foundations of a theory of symbolic violence (N. Shmatko, Trans.). *Voprosy Obrazovaniya/Educational Studies Moscow, (2)*, 39-60.

Bourdieu, P., & Wacquant, L. (1992). The purpose of reflexive sociology (The Chicago Workshop). In *An invitation to reflexive sociology* (pp. 61-215). University of Chicago Press.

Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss* (No. 79). Random House.

Bowlby, J. (1979). The Bowlby-Ainsworth attachment theory. *Behavioral and Brain Sciences, 2*(4), 637-638. https://doi.org/10.1017/S0140525X00064955

Bowlby, J. (1984). Violence in the family as a disorder of the attachment and caregiving systems. *American Journal of Psychoanalysis, 44*(1), 9-27. https://doi.org/10.1007/BF01255416

Boyd, D. M., & Ellison, N. B. (2007). Social network sites: Definition, history, and scholarship. *Journal of Computer-Mediated Communication, 13*(1), 210-230. https://doi.org/10.1111/j.1083-6101.2007.00393.x

Boyd, D., & Crawford, K. (2012). Critical questions for big data: Provocations for a cultural, technological, and scholarly phenomenon. *Information, Communication & Society, 15*(5), 662-679. https://doi.org/10.1080/1369118X.2012.678878

Bozsonyi, K., Lester, D., Fulop, A. N. D. R. E. A., Zonda, T., & Balint, L. (2020). The effects of sunshine duration and ambient temperature on suicides in Hungary. *Neuropsychopharmacologia Hungarica, 22*(1), 23-28.

Braga, D. B. (2016). *Ambientes digitais: Reflexões teóricas e práticas*. Cortez Editora.

Braga, L. D. L., & Dell'Aglio, D. D. (2013). Suicídio na adolescência: Fatores de risco, depressão e gênero. *Contextos Clínicos, 6*(1), 2-14. https://doi.org/10.4013/ctc.2013.61.02

Brancaleone, C. (2008). Comunidade, sociedade e sociabilidade: Revisitando Ferdinand Tönnies. *Revista de Ciências Sociais: RCS, 39*(2), 98-104.

Brandão, Z. (2001). A dialética micro/macro na sociologia da educação. *Cadernos de Pesquisa, (113)*, 153-165.

Brandtzæg, P. B., Lüders, M., & Skjetne, J. H. (2010). Too many Facebook "friends"? Content sharing and sociability versus the need for privacy in social network sites. *International Journal of Human-Computer Interaction, 26*(11-12), 1006-1030. https://doi.org/10.1080/10447318.2010.516719

Braun, V., & Clarke, V. (2006). Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology, 3*(2), 77-101. https://doi.org/10.1191/1478088706qp063oa

Brickman Bhutta, C. (2012). Not by the book: Facebook as a sampling frame. *Sociological Methods & Research, 41*(1), 57-88. https://doi.org/10.1177/0049124112440795

Brotherhood, K. (2024). *Sociologia da educação*. Freitas Bastos.

Brown, B. (2018). *Brené Brown*.

Brown, B. (2023). *A coragem de ser imperfeito*. Nascente.

Brown, S., Kozinets, R. V., & Sherry Jr, J. F. (2003). Teaching old brands new tricks: Retro branding and the revival of brand meaning. *Journal of Marketing, 67*(3), 19-33. https://doi.org/10.1509/jmkg.67.3.19.18657

Brugnoli, E., Cinelli, M., Zollo, F., Quattrociocchi, W., & Scala, A. (2019). Lexical convergence and collective identities on Facebook. *arXiv preprint arXiv:1903.11452*.

Bruner, J. (1991). A construção narrativa da realidade. *Critical Inquiry, 18*(1), 1-21. https://doi.org/10.1086/448619

Brustolin, L. A. (2013). Suicídio e teologia: Uma relação interdisciplinar. *Revista Eclesiástica Brasileira, 73*(290), 327-341.

Bryan, C. J., & Rozek, D. C. (2018). Suicide prevention in the military: A mechanistic perspective. *Current Opinion in Psychology, 22*, 27-32. https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2017.07.022

Buch, D. J. (2009). *Magic flutes and enchanted forests: The supernatural in eighteenth-century musical theater*. University of Chicago Press.

Bulmer, M. (1986). *The Chicago school of sociology: Institutionalization, diversity, and the rise of sociological research*. University of Chicago Press.

Burawoy, M. (2001). Manufacturing the global. *Ethnography, 2*(2), 147-159. https://doi.org/10.1177/14661380122230817

Burgess, J., & Green, J. (2009). *YouTube e a revolução digital*. Aleph.

Burnap, P., Colombo, W., & Scourfield, J. (2015). Machine classification and analysis of suicide-related communication on Twitter. In *Proceedings of the 26th ACM conference on hypertext & social media* (pp. 75-84). https://doi.org/10.1145/2700171.2791023

Burt, R. S. (1983). Network data from archival records. In R. S. Burt & M. J. Minor (Eds.), *Applied network analysis* (pp. 158-174). Sage.

Bush, D. M., & Simmons, R. G. (2017). Socialization processes over the life course. In *Social psychology* (pp. 133-164). Routledge.

Butler, J. (2024). *Quadros de guerra: Quando a vida é passível de luto?*. Civilização Brasileira.

Cai, Z., Junus, A., Chang, Q., & Yip, P. S. (2022). The lethality of suicide methods: A systematic review and meta-analysis. *Journal of Affective Disorders, 300*, 121-129. https://doi.org/10.1016/j.jad.2021.12.054

Callaghan, C. G. (2007). Seven shillings and a penny: Female suicide in late medieval England. *Medieval Feminist Forum: A Journal of Gender and Sexuality, 43*(1), 88-107. https://doi.org/10.17077/1536-8742.1682

Callon, M. (1986). The sociology of an actor-network: The case of the electric vehicle. In M. Callon, J. Law, & A. Rip (Eds.), *Mapping the dynamics of science and technology* (pp. 19-34). Macmillan Press.

Cambron, M. J., Acitelli, L. K., & Steinberg, L. (2010). When friends make you blue: The role of friendship-contingent self-esteem in predicting self-esteem and depressive symptoms. *Personality and Social Psychology Bulletin, 36*(3), 384-397. https://doi.org/10.1177/0146167209351593

Camus, A. (2019). *O mito de Sísifo*. Record.

Canetto, S. S., & McIntosh, J. L. (2022). A comparison of physician-assisted/death-with-dignity-act death and suicide patterns in older adult women and men. *The American Journal of Geriatric Psychiatry, 30*(2), 211-220. https://doi.org/10.1016/j.jagp.2021.06.003

Candeloro, R. J. (2017). Sobre o suicídio. *Griot: Revista de Filosofia, 16*(2), 435-439. https://doi.org/10.22409/griot.v16i2.39866

Carmichael, V. W. R. (2019). Media coverage of Robin Williams' suicide in the United States: A contributor to contagion? *PLOS ONE, '),\nSystem: You are Grok, created by xAI. I have a list of references that need to be formatted in APA style and arranged alphabetically. Can you help me with this?

Carnovale, S., & Yeniyurt, S. (2015). The role of ego network structure in facilitating ego network innovations. *Journal of Supply Chain Management, 51*(2), 22-46. https://doi.org/10.1111/jscm.12067

Carpentier, F. D., & Parrott, M. S. (2016). Young adults' information seeking following celebrity suicide: Considering involvement with the celebrity and emotional distress in health communication strategies. *Health Communication, 31*(11), 1334-1344. https://doi.org/10.1080/10410236.2015.1056329

Carrara, P. S. R. A. (2023). *Indústria 4.0 e recursos humanos: Superestimando a tecnologia e subestimando os recursos humanos*.

Carvalho, M. S. R. M. (2006). *A trajetória da Internet no Brasil: Do surgimento das redes de computadores à instituição dos mecanismos de governança* [Unpublished manuscript]. Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Carvalho, R. H. D. (2021). *O papel da psicoterapia pautada na abordagem centrada na pessoa em contextos de ideação suicida*.

Castellacci, F., & Tveito, V. (2018). Internet use and well-being: A survey and a theoretical framework. *Research Policy, 47*(1), 308-325. https://doi.org/10.1016/j.respol.2017.11.006

Castelli, A. (2023). A Durkheimian reading of suicide in Goethe's *The Sorrows of Young Werther* and Foscolo's *The Last Letters of Jacopo Ortis*. *Partial Answers: Journal of Literature and the History of Ideas, 21*(2), 215-240. https://doi.org/10.1353/pan.2023.a888713

Castells, M. (2009). *Mobile communication and society: A global perspective*. MIT Press.

Castells, M. (2017). *Redes de indignação e esperança: Movimentos sociais na era da internet*. Schwarcz-Companhia das Letras.

CECCHIN, H. F., & *et al.*, (2024). Risk factors for suicidal ideation in Brazilian university students: A mixed methods study. *Trends in Psychology*, 1-29. https://doi.org/10.1007/s43076-024-00371-8

Chafe, W. (1994). *Discourse, consciousness, and time: The flow and displacement of conscious experience in speaking and writing*. University of Chicago Press.

Chan, M. (2016). Social network sites and political engagement: Exploring the impact of Facebook connections and uses on political protest and participation. *Mass Communication and Society, 19*(4), 430-451. https://doi.org/10.1080/15205436.2016.1161808

Chawla, P., Mangal, R., & Chandrashekar, C. M. (2020). Discrete-time quantum walk algorithm for ranking nodes on a network. *Quantum Information Processing, 19*, 1-21. https://doi.org/10.1007/s11128-020-02775-6

Chen, M. H., Tsai, S. J., Cheng, C. M., Chang, W. H., Bai, Y. M., Su, T. P., & Chen, T. J. (2024). Familial coaggregation of suicide, accidental death, and major psychiatric disorders in first-degree relatives of individuals dying accidentally. *Mayo Clinic Proceedings, 99*(10), 1558-1566. https://doi.org/10.1016/j.mayocp.2024.04.019

Chen, Y., Liao, S., Teng, P., Tsai, C., Fan, H., Lee, W., & Cheng, T. A. (2010). The impact of media reporting of the suicide of a singer on suicide rates in Taiwan. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology, 47*(2), 215-221. https://doi.org/10.1007/s00127-010-0331-y

Cheng, A. T., Hawton, K., Chen, T. H., Yen, A. M., Chen, C. Y., Chen, L. C., & Teng, P. R. (2007). The influence of media coverage of a celebrity suicide on subsequent suicide attempts. *Journal of Clinical Psychiatry, 68*(6), 862-866. https://doi.org/10.4088/JCP.v68n0603

Cheng, A. T., Hawton, K., Lee, C. T., & Chen, T. H. (2007). The influence of media reporting of the suicide of a celebrity on suicide rates: A population-based study. *International Journal of Epidemiology, 36*(6), 1229-1234. https://doi.org/10.1093/ije/dym196

Cheng, Q., Li, H., Silenzio, V., & Caine, E. D. (2014). Suicide contagion: A systematic review of definitions and research utility. *PLOS ONE, 9*(9), e108724. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0108724

Chertov, O., & Tavrov, D. (2010). Group anonymity. In *Information Processing and Management of Uncertainty in Knowledge-Based Systems. Applications: 13th International Conference, IPMU 2010, Dortmund, Germany, June 28–July 2, 2010. Proceedings, Part II 13* (pp. 592-601). Springer Berlin Heidelberg. https://doi.org/10.1007/978-3-642-14058-7_60

Choi, D. H., & Noh, G. Y. (2020). The influence of social media use on attitude toward suicide through psychological well-being, social isolation, and social support. *Information, Communication & Society, 23*(10), 1427-1443. https://doi.org/10.1080/1369118X.2019.1574866

Chung, T. H., Hanley, K., Le, Y. C., Merchant, A., Nascimento, F., De Figueiredo, J. M., ... & Selvaraj, S. (2023). A validation study of PHQ-9 suicide item with the Columbia Suicide Severity Rating Scale in outpatients with mood disorders at National Network of Depression Centers. *Journal of Affective Disorders, 320*, 590-594. https://doi.org/10.1016/j.jad.2022.09.046

Cianconi, P., Betrò, S., & Janiri, L. (2020). The impact of climate change on mental health: A systematic descriptive review. *Frontiers in Psychiatry, 11*, 490206. https://doi.org/10.3389/fpsyt.2020.00074

Cohen, I. J. (1989). *Structuration theory: Anthony Giddens and the constitution of social life*. St. Martin's Press.

Cohen, R. (1978). Ethnicity: Problem and focus in anthropology. *Annual Review of Anthropology, 7*, 379-403. https://doi.org/10.1146/annurev.an.07.100178.002115

Cohen, S., & Wills, T. A. (1985). Stress, social support, and the buffering hypothesis. *Psychological Bulletin, 98*(2), 310-357. https://doi.org/10.1037/0033-2909.98.2.310

Cohen-Hanegbi, N. (2016). A moving soul: Emotions in late medieval medicine. *Osiris, 31*(1), 46-66. https://doi.org/10.1086/687593

Coleman, J. S. (2000). Social capital in the creation of human capital. In E. L. Lesser (Ed.), *Knowledge and social capital* (pp. 17-42). Butterworth & Heinemann.

Colletta, N. J., & Cullen, M. L. (2000). *Conflito violento e a transformação do capital social: Lições do Camboja, Ruanda, Guatemala e Somália*. World Bank Publications.

Conein, B. (2012). Le sens moral de la réparation. La réparation comme expression de l'ordre de l'interaction. In *Erving Goffman et l'ordre de l'interaction*.

Conejero, I., Olié, E., Calati, R., Ducasse, D., & Courtet, P. (2018). Psychological pain, depression, and suicide: Recent evidences and future directions. *Current Psychiatry Reports, 20*(5), 1-9. https://doi.org/10.1007/s11920-018-0892-0

Conquergood, D. (1991). Rethinking ethnography: Towards a critical cultural politics. *Communications Monographs, 58*(2), 179-194. https://doi.org/10.1080/03637759109376222

Conrad, N. (1991). Where do they turn? Social support systems of suicidal high school adolescents. *Journal of Psychosocial Nursing and Mental Health Services, 29*(3), 14-20.

Cornelissen, J. P. (2023). *Corporate communication: A guide to theory and practice*. Sage.

Corrêa, C. H. W. (2005). *Interação social da comunidade científica no ciberespaço: Estudo da lista de discussão ABRH-Gestão*.

Correa, T., Hinsley, A. W., & de Zúñiga, H. G. (2010). Who interacts on the Web?: The intersection of users' personality and social media use. *Computers in Human Behavior, 26*(2), 247-253. https://doi.org/10.1016/j.chb.2009.11.015

Corrigan, P. (2004). How stigma interferes with mental health care. *American Psychologist, 59*(7), 614-625. https://doi.org/10.1037/0003-066X.59.7.614

Corrigan, P. W., & Rao, D. (2012). On the self-stigma of mental illness: Stages, disclosure, and strategies for change. *The Canadian Journal of Psychiatry, 57*(8), 464-469. https://doi.org/10.1177/070674371205700804

Costa, R. D. (2005). Por um novo conceito de comunidade: Redes sociais, comunidades pessoais, inteligência coletiva. *Interface - Comunicação, Saúde, Educação, 9*(17), 235-248. https://doi.org/10.1590/S1414-32832005000200009

Costa, S. M. P. D. S., de-Souza, W. F., Hildebrandt, F. M. P., Wainer, R., & Ferreira, B. D. B. M. (2023). Esquemas iniciais desadaptativos e suicídio: Uma revisão sistemática. *Revista Brasileira de Terapias Cognitivas, 19*(1), 104-112. https://doi.org/10.5935/1808-5687.20230009

Cotta, M. L., de Freitas Coelho, M., & Sudré, C. A. G. W. (2024). Estratégias de marketing digital no secretariado remoto: Uma netnografia no Instagram. *Desafio Online, 12*(3). https://doi.org/10.5206/do.v12i3.2024

Coulouris, G., Dollimore, J., & Kindberg, T. (2001). *Sistemas distribuídos* (Vol. 6). Addison Wesley.

Coulson, N. S., Bullock, E., & Rodham, K. (2017). Exploring the therapeutic affordances of self-harm online support communities: An online survey of members. *JMIR Mental Health, 4*(4), e8084. https://doi.org/10.2196/mental.8084

Counts, D. A. (1987). Female suicide and wife abuse: A cross-cultural perspective. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 17*(3), 194-204. https://doi.org/10.1111/j.1943-278X.1987.tb00281.x

Cover, R. (2015). *Digital identities: Creating and communicating the online self*. Academic Press.

Cross, W., Matthieu, M. M., Lezine, D., & Knox, K. L. (2010). Does a brief suicide prevention gatekeeper training program enhance observed skills? *Crisis, 31*(5), 241-248. https://doi.org/10.1027/0227-5910/a000042

Crump, L. (2021). *Os grupos de apoio online para fibromialgia transmitem flexibilidade psicológica? Uma análise qualitativa do conteúdo de discussão dos grupos de apoio do Facebook.*

Cruz, C. A., Sales, D. D. O., Souza, L. S. D., & Branco, P. C. C. (2020). O suicídio na perspectiva das psicologias humanista, fenomenológica e existencial: Revisão sistemática e metassíntese. *Contextos Clínicos, 13*(1), 293-315. https://doi.org/10.4013/ctc.2020.131.12

Cummings, J. N., Lee, J. B., & Kraut, R. E. (2006). Communication technology and friendship during the transition from high school to college. In *Proceedings of the 2006 ACM Conference on Computer Supported Cooperative Work* (pp. 1-10). https://doi.org/10.1145/1180875.1180881

Curran, K., Graham, S., & Temple, C. (2011). Advertising on Facebook. *International Journal of E-Business Development, 1*(1), 26-33.

Czarnocka, M., & Mazurek, M. (2012). Metafory w nauce. *Zagadnienia Naukoznawstwa, 48*(1), 5-26.

Daine, K., Hawton, K., Singaravelu, V., Stewart, A., Simkin, S., & Montgomery, P. (2013). The power of the web: A systematic review of studies of the influence of the internet on self-harm and suicide in young people. *PLOS ONE, 8*(10), e77555. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0077555

Dale, O. (2022). Self, ego and suicide. *Journal of Analytical Psychology, 67*(3), 796-816. https://doi.org/10.1111/1468-5922.12807

Danaher, J., Hogan, M. J., Noone, C., Kennedy, R., Behan, A., De Paor, A., ... & Shankar, K. (2017). Algorithmic governance: Developing a research agenda through the power of collective intelligence. *Big Data & Society, 4*(2), 2053951717726554. https://doi.org/10.1177/2053951717726554

Darmon, M. (2023). *Socialization*. John Wiley & Sons.

Da Silva, J. H. M. (2016). A virtualização das relações e a liquefação dos laços afetivos sob a ótica de Zygmunt Bauman. *Pergaminho, (7)*, 38-48.

Dawson, C. (2014). *Dynamics of world history*. Open Road Media.

Day, L. H. (1987). Durkheim on religion and suicide a demographic critique. *Sociology, 21*(3), 449-461. https://doi.org/10.1177/0038038587021003008

De Andrade, N. C. (2022). *A reputação no Facebook: Uma análise à interação dos usuários nas publicações* [Master's thesis, Universidade da Beira Interior].

De Araujo, M., Ciconelli, R. M., & Pedroso, M. C. (2010). Social network: A proposal for the study of feeding behavior in the planning and implementation of educative programs. *Arquivos Catarinenses de Medicina, 39*(4).

De Blasio, G., Scalise, D., & Sestito, P. (2021). Universalism vs. particularism: A round trip from sociology to economics. *Review of Social Economy, 79*(2), 286-309. https://doi.org/10.1080/00346764.2019.1694022

De Camargo, C. P. (2014). *Facebook marketing: Tudo que você precisa saber para gerar negócios na maior rede social do mundo*. Novatec Editora.

De Choudhury, M., Lin, Y. R., Sundaram, H., Candan, K. S., Xie, L., & Kelliher, A. (2010). How does the data sampling strategy impact the discovery of information diffusion in social media? *Proceedings of the International AAAI Conference on Web and Social Media, 4*(1), 34-41. https://doi.org/10.1609/icwsm.v4i1.14005

De Goes, P. (2004). *O problema do suicídio em Santo Agostinho à luz do De civ. Dei, I* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

De Lima, J. C., & de Carvalho, C. L. (2004). *Uma visão da web semântica* (Technical Report INF_001/94). Instituto de Informática, Universidade Federal de Goiás.

De Matos Marques, E. J. C. (2022). *Da internet à pós-verdade: Uma análise exploratória* [Master's thesis, Universidade de Aveiro].

De Mello Kujawski, G. (2003). *Império e terror*. Ibrasa.

De Oliveira, C. M. (2023). *Humantech marketing: O marketing molecular e humano*. Leya.

De Oliveira, F. (Regarding reference formatting, please adhere to APA style and arrange the references in alphabetical order.

De Quincey, T. (1982). *Confissões de um comedor de ópio* (Vol. 1). Singular Digital.

De Rosa, A. S. (2024). Social representations and multi-channel communication on crucial societal issues through the modelling approach. *Discover Global Society, 2*(106). https://doi.org/10.1007/s44282-024-00126-9

De Saussure, F. (1916). Nature of the linguistic sign. In *Course in general linguistics* (pp. 65-70).

Deegan, M. J. (2001). The Chicago school of ethnography. In P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland, & L. Lofland (Eds.), *Handbook of ethnography* (pp. 11-25). Sage.

Deleuze, G. (1994). *Difference and repetition*. Columbia University Press.

Dempwolf, C. S., & Lyles, L. W. (2012). The uses of social network analysis in planning: A review of the literature. *Journal of Planning Literature, 27*(1), 3-21. https://doi.org/10.1177/0885412211411092

Den Heijer, A. (2022). A performance da parrhesia em Filo e Atos. *Revista para o Estudo do Novo Testamento, 45*(2), 193-216.

Dertouzos, M. L., & Burkan, W. C. (1997). *What will be*. Audio-Tech Business Book Summaries, Incorporated.

Dery, M. (2010). *Não devo pensar em coisas ruins: Ensaios sobre o império americano, cultura digital, pornografia pós-humana e o simbolismo sexual do dedão da Madona*. Sulina.

DeShon, R. P., & Gillespie, J. Z. (2005). A motivated action theory account of goal orientation. *Journal of Applied Psychology, 90*(6), 1096-1127. https://doi.org/10.1037/0021-9010.90.6.1096

Dewey, J. (1886). Psychology as philosophic method. *Mind, 11*(42), 153-173. https://doi.org/10.1093/mind/os-XI.42.153

Dewey, J. (2010). *Arte como experiência* (V. Ribeiro, Trans.). Martins Fontes.

Dewi, R. P., & Fasa, M. I. (2024). Strategi pemasaran sosis obong Dendra melalui media sosial Facebook. *MAMEN: Jurnal Manajemen, 3*(4), 430-443. https://doi.org/10.35960/mjm.v3i4.1234

Dias, J. M. S. (2017). *A influência do marketing de conteúdo no comportamento do consumidor: Análise do engagement nas redes sociais* [Doctoral dissertation, Instituto Politécnico de Lisboa, Escola Superior de Comunicação Social].

Dilthey, W. (2018). *A essência da filosofia*. Vozes.

Divaris, K., Barlow, P. J., Chendea, S. A., Cheong, W. S., Dounis, A., Dragan, I. F., ... & Vrazic, D. (2008). The academic environment: The students' perspective. *European Journal of Dental Education, 12*(s1), 120-130. https://doi.org/10.1111/j.1600-0579.2007.00494.x

Domaradzki, J. (2021). The Werther effect, the Papageno effect or no effect? A literature review. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 18*(5), 2396. https://doi.org/10.3390/ijerph18052396

Donahue, E. G. (2017). *Understanding suicide in the Navajo population* [Bachelor's thesis, Ashland University].

Donath, J., & Boyd, D. (2004). Public displays of connection. *BT Technology Journal, 22*(4), 71-82. https://doi.org/10.1023/B:BTTJ.0000047587.06264.cc

Dos Santos, M. S. (2012). *Memória colectiva e teoria social*. Imprensa da Universidade de Coimbra/Coimbra University Press.

Douglas, J. D. (2015). *Social meanings of suicide* (Vol. 1242). Princeton University Press.

Duarte, J. C. V., & Oliveira, T. (2022). Considerations about suicide in the medieval period under the lens of the history of education. *Brazilian Journal of Development, 8*(3), 15783-15793. https://doi.org/10.34117/bjdv8n3-087

Dubet, F. (1996). *Sociologia da experiência*. Instituto Piaget.

Ducci, N. P. C., & Teixeira, R. M. (2011). As redes sociais dos empreendedores na formação do capital social: Um estudo de casos múltiplos em municípios do norte pioneiro no estado do Paraná. *Cadernos EBAPE.BR, 9*(4), 967-997. https://doi.org/10.1590/S1679-39512011000400008

Duckitt, J. H. (1992). *The social psychology of prejudice*. Praeger.

Dupuis, M., Khadeer, S., & Huang, J. (2024). Facebook use and cyberbullying by students with learning disabilities. *Psychological Reports*. Advance online publication. https://doi.org/10.1177/00332941241256789

Durkheim, É. (1930). *De la division du travail social*. Presses Universitaires de France. (Original work published 1893)

Durkheim, É. (1978). O que é fato social. In *As regras do método sociológico* (6th ed.).

Durkheim, É. (1999). *Solidariedade mecânica ou por similitudes*.

Durkheim, É. (2004). *O suicídio*. Martins Fontes.

Durston, J. (2003). *Capital social: Parte del problema, parte de la solución, su papel en la persistencia y en la superación de la pobreza en América Latina y el Caribe*.

Dutta, M. J. (2011). *Communicating social change: Structure, culture, and agency*. Routledge.

Dustdar, S., & Hoffmann, T. (2007). Interaction pattern detection in process-oriented information systems. *Data & Knowledge Engineering, 62*(1), 138-155. https://doi.org/10.1016/j.datak.2006.07.008

Dutra, E. (2011). Pensando o suicídio sob a ótica fenomenológica hermenêutica: Algumas considerações. *Revista da Abordagem Gestáltica: Phenomenological Studies, 17*(2), 152-157.

Dweck, C. S. (2006). *Mindset: The new psychology of success*. Random House.

Egeland, J. A., & Sussex, J. N. (1985). Suicide and family loading for affective disorders. *JAMA, 254*(7), 915-918. https://doi.org/10.1001/jama.1985.03360070053024

Elias, N. (1994). *A sociedade dos indivíduos*. Zahar.

Elias, N. (2001). *A sociedade de corte*. Zahar.

Ellickson, R. C. (2001). The evolution of social norms: A perspective from the legal academy. In M. Hechter & K.-D. Opp (Eds.), *Social norms* (pp. 35-44). Russell Sage Foundation.

Ellison, N. B., Steinfield, C., & Lampe, C. (2007). The benefits of Facebook "friends": Social capital and college students' use of online social network sites. *Journal of Computer-Mediated Communication, 12*(4), 1143-1168. https://doi.org/10.1111/j.1083-6101.2007.00367.x

Engel, G. L. (1977). The need for a new medical model: A challenge for biomedicine. *Science, 196*(4286), 129-136. https://doi.org/10.1126/science.847460

Eriksen, T. E., & Risør, M. B. (2014). What is called symptom? *Medicine, Health Care and Philosophy, 17*(1), 89-102. https://doi.org/10.1007/s11019-013-9501-5

Escobar, A. (2007). *La invención del tercer mundo: Construcción y desconstrucción del desarrollo* (D. Ochoa, Trans.). Fundación Editorial el Perro y la Rana.

Evans, M. B., & Benson, A. J. (2024). Leveraging social relations modeling and social network analysis to understand the structure and nature of interpersonal dynamics in groups. *Sport, Exercise, and Performance Psychology*. Advance online publication. https://doi.org/10.1037/spy0000357

Faé, R. E. (2024). *A capitalização da atenção nas plataformas digitais: Uma análise das estratégias dos influenciadores digitais capixabas no Instagram* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

Fairbairn, W. R. D. (1994). *Psychoanalytic studies of the personality*. Psychology Press.

Fairclough, N. (2003). *Analysing discourse: Textual analysis for social research*. Routledge.

Falavarjani, S. A. M., Zarrinkalam, F., Jovanovic, J., Bagheri, E., & Ghorbani, A. A. (2019). The reflection of offline activities on users' online social behavior: An observational study. *Information Processing & Management, 56*(6), 102070. https://doi.org/10.1016/j.ipm.2019.102070

Farnell, B. (2000). Getting out of the habitus: An alternative model of dynamically embodied social action. *Journal of the Royal Anthropological Institute, 6*(3), 397-418. https://doi.org/10.1111/1467-9655.00024

Felcher, C. D. O., Ferreira, A. L. A., & Folmer, V. (2017). Da pesquisa-ação à pesquisa participante: Discussões a partir de uma investigação desenvolvida no Facebook. *Experiências em Ensino de Ciências, 12*(7), 1-18.

Fenichel, O. (1946). On acting. *The Psychoanalytic Quarterly, 15*(2), 144-160. https://doi.org/10.1080/21674086.1946.11925614

Fernandes, J. C. A. D. S. (2019). *Coordenação das plataformas de redes sociais de uma organização multicampi*.

Ferrada-Noli, M. (1997). A cross-cultural breakdown of Swedish suicide. *Acta Psychiatrica Scandinavica, 96*(2), 108-116. https://doi.org/10.1111/j.1600-0447.1997.tb09913.x

Ferber, R., & Hill, E. W. (1962). Corporate images are not stereotypes. *Journal of Marketing, 26*(1), 72-75. https://doi.org/10.2307/1249633

Ferreira, D. A. (2022). Netnografia: Desvendando as narrativas humanas em um mundo digital. *Remark, 10*(2), 123-145.

Ferreira, E. M., & Fonseca, J. R. (2024). Identidade na diáspora: Uma análise à luz dos estudos culturais e das dinâmicas migratórias. *Revista Diálogos Interdisciplinares, 1*(13), 51-67. https://doi.org/10.24859/RevDi.2024.1045

Ferreira, M. M. F. S. (2017). *Análise de um polimorfismo no gene transportador da serotonina (5-HTTLPR) em indivíduos da zona do Alentejo e a sua relação com o comportamento suicida* [Master's thesis, Universidade do Porto].

Ferreira, R., & Seruca, I. (2013). A ciência da web: Oportunidades de investigação. In *13a Conferência da Associação Portuguesa de Sistemas de Informação* (pp. 13-31).

Ferreira, R. C., & Reis, K. A. S. (2020). Evidências entre mídia e suicídio: Efeito contágio das produções jornalísticas e ficcionais. *Revista Eletrônica de Comunicação, Informação & Inovação em Saúde, 14*(3). https://doi.org/10.29397/reciis.v14i3.2107

Ferreira, S. B. R. (2019). *Informação ecológica e redes sociais: Uma análise filosófico-interdisciplinar*.

Félix, T. A., Oliveira, E. N., Lopes, M. V. D. O., Parente, J. R. F., Dias, M. S. D. A., & Moreira, R. M. M. (2016). Fatores de risco para tentativa de suicídio: Produção de conhecimento no Brasil.

Ferro, A. P. (2017). A netnografia como metodologia de pesquisa. *Revista Uninove, 5*(1), 1-15.

Fialho, J. (2008). *Redes de cooperação interorganizacional: O caso das entidades formadoras do Alentejo Central* [Doctoral dissertation, Universidade de Évora].

Fialho, N. V. (2024). *Análise fenomenológica e hermenêutica das políticas públicas e diretrizes profissionais de prevenção do suicídio*.

Fine, G. A. (1995). *A second Chicago school? The development of a postwar American sociology*. University of Chicago Press.

Fine, G. A. (2012). Group culture and the interaction order: Local sociology on the meso-level. *Annual Review of Sociology, 38*(1), 159-179. https://doi.org/10.1146/ann **or**ev-soc-081309-150008

Fiske, A. P. (1992). The four elementary forms of sociality: Framework for a unified theory of social relations. *Psychological Review, 99*(4), 689-723. https://doi.org/10.1037/0033-295X.99.4.689

Flatschart, F., Bachini, C., & Cusin, C. (2013). *Open web platform*. Brasport.

Fleury, S. (2005). Redes de políticas: Novos desafios para a gestão pública. *Revista Administração em Diálogo, 7*(1), 77-89. https://doi.org/10.23925/2178-0080.2005v7i1.37876

Flores, E. A. P. (2012). *O Facebook e suas possibilidades literárias*.

Fontenele, G. P. (2022). O pré-natal psicológico em grupo na estratégia Saúde da Família: Contribuições na prevenção da depressão pós-parto.

Foucault, M. (2004). *História da loucura na Idade Clássica* (7th ed.). Perspectiva.

Frank, A. W. (2010). *Letting stories breathe: A socio-narratology*. University of Chicago Press.

Frankl, V. E. (2013). *Em busca de sentido: Um psicólogo no campo de concentração* (Vol. 3). Sinodal.

Frei, A., Schenker, T., Finzen, A., Dittmann, V., Kraeuchi, K., & Hoffmann-Richter, U. (2003). The Werther effect and assisted suicide. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 33*(2), 192-200. https://doi.org/10.1521/suli.33.2.192.22774

Freud, S. (1915). Reflexões para os tempos de guerra e morte. In *Obras completas de Sigmund Freud* (Vol. 14, p. 327). Imago.

Freud, S. (1996). O mal-estar na civilização. In *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud* (Vol. 21). Imago. (Original work published 1929)

Frischlich, L. (2022). "Resistance!": Collective action cues in conspiracy theory-endorsing Facebook groups. *Media and Communication, 10*(2), 130-143. https://doi.org/10.17645/mac.v10i2.4688

Fromm, E., & Rosenblatt, N. (2000). *El arte de amar*. Martins Fontes.

Fukuyama, F. (1995). Social capital and the global economy: A redrawn map of the world. *Foreign Affairs, 74*(5), 89-103. https://doi.org/10.2307/20047302

Fukuyama, F. (1996). *Confiança: Valores sociais e criação de prosperidade*. Gradiva.

Fulkerson, G. M., & Thompson, G. H. (2008). The evolution of a contested concept: A meta-analysis of social capital definitions and trends (1988–2006). *Sociological Inquiry, 78*(4), 536-557. https://doi.org/10.1111/j.1475-682X.2008.00257.x

Gadamer, H. G. (1960). Aesthetics and hermeneutics. In *The continental aesthetics reader* (pp. 181-186).

Galasso, B. J. B. (2013). *Do ensino em linha ao ensino online: Perspectivas para a educação online baseada na mediação professor-aluno* [Doctoral dissertation, Universidade de São Paulo].

Gangipogu, V. K., & *et al.,* (2024). Suicidal behavior prevalence and sociodemographic determinants among Delhi college students: Findings from a cross-sectional study. *Indian Journal of Social Psychiatry, 40*(1), 90-95. https://doi.org/10.4103/ijsp.ijsp_123_23

Garcia, M. R. V., de Amorim, S. C., Rodrigues, G. V., & Mendonça, L. H. F. (2022). Contrarreforma psiquiátrica brasileira e medicalização do sofrimento mental na pandemia de Covid-19. *Revista Em Pauta: Teoria Social e Realidade Contemporânea, (49)*. https://doi.org/10.12957/rep.2022.63209

Garcia, T. M. R. (2005). *Internet e formação de professores de matemática: Desafios e possibilidades*.

Garrison, E. P. (1991). Attitudes toward suicide in ancient Greece. *Transactions of the American Philological Association, 121,* 1-34. https://doi.org/10.2307/284441

Gawryszewski, V. P. (2006). Violência: O estresse nosso de cada dia. *BEPA. Boletim Epidemiológico Paulista, 3*(26), 12-15.

Geertz, C. (1973). *Deep play: Notes on the Balinese cockfight*. Basic Books.

Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures*. Basic Books.

Gerhards, J. (2001). Der Aufstand des Publikums/The Rebellion of the Citizens: Eine systemtheoretische Interpretation des Kulturwandels in Deutschland zwischen 1960 und 1989/A Systemtheoretical Interpretation of Cultural Change of the German Society (1960–1989). *Zeitschrift für Soziologie, 30*(3), 163-184. https://doi.org/10.1515/zfsoz-2001-0301

Giddens, A. (1979). *Central problems in social theory: Action, structure, and contradiction in social analysis* (Vol. 241). University of California Press.

Gille, Z., & Riain, S. Ó. (2002). Global ethnography. *Annual Review of Sociology, 28*(1), 271-295. https://doi.org/10.1146/annurev.soc.28.110601.140945

Goffman, E. (1955). On face-work: An analysis of ritual elements in social interaction. *Psychiatry, 18*(3), 213-231. https://doi.org/10.1080/00332747.1955.11023008

Goffman, E. (1983). The interaction order: American Sociological Association, 1982 presidential address. *American Sociological Review, 48*(1), 1-17. https://doi.org/10.2307/2095141

Goffman, E. (2017). *Interaction ritual: Essays in face-to-face behavior*. Routledge.

Gomes, F. N. (2017). *O contributo da autópsia psicológica na investigação de mortes suspeitas* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

Gonçalves, B., Perra, N., & Vespignani, A. (2011). Modeling users' activity on Twitter networks: Validation of Dunbar's number. *PLOS ONE, 6*(8), e22656. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0022656

Gonçalves, M. A. S. (1999). Teoria da ação comunicativa de Habermas: Possibilidades de uma ação educativa de cunho interdisciplinar na escola. *Educação & Sociedade*, *20*(68), 125-140. https://doi.org/10.1590/S0101-73301999000300007

Gondim, D. S. M., & Martins, P. M. (2021). O suicídio na história do pensamento ocidental da antiguidade à psicanálise. *Humanas Sociais & Aplicadas, 11*(30), 86-103. https://doi.org/10.25242/8876113020211086

Goodman, M., Tomas, I. A., Temes, C. M., Fitzmaurice, G. M., Aguirre, B. A., & Zanarini, M. C. (2017). Suicide attempts and self-injurious behaviors in adolescent and adult patients with borderline personality disorder. *Personality and Mental Health, 11*(3), 157-163. https://doi.org/10.1002/pmh.1375

Gorwa, R., Binns, R., & Katzenbach, C. (2020). Algorithmic content moderation: Technical and political challenges in the automation of platform governance. *Big Data & Society, 7*(1), 2053951719897945. https://doi.org/10.1177/2053951719897945

Goshay, K., & Monetta, J. (Directors). (2016). *Not Alone* [Film]. Kiki Goshay Productions.

Graham, J., Nosek, B. A., Haidt, J., Iyer, R., Koleva, S., & Ditto, P. H. (2011). Mapping the moral domain. *Journal of Personality and Social Psychology, 101*(2), 366-385. https://doi.org/10.1037/a0021847

Granovetter, M. (1973). The strength of weak ties. *American Journal of Sociology, 78*(6), 1360-1380. https://doi.org/10.1086/225469

Graumann, C. F., & Moscovici, S. (Eds.). (2012). *Changing conceptions of crowd mind and behavior*. Springer Science & Business Media.

Greenberg, J. R., & Mitchell, S. A. (1983). *Object relations in psychoanalytic theory*. Harvard University Press.

Griffin, J. (1986). *Well-being: Its meaning, measurement and moral importance*. Clarendon Press.

Grishchenko, N. (2022). An inverted digital divide during Covid-19 pandemic? Evidence from a panel of EU countries. *Telematics and Informatics, 72*, 101856. https://doi.org/10.1016/j.tele.2022.101856

Gronhaug, K. (2000). The sociological basis of marketing. In M. Baker (Ed.), *Marketing theory* (pp. 102-118). Thomson.

Grossman, E. R. (2013). *An examination of Putnam's, Coleman's, and Bourdieu's conceptualizations of social capital and the structural differences across class, race, and gender groups*. The University of Akron.

Guimarães, T. G. (2011). *O paradoxo da intimidade publicizada: A visibilidade contemporânea no site de rede social Facebook* [Master's thesis, Universidade NOVA de Lisboa].

Gunnell, D., Appleby, L., Arensman, E., Hawton, K., John, A., Kapur, N., ... & Yip, P. S. (2020). Suicide risk and prevention during the COVID-19 pandemic. *The Lancet Psychiatry*, *7*(6), 468-471. https://doi.org/10.1016/S2215-0366(20)30171-1

Gusmão, N. M. M. (2008). Antropologia, estudos culturais e educação: Desafios da modernidade. *Pro-Posições, 19*(3). https://doi.org/10.1590/S0103-73072008000300003

Gutmann, M. T. (2013). *Psychische Gesundheit und Psychopathologie von Kindern und Jugendlichen: Eine Synthese von kindbezogenen, familienbezogenen und migrationsbezogenen Risiko-und Schutzfaktoren*

Habermas, J. (1981). *Philosophisch-politische Profile*. Suhrkamp.

Habermas, J. (2002). *Inclusão do outro*. Edições Loyola.

Halbwachs, M. (2014). *Les causes du suicide*. PUF.

Hammersley, M., & Atkinson, P. (2007). *Ethnography: Principles in practice*. Routledge.

Hammersley, M., & Atkinson, P. (2019). *Ethnography: Principles in practice*. Routledge.

Han, S., & Lee, H.-S. (2015). Social capital and depression: Does household context matter? *Asia Pacific Journal of Public Health, 27*(2), NP2008–NP2018. https://doi.org/10.1177/1010539513496140

Hanifan, L. J. (1916). The rural school community center. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science, 67*(1), 130-138. https://doi.org/10.1177/000271621606700118

Hanna, N. K. (2010). *Transforming government and building the information society: Challenges and opportunities for the developing world*. Springer.

Hanneman, R. A., & Riddle, M. (2005). *Introduction to social network methods*. University of California, Riverside. http://www.faculty.ucr.edu/~hanneman/nettext/

Harms, M. B., Casement, M. D., Teoh, J. Y., Ruiz, S., Scott, H., Wedan, R., & Quevedo, K. (2019). Adolescent suicide attempts and ideation are linked to brain function during peer interactions. *Psychiatry Research: Neuroimaging, 289*, 1-9. https://doi.org/10.1016/j.pscychresns.2019.05.001

Hatfield, E., Carpenter, M., & Rapson, R. L. (2014). Emotional contagion as a precursor to collective emotions. In C. von Scheve & M. Salmela (Eds.), *Collective emotions: Perspectives from psychology, philosophy, and sociology* (pp. 108-122). Oxford University Press.

Hazleton, V., & Kennan, W. (2000). Social capital: Reconceptualizing the bottom line. *Corporate Communications: An International Journal, 5*(2), 81-87. https://doi.org/10.1108/13563280010372513

He, Y. (2023). Analysis of influence of social media celebrities on fans' behavior. In *Proceedings of the 2023 3rd International Conference on Social Development and Media Communication (SDMC 2023)* (Vol. 807, p. 245). Springer Nature. https://doi.org/10.2991/978-2-38476-178-4_25

Hegel, G. W. F. (2002). *Fenomenologia do espírito* (P. Menezes, Trans.). Vozes.

Heidegger, M. (1927). *Being and time*. Harper & Row.

Heidegger, M. (2024). *Ser e tempo* (Vol. 2). Minerva Heritage Press.

Helal, D. H., & Neves, J. A. B. (2007). Superando a pobreza: O papel do capital social na região metropolitana de Belo Horizonte. *Cadernos EBAPE.BR, 5*, 01-13. https://doi.org/10.1590/S1679-39512007000300002

Helgeson, V. S., & Gottlieb, B. H. (2000). Support groups. In S. Cohen, L. G. Underwood, & B. H. Gottlieb (Eds.), *Social support measurement and intervention: A guide for health and social scientists* (pp. 221-245). Oxford University Press.

Helmond, A., Nieborg, D. B., & van der Vlist, F. N. (2019). Facebook's evolution: Development of a platform-as-infrastructure. *Internet Histories, 3*(2), 123-146. https://doi.org/10.1080/24701475.2019.1593667

Henden, J. (2017). *Preventing suicide: The solution focused approach*. John Wiley & Sons.

Henrique, V. V. D. C. (2018). *Vínculo a pais e pares e comportamento suicida em adolescentes*.

Herrera Ramírez, R., Ures Villar, M. B., & Martínez Jambrina, J. J. (2015). El tratamiento del suicidio en la prensa española: ¿Efecto Werther o efecto Papageno? *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, 35*(125), 123-134. https://doi.org/10.4321/S0211-57352015000100009

Herrman, H. (2017). The WPA Action Plan 2017–2020. *World Psychiatry, 16*(3), 329. https://doi.org/10.1002/wps.20466

Hine, C. (2000). *Virtual ethnography*. Sage Publications.

Hine, C. (2005). *Virtual methods: Issues in social research on the internet*. Berg.

Hjarvard, S. (2012). Midiatização: Teorizando a mídia como agente de mudança social e cultural. *Matrizes, 5*(2), 53-91. https://doi.org/10.11606/issn.1982-8160.v5i2p53-91

Hjelmeland, H., & Knizek, B. L. (2017). Suicide and mental disorders: A discourse of politics, power, and vested interests. *Death Studies, 41*(8), 481-492. https://doi.org/10.1080/07481187.2017.1332905

Hoffman, R. (2012). *Comece por você: Adapte-se ao futuro, invista em você e transforme sua carreira*. Elsevier Brasil.

Holmes, J. G. (2002). Interpersonal expectations as the building blocks of social cognition: An interdependence theory perspective. *Personal Relationships, 9*(1), 1-26. https://doi.org/10.1111/1475-6811.00001

Homans, G. C. (1977). A sociologist's reaction: Reply to Ellis, 1977, The decline and fall of sociology. *American Sociologist, 12*(2), 69.

Hooghe, M., & Stolle, D. (2003). Introduction: Generating social capital. In M. Hooghe & D. Stolle (Eds.), *Generating social capital: Civil society and institutions in comparative perspective* (pp. 1-18). Palgrave Macmillan.

Hook, D., & Vanheule, S. (Eds.). (2022). *Lacan on depression and melancholia*. Taylor & Francis.

Huang, Z. J., Lin, M. S., & Chen, J. (2024). Tourism experiences co-created on social media. *Tourism Management, 105*, 104940. https://doi.org/10.1016/j.tourman.2024.104940

Hume, D. (1983). *Traité de la nature humaine*. Flammarion.

Hume, D. (2003). Sobre el suicidio y otros ensayos. *ERTE V X*, *14*(52), 152.

Hung, H. T., & Yuen, S. C. Y. (2010). Educational use of social networking technology in higher education. *Teaching in Higher Education, 15*(6), 703-714. https://doi.org/10.1080/13562517.2010.507307

Hunt, L. (2009). *A invenção dos direitos humanos: Uma história*. Companhia das Letras.

Hunter, E. K. (2013). 'Between the bridge and the brook' suicide and salvation in England c. 1550–1650. *Reformation & Renaissance Review, 15*(3), 237-257. https://doi.org/10.1179/1462245913Z.00000000032

Hurt, N. E., Moss, G. S., Bradley, C. L., Larson, L. R., Lovelace, M., & Prevost, L. B. (2012). The 'Facebook' effect: College students' perceptions of online discussions in the age of social networking. *International Journal for the Scholarship of Teaching and Learning, 6*(2), Article 10. https://doi.org/10.20429/ijsotl.2012.060210

Hussain, T., Hussain, S., Hussain, S., Jabeen, N., & Nurunnabi, M. (2020). Measuring mental health of caregivers of special children: A case of Gilgit-Baltistan (GB), Pakistan. *SAGE Open, 10*(2), 1–14. https://doi.org/10.1177/2158244020927419

Iglesias-García, M., & González-Díaz, C. (2014). Facebook como herramienta educativa en el contexto universitario. *Pixel-Bit. Revista de Medios y Educación, 45*, 173-188. https://doi.org/10.12795/pixelbit.2014.i45.12

Ilganayeva, V. (2022). Communication and social interaction in conditions of increasing sociality as a factor in the development of society. *Вісник Книжкової палати, (5)*, 20-25.

Irwin, C., Ball, L., Desbrow, B., & Leveritt, M. (2012). Students' perceptions of using Facebook as an interactive learning resource at university. *Australasian Journal of Educational Technology*, *28*(7), 1221-1232. https://doi.org/10.14742/ajet.798

Istel, E., & Baker, T. (1927). Mozart's "Magic Flute" and Freemasonry. *The Musical Quarterly, 13*(4), 510-527. https://doi.org/10.1093/mq/XIII.4.510

Ivana, G. I. (2017). Fake it till you make it: Imagined social capital. *The Sociological Review, 65*(1), 52-66. https://doi.org/10.1111/1467-954X.12414

Izard, C. E. (2013). *Human emotions*. Springer Science & Business Media.

Izmirli, S. (2017). Can we use Facebook groups to establish social presence in online courses? *World Journal on Educational Technology: Current Issues, 9*(4), 173-182. https://doi.org/10.18844/wjet.v9i4.2439

Jacobs, J. (2000). *Morte e vida de grandes cidades*. Martins Fontes.

Janaway, C. (2022). *Essays on Schopenhauer and Nietzsche: Values and the will of life*. Oxford University Press.

Jarley, P. (2005). Unions as social capital: Renewal through a return to the logic of mutual aid? *Labor Studies Journal, 29*(4), 1-26. https://doi.org/10.1177/0160449X0502900401

Järvi, K., & Kohvakka, M. (2017). Experiences of navigating institutional plurality – Social position, disposition, emotions, and apprehension. In *Emotions and identity* (Vol. 13, pp. 47-75). Emerald Publishing Limited. https://doi.org/10.1108/S1746-979120170000013004

Jenkins, H. (2008). *Convergence culture: Where old and new media collide*. New York University Press.

Ji, J., Kleinman, A., & Becker, A. E. (2001). Suicide in contemporary China: A review of China's distinctive suicide demographics in their sociocultural context. *Harvard Review of Psychiatry, 9*(1), 1-12. https://doi.org/10.1080/10673220127883

Ji, N. J., Lee, W. Y., Noh, M. S., & Yip, P. S. F. (2013). The impact of indiscriminate media coverage of a celebrity suicide on a society with a high suicide rate: Epidemiological findings on copycat suicides from South Korea. *Journal of Affective Disorders, 31*(4), 598-603. https://doi.org/10.1016/j.jad.2013.11.015

Johnson, S. L., Safadi, H., & Faraj, S. (2015). The emergence of online community leadership. *Information Systems Research, 26*(1), 165-187. https://doi.org/10.1287/isre.2014.0560

Joiner, T. E. (2005). *Why people die by suicide*. Harvard University Press.

Joiner, T. E., Brown, J. S., & Wingate, L. R. (2005). The psychology and neurobiology of suicidal behavior. *Annual Review of Psychology, 56*, 287-314. https://doi.org/10.1146/annurev.psych.56.091103.070320

Jung, C. G. (1959). *Researches into the phenomenology of the self*. Routledge & Kegan Paul.

Jung, Y., Gray, R., Lampe, C., & Ellison, N. (2013). Favors from Facebook friends: Unpacking dimensions of social capital. In *Proceedings of the SIGCHI Conference on Human Factors in Computing Systems* (pp. 11-20). https://doi.org/10.1145/2470654.2470657

Júnior, J. O. A. (2005). *Georg Simmel e o conflito social*.

Kahneman, D. (2011). *Thinking, fast and slow*. Penguin.

Karamzín, M. (2002). La pobre Liza: Retratos de mujeres (I). *Nueva Revista de Política, Cultura y Arte, (83)*, 148-167.

Karppi, T. (2018). *Disconnect: Facebook's affective bonds*. University of Minnesota Press.

Karthick, S., & Barwa, S. (2017). A review on theoretical models of suicide. *Enzyme, 13*, 14.

Kautz, T., Heckman, J. J., Diris, R., Ter Weel, B., & Borghans, L. (2014). Fostering and measuring skills: Improving cognitive and non-cognitive skills to promote lifetime success (OECD Education Working Papers No. 110). OECD Publishing. https://doi.org/10.1787/5jxsr7vr78f7-en

Kay, F. M., & Hagan, J. (2003). Building trust: Social capital, distributive justice, and loyalty to the firm. *Law & Social Inquiry, 28*(2), 483-519. https://doi.org/10.1111/j.1747-4469.2003.tb00199.x

Kearl, M. C. (1989). *Endings: A sociology of death and dying*. Oxford University Press.

Kelleher, M. J., & Daly, M. (1990). Suicide in Cork and Ireland. *The British Journal of Psychiatry, 157*(4), 533-538. https://doi.org/10.1192/bjp.157.4.533

Kelleher, M. J., Chambers, D., Corcoran, P., Williamson, E., & Keeley, H. S. (1998). Religious sanctions and rates of suicide worldwide. *Crisis, 19*(2), 78-86. https://doi.org/10.1027/0227-5910.19.2.78

Kelley, H. H., & Stahelski, A. J. (1970). Social interaction basis of cooperators' and competitors' beliefs about others. *Journal of Personality and Social Psychology, 16*(1), 66-91. https://doi.org/10.1037/h0029849

Kierkegaard, S. (2019). *La enfermedad mortal*. Editorial Verbum.

Kilnavská, A., Havlík, V., & Hanzelka, J. (2024). Unleashing the beast: Exploring incivility and intolerance in Facebook comments under populist and non-populist politicians' social media posts about migration. *Human Affairs, 34*(1), 119-135. https://doi.org/10.1515/humaff-2023-0088

King, K. E., Schlichthorst, M., Reifels, L., Keogh, L., Spittal, M. J., Phelps, A., & Pirkis, J. (2018). Impacts of a documentary about masculinity and men's health. *American Journal of Men's Health, 12*(5), 1604–1614. https://doi.org/10.1177/1557988318777677

King, R. A., & Apter, A. (Eds.). (2003). *Suicide in children and adolescents*. Cambridge University Press.

Kingston, P. (2001). The unfulfilled promise of cultural capital theory. *Sociology of Education, 74*(Extra Issue), 88-99. https://doi.org/10.2307/2673255

Kirmayer, L. J. (2022). Suicide in cultural context: An ecosocial approach. *Transcultural Psychiatry, 59*(1), 3-12. https://doi.org/10.1177/13634615211062955

Kitagawa, N. (1989). Long-term variations in thunder-day frequencies in Japan. *Journal of Geophysical Research: Atmospheres, 94*(D11), 13183-13189. https://doi.org/10.1029/JD094iD11p13183

Kietzmann, J. H., Hermkens, K., McCarthy, I. P., & Silvestre, B. S. (2011). Social media? Get serious! Understanding the functional building blocks of social media. *Business Horizons, 54*(3), 241-251. https://doi.org/10.1016/j.bushor.2011.01.005

Kirkcaldy, B. D., Siefen, G. R., Urkin, J., & Merrick, J. (2006). Risk factors for suicidal behavior in adolescents. *Minerva Pediatrica, 58*(5), 443-450.

Kirkpatrick, M. (2010). Why Facebook is wrong: Privacy is still important. *Read Write Web*. https://readwrite.com/why_facebook_is_wrong_privacy_is_still_important/

Klein, M. (1975). *Amor, culpa y reparación*. Paidós Ibérica.

Klonsky, E. D., & May, A. M. (2015). The three-step theory (3ST): A new theory of suicide rooted in the "ideation-to-action" framework. *International Journal of Cognitive Therapy, 8*(2), 114-129. https://doi.org/10.1521/ijct.2015.8.2.114

Klonsky, E. D., May, A. M., & Saffer, B. Y. (2016). Suicide, suicide attempts, and suicidal ideation. *Annual Review of Clinical Psychology, 12*(1), 307-330. https://doi.org/10.1146/annurev-clinpsy-021815-093204

Knorr, K. (1981). The micro-sociological challenge of macro-sociology: Towards a reconstruction of social theory and methodology. In K. Knorr-Cetina & A. V. Cicourel (Eds.), *Advances in social theory and methodology* (pp. 1-26). Routledge.

Kohn, K., & Moraes, C. D. (2007). O impacto das novas tecnologias na sociedade: Conceitos e características da Sociedade da Informação e da Sociedade Digital. In *XXX Congresso Brasileiro de Ciências da Comunicação* (Vol. 30, No. 3, pp. 1-13).

Korkeila, H., & Hamari, J. (2020). Avatar capital: The relationships between player orientation and their avatar's social, symbolic, economic and cultural capital. *Computers in Human Behavior, 102*, 14-21. https://doi.org/10.1016/j.chb.2019.07.024

Kossinets, G., & Watts, D. J. (2009). Origins of homophily in an evolving social network. *American Journal of Sociology, 115*(2), 405-450. https://doi.org/10.1086/599247

Koury, M. G. P. (2013). Emoções e sociedade: Um passeio na obra de Norbert Elias. *História: Questões & Debates, 59*(2), 79-98. https://doi.org/10.5380/his.v59i2.34435

Kozinets, R. V. (1998). On netnography: Initial reflections on consumer research investigations of cyberculture. *Advances in Consumer Research, 25*, 366-371.

Kozinets, R. V. (2002). The field behind the screen: Using netnography for marketing research in online communities. *Journal of Marketing Research, 39*(1), 61-72. https://doi.org/10.1509/jmkr.39.1.61.18935

Kozinets, R. V. (2010). *Netnography: Doing ethnographic research online*. Sage Publications.

Kozinets, R. V. (2014). *Netnografia: Realizando pesquisa etnográfica online*. Penso.

Kozinets, R. V. (2015). *Netnography: Redefined*. Sage.

Kozinets, R. V. (2019). *Netnography: The essential guide to qualitative social media research*. Sage.

Kozinets, R. V., & Gretzel, U. (2024). Netnography evolved: New contexts, scope, procedures and sensibilities. *Annals of Tourism Research, 104*, 103693. https://doi.org/10.1016/j.annals.2023.103693

Kress, G., & Van Leeuwen, T. (2001). *Multimodal discourse: The modes and media of contemporary communication*. Hodder Arnold.

Krippner, G. (2004). Polanyi symposium: A conversation on embeddedness. Oxford University Press.

Krupel, D. (2004). The global village: Internet and community. *Ide&as: Arts & Science Review, 1*(1).

Kushlev, K., Dwyer, R., & Dunn, E. W. (2019). The social price of constant connectivity: Smartphones impose subtle costs on well-being. *Current Directions in Psychological Science, 28*(4), 347-352. https://doi.org/10.1177/0963721419847200

Носков, И. А., & Кильдюшкин, В. М. (2024). Социальные сети как средство социализации и формирования социального капитала старшеклассников. *ББК 88 А43*, 228.

Lahire, B. (1999). *Le travail sociologique de Pierre Bourdieu*. La Découverte.

Lankford, A. (2015). Is suicide terrorism really the product of an evolved sacrificial tendency? A review of mammalian research and application of evolutionary theory. *Comprehensive Psychology, 4*, 12-19. https://doi.org/10.1177/2165222815600451

Laranjeira, P. I. C. (2015). *A relação entre depressão e ideação suicida em jovens adultos: O papel mediador da desesperança e da dor mental* [Master's thesis, Universidade de Évora].

Latour, B. (1987). *Science in action*. Open University Press.

Latour, B. (1991). The impact of science studies on political philosophy. *Science, Technology, & Human Values, 16*(1), 3-19. https://doi.org/10.1177/016224399101600102

Lazarus, R. S. (1991). Cognition and motivation in emotion. *American Psychologist, 46*(4), 352-367. https://doi.org/10.1037/0003-066X.46.4.352

Le Breton, D. (2011). Antropologia do corpo e modernidade. *Revista Brasileira de Psicanálise, 45*(4), 185-188.

Leal, G., Hor-Meyll, L. F., & Pessôa, L. (2014). Comunidades virtuais como grupos de referência: A perspectiva dos participantes. In *Proceedings of the XXXVIII Encontro da ANPAD*. http://www.anpad.org.br/enanpad/2014

Lee, N. (2021). *Facebook nation*. Springer.

Lehtonen, M. (2004). The environmental–social interface of sustainable development: Capabilities, social capital, institutions. *Ecological Economics, 49*(2), 199-214. https://doi.org/10.1016/j.ecolecon.2004.03.019

Lenkauskaitė, J., Colomer, J., & Bubnys, R. (2020). Students' social construction of knowledge through cooperative learning. *Sustainability, 12*(22), 9606. https://doi.org/10.3390/su12229606

Lester, D. (1979). Temporal variation in suicide and homicide. *American Journal of Epidemiology, 109*(5), 517-520. https://doi.org/10.1093/oxfordjournals.aje.a112709

Leslie, D., & Butz, D. (1998). "GM suicide": Flexibility, space, and the injured body. *Economic Geography, 74*(4), 360-378. https://doi.org/10.2307/144525

Lévy, P. (1998). *A inteligência coletiva*. Loyola.

Lévy, P. (1999). *Cibercultura* (C. I. Costa, Trans.). Editora 34.

Li, P. P., *et al.*, (2012). Indigenous research on Chinese management: What and how. *Management and Organization Review, 8*(1), 7-24. https://doi.org/10.1111/j.1740-8784.2011.00268.x

Light, I. (2004). Social capital for what. In D. M. Anderson & J. L. Keith (Eds.), *Community-based organizations: The intersection of social capital and local context in contemporary urban society* (pp. 19-33). Wayne State University Press.

Lin, N. (1999). Social networks and status attainment. *Annual Review of Sociology, 25*(1), 467-487. https://doi.org/10.1146/annurev.soc.25.1.467

Lin, N. (2002). *Social capital: A theory of social structure and action* (Vol. 19). Cambridge University Press.

Lindenfors, P., Wartel, A., & Lind, J. (2021). 'Dunbar's number' deconstructed. *Biology Letters, 17*(5), 20210158. https://doi.org/10.1098/rsbl.2021.0158

Linders, D. (2012). From e-government to we-government: Defining a typology for citizen coproduction in the age of social media. *Government Information Quarterly, 29*(4), 446-454. https://doi.org/10.1016/j.giq.2012.06.003

Liu, W., Cao, B., & Peng, M. (2023). Web3 technologies: Challenges and opportunities. *IEEE Network*. Advance online publication. https://doi.org/10.1109/MNET.2023.3263918

Liu, Z., Sampaio, P., Pishchulov, G., Mehandjiev, N., Cisneros-Cabrera, S., Schirrmann, A., ... & Bnouhanna, N. (2022). The architectural design and implementation of a digital platform for Industry 4.0 SME collaboration. *Computers in Industry, 138*, 103623. https://doi.org/10.1016/j.compind.2022.103623

Lopes, C. S. D. C. (2012). *As redes sociais como instrumento de relações públicas: O caso das marcas Nike Football Portugal, Optimus, Swatch, Tmn e Vodafone no Facebook* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

Low, D. M., Zuromski, K. L., Kessler, D., Ghosh, S. S., Nock, M., & Dempsey, W. (2021). It's quality and quantity: The effect of the amount of comments on online suicidal posts. *Proceedings of the Conference on Empirical Methods in Natural Language Processing, 2021*, 95–103. https://doi.org/10.18653/v1/2021.cinlp-1.8

Low, S. M., & Merry, S. E. (2010). Engaged anthropology: Diversity and dilemmas: An introduction to supplement 2. *Current Anthropology, 51*(S2), S203-S226. https://doi.org/10.1086/653837

Lucas, L. S., *et al.*, (2021). "Suicídio?! E eu com isso?": Representações sociais de suicídio em comentários de usuários do Facebook. *Estudos e Pesquisas em Psicologia, 21*(1), 196-216. https://doi.org/10.12957/epp.2021.59380

Luhmann, N. (1995). *Social systems*. Stanford University Press.

Loury, G. (1977). A dynamic theory of racial income differences. In P. Wallace & A. La Mond (Eds.), *Women, minorities, and employment discrimination* (pp. 153-186). Heath.

Luz, C. (2010). *Arquivologia 2.0: A informação humana digital*. Bookess.

Lyra, R. L. D. (2019). *A experiência do processo de envelhecimento a partir da Teoria Interpessoal-Psicológica do Suicídio*.

Lyytinen, K., Yoo, Y., & Boland, R. J., Jr. (2016). Digital product innovation within four classes of innovation networks. *Information Systems Journal, 26*(1), 47-75. https://doi.org/10.1111/isj.12093

Maák, I., Trigos-Peral, G., Ślipiński, P., Grześ, I. M., Horváth, G., & Witek, M. (2021). Habitat features and colony characteristics influencing ant personality and its fitness consequences. *Behavioral Ecology, 32*(1), 124-137. https://doi.org/10.1093/beheco/araa098

MacDonald, M., & Murphy, T. R. (1990). *Sleepless souls: Suicide in early modern England*. Oxford University Press.

Machado, R. M. (2009). Da indústria cultural à economia criativa. *Revista Alceu, 9*(18), 83-95.

Maffesoli, M. (2014). *O tempo das tribos: O declínio do individualismo nas sociedades de massa*. Forense.

Magro-Montañés, B., Pabón-Carrasco, M., Romero-Castillo, R., Ponce-Blandón, J. A., & Jiménez-Picón, N. (2024). A relação entre capital social do bairro e saúde numa perspectiva biopsicossocial: Uma revisão sistemática. *Enfermagem em Saúde Pública*. Advance online publication.

Maia, M. G. (2011). *Análise da abordagem do cristianismo antigo ao suicídio e de como foi importante para os estudos do tema na contemporaneidade* [Master's thesis, Faculdade Unida de Vitória].

Maia, R., & Castro, M. C. P. S. (2006). *Mídia, esfera pública e identidades coletivas*. Editora UFMG.

Mairal, H. A. (2018). *As raízes legais da corrupção: Ou como o direito público fomenta a corrupção em vez de combatê-la*. Contracorrente.

Malinen, S. (2021). Boundary control as gatekeeping in Facebook groups. *Media and Communication, 9*(4), 73-81. https://doi.org/10.17645/mac.v9i4.4263

Maleson, F. G. (1984). The multiple meanings of masochism in psychoanalytic discourse. *Journal of the American Psychoanalytic Association, 32*(2), 325-356. https://doi.org/10.1177/000306518403200204

Manca, S., & Ranieri, M. (2013). Is Facebook still a suitable technology-enhanced learning environment? An updated critical review of the literature from 2012 to 2015. *Journal of Computer Assisted Learning, 32*(6), 503-528. https://doi.org/10.1111/jcal.12154

Manca, S., & Ranieri, M. (2016). Is Facebook still a suitable technology-enhanced learning environment? An updated critical review of the literature from 2012 to 2015. *Journal of Computer Assisted Learning, 32*(6), 503-528. https://doi.org/10.1111/jcal.12154

Manning, J. (2020). *Suicide: The social causes of self-destruction*. University of Virginia Press.

Mann, E. H. A., Maia, S. A., & Sá, L. F. (2024). Análise da eficácia das campanhas de prevenção ao suicídio: Impacto do "Setembro Amarelo" no Brasil. *Brazilian Journal of Health Review, 7*(5), e73540. https://doi.org/10.34119/bjhrv7n5-001

Marchant, A., Hawton, K., Stewart, A., Montgomery, P., Singaravelu, V., Lloyd, K., ... & John, A. (2017). A systematic review of the relationship between internet use, self-harm and suicidal behaviour in young people: The good, the bad and the unknown. *PLOS ONE, 12*(8), e0181722. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0181722

Marcus, G. E. (1995). Ethnography in the modern world: From field to the internet. In N. K. Denzin & Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of qualitative research* (pp. 115-129). Sage Publications.

Maries, R. W. (1991). The developmental perspective of suicide. In A. Leenaars (Ed.), *Life span perspectives of suicide: Time-lines in the suicide process* (pp. 25-38). Springer.

Mariampolski, H. (2006). *Ethnography for marketers: A guide to consumer immersion*. Sage.

Marichal, J. (2012). *Facebook democracy: The architecture of disclosure and the threat to public life*. Taylor & Francis.

Marques, E. (Ed.). (2012). *Redes sociais no Brasil: Sociabilidade, organizações civis e políticas públicas*. Fino Traço.

Marshall, C. (2024). Schopenhauer on the futility of suicide. *Mind*. Advance online publication. https://doi.org/10.1093/mind/fzae020

Marteleto, R. M. (2001). Análise de redes sociais – Aplicação nos estudos de transferência da informação. *Ciência da Informação, 30*(1), 71-81. https://doi.org/10.1590/S0100-19652001000100009

Marx, K. (2019). *O capital – Livro 2: O processo de circulação do capital*. LeBooks Editora.

Masny, M. (2021). Schopenhauer on suicide and negation of the will. *British Journal for the History of Philosophy*, *29*(3), 494-516. https://doi.org/10.1080/09608788.2020.1848788

Masten, A. S. (2001). Ordinary magic: Resilience processes in development. *American Psychologist, 56*(3), 227-238. https://doi.org/10.1037/0003-066X.56.3.227

Mata, R. F. (2020). Estudio sincrónico e histórico de la locución verbal «hacerse el harakiri». *Revista de Investigación Lingüística, 23*, 281-300. https://doi.org/10.33776/ril.v23i0.4548

Matos, H. (2009). *Capital social e comunicação: Interfaces e articulações*. Summus.

Mauss, M. (2003). *Ensaio sobre a dádiva: Forma e razão da troca nas sociedades arcaicas*. Cosac Naify.

Maynard, D. W., & Turowetz, J. (2017). Doing diagnosis: Autism, interaction order, and the use of narrative in clinical talk. *Social Psychology Quarterly*, *80*(3), 254-275. https://doi.org/10.1177/0190272517720683

McAdams, D. P., & McLean, K. C. (2013). Narrative identity. *Current Directions in Psychological Science, 22*(3), 233-238. https://doi.org/10.1177/0963721413475622

McAvoy, M. (2016). *Zeno of Citium's philosophy of Stoicism*.

McCarthy, J. D., & Zald, M. N. (1977). Resource mobilization and social movements: A partial theory. *American Journal of Sociology, 82*(6), 1212-1241. https://doi.org/10.1086/226464

McDonald, S., Davis, A. P., & Shen, J. (2024). Revisiting social capital and social network research: Inequality in social relations and structure. In S. A. Peterson & A. J. Ward (Eds.), *Handbook on inequality and social capital* (pp. 22-36). Edward Elgar Publishing.

McKether, W. L., & Friese, S. (2016). *Qualitative social network analysis with ATLAS.ti: Increasing power in a Black community*. Universitätsverlag der TU Berlin.

Meftah, M. C. E. (2022). A new approach for social networks based on ontology of multilingual dynamic groups. *International Journal of Organizational and Collective Intelligence, 12*(1), 1-21. https://doi.org/10.4018/IJOCI.2022010101

Mehdizadeh, S. (2010). Self-presentation 2.0: Narcissism and self-esteem on Facebook. *Computers in Human Behavior, 26*(5), 1063-1067. https://doi.org/10.1016/j.chb.2010.03.015

Meishar-Tal, H., Kurtz, G., & Pieterse, E. (2012). Facebook groups as LMS: A case study. *International Review of Research in Open and Distributed Learning, 13*(4), 33-48. https://doi.org/10.19173/irrodl.v13i4.1294

Menzies, R., Petrie, K., & Zarb, M. (2017). A case study of Facebook use: Outlining a multi-layer strategy for higher education. *Education and Information Technologies, 22*(1), 39-53. https://doi.org/10.1007/s10639-015-9436-y

Merton, R. K. (1976). As consequências não-antecipadas da ação social. In *A ambivalência sociológica* (pp. 73-96).

Mesoudi, A. (2019). Cultural evolution and cultural psychology. In S. Kitayama & D. Cohen (Eds.), *Handbook of cultural psychology* (pp. 144-162). Guilford Press.

Mestas, M., & Arendt, F. (2023). Celebrity suicide and forced responsible reporting in the nineteenth century: Crown Prince Rudolf and the absence of a Werther effect. *Health Communication, 38*(3), 568-574. https://doi.org/10.1080/10410236.2021.1964441

Metelski, G., *et al.,* (2022). O efeito Werther e sua relação com taxas de tentativas de suicídio: Uma revisão narrativa. *Research, Society and Development, 11*(10), e267111032630. https://doi.org/10.33448/rsd-v11i10.32630

Metzler, H., Baginski, H., Garcia, D., & Niederkrotenthaler, T. (2024). A machine learning approach to detect potentially harmful and protective suicide-related content in broadcast media. *PLOS ONE, 19*(5), e0300917. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0300917

Metzler, H., Baginski, H., Niederkrotenthaler, T., & Garcia, D. (2022). Detecting potentially harmful and protective suicide-related content on Twitter: Machine learning approach. *Journal of Medical Internet Research, 24*(8), e34705. https://doi.org/10.2196/34705

Michel, K., & Valach, L. (1992). Suicide prevention: Spreading the gospel to general practitioners. *The British Journal of Psychiatry, 160*(6), 757-760. https://doi.org/10.1192/bjp.160.6.757

Miculan, M., & Urban, C. (2011). Formal analysis of Facebook Connect single sign-on authentication protocol. In *SofSem 2011, Proceedings of Student Research Forum* (pp. 99-116).

Mignolo, W. (2000). *Local histories/global designs: Coloniality, subaltern knowledges and border thinking*. Princeton University Press.

Mill, J. S., & De Quincey, T. (1885). *On liberty*. John W. Parker and Son.

Minois, G. (2001). *História do suicídio: Morte voluntária na cultura ocidental*. Associação Americana de Psicologia.

Miranda, S. M., Kim, I., & Summers, J. D. (2015). Jamming with social media. *MIS Quarterly*, *39*(3), 591-614.

Mishima, Y. (2020). *Confissões de uma máscara*. Companhia das Letras.

Mitchell, C. (1974). Social networks. *Annual Review of Anthropology*, *3*, 279-299. https://doi.org/10.1146/annurev.an.03.100174.001431

Mitchell, T. S. (2024). *The impact of Facebook-based dissertation support groups on the sense of belonging and community among PhD students* [Doctoral dissertation, University of South Alabama].

Mohammadi, M. S., Ahmadi, F., Rasouli, A., Seraji, H. T., Tirgari, A., & Saed, O. (2024). Structural equation modeling of suicidal ideation and behavior: A three-step theory perspective. *Iranian Journal of Psychiatry and Behavioral Sciences*. Advance online publication.

Molina, J. L. (2001). *El análisis de redes sociales: Una introducción*. Ediciones Bellaterra.

Montin, T. M. (2018). *Buzzfeed: Do besteirol ao jornalismo: Uma análise da evolução do site Buzzfeed Brasil*.

Moran, P. (2005). Structural vs. relational embeddedness: Social capital and managerial performance. *Strategic Management Journal*, *26*(12), 1129-1151. https://doi.org/10.1002/smj.492

Moreno, J. Z. (2019). *Ciberdiccionario: Conceptos de ciberseguridad en lenguaje #Entendible*. Javier Zubieta.

Moreno, M., Gutiérrez-Rojas, L., & Porras-Segovia, A. (2022). Implicit cognition tests for the assessment of suicide risk: A systematic review. *Current Psychiatry Reports*, *24*(2), 141-159. https://doi.org/10.1007/s11920-022-01327-9

Morin, E. (1998). *Ciência com consciência* (M. D. Alexandre & M. A. S. Dória, Trans.). Bertrand Brasil.

Morselli, E. A. (1883). *Suicide: An essay on comparative moral statistics* (Vol. 36). C.K. Paul & Company.

Mosconi, G., Korn, M., Reuter, C., Tolmie, P., Teli, M., & Pipek, V. (2017). From Facebook to the neighbourhood: Infrastructuring of hybrid community engagement. *Computer Supported Cooperative Work (CSCW), 26*(4-6), 959-1003. https://doi.org/10.1007/s10606-017-9291-z

Mostafazadeh-Bora, M., Zarghami, A., & Shahriari, M. (2016). Vital role of cultural and religious context on suicidal behavior. *Psychiatry & Clinical Neurosciences, 70*(12), 553-554. https://doi.org/10.1111/pcn.12445

Mota, A. A. D. (2014). *Suicídio no Brasil e os contextos geográficos: Contribuições para política pública de saúde mental*.

Motta, V. C. D. (2008). Ideologias do capital humano e do capital social: Da integração à inserção e ao conformismo. *Trabalho, Educação e Saúde, 6*(3), 549-572. https://doi.org/10.1590/S1981-77462008000300007

Murthy, D. (2008). Digital ethnography: An examination of the use of new technologies for social research. *Sociology, 42*(5), 837-855. https://doi.org/10.1177/0038038508094565

Muscillo, A. (2023). A note on matricial ways to compute Burt's structural holes. *Symmetry, 15*(1), 211. https://doi.org/10.3390/sym15010211

Mustafa, H. R., Short, M., & Fan, S. (2015). Social support exchanges in Facebook social support group. *Procedia-Social and Behavioral Sciences, 185*, 346-351. https://doi.org/10.1016/j.sbspro.2015.03.433

Nahapiet, J., & Ghoshal, S. (1998). Social capital, intellectual capital, and the organizational advantage. *Academy of Management Review, 23*(2), 242-266. https://doi.org/10.5465/amr.1998.533225

Nair, N., & Vohra, N. (2010). An exploration of factors predicting work alienation of knowledge workers. *Management Decision, 48*(4), 600-615. https://doi.org/10.1108/00251741011041373

Nakamura, K., Batterham, P. J., & Reynolds, J. (2022). Professional help-seeking for suicide in Japan: Modifiable factors influencing help-seeking beliefs, attitudes, and intentions. *Journal of Affective Disorders Reports, 10*, 100425. https://doi.org/10.1016/j.jadr.2022.100425

Nalabandian, T. (2022). *"It's kind of a funny story": A narrative intervention for depression*.

Naslund, J. A., Aschbrenner, K. A., Araya, R., Marsch, L. A., Unützer, J., Patel, V., & Bartels, S. J. (2017). Digital technology for treating and preventing mental disorders in low-income and middle-income countries: A narrative review of the literature. *The Lancet Psychiatry, 4*(6), 486-500. https://doi.org/10.1016/S2215-0366(17)30096-2

Necchi, V. (2017). Imprensa deve tratar suicídio como fenômeno de saúde pública. *Revista do Instituto Humanitas Unisinos - IHU On-Line, 515*, 46-48.

Nestle, M., Wing, R., Birch, L., DiSogra, L., Drewnowski, A., Middleton, S., ... & Economos, C. (1998). Behavioral and social influences on food choice. *Nutrition Reviews, 56*(5), S50-S64. https://doi.org/10.1111/j.1753-4887.1998.tb01732.x

Neves, C. M. L. (2022). *"Alguém já viu uma medida minha contra a mídia?": Potencial de noticiabilidade e comportamento autoritário do perfil do Presidente Jair Bolsonaro (@jairbolsonaro) no Twitter* [Master's thesis, Universidade Fernando Pessoa].

Nie, N. H. (2001). Sociability, interpersonal relations, and the Internet: Reconciling conflicting findings. *American Behavioral Scientist, 45*(3), 420-435. https://doi.org/10.1177/00027640121957308

Nieborg, D. B., & Helmond, A. (2019). The political economy of Facebook's platformization in the mobile ecosystem: Facebook Messenger as a platform instance. *Media, Culture & Society, 41*(2), 196-218. https://doi.org/10.1177/0163443718818384

Niederkrotenthaler, T. (2016). A suicide-protective Papageno effect of media portrayals of coping with suicidality. *Injury Prevention, 22*(Suppl. 2), A20. https://doi.org/10.1136/injuryprev-2016-042156.20

Niederkrotenthaler, T. (2018). Media and suicide: From Werther to Papageno effects [Oral presentation]. *18th European Symposium of Suicide and Suicidal Behaviour*, Ghent, Belgium.

Niederkrotenthaler, T., & Stack, S. (Eds.). (2017). *Media and suicide: International perspectives on research, theory, and policy*. Routledge.

Niederkrotenthaler, T., & Till, B. (2019). Suicide and the media: From Werther to Papageno effects – A selective literature review. *Suicidologi, 24*(2), 4-12.

Niederkrotenthaler, T., Baumgartner, J., Kautzky, A., Fellinger, M., Jahn, R., Wippel, A., ... & Till, B. (2021). Effects of media stories featuring coping with suicidal crises on psychiatric patients: Randomized controlled trial. *European Psychiatry, 64*(1), e70. https://doi.org/10.1192/j.eurpsy.2021.2239

Niederkrotenthaler, T., Braun, M., Pirkis, J., Till, B., Stack, S., Sinyor, M., ... & Spittal, M. J. (2020). Association between suicide reporting in the media and suicide: Systematic review and meta-analysis. *The BMJ, 368*, m575. https://doi.org/10.1136/bmj.m575

Niederkrotenthaler, T., Metzler, H., Laido, Z., Till, B., Lake, A. H., Noble, E., ... & Gould, M. (2024). "Breaking the Silence" suicide prevention media campaign in Oregon, April 7–14, 2019: Content analysis of broadcast, print and online media items, and social media footprint. *Crisis: The Journal of Crisis Intervention and Suicide Prevention*. Advance online publication. https://doi.org/10.1027/0227-5910/a000923

Niederkrotenthaler, T., Stack, S., Till, B., *et al.*, (2019). Association of increased youth suicides in the United States with the release of 13 Reasons Why. *JAMA Psychiatry, 76*(9), 933-940. https://doi.org/10.1001/jamapsychiatry.2019.0922

Niederkrotenthaler, T., Till, B., & Garcia, D. (2019). Celebrity suicide on Twitter: Activity, content and network analysis related to the death of Swedish DJ Tim Bergling alias Avicii. *Journal of Affective Disorders, 245*, 848-855. https://doi.org/10.1016/j.jad.2018.11.071

Niederkrotenthaler, T., Till, B., Kirchner, S., Sinyor, M., Braun, M., Pirkis, J., ... & Spittal, M. J. (2022). Effects of media stories of hope and recovery on suicidal ideation and help-seeking attitudes and intentions: Systematic review and meta-analysis. *The Lancet Public Health, 7*(2), e156-e168. https://doi.org/10.1016/S2468-2667(21)00274-7

Niederkrotenthaler, T., Tran, U. S., Baginski, H., Sinyor, M., Strauss, M. J., Sumner, S. A., ... & Metzler, H. (2023). Association of 7 million+ tweets featuring suicide-related content with

daily calls to the Suicide Prevention Lifeline and with suicides, United States, 2016–2018. *Australian and New Zealand Journal of Psychiatry, 57*(7), 994–1003. https://doi.org/10.1177/00048674221126649

Niederkrotenthaler, T., Voracek, M., Herberth, A., Till, B., Strauss, M., Etzersdorfer, E., & Sonneck, G. (2010). Role of media reports in completed and prevented suicide: Werther vs. Papageno effects. *The British Journal of Psychiatry, 197*(3), 234-243. https://doi.org/10.1192/bjp.bp.109.074633

Niederkrotenthaler, T., Voracek, M., Herberth, A., Till, B., Strauss, M., Etzersdorfer, E., ... & Sonneck, G. (2010a). The role of media reports in completed and prevented suicide Werther versus Papageno effects. *The British Journal of Psychiatry, 197*(3), 234-243. https://doi.org/10.1192/bjp.bp.109.074633

Niederkrotenthaler, T., Voracek, M., Herberth, A., Till, B., Strauss, M., Etzersdorfer, E., ... & Sonneck, G. (2010b). Papageno v Werther effect. *British Medical Journal, 341*, c5841. https://doi.org/10.1136/bmj.c5841

Nietzsche, F. (2024a). *Assim falou Zaratustra* (Vol. 32). LP.

Nietzsche, F. (2024b). *Human, all too human: A book for free spirits* (Vol. 4). Livraria Press.

Nogueira, H. G., Gonçalves, B. S., & Pereira, A. T. C. (2015). Interação reativa e subjetividade em sites de redes sociais. *Ergodesign & HCI, 3*(2), 38-45. https://doi.org/10.22570/ergodesignhci.v3i2.66

Norberg, P. A., & Horne, D. R. (2024). When the bridge is not human: Algorithmic interference in forming social relationships through the manipulation of weak ties. *Journal of Consumer Affairs*. Advance online publication. https://doi.org/10.1111/joca.12575

Nosko, A., Wood, E., & Molema, S. (2010). All about me: Disclosure in online social networking profiles: The case of Facebook. *Computers in Human Behavior, 26*(3), 406-418. https://doi.org/10.1016/j.chb.2009.11.012

Nossa, P. (2019). Paroxismos climáticos: Ondas de calor e eventos correlativos, impactos em saúde mental. *Mudanças Ambientais, Desastres e Vulnerabilidade Social, 890510*(50), 17.

Notredame, C. E., Morgiève, M., Morel, F., Berrouiguet, S., Azé, J., & Vaiva, G. (2019). Distress, suicidality, and affective disorders at the time of social networks. *Current Psychiatry Reports, 21*(10), 98. https://doi.org/10.1007/s11920-019-1087-z

Noveli, M. (2010). Do off-line para o online: A netnografia como um método de pesquisa ou o que pode acontecer quando tentamos levar a etnografia para a internet? *Organizações em Contexto, 6*(12), 107-115. https://doi.org/10.15603/1982-8756/roc.v6n12p107-115

O'Connor, R. C. (2011). The integrated motivational-volitional model of suicidal behavior. *Crisis, 32*(6), 295-298. https://doi.org/10.1027/0227-5910/a000120

O'Connor, R. C., & Portzky, G. (2018). Looking to the future: A synthesis of new developments and challenges in suicide research and prevention. *Frontiers in Psychology, 9,* 2139. https://doi.org/10.3389/fpsyg.2018.02139

Offe, C. (1989). Trabalho: A categoria-chave da sociologia. *Revista Brasileira de Ciências Sociais, 4*(10), 5-20.

Oguntayo, R., Gutiérrez-Vega, M., & Esparza-Del Villar, O. A. (2024). The psychometric properties of the Environmental Worry Index. *Mental Health: Global Challenges, 7*(1), 2-13. https://doi.org/10.56508/mhgcj.v7i1.182

Okumdi, M. C., & Akporaro, A. C. (2022). Social interaction and social relations: A sociological analysis. *Journal of Sociology and Social Anthropology, 13*(1-2), 1-7. https://doi.org/10.31901/24566764.2022/13.1-2.360

Oliva, L. C. (2024). *A existência e a morte* (Vol. 17). WMF Martins Fontes.

Ongeri, L., Nyawira, M., Kariuki, S. M., Bitta, M., Schubart, C., Penninx, B. W., ... & Tijdink, J. K. (2023). Perspectives on reasons for suicidal behaviour and recommendations for suicide prevention in Kenya: Qualitative study. *BJPsych Open, 9*(2), e38. https://doi.org/10.1192/bjo.2023.7

Orenstein, P. (2012). *Cinderella ate my daughter*. HarperCollins.

O'Reilly, K. (2005). *Ethnographic methods*. Routledge.

Ortiz, P., & Khin Khin, E. (2018). Traditional and new media's influence on suicidal behavior and contagion. *Behavioral Sciences & the Law, 36*(2), 245-256. https://doi.org/10.1002/bsl.2338

Ortiz-Ospina, E., & Roser, M. (2024). Are Facebook and other social media platforms bad for our well-being? *Our World in Data*. https://ourworldindata.org/social-media-wellbeing

Ostrom, E., & Ahn, T. K. (2003). A social science perspective on social capital: Social capital and collective action. *Revista Mexicana de Sociología, 65*(1), 155-233. https://doi.org/10.2307/3541597

Paiva, C. N. F. D. (2021). *A importância da comunicação para a mobilização social: Um estudo sobre as estratégias de comunicação digital no Facebook e site institucional da ONU Brasil sobre a Agenda 2030 para o Desenvolvimento Sustentável*.

Papacharissi, Z., & Mendelson, A. (2011). Toward a new(er) sociability: Uses, gratifications and social capital on Facebook. In S. Papathanassopoulos (Ed.), *Media perspectives for the 21st century* (pp. 212-230). Routledge.

Pardon, M. J. (2024). Executions of gender and the exceptional repression of sodomy and suicide in late medieval Flanders. In K. J. Lewis & M. Mesley (Eds.), *Death and gender in the early modern period* (Vol. 2, pp. 135-154). Brill.

Pargament, K. I. (1997). *The psychology of religion and coping: Theory, research, practice*. Guilford Press.

Parsons, T. (1976). O conceito de sistema social. In F. H. Cardoso & O. Ianni (Eds.), *Homem e sociedade* (pp. 45-64). Companhia Editora Nacional.

Passerino, L. M., & Montardo, S. P. (2007). Inclusão social via acessibilidade digital: Proposta de inclusão digital para pessoas com necessidades especiais. *E-Compós, 8*. https://doi.org/10.30962/ec.159

Patel, A. B. (2024). Understanding the suicide risk in Indian society: An anomic approach. *Illness, Crisis & Loss, 32*(4), 603-620. https://doi.org/10.1177/10541373241228358

Paul, E. L., & Brier, S. (2001). Friendsickness in the transition to college: Precollege predictors and college adjustment correlates. *Journal of Counseling & Development, 79*(1), 77-89. https://doi.org/10.1002/j.1556-6676.2001.tb01946.x

Paxton, P. (1999). Is social capital declining in the United States? A multiple indicator assessment. *American Journal of Sociology, 105*(1), 88-127. https://doi.org/10.1086/210268

Paz, A. A., & da Silva, S. R. (2020). Suicídio, laços sociais e Facebook: Análise etnográfica com grupos na mídia social digital. *Revista Observatório, 6*(4), a4pt. https://doi.org/10.20873/uft.2447-4266.2020v6n4a4pt

Pels, P. (1997). The anthropology of colonialism: Culture, history, and the emergence of western governmentality. *Annual Review of Anthropology, 26*(1), 163-183. https://doi.org/10.1146/annurev.anthro.26.1.163

Pereira, M. C. L., Morais, B. S., de Oliveira, M. E. M. L., Bezerra, L. M. L., dos Santos, I. P., & de Freitas, R. M. L. (2024). Saúde pública no Brasil: Desafios estruturais e necessidades de investimentos sustentáveis para a melhoria do sistema. *Revista Cedigma, 2*(3), 64-80. https://doi.org/10.47385/cedigma.v2.n3.3318

Perkins, D. D., & Long, D. A. (2002). Neighborhood sense of community and social capital: A multi-level analysis. In A. T. Fisher, C. C. Sonn, & B. J. Bishop (Eds.), *Psychological sense of community: Research, applications, and implications* (pp. 291-318). Springer. https://doi.org/10.1007/978-1-4757-6276-1_15

Perotto, F. (2023). Is the virtual of virtual technologies the Deleuzian virtual? *Aisthesis: Pratiche, Linguaggi e Saperi dell'Estetico, 16*(1), 17-25. https://doi.org/10.36253/Aisthesis-13909

Pescosolido, B. A. (1990). The social context of religious integration and suicide: Pursuing the network explanation. *The Sociological Quarterly, 31*(3), 337-357. https://doi.org/10.1111/j.1533-8525.1990.tb00331.x

Peters, G. M. (2006). *Percursos na teoria das práticas sociais: Anthony Giddens e Pierre Bourdieu*.

Peters, G. M. (2014). *Do existencialismo sociológico à epistemologia insana: A ordem social como problema psíquico*.

Pettigrew, T. F., & Tropp, L. R. (2008). How does intergroup contact reduce prejudice? Meta-analytic tests of three mediators. *European Journal of Social Psychology, 38*(6), 922-934. https://doi.org/10.1002/ejsp.504

Phillips, D. P. (1974). The influence of suggestion on suicide: Substantive and theoretical implications of the Werther effect. *American Sociological Review, 39*(3), 340-354. https://doi.org/10.2307/2094294

Phillips, M. R., Liu, H., & Zhang, Y. (1999). Suicide and social change in China. *Culture, Medicine and Psychiatry, 23*(1), 25-50. https://doi.org/10.1023/A:1005462530658

Piazzoli, E. (2023). Significações do suicídio na obra "Os sofrimentos do jovem Werther", de Goethe. *Criar Educação*, *12*(2), 232-253. https://doi.org/10.18616/ce.v12i2.7369

Piccinini, G., & Schulz, A. W. (2019). The ways of altruism. *Evolutionary Psychological Science, 5*(1), 58-70. https://doi.org/10.1007/s40806-018-0167-4

Pickering, M. J., & Garrod, S. (2021). *Understanding dialogue: Language use and social interaction*. Cambridge University Press.

Pickering, W., & Walford, G. (Eds.). (2000). *Durkheim's suicide: A century of research and debate*. Routledge.

Pigeon, W. R., Pinquart, M., & Conner, K. (2012). Meta-analysis of sleep disturbance and suicidal thoughts and behaviors. *The Journal of Clinical Psychiatry, 73*(9), e1160-e1167. https://doi.org/10.4088/JCP.11r07586

Pigatto, J. T. (2020). *O papel das corporações transnacionais na governança global da Internet: Google e Facebook nas discussões sobre neutralidade da rede e política de dados (2013-2018)*.

Pinheiro, C. B. F. (2008). *A construção do conhecimento científico: A web semântica como objeto de estudo*.

Pinheiro, S. F. (2022). *A World Wide Web como uma General Purpose Technology: Uma proposta de investigação*.

Pinheiro, U. (2008). Acrasia, metamorfoses e o suicídio de Sêneca na Ética de Espinosa. *Analytica, 12*(2), 199-244.

Pirkis, J., Blood, R. W., Beautrais, A., Burgess, P., & Skehan, J. (2006). Media guidelines on the reporting of suicide. *Crisis, 27*(2), 82-87. https://doi.org/10.1027/0227-5910.27.2.82

Pirkis, J., Rossetto, A., Nicholas, A., Ftanou, M., Robinson, J., & Reavley, N. (2019). Suicide prevention media campaigns: A systematic literature review. *Health Communication, 34*(4), 402-414. https://doi.org/10.1080/10410236.2017.1405481

Pinho, A. C. C. D. A., Aranha, M., Nery, F., Almeida, A. G. D., Rocha, M. V., Scippa, Â., & Miranda, M. A. (2016). Comportamento suicida e transtorno bipolar. *Revista Brasileira de Psiquiatria, 38*(Suppl. 1), S30-S31.

Pink, S., Horst, H., Lewis, T., Hjorth, L., & Postill, J. (2015). *Digital ethnography: Principles and practice*. Sage.

Plato. (2011). *Fédon* (C. A. Nunes, Trans.). EDUFPA.

Pollock, L. R., & Williams, J. M. G. (2001). Effective problem solving in suicide attempters depends on specific autobiographical recall. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 31*(4), 386-396. https://doi.org/10.1521/suli.31.4.386.22041

Polyakova, A., & Meserole, C. (2019). *Exporting digital authoritarianism: The Russian and Chinese models*. Brookings Institution. https://www.brookings.edu/research/exporting-digital-authoritarianism/

Pompili, M., Innamorati, M., Di Vittorio, C., Baratta, S., Masotti, V., Badaracco, A., ... & Amore, M. (2014). Unemployment as a risk factor for completed suicide: A psychological autopsy study. *Archives of Suicide Research, 18*(2), 181-192. https://doi.org/10.1080/13811118.2013.803449

Pontes, F., & Tavares, F. (2017). Kits de subjetividade e antropofagia: Algumas considerações sobre o consumo e a publicidade na sociedade de controle. *Revista Famecos, 24*(1), 106-123. https://doi.org/10.15448/1980-3729.2017.1.26609

Portes, A. (2014). Downsides of social capital. *Proceedings of the National Academy of Sciences, 111*(52), 18407-18408. https://doi.org/10.1073/pnas.1417059112

Porto, C., & Santos, E. O. D. (2014). *Facebook e educação: Publicar, curtir, compartilhar*. EDUEPB.

Poje, K., Brcic, M., Kovač, M., & Krleža, D. (2023). Challenges in collective intelligence: A survey. In *2023 46th MIPRO ICT and Electronics Convention (MIPRO)* (pp. 1033-1038). IEEE. https://doi.org/10.23919/MIPRO57284.2023.10159802

Poulis, K. (2024). Standardization and adaptation as a coconstituted process: The pursuit of relational fit in international markets. *Journal of International Marketing, 32*(2), 12-32. https://doi.org/10.1177/1069031X231218627

Poz, J. D. (2000). Crônica de uma morte anunciada: Do suicídio entre os Sorowaha. *Revista de Antropologia, 43*(1), 89-144. https://doi.org/10.1590/S0034-77012000000100004

Preedy, V. R., & Watson, R. R. (Eds.). (2018). *Handbook of disease burdens and quality of life measures*. Springer. https://doi.org/10.1007/978-0-387-78665-0

Primack, B. A., Shensa, A., Sidani, J. E., Whaite, E. O., Lin, L. Y., Rosen, D., ... & Miller, E. (2017). Social media use and perceived social isolation among young adults in the US. *American Journal of Preventive Medicine, 53*(1), 1-8. https://doi.org/10.1016/j.amepre.2017.01.010

Purnell, L. (2002). The Purnell model for cultural competence. *Journal of Transcultural Nursing, 13*(3), 193-196. https://doi.org/10.1177/10459602013003006

Putnam, R. D. (1996). *Comunidade e democracia: A experiência da Itália moderna*. Editora FGV.

Putnam, R. D. (2000). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. Simon & Schuster.

Pyyhtinen, O. (2010). *Simmel and "the social"*. Palgrave Macmillan.

Quealy-Gainer, K. (2013). *Dead girls don't lie* by Jennifer Shaw Wolf. *Bulletin of the Center for Children's Books, 67*(3), 189. https://doi.org/10.1353/bcc.2013.0926

Queiroz, L. Z. D. (2024). *Mídias sociais, governança digital e autorregulação regulada: A construção de diretrizes para a proteção do direito humano à saúde mental da criança frente aos casos de cyberbullying*.

Quinaud, A. L. (2020). Rede social empresarial: Uma proposta de abordagem interdisciplinar, multiteórica e integrativa. *Perspectivas em Ciência da Informação, 25*(4), 232-262. https://doi.org/10.1590/1981-5344/3741

Radcliffe-Brown, A. R. (1940). On social structure. In B. Holzer & C. Stegbauer (Eds.), *Schlüsselwerke der Netzwerkforschung* (pp. 431-436). Springer VS. https://doi.org/10.1007/978-3-658-21742-6_113

Raggi, N. (2010). *Identidades nômades: As "tribos urbanas" e o contexto escolar*.

Raker, E. J., & Smiley, K. T. (2024). Local social capital, disaster housing damage, and mental health: Insights from Hurricane Harvey. *Society and Mental Health*. Advance online publication. https://doi.org/10.1177/21568693241290307

Ramjattan, R., Hosein, N., Hosein, P., & Knoesen, A. (2022). Dynamic group formation in an online social network. *Technological Forecasting and Social Change, 176*, 121461. https://doi.org/10.1016/j.techfore.2021.121461

Rapolienė, G., & Aartsen, M. (2022). Lonely societies: Low trust societies? Further explanations for national variations in loneliness among older Europeans. *European Journal of Ageing, 19*(3), 485-494. https://doi.org/10.1007/s10433-021-00656-2

Rasmussen, A., & Rasmussen, P. (2013). *Adult education and social capital in local communities* [Paper presentation]. Fifth Nordic Conference of Adult Learning, Reykjavik, Iceland.

Recuero, R. (1998). *Comunidades virtuais no IRC: Estudo dos canais #Pelotas, #Mundo e #Brasil* [Bachelor's thesis, Universidade Católica de Pelotas].

Recuero, R. (2012). O capital social em rede: Como as redes sociais na Internet estão gerando novas formas de capital social. *Contemporânea, 10*(3), 597-617. https://doi.org/10.30962/cc.v10i3.233

Recuero, R. (2017). *Introdução à análise de redes sociais online*. Sulina.

Redfield, R. (1930). *Tepoztlan: A Mexican village; A study of folk life*. University of Chicago Press.

Rega-Brodsky, C. C., Aronson, M. F., Piana, M. R., Carpenter, E. S., Hahs, A. K., Herrera-Montes, A., ... & Nilon, C. H. (2022). Urban biodiversity: State of the science and future directions. *Urban Ecosystems, 25*(4), 1083-1096. https://doi.org/10.1007/s11252-022-01207-4

Rejeb, A., Rejeb, K., Zrelli, I., & Süle, E. (2025). Tracing knowledge diffusion trajectories in the research field of cyberbullying. *Heliyon, 11*(1), e23678. https://doi.org/10.1016/j.heliyon.2024.e23678

Rerung, A. E. (2022). Bunuh diri bukan kehendak bebas perspektif neurosains dan psikoanalisis Sigmund Freud. *Danum Pambelum: Jurnal Teologi dan Musik Gereja, 2*(1), 45-59. https://doi.org/10.54206/danum.v2i1.45

Resnick, P. (2001). Beyond bowling together: Sociotechnical capital. In J. M. Carroll (Ed.), *HCI in the new millennium* (pp. 647-664). Addison-Wesley.

Ribeiro, A. C. T. (2000). A natureza do poder: Técnica e ação social. *Interface - Comunicação, Saúde, Educação, 4*(6), 13-24. https://doi.org/10.1590/S1414-32832000000100002

Ribeiro, J. D., & Joiner, T. E. (2009). The interpersonal-psychological theory of suicidal behavior: Current status and future directions. *Journal of Clinical Psychology, 65*(12), 1291-1299. https://doi.org/10.1002/jclp.20621

Ribeiro, J. D., Huang, X., Fox, K. R., & Franklin, J. C. (2018). Depression and hopelessness as risk factors for suicide ideation, attempts and death: Meta-analysis of longitudinal studies. *The British Journal of Psychiatry, 212*(5), 279-286. https://doi.org/10.1192/bjp.2018.27

Richardson, R. A., Harper, S., Weichenthal, S., Nandi, A., Mishra, V., & Jha, P. (2020). Extremes in water availability and suicide: Evidence from a nationally representative sample of rural Indian adults. *Environmental Research, 190*, 109969. https://doi.org/10.1016/j.envres.2020.109969

Rickert, J. (1986). The Fromm-Marcuse debate revisited. *Theory and Society, 15*(3), 351-400. https://doi.org/10.1007/BF00172233

Ricoeur, P. (1991). *A Ricoeur reader: Reflection and imagination*. University of Toronto Press.

Rigo, A. S., & Oliveira, R. R. (2008). Capital social, desenvolvimento local e stakeholders: O caso do projeto Urbe do Sebrae. *Cadernos EBAPE.BR, 6*(4), 1-24. https://doi.org/10.1590/S1679-39512008000400002

Rocha, P. M. B. (2024). *Prevenção de comportamentos suicidários e autolesivos: Desenvolvimento de competências clínicas especializadas na área de Enfermagem de Saúde Mental e Psiquiatria* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

Roberts, S. T. (2019). *Behind the screen*. Yale University Press.

Robins, J. C. (2023). *Circular economy, circular communities?*. [Publisher not specified].

Rodrigues, A. I. (2019). Parte 2 - Quase homem, quase mulher: As repercussões na rede social Facebook de gênero e sexualidade trans da publicidade veiculada na televisão aberta brasileira. *Ícone: Revista do Programa de Pós-Graduação em Comunicação, 17*(2), 93-106. https://doi.org/10.7195/ri14.v17i2.1322

Room, R., Agar, M., Beckett, J., Bennett, L. A., Casswell, S., Heath, D. B., ... & Waddell, J. O. (1984). Alcohol and ethnography: A case of problem deflation? [and comments and reply]. *Current Anthropology, 25*(2), 169-191. https://doi.org/10.1086/203112

Rose, S. (2015). *Applying Durkheim's theory of suicide: A study of altruism and anomie among Canadian veterans of Afghanistan* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

Rosenmann, A., Reese, G., & Cameron, J. E. (2016). Social identities in a globalized world: Challenges and opportunities for collective action. *Perspectives on Psychological Science, 11*(2), 202-221. https://doi.org/10.1177/1745691615622797

Rosenthal, G. (1993). Reconstruction of life stories: Principles of selection in generating stories for narrative biographical interviews. *The Narrative Study of Lives*, *1*(1), 59-91.

Ross, C. E., & Mirowsky, J. (2001). Neighborhood disadvantage, disorder, and health. *Journal of Health and Social Behavior, 42*(3), 258-276. https://doi.org/10.2307/3090214

Rotter, J. B. (1954). *Social learning and clinical psychology*. Prentice-Hall.

Rotter, J. B. (2011). Rotter internal-external locus of control scale. In *28 measures of locus of control* (pp. 10-14). [Publisher not specified].

Rousseau, J.-J. (1994). *Júlia ou a nova Heloísa*. Hucitec.

Roucek, J. (1962). The concept of "social control" in American sociology. *Revista Internacional de Sociología, 20*(78), 159-174.

Ruder, T. D., Hatch, G. M., Ampanozi, G., Thali, M. J., & Fischer, N. (2011). Suicide announcement on Facebook. *Crisis, 32*(5), 280-282. https://doi.org/10.1027/0227-5910/a000092

Rytina, S., & Morgan, D. L. (1982). The arithmetic of social relations. *American Journal of Sociology, 88*(1), 88-113. https://doi.org/10.1086/227632

Sacks, H., Schegloff, E. A., & Jefferson, G. (2003). Sistemática elementar para a organização da tomada de turnos para a conversa. *Veredas: Revista de Estudos Linguísticos, 7*(1-2), 153-180.

Sampaio, L. N., & Lima, C. L. F. (2023). Suicídio assistido: Uma análise comparada. *Revista de Direito Internacional e Globalização Econômica, 10*(10), 73-87. https://doi.org/10.12957/rdige.2023.67234

Sampaio, P. S. (2024). *Capital social nas entidades de garantia mútua de crédito na Itália e no Brasil: Uma análise jurídico-institucional comparada*.

Samper-Martínez, A., & García-Álvarez, E. (2023). Netnography: A route to explore identity evolution as online videogames develop. In A. Ince, M. J. W. Thomas, & G. Scherf (Eds.), *Handbook of research methods for studying identity in and around organizations* (pp. 104-116). Edward Elgar Publishing. https://doi.org/10.4337/9781802207972.00018

Samuel, C. (2013). Symbolic violence and collective identity: Pierre Bourdieu and the ethics of resistance. *Social Movement Studies, 12*(4), 397-413. https://doi.org/10.1080/14742837.2013.823346

Santaella, L. (2005). A mídia e o social: Um estudo sobre as transformações culturais e sociais induzidas pela comunicação midiática. *Intercom: Revista Brasileira de Ciências da Comunicação, 28*(2), 163-178. https://doi.org/10.1590/S0103-58012005000200010

Santarem Segundo, J. E. (2012). Tim Berners-Lee e a ciência da informação: Do hipertexto à web semântica. In *Os pensadores e a ciência da informação* (pp. 87-102). e-papers.

Santos, A. D. (2018). *O uso de ambientes dinâmicos e de tecnologias interativas da Internet na produção colaborativa de conhecimento: Novas possibilidades para a publicização científica* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

Santos, C. G. V. D. (2024). *"Quero sumir": Análise discursiva de comentários às ideações suicidas na rede social X (Twitter)*.

Santos, D. S. D. (2016). *Compartilhamento de informação no Facebook: Análise das postagens em um grupo com a temática transporte público*.

Santos, F. C. D., & Cypriano, C. P. (2014). Redes sociais, redes de sociabilidade. *Revista Brasileira de Ciências Sociais, 29*(86), 63-78. https://doi.org/10.1590/S0102-69092014000300005

Santos, R. R. D. (2011). *A influência no outro: Das escritas do eu ao suicídio de Werther*.

Santos, S. O. D. (2024). *Uma análise fenomenológica-hermenêutica dos impactos das políticas públicas de prevenção ao suicídio na experiência de luto dos sobreviventes*.

Sargis-Roussel, C., Belmondo, C., & Deltour, F. (2017). Bringing people back in: How group internal social capital influences routines' emergence. *European Management Review, 14*(1), 101-112. https://doi.org/10.1111/emre.12092

Sartre, J.-P. (2021). *O ser e o nada*. Leya.

Scarano, D. (2020). *Redes sociais: A união faz a força!*. Appris.

Schechter, M., Goldblatt, M. J., Ronningstam, E., & Herbstman, B. (2022). The psychoanalytic study of suicide, part I: An integration of contemporary theory and research. *Journal of the American Psychoanalytic Association, 70*(1), 103-137. https://doi.org/10.1177/00030651221087690

Schegloff, E. A. (1988). On an actual virtual servo-mechanism for guessing bad news: A single case conjecture. *Social Problems, 35*(4), 442-457. https://doi.org/10.2307/800595

Schiff, M. (1992). Social capital, labor mobility, and welfare. *Rationality and Society, 4*(2), 157-175. https://doi.org/10.1177/1043463192004002003

Schmitt, J.-C. (1990). *La raison des gestes dans l'Occident médiéval*. Gallimard.

Schopenhauer, A. (2014). *Suffering, suicide and immortality: Eight essays from The Parerga*. Courier Corporation.

Scott, J. (2012). *Social network analysis* (3rd ed.). Sage.

Scott, J., & Carrington, P. J. (Eds.). (2011). *The SAGE handbook of social network analysis*. Sage.

Seeman, M. V. (2017). The Marilyn Monroe group and the Werther effect. *Case Reports Journal, 1*(1), 004.

Seiden, R. H. (1978). Where are they now? A follow-up study of suicide attempters from the Golden Gate Bridge. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 8*(4), 203-216. https://doi.org/10.1111/j.1943-278X.1978.tb01095.x

Seligman, M. E. P. (2011). *Flourish: A visionary new understanding of happiness and well-being*. Simon and Schuster.

Seligman, M. E. P. (2012). *Florescer: Uma nova e visionária interpretação da felicidade e do bem-estar*. Objetiva.

Sen, A. (2018). *Desenvolvimento como liberdade*. Companhia das Letras.

Sêneca. (2020). *De Providentia (Sobre a providência divina)* (J. Silva, Trans.). Clássica. (Original work published c. 62 CE)

Serafim, M. C., & Andion, C. (2010). Capital espiritual e as relações econômicas: Empreendedorismo em organizações religiosas. *Cadernos EBAPE.BR, 8*(3), 564-579. https://doi.org/10.1590/S1679-39512010000300009

Setton, M. D. G. J. (2002). A teoria do habitus em Pierre Bourdieu: Uma leitura contemporânea. *Revista Brasileira de Educação, 20*, 60-70. https://doi.org/10.1590/S1413-24782002000200006

Shannon, C. E. (1948). A mathematical theory of communication. *The Bell System Technical Journal, 27*(3), 379-423. https://doi.org/10.1002/j.1538-7305.1948.tb01338.x

Sharma, S. K., Al-Badi, A. H., Govindaluri, S. M., & Al-Kharusi, M. H. (2016). Predicting motivators of cloud computing adoption: A developing country perspective. *Computers in Human Behavior, 62*, 61-69. https://doi.org/10.1016/j.chb.2016.03.073

Sharot, T., & Sunstein, C. R. (2020). How people decide what they want to know. *Nature Human Behaviour, 4*(1), 14-19. https://doi.org/10.1038/s41562-019-0793-1

Shneidman, E. S. (1998). *The suicidal mind*. Oxford University Press.

Shneidman, E. S. (2001). *Comprehending suicide: Landmarks in 20th-century suicidology*. American Psychological Association.

Silva, C., Fialho, J., & Saragoça, J. (Eds.). (2013). *Iniciação à análise de redes sociais: Casos práticos e procedimentos com UCINET*. Caleidoscópio Edição e Artes Gráficas.

Silva, L. (2019). Suicídio entre crianças e adolescentes: Um alerta para o cumprimento do imperativo global. *Acta Paulista de Enfermagem, 32*(3), III-IV. https://doi.org/10.1590/1982-0194201900039

Silva, N. F. D. (2009). *Marketing viral: Quando os internautas são a melhor propaganda*.

Silva, S. A. (2015). Desvendando a netnografia: Um guia teórico e prático. *Intercâmbio, 8*(1), 45-60.

Silva, S. D. A. A. D. (2021). *Privacidade de dados e regime de informação: Uma análise da plataforma Facebook Business* [Doctoral dissertation, [s.n.]].

Silveira, R. D. (2016). Risco climático e vulnerabilidade socioespacial: O exemplo dos eventos extremos relacionados ao calor e ao frio. *Revista Brasileira de Climatologia, 19*, 111-131. https://doi.org/10.5380/abclima.v19i0.45604

Silver, H. (1994). Social exclusion and social solidarity: Three paradigms. *International Labour Review, 133*(5-6), 531-578.

Simmel, G. (1995). *Philosophie der mode, die religion, Kant und Goethe*. Suhrkamp.

Sirakaya-Turk, E., Oshriyeh, O., Iskender, A., Ramkissoon, H., & Mercado, H. U. (2024). The theory of sustainability values and travel behavior. *International Journal of Contemporary Hospitality Management, 36*(5), 1597-1626. https://doi.org/10.1108/IJCHM-03-2023-0358

Sisask, M., & Värnik, A. (2012). Media roles in suicide prevention: A systematic review. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 9*(1), 123-138. https://doi.org/10.3390/ijerph9010123

Skog, O.-J. (1991). Alcohol and suicide.Durkheim revisited. *Acta Sociologica, 34*(3), 193-206. https://doi.org/10.1177/000169939103400303

Skoric, M. M., & Kwan, G. C. E. (2011). Platforms for mediated sociability and online social capital: The role of Facebook and massively multiplayer online games. *Asian Journal of Communication, 21*(5), 467-484. https://doi.org/10.1080/01292986.2011.587014

Smith, A. (1999). *Teoria dos sentimentos morais* (L. Luft, Trans.). Martins Fontes.

Smith, C. (2024). The societal impact of meaningful social interactions during online focus groups. *Societal Impacts, 4*, 100096. https://doi.org/10.1016/j.socimp.2024.100096

Smith, N. (2015). *Constructing Facebook: Constituting social space online* [Doctoral dissertation, The University of Queensland]. https://doi.org/10.14264/uql.2015.406

Spaid, B. I., O'Neill, B. S., & Ow, T. T. (2019). The upside of showrooming: How online information creates positive spill-over for the brick-and-mortar retailer. *Journal of Organizational Computing and Electronic Commerce, 29*(4), 294-315. https://doi.org/10.1080/10919392.2019.1671968

Spangler, G. M. (1979). Suicide and social criticism: Durkheim, Dreiser, Wharton, and London. *American Quarterly, 31*(4), 496-516. https://doi.org/10.2307/2712267

Stack, S. (2005). Suicide in the media: A quantitative review of studies based on nonfictional stories. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 35*(2), 121-133. https://doi.org/10.1521/suli.35.2.121.62877

Stack, S., & Lester, D. (1991). The effect of religion on suicide ideation. *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology, 26*(4), 168-170. https://doi.org/10.1007/BF00795206

Stellino, P. (2020). Arthur Schopenhauer: The metaphysical futility of suicide. In *Philosophical perspectives on suicide: Kant, Schopenhauer, Nietzsche, and Wittgenstein* (pp. 71-121). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-53937-5_3

Stirman, S. W., & Pennebaker, J. W. (2001). Word use in the poetry of suicidal and nonsuicidal poets. *Psychosomatic Medicine, 63*(4), 517-522. https://doi.org/10.1097/00006842-200107000-00001

Storer-Church, B. (2016). Virtual youth: Facebook groups as identity platforms. In *Young British Muslims* (pp. 124-143). Routledge.

Stornaiuolo, A., DiZio, J. K., & Hellmich, E. A. (2013). Desarrollando la comunidad: Jóvenes, redes sociales y escuelas. *Comunicar: Revista Científica de Comunicación y Educación, 20*(40), 79-88. https://doi.org/10.3916/C40-2013-02-08

Sukharev, M. (2023). *O poder das instituições sociais*. SSRN. https://doi.org/10.2139/ssrn.4629445

Sundararajan, L. (2020). Strong-ties and weak-ties rationalities: Toward an expanded network theory. *Review of General Psychology, 24*(2), 134-143. https://doi.org/10.1177/1089268019899912

Surel, Y. (2000). The role of cognitive and normative frames in policy-making. *Journal of European Public Policy, 7*(4), 495-512. https://doi.org/10.1080/13501760050165339

Tácito. (1980). *Anales libros XI-XVI* (J. L. Moralejo, Trad. & Notas). Editorial Gredos.

Taştan, A., & Aksoy, M. (2020). Georg Simmel'in sosyolojik ve psikolojik bakış açılarından din ve dindarlık anlayışı. *Bilimname, 2020*(41), 39-65. https://doi.org/10.28949/bilimname.701234

Tedeschi, R. G., & Calhoun, L. G. (2004). Posttraumatic growth: Conceptual foundations and empirical evidence. *Psychological Inquiry, 15*(1), 1-18. https://doi.org/10.1207/s15327965pli1501_01

Tedlock, B. (1991). From participant observation to the observation of participation: The emergence of narrative ethnography. *Journal of Anthropological Research, 47*(1), 69-94. https://doi.org/10.1086/jar.47.1.3630581

Teixeira, N. L. (1956). Velhice e suicídio. *Revista da Faculdade de Direito UFPR, 6*, 61-75.

Te Lintelo, D. J., & Liptrot, T. (2024). Localising aid: Urban displacement, contested public authority and legitimacy in Jordan and Lebanon. *Global Policy, 15*(S2), 36-47. https://doi.org/10.1111/1758-5899.13357

Te Lintelo, D. J., Hernandez, K., & Lakshman, R. (2024). Migrant digital placemaking for wellbeing: A netnography of Facebook groups. *Wellbeing, Space and Society, 6,* 100196. https://doi.org/10.1016/j.wss.2024.100196

Teo, D. C. L., Duchonova, K., Kariman, S., & Ng, J. (2021). Religion, spirituality, belief systems and suicide. In A. Touwaide (Ed.), *Suicide by self-immolation: Biopsychosocial and transcultural aspects* (pp. 183-200). Springer. https://doi.org/10.1007/978-3-030-62613-6_9

Thelwall, M. (2009). Social network sites: Users and uses. *Advances in Computers, 76,* 19-73. https://doi.org/10.1016/S0065-2458(09)01002-3

Thompson, A. (1997). Recompondo a memória: Questões sobre a relação entre história oral e as memórias. *Projeto História: Revista do Programa de Estudos Pós-Graduados de História, 15,* 51-80.

Tierney, W. G. (2014). On method and hope. In A. E. Mazawi & R. G. Sultana (Eds.), *Power and method* (pp. 97-115). Routledge.

Till, B., Arendt, F., Scherr, S., & Niederkrotenthaler, T. (2018). Effect of educative suicide prevention news articles featuring experts with vs without personal experience of suicidal ideation: A randomized controlled trial of the Papageno effect. *The Journal of Clinical Psychiatry, 80*(1), 17m11975. https://doi.org/10.4088/JCP.17m11975

Till, B., Strauss, M., Sonneck, G., & Niederkrotenthaler, T. (2015). Determining the effects of films with suicidal content: A laboratory experiment. *The British Journal of Psychiatry, 207*(1), 72-78. https://doi.org/10.1192/bjp.bp.114.152827

Till, B., Tran, U. S., Voracek, M., & Niederkrotenthaler, T. (2017). Beneficial and harmful effects of educative suicide prevention websites: Randomised controlled trial exploring Papageno v. Werther effects. *The British Journal of Psychiatry, 211*(2), 109-115. https://doi.org/10.1192/bjp.bp.115.177394

Till, B., Wild, T. A., Arendt, F., Scherr, S., & Niederkrotenthaler, T. (2018). Associations of tabloid newspaper use with endorsement of suicide myths, suicide-related knowledge, and stigmatizing attitudes toward suicidal individuals. *Crisis, 39*(6), 428-437. https://doi.org/10.1027/0227-5910/a000517

Tomandl, G., Sonneck, G., Stein, C., & Niederkrotenthaler, T. (2019). *Leitfaden zur Berichterstattung über Suizid*. Kriseninterventionszentrum.

Tönnies, F. (2012). *Studien zu Gemeinschaft und Gesellschaft*. Springer-Verlag. https://doi.org/10.1007/978-3-531-94108-0

Touchette, B., Schanski, M., & Lee, S. E. (2015). Apparel brands' use of Facebook: An exploratory content analysis of brand entertainment. *Journal of Fashion Marketing and Management, 19*(2), 107-119. https://doi.org/10.1108/JFMM-04-2014-0029

Touwaide, A. (2019). Murder, execution, and suicide in ancient Greece and Rome. In G. Tsoucalas (Ed.), *Toxicology in antiquity* (pp. 131-139). Academic Press. https://doi.org/10.1016/B978-0-12-815339-0.00009-4

Tousignant, M., Seshadri, S., & Raj, A. (1998). Gender and suicide in India: A multiperspective approach. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 28*(1), 50-61. https://doi.org/10.1111/j.1943-278X.1998.tb00625.x

Tran, U. S., Andel, R., Niederkrotenthaler, T., Till, B., Ajdacic-Gross, V., & Voracek, M. (2017). Low validity of Google Trends for behavioral forecasting of national suicide rates. *PLoS ONE, 12*(8), e0183149. https://doi.org/10.1371/journal.pone.0183149

Treadaway, C., & Smith, M. (2010). *Facebook marketing: An hour a day*. John Wiley & Sons.

Trippi, J. (2004). *The revolution will not be televised: Democracy, the internet, and the overthrow of everything*. HarperCollins.

Tsai, W., & Ghoshal, S. (1998). Social capital and value creation: The role of intrafirm networks. *The Academy of Management Journal, 41*(4), 464-476. https://doi.org/10.2307/257085

Turecki, G., Brent, D. A., Gunnell, D., O'Connor, R. C., Oquendo, M. A., Pirkis, J., & Stanley, B. H. (2019). Suicide and suicide risk. *Nature Reviews Disease Primers, 5*(1), 74. https://doi.org/10.1038/s41572-019-0121-0

Turkle, S. (2011a). *Alone together: Why we expect more from technology and less from each other*. Basic Books.

Turkle, S. (2011b). *Life on the screen*. Simon and Schuster.

Twenge, J. M. (2020a). *iGen: Porque as crianças superconectadas de hoje estão crescendo menos rebeldes, mais tolerantes, menos felizes e completamente despreparadas para a vida adulta*. nVersos.

Twenge, J. M. (2020b). Why increases in adolescent depression may be linked to the technological environment. *Current Opinion in Psychology, 32*, 89-94. https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2019.06.036

Ueda, M., Mori, K., & Matsubayashi, T. (2014). The effects of media reports of suicides by well-known figures between 1989 and 2010 in Japan. *International Journal of Epidemiology, 43*(2), 623-629. https://doi.org/10.1093/ije/dyt265

Ueda, M., Mori, K., Matsubayashi, T., & Sawada, Y. (2017). Tweeting celebrity suicides: Users' reaction to prominent suicide deaths on Twitter and subsequent increases in actual suicides. *Social Science & Medicine, 189*, 158-166. https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2017.06.027

Uhlik, K. (2011). Revisiting the strength of weak ties: Lessons learned from social network leisure research. *Leisure/Loisir, 35*(4), 453-470. https://doi.org/10.1080/14927713.2011.648408

Ullmann-Margalit, E. (2015). *The emergence of norms*. Oxford University Press.

Underberg, N. M., & Zorn, E. (2013). *Digital ethnography: Anthropology, narrative, and new media*. University of Texas Press.

Urteaga, E. (2013). La teoría del capital social de Robert Putnam: Originalidad y carencias. *Reflexión Política, 15*(29), 44-60.

Uslaner, E. M. (1999). Democracy and social capital. In M. E. Warren (Ed.), *Democracy and trust* (pp. 121-150). Cambridge University Press.

Usefi, N., & Aliverdinia, A. (2014). Suicídio entre estudantes: Um experimento da teoria geral de tensão de Agnew. *Journal of Applied Sociology*, *25*(2), 61-79.

Valenciano-Mendoza, E., Fernández-Aranda, F., Granero, R., Gómez-Peña, M., Moragas, L., Mora-Maltas, B., ... & Jiménez-Murcia, S. (2021). Prevalence of suicidal behavior and associated clinical correlates in patients with behavioral addictions. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 18*(21), 11085. https://doi.org/10.3390/ijerph182111085

Valente, S. M. (2007). Research and practice: Evaluating suicidality. *Journal of Nursing Scholarship, 39*(1), 73-80. https://doi.org/10.1111/j.1547-5069.2007.00145.x

Valkenburg, P. M., Peter, J., & Schouten, A. P. (2006). Friend networking sites and their relationship to adolescents' well-being and social self-esteem. *CyberPsychology & Behavior, 9*(5), 584-590. https://doi.org/10.1089/cpb.2006.9.584

Van Bakel, M., & Horak, S. (2024). Social capital theory. In S. Horak (Ed.), *A guide to key theories for human resource management research* (pp. 261-267). Edward Elgar Publishing. https://doi.org/10.4337/9781035308767.00036

Van Bavel, J. J., Robertson, C. E., Del Rosario, K., Rasmussen, J., & Rathje, S. (2024). Social media and morality. *Annual Review of Psychology, 75*(1), 311-340. https://doi.org/10.1146/annurev-psych-022123-114559

Van den Nest, M., Till, B., & Niederkrotenthaler, T. (2018). Comparing indicators of suicidality among users in different types of nonprofessional suicide message boards. *Crisis, 39*(4), 305-311. https://doi.org/10.1027/0227-5910/a000510

Van Dijck, J. (2012). Facebook as a tool for producing sociality and connectivity. *Television & New Media, 13*(2), 160-176. https://doi.org/10.1177/1527476411415291

Van Dülmen, C., Šimon, M., & Klärner, A. (2022). Transport poverty meets car dependency: A GPS tracking study of socially disadvantaged groups in European rural peripheries. *Journal of Transport Geography, 101*, 103351. https://doi.org/10.1016/j.jtrangeo.2022.103351

Van Orden, K. A., Witte, T. K., Cukrowicz, K. C., Braithwaite, S. R., Selby, E. A., & Joiner, T. E., Jr. (2010). The interpersonal theory of suicide. *Psychological Review, 117*(2), 575-600. https://doi.org/10.1037/a0018697

Van Wormer, K. S., & Besthorn, F. H. (2017). *Human behavior and the social environment, macro level: Groups, communities, and organizations*. Oxford University Press.

Vandenberghe, F. (2017). A relação como operador mágico: Superando a divisão entre sociologia processual e relacional. *Sociologia & Antropologia, 7*(2), 341-370. https://doi.org/10.1590/2238-38752017v702

Vargas Corrêa, M., & Rozados, H. B. F. (2017). A netnografia como método de pesquisa em Ciência da Informação. *Encontros Bibli: Revista Eletrônica de Biblioteconomia e Ciência da Informação, 22*(49), 1-18. https://doi.org/10.5007/1518-2924.2017v22n49p1

Vasalou, A., Joinson, A., & Courvoisier, D. (2010). Cultural differences, experience with social networks, and the nature of "true commitment" in Facebook. *International Journal of Human-Computer Studies, 68*(10), 719-728. https://doi.org/10.1016/j.ijhcs.2010.06.002

Vastardis, N., & Yang, K. (2012). Mobile social networks: Architectures, social properties, and key research challenges. *IEEE Communications Surveys & Tutorials, 15*(3), 1355-1371. https://doi.org/10.1109/SURV.2012.102512.00017

Victoria Diniz, M., Sun, S. Y., Barsottini, C., Viggiano, M., Signorini Filho, R. C., Sanches Ozane Pimenta, B., ... & Berkowitz, R. S. (2018). Experience with the use of an online community on Facebook for Brazilian patients with gestational trophoblastic disease: Netnography study. *Journal of Medical Internet Research, 20*(9), e10897. https://doi.org/10.2196/10897

Von Goethe, J. W. (2021). *Os sofrimentos do jovem Werther*. Penguin-Companhia.

Waiselfisz, J. J. (2013). *Mapa da violência 2013*. Centro Brasileiro de Estudos Latino-Americanos.

Waiselfisz, J. J. (2014). *Mapa da violência 2014: Os jovens do Brasil*. Centro Brasileiro de Estudos Latino-Americanos.

Walther, J. B., & Parks, M. R. (2002). Cues filtered out, cues filtered in: An exploration of the social media communication process. In *Communication research* (pp. 1-24). Sage Publications.

Wampold, B. E., & Freund, R. D. (1987). Use of multiple regression in counseling psychology research: A flexible data-analytic strategy. *Journal of Counseling Psychology, 34*(4), 372-382. https://doi.org/10.1037/0022-0167.34.4.372

Wang, Q., Woo, H. L., Quek, C. L., Yang, Y., & Liu, M. (2012). Using the Facebook group as a learning management system: An exploratory study. *British Journal of Educational Technology, 43*(3), 428-438. https://doi.org/10.1111/j.1467-8535.2011.01195.x

Wang, X. (2012). Media guidelines for the responsible reporting of suicide. *Crisis, 33*(4), 190-198. https://doi.org/10.1027/0227-5910/a000137

Wasko, M. M., & Faraj, S. (2000). "It is what one does": Why people participate and help others in electronic communities of practice. *The Journal of Strategic Information Systems, 9*(2-3), 155-173. https://doi.org/10.1016/S0963-8687(00)00045-7

Wasserman, S., & Faust, K. (1994). *Social network analysis: Methods and applications*. Cambridge University Press.

Weaver, J. C. (2009). *Sadly troubled history: The meanings of suicide in the modern age* (Vol. 33). McGill-Queen's Press.

Weber, M. (1968). *Economy and society: An outline of interpretive sociology* (G. Roth & C. Wittich, Trans.). University of California Press.

Weber, M. (1977). Ação social e relação social. In M. M. Foracchi & J. S. Martins (Eds.), *Sociologia e sociedade* (pp. 139-144). LTC.

Weiss, R. S. (1975). *Loneliness: The experience of emotional and social isolation*. MIT Press.

Wellman, B. (2001). Physical place and cyberplace: The rise of personalized networking. *International Journal of Urban and Regional Research, 25*(2), 227-252. https://doi.org/10.1111/1468-2427.00309

Wellman, B. (2009). Studying internet studies through the ages. In R. Burnett, M. Consalvo, & C. Ess (Eds.), *The handbook of internet studies* (pp. 17-23). Wiley-Blackwell.

Wellman, B. (2012). Has Dunbar's number gone up? *British Journal of Psychology, 103*(2), 149-152. https://doi.org/10.1111/j.2044-8295.2011.02075.x

Wells, N. (1981). *Suicide and deliberate self-harm* (No. 000324). Office of Health Economics.

Wenger, E. (1998). Communities of practice: Learning as a social system. *Systems Thinker, 9*(5), 2-3.

Wentzel, K. R. (1998). Social relationships and motivation in middle school: The role of parents, teachers, and peers. *Journal of Educational Psychology, 90*(2), 202-209. https://doi.org/10.1037/0022-0663.90.2.202

Westen, D. (1991). Social cognition and object relations. *Psychological Bulletin, 109*(3), 429-455. https://doi.org/10.1037/0033-2909.109.3.429

White, H. C. (1981). Where do markets come from? *American Journal of Sociology, 87*(3), 517-547. https://doi.org/10.1086/227495

White, H. C. (2008). *Identity and control: How social formations emerge*. Princeton University Press.

Whitlock, J., Wyman, P. A., & Moore, S. R. (2014). Connectedness and suicide prevention in adolescents: Pathways and implications. *Suicide and Life-Threatening Behavior, 44*(3), 246-272. https://doi.org/10.1111/sltb.12071

Wilkinson, R., & Pickett, K. (2011). *The spirit level: Why greater equality makes societies stronger*. Bloomsbury Publishing USA.

Williams, J. M. G. (1997). *Cry of pain: Understanding suicide and self-harm*. Penguin Books.

Williams, J. R. (2019). The use of online social networking sites to nurture and cultivate bonding social capital: A systematic review of the literature from 1997 to 2018. *New Media & Society, 21*(11-12), 2710-2729. https://doi.org/10.1177/1461444819858749

Wittgenstein, L. (1995). *Philosophische Untersuchungen*. In G. E. M. Anscombe, G. H. von Wright, & R. Rhees (Eds.), *Werkausgabe Band 1* (pp. 225-580). Suhrkamp.

Wolf, M. (1975). Women and suicide in China. In M. Wolf & R. Witke (Eds.), *Women in Chinese society* (pp. 111-141). Stanford University Press.

Wolf, Z. R. (2012). Ethnography: The method. In P. L. Munhall (Ed.), *Nursing research: A qualitative perspective* (pp. 285-335). Jones and Bartlett Publishers.

World Health Organization. (2021). *Suicide worldwide in 2019: Global health estimates*. World Health Organization.

Yalom, I. D., & Leszcz, M. (2021). *Teorie a praxe skupinové psychoterapie*. Portál.

Yuan, Y., Saha, K., Keller, B., Isometsä, E. T., & Aledavood, T. (2023). Mental health coping stories on social media: A causal-inference study of Papageno effect. In *Proceedings of the ACM Web Conference 2023* (pp. 2677-2685). https://doi.org/10.1145/3543507.3583197

Zak, P. J., & Knack, S. (2001). Trust and growth. *The Economic Journal, 111*(470), 295-321. https://doi.org/10.1111/1468-0297.00609

Zalta, E. N. (Ed.). (2012). *Stanford encyclopedia of philosophy*. Stanford University.

Zhang, T., Yang, K., Ji, S., Liu, B., Xie, Q., & Ananiadou, S. (2024). SuicidEmoji: Derived emoji dataset and tasks for suicide-related social content. In *Proceedings of the 47th International ACM SIGIR Conference on Research and Development in Information Retrieval* (pp. 1136-1141). https://doi.org/10.1145/3543873.3587598

Zhao, Y., Zhang, J., & Wu, M. (2019). Finding users' voice on social media: An investigation of online support groups for autism-affected users on Facebook. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 16*(23), 4804. https://doi.org/10.3390/ijerph16234804

Ziegler, W., & Hegerl, U. (2002). Der Werther-Effekt: Bedeutung, Mechanismen, Konsequenzen. *Der Nervenarzt, 73*(1), 41-49. https://doi.org/10.1007/s001150050567

Znaniecki, F. (1940). *The social role of the man of knowledge*. Columbia University Press.

Zuboff, S. (2019). Surveillance capitalism and the challenge of collective action. *New Labor Forum, 28*(1), 10-29. https://doi.org/10.1177/1095796018819461

Zywica, J., & Danowski, J. (2008). The faces of Facebookers: Investigating social enhancement and social compensation hypotheses; predicting Facebook™ and offline popularity from

sociability and self-esteem, and mapping the meanings of popularity with semantic networks. *Journal of Computer-Mediated Communication, 14*(1), 1-34. https://doi.org/10.1111/j.1083-6101.2008.01429.x